



LIBBA BRAY

DULCE
Y LEJANO

el círculo secreto

Lectulandia

Gemma Doyle y sus amigas, Felicity y Ann, se preparan para su presentación en sociedad, que será en unos meses y ante la presencia de la mismísima reina Victoria. Pero impulsada por otros acontecimientos que no dejan de atormentarla, Gemma se enfrenta al destino que amenaza con hundirla en el caos, no sólo en los Reinos, sino también en la rígida sociedad donde vive y cuyas reglas ha desafiado. A caballo entre dos mundos, Gemma intentará restablecer el equilibrio y devolver la magia al lugar que ésta reclama.

Lectulandia

Libba Bray

Dulce y lejano

El círculo secreto - 3

ePub r1.0

Titivillus 21.07.18

Título original: *The Sweet Far Thing*

Libba Bray, 2007

Traducción: Nuria Barroso

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Barry y Josh, con amor.

*Y para todos aquellos que creen que la paz
no es un ideal ni un castillo en el aire, sino una necesidad.*

*La esencia de la no violencia es el amor.
Aparte del amor y de la voluntad
de actuar desinteresadamente,
las estrategias, tácticas y técnicas
para una lucha no violenta surgen espontáneamente.
La no violencia no es un dogma; es un proceso.*

THICH NHAT HANH

*La paz no es sólo mejor que la guerra,
también es infinitamente más ardua.*

GEORGE BERNARD SHAW

Rosa de todas las rosas, ¡la rosa del mundo!
Llegaste donde se arrojan las mareas turbias
contra los muelles del dolor, y oíste sonar
la campana que nos llama; dulce y lejana.
La belleza entristecida por su eternidad
te hizo nuestra y de la tórbida cana mar.
Nuestras grandes naves esperan arriando velas,
pues Dios las insta a compartir igual estrella;
y cuando al fin, derrotadas en sus batallas,
se hundan bajo las mismas estelas blancas,
dejaremos de escuchar el débil lamento
de nuestro triste corazón, vivo si no muerto.

De *The Rose of Battle*
[«La rosa de la batalla»]

W. B. Yeats

PRÓLOGO

1893 LONDRES

La noche era fría y lúgubre y, a las orillas del Támesis, los ribereños maldecían su suerte. Merodear entre las sombras del gran río de Londres para obtener alguna ganancia no era una ocupación muy gratificante, pero servía para pagarse una comida aquí y allá, a pesar de que, gustara o no, la humedad que anquilosaba los huesos y causaba dolor de espalda también estaba incluida en esta tarea.

—¿Qué has visto, Archie?

—Nada —contestó Archie a su amigo Rupert—. Es la peor noche de perros que he visto en mi vida.

Hacía una hora que estaban allí y lo único que habían conseguido era un trozo de tela del cadáver de un marinero. Quizás a la mañana siguiente pudieran vendérselo a un ropavejero, aunque si en ese momento hubieran tenido un puñado de monedas, esa misma noche habrían podido llenar sus estómagos con comida y una cerveza, puesto que para los ribereños como Archie y Rupert lo único que contaba era el aquí y el ahora; pretender ver más allá del día siguiente se consideraba de un optimismo estúpido, más propio de quienes no malgastaban la vida hurgando entre los muertos del Támesis.

El único candil del bote apenas servía de algo ante la niebla infernal. La penumbra se había adueñado de las orillas. A lo largo del río, las casas sin iluminar parecían calaveras oscuras. Los ribereños navegaban por las zonas poco profundas del Támesis, hundiendo sus largos arpones en las aguas mugrientas en busca de los cadáveres de quienes se habían topado esa noche con la mala suerte: marineros o estibadores demasiado borrachos para salvarse de morir ahogados, tristes víctimas de una pelea a cuchillo, o de un enfrentamiento con rateros y asesinos, y pilluelos arrastrados por la fuerte corriente con los mandiles llenos de un valioso y pesado carbón, el mismo carbón que los había llevado a la muerte.

El arpón de Archie topó con algo sólido.

—¡Eh! ¡Aquí abajo, Rupert! ¡Tengo algo!

Rupert sacó el candil de la percha que lo sostenía e iluminó el área donde flotaba un cadáver. Sacaron el cuerpo del agua, lo dejaron caer en la cubierta y le dieron la vuelta hasta dejarlo boca arriba.

—¡Caramba! —exclamó Rupert—. Es una señora.

—Era —matizó Archie—. Busca en los bolsillos.

Los ribereños dieron comienzo a su espeluznante tarea. La mujer parecía una dama acaudalada, pues vestía un traje de fina seda color lavanda que no parecía en

modo alguno una bagatela. No era lo que solían encontrar en esas aguas.

Archie sonrió.

—¡Oh! ¡Hola, hola!

Sacó cuatro monedas de uno de los bolsillos del abrigo de la señora y las mordió una a una.

—¿Qué tienes, Archie? ¿Hay suficiente para una pinta de cerveza?

Archie miró de cerca las monedas. No eran libras. Eran chelines.

—Ajá, aunque no para más por lo que veo —rezongó—. Quítale el collar.

—Muy bien.

Rupert le quitó la gargantilla a la mujer. Se trataba de un objeto curioso, una pieza repujada de metal con la forma de un ojo de la que pendía una medialuna. No había más joyas de las que apropiarse; era incapaz de imaginar quién podría querer una cosa así.

—¿Qué es eso? —preguntó Archie.

Abrió los dedos rígidos de la mujer, que aún así con fuerza un trozo de papel empapado.

Rupert le dio un codazo a su compinche.

—¿Qué pone?

Archie le devolvió el empujón.

—Yo qué sé. No sé leer ¿verdad?

—Pues yo fui a la escuela hasta los ocho —le dijo Rupert mientras cogía el trozo de papel—. «El Árbol de Todas las Almas existe».

Archie le dio un codazo a Rupert.

—¿Y eso qué se supone que significa?

Rupert negó con la cabeza.

—Ni idea. ¿Qué hacemos con esto?

—Déjalo. No se saca provecho de las palabras, amigo Rupert. Quítale la ropa y tirémosla a al agua.

Rupert se encogió de hombros e hizo lo que le habían ordenado. Archie tenía razón: no se obtiene dinero de un papel viejo. Sin embargo, era lamentable que las últimas palabras de una difunta se perdieran con su vida, aunque, pensó, si esa señora hubiera tenido a alguien que se hubiera hecho cargo de ella, no estaría ahora flotando boca abajo en el Támesis en una noche tan dura como ésa. Con un brusco empujón, los ribereños dejaron caer al agua el cadáver de la mujer, que apenas produjo un insignificante chapoteo.

Lentamente, se sumergió en el río y sus blancas manos abotargadas se demoraron en la superficie durante unos cuantos segundos, como si intentaran coger algo. Los ribereños hundieron sus arpones contra el fondo turbio del agua y partieron empujados por la corriente en busca de algún tesoro que justificara pasar una noche tan fría a la intemperie.

Archie propinó a la cabeza de la mujer la última estocada con su arpón, una

violenta bendición, y ésta se deslizó bajo la mugre y la inmundicia del poderoso Támesis. El río la engulló, aceptando su carne, y se llevó consigo su advertencia final a una lóbrega sepultura.

ACTO I

Antes del amanecer

Nada es más fácil que el autoengaño.
Pues lo que cada hombre desea,
eso mismo cree que es verdadero.

DEMÓSTENES

1

Marzo de 1986

Academia Spence para señoritas

En el famoso libro de Dante hay un círculo del infierno que no aparece mencionado. Se denomina «comportamiento» y está presente en las escuelas para señoritas que se extienden a lo largo y ancho del imperio. Desconozco qué debe de sentirse al ser arrojado a una laguna de fuego, aunque estoy segura de que no tiene que ser muy agradable. Pero sí puedo afirmar con certeza que caminar por un salón de baile con un libro en la cabeza y una tabla atada a la espalda —mientras te hallas aprisionada por un corsé que te comprime, capas de enaguas y unos zapatos que te aprietan— es una forma de tortura que hasta el mismísimo Dante hubiera considerado demasiado horrible para incluirla en su *Infierno*.

—Mantengamos la vista alzada hacia el cielo, chicas —implora nuestra directora, la señora Nightwing, mientras ensayamos nuestra lenta marcha por la estancia, con la cabeza erguida y los brazos extendidos como bailarinas.

Las cintas del espaldar me rozan la parte interior de los brazos. La tabla de madera es rígida y me obliga a mantenerme tan tiesa como la guardia de Buckingham. Me duele el cuello por el esfuerzo. En mayo haré mi presentación en sociedad, un año antes de lo previsto, puesto que todas las partes interesadas en ello han decidido que con casi diecisiete años ya estoy más preparada y que empezar ahora la temporada social sería lo mejor para mí. Luciré hermosos vestidos, asistiré a espléndidas fiestas y bailaré con atractivos caballeros... si sobrevivo a mi aprendizaje. De momento, dudo mucho de que sea así.

La señora Nightwing recorre la sala de baile. Sus rígidas faldas se deslizan con premura por el suelo como si lo regañaran por permanecer ahí tendido. Ladra órdenes sin parar, como si fuera el almirante Nelson.

—¡Cabezas erguidas! ¡No sonría, señorita Hawthorne! ¡Expresiones serenas y sombrías! ¡Vacíen sus mentes!

Me obligo a mantener la expresión de mi rostro como un lienzo en blanco. Me duele la columna. El brazo izquierdo, extendido durante por lo que me parecen horas, me tiembla por el esfuerzo.

—Y reverencia...

Como suflés desinflados, dejamos descender nuestros cuerpos, intentando desesperadamente no perder el equilibrio. La señora Nightwing no da la orden de levantarnos. Me tiemblan las piernas por el agotamiento. No puedo controlar el temblor. Doy un paso en falso hacia delante. El libro se me cae de la cabeza y aterriza

en el suelo con un estruendo ensordecedor. Hemos hecho ese ejercicio cuatro veces y las cuatro me he equivocado en lo mismo. Los botines de la señora Nightwing se detienen apenas a unos centímetros de mi vergonzante figura.

—Señora Doyle, ¿acaso debo recordarle que esto es la corte, y que usted está haciendo una reverencia ante su soberana y no actuando en el Folies Bergère?

—Sí, señora Nightwing —respondo tímidamente.

Es desesperante. Nunca lograré hacer una reverencia sin equivocarme. Yaceré desparramada por los brillantes suelos del palacio de Buckingham, mi reputación ignominiosamente manchada, con la nariz apoyada en el botín de la reina. Seré la comidilla de la temporada social y criticada tras abanicos desplegados. Sin duda, todos los hombres me evitarán como al tifus.

—Señorita Temple, ¿querría ofrecernos una demostración de lo que es una reverencia?

Sin vacilar, Cecily Temple, La Que Nunca Hace Nada Mal, fluye hacia el suelo en un arco tan largo, tan lento y grácil que parece desafiar a la gravedad. Es hermoso. Me siento terriblemente celosa.

—Gracias, señorita Temple.

«Sí, gracias, bestiecilla demoníaca. Ojalá te cases con un hombre a quien le guste acompañar las comidas con ajo».

—Y ahora...

La señora Nightwing se ve interrumpida por un sordo estruendo. Cierra los ojos con fuerza a escuchar el ruido.

—Señora Nightwing —gimotea Elizabeth—. ¿Cómo podemos concentrarnos en nuestros movimientos con ese terrible alboroto procedente del ala este?

La señora Nightwing no está de humor para escuchar nuestras quejas. Inspira profundamente y se lleva las manos al pecho, con la cabeza bien erguida.

—Proseguiremos, como la misma Inglaterra. Si pudo sobrevivir a Cromwell, a la guerra de las Dos Rosas y a los franceses, también ustedes podrán soportar unos cuantos martillazos. Piensen en lo hermosa que quedará el ala este cuando esté acabada. Lo intentaremos de nuevo... ¡con calma! ¡Todas las miradas están posadas en ustedes! No sería correcto que se alejaran corriendo de Su Majestad como tímidos ratoncillos.

A menudo imagino qué tipo de trabajo habría escogido Nightwing si no se hubiera dedicado a torturarnos como la directora de la Academia Spence para señoritas. «Estimados señores —hubiera comenzado su carta de presentación—, les escribo respecto a su anuncio, en el que solicitan un Revienta Globos. Tengo un alfiler de sombrero que resolverá el problema limpiamente y propagará el llanto de los niños por doquier. Mis antiguas pupilas certificarán que apenas sonrío, que no río jamás y que puedo disipar la alegría de cualquier estancia con mi sola presencia y haciendo uso de mi absoluta tristeza y desesperanza. Mis referencias al respecto son intachables. Si al leer esta carta aún no han caído en un estado de profunda

melancolía, por favor, diríjense a la señora Nightwing (tengo nombre de pila, pero nadie tiene permiso a usarlo), a cargo de la Academia Spence para señoritas. Si no logran encontrar la dirección por sus propios medios, es que no se han forzado bastante. Sinceramente suya, señora Nightwing».

—¡Señorita Doyle! ¿Qué significa esa absurda sonrisa? ¿Acaso he dicho algo que le parezca divertido?

La admonición de la señora Nightwing hace que me sonroje. Las otras chicas se ríen por lo bajo.

Nos deslizamos por el suelo intentando ignorar, en la medida de lo posible, los martillazos y los gritos. No es el ruido lo que nos distrae. Lo que nos tiene nerviosas y enardecidas es saber que hay hombres por aquí, en la planta de arriba.

—¿Podríamos ver los avances que han hecho, señora Nightwing? Sería maravilloso —sugiere Felicity Worthington con una dulzura almibarada.

Sólo Felicity es tan intrépida como para sugerir algo tan semejante. Es demasiada osada. Y también es la única aliada que tengo en Spence.

—Los operarios no necesitan a una banda de chicas revoloteando a su alrededor ahora que van tan retrasados —responde la señora Nightwing—. ¡Cabezas en alto, por favor! Y...

Un ensordecedor golpetazo se escucha desde el piso superior. El repentino estruendo nos sobresalta. Incluso a la señora Nightwing se le escara un «Dios misericordioso».

Elizabeth, un manojo de nervios disfrazado de debutante, profiere un aullido y se agarra a Cecily.

—¡Oh, señora Nightwing! —grita Elizabeth.

Miramos a nuestra directora, esperanzadas.

La señora Nightwing espira a través de unos labios desaprobadores.

—Muy bien, aplazaremos la clase. Tomaremos un poco de aire para recobrar el color de nuestras mejillas.

—¿Podríamos llevar papel para hacer un dibujo de los progresos del ala este? —sugiero—. Sería un bonito recuerdo.

La señora Nightwing da su beneplácito con una extraña sonrisa.

—Una sugerencia excelente, señorita Doyle. Muy bien. Cojan papel y lápices. Diré a Brigid que las acompañe. Póngase los abrigos. Y hagan el favor de caminar pausadamente.

Abandonamos nuestros espaldares junto a nuestro decoro y nos precipitamos por las escaleras ante la promesa de libertad, aunque sea temporal.

—¡Caminen! —grita la señora Nightwing.

Como parece que somos incapaces de prestar atención a su consejo, brama tras nosotras que somos unas salvajes ineptas para el matrimonio. Añade que seremos la vergüenza de la escuela y también algo más, pero nosotras ya estamos en el primer tramo de las escaleras y sus palabras no nos alcanzan.

La amplia superficie del ala este se extiende como el esqueleto de un enorme pájaro de madera. El armazón está donde debe, pero los hombres emplean ahora todas sus fuerzas en restaurar la torreta desmantelada que une el ala este al resto de la escuela. Desde que se produjo el incendio que la destruyó hace veinticinco años, no ha sido más que una hermosa ruina. Sin embargo, ahora resucitará con piedras, ladrillos y argamasa; promete ser una torre magnífica —alta, amplia e imponente— en cuanto esté acabada.

Desde enero, son muchos los hombres que han acudido de las poblaciones vecinas para trabajar con frío y humedad, todos los días excepto el domingo, en la restauración de nuestra escuela. A las chicas no se nos permite acercarnos al ala este durante las tareas de reconstrucción. La explicación oficial a esa prohibición es que es demasiado peligroso: podríamos golpearnos con una viga o pisar un clavo oxidado. La señora Nightwing nos ha detallado de forma tan exhaustiva los distintos finales terribles que podríamos tener que cada vez que oímos un martillazo nos alteramos más que un saco lleno de gatos.

Pero la verdad es que no quiere que nos acerquemos a los hombres. Sus órdenes han sido claras al respecto: no debemos hablar con los obreros bajo ningún concepto y ellos no deben hablar con nosotras. Se nos mantiene a una distancia cautelosa. Los operarios han plantado sus tiendas a un kilómetro de la escuela y permanecen bajo la atenta mirada del señor Miller, su capataz, mientras nosotras siempre salimos con carabina. Se han tomado todas las medidas posibles para mantenernos alejadas.

Y eso es precisamente lo que nos empuja a ir en su busca.

Con los abrigos abotonados hasta arriba para combatir el todavía lacerante frío de marzo, caminamos deprisa por los bosques que se hallan tras la academia junto a nuestra ama de llaves, Brigid, que resopla y jadea mientras intenta seguirnos el paso. No es muy amable por nuestra parte andar más rápido de lo necesario, pero es la única forma de tener unos momentos de privacidad. Cuando echamos a correr colina arriba para obtener una vista imponente de la construcción, Brigid se queda atrás, lo que nos concede un tiempo valioso.

Felicity extiende una mano.

—Los anteojos, Martha, por favor.

Martha saca los binoculares del bolsillo de su abrigo y éstos pasan de chica en chica hasta llegar a las manos de Felicity, que se los lleva a los ojos.

—Realmente impresionante —ronronea Felicity.

Por alguna razón, creo que no se refiere al ala este. Desde donde nos hallamos sentadas puedo ver a seis hombres magníficamente dotados en mangas de camisa, alzando una viga para ponerla en su sitio. Estoy segura de que si tuviera los anteojos,

podría ver el contorno de cada uno de sus músculos.

—¡Oh! Déjame ver, Fee —gimotea Cecily.

Intenta cogerle los anteojos pero Felicity se aparta.

—¡Espera tu turno!

Cecily hace pucheros.

—Brigid llegará en cualquier momento. ¡Perderé el turno!

De repente, Felicity deja caer los anteojos y coge precipitadamente su bloc de dibujo.

—No miréis ahora, pero creo que uno de los hombres nos está observando.

Elizabeth da un salto y estira el cuello a un lado y a otro.

—¿Quién? ¿Quién?

Felicity le da un pisotón a Elizabeth y ésta se cae de espaldas.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—He dicho: «No miréis ahora» —sisea Felicity entre dientes—. La clave está en aparentar que no te has dado cuenta de que te prestan atención.

—Aaah —responde Elizabeth, quien parece haberlo comprendido.

—El de la punta, el de la camisa con un desafortunado remiendo rojo —informa Felicity mientras finge interesarse por su boceto.

Su frialdad es un talento que desearía poder adquirir. Sin embargo, todos los días observo el horizonte en busca de algún indicio de otro chico, de uno de quien no tengo noticias desde que me despedí de él en Londres, hace tres meses.

Elizabeth mira a hurtadillas a través de los anteojos.

—¡Dios mío! —exclama a la par que se le caen al suelo—. ¡Me ha guiñado un ojo! ¡Qué descaró! Tengo que informar de ello a la señora Nightwing de inmediato —protesta, aunque la excitación de su voz entrecortada la traiciona.

—¡Por todos los santos!

Finalmente, Brigid nos ha dado alcance. Sin demora, Felicity le da los anteojos a Martha, quien grita y los deja caer en la hierba antes de guardárselos en el bolsillo de su capa.

Brigid se sienta en una piedra para recuperar el aliento.

—Sois demasiado rápidas para la vieja Brigid. ¿No os da pena dejarme así?

Felicity sonrío con dulzura.

—¡Oh, cuánto lo lamentamos Brigid! No sabíamos que te habías quedado tan rezagada —y por lo bajo, añade—: Vieja gruñona.

Brigid entrecierra los ojos ante nuestras risitas.

—¿Y ahora de qué os reís? Os burláis de la pobre Brigid, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Oh, no es justo —suspira Cecily—. ¿Cómo vamos a dibujar el ala este desde tan lejos? —pregunta, y le dedica a Brigid una mirada esperanzada.

—Harás tu dibujo desde aquí y ni un centímetro más cerca, señorita. Ya has oído lo que ha dicho la señora Nightwing al respecto.

Brigid observa el almacén de madera y a los albañiles picando piedra. Niega con la cabeza.

—No está bien volver a reconstruir ese maldito lugar. Sería mejor dejarlo como está.

—¡Oh, pero es tan emocionante! —replica Elizabeth.

—Y piensa en lo bonita que quedará la Academia Spence en cuanto el ala este sea restaurada —la secunda Martha—. ¿Cómo puedes decir que eso no está bien, Brigid?

—Porque tengo memoria —afirma Brigid mientras se da golpecitos en la sien—. Había algo malo en este lugar, en la torreta. Algo que podía sentirse. Podría contaros historias...

—Sí, estoy segura de que podrías, Brigid, y de que se trata de historias muy interesantes —dice Felicity, con tanta dulzura como una madre calmando a un hijo irritable—. Pero me preocupa que el frío te cause dolor de espalda.

—Tienes razón —contesta Brigid frotándose los costados—. Un verdadero engorro. Y además mis rodillas ya no son las de una jovencita.

Asentimos ansiosas.

—Sólo nos acercaremos un poquito —ronronea Felicity—. Lo suficiente para lograr un dibujo más exacto.

Nos esforzamos en parecer tan inocentes como un coro de ángeles.

Brigid asiente sin vacilar.

—Id pues. Pero ¡no os acerquéis demasiado! ¡Y no creáis que no os voy a estar vigilando!

—¡Gracias, Brigid! —gritamos alegremente.

Sin demora, bajamos por la colina antes de que cambie de opinión.

—¡Y daos prisa! ¡Va a llover!

Una repentina y fresca ráfaga de viento de finales de marzo sopla entre la hierba quebradiza. Sacude las ramas de los aburridos árboles como collares huesudos y levanta nuestras faldas hasta el punto de tener que empujarlas hacia abajo. Las chicas chillan sorprendidas —y encantadas— porque durante un momento indiscreto y vedado hemos atraído las miradas de los hombres. Esa ráfaga de viento es la última carga del ejército de invierno. Las hojas se han sacudido el sueño y han empezado a armarse. Pronto emprenderán su asalto verde y obligarán al viento a retirarse. Me pongo el chal alrededor del cuello. A pesar de que dentro de poco será primavera, no logro quitarme el frío de encima.

—¿Están mirando? —pregunta Elizabeth, excitada, lanzando miradas a los hombres.

—Seguro —responde Felicity por lo bajo.

Los tirabuzones de Martha descansan flácidamente en su cuello. Les propina un empujoncito esperanzador pero éstos se niegan a saltar hacia atrás y recuperar su forma.

—Contestadme con sinceridad, ¿la humedad ha arruinado mi peinado?

—No —miente Elizabeth en el preciso instante en que yo respondo «Sí».

Martha frunce los labios.

—Debería haber supuesto que serías poco considerada conmigo, Gemma Doyle.

Las otras chicas me dedican miradas reprobatorias. Parece ser que «Contestadme con sinceridad» es un mensaje cuidadosamente cifrado que significa «Mentidme a toda costa». Tomaré nota de ello. A menudo creo que existe un manual sobre cuanto se considera cortés y femenino, y que no dispongo de un buen índice de sus páginas. Quizá sea ése el motivo por el que Cecily, Martha y Elizabeth me detestan y sólo toleran mi presencia cuando Felicity anda cerca. Por mi parte, considero que sus mentes están tan encorsetadas como sus cinturas, y que sus conversaciones se limitan a fiestas, vestidos y a las desgracias o defectos de los otros. Haría mejor arriesgándome a compartir mi suerte con los leones del antiguo Coliseo romano que soportando otra conversación a la hora del té con chicas como ellas. Al fin y al cabo, los leones son honestos en cuanto a sus deseos de devorarte y no se esfuerzan por disimularlo.

Felicity echa un vistazo a los hombres.

—Allá vamos.

Nos acercamos hasta donde están trabajando.

Ahora son ellos quienes se sienten intimidados ante nuestra súbita presencia. Dejan de lado sus tareas y rápidamente se quitan las gorras. Su gesto es de una educación exquisita, pero sus sonrisas insinúan pensamientos menos corteses. Me sonrojo.

—¡Eh, muchachos! Seguid con lo que estabais haciendo —les advierte el capataz. El señor Miller es un hombre corpulento con unos brazos como jamones. Se muestra cortés con nosotras—. Buenos días, señoritas.

—Buenos días —murmuramos.

—Aquí hay unas cuantas chucherías de las que pueden hacer acopio, en caso de que quieran conservar algún recuerdo.

Hace un gesto en dirección a un montón de escombros donde los trastos viejos yacen junto a vidrios rotos de lámparas ahumadas desde hace décadas por el hollín. Ése es el tipo de cosas que la señora Nightwing incluiría en su lista «A Evitar por Miedo al Daño, la Muerte o la Desgracia».

—Cojan lo que más les guste.

—Gracias —masculla Cecily alejándose.

Elizabeth continúa sonrojada; sonríe y mira tímidamente al hombre con la camisa del remiendo rojo, quien la evalúa anhelante.

—Sí, gracias —responde Felicity haciéndose con las riendas de la situación, como siempre—. Lo haremos.

Empezamos a hurgar en los escombros, entre los restos de la antigua ala este. El pasado de la gran escuela se halla aquí presente, en la madera astillada y carbonizada y entre trozos de papel. Para algunos se trata de la historia de un trágico incendio que

segó la vida de dos muchachas. Pero yo sé más. La verdadera historia de este lugar guarda relación con la magia y el misterio, la lealtad y la traición, la maldad y el sacrificio inenarrable. Para la mayoría, es la historia de dos jóvenes —las mejores amigas convertidas en enemigas encarnizadas— dadas por muertas en el incendio que tuvo lugar hace veinticinco años. La verdad fue mucho peor.

Una de las chicas, Sarah Rees-Toome, escogió la senda de la oscuridad bajo el nombre de Circe. Años después capturó a la otra muchacha, su antigua amiga Mary Dowd, quien adquiriría una nueva personalidad: Virginia Doyle, mi madre. Con un espíritu demoníaco a su disposición, Circe asesinó a mi madre e hizo que el rumbo de mi vida cambiara. La historia murmurada en esas paredes también es la mía.

A mi alrededor, las chicas se lanzan a la alborozada búsqueda del tesoro. Aquí no puedo sentirme feliz. Éste es un lugar de fantasmas y no creo que unas vigas nuevas y el agradable fuego de una chimenea de mármol puedan cambiarlo. No quiero recuerdos del pasado.

Una nueva ronda de martillazos hace que una familia de aves salga graznando en busca de la seguridad del cielo. Contemplo el montón de restos inservibles y pienso en mi madre. ¿Acaso tocó esa columna de allí? ¿Persiste su perfume en un fragmento de vidrio o en una astilla de madera? Un vacío terrible se asienta en mi pecho. Vaya donde vaya, siempre hay pequeños recuerdos que reavivan la pérdida.

—¡Eh, eso sí que es bonito! —exclama el hombre del remiendo rojo en su camisa.

Señala una columna de madera mellada y podrida. No obstante, gran parte de la misma ha logrado sobrevivir a la ira del fuego y a los años de abandono. Grabado en ella se distingue todo un catálogo de nombres de chicas. Tantos nombres... Alice, Louise, Theodora, Isabel, Mina. Mis dedos se mueven a lo largo de las irregularidades de la madera y me siento como si fuera ciega. Sé que su nombre tiene que estar aquí, y no me decepciona. Mary. Extiendo la palma de la mano sobre los grabados desgastados por los años, esperando sentir la presencia de mi madre bajo la piel. Pero sólo es madera muerta. Parpadeo para borrar las lágrimas que me escuecen en los ojos.

—¿Señorita?

El hombre me mira con curiosidad.

De inmediato, me enjuago las mejillas.

—Es culpa del viento. Me ha entrado ceniza en los ojos.

—Pues sí, está soplando fuerte. Se avecina más lluvia. Puede que una tormenta.

—¡Oh, aquí viene la señora Nightwing! —sisea Cecily—. ¡Por favor, vámonos! ¡No quiero tener problemas!

Rápidamente cogemos nuestros bocetos y nos sentamos lejos, a una distancia prudencial, en un banco de piedra del jardín de rosas que todavía hibernan con la cabeza gacha, en fingida concentración. La señora Nightwing no repara en nuestra presencia. Se dedica a observar el avance de las obras. El viento trae su voz hasta

nosotras.

—Esperaba que todo estuviera mucho más adelantado, señor Miller.

—Trabajamos diez horas al día, señora y además tenemos que batallar con la lluvia. No se puede responsabilizar a los hombres de los actos de la naturaleza.

El señor Miller comete el grave error de sonreír a la señora Nightwing de forma encantadora. Ella no sucumbe al encanto y, además, ya es demasiado tarde para prevenirle. El fulgor helado de la mirada de la señora Nightwing hace que las cabezas de los hombres se inclinen sobre sus maderos. El sonido de los martillos y sierras trabajando es ensordecedor. La sonrisa del señor Miller se desvanece.

—Señor Miller, si es incapaz de acabar el trabajo a tiempo me veré obligada a buscar otros operarios.

—Se está edificando en todo Londres, señora. Los obreros no crecen en los árboles.

Según mis cuentas, al menos hay veinte hombres trabajando día tras día, y aun así la señora Nightwing no está satisfecha. Cloquea, molesta e importuna al señor Miller a todas horas. Es realmente curioso. Si el viejo edificio ha permanecido abandonado durante todo este tiempo, ¿qué importancia tiene que se demoren las obras unos cuantos meses más?

Intento trasladar al papel la apariencia de la nueva torreta. Cuando esté concluida será la parte más elevada de Spence, puede que tenga cinco plantas más que el resto. Y también es mucho más ancha. Un hombre permanece de pie en lo alto, recortado contra un grupo de nubes que amenazan lluvia, como una veleta.

—¿No encuentras raras las prisas de Nightwing por terminar el ala este? —pregunto a Felicity.

Cecily me escucha de refilón y se considera obligada a contestar.

—Si quieres saber mi opinión, no creo que sea demasiado pronto. Es una desgracia que la hayan tenido abandonada durante tanto tiempo.

—He oído que hasta ahora no han podido recabar los fondos necesarios —informa Elizabeth.

—¡No, no, no! —La señora Nightwing camina a grandes zancadas y con resolución hacia los albañiles, como si éstos estuvieran a su cargo—. Les he dicho que esas piedras deben colocarse en orden, aquí y aquí.

Señala un boceto dibujado en tiza.

—Disculpe, señora, pero ¿qué importancia tiene eso? La construcción es firme y fuerte.

—Es una restauración. —Aspira por la nariz como si hablara con un papanatas—. Los planos deben seguirse con exactitud, sin desviarse de ellos.

—¡Se avecina lluvia, señor! —grita un operario desde la tercera planta de la torreta.

Una gota me golpea en la mejilla a modo de advertencia. Le siguen más gotas de lluvia que caen rítmicamente. Salpican mi hoja de papel y convierten el boceto del ala

este en un riachuelo de carboncillo. Los hombres dirigen la vista al cielo con las palmas de las manos boca arriba como si rogaran a Dios, mientras el cielo contesta: «No os daremos cuartel».

Rápidamente, los hombres se precipitan torreta abajo y se apresuran a cubrir sus herramientas y a ponerlas a salvo del óxido. Con los cuadernos de dibujo sobre nuestras cabezas, las chicas nos lanzamos a través de los árboles como ocas amenazadas, graznando y chillando ante la indignidad de tamaña mojadura. Brigid hace señales para que nos acerquemos; sus brazos son una promesa de seguridad y una cálida lumbre. Felicity me empuja tras un árbol.

—¡Fee! ¡La lluvia! —protesto.

—Ann regresa esta tarde. Podríamos intentar entrar en los reinos.

—¿Y si no puedo hacer que la puerta aparezca?

—Sólo necesitas concentrarte —insiste.

—¿Acaso crees que no me concentré la semana pasada o el mes pasado o la vez anterior a ésta? —Ahora llueve con más fuerza—. Quizás esté siendo castigada. Por lo que les hice a Nell y a la señorita Moore.

—¡La señorita Moore! —espeta Felicity—. Circe: ése es su nombre. Era una asesina. Gemma, mató a tu madre y a innumerables chicas para llegar hasta ti y obtener tu poder. Seguramente te habría destruido si no hubieras acabado antes con ella.

Quiero creer que eso es verdad, que hice bien al encerrar para siempre a la señorita Moore en los reinos. Que sólo podía salvar la magia si me apoderaba de ella. Quiero creer que Kartik está sano y salvo y que se encamina hacia aquí, hacia Spence, y que en cualquier momento lo veré aparecer en estos bosques y me sonreirá a mí sola. Aunque, últimamente no estoy segura de nada.

—No sé si está muerta —mascullo.

—Está muerta, y en buena hora nos libramos de ella.

La vida es algo mucho más sencillo en el mundo de Fee. Y, por una vez, desearía gatear dentro de los sólidos límites de su mundo y vivir sin hacerme preguntas.

—Tengo que averiguar qué le sucedió a Pippa. Esta noche lo intentaremos de nuevo. Mírame. —Me gira el rostro hacia el suyo para que no pueda esquivar su mirada—. Prométemelo.

—Te lo prometo —le digo.

Espero que no haya visto cómo mi duda se transformaba en miedo.

La lluvia ha descargado toda su ira. Empapa el jardín de rosas durmientes, el prado y los brotes amarillos de las hojas que pugnan por nacer. También se ha topado con mi amiga Ann Bradshaw, que permanece en el vestíbulo ataviada con un abrigo liso de lana marrón y un sombrero pardusco salpicado de gotitas. Una pequeña maleta descansa a sus pies. Ha pasado la semana con sus primos en Kent. En mayo, cuando Felicity y yo hagamos nuestra presentación en sociedad, Ann trabajará para ellos como institutriz de sus dos hijas. Nuestra única esperanza para poder cambiar sus perspectivas de futuro era entrar en los reinos e intentar repartirnos la magia. No obstante, a pesar de todos mis esfuerzos por lograrlo, no consigo entrar. Y sin los reinos, no puedo hacer que la magia recobre vida. Desde las pasadas navidades no he vuelto a ver ese mundo encantado, aunque en estos últimos meses he intentado docenas de veces volver a él. En algunas ocasiones he vislumbrado un destello, pero ha sido muy breve, sin más consecuencias que las que pueda tener una simple gota de agua frente a una sequía. Día a día, nuestras esperanzas se disipan y nuestros futuros parecen inamovibles como las estrellas.

—Bienvenida a casa —digo, y ayudo a Ann a quitarse el abrigo mojado.

—Gracias.

Le gotea la nariz, y su pelo, del color de la piel de un ratón de campo, se libera con lasitud de sus ataduras. Hebras de cabello largas y finas cuelgan sobre sus ojos azules y se adhieren a sus mejillas regordetas.

—¿Qué tal tu estancia con tus primos?

Ann no sonrío.

—Tolerable.

—¿Y las niñas? ¿Te has encariñado con ellas? —pregunto esperanzada.

—Lottie me encerró durante una hora en un armario y la pequeña Carrie me dio una patada en la pierna y me llamó pudín. —Se limpia la nariz—. Y eso no fue más que el primer día.

—¡Oh!

Permanecemos indefinidamente bajo el fulgor de la infame lámpara de araña de la que penden serpientes metálicas.

Ann baja la voz hasta hablar en un susurro.

—¿Habéis logrado volver a los reinos?

Niego con la cabeza y Ann me mira como si fuera a echarse a llorar.

—Pero lo intentaremos de nuevo esta noche —contesto rápidamente.

Un conato de sonrisa ilumina el rostro de Ann durante unos instantes.

—Aún hay esperanza —añado.

Sin hablar, Ann me sigue hasta el gran salón, donde más allá de la crepitante

lumbre de las chimeneas y las columnas artísticamente labradas, las chicas juegan al *whist*. Brigid estremece a un pequeño círculo de chicas con historias de hadas y duendes, y jura que viven en los bosques que hay detrás de Spence.

—¡No viven ahí! —protesta una de ellas, pero leo en sus ojos que quiere que le demuestre que está equivocada.

—Pues sí, viven ahí. Además de otras muchas criaturas. Será mejor que no salgáis en cuanto oscurezca. Ésa es su hora. Quedaos a salvo en la cama si no queréis despertar y descubrir que os han llevado lejos de aquí y que estáis en compañía de los Otros —les advierte Brigid.

Las chicas se precipitan hacia las ventanas para echar un vistazo a la amplia extensión nocturna, esperando vislumbrar reinas salidas de un cuento de hadas y duendecillos. Podría decirles que no los verán allí. Tendrían que viajar con nosotras a través de la puerta de luz hasta el mundo más allá de éste para disfrutar de la compañía de semejantes criaturas fantásticas. Y puede que no les gustara todo lo que verían.

—Nuestra Ann ha regresado —anuncio, abriendo las cortinas de la tienda privada de Felicity.

Tan dramática como siempre, Felicity ha acotado una de las esquinas del gran salón con unas cortinas de seda. Se asemeja al hogar de un bajá, y lo gobierna como si de su propio imperio se tratara.

Felicity dirige la mirada al dobladillo completamente embarrado de las faldas empapadas de Ann.

—Cuidado con las alfombras.

Ann se limpia las faldas sucias mientras deja caer pegotes de barro al suelo, ante lo cual Felicity suspira, irritada.

—¡Oh, Ann, por favor!

—Lo siento —murmura ésta.

Se recoge las faldas y se sienta en el suelo procurando no ensuciar nada más. Sin pedir permiso, se inclina hacia una caja abierta de chocolatinas y coge tres, lo que saca de quicio a Felicity.

—No hace falta que las cojas todas —rezonga.

Ann devuelve dos a su sitio. Llevan la huella impresa de su mano. Felicity suspira.

—Ya las has tocado, así que será mejor que te las comas.

Sintiéndose un poco culpable, Ann se mete en la boca las tres a la vez, por lo que es muy probable que ni siquiera las llegue a saborear.

—¿Qué tienes ahí?

—¿Esto? —Felicity extiende una tarjeta blanca con una preciosa inscripción en negro—. He recibido una invitación para el té de la señora *lady* Tatterhall en honor de una tal señorita Hurley. Será una reunión de temática egipcia.

—¡Oh! —exclama Ann tontamente. Sus manos titubean ante la caja de

chocolatinas—. Supongo que también tú habrás recibido una, Gemma.

—Sí —digo sin poder evitar sentirme culpable.

No soporto que no incluyan a Ann —es abominablemente injusto—, aunque tampoco me gusta que me haga sentir tan mal al respecto.

—Y por supuesto también asistiré al baile de Yardsley Hall —prosigue Felicity—. Promete ser espectacular. ¿Os enterasteis lo de la señora Eaton?

Niego con la cabeza.

—¡Lució sus diamantes de día! —casi grita Felicity con placer—. Fue la comidilla de todo Londres. No volverá a cometer ese error nunca más. Oh, deberías ver los guantes que llevó mi madre al baile de los Collinworth. ¡Eran exquisitos!

Ann se quita un hilo del dobladillo de su vestido. Ella no asistirá al baile de los Collinworth ni a ningún otro, excepto como dama de compañía de Lottie o Carrie, algún día. No tendrá una temporada social ni bailará con atractivos pretendientes. Tampoco lucirá plumas de avestruz en el pelo ni hará una reverencia a Su Majestad. Está en Spence en calidad de estudiante becada, apadrinada por sus adinerados primos con la finalidad de llegar a ser una institutriz adecuada para sus hijas.

Me aclaro la garganta. Felicity atrae mi atención.

—Ann —dice en tono demasiado alegre—. ¿Qué tal tu estancia en Kent? ¿Es tan encantador en primavera como dicen?

—La pequeña Carrie me llamó pudin.

Felicity se esfuerza por no echarse a reír.

—Ejem. Bueno, es sólo una niña. Dentro de poco la tendrás comiendo en la palma de tu mano.

—Tengo una pequeña habitación para mí sola en el último piso. Da a los establos.

—Una ventana. Sí, bien, es muy bonito tener vistas —contesta Felicity sin haber escuchado una palabra—. ¡Oh! ¿Qué tenemos aquí?

Ann nos muestra el programa de una representación de *Macbeth* en el teatro Drury Lane, protagonizada por la gran actriz norteamericana Lily Trimble. Ann observa con visible anhelo el retrato de la señora Trimble caracterizada de *lady Macbeth*.

—¿Asististe? —le pregunto.

Ann niega con la cabeza.

—Fueron mis primos.

Sin ella. Quienquiera que conozca a Ann sabe cuánto le gusta el teatro.

—Pero te permitieron quedarte con el programa —dice Felicity—. Eso es un detalle muy bonito.

«Sí, igual de bonito que un gato deje que un ratón conserve su cola».

En ocasiones, Felicity puede ser bastante abominable.

—¿Tuviste un buen cumpleaños? —pregunta Ann.

—Sí; realmente delicioso —ronronea Felicity—. Dieciocho. Qué edad tan gloriosa. Ahora ya podré recibir mi herencia. Bueno, no inmediatamente, por

supuesto. Mi abuela insistió en que mi presentación en sociedad constase como cláusula de su testamento. En cuanto haga mi reverencia ante la reina, seré una mujer rica y podré hacer cuanto me plazca.

—En cuanto hagas tu presentación en sociedad —repite Ann tragándose el último resto de chocolate que le quedaba en la boca.

Felicity coge una chocolatina.

—*Lady Markham* ya ha anunciado su intención de ser mi madrina. Así que el asunto puede darse por zanjado. Felicity Worthington, heredera. —El buen humor de Felicity desvanece—. Me gustaría que Pippa estuviera aquí para poder compartirlo con ella.

Ann y yo intercambiamos una mirada al escuchar el nombre de Pip. Una vez ella también fue una de las nuestras. Y ahora está en algún lugar de los reinos, con toda probabilidad perdida en las Tierras Invernales. ¿Quién sabe que habrá sido de ella? Sin embargo, Fee aún se aferra a la esperanza de poder encontrarla, y salvarla incluso.

La tienda se abre. Cecily, Elizabeth y Martha se agolpan en su interior. Es demasiado pequeña para que quepamos todas dentro. Elizabeth se precipita sobre Felicity mientras que Martha y Cecily toman asiento junto a mí. Ann queda relegada al fondo de la tienda.

—Acabo de recibir una invitación al baile que organiza la duquesa de Crewesbury —anuncia Cecily mientras se acomoda en el suelo como un gato persa consentido.

—Yo también —añade Elizabeth.

Felicity se esfuerza por parecer aburrida.

—Mi madre recibió las nuestras hace siglos.

Yo no he recibido una invitación a ese baile y espero que nadie me pregunte si me la han enviado.

Martha se abanica haciendo una mueca.

—Oh, querida. Estamos tan apretadas aquí, ¿no es cierto? Lamento que no quepamos todas —dice mirando a Ann.

Cecily y sus amigas siempre han tratado a Ann como a una sirvienta; sin embargo, desde nuestra desafortunada tentativa de hacerla pasar por la hija de un duque de sangre rusa las pasadas navidades, ahora la tratan como a una paria. El rumor se ha difundido por carta y de viva voz, por lo que no hay una sola chica en Spence que no conozca la historia.

—Te vamos a echar mucho de menos, Cecily —le digo con una alegre sonrisa.

Me gustaría atizarle de lleno en los dientes.

Cecily deja totalmente claro que no va a ser ella la que se marche. Extiende sus faldas a su alrededor para ocupar aún más espacio. Martha susurra en el oído de Elizabeth y ambas se echan a reír entre dientes. Podría preguntarles de qué se ríen, pero no me lo dirán, así que hago caso omiso de sus risas.

—¿A qué huele? —pregunta Martha con una mueca.

Cecily olisquea el aire teatralmente.

—¿Caviar, tal vez? ¡Procedente de la misma Rusia! ¡Qué digo, del mismísimo zar! —corea la muy bribona.

A Ann le arden las mejillas y los labios le tiemblan. Se pone en pie con tanta celeridad que casi se cae al precipitarse hacia los faldones de la tienda.

—Si me disculpáis, tengo que acabar una labor de costura.

—Por favor, saluda a tu tío el duque de mi parte —le grita Cecily, y las otras se ríen por lo bajo.

—¿Por qué te burlas de ella de esa manera? —pregunto.

—No merece estar aquí —certifica Cecily.

—Eso no es verdad —replico.

—¿Ah, no? Éste no es sitio para algunas personas. —Cecily me taladra con una mirada altanera—. He oído no hace mucho que tu padre no se encuentra bien de salud y que está descansando en Oldham. Qué preocupada tienes que estar. Y dime, ¿qué enfermedad padece?

Lo único que le falta a Cecily es una lengua bífida: por lo demás, bajo esos maravillosos ropajes se esconde una auténtica serpiente.

—La gripe —contesto; la mentira me amarga la boca.

—La gripe —repite, mirando furtivamente a las otras.

—Pero está mucho mejor y mañana iré a visitarlo.

Cecily aún no se da por vencida.

—Me alegra saberlo, puesto que a veces se escuchan historias tan desagradables: caballeros hallados en antros de opio y obligados a ingresar en un sanatorio. Realmente escandaloso.

—Cecily Temple, no escucharé ni una sola calumnia más esta noche —advierte Felicity.

—Tiene la gripe —repito, pero me flaquea la voz.

Cecily sonrío triunfante.

—Claro, por supuesto que sí.

Me precipito tras Ann, llamándola a gritos, pero no se detiene. Al contrario, aprieta el paso, a punto a echarse a correr, desesperada por alejarse de nosotras y nuestra cháchara sobre fiestas y tés. Promesas brillantes; lo bastante cerca para tocarlas pero no para disfrutarlas.

—Ann, por favor —le digo mientras me detengo al pie de las escaleras. Ella está a mitad de los escalones—. Ann, no deberías prestarles atención. No son chicas de verdad. Son demonios horribles, ¡trogloditas con tirabuzones!

Si esperaba hacer reír a Ann, no lo he logrado.

—Pero son las que mandan —contesta sin levantar la vista—. Siempre lo han hecho y siempre lo harán.

—Ann, ellas no han visto las cosas que tú has visto en los reinos. No saben lo que

has hecho. Has convertido piedras en mariposas y has navegado a través de una cortina de oro. Nos has salvado de las ninfas del agua con tu canción.

—Una sola vez —afirma con rotundidad—. ¿Y qué importa eso? No cambiaré mi destino, ¿no es verdad? En mayo, Felicity y tú tendréis vuestra presentación en sociedad. Y yo trabajaré para mis primos. Esto se acabará y no volveremos a vernos jamás.

Durante un instante, me mira a los ojos con la obvia esperanza de obtener consuelo. «Dime que me equivoco, dime que tienes otra baza oculta en la manga, Gemma», suplican sus ojos. Pero no se equivoca, y no soy rápida mintiendo ni tengo la suficiente labia para ello. No esta noche.

—No les permitas que ganen, Ann. Volvamos a la tienda.

Aunque no me mira, puedo sentir su aversión.

—No lo entiendes, ¿verdad? Ya han ganado.

Y tras pronunciar estas palabras se refugia entre las sombras.

Podría regresar con Fee y las otras chicas, pero no estoy de humor. La melancolía se ha aposentado en mi corazón y no remitirá; deseo estar sola. Encuentro una silla de lectura adecuada en el gran salón, alejada de la charla del resto de chicas. Apenas llevo leídas unas cuantas páginas cuando me doy cuenta de que estoy a sólo un brazo de distancia de la infame columna. Es uno de los extraños detalles de Spence. Como la lámpara de araña de serpientes repujadas del vestíbulo. Las gárgolas lascivas que prenden del tejado. Las ridículas plumas de avestruz del papel pintado que cubre las paredes. El retrato de la fundadora de la academia, Emilia Spence, amenazante en lo alto de las escaleras, con sus penetrantes ojos azules observándolo todo. También incluiría entre todas estas excentricidades las chimeneas gigantescas que se asemejan menos a los mantos de chimenea que a las fauces de unas bestias terribles. Y asimismo cuenta con esta columna en el centro del gran salón que hace ostentación de tallas de hadas, sátiros, duendes, ninfas y diablillos de todo tipo.

Y también está viva.

O lo estuvo una vez. Todas esas «tallas» son criaturas de los reinos encerradas aquí para toda la eternidad. En una ocasión, las devolvimos a la vida de forma insensata con ayuda de la magia y estuvieron a punto de destruirnos por ello. Algunas de esas criaturas maliciosas intentaron escapar, y otras intentaron poner en peligro nuestra integridad. Finalmente, pudimos obligarlas a regresar a su prisión.

Observo de cerca esos cuerpecillos congelados en la piedra. Las bocas de las criaturas están abiertas y profieren un grito iracundo. Sus ojos se clavan en mí. No me gustaría estar aquí si logran escapar. Aunque me asusta, me siento obligada a tocar la columna. Mis dedos se deslizan por las alas rígidas de un hada, inmóvil en pleno vuelo. Me estremezco y paso la mano a otro lugar. Ahora yace en un mohín de la boca de un sátiro; el corazón me late desbocado al sentir una curiosa mezcla de fascinación y repulsión. Cierro los ojos y permito que mis dedos exploren los ásperos surcos y protuberancias de su boca amenazante: la lengua, los labios, los dientes.

Mis dedos acarician la piedra; un saliente cortante me lacera la piel. Emito un grito ahogado a causa del dolor. La sangre gotea por la fina grieta. No tengo pañuelo, así que me meto el dedo en la boca y saboreo el amargo sabor de la sangre. La columna permanece en silencio, pero siento su amenaza a través de mi herida pulsante. Acercó la silla a la reconfortante cháchara de Brigid, a sus sentencias maternas, lejos de la columna y de su peligrosa belleza.

A las diez nos pesan los ojos y nuestros cuerpos están deseosos de poder refugiarse bajo la calidez de las mantas y el olvido del sueño, así que subimos las escaleras que nos llevan a nuestras respectivas habitaciones.

Felicity se desliza junto a mí.

—A las doce y media. En el lugar de costumbre —susurra.

No espera a que le responda. Ha dado una orden y no necesita más.

La luz de los candiles aún alumbra suavemente mi habitación. Ann está dormida, pero ha dejado sus tijeras de costura donde yo pueda verlas. Las hojas están cerradas, pero sé que han hecho su trabajo excoyando la parte interior de sus brazos. Sé que está cubierta de laceraciones recientes que pronto se confundirán en el tapiz de viejas cicatrices entretejidas en su carne. Si hallara de nuevo el camino a los reinos, la senda hasta la magia, sería capaz de ayudarla. Sin embargo, y de momento, no puedo cambiar su destino. Lo único que puedo hacer es preguntarme si ella querrá.

La primera vez que llegué a la Academia Spence para señoritas no sabía nada de su pasado ni de la relación que guardaba con mi vida. Me presenté vestida de luto, pues mi madre había fallecido tan sólo unos meses antes. El cólera fue la explicación oficial que se dio como causa de su muerte. Pero yo sabía más. En una visión la había visto morir perseguida por un horrible espectro de otro mundo, un rastreador, que se habría adueñado de su alma si ella no hubiese acabado con su vida en legítima defensa.

Fue la primera de mis visiones pero no la última. Tuve muchas más. Había heredado un poder; un linaje que mi madre me transmitió; según como se mire, un regalo o una maldición. Fue aquí, en Spence, donde supe de mi vínculo con otro mundo más allá de éste, un mundo de poderes extraordinarios llamado los reinos.

Durante siglos, los reinos estuvieron regidos por una poderosa tribu de sacerdotisas llamada la Orden. Juntas, usaban la magia de los reinos para ayudar a los difuntos a completar las tareas que sus almas tenían encomendadas cuando así lo requerían, y a cruzar el río. Con el paso del tiempo, este poder se incrementó. Podían crear magníficas ilusiones, influir en la gente y en los acontecimientos del mundo mortal. Pero su deber principal era mantener el equilibrio entre el bien y el mal en los reinos. Por esa razón existen tantas tribus y algunas de ellas —las criaturas malévolas de las Tierras Invernales— harían cualquier cosa para obtener el control de la magia: para poder gobernar en los reinos y quizá en nuestro mundo. Para salvaguardar la magia, la Orden la selló en un círculo de runas. Sólo ella podía hacer uso de su poder. Las otras tribus de los reinos se sintieron desencantadas y ofendidas. También ellas querían participar de la magia.

Con el transcurso del tiempo, incluso los aliados de la Orden se volvieron desconfiados. En una ocasión, la Orden se unió a los Rakshana para proteger los reinos. Esos hombres mantenían la ley y velaban por las sacerdotisas. Y asimismo fueron sus amantes. Pero también ellos se sintieron ofendidos por el control de la Orden respecto a los reinos y su gran magia.

Y así ha proseguido durante décadas; ambos bandos forcejeando para obtener la magia, hasta el incendio que se produjo hace veinticinco años. Esa noche, mi madre y su mejor amiga ofrecieron un sacrificio —una niña gitana— a las criaturas de las Tierras Invernales a cambio de su poder. No obstante, algo no funcionó. La pequeña murió de forma accidental, por lo que no pudo obtenerse su alma. Enfurecidas, las criaturas exigieron la vida de las dos jóvenes, puesto que, neciamente, habían aceptado ese trato y éste debía cumplirse de una manera u otra. Para salvar las vidas de mi madre y Sarah, Eugenia Spence, la gran maestra de la Orden y fundadora de la Academia Spence, se ofreció a las criaturas de las Tierras Invernales a cambio de la

terrible acción cometida contra la pequeña gitana. Su último acto fue entregar el amuleto a mi madre. Eugenia clausuró los reinos, sellándolos para que nadie ni nada pudieran entrar o salir hasta que surgiera una sacerdotisa con poder, alguien capaz de abrir los reinos de nuevo y trazar una nueva senda para el mundo mágico.

Yo soy esa joven. Y nadie parece alegrarse demasiado con ello. La Orden me considera una testadura y una imprudente. Los Rakshana creen que soy peligrosa. Ellos enviaron a uno de los suyos, un muchacho llamado Kartik, para mantenerme vigilada, para advertirme de que no entrara en los reinos y, como eso no funcionó, le ordenaron matarme. Sin embargo, traicionó a sus hermanos y me salvó la vida, poniendo precio a su propia cabeza.

Puede que no les guste, pero los hechos son éstos: yo soy la única capaz de abrir de nuevo los reinos y, hasta el momento, nadie puede entrar sin mi ayuda. Fui yo quien rompió el sello de la magia al destruir las runas. Y también fui yo quien encontró la fuente de la magia en un lugar protegido llamado el Templo. En ese lugar, en el Templo, luché contra Circe, la adversaria de mi madre y enemiga de la Orden, para mantener la magia a salvo. Para lograrlo, la asesiné y me apoderé de la magia para custodiarla. Prometí unirme a mis amigos, a Kartik y a las tribus de los reinos para establecer una alianza y compartir con ellos la magia.

Desde entonces, no he vuelto a tener visiones y no sé cómo entrar en los reinos. Desconozco el porqué. Lo único que sé es que cada vez que intento hacer surgir la puerta de luz que conduce al otro mundo, ésta no aparece. En su lugar, me atormenta una fugaz visión de Circe tal y como la dejé, atrapada en el pozo de la eternidad que se halla en el interior del Templo. Perdida para siempre en ese pozo mágico convertido en una sepultura de agua.

Soy la única que puede decidir el futuro de los reinos y su poder, y no tengo la menor idea de cómo regresar.

Así es.

No obstante, esta noche será diferente. Hallaremos la manera de entrar. Encontraré el valor para hacerlo. Volveré a sentir la magia chisporrotear por mis venas. Mis amigos y yo nos adentraremos en los jardines fragantes de los reinos, y dará comienzo un nuevo capítulo.

Cuando la escuela se cubre de oscuridad y silencio, y la alegre charla diurna de las alumnas no es ya más que el eco de un eco en los salones de Spence, Ann y yo nos dirigimos de puntillas hasta las escaleras, al encuentro de Felicity. El ala este duerme, los martillos no nos molestan. Sin embargo, posee una energía propia.

«Guarda silencio, ala este. Esta noche no escucharé tus susurros».

Felicity lleva algo en la mano.

—¿Qué tienes ahí? —pregunto.

Abre la mano y nos muestra un pañuelo con un encaje exquisito.

—Es para Pippa, por si la vemos.

—Es muy bonito. Le encantará —contesto.

No seré yo quien le quite la ilusión a Felicity.

Bajamos la larga escalera en pos de ella. Nuestras sombras se alargan y se estrechan a medida que descendemos, como si pretendieran regresar a la seguridad de nuestras camas. Nos deslizamos en el interior del gran salón, hasta la tienda de Felicity, y nos sentamos en suelo con las piernas cruzadas, como hemos hecho tantas veces.

Ann se mordisquea el labio inferior y me observa.

—¿Preparada? —me pregunta Felicity.

No muy segura, tomo aire y lo expulso.

—Sí. Empecemos.

Nos agarramos de las manos e intento con todas mis fuerzas vaciar la mente, no pensar en nada excepto en los reinos. Veo la hierba del jardín, las Cuevas de los Suspiros elevándose por encima del río cantarín. Ese mundo encantado empieza a adquirir forma tras mis ojos.

—¿Ya la has visto? —me interrumpe Ann.

La visión del jardín se difumina como una voluta de humo.

—¡Ann!

—Lo siento —murmura.

—¡No la pongas nerviosa! —la regaña Felicity mientras me aprieta las manos—. Recuerda, Gemma, que nuestro futuro está en tus manos.

«Sí, gracias. Saber eso me tranquiliza mucho».

—Por favor, necesito silencio absoluto.

Obedientemente, inclinan la cabeza y guardan silencio y, de inmediato, siento un atisbo de magia.

«Vamos, Gemma. No pienses que no puedes hacerlo. Imagínate la puerta. Aparecerá. Haz que aparezca. Tu deseo se cumplirá».

La puerta no aparece. No veo ni noto nada. Me siento presa del pánico, que susurra a través de mi alma sus preguntas habituales: ¿y si el don sólo fuera un préstamo? ¿Y si lo he perdido para siempre? ¿Y si todo ha sido un error y sólo soy una persona normal y corriente?

Abro los ojos e intento controlar la respiración.

—Necesito un descanso.

—No deberíamos haber esperado tanto para intentarlo —se queja Felicity—. Tendríamos que haber entrado en los reinos mucho antes, en enero. ¿Por qué hemos esperado tanto?

—No estaba preparada para volver allí —contesto.

—Esperabas a que él regresara —dice Felicity—. Pues bien, no lo ha hecho.

—No esperaba a Kartik —espeto, cada vez más molesta.

Por supuesto, en parte tiene razón. Pero sólo en parte. La imagen de la señorita

Moore vaga por mi mente. Veo su mandíbula poderosa, el reloj de bolsillo en su mano, el aspecto que tenía cuando era nuestra querida profesora, antes de que supiéramos que era Circe. Antes de que la asesinara.

—Yo... aún no estaba preparada. Eso es todo.

Felicity me obsequia con una mirada glacial.

—No hiciste nada de lo que tengas que arrepentirte. Merecía morir.

—Inténtalo de nuevo —insiste Ann.

Me ofrece sus manos y veo las numerosas laceraciones que se ha infligido esta noche con las tijeras.

—De acuerdo. A la tercera va la vencida —bromeo, aunque no me siento especialmente alegre.

Cierro los ojos y ralentizo la respiración, intentando vaciar la mente de cualquier pensamiento excepto los reinos y la forma de entrar en ellos. El calor se concentra en mi estómago, a modo de burla. Es como intentar encender repetidamente una cerilla apagada que se sabe a ciencia cierta que no arderá. «Vamos, vamos». Durante un instante, el centelleo cobra vida, como un fuego que prendiera en la yesca de mis dedos. Veo balancearse con suavidad los olivos del jardín. El río cantarín. Y veo la puerta de luz. ¡Ah! ¡Oh, sí! ¡La había pasado por alto! Ahora lo único que tengo que hacer es mantener esa visión...

La imagen pierde intensidad y, en su lugar, aparece el espectral rostro de Circe bajo las frías aguas del pozo. Sus ojos se abren de repente.

—Gemma...

Jadeo e interrumpo la visión; el poder ha desaparecido. Noto que los reinos retroceden como una marea que soy incapaz de llevar hasta la orilla. No importa cuánto me esfuerce por retomarla, es imposible.

Ann es la primera en rendirse. Está acostumbrada a las decepciones y acepta la derrota con mayor rapidez.

—Me voy a la cama.

—Lo siento —murmuro. El peso de su infelicidad me obliga a respirar con dificultad—. No sé qué ha sucedido.

Felicity niega con la cabeza.

—No lo entiendo. Te quedaste la magia. Deberíamos ser capaces de alcanzar la puerta sin problemas.

Deberíamos pero no podemos. No puedo. Y con cada tentativa fallida disminuye la confianza en mí misma. ¿Y si no consigo volver?

Mucho después de que mis amigas se hayan ido a dormir, me siento en la cama, abrazándome las rodillas contra el pecho y con los ojos fuertemente cerrados. Suplico a la puerta de luz que aparezca repitiendo las mismas palabras: «Por favor, por favor, por favor...». Y suplico hasta que mi voz se quiebra por el llanto y la desesperación, hasta que el amanecer arroja sobre mí su despiadada luz, hasta que lo único que me queda por hacer es decirme a mí misma algo que no soporto: que he perdido mi

magia y que no soy nada sin ella.

El sanatorio Oldham, a una hora en tren desde Londres, es un gran edificio de color blanco rodeado por un amplio terreno de césped bien cuidado. Numerosas sillas yacen esparcidas por él para que los residentes puedan tomar el sol tanto como deseen.

Como prometimos, Tom y yo hemos ido a visitar a nuestro padre. No deseo verlo en este lugar. Prefiero recordarlo en su estudio, con un buen fuego, su pipa en la mano, los ojos brillantes y una fantástica historia a punto para entretenernos a todos. Pero supongo que incluso el sanatorio Oldham es un recuerdo mucho mejor que el que tengo de mi padre en el antro de opio de East London, tan drogado que hubiera sido capaz de canjear su alianza de boda por un poco más.

No, no debo pensar en eso. Hoy no.

—Recuerda, Gemma, que tienes que mostrarte alegre y contenta —me advierte Tom, mi hermano mayor, pero no por eso más sabio, mientras descendemos por la gran extensión de césped y dejamos atrás los setos primorosamente recortados, sin ramas que sobresalgan ni malas hierbas que desvirtúen su esmeralda simetría.

Al pasar, le obsequio a una enfermera con una amplia sonrisa.

—Creo que recordaré cómo comportarme sin ayuda de tus buenos consejos, Thomas —contesto entre dientes.

—Eso espero.

Con sinceridad, ¿para qué sirven los hermanos excepto para atormentarte e irritarte a partes iguales?

—De verdad, Thomas, deberías tener más cuidado con el desayuno. Tienes una descomunal mancha de huevo en la camisa.

Presa del pánico, Tom se manosea la prenda de ropa.

—¡No la veo!

—A tu derecha —le doy un golpecito en la sien—, aquí.

—¿Qué?

—Feliz día de los Inocentes.

Su boca se tuerce en una sonrisa de suficiencia.

—Aún no estamos en abril^[1].

—Ya lo sé —contesto mientras camino a paso rápido—. Y aun así, sigues siendo un inocente.

Una enfermera ataviada con un uniforme blanco almidonado nos señala una pequeña zona de descanso próxima a un cenador. Un hombre reposa en una tumbona de mimbre reclinada con una manta de cuadros escoceses sobre las piernas. Me ha costado reconocer a mi padre. Está muy delgado.

Tom carraspea.

—Hola, padre. Tiene buen aspecto.

—Sí, cada día me encuentro mejor. Gemma, cielo, cada vez que te veo estás más guapa.

Apenas me echa un vistazo al hacer ese comentario. Ya no nos miramos el uno al otro como antes. Ya no. No desde que lo saqué de aquel fumadero de opio. Ahora, cuando lo miro, veo a un adicto. Y cuando él me mira a mí, ve lo que no le gustaría recordar. Desearía poder ser de nuevo su adorada niñita y sentarme junto a él.

—Es muy amable, padre.

«Alegre y contenta, *Gemma*».

Sonrío compasivamente. Está tan delgado...

—Hace buen día, ¿verdad? —dice Padre.

—Así es. Un día excelente.

—Los jardines son maravillosos —comento.

—Sí, magníficos —me secunda Tom.

Padre asiente sin prestar atención:

—Ah.

Me siento en el borde de la silla, preparada para huir en cualquier momento. Le ofrezco una caja envuelta en papel de regalo dorado y adornada con un gran lazo rojo.

—Le he traído sus pastillas de menta preferidas.

—Ah —responde cogiendo la caja sin el menor entusiasmo—. Gracias, cielo. Thomas, ¿te has pensado ya lo de la Sociedad Hipocrática?

Tom frunce el ceño.

—¿Qué es la Sociedad Hipocrática? —pregunto.

—Un reputado club de caballeros, científicos y médicos, todos grandes pensadores. Han mostrado interés en nuestro Thomas.

Parece un buen maridaje para Tom, asistente clínico para del hospital Real de Bethlem, Bedlam, quien, a pesar de sus múltiples defectos, es un médico excelente. La medicina y la ciencia son sus dos grandes pasiones, por lo que no puedo entender el desprecio con que habla de la Sociedad Hipocrática.

—No me interesa —responde Tom con firmeza.

—¿Por qué no?

—La mayoría de sus socios tienen entre cuarenta y un pie en la tumba —contesta Tom desdeñosamente.

—Esos salones respiran sabiduría, Thomas. Deberías tener el buen juicio de respetarlos.

Tom coge una pastilla de menta.

—No es el club Ateneo.

—Tus aspiraciones apuntan alto, ¿no es verdad, muchacho? El Ateneo sólo acepta a los de su círculo y nosotros no pertenecemos a ese círculo —replica padre sin ambages.

—Puede que yo sí —replica Tom.

Tom anhela desesperadamente ser aceptado por la flor y nata de la sociedad londinense. Padre considera que ése es el deseo de un necio. Y yo no soporto que discutan ni tampoco quiero que Tom altere a padre precisamente ahora.

—Padre, he oído que va a volver pronto a casa —digo.

—Sí, eso me han dicho. Tu anciano padre está en perfecto estado —contesta entre toses.

—Eso es magnífico —comenta Tom sin entusiasmo.

—Lo es —asiente padre.

Y, tras ese comentario, guardamos silencio. Una bandada de gansos deambula por el césped como si también ellos hubieran perdido el rumbo. Un vigilante los ahuyenta hacia el estanque que hay a lo lejos. Sin embargo, no hay nadie que nos ayude a encontrar una nueva senda, así que seguimos sentados, hablando de nimiedades y evitando mencionar cualquier cosa que sea importante. Finalmente, una enfermera de cara redonda y cabello cobrizo sembrado de canas se aproxima a nosotros.

—Buenos días tenga usted, señor Doyle. Es la hora de tomar las aguas, señor.

Padre sonrío aliviado.

—Señorita Finster, un rayo de sol en una mañana gris; en cuanto llega usted todo va bien.

La señorita Finster esboza una sonrisa tan amplia que parece que se le vaya a romper la cara.

—Su padre es todo un galán.

—Bien, será mejor que os marchéis —nos dice padre—. No quisiera que perdierais el tren a Londres.

—Cierto, cierto. —Tom se apresura a ponerse en marcha. Hemos estado con él menos de una hora—. Le veremos en casa dentro de dos semanas, padre.

—Por supuesto —asegura la señorita Finster—, aunque nos apenará verlo marchar.

—Sí, ya —dice Tom.

Se retira un mechón de pelo de la frente pero éste vuelve a caer sobre sus ojos. No hay apretones de manos ni abrazos. Sonreímos y asentimos y nos despedimos con tanta rapidez como nos es posible, aliviados de liberarnos los unos de los otros y de los silencios embarazosos. No obstante, también me siento culpable por experimentar alivio. Me pregunto si en otras familias sucede lo mismo. Parecen contentas de estar juntas. Encajan como piezas de un puzle terminado, cuya imagen es completamente nítida. Pero nosotros somos como esas extrañas piezas sobrantes, las que no pueden unirse con un satisfactorio: «Ah, va aquí».

Padre coge a la señorita Finster del brazo como lo haría un auténtico caballero.

—Señorita Finster, ¿me hace el honor?

La señorita Finster le obsequia con una sonrisa propia de una colegiala, aunque seguramente es tan vieja como la señora Nightwing.

—¡Oh, señor Doyle, cómo es usted!

Se encaminan hacia el gran edificio blanco cogidos del brazo. Padre apenas vuelve la cabeza hacia nosotros para decir:

—Os veré en Pascua.

Sí, dentro de dos semanas estaremos juntos de nuevo.

Sin embargo, dudo que realmente me vea.

Reprendo a Tom en el vagón de tren de camino a Londres.

—Thomas, ¿por qué provocas a padre de esa manera?

—Eso es. Defiéndele como haces siempre. La preferida.

—Yo no soy su preferida. Él nos quiere a los dos igual.

De inmediato siento una extraña sensación en el estómago, como cuando digo una mentira.

—Eso es lo que suelen decir, ¿no es verdad? La compasión no es fidedigna —dice con amargura. De repente su rostro se ilumina—. Pues da la casualidad de que estaba equivocado respecto al club Ateneo. Simon Middleton y Lord Denby me han invitado a cenar allí con ellos.

Me quedo sin respiración al escuchar el nombre de Simon.

—¿Cómo está Simon? —pregunto.

—Atractivo. Encantador. Rico. En resumen bastante bien.

Tom me obsequia con una sonrisita y no puedo evitar pensar que se está divirtiendo de lo lindo a mi costa.

Simon Middleton, uno de los solteros más codiciados de Inglaterra, es, por supuesto, todas esas cosas. Las pasadas navidades se dedicó a cortejarme de forma bastante fervorosa y hasta me pidió matrimonio, aunque yo rechacé su oferta. De repente, he olvidado por qué.

—Aún es pronto para decirlo —continúa Tom—, pero creo que el viejo Denby me propondrá ser socio del club. A pesar de la mezquindad con que trataste a Simon, Gemma, sé que su padre aún me apoya. Incluso más que padre.

—¿Dijo Simon... que lo traté de forma mezquina?

—No. No te mencionó en ningún momento.

—Qué agradable sería ver a los Middleton de nuevo —digo, y finjo que sus palabras no me han herido lo más mínimo—. Estoy segura de que Simon debe estar cortejando alegremente a todas las jóvenes damas de mundo.

Me río con la intención de sonar altanera.

—Mmm —dice Tom—. No lo sé.

—Pero ellos están ahora en Londres, ¿no?

Me tiembla la sonrisa.

«Vamos, Thomas. Arrójame un hueso, miserable canalla».

—Llegarán dentro de poco. Una prima lejana de Estados Unidos vendrá a

visitarlos para la temporada de social, la señorita Lucy Fairchild. Posee una gran fortuna, según tengo entendido. —Tom sonrío con prepotencia—. Quizá puedas arreglarlo para que me la presenten. O quizás, en cuanto sea un apreciado miembro del Ateneo, sea ella quien solicite que me la presenten.

No. Es imposible mantener la sonrisa en presencia de mi hermano. Ni siquiera los monjes tienen la clase de paciencia que se requiere para ello.

—No sé por qué le concedes tanta importancia al Ateneo —replico, irritada.

Tom se ríe entre dientes de forma tan condescendiente que no puedo evitar imaginármelo sumergido en una gran caldera, rodeado de caníbales hambrientos armados con antorchas.

—Tú, no lo harías, ¿no es cierto, Gemma? A ti no te gustaría pertenecer a nadie ni a nada.

—Al menos los miembros de la Sociedad Hipocrática son hombres de ciencia y medicina —digo haciendo caso omiso de su desaire—. Ellos comparten tus intereses.

—Ellos carecen del respeto que confiere el club Ateneo, que es donde reside el auténtico poder. Además, he oído que los miembros de la Sociedad Hipocrática pueden votar para permitir el acceso a un reducido número de mujeres —resopla mi hermano—. ¡Mujeres! ¡En un club de caballeros!

—Pues a mí eso me gusta —respondo.

Sonríe con suficiencia.

—Era de esperar.

La última vez que vi nuestra casa de Belgravia, ésta estaba sumida en el duro invierno. Mientras el carruaje serpentea por Hyde Park, nos saluda la imponente vista de los brotes de los árboles que se yerguen orgullosos cual guardia real. Los narcisos exhiben sus nuevos bonetes amarillos. Londres sonrío.

No así nuestra ama de llaves, la señora Jones. Me recibe en la puerta ataviada con un vestido negro y un delantal blanco, una cofia blanca de blonda en la cabeza y una expresión tan severa que considero la posibilidad de ponerle un vaso en la boca para comprobar si aún respira.

—¿Qué tal ha ido el viaje, señorita? —pregunta sin entusiasmo.

—Sin contratiempos, gracias.

—Me alegro, señorita. ¿Le llevo la maleta a su habitación?

—Sí, gracias.

Hacemos verdaderos esfuerzos por mostrarnos agradables los unos con los otros. Jamás decimos lo que sentimos. A decir verdad, podríamos saludarnos y hablar sólo de quesos: «¿Qué tal su gruyer, señorita?». «Salado como cabrales maduro, gracias». «Ah, cuánto me cheddar, señorita. Llevaré su stilton a su camembert», y nadie se daría cuenta.

—Su abuela la espera en el salón, señorita.

—Gracias. —No puedo resistir la tentación—. No hace falta que me acompañe al brie.

—Como guste, señorita.

Y ya está, aunque es una pena que mi broma se haya desperdiciado sin que nadie, excepto yo, haya podido apreciarla.

—Llegas tarde —anuncia mi abuela mientras abro las puertas del salón. No sé por qué me riñe, pues no soy el cochero ni el caballo que me han traído hasta aquí. Me dedica una mirada reprobatoria de pies a cabeza—. Tenemos que asistir al té de la señora Sheridan. Querrás cambiarte de ropa, por supuesto. ¿Y qué le ha sucedido a tu cabello? ¿Es lo que se lleva ahora en Spence? Me parece intolerable. Estate quieta. —La abuela me tira del pelo con tanta fuerza que los ojos me lagrimean, y me clava tres horquillas que casi me horadan el cerebro—. Mucho mejor así. Una dama siempre debe estar perfecta.

Hace sonar una campanilla y, como un fantasma, nuestra ama de llaves aparece.

—¿Sí, señora?

—Señora Jones, la señorita Doyle necesitará ayuda para vestirse. Creo que lo más adecuado será que se ponga el vestido de lana gris. Y otro par de guantes que no parezcan los de una mujer de la limpieza —añade mientras frunce el ceño ante la visión de las puntas manchadas de mis guantes.

Llevo en casa menos de un minuto y ya me siento asediada. Observo el salón oscuro: las pesadas cortinas de terciopelo color burdeos, el papel pintado de las paredes verde oscuro, el escritorio y las estanterías de caoba, la alfombra oriental y el enorme helecho en su pesada maceta.

—A esta habitación no le iría mal un poco de luz.

«Ja». Si es crítica lo que quiere, a ese juego pueden jugar dos.

El rostro de la abuela se contrae, preocupado.

—Es una habitación elegante. ¿Estás sugiriendo que no lo es?

—Yo no he dicho eso. Sólo he comentado que sería agradable dejar entrar la luz.

La abuela estudia las cortinas como si considerara la idea, aunque brevemente, y de nuevo me observa como si yo fuera la tonta del pueblo.

—El sol estropearía la tapicería del sofá. Y ahora, si ya hemos dado por finiquitado el tema de la decoración, sería conveniente que fueras a vestirte. Salimos dentro de media hora.

Una criada silenciosa nos conduce hasta la bien nutrida biblioteca de la señora Sheridan. La visión de tantos libros me reconforta, lo que es más de lo que puedo decir respecto a mi traje de lana gris. Me roza y me pica tanto que me pondría a gritar. La señora Jones me ha apretado tanto las cintas del corsé que si soy capaz de dar dos sorbos de té, vomitaré al menos uno de ellos. Otras cinco chicas han acudido con sus madres. Me horroriza descubrir que no conozco a ninguna, aunque parece que ellas sí se conocen entre sí. Y lo que es peor: a ninguna de ellas las han obligado a llevar un traje de lana gris desvaído. Parecen tan llenas de vida como la primavera, mientras yo me asemejo a una tía solterona a quien cualquier muchacha se negaría a llevar como dama de compañía. Me muerdo la lengua para no confesar a la chica que tengo junto a mí: «Si muriera durante el té, asfixiada por el corsé, no me enterréis con este horrendo vestido o saldré de mi tumba para daros caza».

No me hago ilusiones respecto a que se trate de un simple té; estamos en un mercado y las chicas somos la mercancía. Mientras las madres conversan, nosotras tomamos nuestro té en silencio, nuestras sonrisas un reflejo de las suyas, como si fuéramos intérpretes de una pantomima. Tengo que recordarme que sólo puedo hablar cuando me hablen y repetir las opiniones de las demás. Trabajamos al unísono para mantener limpia la prístina superficie de la vida, sin atrevernos a hacer una salpicadura.

Con cada pregunta, con cada mirada, se nos mide con las escalas precisas de sus mentes, dejando que la balanza oscile entre sus expectativas y sus decepciones. Ésta se ríe demasiado. Ésa tiene el cabello áspero y la tez rubicunda. Aquélla luce una expresión severa; y la de más allá sorbe el té, mientras una desafortunada muchacha osa afirmar que la lluvia es algo «romántico», a lo que se le contesta con firmeza que la lluvia sólo es buena para las rosas y mala para el reumatismo. Sin duda alguna, su

madre la reprenderá duramente en cuanto suban a su carruaje y, con toda justicia, culpará a la institutriz de tamaña fechoría.

Durante unos minutos, las señoras nos formulan preguntas: ¿estamos impacientes de que llegue el día de nuestra presentación en sociedad? ¿Nos gusta tal ópera o cual representación teatral? Si respondemos con brevedad, nos sonrían, aunque soy incapaz de leer qué se oculta tras sus expresiones. ¿Envidian nuestra juventud y belleza? ¿Se sienten alegres y excitadas ante el futuro que nos aguarda? ¿Acaso desearían tener una nueva oportunidad en sus vidas? ¿Un destino diferente?

Las madres se cansan enseguida de hacernos preguntas. Se embarcan en una conversación que no nos atañe. Durante un paseo por los jardines de la señora Sheridan —de los que se siente sumamente orgullosa, aunque es el jardinero quien se encarga de ellos—, se nos deja a nuestro aire, gracias a Dios. Las máscaras corteses desaparecen.

—¿Habéis visto la tiara de *lady* Markham? ¿No es exquisita? Daría lo que fuera por llevar una tiara parecida, aunque fuera un instante.

—Hablando de *lady* Markham, supongo que habréis oído lo que se comenta de ella —dice una chica llamada Annabelle.

Las otras se sienten atraídas de inmediato.

—¿Qué se dice, Annabelle? ¿Qué ha pasado?

Annabelle suspira ruidosamente, pero hay cierta falsedad en el gesto, como si hubiera estado reprimiéndose hasta ahora, esperando la oportunidad de compartir sus novedades.

—Cargo con un gran secreto que sólo revelaré si me prometéis no explicarlo a nadie más.

—¡Oh, por supuesto! —prometen las chicas, quienes ya deben estar pensando en quién va a ser la primera a quien cuenten el desafortunado chisme.

—He oído que *lady* Markham ha cambiado de opinión y no va a presentar a la señorita Worthington ante la corte.

Las chicas se llevan sus enguantadas manos a la boca, pero su regocijo es tan evidente como una enagua al caer. Están encantadas con el cotilleo y doblemente encantadas de no protagonizarlo. No sé qué decir. ¿Debería decirles que Felicity y yo somos amigas? ¿Lo saben ya?

El coro se pronuncia: «Oh, querida. Pobre Felicity». «Qué escándalo». «Pero es tan descarada...». «Lo tiene bien merecido. Es culpa suya». «La adoro, pero...». «Desde luego».

Annabelle las interrumpe. Sin duda alguna, es quien lleva la batuta.

—Su independencia no gusta a las damas importantes, y luego está el asunto de su madre...

—¡Oh! ¿Y cuál es ese asunto? Odio a mi institutriz, ¡jamás me explica nada! —exclama una chica con las mejillas como manzanas y de boquita delicada.

Los ojos de Annabelle centellean.

—Hace tres años, la señora Worthington viajó al extranjero mientras su marido, el almirante, estaba en alta mar. Todo el mundo sabe... ¡que escapó a París para estar con su amante! Si el almirante Worthington no fuera un héroe y uno de los favoritos de Su Majestad, la señorita Worthington no sería admitida en nuestra decente sociedad.

Conozco infinidad de detalles sobre los horrores que el almirante ha infligido a su hija, como que acude a su dormitorio cuando cae la noche, algo que un padre jamás haría. Pero juré a Fee guardarle el secreto y, además, ¿quién lo hubiera creído aunque la verdad hubiera salido a la luz? La gente tiene la costumbre de inventar historias que crearán a pies juntillas para eludir la verdad que son incapaces de aceptar.

—Pero aún hay más —dice Annabelle.

—¡Cuenta! ¡Cuenta!

—He oído a mi madre explicarle a la señora Twitt que si la señorita Worthington no hace su presentación en sociedad, perderá el derecho a heredar. El testamento de su abuela estipula que deberá hacer su debut «como una dama de elevada moral»; de lo contrario, el dinero irá a parar al hospital Foundling, y Felicity estará a merced del almirante, quien deberá tutelar su futuro.

Lo único que desea Felicity es obtener su carta de libertad. Sin embargo, puede que en estos momentos esté a punto de ver cómo su sueño se desvanece. No puedo evitar que la sangre se me agolpe en la cabeza. A ojos vista, debo de tener las mejillas encendidas. Si pudiera, embalaría las encantadoras orejas de Annabelle. Me aprieta tanto el corsé que apenas puedo respirar. Un hormigueo me recorre la piel; la cabeza me da vueltas y, durante unos instantes, siento como si mi cuerpo me abandonara.

—¡Ay! —grita Annabelle, dirigiéndose hacia la chica que tiene al lado—. ¡Constance Lloyd! ¡Cómo te atreves a pellizcarme!

La boca de Constance dibuja una O de sorpresa.

—¡Yo no he sido!

—Por supuesto que has sido tú. ¡Me está saliendo un morado en el brazo!

Las otras chicas intentan reprimir su regocijo ante la guerra sin cuartel en que están a punto de enzarzarse Constance y Annabelle. El mareo desaparece y me siento extrañamente bien, mejor de lo que me he sentido en años.

—Cuando comenté que podríamos organizar una fiesta en el jardín, la señora Sheridan me lanzó una extraña mirada. ¿Crees que considera que es demasiado ordinario? Pensé que sería una fiesta agradable. ¿Tú qué opinas?

La abuela me ha dado la lata con el mismo tema durante todo el viaje en carruaje hasta casa. Le inquieta cualquier posible desaire o juicio imaginado. Por una vez me gustaría que viviera su vida y que no se preocupara tanto de lo que piensen los demás.

Por supuesto, también yo tengo mis propias preocupaciones. ¿Cómo voy a contarle a Felicity lo que he escuchado sin preocuparla? ¿Cómo se puede hablar con

sensatez con ella? Sería como intentar contener una fuerza de la naturaleza.

—Creo que una fiesta en un jardín es algo encantador y muy apropiado. No es un baile turco, lo admito, pero incluso Su Majestad considera indecorosas esta clase de manifestaciones. ¿Qué dijeron al respecto las otras muchachas? ¿Pusieron alguna pega?

—No, no hablaron de ello.

Suspiro y apoyo la cabeza contra el lateral del carruaje. La asfixiante niebla de gas londinense hace su aparición. Las calles están oscuras, las gentes parecen fantasmas. Veo a un joven de rizos oscuros cubiertos por una gorra de repartidor de prensa; el corazón me da un brinco. Asomo medio cuerpo por la ventanilla.

—¡Perdone! ¡Usted! ¡Señor! —grito.

—¡Gemma Doyle! —jadea la abuela.

El joven se gira. No es Kartik. Anuncia las noticias del día.

—¿La prensa, señora?

—No —contesto tragando saliva—. No, gracias.

Me reclino en el asiento, con la firme determinación de no volver a mirar y crearme falsas esperanzas de forma innecesaria. «¿Dónde estás, Kartik?».

—Eso ha sido una total falta de educación. —La abuela chasquea la lengua. Entrecierra los ojos ante un nuevo pensamiento—. Gemma, en el té, ¿te han sacado algún defecto? No habrás hablado demasiado abiertamente ni te habrás comportado de forma... extraña, ¿verdad?

«Me han salido garras y he aullado a la luna. Les he confesado que me como los corazones de los niños pequeños. Les he dicho que me gustan los franceses». ¿Por qué he de tener siempre la culpa de todo?

—Hemos hablado de las flores de la señora Sheridan —contesto en tono neutro.

—Bueno, no hay nada malo en eso —dice la abuela para tranquilizarse a sí misma—. No, nada en absoluto.

A última hora de mi última hora en Londres, mi desdicha ha alcanzado proporciones épicas. La abuela se ha ido a la cama temprano, «exhausta» por los acontecimientos del día. Tom va a asistir a una cena del Ateneo a instancias de lord Denby.

—Cuando vuelva, lo haré convertido en un gran hombre —dice mientras se admira en el espejo de la repisa de la chimenea.

Lleva una chistera nueva que le hace parecerse a un espantapájaros con posibles.

—Practicaré mi genuflexión en tu ausencia —respondo. Tom se vuelve hacia mí con una sonrisa sarcástica.

—Te enviaría a un convento, pero ni siquiera esas santas mujeres tienen bastante paciencia para soportar tu petulancia. Por favor, no me acompañes hasta la puerta —dice mientras se encamina briosamente hacia la salida—. No desearía interrumpir tu malhumor junto al fuego.

—No tienes de qué preocuparte —respondo girándome hacia la lumbre con un suspiro—. Tampoco lo harías.

Mi temporada social aún no ha comenzado y ya me siento una fracasada. Es como si hubiera heredado una piel a la que no puedo adaptarme, que me cuelga y que tironeo, sujeto y acorto, e intento con desespero rellenar, deseando que nadie me vea luchar con ella y diga: «Esa de ahí es un fraude. Mirad lo mal que le queda».

Si al menos pudiera entrar en los reinos. ¿Qué sucede? ¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Qué ha sido de la magia? ¿Dónde están mis visiones? Y pensar que en una ocasión les tuve miedo. Y ahora el poder que tanto maldije es lo único que añoro. No, no es lo único. Pero tampoco ejerzo ningún poder sobre Kartik.

Contemplo el fuego y observo las llamas anaranjadas, que brincan reclamando mi atención. En el interior de cada uno de ellas, una pálida alma azul arde pura y caliente, y devora cada fragmento de yesca para mantener vivo el fuego.

El reloj de la repisa de la chimenea marca los segundos; su monótono sonido me produce sopor. La somnolencia me vence y me pierdo en el sueño.

Me envuelve una neblina espesa. Ante mí hay un fresno enorme, cuyos retorcidos brazos se extienden hacia un sol inexistente. Una voz me llama.

«Ven a mí...».

Se me acelera el pulso; no veo a nadie.

«Eres la única que puede salvarnos, salvar a los reinos. Debes venir a mí...».

—No puedo entrar —murmuro.

«Hay otra entrada... una puerta secreta. Confía en la magia. Deja que te traiga hasta aquí».

—Ya no tengo la magia...

«Te equivocas. Tu poder es extraordinario. Crece en tu interior y desea ser liberado. Libera tu poder. Eso es lo que ellos temen, lo que tú no debes temer. Puedo ayudarte, pero debes venir a mí. Abre la puerta...».

La escena cambia. Me hallo en el interior de las Cuevas de los Suspiros, ante el pozo de la eternidad. Bajo su helada superficie yace la señorita Moore, su cabello oscuro flotando como el de Kali. Se halla bajo su prisión cristalina, tan encantadora como Ofelia, tan amenazadora como una nube de tormenta. Un estremecimiento me recorre el cuerpo y me llega hasta el tuétano.

—Estás muerta —jadeo—. Yo te maté.

Sus ojos se abren al instante.

—Te equivocas, Gemma, estoy viva.

Despierto sobresaltada, sentada en una silla; el reloj de la repisa marca las once y media. Me siento rara, enfebrecida. Hebras de pelo cuelgan lacias sobre mi boca y la sangre me bombea con furia. Me siento como si hubiera recibido la visita de un fantasma.

«Sólo ha sido un sueño, Gemma. Déjalo estar. Felicity tiene razón: Circe está muerta; si tus manos están manchadas con sangre no debes sentirte culpable por

ello».

Pero no puedo dejar de temblar. ¿Y la otra parte del sueño? Una puerta. No logro encontrar el modo de entrar en los reinos, de recuperar la magia. No hay que tenerle miedo. Hay que confiar en ella.

Lágrimas cálidas empañan mis ojos. Soy una inútil. No puedo entrar en los reinos. No puedo ayudar ni a mis amigas ni a mi padre. No puedo encontrar a Kartik. Atizo la lumbre mortecina, pero las astillas no arden. Parece ser que también en eso soy una negada. Arrojo el atizador al suelo y golpeo la repisa de la chimenea. Quisiera arrojarme al fuego y dejar de temblar.

Un hormigueo me recorre los dedos; los brazos me tiemblan. Me mareo de nuevo. Creo que estoy a punto de desmayarme.

Una súbita bocanada de fuego asciende por la boca de la chimenea. El fuego vuelve a la vida. Tras dar un grito, retiro la mano y caigo al suelo. De inmediato, la lumbre chisporrotea y fenece.

Sostengo la mano frente a mi rostro. ¿He hecho yo eso? Las puntas de los dedos aún me tiemblan. Las extiendo hacia la chimenea apagada, pero no sucede nada. Cierro los ojos.

—¿Te ordeno encender el fuego!

Un leño ennegrecido se astilla y cae sobre el hollín. Nada.

Unos pasos nerviosos, tap-tap, se acercan hasta el salón. La señora Jones entra precipitadamente en la estancia.

—¿Señorita Gemma? ¿Qué ha sucedido?

—El fuego. Estaba apagado y de repente ha prendido con tanta fuerza que la chimenea entera ha empezado a arder.

La señora Jones recoge el atizador del suelo para reavivar los rescoldos.

—Se ha apagado, señorita. Debe de haber hollín en la chimenea. Lo primero que haré mañana será avisar al deshollinador.

Tom ya ha vuelto a casa y, aunque es una hora avanzada, no esperaba que regresara hasta mucho más tarde. Se sirve un vaso del *whisky* escocés de Padre y se sienta en una silla.

La señora Jones le dedica una mirada desaprobadora.

—Buenas noches, señor. ¿Me necesita?

—No, gracias, señora Jones. Puede retirarse.

—Muy bien, señor. Señorita.

Tom me observa desdeñosamente.

—¿No deberías de estar ya en la cama?

—¿Cómo podría dormir sabiendo que en cualquier momento el nuevo miembro del club Ateneo bendeciría esta casa con su presencia?

Le hago una reverencia excesivamente florida y aguardo a que Tom me devuelva la pulla. Como no lo hace, empiezo a dudar de que se trate de mi hermano. No es propio de él dejar que pronuncie la última palabra sin siquiera hacer el intento de

replicarme.

—¿Tom?

Está desplomado en la silla, la corbata floja, los ojos rojos.

—Han nombrado a Simpson en mi lugar —dice en voz baja.

—Lo siento —respondo, y es verdad.

Puede que considere que su preocupación por el club Ateneo es una estupidez, pero para él es importante, y ha sido una crueldad que ellos no lo hayan tenido en cuenta.

—¿Puedo hacer algo?

—Sí —contesta apurando su vaso—. Puedes dejarme en paz.

Aunque jamás pensé que pudiera decir algo así, estoy encantada de ver de nuevo a esa dama severa e imponente que es Spence. Los tres días que he pasado en Londres han sido una auténtica tortura, con Tom enfurruñado, la abuela constantemente preocupada y mi padre ausente. Aún no sé cómo podré sobrevivir a la temporada social.

Y también hay otra cuestión: mi sueño preocupante y el extraño suceso de la chimenea. La repentina llamarada se debió al hollín acumulado en el interior de la chimenea, así lo confirmó el deshollinador. El asunto del sueño es más difícil de desechar, quizá porque deseo creer que en los reinos hay una puerta secreta y que la magia aún se halla en mi interior. Pero desecharlo no lo hará realidad.

La campana de la capilla repica para avisarnos de que es la hora de nuestros rezos matutinos. Ataviadas con nuestros immaculados uniformes blancos y con nuestras cintas de pelo en su lugar correspondiente, nos dirigimos penosamente colina arriba, hasta la vieja capilla de reluciente piedra.

—¿Qué tal tu estancia en casa? —pregunta Felicity mientras se acerca a mí.

—Horrible —contesto.

Felicity esboza una amplia sonrisa.

—Pues aquí nos hemos aburrido mortalmente. Cecily insistió en jugar a las charadas, como si aún estuviéramos en parvulario, y luego, cuando Martha adivinó la suya enseguida, Cecily empezó a hacer pucheros. La respuesta era *Cumbres Borrascosas*, y todo el mundo sabe que es su libro preferido; no es ninguna novedad.

Me río de la anécdota y, durante un segundo, siento la imperiosa necesidad de hablarle de mi sueño. No obstante, ello implicaría sacar a relucir una vez más el asunto de los reinos, así que me lo pienso mejor.

—Me alegro de estar de vuelta —digo en su lugar.

Los ojos de Felicity se abren de par en par, horrorizados.

—¿Estás enferma, Gemma? ¿Tienes fiebre? Sinceramente, no pienso derramar ni una sola lágrima cuando me marche de aquí. Ni siquiera soy capaz de esperar a hacer mi presentación en sociedad.

El odioso comentario de Annabelle me pesa en el alma como una losa.

—Y *lady* Markham será quien te presente, ¿no es así?

—Así es; necesito que alguien apadrine mi presentación en sociedad —contesta Fee con brusquedad—. Puede que mi padre sea un héroe naval, pero mi familia no tiene el prestigio que posee la tuya.

Hago caso omiso del comentario. El sol nos bendice con los primeros indicios del buen tiempo que está por llegar y, como harían las flores, volvemos la cabeza hacia él.

—¿Cómo es *lady* Markham?

—Es una de las acólitas de *lady* Denby —se burla Felicity.

Me sobresalto al escuchar el nombre de la madre de Simon. *Lady* Denby no siente aprecio alguno ni por Felicity ni por la señora Worthington.

—Ya sabes cómo son estas cosas, Gemma. Les encanta que las halaguen y creer que veneras todas y cada una de sus palabras, como si salieran de la boca del mismísimo Zeus. «Vaya, *lady* Markham, le agradezco su consejo». «Qué inteligente es usted, *lady* Markham». «Lo haré al pie de la letra. Cuán afortunada soy de disfrutar de sus buenos consejos, *lady* Markham». Todas quieren ser tu dueña. —Felicity estira los brazos hacia arriba, como si quisiera tocar el cielo—. Dejaré eso en manos de mi madre.

—Y si *lady* Markham no hiciera tu presentación... entonces, ¿qué? —pregunto con el corazón en un puño.

Felicity deja caer los brazos a ambos lados del cuerpo.

—Estaría perdida. Si no hago mi debut, mi herencia irá a parar al hospital Foundling y estaré a merced de mi padre. Pero eso no sucederá. —Frunce el ceño—. Veo que pareces muy interesada en este asunto. ¿Acaso has oído algo?

—No —respondo con voz vacilante.

—Mientes.

No puedo hacer nada para convencerla de lo contrario. Me azuzará hasta que le diga la verdad.

—Muy bien. Sí. Escuché lo que se rumorea por Londres: que *lady* Markham se ha pensado mejor lo de presentarte ante la corte... por... por tu reputación. Y yo creo que, con tantas cosas en juego, quizá sería mejor que te... te... comportaras —susurro esta última palabra, que apenas deja una débil impronta.

Felicity entrecierra los ojos, pero aun así veo reflejados en ellos el dolor que le ha causado mi comentario.

—¿Comportarme?

—Sólo hasta después de tu temporada...

Felicity esboza una sonrisa sarcástica.

—¿Acaso debo echarme a temblar cada vez que escucho una maledicencia por nimia que sea? He sobrevivido a comentarios peores. Sinceramente, Gemma, desde que has dejado de llevarnos a los reinos te pareces cada vez más a un ratón aburrido. Apenas te reconozco.

—Sólo quería advertirte —protesto.

—No necesito advertencias; necesito una amiga —dice—. Si lo que deseas es reñirme como una maestra de escuela, deberías irte a sentar junto a la señora Nightwing.

Se marcha muy enfadada, cogida del brazo de Elizabeth, y el sol, que parecía hasta ahora tan cálido, deja de reconfortarme.

Sustituyo a Nightwing por Ann. El sol matutino ilumina las enmohecidas

vidrieras de colores de la capilla, expone a la luz la capa de mugre de los ángeles y confiere una intensa brillantez al extraño panel en que se exhibe un solitario ángel guerrero junto a la cabeza cercenada de una gorgona.

Inclinamos la cabeza para rezar. Cantamos un himno. Y, al final, nuestra profesora de francés, *mademoiselle* LeFarge, lee un poema de William Blake.

¿Fueron sus pies los que en aquel tiempo
ascendieron por las inglesas y verdes montañas?
¿Y fue el sagrado Cordero de Dios a quien se vio
en las inglesas y apacibles pasturas?

¿Así será mi vida para siempre jamás? ¿Cautelosos tés y el miedo callado que me atenaza por no pertenecer a esa sociedad, por ser un fraude? ¡Tuve la magia en mis manos! Degusté el sabor de la libertad en una tierra donde el verano no tiene fin. Me burlé de los Rakshana por mediación de un chico cuyo beso aún puedo sentir. ¿Y todo eso para nada? Habría preferido no haberlo conocido a que me lo hayan arrebatado tras probar su sabor.

Con las lágrimas pugnando por salir, centro mi atención en la vidriera de colores y en la extraña amalgama de ángeles peligrosos y dudosos guerreros para mantener la compostura. *Mademoiselle* LeFarge inunda la capilla con las nobles palabras del señor Blake.

¿Acaso el Semblante Divino
brilló en nuestras sombrías colinas?
¿Acaso aquí Jerusalén se construyó
entre estos oscuros molinos satánicos?

¡Traed mi arcabuz de oro relumbrante!
¡Traed mis flechas de deseo!

Muchas de las chicas más jóvenes ahogan una risa al escuchar la palabra «deseo», y LeFarge debe esperar a que se restaure el silencio antes de continuar.

¡Traed mi lanza! ¡Oh, nubes distantes!
¡Traed mi carro de fuego!

No pondré fin a mi lucha interna
ni mi espada dormirá en mi mano
hasta que Jerusalén se construya
en el inglés, verde y apacible llano.

LeFarge abandona el púlpito y la señora Nightwing la releva.

—Gracias, señorita LeFarge. Ha sido conmovedor. El poema nos recuerda que la grandeza se oculta incluso en los momentos más insignificantes y en los corazones más humildes, y que debemos, cada una de nosotras, encaminarnos hacia la grandeza de las cosas. O nos dirigimos a su encuentro o la dejamos escapar, ése es el reto al que debemos enfrentarnos.

Sus ojos barren la estancia y parecen posarse en cada muchacha, cubriéndonos a cada una de nosotras con un manto invisible. Mi imperiosa necesidad de echarme a reír se desvanece y una gran pesadez se cierne sobre mí, como una nevada tardía de primavera.

—Abril se halla a las puertas; mayo nos hace señas. Y a algunas de nuestras jóvenes pronto les llegará el momento de abandonarnos.

Junto a mí, Ann se rasca distraída las cicatrices del brazo. Pongo una mano en la suya.

—Cada año, celebramos un té en honor de nuestras graduadas. Este año no será así.

—¡Oh! ¡Oh, no!

—No se atreverá —susurra Cecily, horrorizada—. ¿Verdad?

—Tranquilas, tranquilas, por favor. —Las palabras de la señora Nightwing resuenan por la estancia—. Me complace comunicarles que, este año, no celebramos un té sino un baile.

Una oleada de excitación se extiende entre las chicas y avanza de banco en banco. ¡Un baile!

—Será un baile de máscaras, un alegre espectáculo de disfraces, que tendrá lugar el uno de mayo y al que también asistirán los patrocinadores y la familia. No me cabe duda de que ya han empezado a soñar con alas de hadas y nobles princesas indias. Quizá también haya entre ustedes un pirata, una Nefertiti o una majestuosa reina Mab^[2].

Otra oleada de regocijo infantil irrumpe en la tranquila capilla.

—Yo seré una reina Mab espléndida —dice Felicity—. ¿No creéis?

Cecily está indignada.

—¿Por qué, Felicity Worthington? Ése iba a ser mi disfraz.

—Pues ya no lo es. Yo lo pensé primero.

—¡Cómo puedes haberlo pensado primero si fui yo quien lo pensó antes!

—¡Señoritas! ¡Gracia, encanto y belleza! —grita la señora Nightwing entre el barullo, recordándonos el lema de Spence a la par que nuestros modales.

Nos calmamos como un jardín de flores después de una repentina ventolera.

—Tengo otra sorpresa. Como ya saben, la señorita McCleethy ha estado ausente todos estos meses debido a unos asuntos personales de la mayor urgencia. Me place comunicarles que ya ha atendido sus obligaciones y que pronto regresará junto a nosotras. Tengo en mis manos una carta suya que voy a leer en voz alta. —Se aclara la garganta—. «Queridas señoritas de Spence, espero que al recibir esta carta estén ustedes bien. Puede que la primavera ya brille en nuestra querida escuela. Debe de ser una visión encantadora y espero disfrutarla pronto. La señora Nightwing me ha preguntado si estaría dispuesta a ocupar el puesto vacante de la señorita Moore, y me complace comunicarles que he aceptado. No era mi intención quedarme en Spence, pero según parece se me necesita allí, y yo voy a donde el deber me llama. Deseo

fervientemente verlas a finales de mes. Hasta entonces, espero que les vaya bien con sus estudios y les deseo suerte con las gachas».

Esa última frase es secundada con unas cuantas risas, pues las gachas de Spence son realmente nauseabundas.

—«Y para aquellas de ustedes que nos dejarán para ocupar el lugar que les corresponde en el mundo, les pido que recuerden sus obligaciones así como sus aspiraciones. Afectuosamente suya, señorita McCleethy».

La ventolera se extiende de nuevo por doquier y las chicas retoman sus animadas charlas. Aunque también yo me dejo llevar por la excitación de los acontecimientos, no me siento del todo tranquila. No puedo evitar pensar que sus últimas frases van dirigidas a mí, como una flecha lanzada desde el arco de deseos de la señorita McCleethy con la intención de que la Orden ocupe el lugar que le corresponde en los reinos.

La última vez que vi a Claire Sahirah McCleethy fue las navidades pasadas, en Londres. Pretendía forjar una alianza con los Rakshana y obligarme a llevarla hasta los reinos. Tras quedarme con la magia, esperaba de mí que restituyera el poder de la Orden, para unirse a ella en sus propios términos. Después de rechazar su propuesta, me advirtió que no me convirtiera en su enemiga. Y luego se marchó. La señora Nightwing apenas explicó a las chicas el motivo de su ausencia. Ahora está a punto de regresar, y me pregunto qué presagios augurará su llegada.

Nos diseminamos por las puertas de roble de la antigua capilla en parejas y tríos, hablando sin aliento de todo lo que está por llegar.

—Me alegra saber que la señorita McCleethy regresa junto a nosotras. Es una grata noticia, desde luego —dice Cecily.

—Deberíamos preparar una canción o un poema para darle la bienvenida —gorjea Elizabeth.

A esta hora de la mañana, su voz ofende mis oídos.

Martha se une a la algarabía.

—¡Oh, sí! A mí me gustan los sonetos de Shakespeare.

—P-p-podría cantar para ella —se ofrece Ann, que nos sigue a la zaga.

Durante unos segundos, todas guardan silencio.

—¡Oh, Elizabeth, tú tienes una voz encantadora! ¿Por qué no cantas tú para nuestra señorita McCleethy? —ronronea Cecily, como si Ann no hubiera dicho ni una palabra.

Me recuerda a una abeja, pues también ella se dedica a la recolección de miel, aunque su aguijón es mucho más dañino.

—Sí, hazlo —corea Martha rápidamente.

—Bueno, pues todo resuelto. Martha y yo leeremos un soneto. Elizabeth, tú cantarás. Fee, ¿quieres prepararlo con nosotras?

Desearía que Ann se defendiera sola, que le dijera a Cecily que no es más que un sapo. Pero no lo hace. En vez de ello, afloja el paso y se queda aún más atrás.

—Ann —le digo extendiendo un brazo.

Ni siquiera me mira ni me responde. Me deja claro que ahora soy una de ellas. Hace semanas que nos peleamos y aún me da de lado.

Bien. Allá ella. Bajaré por el sendero para unirme a las demás. Los árboles aún lucen su nuevo follaje con torpeza. A través de las hojas ralas contemplo los avances del ala este. La torreta atrae mi atención. No puedo evitar mirarla, como si tuviera imán.

Gritos y amenazas estallan desde el emplazamiento y nos precipitamos a ver lo que sucede. Hay un grupo de hombres en la hierba con los puños en alto. Al acercarme, me doy cuenta de que no se trata de los operarios; son gitanos. ¡Los gitanos han vuelto! Busco entre sus rostros esperando ver a Kartik. Ha viajado con ellos antes. Pero hoy no está entre los gitanos, y se me cae el alma a los pies.

Los trabajadores se atrincheran tras su capataz, el señor Miller. Superan a los gitanos en proporción de dos a uno y, a pesar de eso, no se separan de sus martillos.

—¿Qué es todo este escándalo? Señor Miller, ¿por qué sus hombres han dejado de trabajar? —pregunta la señora Nightwing.

—Son estos gitanos, señora. —El señor Miller sonríe con sarcasmo—. Nos están causando problemas.

Un gitano alto, rubio y con una sonrisa cómplice da un paso hacia adelante. Se llama Ithal. Es el gitano a quien Felicity besó detrás del varadero. Felicity también lo ha visto. Su rostro palidece. Él se acerca a la señora Nightwing con el sombrero en la mano.

—Buscamos trabajo. Somos carpinteros. Hemos trabajado para mucha gente.

—Largo de aquí, jefe —replica el señor Miller en voz baja y con un tono despectivo—: Este trabajo es nuestro.

—Podemos trabajar juntos.

Ithal le tiende la mano. El señor Miller no le ofrece la suya.

—Estas señoras son damas decentes. No quieres tener cerca a unos gitanos sucios y mangantes.

La señora Nightwing se mete en la conservación.

—Durante años hemos compartido nuestra tierra con los gitanos. Y nunca nos han causado problemas.

Los ojos del señor Miller centellean.

—Sé que usted es una dama caritativa, señora. Pero si se muestra amable con ellos, nunca se los quitará de encima. Deberían volver a su país.

Ithal agarra con fuerza su sombrero, combando el ala.

—Si regresamos nos matarán.

El señor Miller esboza una amplia sonrisa.

—¿Lo ve? No los quieren ni en su propio país. No contrate a los gitanos, señora. La desplumarán. —Baja la voz—. Y qué hay de las jóvenes damas aquí presentes, señora... No quiero pensar en lo que podría sucederles.

No me gusta el señor Miller. Su sonrisa es falsa. No casa con el veneno de sus palabras. Ithal no le responde, pero al ver su mandíbula apretada intuyo que le gustaría hacerlo.

La señora Nightwing yergue la columna como acostumbra a hacer cuando nos riñe.

—Señor Miller, ¿puedo confiar en que acabarán este sector a tiempo para nuestro baile?

—No lo dude —contesta el señor Miller sin dejar de mirar a Ithal—. La lluvia ha sido la culpable de nuestro retraso.

La señora Nightwing habla a los gitanos como lo haría con unos chiquillos entrometidos en busca de un lugar donde dormir.

—Les agradezco su preocupación, caballeros. De momento todo está bajo control.

Observo a los gitanos irse; aún conservo la esperanza de ver a Kartik en cualquier momento. La señora Nightwing está ocupada con el señor Miller y no dudo en aprovechar la ocasión. Me pongo un penique en la palma y voy tras los gitanos.

—Disculpe señor. Creo que se le ha caído esto —le digo mientras le ofrezco la brillante moneda.

El gitano sabe que me lo he inventado; lo descubro en su sonrisa suspicaz. Mira a Ithal en busca de ayuda.

—No es nuestra —contesta Ithal.

—Pero puede serlo —espeto.

El otro gitano parece intrigado.

—¿A cambio de qué?

—Ten cuidado, amigo —le advierte Ithal—. No somos más que mugre bajo sus pies.

Dirige una rápida mirada a Felicity, quien ni siquiera se molesta en mirarlo.

—Sólo quiero saber si Kartik está con vosotros.

Ithal cruza los brazos contra el pecho.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Esperaba obtener un empleo como cochero. Y resulta que conozco a una familia que necesita uno y pensé que podría hablarles de él.

Me siento culpable por tener que decirle una mentira.

—¿Lo ves? Mugre. —Ithal me mira iracundo—. Hace meses que no veo a Kartik. Quizás esté al servicio de una respetable familia y ya no pueda venir a jugar.

Recibo su comentario como si me hubiera dado una bofetada y me hiere profundamente, aunque aún me duele más saber que nadie ha visto a Kartik. Temo que le haya ocurrido algo terrible.

La señora Nightwing acorrala a las chicas y me apresuro a regresar al redil. En cuanto lo hago, oigo hablar a Ithal con los otros gitanos:

—No os dejéis tentar por las rosas inglesas. Su belleza se marchita pero sus espinas son eternas.

—¡Señorita Doyle! ¿Qué hacía con esos hombres? —me riñe la señora Nightwing.

—Tenía una piedra en la bota. Sólo me detuve para quitármela —miento.

—Escandaloso —susurra Cecily, aunque sus susurros pueden oírse hasta en el más allá.

La señora Nightwing me coge del brazo.

—Señorita Doyle, vaya con las otras, por favor.

El grito de un operario interrumpe sus admoniciones.

—¡Eh! ¡Hay algo aquí abajo!

La mayoría de los hombres salta al interior del orificio que hay entre la torreta nueva y la vieja sección de la escuela. Piden un candil y se les entrega uno. Seguimos a Nightwing y nos amontonamos alrededor del boquete, con la intención de ver lo que sea que han encontrado.

Los operarios se deshacen de las palas. Trabajan con las manos mugrientas y arrancan pedazos de barro seco. Hay algo bajo tierra, parte de un viejo muro. La piedra contiene marcas extrañas, demasiado tenues para poder distinguirlas. El señor Miller frunce el ceño.

—¿Y ahora qué ocurre?

—Podría ser una antigua bodega —opina un hombre con un poblado mostacho.

—O una mazmorra —dice otro sonriendo. Golpea la bota del operario más joven —. ¡Eh, Charlie, pórtate bien o irás a parar a este agujero!

Le agarra del tobillo y lo arrastra hacia él, haciendo que los hombres estallen en ruidosas risotadas.

La señora Nightwing coge el candil y lo sostiene sobre la piedra antigua. La examina desde arriba, con los labios apretados, y de inmediato se lo devuelve al señor Miller.

—Probablemente se trate de una reliquia de los druidas o incluso de los romanos. Se dice que Aníbal en persona pudo haber guiado a sus tropas hasta estas tierras.

—Puede que tenga razón, señora. Parece una especie de señal —dice el fornido hombre.

Hay algo extrañamente familiar en todo ello, como un sueño que no logro capturar antes de que salga volando para siempre. No puedo reprimir el deseo de extender mis dedos hacia la reliquia. Mi respiración se acelera, noto la piel caliente. Quiero tocarla...

—¡Cuidado, señorita!

El señor Miller tira de mí como si yo fuera a caerme hacia adelante.

La sensación de calor abandona mis manos y me sobresalto como si acabara de despertarme.

—¡Señorita Doyle! ¡Está demasiado cerca! —me reprende la señora Nightwing —. Ninguna de ustedes debería estar aquí y, de hecho, creo que *mademoiselle* LeFarge las está esperando.

—Sí, señora Nightwing —respondemos sin movernos del sitio.

—¿Debemos quitarlo de aquí, señora? —pregunta el señor Miller, y de nuevo siento esa extraña sensación dentro de mí, aunque no sé por qué.

La señora Nightwing asiente. Los hombres se esfuerzan por levantarlo. Una y otra vez fracasan en su intento, enrojecidos y sin aliento. El más corpulento y fuerte salta hasta el interior del orificio y apoya todo su peso contra él. También él desiste.

—No se ha movido ni un centímetro —dice.

—¿Qué quiere que hagamos, señora?

La señora Nightwing niega con la cabeza.

—Ha estado aquí hasta ahora. Pues que siga donde está.

Felicity aún no me ha perdonado mi consejo respecto a *lady* Markham, así que me quedo fuera de su tienda plantada en el gran salón. No es que ella me haya dicho que no soy bienvenida; simplemente se limita a escuchar las tontas anécdotas de Cecily con una risa jovial y a adular los detalles más banales de la última visita de Elizabeth a la modista, mientras que cada sílaba que pronuncio yo es recibida con absoluto desdén. De forma eventual decido refugiarme en la cocina.

Me sorprende ver a Brigid dejar un cuenco con leche en la chimenea. Y aún más curioso, ha puesto un crucifijo en la pared que hay junto a la puerta y unas cuantas ramitas en las ventanas.

Cojo un trozo de pan moreno duro de la despensa.

—Brigid... —digo, y da un respingo.

—¡Por todos los santos! No vuelvas a aparecer de repente ante la anciana Brigid, nunca más —dice mientras se lleva una mano al corazón.

—¿Qué haces? —Señalo el cuenco de leche—. ¿Hay algún gato por aquí?

—No —contesta, y coge su costurero—. Y es todo cuanto voy a decir de este asunto.

Brigid siempre tiene mucho más que decir respecto a cualquier asunto. Simplemente hay que azuzarla un poco para que suelte sus chismorreos.

—Por favor, Brigid. No se lo diré a nadie. Te lo prometo.

—Bueno... —Me hace señas para que me siente con ella junto al fuego—. Es para protegernos —susurra—. La cruz y también las hojas de serbal de las ventanas.

—¿Protegernos de qué?

Brigid clava la aguja en la tela y la empuja hasta el otro lado del retal.

—Del ala este. No me parece correcto que ese maldito lugar vuelva a ser como antes.

—¿Lo dices por el incendio y las chicas que murieron allí?

Brigid alargó el cuello para asegurarse de que nadie nos escucha. Deja la costura en el regazo.

—Ajá, eso es, aunque también es porque siempre he sentido algo extraño en ese lugar.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto mientras mordisqueo el trozo de pan.

—Es algo que se sabe porque lo sientes en los huesos. —Agarra la cruz que lleva colgada al cuello—. Un día escuché a la señora Nightwing preguntar a la señora Spence algo del ala este, y la señora Spence, Dios la tenga en su gloria pues era un ángel, le dijo que no se preocupase, que ella nunca lo consentiría, aunque tuviera que dar su vida a cambio. Escuchar aquello me produjo escalofríos.

Eugenia Spence dio su vida por salvarnos a todos de las criaturas de las Tierras

Invernales. Me cuesta tragar el pan que he estado masticando hasta ahora.

Brigid dirige la vista hacia la ventana, hacia la oscuridad de los bosques.

—Desearía que la dejaran como está.

—Pero Brigid, piensa en lo hermosa que quedará cuando esté acabada y la academia vuelva a ser como antes —replico—. ¿No sería un precioso tributo a la señora Spence?

Brigid asiente.

—Sí, lo sería. Sin embargo... —Me coge de la barbilla con una mano—. No delatarás a tu vieja Brigid sobre lo de la leche, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Eres una buena chica.

Me acaricia la mejilla y su caricia, con más intensidad que un hechizo para la buena suerte, ejerce el poder de liberar mi alma de todos sus fantasmas.

—La primera vez que te vi, vestida de luto, pensé algo muy extraño sobre ti. Lo digo por tus ojos verdes: me recordaron a la pobre Mary Dowd, que murió en el incendio junto a su amiga, Sarah. Pero tú no tienes nada en común con ellas. Nada en absoluto.

—Gracias por el pan —respondo, aunque se ha convertido en plomo en el interior de mi estómago.

—Siempre eres bienvenida, cariño. Y ahora será mejor que regreses. Te estarán echando en falta. —De nuevo dirige la vista hacia la oscuridad que se cierne detrás de las ventanas—. No está bien reconstruirla. Puedo sentirlo. No es correcto.

Los ojos que todo lo ven de Eugenia Spence me observan mientras subo las escaleras que conducen a mi habitación. Lleva el cabello blanco peinado a la moda de aquel entonces, con rizos que le caen por la frente y el pelo enroscado en la nuca. Su vestido arranca con un cuello alto y un elaborado volante le recorre ambos lados del corpiño verde brillante; Eugenia Spence no estaba hecha para el gris ni el negro formal. Adorna su cuello el amuleto con el ojo en forma de media luna que ahora cuelga del mío, oculto bajo mi vestido.

«Mi madre causó tu muerte».

En mi habitación, saco el diario de mi madre y releo el heroísmo de Eugenia, cómo sacrificó su vida en lugar de la de Sarah y la de mi madre.

—Obtendré mi recompensa —gritó la criatura agarrando con fuerza el brazo de Sarah.

Eugenia apretó los labios.

—Debemos dirigirnos rápidamente a las Tierras Invernales.

De repente nos hallábamos en esa tierra de hielo y fuego, de árboles espesos y baldíos y de noche perpetua. Eugenia se mantenía firme.

—Sarah Rees-Toome, no permanecerás perdida en las Tierras Invernales. Vuelve conmigo. Vuelve.

La criatura se giró hacia ella.

—Ella me ha invitado. Ella debe pagar, o se perderá el equilibrio de los reinos.

—Yo iré en su lugar...

—Que así sea. Podemos hacer grandes cosas con alguien tan poderoso...

Eugenia me tiró su amuleto del ojo en forma de media luna.

—¡Mary, corre! ¡Cruza la puerta con Sarah; yo cerraré los reinos!

Entonces la criatura la hizo gritar de dolor. La súplica que vi en sus ojos hizo que me quedara sin aliento, puesto que, hasta ese momento, jamás había visto a Eugenia asustada.

—Los reinos deben permanecer cerrados hasta que encontremos el camino de vuelta. Y ahora, ¡corred! —exclamó.

La última vez que vi a Eugenia gritaba que había que cerrar los reinos, incluso mientras era engullida por la oscuridad sin dejar rastro alguno.

Cierro el diario de mi madre y me tumbo boca arriba, mientras contemplo el techo y pienso en Eugenia Spence. Si ella no hubiera arrojado el amuleto a mi madre ni hubiera cerrado los reinos de una vez por todas, vete a saber qué clase de horrores habrían visitado nuestro mundo. Gracias a su acción nos salvó a todos nosotros, aunque eso también significó su propia destrucción. Me pregunto qué habrá sido de ella, qué terrible destino aconteció a la gran Eugenia Spence por culpa del pecado de mi madre, y si bastó para compensarlo.

Cuando me vence el sueño, éste es inquietante. Una hermosa señora ataviada con un vestido y sombrero lavanda corre por las calles de Londres, sumidas en una densa niebla. Su cabello pelirrojo cae deslavazado sobre su rostro atemorizado. Me hace señas para que la siga, pero soy incapaz de mantener su paso; mis pies me pesan como el plomo y no puedo ver. Los adoquines están plagados de folletos que anuncian un espectáculo. Alcanzo a leer uno: «Doctor Theodore Ripple, ¡extraordinario ilusionista!».

La niebla se disipa y ahora me hallo subiendo las escaleras de Spence. Paso junto al enorme retrato de Eugenia Spence. Sigo ascendiendo hasta que me encuentro en el tejado vestida con mi camisón. El viento se cierne sobre mí. En el horizonte se congregan nubes que amenazan tormenta. Abajo, los hombres continúan sus tareas en el ala este. Sus manos se mueven con la misma rapidez que el parpadeo de una lechuga. La columna de piedra se eleva cada vez más alto. Una pala golpea la tierra y se queda clavada en ella. Ha topado con algo sólido. Los hombres me miran.

—¿Le gustaría abrirlo, señorita?

La dama ataviada con un vestido lavanda abre la boca. Intenta decirme algo, pero no emite sonido alguno, aunque sus ojos reflejan temor. Repentinamente, todo se mueve a máxima velocidad. Veo una habitación iluminada por un único candil. Palabras. Una daga. La mujer corriendo. Un cadáver flotando en el agua. Oigo una voz como un susurro en mi oído: «Ven a mí...».

Me despierto sobresaltada. Quiero volverme a dormir pero no puedo. Algo me llama, me empuja escaleras abajo y hasta la hierba, donde la luna llena derrama su luz lechosa sobre el esqueleto de madera del ala este. La torreta se eleva entre las nubes bajas. Su sombra se extiende por el césped y toca mis pies desnudos. La hierba está fría por el rocío.

Encima del tejado, las gárgolas duermen. La tierra parece canturrear bajo mis pies. Y una vez más, me siento arrastrada hacia la torreta y la piedra. Camino hacia el orificio. Sobre mi cabeza, la silueta del ala este resulta amenazadora, y las nubes nocturnas se mueven como los latigazos de una fusta furiosa. El ojo con forma de media luna resplandece y, a través de la tenue luz, veo el contorno de la piedra que se adecua a la forma del amuleto.

Un hormigueo me recorre los dedos. Se extiende por todo mi cuerpo. Algo dentro de mí pugna por salir. No puedo controlarlo y me asusto por lo que pueda ser.

Pongo las manos en la piedra. Me atraviesa una oleada de poder. La piedra despide un destello blanco dorado; el mundo cabecea. Es como mirar el negativo de una fotografía: a mis espaldas está Spence, ante mí el esqueleto del ala este y, más allá, los bosques. Pero si giro la cabeza, lo que brilla es la imagen de algo más que se mantiene en medio. Parpadeo para intentar distinguir esa imagen.

Y, cuando miro de nuevo, veo el contorno de una puerta.

—Gemma, ¿por qué nos has traído hasta aquí en medio de la noche? —se queja Felicity quitándose el sueño de los ojos.

—Ya lo verás —digo, iluminando el césped con la luz de un candil.

Tiembla de frío bajo su fino camisón.

—Al menos podríamos haber cogido nuestras capas.

Ann se envuelve el cuerpo con las manos. Le castañetean los dientes.

—Q-quiero v-v-volver a la c-cama. Si la señora Nightwing nos en-encuentra...

Echa un vistazo por encima del hombro en busca de la presencia de nuestra directora.

—Os prometo que no os decepcionaré. Ahora poneos aquí.

Las sitúo junto a la torreta y pongo el candil a sus pies, bañados por una luz de un blanco sobrenatural.

—Si se trata de una broma pesada, te mato —me advierte Felicity.

—No lo es.

Permanezco sin moverme ante la parcela de tierra debajo de la cual se halla la antigua piedra y cierro los ojos. El aire nocturno me muerde la piel.

—Gemma, por favor —se queja Felicity.

—¡Shhh! Necesito concentrarme —espeto.

La duda me susurra cruelmente en el oído: «No podrás hacerlo. El poder te ha abandonado».

No escucharé. Esta vez no. Poco a poco, el miedo me abandona. La tierra vibra bajo mis pies. Parece llamarme, empujarme bajo su hechizo. Mis dedos se orlan con una energía que me atemoriza y me excita. Abro los ojos y alargo la mano en busca de la puerta oculta. No la veo aunque la siento. La sensación es de un anhelo y una alegría exquisitos. Una herida de deseo que no puede ser sanada. Me susurra secretos

que no comprendo en lenguajes que no entiendo. El viento ulula. Levanta pequeños tornados de polvo.

La tierra brilla. El débil contorno de la puerta aparece una vez más.

—¡Caramba! —exclama Ann con un jadeo.

—¿Crees que conduce a los reinos? —pregunta Felicity tentativamente.

—La noche del incendio, la criatura de las Tierras Invernales vino para llevarse a Sarah —les recuerdo—. Y Eugenia Spence se ofreció a sí misma en el lugar de Sarah. Arrojó su amuleto, este amuleto, a mi madre y selló la puerta de los reinos. El ala este ardió. Todos los indicios que conducían a la puerta desaparecieron.

—No sabemos si ésta es la misma puerta —dice Ann tiritando—. Podría llevar a cualquier parte. Quizás a las Tierras Invernales.

—Estoy dispuesta a arriesgarme —digo, agarrándome al rayo de esperanza que se me ofrece.

—P-podríamos q-q-que quedar atrapadas —afirma Ann.

—Ya estamos atrapadas —asegura Felicity—. Quiero averiguar qué le ha sucedido a Pip.

Me agarra del brazo y cojo del candil.

—¿Ann? —pregunto, y ella desliza sus dedos fríos entre los míos, apretándolos con fuerza.

Respiro hondo y damos un paso hacia adelante. Durante un segundo, parece como si fuéramos a caer y, después, sólo distingo la oscuridad. Noto un olor rancio y dulce.

—¿Gemma? —susurra Ann.

—¿Sí?

—¿Qué le ha pasado a Felicity?

—Estoy aquí —responde Fee—. Donde quiera que sea eso.

Hago oscilar el candil delante de mí y puedo ver unos cuantos centímetros por delante. Hay un largo pasadizo. La luz del candil ilumina los arcos de los techos de piedra descolorida. Por doquier penden raíces a través de las grietas. Tras nosotras Spence duerme, pero es como si el mundo se hallara detrás de un vidrio; seguimos adelante.

A medida que avanzamos, las paredes parpadean con un brillo tenue, como si cientos de luciérnagas nos iluminaran el camino, mientras el sendero que dejamos atrás vuelve a adentrarse en la oscuridad. El pasadizo serpentea y adquiere una forma desconcertante.

El nerviosismo de Ann reverbera en el túnel.

—No nos dejes atrás, Gemma.

—¿Vas a calmarte de una vez? —le regaña Felicity—. Gemma, espero que sepas lo que haces.

—Seguid caminando —les digo.

Llegamos hasta un muro.

—Estamos atrapadas —dice Ann con voz temblorosa—. Sabía que acabaríamos

así.

—¡Oh, déjalo ya! —gruñe Felicity.

Tiene que ser aquí. No me daré por vencida. «Deja que la magia fluya, Gemma. Siéntela. Libera su poder». Algo me llama. Es como si las piedras empezaran a despertarse. La silueta de otra puerta aparece en el muro, una luz intensa y sangrante la bordea. Empujo la puerta. Se abre con un balanceo acompañado por una ráfaga de polvo, como si hubiera permanecido cerrada durante décadas, y nos adentramos en un aromático prado de rosas. El cielo es azul claro en una dirección y, en la otra, se atisba un atardecer naranja y dorado. Estamos en un lugar que conocemos muy bien, a pesar de que hace tiempo que no veníamos.

—Gemma —murmura Felicity. Su sobrecogimiento da paso al júbilo—. ¡Lo has conseguido! ¡Por fin hemos vuelto a los reinos!

—¡Es tan hermoso! —exclama Felicity.

Da tantas vueltas sobre sí misma que se marea y cae en la hierba alta, aunque ríe al hacerlo.

—¡Oh, es la primavera más asombrosa que he visto en toda mi vida! —murmura Ann.

Y, por supuesto, lo es. Largas cuerdas de musgo aterciopelado cuelgan de las copas de los árboles como cortinas de delicados hilos verdes; de las ramas brotan flores rosas y blancas. Una suave brisa las lleva consigo hasta nuestras mejillas alzadas y nuestros labios y anidan en mi pelo, que ahora huele tan dulce como la lluvia. Restriego una flor entre mis dedos e inhalo su aroma; tengo que asegurarme de que es real, que no estoy soñando.

—Realmente estamos aquí, ¿verdad? —pregunto mientras Fee se entrelaza con el musgo como si fuera un manguito.

—Sí, estamos aquí —me asegura Fee.

Por primera vez en meses, la esperanza palpita en mi alma: si puedo hacerlo, entrar en los reinos, entonces no todo está perdido.

—Éste no es el jardín —dice Ann—. ¿Dónde estamos?

—No lo sé —contesto mirando a mi alrededor.

Grandes bloques de piedra parecen haber sido erigidos en un patrón aleatorio que me recuerda a Stonehenge. Serpenteando entre ellos, un sendero polvoriento y apenas perceptible abarca desde la puerta hasta los reinos. Es difícil ver el camino, como si nadie hubiera pasado por allí en mucho tiempo.

—Aquí hay una pequeña vereda —digo—. La seguiremos.

A medida que avanzamos, la puerta se funde paulatinamente con la roca.

—Gemma —jadea Ann—. ¡Ha desaparecido!

Me siento como si alguien hubiera tensado una cuerda alrededor de mi corazón. Intento mantenerme alerta. Doy un paso hacia la roca y la puerta resplandece de nuevo.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamo tras dejar escapar un silbido de alivio.

—Vamos —suplica Felicity—. Quiero ver el jardín. Quiero...

No acaba la frase.

Seguimos el sendero entre las piedras. A pesar de estar horadadas por el tiempo y la suciedad, muestran una impresionante selección de frisos en los que aparece todo tipo de mujeres. Algunas son tan jóvenes como nosotras, otras son tan viejas como la Tierra. Hay guerreras cuyas espadas vuelan hacia los rayos de sol. Una de ellas permanece sentada, rodeada de niños y faunos, el pelo flotando suelto en ondas hasta el suelo. Otra, ataviada con una cota de malla, lucha con un dragón. Sacerdotisas.

Reinas. Madres. Sanadoras. Como si todo el género femenino estuviera aquí representado.

Ann se queda embobada contemplando a la mujer y al dragón.

—¿Quiénes se suponen que son?

—Quizás fueran de la Orden, o puede que incluso más antiguas —contesto.

Recorro con la mano la escultura de tres mujeres en una barcaza. La de la izquierda es joven, la de la derecha es algo mayor y la de en medio es una bruja que sostiene en lo alto un candil, como si esperara a alguien. La pintura me produce una extraña sensación en el estómago, como si pudiera vislumbrar el futuro.

—Son extraordinarias, ¿verdad?

—Lo más destacable es que ninguna de ellas lleva puesto ni un maldito corsé —comenta Felicity con una risita—. ¡Oh, Gemma, démonos prisa! No puedo esperar más.

El sendero nos guía por elevados campos de trigo y ordenadas hileras de olivos hasta la gruta donde una vez estuvieron las runas del Oráculo. Finalmente nos adentramos en el jardín que hemos llegado a considerar nuestro feudo privado.

En el instante en que pisamos tierra conocida, Felicity echa a correr.

—¿Pippa? —llama—. ¡Pippa! ¡Pippa, soy yo, Felicity! ¡Hemos vuelto! —Busca en cada rincón—. ¿Dónde está?

No me atrevo a decir lo que estoy pensando: que hemos perdido para siempre a nuestra querida amiga Pippa. O bien ha cruzado el río hasta la tierra que hay al otro lado o bien se ha unido a las criaturas de las Tierras Invernales y se ha convertido en nuestra enemiga.

Espero a que la magia prenda en mi interior, pero no actúa como lo hacía en el pasado. Estoy desentrenada. «De acuerdo, empieza con algo sencillo, Gemma». Arranco un puñado de hojas y las aprieto dentro del puño.

Cierro los ojos. El corazón me late con fuerza y, de repente, me siento enfebrecida. Es como si el mundo entero —todas las experiencias, el pasado y el presente— flotara a mi alrededor más veloz que el rayo. La sangre me bombea con fuerza renovada. Una sonrisa entusiasta se extiende por mis labios. Y, cuando abro los ojos, las hojas se han transformado en rubíes en la palma de mi mano.

—¡Ja! ¡Mirad! —grito.

Lanzo las gemas al aire y caen como una lluvia roja.

—¡Oh, hacía tanto que no jugábamos con la magia!

Ann reúne unas cuantas hojas en sus manos y sopla. Las hojas vuelan con su soplo y descienden en una lenta espiral hasta sus pies. Frunce el ceño.

—Quería que se convirtieran en mariposas.

—Déjame probar a mí.

Felicity arranca un puñado y, a pesar de todos sus esfuerzos, no se convierten en nada; siguen siendo unas simples hojas.

—¿Por qué no puedo transformarlas? ¿Qué ha sucedido con la magia? ¿Cómo

pudiste convertirlas en rubíes, Gemma?

—Me limité a desearlo y lo conseguí —contesto.

—¡Gemma, qué lista eres! ¡Al fin y al cabo te quedaste con la magia del Templo!
—dice Felicity con una mezcla de temor y envidia—. Ahora la tienes toda para ti.

—Eso creo —contesto, aunque no estoy muy segura de ello.

Pongo las palmas boca arriba y luego boca abajo, contemplándolas como si no las hubiera antes. Son las mismas manos pecosas y pálidas que siempre he tenido, y sin embargo...

—¡Haz algo más! —me ordena Felicity.

—¿Cómo qué? —pregunto.

—Transforma este árbol en un dragón.

—¡En un dragón no! —la interrumpe Ann, con los ojos abiertos de par en par.

—O haz que las flores se conviertan en caballeros.

—Sí, eso me gusta más —dice Ann.

—¡Oh, francamente, Gemma! Tienes todo el Templo dentro de ti. ¡Haz lo que te plazca!

—De acuerdo —digo. Hay una pequeña piedra a mis pies—. Mmm, yo, mm, convertiré esto en un... un...

—¡Halcón! —grita Felicity a la par que Ann grita:

—¡Príncipe!

Toco la piedra y, durante un instante, siento como si fuéramos uno y lo mismo; soy parte de la tierra. Algo viscoso golpea en mi palma con un ruidoso *croac*. La rana mira alrededor con sus grandes ojos, como si le sorprendiera descubrir que ya no es una piedra.

Ann hace una mueca de disgusto.

—Esperaba que fuera un príncipe.

—Siempre puedes besarla —le sugiero, y Fee sonrío.

Ann arranca una margarita y deshoja sus pétalos uno a uno.

—Si tú tienes todo el poder, Gemma. ¿Cómo nos afecta eso a nosotras?

Felicity deja de sonreír.

—Significa que no tenemos ningún poder.

—En una ocasión hicimos un pacto con las tribus de los reinos y nos dimos la mano; compartiremos la magia...

—Sí, pero eso puede llevarnos meses —se queja Felicity—. ¿Y ahora qué?

Ann deposita la destrozada margarita en su regazo. No me dirige ni una mirada. Hace tan sólo un momento rebosaba alegría y ahora me siento terriblemente culpable porque tengo todo este poder y mis amigas no.

—Si soy el Templo y toda su magia —digo con voz entrecortada—, entonces debería ser capaz de poder entregársela, como el Templo siempre ha hecho con nosotras.

—Quiero probarlo —dice Felicity.

Pone una mano en mi brazo. Su ansia calienta la piel bajo mi manga y deseo zafarme de ella. Si se la doy, ¿me quedará con menos? ¿Tendrá ella más?

—¿Gemma? —conmina Felicity.

Sus ojos están tan llenos de esperanza y yo soy tan mala amiga por pensar en negársela...

—Dame tus manos —digo.

Al cabo de unos segundos, estamos unidas. Siento un fuerte tirón, casi un dolor exquisito. Durante un momento noto como si fuéramos la misma persona. Puedo escuchar el eco de sus deseos en mi mente. Libertad. Poder. Pippa. Pippa es su deseo más imperioso, y percibo el dolor de Fee por nuestra amiga perdida como si se tratara de una profunda herida. Nos separamos y tengo que apoyarme contra un árbol durante un instante.

Fee esboza una amplia sonrisa.

—La siento. ¡La siento!

Al mirarla, una brillante coraza aparece sobre su camisón. Su pelo cae suelto y libre. En un brazo, sujeta una correa, tiene una ballesta. En el otro, un halcón.

—¡Oh, si todas esas matronas respetables pudieran verme ahora! —Adopta un tono de voz imperial—. Mucho me temo, *lady* Ramsbottom, que si se burla de mí una vez más tendré que permitir a mi halcón que se la coma.

Ann me observa esperanzada.

—¡Vamos, dame tus manos! —le digo.

Instantes después, Ann extiende los brazos enfrente de ella como si no pudiera creer en el milagro operado en su propia piel. Las lágrimas le resbalan por el rostro.

—De nuevo me siento viva —dice, riéndose entre lágrimas—. Me sentía tan muerta, pero ahora... ¡Oh! ¿No la sientes? —pregunta.

—Sí —respondo encantada—. ¡Sí!

Ann se obsequia a sí misma con un vestido medieval hilado en oro. Se asemeja a la princesa de un cuento de hadas.

—¡Ann, estás preciosa! —exclamo.

No quiero que esta noche acabe nunca.

Felicity libera al halcón. Éste se eleva cada vez más mientras dibuja en el aire bucles audaces. Es libre y ni siquiera el cielo puede detenerlo.

El río anuncia una nueva llegada. Un barco enorme cruje en el agua. En la proa hay una criatura gigantesca y pavorosa de rostro verde, ojos amarillos y una cabeza llena de siseantes serpientes. ¡La Gorgona! Corro a recibirla saludándola con la mano frenéticamente.

—¡Gorgona! —grito—. ¡Gorgona, soy yo, Gemma! ¡Hemos vuelto!

—Mis saludos, Su Excelencia —responde con voz resbaladiza en un denso susurro.

Sus ojos no reflejan ni sorpresa ni alegría. Se arrima a la orilla cubierta de hierba y baja la pasarela para que pueda subir a bordo. Las tablas del barco son de un gris

corroído por el mar. En los laterales cuelgan redes plateadas y una maraña de cuerdas. El barco es grande pero deslucido. Hace siglos, la antaño valerosa guerrera fue apresada en este barco como castigo por participar en la rebelión contra la Orden. Ahora es libre de abandonarlo, pero aún no lo ha hecho.

—Te esperábamos antes.

—No he sido capaz de entrar en los reinos desde la última vez que te vi. Temía no poder regresar. Pero ahora estamos aquí y, oh, Gorgona, ¿estás bien? ¡Por supuesto que estás bien!

Me siento abrumada por la felicidad que me embarga, por la magia que ha vuelto a mí. Lo siento por la forma en que me bulle la sangre. Sí, por fin hemos vuelto a los reinos. Hemos vuelto a casa.

Me aventuro hacia la proa y tomo asiento cerca del gigantesco rostro verdoso de la Gorgona. Las serpientes de su cabeza se deslizan de un lado a otro, observándome, pero no hacen de ademán de atacarme.

Los ojos de la Gorgona se entrecierran mientras contempla el horizonte.

—Los reinos están extrañamente tranquilos desde hace unos días. No he recibido noticias de las criaturas de las Tierras Invernales.

—Ésas deberían ser buenas noticias.

—Me pregunto... —murmura la Gorgona.

—¿Y qué se sabe de Pippa? —pregunto sin que me oigan Fee ni Ann—. ¿La has visto?

—No —responde la Gorgona, y no sé si sentirme aliviada o asustada—. Esta situación me incomoda, Su Excelencia. No he estado tantos días sin tener noticias de esas criaturas.

El aire se impregna del perfume de las flores. El río canturrea placenteramente, como siempre. La magia chisporrotea en mis venas con tan dulce ferocidad que es imposible imaginar que algo pueda estropearlo de nuevo.

—Quizá se hayan marchado —respondo—. O hayan cruzado al fin el río.

Las serpientes se yerguen y se enroscan en la enorme cabeza de la Gorgona. Sus lenguas rosadas zigzaguean en sus crueles boquitas.

—No he visto a ninguna alma cruzar el río.

—Eso no significa que no lo hayan hecho. Y es bastante probable que no necesitaran ayuda para hacerlo.

—Tal vez —sisea la Gorgona, pero la preocupación no abandona su rostro—. Hay otros asuntos de los que hablar. Philon ha preguntado por ti. La tribu del bosque no ha olvidado tu promesa de formar una alianza con ellos, para unirse al Templo y compartir la magia. ¿Te llevo hasta ellos ahora?

No llevo en los reinos ni media hora y ya tengo que cargar con el peso de mis obligaciones.

—Creo que... —contemplo a mis amigas recoger puñados de flores y lanzarlos al cielo, donde caen convertidos en copos de plata—. Aún no.

Los ojos amarillos de la Gorgona me observan fijamente.

—¿No quieres desprenderte de la magia?

Salto del asiento y observo fijamente mi reflejo en la tranquila superficie del río. Éste me devuelve la mirada, esperando. Según parece, también él también tiene sus expectativas.

—Gorgona, creía que lo había perdido todo. Acabo de volver. Necesito explorar los reinos y la magia, tomar el mejor camino —digo lentamente, pensando en voz alta—. Aunque también necesito hacerlo en mi mundo. Me gustaría ayudar a mis amigas, cambiar nuestras vidas ahora que podemos.

—Entiendo —responde la Gorgona, aunque no puedo dilucidar sus sentimientos al respecto. La gigantesca bestia baja la voz hasta convertirla en un suave gruñido—. Tenemos otras preocupaciones, Su Excelencia.

—¿Qué quieres decir?

—Jamás una sola persona ha ostentado todo el poder. Debe haber un equilibrio entre el caos y el orden, entre la oscuridad y la luz. Al hacerte con la magia del Templo, los reinos han perdido su equilibrio. El poder puede cambiarte... y tú puedes cambiar la magia.

Mi felicidad se desvanece. Arrojo una piedrecita al río. Las hondas se mueven a través de mi reflejo, distorsionando mi rostro hasta que dejo de reconocerlo.

—Pero si tengo el poder, nadie podrá hacerse con la magia —respondo, pensando de nuevo en voz alta a medida que la idea se materializa en mi mente—. Por fin los reinos pueden estar a salvo. Y —observo a Ann arrancar una hoja de un árbol y convertirla en una mariposa con un simple soplido— no me apropiaré de ella durante mucho tiempo.

—¿Es una promesa? —sisea la Gorgona mientras sus ojos amarillos buscan los míos.

—Lo prometo.

La Gorgona dirige una mirada inquieta hacia el horizonte.

—Hay muchas cosas que no sabemos de las Tierras Invernales, Su Excelencia. Lo mejor es establecer una alianza, y cuanto antes.

El miedo de la Gorgona me causa extrañeza. No había visto antes esa faceta suya.

—Dile a Philon... —Me callo. ¿Qué puedo decirle a Philon? ¿Que necesito más tiempo? ¿Que no estoy segura de nada excepto de que soy feliz por estar en los reinos y que no puedo renunciar todavía a esa felicidad?—. Dile que ya hablaremos de eso.

—¿Cuándo? —Me presiona la Gorgona.

—Pronto —respondo.

—¿Cuándo es pronto?

—Cuando vuelva —contesto rápidamente, pues quiero reunirme con mis amigas.

—Esperaré a que regreses, Su Excelencia.

Y, tras decir esto, cierra sus ojos atormentados y se duerme.

Jugamos durante horas mientras permitimos que la magia florezca de nosotras, hasta que sentimos que incluso el tiempo está en nuestras manos. La esperanza que ha permanecido aletargada en nuestro interior revive una vez más, y nos aturde la felicidad que posiblemente conlleve. Felicity holgazanea en un columpio que ha construido ella misma con parras frondosas y blandas. Se deja acunar por el balancín y arrastra los dedos de los pies por la hierba aterciopelada.

—Si pudiéramos mostrar al mundo la intensidad de nuestro poder... —susurra Felicity con una sonrisa.

Ann arranca un diente de león que ha surgido tras soplar en la alta hierba.

—Quisiera estar en el escenario junto a Lily Trimble.

La corrijo:

—¡Lily Trimble es quien quisiera estar en el escenario junto a ti!

Ann se lleva las manos al pecho con un gesto dramático.

—¡Lo justo es injusto y lo injusto es justo!

—¡Bravo!

Felicity y yo aplaudimos.

—¡Oh!, y quisiera ser muy hermosa. ¡Y rebosar salud! ¡Y casarme con un conde y tener diez hijos!

Ann cierra los ojos para pedir un deseo y sopla el diente de león; el viento sólo se lleva parte de su pelusa.

—¿Cuál es tu deseo, Gemma? ¿Qué es lo que quieres? —pregunta Felicity.

¿Qué quiero? ¿Por qué una cuestión tan simple —de sólo dos palabras— es tan imposible de responder? Deseo cosas que no pueden ser: que mi madre esté viva, que mi padre se cure. ¿Desearía ser más baja, más guapa, más encantadora, menos complicada? La repuesta, me temo, es sí. Me gustaría ser de nuevo una niña, a salvo y a resguardo; sin embargo, también desearía algo más peligroso: un beso de cierto joven indio a quien no he visto desde Navidad. Soy un torbellino de pasiones, dudas y necesidades. Parece como si siempre hubiera vivido en un estado de constante deseo y casi nunca en uno de plena satisfacción.

Esperan una respuesta.

—Desearía que mi reverencia fuera perfecta para no escandalizarme ante Su Majestad.

—Eso requerirá mucha magia —dice Ann sombríamente.

—Gracias por tu confianza. No sabes cuánto la valoro.

—Desearía traer de vuelta a Pip —afirma Felicity.

Ann se muerde el labio.

—¿Realmente crees que está perdida en las Tierras Invernales, Gemma?

Miro más allá el prado infinito. Las flores se mecen con la suave brisa.

—No lo sé.

—No lo está —responde Felicity con las mejillas enrojecidas.

—Es allí hacia donde se dirigía —le recuerdo con cautela.

La última vez que vimos a nuestra querida amiga ya se estaba transformando, se estaba convirtiendo en una de ellas. Quería que yo usase la magia para traerla de nuevo a nuestro mundo, pero no pude. Las criaturas no pueden volver. Es una regla que no podía romper, y Pippa me odió por ese motivo. A veces creo que Fee también me odia por lo mismo.

—Te digo que conozco muy bien a Pip. Ella nunca me abandonaría de esa manera.

—Quizá la veamos pronto —digo.

No obstante, no lo deseo. Si realmente Pippa se ha transformado en una criatura de las Tierras Invernales, ya no es nuestra amiga. Es nuestra enemiga.

Felicity desenvaina una espada y se encamina hacia los árboles.

—¿Adónde vas? —le grito.

—A encontrar a Pip. Podéis venir conmigo si queréis.

Por supuesto, vamos. En cuanto a Fee se le mete algo entre ceja y ceja, no hay forma de razonar con ella. Además, quiero saber la verdad, aunque espero no encontrar a Pip. Por su seguridad y la nuestra, deseo que ya haya cruzado el río.

Felicity nos guía a través de un prado rebosante de flores. Huele a jacinto y al tabaco de la pipa de mi padre, *dosa* fresca, y al agua de rosas de la cálida piel de mi madre. Me doy la vuelta como si esperase ver a mi madre detrás de mí. Pero no está. Se ha ido, hace un año que murió. A veces la echo tanto de menos que soy incapaz de respirar sin sentir dolor en las costilla. En otras ocasiones, me doy cuenta de que he olvidado cosas de ella: la forma de su boca o el sonido de su risa. No puedo conjurar su recuerdo. Y, cuando eso sucede, me siento presa del pánico. Temo perderla para siempre si no puedo aferrarme a esos recuerdos con precisión.

Nos dirigimos a los campos de amapolas que hay bajo las Cuevas de los Suspiros. Las flores de color rojo brillante nos muestran sus corazones oscuros. Felicity arranca una y se la pone detrás de la oreja. En lo alto se elevan los acantilados. Los incensarios arrojan su arco iris de humo, ocultando la cima donde los Intocables vigilan el Templo y el pozo de la eternidad. Ése es el último lugar donde vi a Circe.

«Está muerta, Gemma. Tú la mataste».

Sin embargo, he oído su voz en un sueño, y me decía que aún estaba viva. Vi su rostro, de un blanco fantasmagórico, en las profundidades del pozo.

—Gemma, ¿qué sucede? —pregunta Ann.

Sacudo la cabeza como si con ese gesto pudiera liberarme del recuerdo de Circe para siempre.

—Nada.

Caminamos un buen rato, hasta que la exuberante perfección del prado da paso a unos espesos y afilados matorrales. El cielo se oscurece, como si de repente se hubiera teñido de hollín. Ya no hay flores, ni arbustos. De hecho, la ausencia de color

es total, excepto por los quebradizos árboles marrones y el cielo gris encima de ellos.

—Puag —se queja Felicity.

Alza una bota y nos muestra la suela. Es oscura y pálida, como una fruta podrida. Miro y veo que los árboles están repletos de lo que parecen ser racimos de bayas. Cuelgan de las ramas sin vida, vencidos.

—¡Oh!, ¿qué ha pasado aquí? —pregunta Ann en voz alta, arrancando una cáscara podrida de una rama.

—No lo sé —respondo—. Vamos a cambiar esto, ¿de acuerdo?

Ponemos las manos en un tronco. El color fluye bajo la corteza marchita. Las hojas brotan a través de la piel resquebrajada del árbol con un sonido semejante a la tierra al agrietarse. Las parras se deslizan a lo largo de la tierra polvorienta. Los frutos encogidos se hinchan y se tornan de un rojo púrpura; las ramas se comban bajo su succulencia. La magia surge de mi interior, y me siento tan madura y hermosa como la fruta.

Agarro a Ann, que aúlla mientras la guío en un vals mareante. Me dejo ir y cojo a Felicity, quien, no en vano se trata de Felicity, insiste en llevarme a mí. De inmediato damos vueltas y vueltas vertiginosamente rápidas; mi felicidad se alimenta de las suyas.

De repente, un trueno retumba en la distancia; el cielo late como una abrasión furibunda. Me desengancho de ellas sin querer y doy vueltas sola. Ann aterriza en el suelo con un «ups».

—¡Ten más cuidado, Gemma!

—¿Habéis visto eso? —pregunto mientras corro hacia el sendero—. Durante unos instantes el cielo ha adquirido un color extraño.

—¿Dónde?

Felicity busca en el cielo, que ahora vuelve a tener una tonalidad crepuscular.

—Por ahí —digo, y las conduzco en esa dirección.

Caminamos hasta llegar a un amplio muro de zarzas de espinas afiladas y profusas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Ann.

Entre los pequeños huecos de las zarzas veo una extraña mezcla de vegetación y piedra, niebla y árboles retorcidos, muy semejante a los páramos ingleses de los espeluznantes relatos de las hermanas Brontë. Y mucho más allá, algo se eleva entre la neblina.

—¿Qué es eso? —pregunto entornando los ojos.

Felicity busca una mirilla.

—Esto es desesperante. No veo nada. Encontremos la manera de entrar.

Echa a correr por el sendero y se detiene de vez en cuando para comprobar la solidez del muro de zarzas.

—¡Ahhh!

Aparto la mano. Me he pinchado el dedo con una espina puntiaguda. La sangre

me tiñe la yema del dedo. Con un suspiro angustioso, las zarzas se separan. Las largas hebras espinosas se desasen libremente las unas de las otras como serpientes desparramadas. Retrocedemos en cuanto se abre ante nosotras un agujero enorme.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —murmura Ann.

—Entrar —responde Felicity, en cuya sonrisa se adivina un indicio de desafío.

Nos apretujamos en la estrecha abertura y nos encaminamos hacia el bosque yermo. El aire es notablemente frío. Se nos pone piel de gallina. Parras espesas se retuercen a lo largo de la tierra, estrangulando los troncos de los árboles, ahogando las posibilidades de que algo crezca ahí. Unas cuantas flores valientes asoman sus cabezas aquí y allí. Hay pocas, pero son grandes y hermosas, de un púrpura oscuro, con pétalos tan gruesos como el puño de un hombre. Todo está cubierto de un tono azul celeste que me recuerda un atardecer en invierno. La tierra tiene un tacto peculiar. Me siento atraída por ella, aunque también quisiera alejarme de allí. Esta tierra es como una suerte de advertencia.

Llegamos al margen del bosque y nos quedamos atónitas ante lo que vemos. Emplazadas en una colina se hallan las magnificentes ruinas de un castillo. Sus laterales están cubiertos con una capa de musgo pálido y enfermizo y parras gruesas como cuerdas, encallecidas en sus paredes con el paso de los años. Las raíces crecen entre las piedras. Son como dedos huesudos retorcidos y enredados en el castillo, que lo sujetan fuertemente en un incómodo abrazo. No obstante, una torre de piedra caliza se niega a dejarse apresar y se eleva con majestuosidad desde las codiciosas manos de la colina.

La tierra circundante está cubierta por una fina capa de escarcha. Se asemeja a un castillo de juguete bajo una lluvia de azúcar en polvo. Aquí todo es extraño. Silencioso como la primera nevada.

—¿Qué sitio es éste? —pregunta Ann.

—¡Echemos un vistazo!

Felicity se adelanta pero la empuja hacia atrás.

—¡Fee! ¡No tenemos ni idea de dónde estamos ni de quién vive aquí!

—¡Exactamente! —responde, como si yo hubiera olvidado por completo el objetivo de nuestra excursión.

—¿Debo recordarte la existencia de los Guerreros Amapola? —pregunto, invocando a los horripilantes caballeros que nos atrajeron hasta su catedral con la intención de matarnos y apoderarse de la magia.

Mientras huíamos para ponernos a salvo, se transformaron en unos enormes pájaros negros y nos persiguieron hasta el agua. Fuimos afortunadas de poder escapar de ellos, y no quiero cometer el mismo error una segunda vez.

Ann está tiritando.

—Gemma tiene razón. Regresemos.

El silencio se rompe con el sonido de un crujido de hojas. Un grito se escucha desde el bosque; un escalofrío me recorre la columna.

«¡Huu-uu!».

—¿Qué ha sido eso? —susurra Ann.

—¿Una lechuza? —pregunto con la respiración como entrecortada.

—No, no lo creo —contesta Felicity.

Nos acercamos las unas a las otras. Felicity desenvaina la espada. La magia se abate sobre mí, luchando contra mi miedo. Algo se mueve a mi derecha, un centelleo blanco entre la hierba. Acto seguido, algo corre a toda prisa entre los matorrales de la izquierda.

«¡Huu-uu! ¡Huu-uu!».

Parece estar a nuestro alrededor. Un sonido, ora aquí, ora allí. Un reflejo de color pasa como una flecha junto a nosotras.

«¡Huu-uu! ¡Huu-uu!».

Ahora lo escuchamos más cerca. Apenas sé en qué dirección girarme. Los arbustos se mantienen inmóviles. Algo nos mira. Puedo sentirlo.

—Mo-mostraos —digo con una voz tan débil como un cuarto de luna.

Surge detrás de un árbol. Enmarcada en la noche púrpura oscura, parece brillar. Su vestido antaño blanco ahora es marrón y tiene los fondillos sucios; su piel es del color de la muerte. En su cabello enmarañado luce una corona de flores marchitas convertida en maleza. Sin embargo, sabemos quién es. Es la amiga que enterramos hace meses, la amiga que no cruzó el río, a quien creímos perdida en las Tierras Invernales.

Pronuncio su nombre con un murmullo aterrorizado:

—Pippa.

Felicity tiene los ojos abiertos como platos.

—¿Pip? ¿Eres tú?

Pippa se frota los brazos con las manos como si intentara entrar en calor.

—Sí. Soy yo. Soy tu Pip.

Ninguna de nosotras se atreve a moverse. Las lágrimas resbalan por las pálidas mejillas de Pip.

—¿No vais a darme un abrazo? ¿Tan poco significado para vosotras? ¿Tan pronto me habéis olvidado?

La espada de Felicity cae al duro suelo con gran estruendo; corre hacia Pippa y envuelve entre sus brazos a nuestra amiga perdida.

—Les dije que no te irías sin despedirte. Se lo dije.

Pip mira a Ann.

—Querida Ann, ¿aún me consideras tu amiga?

—Por supuesto —responde Ann, y se acerca hacía su frágil y pequeño esqueleto.

Finalmente, Pip se dirige a mí.

—Gemma.

Me obsequia con una sonrisa triste y se muerde el labio inferior en un gesto nervioso. Tiene los dientes muy afilados y sus ojos cambian constantemente de color, desde un hermoso violeta a un inquietante azul lechoso con minúsculas motas negras en el centro. Su belleza ha cambiado, aunque aún posee una hermosura hipnótica. El cabello, antes largo y oscuro, es ahora una maraña de rizos como las parras indomables que se retuercen alrededor del castillo. Me pilla mirándola. Su risa es breve y amarga.

—Gemma, parece como si hubieras visto a un fantasma.

—Creía que te habías marchado a las Tierras Invernales —digo en un tono de voz vacilante.

—Estuve a punto de hacerlo —responde tiritando.

—¿Qué sucedió? —pregunta Felicity.

Pippa grita al bosque:

—¡Todo está bien! ¡Podéis salir! No hay peligro. Son mis amigas.

Un grupo de chicas harapientas sale de una en una de su escondite tras los árboles y arbustos. Dos de ellas llevan largos palos con los que seguramente pueden hacer mucho daño. A medida que las muchachas se acercan, veo los andrajos chamuscados de sus vestidos, las horribles quemaduras de sus rostros y brazos. Sé quiénes son: las chicas del incendio de la fábrica que encontramos hace meses. La última vez que las vimos se dirigían hacia las Tierras Invernales, hacia la corrupción. Me alivia comprobar que no encontraron allí su final, pero no logro imaginar cómo lograron

escapar.

Una de las chicas armadas con palos —una muchacha de huesos grandes, piel áspera y cicatrices que le recorren los brazos— toma asiento junto a Pippa. Recuerdo haber hablado con ella en los reinos. Bessie Timmons. El tipo de muchacha con quien no me gustaría enemistarme.

Me observa con suspicacia.

—¿Todo bien?

—Sí, Bessie. Éstas son mis amigas, de quienes te lo he contado todo —dice Pippa con orgullo.

—¿Las que cogieron la magia del Templo y te dejaron aquí tirada?

Bessie resopla.

—Pero, como puedes ver, han vuelto.

Con una amplia sonrisa Pippa pasa un brazo alrededor de Felicity, lo que parece no gustar en absoluto a Bessie.

—Yo no estaría tan contenta. No han venido aquí para quedarse.

Pippa mueve un dedo como lo haría una maestra de escuela.

—Bessie, recuerda nuestro lema: gracia, encanto y belleza. Una dama debe ser elegante cuando tiene invitados.

—Sí, señorita Pippa —responde Bessie contrita.

—Pero Pip... ¿dónde has estado? ¡Quiero saberlo todo! —exclama Felicity, abrazando a Pippa de nuevo.

Sé que debería abrazarla como han hecho Fee y Ann, pero al ver sus inquietantes ojos y sus dientes afilados lo único que siento es miedo.

—Te lo contaré todo. Pero entrad. Aquí afuera hace demasiado frío.

Pippa se coge de las manos de Ann y Felicity y las guía hacia el castillo. Refunfuñando, Bessie Timmons las sigue. El resto de chicas forman una fila detrás de ellas y yo cierro la marcha.

Pippa descorre el pestillo de hierro de la combada puerta de madera. La maleza serpentea entre las tablas que se aplastan contra la fachada.

—Ya hemos llegado —dice Pippa mientras abre la puerta—. Nuestro hogar.

Por lo que parece, en su día debió de haber sido una hermosa fortaleza, aunque ahora no es más que un montón de viejos ladrillos con parras a modo de argamasa. Las paredes están cubiertas de moho. Huele a humedad y decadencia. Quebradizas margaritas, marchitas en sus tallos, miran a hurtadillas entre las baldosas rotas. Lo único que parece florecer es la belladona. Las venenosas flores púrpura cuelgan sobre nuestras cabezas como campanitas.

—Aquí es donde has estado... —Me callo para evitar decir «viviendo»—. Donde has estado todo este tiempo.

—Es todo cuando tengo. Un castillo mohoso para la dama de Shalott. —Pippa se ríe con una mueca. Pasa las palmas de las manos por las elaboradas esculturas grabadas en una chimenea, que se asemejan a rostros de santos ennegrecidos por el

paso del tiempo—. Aunque puede decirse que este lugar fue una vez mágico y hermoso.

—¿Qué sucedió? —pregunta Ann.

Pippa me mira fijamente.

—Se olvidaron de él.

Felicity levanta un tapiz raído y descubre una escalera de caracol.

—¿Adónde conduce?

—A la torre —contesta Pippa con una sonrisa nostálgica—. Es mi lugar favorito, pues desde allí se ve a kilómetros de distancia. Hasta pude veros bajar por el sendero. Parecíais tan alegres. —Su sonrisa vacila pero rápidamente la sustituye por otra—. ¿Os la enseño?

Seguimos a Pippa por la anticuada escalera de caracol. Las telarañas se adhieren a las vigas de madera podrida que se ciernen sobre nosotras. Las hebras plateadas destellan con la humedad. Alguna infortunada criatura ha hallado su final aquí. En el centro de la telaraña, su cadáver yace atrapado y descompuesto junto a una araña, a pocos centímetros de él.

Me apoyo contra la pared. Las parras se deslizan entre mis dedos. Sobresaltada, doy un brinco y me escabullo de la piedra despedazada. Pippa se acerca y me coge de la mano, poniéndome a salvo.

—No te muevas —dice.

Miramos con asombro cómo las parras traspasan la piedra como un ejército conquistador. Las paredes gimen por el esfuerzo y me asusta pensar que el castillo pueda caerse encima. Segundos después, el movimiento cesa, pero nuevas ramas se multiplican por todas partes.

—¿Qué ha sido eso? —susurra Felicity.

—La tierra lo engulle poco a poco cada día —dice Pippa con tristeza—. Supongo que muy pronto necesitaremos un nuevo alojamiento. —Me suelta la mano—. ¿Estás bien, Gemma?

—Sí —contesto—. Gracias.

—Es la segunda vez que te salvo la vida —me dice—. ¿Recuerdas la primera vez? Las ninfas de agua estuvieron a punto de ahogarte pero logré rescatarte —dice, y siento como si un libro de contabilidad se abriera entre nosotras.

Pip tiene razón en cuanto a la torre: es magnífica. Desde lo alto puede verse el camino por donde hemos venido: las Cuevas de los Suspiros, los olivos que se alinean en los jardines, el cielo azul y el atardecer naranja. También pueden verse las Tierras Fronterizas, donde oscuras nubes invernales se acuclillan en el horizonte y se extiende un enorme muro.

—Ése es el camino a las Tierras Invernales —dice Pippa. Respondiendo a una pregunta que nadie ha formulado.

Un relámpago relumbra contra la molesta masa de nubes negras y grises. Durante un instante, un penacho rojo serpentea en la oscuridad.

—Es la segunda vez que lo vemos. ¿Sabes qué es? —pregunto.

Pippa niega con la cabeza.

—Sucede a veces. Deberíamos bajar. Wendy estará asustada, pobre corderito.

—¿Quién es Wendy? —pregunta Ann.

Por primera vez, Pip sonrío de verdad. Sus ojos son ahora de una tonalidad violeta y recuerdo cómo era antes, viva y hermosa, feliz con un par de guantes nuevos y algún relato romántico.

—¡Qué terrible, no os he presentado como es debido a mis nuevas amigas!

Pippa nos conduce hasta la habitación cubierta con tapices, tan lúgubre como una tumba. No hay velas, ni lámparas, ni fuego en la enorme chimenea. No obstante, las chicas de la fábrica lo han convertido en su hogar. Bessie se tumba en un diván, entre la maleza que lo cubre. Su amiga Mae se sienta en el suelo y trenza el cabello de otra chica, que por lo que parece se llama Mercy, pues Mae no para de decir: «Mercy, estate quieta». Otra muchacha, más joven que el resto, permanece sentada en un rincón, mirando al vacío. No puedo apartar la vista de sus cicatrices, de sus rostros pálidos y fantasmales.

—¿Qué estás mirando? —gruñe Bessie sin dejar de observarme.

Las mejillas me arden, y me alegro de que el crepúsculo me encubra.

—Lo siento. Es que la última vez que os vi...

—Creíamos que seguía a las chicas de blanco hasta las Tierras Invernales y que os perderíais para siempre —me interrumpe Felicity.

—Iban acompañadas por los oscuros —dice Pippa a la par que se sienta en un trono destartado.

—¿Qué sucedió? —pregunta Ann con la voz entrecortada.

—Ésa es la historia que quería explicaros. Por suerte, yo estaba en el mismo sendero, completamente desolada y desesperada.

—¡Oh, Pip! —exclama Felicity.

—Vamos, cálmate. —Pip sonrío—. Tiene un final feliz. Ya sabes cómo me gustan los finales felices.

Trago saliva con fuerza. Fui yo quien apartó a Pip de nuestro camino, quien le rompió el corazón. Me gustaría poder volver atrás en el tiempo.

—Cuando vi a esos pobres corderitos, dejé de sentir lástima por mí misma. Supe que debería hacer algo o estarían perdidas. Así que decidí seguir las de cerca. En cuanto se detuvieron para descansar y las chicas de blanco fueron en busca de bayas, aproveché la oportunidad. Les dije lo que esas horribles criaturas eran en realidad. Que pretendían conducir las hasta los ladrones de almas, los rastreadores. —Les sonrío como si fueran sus hijas queridas—. Las rescaté. Os salvé, ¿no es cierto, cariñitos?

Las chicas se unen en un coro de común acuerdo. Contemplan a Pippa con absoluta adoración, como también a veces hemos hecho nosotras.

—Es una santa. Nos salvó, lo hizo —dice Mae con los ojos muy abiertos—. «No debéis seguir las —nos dijo—. Sólo quieren lastimaros. Venid conmigo».

—Ella nos puso a salvo trayéndonos aquí —asegura Bessie, quien se muestra de acuerdo con su amiga—. ¿No es verdad, Wendy?

Una niña de unos doce años asiente. Se chupa las puntas de sus trenzas hasta humedecerlas del todo.

—Las otras no fueron tan afortunadas como nosotras. Ellas continuaron.

—¿Y habéis visto a alguna de las criaturas de las Tierras Invernales desde entonces? —pregunto.

—Hace ya siglos que no las vemos —responde Mae—. Pero Wendy sí las ha visto.

—¿Tú las has visto? —pregunto.

Bessie resopla cínicamente.

—Wendy no ve nada. El fuego la dejó ciega.

—Pero a veces oigo cosas —dice Wendy mientras se cubre con los restos de un depauperado chal—. Sonidos como de caballos. Y a veces oigo algo que me eriza la piel.

—¿Qué es? —pregunto—. ¿Qué oyes?

—Un grito —responde—. Muy lejano. Y espero que no se acerque jamás.

—¡Ya te tengo! —grita Bessie, agarrando con sus manazas rechonchas el cuello de Wendy.

Wendy chilla sobresaltándonos a todas.

Pippa se siente molesta ante tal exhibición.

—Bessie, ya basta.

Bessie aparta las manos.

—Antes te reías de mis bromas.

Los ojos de Pippa son ahora de un blanco azulado.

—Pues esta noche no las encuentro divertidas. No son propias de una dama. —Se dirige a nosotras y sonrío—. Estoy enseñando a estas chicas a comportarse como damas, ¡como si estuviéramos en Spence! —Da una palmada como si fuera la señora Nightwing en persona—. Vamos. Haced una pequeña demostración a nuestras invitadas.

Las chicas se ponen en pie, obedientes, ansiosas por complacer a su señora. Bajo la dirección de Pippa, muestran sus reverencias una a una, a las que les sigue una lección de declamación particularmente divertida en la que Pip se emplea muy a fondo con Mae Sutter para limpiar su rudo acento del este de Londres. Mae se esfuerza por poner des en sus palabras, aunque no lo consigue, y Bessie se burla de ella sin piedad.

—No eres una dama, Mae. Nunca serás una dama educada como la señorita Pip.

—¿Quién te ha *preguntao*? —espeta Mae mientras las demás se echan a reír.

—«Quién te ha preguntado» —corrige Pippa.

—Y eso es lo que he dicho —declara Mae—. Quién te ha *preguntao*.

Las otras ríen de nuevo, sobre todo Ann, quien parece sentirse feliz por no ser,

por una vez, la chica de quien se burlan las demás. Poco a poco, nuestro rechazo se disipa y se convierte en un vínculo nuevo, hasta que nos sentimos como si nunca nos hubiéramos separado. Hacía meses que no veía a Felicity así. Junto a Pip, se muestra más distendida, más dispuesta a reír que a discutir. Y yo siento una punzada de envidia por la intimidad de su amistad.

—¿En qué piensas? —pregunta Felicity.

Me dispongo a responder, pero me doy cuenta de que se dirige a Pip.

—Pensaba en cuán diferente habría sido mi vida si hubiera hecho caso a mi madre y me hubiera casado con el señor Bumble.

—Señor Bartleby Bumble, abogado —entona Ann, pronunciando las bes con gran énfasis.

Las chicas del incendio de la fábrica estallan en risas ahogadas. Es el empujoncito que faltaba a Ann para continuar.

—Éste es mi amado, el señor Bumble —dice Ann imitando a la perfección la voz melosa del señor Bumble—. Quien luce una brillante baratija de Baratijas Barrington.

Nos dejamos llevar por las carcajadas de las demás. Ann apenas puede contener la risa.

—¡Cuidado con los abogados que abogan por las baratijas! ¡Abogo por las bayas antes que por los abogados!

—¡Oh, Ann! —exclama Felicity.

Ann se ríe con una risa tonta.

—¡Abogo por las bayas acerbadas antes que abogar por el amor de Bumble!

A Pippa le tiemblan los labios.

—Me pregunto si fue la mejor elección.

Oculto el rostro entre las manos y se echa a llorar.

—¡Oh, Pip, querida! No llores.

Felicity corre a consolarla; Felicity, quien no se muestra amable con nadie.

—¿Q-qué he he-cho? —se pregunta Pip entre lágrimas.

Sollozando, sale de la estancia precipitadamente.

Bessie Timmons nos mira con severidad. Es una chica corpulenta y, hasta me atrevería a decir, una camorrista. Si quisiera, sería capaz de darnos una buena tunda.

—La señorita Pippa es la persona más amable del mundo. Será mejor que no volváis a hacerla llorar.

Por la rigidez de su mandíbula, diría que se trata de una advertencia en toda regla.

Felicity va en busca de Pip y regresa transcurridos unos minutos.

—Gemma, quiere hablar contigo.

Me encamino sin prisas hacia un amplio pasillo cubierto por hojas y flores disecadas.

—Gemma.

Oigo pronunciar mi nombre entre susurros tras un tapiz andrajoso. Lo levanto y me envuelve una ráfaga de polvo. Pippa me hace señas para que entre. Felicity está

detrás de mí, pisándome los talones, pero Pip la detiene.

—Quiero hablar con Gemma en privado —dice.

—Pero... —se queja Felicity.

—Fee —la riñe Pippa cariñosamente.

—¡Oh, está bien!

Felicity se da media vuelta y Pip y yo nos quedamos solas en la amplia estancia. En uno de los rincones hay un altar de mármol repujado, por lo que supongo que ésta debió de ser en su momento la capilla del castillo. Me parece un lugar extraño para mantener una conversación privada. La ausencia de muebles y la elevada techumbre abovedada hacen que nuestras palabras reverberen. Pip se sienta en el altar, golpeando suavemente con los talones los enmohecidos grabados. Su sonrisa se diluye y da paso a una expresión de profunda angustia.

—Gemma, no aguanto más. Tienes que ayudarme a cruzar.

Ignoro qué espera que le responda, pero desde luego no es lo que le contesto.

—Pip, nunca he ayudado a nadie a cruzar.

—Entonces seré la primera.

—No sé —respondo sin dejar de pensar en Felicity y Ann—. Quizá deberíamos hablar...

—Ya he pensado bastante en ello. Por favor —suplica.

Sé que debería cruzar. Sin embargo, una parte de mí quiere esperar.

—¿Estás segura de que estás preparada... para irte?

Asiente. Sólo nosotras dos nos hallamos en esta sala abandonada por el tiempo y la magia. Es el lugar más desesperanzado que uno podría encontrar.

—¿Puedo decírselo a las otras? —pregunto.

—¡No! —exclama con tanta intensidad que temo que las viejas piedras de la capilla se vengan abajo—. Intentarán detenerme. Sobre todo Felicity y Bessie. Despídete de ellas por mí. Ha sido muy hermoso poder estar juntas una última vez.

—Sí.

Trago saliva. Me duele la garganta.

—Vuelve mañana, sola. Nos encontraremos detrás del muro de zarzas.

—Si te ayudo a cruzar, Felicity jamás me lo perdonará —argumento.

—No tiene por qué saberlo. Será nuestro secreto. —Los ojos de Pip se llenan de lágrimas—. Por favor, Gemma, estoy preparada. ¿Me ayudarás?

Me coge las manos y, aunque están tan frías y son tan blancas como la tiza, siguen siendo las manos de Pip.

—Sí —contesto—. Te ayudaré.

El problema de la mañana es que siempre llega mucho antes que el mediodía.

¡Oh!, si pudiera holgazanear en la cama otra hora más... Apenas he dormido dos horas y, en ese intervalo, una familia de ardillas debe de haberse refugiado en mi boca, porque estoy segura de que tengo una capa de pelo en la boca. La lengua me sabe a ardilla, si es que las ardillas saben a gachas rancias y queso nauseabundo.

—¡Gemma! —Ann me da un empujón. Va elegantemente ataviada con su immaculado uniforme de Spence: blusa blanca, falda blanca y botas. «¿Cómo se las apaña?»—. ¡Llegarás tarde!

Me pongo boca arriba. La luz de la mañana me hiere en los ojos, así que los vuelvo a cerrar.

—¿Te sabe la boca a ardilla?

Hace una mueca.

—¿A ardilla? No, por supuesto que no.

—¿Entonces a marmota?

—¿Quieres levantarte?

Me restriego los ojos y pongo los pies en el suelo frío e inhóspito. Ni siquiera él se ha despertado. Gimoteo a modo de protesta.

—Ya he preparado la ropa. —Y vaya si lo ha hecho, como lo haría una niña buena y habilidosa. Mi falda y mi blusa están ordenadamente dispuestas a los pies de la cama—. Pensé que sería mejor que buscaras tú misma las medias —dice ruborizándose.

Pobre Ann. ¿Cómo es posible que sea capaz de disfrutar con relatos sanguinarios y, sin embargo, pueda llegar a desmayarse ante la visión de unos tobillos desnudos? Me pongo detrás del biombo por el bien del pudor —es decir, de Ann— y me visto rápidamente.

—Gemma, ¿no sería maravilloso ir de nuevo a los reinos para sentir otra vez la magia?

Las imágenes de la noche pasada vuelven a mí: el hallazgo de la puerta, la alegría al estar allí una vez más, la magia. Sin embargo, mi conversación con la Gorgona respecto de la alianza y mis obligaciones se ciernen sobre mi alma. Se espera demasiado de mí, y demasiado deprisa. No puedo desasirme de la aprehensión que me produce tener que ayudar a Pippa. Nunca he ayudado a nadie, ni siquiera a una amiga, a cruzar el río. Y si fracaso en el intento, no me atrevo a aventurar cuál será el resultado del mismo.

—Sí, sería maravilloso —respondo mientras me abotono el uniforme.

—No pareces muy contenta —observa Ann.

Intento calmarme. Por fin hemos logrado entrar de nuevo en los reinos. No me

puedo permitir que las preocupaciones respecto a Philon y la tribu del bosque interfieran en la felicidad que ahora me embarga. Y, en cuanto al hecho de ayudar a Pippa, no es una elección, o algo que deba discutir o debatir con Felicity o Ann. Es la única cosa honorable que puede hacer una amiga. Y ahora que he recobrado la magia...

Salgo de detrás del biombo y cojo a Ann de las manos.

—Quizá tengamos una nueva oportunidad —le digo—. Quizás, al fin y al cabo, tu destino no consista en ser una institutriz.

Ann se permite esbozar una parca sonrisa.

—Pero, Gemma —dice a la par que se mordisquea el labio inferior—, mi magia es sumamente escasa y está muy debilitada. ¿Has...?

Puedo sentirla dentro de mí, un mareante estado de alerta que me sintoniza con todo cuanto me rodea, como si me hubiera tomado un montón de tazas de té negro. Cierro los ojos y percibo lo que Ann siente. Esperanza y un trasfondo de envidia. La veo como a ella le gustaría verse a sí misma: hermosa, admirada, cantando en un escenario iluminado por las candilejas.

Un súbito cambio se opera en Ann. No sé exactamente qué es; sólo sé que ahora la veo diferente. Su nariz, casi siempre enrojecida y moqueante, ya no lo está. Su cabello es más brillante y sus ojos, más azules. Se contempla en el espejo. Sonríe ante lo que ve.

—Eso sólo es el principio —le prometo.

Fuera de nuestra habitación, las chicas se precipitan por las escaleras en estampida, y me pregunto si siempre tenemos que ir a todas partes corriendo como los toros. Alguien llama a nuestra puerta y la abre sin esperar una respuesta. Es Martha.

—¡Estáis aquí! —trina.

Arroja a Ann dos cosas blancas con adornos; ella los rehúsa y me los lanza a mí.

—¿Qué es esto? —pregunto mientras sostengo en alto lo que parece ser un par de bombachos.

—¡Para montar, por supuesto! —chilla Martha—. ¿No os habéis enterado?

—No, no nos hemos enterado —contesto con la intención de que mi irritación sea lo bastante evidente.

—Hoy no hay clase de francés. ¡Ha venido el inspector Kent y nos ha traído bicicletas! Hay tres. El inspector nos aguarda en la entrada para enseñarnos a montar a todas. ¡Bicicletas! ¡Qué encanto! —exclama, y sale corriendo hacia el vestíbulo.

—¿Has montado alguna vez en bicicleta? —pregunta Ann.

—No —respondo mientras observo los ridículos bombachos y me pregunto qué será más humillante, si montar en bicicleta o llevar eso puesto.

Las otras chicas ya están congregadas en la entrada de la academia cuando Felicity y

yo llegamos. Estamos equipadas con el último grito en prendas de montar en bicicleta: bombachos largos, una blusa con mangas abollonadas y sombrero de paja con una cinta alrededor. Los bombachos me confieren la apariencia de un pato. Pero al menos no me siento tan avergonzada como Elizabeth, quien apenas puede caminar sin ruborizarse.

Se esconde detrás de Cecily y Martha, negando con la cabeza.

—¡Oh, no puedo! ¡Son deshonestos! ¡Son indecentes!

Felicity la coge de la mano.

—Y también son absolutamente necesarios si quieres montar en bicicleta. Por si te interesa saberlo, me parece que son una notable mejora respecto al uniforme.

Elizabeth chilla y corre a ocultarse de nuevo. Dios mío; es un verdadero milagro que se bañe sin desmayarse ante tamaña indecencia.

—Muy bien. Haz lo que quieras —dice Felicity. Como es evidente, ella no se siente avergonzada en absoluto—. No sabéis lo liberador que es no tener que cubrirse con capas de faldas y enaguas. Os pongo por testigos de mi solemne promesa: en cuanto me libere de mis grilletos y me traslade a París con mi herencia, jamás volveré a ponerme un vestido.

—¡Oh, Fee! —Exclama Martha—. ¿Cómo puedes no desear ponerte todos esos hermosos vestidos que tu madre te ha enviado de Francia? ¿Os he contado que el taller de *lady* Marble ha confeccionado el mío?

—¡No nos lo has contado! —replica Cecily.

Hablan de vestidos y guantes y medias, botones y adornos de forma tan fervorosa y lisonjeando cada detalle que temo enloquecer. Nos llegan sonidos de martillos y sierras procedentes del ala este. Los operarios nos observan, dándose codazos los unos a los otros, hasta que el señor Miller les amenaza con quedarse su paga.

—Ann, esta mañana estás realmente encantadora —comenta Felicity, y Ann resplandece ante el cumplido—. ¿Acaso no tuvimos ayer una noche perfecta? Me he quitado un peso de encima al ver de nuevo a Pip.

—Sí —respondo con un nudo en la garganta—. Estuvo bien volverla a ver.

—Y la magia —susurra Ann.

—Oh, la magia —dice Felicity con una sonrisa—. Debería haber hecho todo lo que tenía pensado hacer con ella, porque hoy ya no me queda nada.

—¿Nada de nada?

Ann apenas puede ocultar su sonrisa.

Felicity niega con la cabeza.

—Nada de nada. ¿Te queda a ti?

Ann me mira.

—Según parece ha revivido de nuevo en mí. Esta mañana le he regalado a Ann un poco de magia y haré lo mismo por ti —contesto, y le cojo las manos hasta que siento el chisporroteo de la magia entre nosotras.

—¿Qué murmuráis vosotras tres? —pregunta Martha mirándonos con recelo.

—Estamos utilizando la magia para mejorar nuestras vidas —respondo.

Felicity se hace a un lado para reírse en silencio.

—Gemma Doyle, eres grosera y vulgar —replica Martha con desdén—. Y tú Felicity Worthington, eres perversa por alentarla. Y en cuanto a ti, Ann Bradshaw... Bah, ¿para qué voy a molestarme?

Gracias a Dios, en ese momento traen las tres bicicletas. Tendremos que hacer turnos. Nunca hasta ahora había visto una bicicleta tan de cerca. Se parece a una S metálica con dos ruedas y una barra para la dirección. ¡Y el sillín! Parece demasiado alto para sentarse.

El inspector Kent nos saluda ataviado con un abrigo de algodón y un sombrero marrones. Es el prometido de *mademoiselle* LeFarge, un detective de Scotland Yard y un hombre amable. Nos alegramos profundamente de que se casen en mayo. *Mademoiselle* LeFarge lo contempla desde la hierba, donde ha dispuesto una manta. Luce un grueso bonete que enmarca su rostro rechoncho y sus alegres ojos. No hace mucho suspiraba por un amor perdido. Pero, gracias a las amables atenciones del inspector Kent, ha florecido de nuevo.

—La futura señora Kent es el vivo retrato de la belleza, ¿no es cierto? —afirma el inspector, haciendo que nuestra profesora de francés se ruborice.

—Tenga cuidado de que nadie resulte herido, señor Kent —advierte ella, haciendo caso omiso de su galantería.

—Me haré cargo de sus pupilas con sumo cuidado, *mademoiselle* LeFarge —responde él, y el rostro de ella se dulcifica.

—Sé que lo hará —dice devolviéndole el cumplido.

El poblado mostacho del inspector Kent oculta una sonrisa, pero no se nos pasa por alto el brillo de sus ojos.

—Ahora, señoritas —dice mientras nos acerca una de las bicicletas—, ¿a quién le gustaría montar?

La mayoría de las chicas brincan excitadas y suplican ser ellas las elegidas, pero por supuesto es Felicity quien se anticipa y la pregunta queda respondida.

—Yo seré la primera —afirma.

—Muy bien. ¿Ha montado antes en bicicleta? —pregunta el inspector.

—Sí, en Falmore Hall —responde; se refiere a la finca que posee su familia en el campo.

Se monta en la tambaleante bicicleta y temo que ambas caigan al suelo. Sin embargo, da un fuerte golpe de pedal y se pone en marcha, pedaleando sin esfuerzo alguno por el césped. Aplaudimos y vitoreamos. Cecily es la siguiente. El inspector Kent corre junto a ella, manteniéndola erguida. Cuando amenaza con soltarla, Cecily le arroja los brazos al cuello y grita. Martha no lo hace mucho mejor. Se cae y, aunque lo único que se lastima es el orgullo, se niega a volver a montar. Los operarios se ríen entre dientes, complacidos de ver cómo una maquinaria tan simple, que podrían moldear con sus propias manos, puede desconcertar a unas damas tan

delicadas.

Felicity regresa de su segunda vuelta en bicicleta. El inspector Kent está ayudando a Ann a montar.

—¡Oh, Gemma! —exclama Felicity sin aliento y con las mejillas arrojadas—. ¡Tienes que dar una vuelta! ¡Es simplemente maravilloso! Vamos, te ayudaré.

Pone mis manos en los poco manejables manillares. Mis brazos experimentan una sacudida en cuanto monto en la bicicleta. Es la cosa más difícil que jamás he llevado a cabo.

—Ahora, siéntate —me alecciona Felicity.

Forcejeo para sentarme en el elevado sillín y pierdo el equilibrio; me despatarro sobre los manillares de un modo muy poco femenino.

—¡Oh, Gemma!

Felicity se ríe y se dobla de risa.

Agarro los manillares con renovada determinación.

—De acuerdo. Lo único que necesito es un buen empujón y ponerme en marcha —digo con un mohín—. Sujeta la bestia, por favor.

—¿Te refieres a la bicicleta o a lo que tienes detrás?

—¡Felicity! —siseo.

Pone los ojos en blanco.

—Pues entonces, sube.

Trago saliva con fuerza y monto en el espectacularmente incómodo sillín. Me agarro a los manillares con tanta fuerza que me hago daño en los nudillos. Levanto un pie. La bestia de hierro se tambalea y, rápidamente, vuelvo a ponerlo en el suelo con el corazón latiéndome con violencia.

—Así no llegarás muy lejos —me regaña Felicity—. Tienes que dejarte ir.

—Pero cómo... —pregunto, alarmada.

—Sólo. Dejarte. Ir.

Con un firme empujón, Felicity me empuja hacia abajo, a través de la hierba y de la pequeña colina, en dirección al sendero sin asfaltar. El tiempo parece detenerse. Estoy tan asustada como excitada.

—¡Pedalea, Gemma! —Grita Felicity—. ¡No dejes de pedalear!

Mis pies empujan con brusquedad los pedales, que me impulsan hacia adelante, pero los manillares tienen vida propia.

No puedo controlarlos.

«¡Funciona, bicicleta!».

Una ráfaga de poder emana de mis venas. De repente, la bicicleta se vuelve ligera. No tengo problema alguno en mantenerla en movimiento.

—¡Ja! —exclamo exultante.

¡Magia! ¡Estoy salvada! Desciendo por una pequeña colina y giro hacia el otro lado; soy el vivo retrato de la bendita Gibson Girl^[3] La multitud congregada en el prado me vitorea. Cecily me contempla boquiabierta.

—¡Buena chica! —me alba el inspector Kent—. ¡Parece como si hubiera nacido para ello!

También Felicity se queda con la boca abierta.

—¡Gemma! —me regaña, sabedora de mi secreto.

Pero no me importa. ¡Estoy loca por montar en bicicleta! ¡Es un deporte maravilloso! El viento me arranca el sombrero de la cabeza. Rueda colina abajo y tres operarios corren tras él. Entre risas, se pelean por ver quién es el primero en devolvérmelo. Siento el giro de las ruedas en el estómago, como si ambas fuéramos la misma máquina y no pudiera caerme. Eso me hace mostrarme más audaz. Incremento la velocidad, corro colina arriba y paso como el rayo hacia el otro lado, en dirección a la carretera, aumentando la fuerza y la velocidad a cada golpe hechizado de pedal. Las ruedas abandonan el suelo y, durante un breve y glorioso momento, me hallo en el aire. Siento un cosquilleo en el estómago. Sin dejar de reír, suelto las manos del manillar, tentando al destino y a la gravedad.

—¡Gemma! ¡Vuelve! —gritan las chicas.

Tienen mala suerte, pues me giro para obsequiarles con un alegre saludo mientras las observo empequeñecerse en la distancia.

Al mirar de nuevo hacia adelante, veo que hay alguien en la carretera. Desconozco de donde ha salido, pero voy directa hacia él.

—¡Cuidado! —grito.

Logra apartarse de la carretera. Pierdo la concentración. La bestia deja de estar bajo mi control. Se bambolea frenéticamente de lado a lado antes de arrojarme a la hierba.

—Permíteme ayudarte.

Me ofrece una mano y se la acepto; me tiemblan las piernas al ponerme en pie.

—¿Estás herida?

Tengo arañazos y magulladuras. También tengo un desgarrón en los bombachos y debajo, en la parte que muestran mis medias, hay una mancha de hierba y sangre.

—Debería tener más cuidado, señor —le recrimino.

—Y tú también deberías ir con más cuidado, señorita Doyle —responde con una voz que me resulta conocida, aunque más grave.

Levanto la cabeza rápidamente y le echo un vistazo: los rizos largos y oscuros que asoman por su gorra de marinero, la mochila que porta en la espalda. Viste unos pantalones polvorientos, tirantes y una camisa con las mangas enrolladas hasta los codos. Todo eso me resulta familiar. Pero no se trata del muchacho de quien me despedí las pasadas navidades. A lo largo de estos meses se ha convertido en un hombre. Sus hombros se han ensanchado, los rasgos de su rostro se han afilado. Y ha cambiado algo más que no sé reconocer. Nos miramos el uno al otro; mis manos sujetan con firmeza el manillar; un artefacto de hierro nos separa.

Elijo las palabras con tanto cuidado como si fueran cuchillos.

—Cuánto me alegra verte de nuevo.

Me obsequia con una leve sonrisa.

—Por lo que veo estás aprendiendo a montar en bicicleta.

—Sí, han pasado muchas cosas durante estos meses —le espeto.

La sonrisa de Kartik se desvanece y me arrepiento de mi lengua viperina.

—Estás enfadada.

—No lo estoy —respondo con una carcajada que se asemeja a un bofetón.

—No te culpo por ello.

Trago saliva.

—Me preguntaba si los Rakshana habían... si tú habías...

—¿Muerto?

Asiento.

—Diría que no lo parece.

Se alza la gorra y detecto unos círculos oscuros debajo de los ojos.

—¿Estás bien? ¿Comes bien? —pregunto.

—Por favor, no te preocupes por mí. —Se inclina hacia adelante y durante un mareante segundo creo que tiene intención de besarme—. ¿Y los reinos? ¿Qué novedades hay al respecto? ¿Has devuelto la magia y establecido una alianza? ¿Están los reinos a salvo?

Sólo le interesan los reinos. Siento el estómago tan duro como si hubiera ingerido plomo.

—Lo tengo todo bajo control.

—Y... ¿has visto a mi hermano en los reinos? ¿Has visto a Amar? —pregunta un tanto desesperado.

—No, no lo he visto —respondo con suavidad—. Así que... ¿no has podido venir antes?

Mira a lo lejos.

—Preferí no venir antes.

—No... no lo comprendo —digo cuando al fin encuentro las palabras.

Se mete las manos en los bolsillos.

—Creo que será mejor que separemos nuestros caminos. Tú tienes el tuyo y yo el mío. Al parecer nuestros destinos no van a volver a entrelazarse.

Parpadeo para mantener las lágrimas a raya. «No llores, Gemma, por el amor de Dios».

—Pe-pero dijiste que querías formar parte de la alianza. Unirte a mí, a nosotros...

—Me he dejado guiar por el corazón y he cambiado de idea.

Se muestra tan frío que me pregunto si realmente tiene un corazón que le guíe. ¿Qué ha sucedido?

—¡Gem-ma! —grita Felicity desde el otro lado de la colina—. ¡Es el turno de Elizabeth!

—Te están esperando. Vamos, te ayudaré con eso —me dice mientras hace ademán de coger la bicicleta.

Se la arranco de las manos.

—Gracias, pero no necesito tu ayuda. Ése no es tu destino.

Tras poner la bicicleta delante de mí, corro hacia la carretera para que no pueda ver cuán honda es la herida que me ha causado.

Me eximo de seguir montando en bicicleta con la excusa de que debo curarme la rodilla. *Mademoiselle* LeFarge se ofrece a ayudarme, pero le prometo acudir a Brigid y vendármela. En vez de ello, me deslizo hacia los bosques y me dirijo al varadero, donde puedo refugiarme y lamerme las heridas a solas. El pequeño lago refleja la lenta migración de unas nubes peregrinas.

—¡Carolina! ¡Carolina!

Una vieja gitana, la Madre Elena, peina los bosques. Lleva el cabello plateado recogido con un pañuelo azul brillante. Varios collares le cuelgan hasta el pecho. Cada primavera, con la llegada de los gitanos, la Madre Elena se va con ellos. Fue a su hija, Carolina, a quien mi madre y Sarah condujeron al ala este para sacrificarla a las Tierras Invernales. La Madre Elena nunca superó la pérdida de su querida hija; su mente se quebró y ahora se asemeja más a un espectro que a una mujer. No la había visto desde el regreso de los gitanos. No se ha aventurado a alejarse del campamento, y me sorprende ver lo frágil que es.

—¿Has visto a mi pequeña, a mi Carolina? —pregunta.

—No —respondo débilmente.

—Carolina, cariño, deja de jugar conmigo de esa manera —dice la Madre Elena mientras busca tras un elevado árbol, como si estuviera jugando al escondite—. ¿Me ayudas a encontrarla?

—Sí —contesto, a pesar de sentir una punzada en el corazón por unirme a su locura.

—Es muy traviesa —dice la Madre Elena—. Y sabe esconderse bien. ¡Carolina!

—¡Carolina! —exclamo con poca convicción.

Echo un vistazo entre los arbustos y oteo en los árboles, fingiendo buscar a una chica asesinada hace años.

—Sigue buscando —me pide la Madre Elena.

—Sí —miento mientras la vergüenza me tiñe de rojo el cuello—. Ya lo hago.

En cuanto la Madre Elena desaparece de mi vista, me cuelo en el varadero y suspiro aliviada. Esperaré aquí hasta que la anciana regrese al campamento. Motas de polvo brillan entre las grietas por donde penetra la débil luz del sol. Puedo oír el martilleo de los operarios y la llamada esperanzada de una madre que busca a la hija que jamás hallará. Sé lo que le ocurrió a la pequeña Carolina. Sé que la pequeña fue asesinada y estuvo a punto de ser sacrificada a las criaturas de las Tierras Invernales hace veinticinco años. Sé la horrible verdad de cuanto aconteció esa noche, y me gustaría no saberlo.

Un remo apoyado de mala manera contra una pared se desliza hacia mí. Siento el suave peso de la madera en las manos y mi cuerpo experimenta una sensación que hacía meses que no sentía: una visión se apodera de mí. Todos los músculos se me contraen. Aprieto el remo con tanta fuerza que los párpados revolotean y el sonido de mi sangre al bombear se eleva como tambores de guerra en mis oídos. Después me hallo, de repente y con gran estruendo, bajo la luz, como si sólo yo estuviera despierta en la ensoñación. Las imágenes pasan junto a mí como una exhalación y se mezclan las unas con las otras como en un calidoscopio. Veo a la dama vestida de color lavanda escribiendo furibunda bajo la luz de un candil, el cabello pegado a su rostro sudoroso. Sonidos: un llanto afligido. Gritos. Pájaros.

Otra vuelta de calidoscopio y estoy en las calles de Londres. La mujer me hace señas para que la siga. El viento me arroja una octavilla a los pies. Otro folleto del ilusionista, el doctor Van Ripple. Lo cojo y me hallo en un ruidoso *music hall*. Un hombre de cabello negro con una pulcra perilla introduce un huevo en una caja y, en menos de lo que dura un parpadeo, lo hace desaparecer. La hermosa dama que me ha conducido hasta allí se lleva la caja y vuelve al escenario, donde el ilusionista la hace entrar en trance. Sostiene en alto una pizarra y, cogiendo una tiza con ambas manos, la dama empieza a escribir como si estuviera poseída: «Nos han traicionado. Ella es una impostora. El Árbol de Todas las Almas existe. La llave contiene la verdad».

La multitud jadea boquiabierta y aplaude; de repente, ya no estoy en el *music hall*. Me encuentro de nuevo en las calles. La mujer se halla delante de mí, corriendo por los adoquines cubiertos de humedad y pasando ante hileras de casas estrechas y sin iluminar. Corre para salvar la vida; los ojos abiertos de par en par, horrorizados.

Los ribereños se gritan entre sí. Con sus largos arpones pescan del río el cuerpo frío y muerto de la mujer. Agarrada a un trozo de papel. Las palabras se arañan a sí mismas en la página: «Eres la única que puede salvarnos...».

La visión me abandona como si un tren me atravesara por dentro silbando, saliera de mí y se alejara. Regreso de nuevo al enmohecido varadero en el preciso instante en que el remo se rompe en mis manos. Temblando, me desplomo en el suelo y me llevo conmigo las piezas rotas. No estoy acostumbrada a la fuerza de una visión. Apenas soy capaz de recobrar el aliento.

Salgo a trompicones del varadero y tomo una gran bocanada de aire limpio y frío. El sol obra su magia al disipar los últimos vestigios de mi visión. Mi respiración se ralentiza y la cabeza deja de darme vueltas.

«El Árbol de Todas las Almas existe. Eres la única que puede salvarnos. La llave contiene la verdad».

No tengo ni idea de lo que eso significa. Me duele la cabeza, y de poca ayuda me resulta la síncope constante de martillazos que cae sobre la hierba.

La Madre Elena me da un susto. Se aparta la trenza para escuchar los martillazos.

—Aquí hay algo maligno. Lo noto. ¿Lo notas tú?

—N-no —respondo tambaleándome hacia la escuela.

La Madre Elena me sigue. Aprieto el paso. «Por favor, por favor, vete. Déjame en paz». Llegamos al claro y a la pequeña colina. Desde allí, la parte más alta de Spence se eleva majestuosamente entre los árboles. Distingo a los operarios. Izan enormes paneles de cristal con gruesas cuerdas desde el tejado y los emplazan en su lugar correspondiente. La Madre Elena ahoga un grito con los ojos abiertos como platos, aterrorizados.

—¡No deben hacer eso!

Se dirige apresuradamente hacia la academia gritando en un idioma que no comprendo, aunque puedo detectar la alarma en sus palabras.

—¡No sabéis lo que hacéis! —les chilla la Madre Elena, esta vez en inglés.

El señor Miller y sus hombres se ríen entre dientes de la anciana loca y sus miedos.

—¡Lárgate y déjanos para nosotros el trabajo de hombres! —gritan.

Pero sus palabras no convencen a la Madre Elena. Pasea por la hierba señalándolos y acusándolos con un dedo.

—¡Es una abominación; una blasfemia!

Un operario grita una repentina advertencia. Un panel de vidrio queda por encima de su manipulador. Se retuerce en la cuerda y queda precariamente suspendido hasta que puede llegar a las manos de los trabajadores que hay abajo. Uno de los hombres lo agarra y se corta la palma con el borde afilado. Da un grito y la sangre le resbala por el brazo. Le dan un pañuelo y le vendan la mano ensangrentada.

—¿Lo veis? —grita la Madre Elena.

El señor Miller le lanza una mirada asesina. La amenaza con un martillo hasta que los otros lo contienen.

—¡Malditos gitanos! ¡La única blasfemia que veo eres tú!

Los gritos llevan a los gitanos hasta el césped. Ithal se pone delante de la Madre Elena para protegerla. También Kartik se halla entre ellos. Los hombres del señor Miller cogen sus martillos y sus herramientas de hierro y se sitúan junto a su capataz; me asusta que pueda producirse una horrible pelea.

Alguien ha enviado a llamar al inspector Kent. Avanza hasta la minúscula línea de césped que separa a los gitanos de los trabajadores ingleses.

—Veamos, ¿cuál es el problema?

—Los malditos gitanos, amigo —escupe el señor Miller.

Los ojos del inspector Kent se aceran.

—Yo no soy su amigo, señor. Y si no se comporta delante de estas damas tendré que llevármelo a Yard —y, dirigiéndose a la Madre Elena, le dice—: Será mejor que se vaya, señora.

Poco a poco, los gitanos se alejan, no sin que antes uno de los trabajadores —el hombre de la camisa con un parche rojo— les escupa; el insulto aterriza en la mejilla de Ithal, quien se limpia la cara, aunque no puede borrar su rabia con tanta facilidad. Los ojos de Kartik también arden de ira y, cuando me mira, me siento como si yo

fuera el enemigo.

Ithal habla a la Madre Elena en su lengua nativa con dulzura. Su boca se tensa por el miedo cuando los gitanos se la llevan consigo.

—Una blasfemia —murmura temblando—. Blasfemia.

La cena es un acontecimiento poco memorable consistente en un guiso de pescado soso y nauseabundo.

No he dejado de pensar en Kartik, en su frialdad. La última vez que lo vi en Londres me ofreció su lealtad. ¿Qué ha podido suceder para que su afecto haya desaparecido? ¿O es que es el tipo de hombre que persigue a las chicas sólo para abandonarlas después? Parecía demasiado obsesionado y desesperado respecto a Amar, y me hubiera gustado saber qué decir para consolarle, pero no he visto a su hermano, y quizás eso sea un consuelo.

Y luego está lo de mi visión. «El Árbol de Todas las Almas existe». ¿Qué árbol? ¿Por qué es tan importante? «Eres la única que puede salvarnos».

—Gemma, ¿qué estás rumiando? —se burla Felicity desde su asiento junto al mío.

La discreción no va con ella.

—No estoy rumiando.

Sorbo la sopa y Cecily me obsequia con un fruncimiento de ceño.

—No. Por supuesto que no. Sólo se te ha olvidado cómo se sonríe. ¿Te recuerdo cómo se hace? Es muy sencillo, ¿ves?

Fee sonríe abiertamente. Le ofrezco una sonrisa forzada que estoy segura de que hace que parezca que tengo flato.

«Preferiré no venir antes». ¿Por qué no puedo liberar esa breve frase de la jaula de mis pensamientos?

—Tengo que decirle a Pip que la sopa está tan asquerosa como ella recordaba —murmura Felicity con una risita.

Pip. Una preocupación añadida, puesto que esta noche debo regresar y ayudarla a cruzar el río, sea donde sea que vaya a parar.

—Estás rumiando, Gemma, y lo has hecho durante toda la tarde —me reprende Felicity a medida que caminamos por el sendero trillado hacia la capilla para nuestras oraciones vespertinas—. Y creo saber por qué. Te he visto hablar con el indio ese —dice en tono despectivo.

—¿Te refieres a Kartik? —respondo con frialdad.

Ann aguza el oído.

—¿Ha vuelto?

«Maldita sea». Ahora son dos las que me presionan: Felicity con su sarcasmo y Ann con su inquietante y espeluznante mirada.

—Sí, ese mismo. ¿Qué te ha dicho esta vez? —Felicity imita a un adivino con

ojos de loco—. ¡No toques la magia! ¡No entres en los reinos! El fantasma de Jacob Marley se adueñará de tu alma si así lo haces. ¡Quédate en casa zurciendo calcetines como una chica buena y decente! ¿Mmmm?

—Veo que no has perdido tus dotes interpretativas. Ann, no dejes que te arrebate tu talento tan fácilmente —digo con la esperanza de poder cambiar de tema.

—Eso hizo, ¿no es verdad? —presiona Fee.

—Lo único que hizo fue saludarme como es debido. —No quiero hablarles de Kartik. Fee no es amiga suya y, si le cuento la verdad, lo único que hará será regodearse. Sería demasiado mortificante para mí—. Y si estoy preocupada es porque hoy he tenido una visión; la primera desde las pasadas navidades.

Ann abre los ojos de par en par. Felicity tira de mí hasta apartarme del sendero y deja que las demás chicas pasen delante de nosotras.

—¿Qué has visto?

—A una dama que ya se me había aparecido en mis sueños. Es la ayudante de un mago o alguna suerte de médium, pues la he visto con un tal doctor Van Ripple, ilusionista. Escribe en una pizarra, como si estuviera en trance... un extraño mensaje.

—¿Qué dice? —me pincha Felicity.

La señora Nightwing y *mademoiselle* LeFarge se acercan por el sendero. Hablan de lo que suelen hablar las damas cuando saben que nadie les oye. Parecen relajadas y joviales. Nos intentamos poner a unos cuantos pasos por delante.

—«Nos han traicionado. Ella es una impostora. El Árbol de Todas las Almas existe. La llave contiene la verdad».

Felicity ha escuchado atentamente todas y cada una de mis palabras y, en cambio, ahora se echa a reír.

—¿Un árbol? Vamos, Gemma. ¿Estás segura de no haberte golpeado la cabeza al caer de la bicicleta?

Hago caso omiso de su insulto.

—Las imágenes de mis visiones no siempre describen una historia que sea capaz de visualizar. Sin embargo, creo que es posible que la mujer de la visión esté muerta.

—¿Muerta? ¿En serio? —pregunta Ann con una falta de aliento que evidencia su pasión por lo macabro—. ¿Por qué dices eso?

—Porque la vi mientras la sacaban del Támesis, ahogada.

—Ahogada —repite, deleitándose ante la inherente y perversa excitación de todo ello.

En lo alto del camino, las puertas de la capilla permanecen abiertas. La luz de las velas confiere una teatralidad titilante a las vidrieras, como si éstas hubieran cobrado vida.

—¿A qué hora nos reuniremos? —pregunta Felicity con un susurro al llegar a las puertas.

Niego con la cabeza.

—Esta noche no. Estoy demasiado cansada después de haber montado en

bicicleta. Necesito dormir.

—Pero ¡Gemma! —protesta Felicity—. ¡Tenemos que volver! Pippa nos espera.

—Iremos mañana por la noche —contesto, y me obligo a sonreír, aunque la perspectiva de lo que debo hacer me enferma.

Los ojos de Felicity se llenan de lágrimas.

—Ahora que por fin hemos encontrado el camino de vuelta, pretendes apartarnos de la senda de la felicidad.

—Fee... —empiezo a decir, pero me da la espalda.

Soy consciente de que tendré que dejar que me odien esta noche, aunque me sea difícil sobrellevarlo.

Los bosques danzan ante el repentino brillo de los candiles. Los gitanos han vuelto; Kartik está con ellos y apenas puedo contenerme ante la idea de atraer su atención, sin que me importe detestarme por ello.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué sucede ahora? —pregunta la señora Nightwing.

Tras percibir una posible pelea, las chicas se dispersan por la capilla y se arremolinan en las puertas a pesar de las súplicas de *mademoiselle* LeFarge para que entren: tiene el mismo éxito que si hubiera intentado reunir a un montón de gallinas bajo la lluvia.

—Estamos vigilando los bosques —explica Ithal.

Lleva una pistola en el cinto.

—¿Y puede saberse para qué vigilan los bosques? —pregunta la señora Nightwing, enfadada.

—A la Madre Elena no le gusta lo que siente. Y a mí no me gusta lo que veo.

Mueve bruscamente la cabeza hacia el campamento de los operarios.

—No quiero problemas entre los hombres del señor Miller y ustedes —dice la señora Nightwing en tono imperativo—. La Academia Spence siempre ha sido amable con la Madre Elena. Pero no tense demasiado la cuerda.

—Nosotros le ofrecemos protección —afirma Ithal, pero la señora Nightwing no parece muy convencida.

—Le aseguro que no necesitamos su protección. Muy buenas noches.

Kartik apoya una mano en el hombro de Ithal y le habla en romaní; Ithal asiente. Kartik no me mira ni una sola vez. Finalmente, Ithal hace un gesto a sus hombres.

—Nos vamos —dice, y los gitanos regresan a los bosques y a su campamento.

—Tonterías. Una completa locura. ¡Protección! Ésa es mi obligación y creo que la llevo a cabo con creces —refunfuña la señora Nightwing—. ¡Chicas, a la plegaria!

Nightwing y LeFarge nos ahuyentan hacia el interior de la capilla. Echo un último vistazo a los bosques. Los hombres prosiguen su avance, sus candiles forman pequeños círculos de luz en la penumbra del anochecer. Todos menos uno. Kartik aún está ahí, oculto tras un árbol, vigilándonos en silencio.

Contemplo la posibilidad de no ir. Durante casi una hora, me debato en la duda. Imagino los rostros de Fee y Ann la próxima vez que viajemos hasta los reinos y comprueben que Pippa se ha ido. Me pregunto cómo podrán apañárselas sin ella las chicas del incendio de la fábrica. No estoy muy segura de que eso sea lo correcto, pero lo he prometido y, por tanto, debo ir. Espero a que los ronquidos de Ann se intensifiquen y luego bajo por la escalera a hurtadillas, esperando que no me pillen ni Brigid ni Nightwing ni Felicity ni cualquier otra. Bajo la sombra de la estructura del ala este, extendiendo la mano hacia la puerta secreta. Ésta cobra vida y me cuelo en los reinos yo sola; recorro todo el trayecto a la carrera.

Pippa me espera en el muro de zarzas.

—Has venido —dice, aunque no estoy segura de si lo que detecto en su voz es alivio o miedo. Puede que ambas cosas.

—Sí.

—Fee nunca lo sabrá —afirma Pippa, como si hubiera leído mi mente.

Tomamos el sendero que lleva hasta el jardín y el río. Estoy completamente perdida en cuanto a lo que tengo que hacer. ¿Tendría que enunciar algo, un rezo o un hechizo? Si es así, no conozco ninguno. Así que cierro los ojos durante unos instantes y me digo: «Por favor. Por favor, ayudad a mi amiga Pippa».

Un pequeño bote se balancea en el río tras unos ranúnculos. Nos abrimos camino entre la hierba pantanosa y la aparto de nosotras.

Pip arranca un ranúnculo y lo retuerce entre las manos.

—Hay aquí tanta belleza. A veces me olvido de ello.

—Nos iremos en cuanto estés preparada —digo amablemente.

Se pone la flor detrás de la oreja.

—Ya estoy preparada.

Nos acomodamos en el bote balanceante y lo apartamos de la orilla. He surcado este río en pos de la aventura, el gozo y el peligro, pero jamás mis viajes se han teñido de semejante melancolía. Éste es un adiós para siempre y, aunque sé que es lo correcto, es muy duro tener que dejarla ir. Aún veo a la Pip de antes, a la Pip que decía ser mi amiga.

Guío el bote hasta la otra orilla, donde el horizonte resplandece con una puesta de sol de color naranja dorado. Me provoca una ebria somnolencia, como si me estuviera pegando una siesta al sol. De repente, el bote se detiene. Deja de avanzar.

—¿Por qué nos hemos parado?

—No lo sé —respondo.

Intento ponerlo en movimiento sin éxito.

—Creía que tenías el poder de conducir las almas al otro lado del río —dice Pippa

con un tono de voz atemorizado.

—No lo había hecho antes. Tú eres la primera. No creo que pueda llevarte más lejos. Creo que tendrás que hacer sola resto del camino.

Pip abre los ojos de par en par.

—¡No! ¡No puedo! No puedo meterme en el agua. Por favor, por favor, no me obligues a hacerlo.

—Sí, porque sé que puedes —le aseguro, y espero que mi voz no traicione mis nervios—. Te ayudaré. Vamos, agárrate con fuerza a mis brazos.

Con cuidado, la ayudo a entrar en el agua y la dejo ir. Sus faldas flotan como nenúfares.

—Adiós, Gemma —se despide mientras avanza contracorriente.

Verla irse es como ver desvanecerse una parte de mí misma, y tengo que ponerme una mano en la boca para no gritar: «No lo hagas. Vuelve. Por favor». La luz la engulle. Las lágrimas humedecen mis mejillas. «Adiós, Pip».

Con una repentina sacudida, se sumerge bajo el agua. Sus manos se agitan violentamente. Emerge del río, escupiendo agua, desesperada por respirar.

—¡Gemma! —grita aterrorizada—. ¡Ayúdame!

Soy presa del pánico. ¿Es esto lo que se supone que tenía que suceder? No, he visto a otras almas cruzar el río sin semejante angustia.

—¡Pip! —chillo.

Me inclino fuera del bote. Me agarra la mano y la ayudo a subir.

—¡Volvamos! —exclama tosiendo—. ¡Volvamos!

Pippa no recupera el aliento hasta que llegamos a la orilla sanas y salvas y cae de rodillas en el jardín.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto.

—No podía cruzar —grita—. No me ha dejado. —Tiene los ojos completamente abiertos, aterrorizados—. ¡No me ha dejado!

—No puede cruzar, es demasiado tarde.

La Gorgona aparece ante nosotras.

Pippa me agarra del brazo, histérica.

—¿Qué... está... diciendo?

—Comiste bayas —sisea la Gorgona—. Con el paso del tiempo, han obrado su magia en ti y te han reclamado en los reinos. Ahora eres uno de los nuestros.

Rememoro el horrible día en que Pippa se quedó atrás mientras nosotras escapábamos. Recuerdo a la criatura que le dio alcance en el río. Recuerdo que la encontramos después, fría y pálida, en el agua. Y también recuerdo el fatídico momento en que eligió quedarse al comer las bayas. ¿Por qué la abandoné? ¿Por qué no luché con más empeño para salvarla?

Pippa se abalanza sobre la Gorgona y la golpea con los puños cerrados. Las serpientes cobran vida, abren sus fauces y sisean. Una de ellas muerde a Pip, quien grita y cae sobre la hierba, acunándose la mano. Sus sollozos son tan profundos como

una lluvia asfixiante.

—¿Intentas... decirme... que tendré que quedarme aquí? ¿Para siempre?

Los ojos de la Gorgona no reflejan emoción alguna.

—Tu suerte está echada. Tendrás que adaptarte. Acéptalo y aprende a vivir con ello.

—¡No puedo! —se lamenta Pippa. Sus palabras se ahogan entre sollozos—. ¡Gemma, tú...! ¡Tú me dijiste que... yo... podía cruzar!

—Lo lamento. Pensé que...

—Y ahora... ahora me dices que tendré que quedarme aquí... en los reinos, ¡para siempre! ¡Sola!

Pippa está echa un ovillo sobre el suelo. Se golpea la frente una y otra vez contra la fría hierba.

—No estás sola. Tienes a Bessie y a Mae y a las otras chicas —digo, desesperada por ofrecerle algún consuelo; pero soy consciente de lo falsas que suenan mis palabras.

Al instante alza la cabeza; sus ojos están llenos de lágrimas.

—¡Sí, todas esas chicas horribles con sus horrosas quemaduras y sus modales vulgares! ¿Qué amigas son éstas? Sólo era una manera de pasar el rato; nunca podrán reemplazaros a Fee ni a ti ni a Ann. Por favor, no me dejes aquí, Gemma. Llévame contigo. Por favor, por favor, por favor...

Arranca puñados de hierba con sus manos pequeñas, llorando con el corazón roto. Apenas puedo contener mi propio llanto.

Me siento junto a ella e intento acariciarle el pelo.

—Cálmate, cálmate Pip.

Me aparta la mano de un empujón.

—¡Tú tienes la culpa!

Jamás me he sentido tan desesperada, tan mal.

—¿Y-y si te cediera un poco de magia para ayudarte? —espeto entre sollozos.

Las lágrimas de Pip se ralentizan.

—¿Magia? ¿Cómo la que solíamos usar?

—Sí, yo...

La Gorgona me interrumpe.

—Su Excelencia, ¿puedo decir algo?

La pasarela del barco se posa en la tierra con un suave crujido, subo a bordo y tomo asiento en mi lugar preferido, cerca de su rostro.

—¿Qué tienes que decirme?

La Gorgona me susurra en un siseo almibarado:

—Te desaconsejo actuar de forma precipitada, Su Excelencia.

—Pero ¡no puedo dejarla aquí de esta manera! ¡Ella era una de las nuestras!

—La chica hizo una elección. Y ahora debe aceptar las condiciones. Puede escoger las Tierras Invernales o puede tomar otro camino. No tiene por qué caer.

Dirijo la vista hacia Pip, que se dedica a partir en dos las briznas de la hierba. Tiene la piel pálida, pero sus mejillas están enrojecidas de dolor. Parece un corderillo perdido.

—Pip carece de talento para tomar decisiones —digo, y siento que las lágrimas pugnan por salir.

—Pues ya ha llegado el momento de aprender —replica la Gorgona.

Se comporta como si fuera mi madre, igual que las señoritas Moore y McCleethy. He tenido que soportar que la gente me diga lo que tengo que hacer. Tom y la abuela y la señora Nightwing. Son muchos los que quieren mantenerme fuertemente sujeta con sus buenas intenciones.

La Gorgona parece impasible ante mis lágrimas.

—La compasión puede ser una virtud y una desgracia. Ten cuidado y no caigas en su trampa. Es su guerra, no la tuya.

—Eres excesivamente dura. No me sorprende que seas la última de tu especie —digo.

De inmediato me arrepiento de mis palabras. Pero el mal ya está hecho. Algo parecido al dolor se refleja en el rostro siempre misterioso de la Gorgona. Las serpientes parecen tranquilamente recostadas, restregándose contra sus mejillas como niños que necesitan que les calmen.

—Las cosas no funcionan así.

—Las cosas no funcionaban así. Todo ha cambiado y ahora soy yo quien tiene el poder, y tengo la intención de hacer mis propios cambios —espeto.

La Gorgona escruta mi rostro durante lo que me parece una eternidad. Finalmente, cierra los ojos para apartarme de ella.

—Haz lo que te plazca.

La he insultado. Tendré que restañar esa herida más adelante. Pero ahora debo ayudar a Pippa. Solloza inclinada sobre la orilla, estrujando briznas de hierba con los puños cerrados. Se incorpora bruscamente.

—Seguiréis con vuestra vida, todas vosotras. Acudiréis a bailes, a fiestas, os casaréis, tendréis hijos. Encontraréis la felicidad, y yo estaré aquí por siempre jamás, con la sola compañía de esas horribles chicas de la fábrica que jamás han estado en un té.

Se derrumba sobre sí misma y se mece como un niño pequeño. No puedo soportar su dolor ni mi culpa por haberla enviado la primera a los reinos, aunque no por ser incapaz de ayudarla ahora. Me gustaría hacer algo, decir algo, apartarla de todo esto.

—Pip —le digo—. Shhh. Dame tus manos.

—¿Po-por qué? —hipa.

—Confía en mí.

Sus manos están frías y húmedas pero las sostengo con fuerza. Siento que la magia me abandona con una violenta sacudida, como siempre. Tras unos cuantos segundos me uno a ella. Sus recuerdos y emociones se convierten en los míos y

viajan tan rápido como el pasaje visto a través de la ventanilla de un tren. Una pequeña Pip al piano, aprendiendo obedientemente sus escalas. Pippa sometida a su madre mientras ésta le peina el cabello con fuerza, su pelo reluciente tras soportar el paso del cepillo. Pippa en Spence, en busca del consejo de Felicity para saber cuándo reír ante una broma o acallar a alguien deliberadamente. Durante toda su vida ha hecho lo que le han pedido sin hacer preguntas. Su único acto de rebeldía fue comerse aquel puñado de bayas, y eso la ha dejado varada aquí, en un mundo ajeno e impredecible. Percibo su alegría, su tristeza, su miedo, su orgullo y su anhelo. El rostro de Fee destella, la luz adquiere un matiz dorado. Percibo el doloroso afecto que siente por nuestra amiga. Pippa exhibe una sonrisa entusiasta. Se transforma ante mí, cubierta por una luz blanca y centelleante.

—Recuerdo... ¡Oh, este poder es maravilloso! ¡Cambiaré!

Cierra los ojos con fuerza y aprieta los labios con violenta resolución. Lentamente, sus mejillas adquieren una tonalidad rosada y vuelve a lucir unos tirabuzones negros y densos. Su sonrisa recupera su antiguo esplendor. Lo único que no cambiará serán sus ojos. El titilar entre el violeta y un inquietante blanco azulado.

—¿Qué tal estoy? —pregunta.

—Hermosa.

Pippa me arroja los brazos al cuello y me derriba. A veces se comporta como una niña. Aunque supongo que es eso lo que más nos gusta de ella.

—Oh, Gemma, eres una verdadera amiga. Gracias —murmura en mi pelo—. Querida mía, ¡tendré que hacer algo respecto de mi atuendo!

Se echa a reír. La misma Pippa de siempre. Y, por una vez, me alegra de que así sea.

—¿Llegaste a imaginar alguna vez que serías tan poderosa, Gemma? ¿No es maravilloso? Piensa, puedes hacer cuanto desees.

—Supongo —contesto enternecida.

—¡Ése es tu destino! ¡Has nacido para lograr hacer grandes cosas!

Debo decir que este comentario me ha hecho enrojecer y que rápidamente lo descarto por considerarlo una tontería. Pero, en secreto, lo aprecio sobremanera. Me doy cuenta de que ansiaba sentirme especial. Ansiaba dejar mi impronta en el mundo. Y no quiero tener que disculparme por ello.

Pippa y yo nos separamos en el campo de amapolas.

—Pronto volveré a verte, querida amiga. Y no te preocupes, guardaré nuestro secreto. Diré que el cambio que he experimentado ha sucedido por sí solo. Un milagro.

—Un milagro —secundo e intento alejar mis dudas.

No puedo concederle ese don para siempre.

Me dice adiós con la mano y me arroja un beso antes de regresar corriendo a las Tierras Fronterizas.

—Gemma...

—¿Quién me llama?

Doy una vuelta sobre mí misma pero no hay nadie a mi alrededor.

Lo oigo de nuevo, como el débil grito del viento.

—Gemma...

Estiro el cuello hacia las Cuevas de los Suspiros, donde se hallan el Templo y el pozo de la eternidad. Tengo que averiguarlo.

El ascenso hasta la cima de la montaña es más largo de lo que recordaba. El polvo se pega a mis piernas. Al pasar junto al arco iris de colorido humo, Asha, la líder de los Intocables, ya está allí, esperándome como si supiera que vendría. La brisa levanta su sari rojo oscuro, exponiendo a la vista sus piernas deformes y llenas de pústulas. Intento no mirar fijamente ni a ella ni al resto de Intocables, los Hajin, como también se les conoce, aunque me resulta bastante difícil. La enfermedad los ha desfigurado a todos. Por este motivo, los reinos los han vilipendiado y los consideran algo menos que esclavos.

Asha me saluda como es habitual en ellas: con una pequeña reverencia y las palmas juntas como si se dispusiera a rezar.

—Bienvenida, Dama de la Esperanza.

Le devuelvo el saludo y me conduce hasta el interior de la cueva. Dos Hajin transportan unos celemines llenos de amapolas encarnadas recogidas de los campos que hay abajo. Las clasifican y sólo escogen las mejores, que después pesan en grandes balanzas antes de avivar con ellas los incensarios. Al pasar, los Intocables me saludan cálidamente y me obsequian con flores y sonrisas.

—¿Has vuelto para devolver la magia al Templo? —pregunta Asha.

—Todavía no. Pero lo haré —le aseguro.

Asha se inclina de nuevo, pero como no me sonrío sé que no me cree.

—¿Cuántos Hajin precisas?

—Ansío dirigirme al pozo de la eternidad.

—¿Quieres enfrentarte a tus miedos?

—Tengo que zanjar un asunto —respondo.

Niega lentamente con la cabeza.

—Zanjar un asunto no es una tarea sencilla. Tienes la entrada franca.

Un muro de agua me separa de lo que el Templo oculta. Lo único que necesito es atravesarlo para saber la verdad. El miedo me reseca los labios. Los humedezco con la lengua e intento calmarme. Contengo la respiración y atravieso el muro de agua hasta entrar en el corazón sagrado del Templo.

El pozo de la eternidad se halla en el centro. Sus aguas profundas no emiten sonido alguno. El corazón me martillea en el pecho a medida que me aproximo al pozo, hasta que mis dedos descubren su borde rugoso. Apenas puedo respirar. La lengua se me adhiere en el velo del paladar. Me agarro con fuerza al borde del pozo y miro dentro. El agua se ha convertido en hielo. Mi rostro aparece reflejado en su superficie ahumada. Examino su contorno.

El rostro de una mujer presiona contra la superficie y doy un traspié con un grito ahogado. Sus rasgos emergen de las tenebrosas profundidades del pozo. Sus ojos y su boca permanecen cerrados como los de un muerto. El rostro carece de color. El cabello flota en el agua que hay bajo el hielo como los rayos de un sol oscuro.

Los ojos de Circe se abren de repente.

—Gemma..., has venido.

Me aparto aún más, negando con la cabeza. Siento un calambre en el estómago. Tengo ganas de vomitar. Pero el miedo me impide incluso hacer eso.

—Estás... estás muerta —murmuro—. Yo te maté.

—No. Estoy viva. —Su voz es un susurro ahogado—. Cuando te hiciste con la magia me dejaste aquí atrapada. Moriré cuando la magia sea devuelta.

—Me-me alegra saberlo —tartamudeo mientras me aproximo rápidamente al muro de agua que separa esta terrible estancia de las Cuevas de los Suspiros.

La espeluznante voz de Circe resuena en la cueva como imagino harían los murmullos de los demonios.

—La Orden está tramando un complot contra ti. Planea recuperar los reinos sin tu ayuda.

—Mientes —respondo temblando.

—Olvidas, Gemma, que una vez fui una de ellas. Harán lo que sea para recuperar el poder. No puedes confiar en ellas.

—¡Tú eres la única en quien no confío!

—Yo no asesiné a Nell Hawkins —dice refiriéndose a la chica de cuya sangre tengo manchadas las manos.

—¡No me diste otra opción!

Es demasiado tarde. Ha encontrado mi punto flaco y hurgará en él cuanto pueda.

—Siempre hay otra opción, Gemma. Mientras quede tiempo, puedo enseñarte a controlar tu poder, a hacer que te obedezca. ¿Quieres que te domine o quieres ser su dueña?

Me acerco al pozo con cautela.

—Mi madre podría haberme enseñado en su momento, pero nunca tuvo semejante oportunidad. La mataste antes de que pudiera hacerlo.

—Se suicidó.

—Para mantener su alma a salvo de ti y de esa criatura horrible de las Tierras Invernales: ¡del rastreador! ¡Ella no deseaba ser corrompida! Yo hubiera hecho lo mismo.

—Pues yo no. Por una hija como tú, hubiera luchado hasta mi último aliento. Pero Mary distaba mucho de ser una luchadora, no era como tú.

—No has dejado de hablar de mi madre —espeto.

La miro de soslayo y, durante un segundo, veo en su rostro algo de lo que antaño fue, un destello de mi antigua profesora, la señorita Moore. Sin embargo, en cuanto habla, un frío glacial me recorre la columna.

—Gemma, no tienes por qué preocuparte por mí. Tienes que creerme. Yo jamás te haría daño. Todavía puedo ayudarte. Lo único que te pido es volver a sentir la magia... sólo una vez más antes de morir.

Durante unos instantes, sus palabras me siembran de dudas. Pero no es de fiar, sus palabras son sólo una estratagema para obtener el poder. Circe no ha cambiado en absoluto.

—Me marchó.

—Hay un plan en marcha. No imaginas los peligros a los que vas a enfrentarte. No puedes confiar en la Orden. Sólo yo puedo ayudarte.

Hice mal en venir.

—No obtendrás nada de mí. Ojalá te pudras ahí dentro.

Se desliza bajo la oscura superficie del agua. Lo último que veo de ella antes de que desaparezca es una mano pálida que parece extenderse hacia mí.

—Volverás a mí —susurra con una voz tan fría como el agua helada—. Cuando no te quede nadie en quien confiar, tendrás que hacerlo.

—¿Has encontrado lo que buscabas, Dama de la Esperanza? —pregunta Asha cuando regreso de la Cueva de los Suspiros.

—Sí —respondo amargamente—. Sé cuanto necesitaba saber.

Asha me conduce por un pasillo cubierto por frescos descoloridos hacia el interior de una cueva que me parece recordar. Las esculturas de mujeres de caderas exuberantes y sensuales hombres adornan sus muros. Me siento atraída por ellas a pesar de sonrojarme ante su desnudez. Diviso algo que antes me había pasado desapercibido. Un grabado de dos manos unidas en el centro de un círculo perfecto. Me resulta familiar aunque no sé por qué, como si lo hubiera visto antes en un sueño. Las piedras parecen hablarme: «Éste es un lugar de sueños para aquellos que están dispuestos a ver. Pon tus manos dentro del círculo y sueña».

—¿Has oído eso? —pregunto.

Asha sonrío.

—Éste es un lugar especial. Aquí fue donde la Orden y los Rakshana se convirtieron en amantes.

Al escuchar esa palabra vuelvo a sentir un rubor tan ardiente que no hay forma de bajarlo.

—Juntaron sus mantos dentro del círculo para poder pasearse los unos por los sueños de los otros. Se forjó un vínculo imposible de romper. El círculo representa el amor eterno, puesto que no tiene principio ni fin. ¿Lo ves?

—Sí —respondo mientras permito que mis dedos recorran el círculo.

—Llegó a utilizarse para calibrar su devoción. Si no eran capaces de pasear los unos por los sueños de los otros no estaban destinados a ser amantes.

Asha me guía por un colorido pasillo del Tempo. Espero a que sea ella quien me pregunte por la magia y la alianza, pero no lo hace.

—Tengo la intención de formar una alianza y repartir la magia entre todos nosotros —le explico sin que me invite a ello—. Pero primero debo atender unos asuntos en mi propio mundo.

Asha se limita a sonreír.

—La compartiré. Tienes mi palabra.

Me observa mientras me marcho.

—Por supuesto, Dama de la Esperanza.

Me encamino sola por los campos de amapolas y desciendo por un polvoriento sendero, oculto tras las verdes puntillas de un dosel de sauces. Sus delicadas hojas rozan la tierra con un reconfortante frufú. Respiro hondo e intento aclararme las ideas, pero no puedo. Las advertencias de Circe han anidado en mi mente. No debería haber ido. No puedo cometer dos veces el mismo error. ¿Y Pippa? Quizás exista alguna razón por la que no pueda cruzar. Quizás haya todavía una oportunidad para salvarla. Ese pensamiento hace que mis pisadas sean más livianas. Cuando estoy a punto de llegar al final del sendero oigo un débil galope de caballos.

A través del dosel verde de los sauces distingo un repentino centelleo blanco. ¿Un caballo? ¿Diez? ¿Son jinetes? ¿Cuántos? Las hojas se mueven, pero ya no veo nada. Sin embargo, ahora escucho su galope más cerca. Me levanto el camisón y corro como una exhalación, sintiendo el sendero chocar con fuerza contra las plantas de mis pies. Me escabullo entre dos árboles y desaparezco con premura en el campo de trigo, partiendo los lacerantes tallos con las manos. Aún lo oigo. Mi corazón palpita un estribillo: «No mires atrás; no te detengas; corre, corre, corre».

Estoy cerca de la estatua de la diosa de las tres caras que señala el ascenso a la puerta secreta. Jadeando, giro por una esquina. Me muevo en zigzag entre las piedras centinela, entre esas mujeres que me vigilan. Más adelante, la colina cubierta de musgo no proporciona pista alguna sobre la existencia de una puerta. Detrás de mí aún escucho el constante galope del jinete desconocido. Me abalanzo contra la colina.

«Ábrete, ábrete, ábrete...».

La puerta aparece ante mí y la empujo hacia dentro; el sonido de los caballos se atenúa. Me precipito hacia el resplandor de una luciérnaga en el pasadizo y salgo ante la extensión de césped. La luz se desvanece y la puerta desaparece, como si jamás hubiera estado allí.

En lo alto del tejado de la academia, las gárgolas permanecen sentadas en sus perchas, vigilándolo todo. Con sus umbrías espaldas contra la luz de la luna, casi parecen vivas, como si sus alas pudieran desplegar y emprender el vuelo.

Un hormiguelo recorre mis manos y antes de que pueda volver a tomar aire se desliza por mi sangre con tal fuerza que me llega a las rodillas. La magia es fuerte. Surge de mí como un animal ansioso por echarse a correr. Estoy aterrorizada; me devorará si no la libero.

Me tambaleo hasta el jardín de rosas y recorro con las manos los capullos dormidos. Cuando mis dedos se depositan en ellos, las flores estallan en una sinfonía de color como jamás había visto hasta ahora: rojo oscuro, rosa intenso, blanco crema y un amarillo tan brillante como el sol de verano. Cuando termino, la primavera ha llegado a cada rosa. También ha llegado para mí, pues me siento radiante: fuerte y viva. El color florece en mi interior, una alegría recién descubierta.

—Yo he hecho esto —digo mientras me examino las manos como si no me pertenecieran.

Pero me pertenecen. Con ellas he dado vida a las rosas de mi mundo. Y eso sólo es el principio. Con este poder, quién sabe de lo que puedo ser capaz para cambiar cuánto debe cambiarse en mí, en Felicity y en Ann. Y, en cuanto asegure nuestros futuros, forjaremos una alianza en los reinos.

La magia me impulsa hacia el ala este. Pongo una mano en la torreta a medio construir y siento que la energía fluye en mi interior, como si la tierra y yo fuéramos una. De repente, la tierra se ilumina. Una serie de líneas aparecen en ella como si fueran los trazos de un mapa. Una línea lleva hasta las colinas donde está emplazado el campamento de los trabajadores. Otra serpentea a través de los bosques hasta la capilla. Una tercera culebrea hasta la vecindad de las antiguas cuevas, donde por vez primera entramos en los reinos. Sin embargo, en el lugar donde estoy brilla con menos intensidad. El tiempo se ha ralentizado. La luz sangra entre los bordes de la puerta secreta. Siento su sacudida. Pongo la otra mano contra la puerta y mi cuerpo es invadido por una ráfaga de energía.

Las imágenes azotan mi mente con demasiada rapidez para poder asirlas; sólo retengo algunas hebras: el amuleto de Eugenia arrojado a las manos de mi madre, arenas negras sobrevolando montañas escarpadas, un árbol de inhóspita belleza.

De repente, me libero de ellas y caigo al suelo. De nuevo la noche está en calma, excepto por los aleteantes latidos de mi corazón.

El amanecer incrementa su rebato rosa y se eleva por encima de las copas de los árboles para dar paso a una nueva mañana y a un nuevo yo.

ACTO II

Mediodía

Necesitas caos en tu alma
para alumbrar una estrella danzarina.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Ahora que la primavera parece algo más que la inconstante promesa de un pretendiente y que los días son calurosos, feliz garantía de que el invierno al fin emprende la huida, Gran Bretaña lo celebra con una recompensa de ferias. La mañana después de haber visto a Pippa, Nightwing y LeFarge nos meten en un tren, y charlamos animadamente en la panza del gran dragón de acero mientras éste atraviesa furibundo la exuberante campiña y arroja un largo penacho de humo denso y negro que deposita sus cenizas en nuestras faldas y guantes. Me lleva algún tiempo ganarme de nuevo a Felicity, aún malhumorada desde anoche, pero cuando le prometo que esta noche regresaremos a los reinos sin falta todo queda perdonado. En cuanto Felicity me perdona, Ann la secunda.

Nos apeamos en una pequeña población y, mientras acarreamos nuestras cestas de pícnic, deambulamos entre la agradable compañía de los aldeanos, granjeros y sirvientes que tienen el día libre, niños alborozados y hombres en busca de trabajo, hasta llegar finalmente a la amplia extensión de césped donde se ha montado la feria.

El mercado al aire libre abarca casi un kilómetro. Cada puesto ofrece nuevas tentaciones: crujientes barras de pan, leche con nata espesa, delicados gorros y zapatos. Lo observamos todo con deseo, obsequiándonos con una degustación de cheddar amargo o un vistazo en el espejo mientras nos probamos una bufanda nueva. Todo el mundo ha acudido endomingado con la esperanza de pasar una tarde de baile y alegría. Hasta Nightwing se concede la licencia de contemplar el alegre espectáculo de una pelea de gallos.

En una esquina, hay varios hombres guardando cola para ser contratados como herreros o esquiladores. Incluso un capitán de barco enrola a jóvenes en calidad de marineros, con la promesa de comida y bebida y la excitante idea de echarse a la mar. Los tratos se cierran con una firma, un apretón de manos o un penique anticipado a modo de contrato.

Otros están aquí con la intención de seleccionar ganado. Pululan por los establos de corderos y caballos escuchando las garantías de los comerciantes.

—No encontrará ninguno mejor, caballero. ¡Se lo aseguro! —vocifera un hombre ataviado con un delantal de piel y botas de caña alta a los dos granjeros que inspeccionan su cordero de primera.

Los granjeros recorren las manos por los flancos del animal, que bala con fuerza en lo que considero un signo de profunda humillación.

—A mí tampoco me gustaría eso —musito—. Es demasiado descortés.

Con todo, se trata de un acontecimiento bullicioso y alegre, para los animales y para la gente. Las esposas de los granjeros gritan: «¡El mejor queso de Inglaterra! ¡Mermelada de moras tan dulce como el beso de una madre! ¡Un ganso regordete

ideal para su cena de Pascua!».

A la tarde, tomamos el té a la orilla del río, donde se congrega una multitud de gente para seguir de cerca las competiciones de barcas. Brigid nos ha preparado una deliciosa merienda a base de huevos cocidos, pan moreno y mantequilla, mermelada de frambuesa y tarta de grosellas. Ann y yo untamos unas gruesas rebanadas de pan con generosas raciones de mantequilla y mermelada, mientras Felicity se decanta por la tarta.

—He recibido una carta de mi madre —nos dice, mientras mordisquea con felicidad el relleno de fruta.

—Pues normalmente eso no te pone de tan buen humor —comento.

—Tampoco ella suele obsequiarme con una oportunidad tan buena como ésta —responde críticamente.

—Está bien —digo—. Desembucha.

—Vamos a ver a Lily Trimble en *Macbeth* al Teatro Drury Lane.

—¡Lily Trimble! —exclama Ann con un trozo de pan en la boca. Se lo traga de golpe con una mueca de dolor—. Eres realmente afortunada.

Felicity se limpia los dedos con un lametón.

—Te llevaría conmigo Ann, pero mi madre nunca lo permitiría.

—Lo entiendo —contesta Ann, resignada.

La señora Worthington aún no ha olvidado la farsa de Ann las pasadas navidades en calidad de invitada en su casa. No importa que todas contribuyéramos a hacerla pasar por la hija de un duque. En la mente de la señora Worthington, Felicity y yo somos inocentes víctimas de la ladina estratagema de Ann. Resulta increíble lo que las madres pueden llegar a creer a pesar de que las evidencias demuestren lo contrario; son capaces de convencerse de cualquier cosa con tal de salvarse a sí mismas.

—No puedes ir como Ann —digo—. Pero puedes ir como otra persona.

Me mira con extrañeza.

—La magia —susurro—. ¿No lo ves? Ésta será nuestra primera oportunidad para cambiar nuestros destinos.

—Ante las narices de mi madre —dice Felicity con una amplia sonrisa.

La mera tentación que ello supone le basta para sentirse atraída.

—¿Y si no funciona? —pregunta Ann.

—¿Acaso vamos a permitir que eso nos impida intentarlo? —protesto.

Felicity tiende una mano.

—Estoy a favor.

Ann añade la suya y pongo la mía encima.

—Por el futuro.

La excitación se extiende entre la multitud de feriantes. Los remeros están sin aliento. La gente se arremolina en las orillas para vitorearlos. Nos peleamos por situarnos bajo un acantilado, donde podemos estar más cerca del río pero ocultas a la

mirada de Nightwing. Tres embarcaciones pugnan por el liderato; unos cuantos remeros les siguen a la zaga, en pos de su estela. Los hombres se han arremangado las mangas de las camisas hasta los codos, y al llegar a nuestra altura vemos sus brazos fuertes y musculosos en acción. Con las manos aferradas a los remos, se mueven al unísono, hacia adelante y hacia atrás, hacia adelante y hacia atrás, como una locomotora de músculos y carne y hueso. El movimiento es hipnótico y nos hallamos bajo su hechizo.

—¡Guau! Son bastantes fuertes, ¿verdad? —dice Ann, soñadora.

—Sí —contesto—. Bastante.

—¿Con cuál te casarías? —quiere saber Ann.

El rostro de Kartik surge en mi mente sin ser invitado y sacudo la cabeza para borrar ese pensamiento antes de que pueda entristecerme.

—Con el que va delante —respondo mientras asiento hacía un atractivo joven rubio y de ancho torso.

—¡Oh!, es encantador. ¿Crees que tendrá un hermano para mí? —pregunta Ann.

—Sí —contesto—. E iréis de luna de miel a Umbría.

Ann se echa a reír.

—Por supuesto, es rico.

—Por supuesto —repito.

El juego me hace sentir de mejor humor. «Chúpate ésa, Kartik».

—¿De quién te has encaprichado tú, Felicity? —pregunta Ann.

Felicity apenas los mira.

—De ninguno.

—Pero si no los has mirado —se queja Ann.

—Como quieras. —Felicity salta hasta una roca. Se cruza de brazo y examina a los hombres—. Mmmm, ése está calvo. Los tipos que están detrás son barbilampiños. Y el que está más cerca de nosotras... ¡Qué pena...! ¿Eso qué son, orejas o alas?

Mi risa suena como un ronco ladrido. Ann se tapa la boca y se ríe entre dientes.

—No obstante, la *pièce de résistance* es ése de la derecha —afirma, y señala a un hombre de rostro redondo y fofo y nariz larga y roja—. Con esa cara a una le entran ganas de ahogarse en el agua.

—Tampoco está tan mal —replico riendo, aunque se trata de una mentira.

De todas formas, en todas las ocasiones en que los hombres nos valoran por nuestra belleza, ninguna de nosotras resulta mucho mejor parada.

Los ojos de Felicity adquieren un brillo siniestro.

—Dime, Gemma, ¿cómo podría interponerme entre tú y tu verdadero amor? Creo que acabará siendo tu pretendido.

—¡Pues yo no creo!

—¡Oh, sí lo será! —Se mofa Felicity con un sonsonete—. Piensa en todos los horripilantes niños que tendrás: grandes, gordos, con las narizotas rojos, ¡como él!

—No soporto tu envidia, Fee. Debería ser para ti. Por favor, insisto.

—Oh, no. No soy digna de semejante belleza. Tiene que ser para ti.

—Antes muerta.

—Sería la opción menos dolorosa. —Felicity salta y agita su pañuelo—. ¡Buenas tardes! —les grita con descaro.

—¡Fee! —grito avergonzada.

Demasiado tarde. Hemos llamado su atención y no tenemos donde escondernos. Se olvidan de la competición y sus barcas se quedan flotando en el río mientras nos saludan con la mano a nosotras, unas jóvenes señoritas bajo el acantilado.

—Usted, señor —dice Felicity señalando al infortunado individuo—. Mi querida amiga aquí presente es demasiado modesta para confesarle la admiración que siente por usted. Por tanto, no me queda otra elección que hablar en su nombre.

—¡Felicity!

Me falta el aire. Desaparezco tras la roca.

El pobre individuo se levanta del bote y, tristemente, veo que es tan grueso como su cara; más que un hombre parece un tonel con pantalones.

—Quisiera conocer a la señorita, si fuera tan amable de dejarse ver.

—¿Has oído eso, Gemma? El caballero desea conocerte.

Felicity me arrastra del brazo con la intención de vencer mi resistencia.

—¡No! —susurro apartándome.

Esta locura ha ido demasiado lejos.

—Me temo que es demasiado tímida, señor. Quizá si usted le hiciera algún requiebro...

Recita un soneto en que me compara con un día de verano.

—Sois realmente encantadora y temperada —entona. En cuanto a esto, sin duda anda tristemente desencaminado—. ¡Decidme vuestro nombre, hermosa dama!

Antes de darme cuenta ya ha salido de mi boca:

—Señorita Felicity Worthington de Mayfair.

—¿La hija del almirante Worthington?

—¡La misma! —exclamo.

Ahora es Felicity quien me tironea del brazo, rogándome que me detenga. En sus ansias por hablar con nosotras, los otros dos individuos se levantan de un salto y ponen en peligro el inestable equilibrio del bote. Con un grito, caen a las frías aguas del río para diversión de todos los presentes.

Riendo como locas, nos alejamos corriendo del acantilado y nos ocultamos tras unos setos elevados. Nuestras carcajadas son contagiosas: cada vez que éstas se apaciguan, una de nosotras comienza de nuevo y volvemos a echarnos a reír. Finalmente, yacemos tendidas en la hierba, sintiendo la brisa de finales de marzo que nos acaricia mientras se lleva consigo los alborozados gritos de la fiesta en la distancia.

—Nos hemos comportado de una manera horrible, ¿verdad? —pregunta Ann, todavía riendo.

—Pero nos hemos divertido —respondo.

Por encima de nuestras cabezas, las nubes están ahítas y llenas de promesas.

Una nota de preocupación se abre paso en la voz de Ann:

—¿Creéis que Dios nos castigará por semejante maldad?

Felicity hace un diamante con los pulgares y los índices. Los eleva hacia el sol como si pudiera capturarlo.

—Si Dios no tiene nada mejor que hacer que castigar a unas colegialas por una tontería, entonces no me gusta Dios.

—Felicity... —le riñe Ann pero calla de inmediato—. ¿Y de verdad crees que podemos cambiar el curso de nuestras vidas con la magia, Gemma?

—Vamos a intentarlo. De momento, me siento mucho más viva. Despierta. ¿Vosotras no?

Ann sonríe.

—Cuando la tengo dentro de mí, me siento capaz de hacer cualquier cosa.

—Cualquier cosa —murmura Felicity. Se apuntala a su lado, una preciosa chica en forma de S—. ¿Y qué hay de Pip? ¿Qué podemos hacer por ella?

Recuerdo a Pippa en el agua, pataleando, revolviéndose, incapaz de cruzar.

—No lo sé. No sé si la magia puede cambiar su destino. Ellas dicen...

—Ellas dicen —resopla Felicity a modo de burla—. Nosotras decimos. Gemma, ahora eres tú quien tiene toda la magia. Seguro que podremos hacer algunos cambios en los reinos. Y también en Pippa.

Las palabras de la Gorgona resuenan en mi cabeza: «No tiene por qué caer». Una mariquita forcejea boca arriba. La enderezo con un dedo y se tambalea por la hierba antes de caer de nuevo.

—Es tan poco lo que sé de los reinos, la magia y la Orden; sólo sé lo que la gente me cuenta. Ha llegado el momento de que averigüemos por nuestros propios medios lo que es posible y lo que no —digo.

Felicity asiente.

—Bien hecho.

Yacemos tumbadas en la hierba y dejamos que el sol caliente nuestros rostros cansados del invierno, lo que también es sin duda una forma de magia.

—Desearía que siempre fuera así —dice Ann con un suspiro.

—Quizá pueda serlo —contesto.

Yacemos las unas junto a las otras, cogidas de las manos y contemplamos las nubes, esas damas felices de faldas ondulantes, mientras danzan, hacen reverencias y cambian sus formas.

Por la tarde, la actividad en la plaza del mercado empieza a disminuir, y muchos expositores ya han guardado sus productos. Es el momento de dejar paso al baile y al entretenimiento. Los juglares hacen estremecer a los niños con malabares que

desafían la gravedad. Los hombres coquetean con las sirvientas, que disfrutan de un excepcional día en que pueden librarse de sus obligaciones. Una *troupe* de saltimbanquis interpreta una representación sobre san Jorge. Con el rostro tiznado de rojo y ataviados con túnicas, constituyen una visión jubilosa y bulliciosa. Como la Pascua está a la vuelta de la esquina, se escenifica un auto de fe en la parte más alejada del prado, cerca de los establos de alquiler. Nightwing nos lleva a verla, y nos quedamos de pie entre la multitud, observando cómo un peregrino avanza a través de las horas más oscuras del alma hasta la mañana de un nuevo día.

Con el rabillo del ojo, veo a Kartik, que se halla en el mostrador del capitán del barco, y siento una punzada en el estómago.

—Felicity —murmuro mientras le tironeo de la manga—. Acabo de ver a Kartik. Tengo que hablar con él. Si Nightwing o LeFarge preguntan por mí, diles que he ido a ver la pelea de gallos.

—Pero...

—Por favor.

Felicity asiente.

—Date prisa.

Veloz como una liebre, me deslizo entre la multitud y alcanzo a ver a Kartik en el preciso instante en que estrecha la mano del capitán para sellar su trato. Se me para el corazón.

—Disculpa. ¿Puedo hacerte una pregunta?

Mi familiaridad llena de consternación a las esposas de unos cuantos granjeros quienes deben preguntarse qué tipo de negocio puede tener una chica de buena posición con un indio.

Echo un vistazo al capitán.

—¿Te dispones a echarte a la mar?

Asiente con la cabeza.

—Con el buque de Su Majestad *Orlando*. Sale de Bristol dentro de seis semanas y yo parto en él.

—Pero... ¿marinero? Me dijiste que no te gustaba el mar —digo y de repente se me forma un nudo en la garganta al recordar la primera noche que hablamos en la capilla.

—Si el mar es cuanto hay, tengo suficiente.

Kartik se saca del bolsillo una badana roja usada, la que acostumbrábamos a utilizar a modo de comunicado silencioso. Yo debía de ponerla en la ventana de mi dormitorio si necesitaba hablar con él, y él debía dejarla en la hiedra que hay debajo de ésta si necesitaba hablar conmigo. Se la ata al cuello.

—Kartik, ¿qué ha sucedido? —susurro—. Cuando te dejé en Londres, prometiste guardarme lealtad, a mí y a la alianza.

—Esa persona ya no existe —responde a la par que sus ojos se oscurecen.

—¿Tiene algo que ver con los Rakshana? ¿Qué hay de lo que hablabas con

respecto del destino y...?

—Ya no creo en el destino —contesta Kartik con voz temblorosa—. Y te recuerdo que tampoco estoy muy bien considerado entre los Rakshana. Soy un hombre sin hogar, y el mar es lo que mejor se adecua a mí.

—¿Por qué no vienes conmigo a los reinos?

Su voz apenas es un murmullo.

—No iré a los reinos. Nunca.

—Pero ¿por qué?

—Tengo mis motivos —responde sin mirarme.

—Pues entonces explícame cuáles son.

—Son mis motivos, sólo míos. —Rasga la badana en dos y deposita una mitad en mi mano—. Vamos cógela. Así tendrás algo con que recordarme.

Contemplo la arrugada bola de tela. Quisiera arrojársela a la cara y alejarme triunfante. Sin embargo, la agarro con fuerza y me odio a mí misma por ser tan débil.

—Espero que te conviertas en un buen marino —contesto con hosquedad.

Casi es de noche cuando regresamos a Spence, cargadas con los paquetes de la feria. Los hombres del señor Miller dan la jornada por finalizada. Sucios y cubiertos de sudor, depositan sus herramientas en un carro y se lavan en los baldes de agua que la sirvienta de cocina les ha llevado. Brigid les ofrece limonada fresca que ellos beben con avidez, a grandes sorbos. La señora Nightwing supervisa el trabajo del día junto al capataz.

—Eh, señor Miller, *sir* —grita uno de los hombres—. La vieja piedra esa que hay en la tierra. Se ha partido en dos.

El señor Miller se acuclilla para echar un vistazo.

—Pues sí —contesta y se restriega las manos sucias contra los musculosos muslos—. No sé cómo puede haber sucedido, con lo voluminosa que es. —Se gira hacia Nightwing—. Ofende a la vista señora. ¿La quitamos de aquí?

—Muy bien —responde la señora Nightwing, despidiéndolos con un movimiento de la mano.

Los hombres se hacen con picos y palas y los hunden en la tierra húmeda que circunda la piedra. Contengo la respiración, preguntándome si se descubrirá la puerta secreta o si sus esfuerzos afectarán a nuestra capacidad para entrar. No obstante, lo único que puedo hacer en estos momentos es tener esperanza. Los hombres apalancan los trozos de piedra suelta y los depositan en el carro.

—Podría obtenerse una ganancia de esto en algún lugar —reflexiona Miller.

La Madre Elena sale de los bosques y se acerca hasta nosotros tambaleándose.

—¡No hagáis eso! —grita.

Me doy cuenta de que estaba escondida, vigilando, lo que me hace estremecer, aunque no sé exactamente por qué. La Madre Elena está loca; siempre dice cosas

raras.

Algunos hombres lo han oído también. Dejan de cavar.

—Volved a poneos manos a la obra, amigos —grita el señor Miller—. Y tú, gitana, ya hemos tenido bastante de tanto abracadabra.

—Vete de aquí, madre —dice Brigid acercándose a la anciana.

La Madre Elena se impacienta y se aleja retrocediendo.

—Dos caminos —murmura—. Dos caminos. Habéis hecho que la maldición recaiga en todos nosotros.

No tenemos que esperar a después de medianoche para escaparnos de la academia. Todo el mundo está tan cansado de la excursión a la feria que puedo oír los ronquidos resonando por los pasillos. Sin embargo, nosotras tres estamos más despiertas que nunca, aturdidas ante lo que nos aguarda. Nos reunimos en el gran salón. Intento que la puerta de luz aparezca de nuevo, pero no puedo invocarla. Siento cómo el ansia de Fee y Ann se convierte en desesperación, así que cambio de acceso.

—Vamos —digo guiándolas hasta el césped.

La noche es algo vivo y palpitante, lleno de posibilidades. El cielo sin nubes titila con miles de estrellas que parecen urgirnos a continuar. La luna descansa oronda y contenta.

Extiendo una mano y conjuro la puerta con la mente. La energía que desprende hace que mi mano experimente una sacudida. El portal secreto resplandece ante la vista, con tanta intensidad como antes, y respiro aliviada.

—¿A qué estamos esperando? —pregunta Fee, con una sonrisa radiante y nos precipitamos a través del brillante pasadizo, riendo.

Salimos a los reinos. Codo con codo, avanzamos por la senda que serpentea entre las piedras, nos escabullimos para no ser vistas, buscamos cualquier indicio de algún posible problema.

—¡Oh, criaturas de las Tierras Invernales, —canturrea Felicity a medida que nos acercamos a las Tierras Fronterizas— salid de vuestros escondites!

Ann la manda callar.

—N-n-no creo que d-debamos...

—¿No ves que se han marchado? O algo les ha pasado. Puede que les llegara el final cuando Gemma se hizo con la magia del Templo.

—Entonces por qué Pip no ha... —dejo que las palabras fenezcan en mi lengua.

—Porque no es una de ellas —espetea Felicity.

Al llegar a las Tierras Fronterizas, avanzamos con cautela por el muro de zarzas. Esta vez es más fácil escapar de sus trampas y lo hacemos sin arañarnos.

«¡Huu-uu! ¡Huu-uu!».

La llamada resuena en el bosque teñido de azul. Bessie Timmons y Mae Sutter, armadas con palos, salen de repente tras unos árboles, y Felicity da un grito al verlas.

—No teníais por qué hacer eso. Somos nosotras —dice Felicity.

—Toda precaución es poca —replica Bessie.

—Me da igual que sean conocidas tuyas —me susurra Felicity—. Qué ordinarias son.

Pipa nos saluda con la mano desde la torre del castillo.

—No os vayáis. ¡Ya bajo!

—¡Pip! —grita Felicity a las puertas del castillo.

Mercy las abre y nos invita a entrar. El edificio parece más ordenado que antes. Lo han limpiado. Han barrido el suelo y el fuego está encendido. El ambiente es casi acogedor. Hasta las parras parecen menos intimidantes; las venenosas flores de belladona son de un hermoso color púrpura que contrasta con la piedra resquebrajada.

Pippa entra corriendo en la estancia.

—¡Os he visto en el muro de zarzas! He contado los segundos que habéis tardado hasta alcanzarnos: ¡doscientos treinta y dos para ser exacta!

El vestido de Pippa está de nuevo hecho jirones, aunque el resto de su persona sigue siendo encantador. Por lo que parece, la magia aún perdura en ella, lo que resulta curioso, pues a Fee y a Ann apenas les duró un par de horas cuando se la entregué.

—Estás radiante —dice Fee abrazándola.

Pippa me mira de soslayo y con timidez.

—¡Sí! Debe ser por la alegría de reunirme de nuevo con mis amigas por lo que me siento diferente. Oh, Gemma ¿puedes echarme una mano con la leña?

—Por supuesto —respondo e ignoro la mirada curiosa de Fee.

Pip me conduce tras el tapiz hasta la vieja capilla.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Le tiemblan los labios.

—¿Tú qué crees? Estoy condenada a vivir aquí para siempre. A tener la misma edad para siempre mientras mis amigas se hacen mayores y se olvidan de mí.

—No nos olvidaremos de ti, Pip —respondo, aunque mis palabras son un falso bálsamo para sus oídos.

Pippa deposita su mano en mi brazo.

—Gemma, tuve la oportunidad de sentir la magia una vez más. Y ahora se está desvaneciendo. —Señala los jirones de su vestido—. ¿Puedes proporcionarme un poco más? ¿Para que me ayude a animar mi espíritu mientras intento congraciarme con mi destino? Por favor.

—No-no podré seguir haciéndolo eternamente —respondo con voz entrecortada, temerosa de lo que pueda suceder, con independencia del camino que tome.

—No te pido que lo hagas eternamente. —Pippa coge una baya seca de un cuenco y se la lleva a la boca con una mueca—. Además, fuiste tú quien me la ofreció. Por favor Gemma. Para mí lo es todo. Si tengo que quedarme para siempre en este lugar...

Se enjuaga las lágrimas y me siento como una perfecta sabandija. Después de toda mi cháchara sobre cambiar las cosas, ¿cómo puedo dudar de Pippa? Si puedo cambiar su suerte, ¿no probaría eso la existencia de un mundo nuevo, una nueva esperanza sin límites?

—Dame las manos —digo y Pippa me abraza.

—No lo olvidaré —responde, mientras me besa la mejilla. Frunce el ceño—.

¿Podrías darme un poco más esta vez para que me durara más tiempo?

—No puedo controlar la duración —explico—. Lo único que intento es comprenderla.

Nos cogemos de las manos y, de nuevo, aparece el hilo que nos conecta. Siento lo que ella siente. La veo ataviada con un elegante vestido de baile, danzando feliz con sus amigas, dando vueltas bajo el brazo de Fee, sin parar de reír. Pero tras todo eso, hay algo más. Algo inquietante, y pierdo el contacto.

—Ya la tienes —digo, con la esperanza de que no detecte el nerviosismo de mi voz.

Pippa estira los brazos por encima de la cabeza y se humedece los labios, que empiezan a adquirir una tonalidad rosada. En esta ocasión, la transformación se produce con mayor celeridad que antes, y es más evidente. Sus ojos brillan.

—¿Soy hermosa?

—Eres la chica más guapa —le respondo, siendo fiel a la verdad.

—¡Oh, Gemma, gracias!

Me abraza de nuevo como una niña agradecida y me dejo encantar por su hechizo.

—De nada, Pip.

Pippa, con ojos brillantes, entra en el salón principal haciendo aspavientos.

—¡Queridas mías!

Bessie se levanta como si Pip fuera su bien amada soberana.

—Señorita Pip, está usted esplendorosa.

—Me siento esplendorosa, Bessie. De hecho, me siento renacer. ¡Mira!

Pone las manos en el cuello de Bessie y, de repente, cuelga de él un hermoso camafeo con un cordón de terciopelo.

—¡No puedo creerlo! —exclama Bessie.

—Sí, tengo la magia —dice Pippa mientras me mira—. Gemma me ha dado un poco. Ahora es ella quien ostenta todo el poder de los reinos.

Incluso Felicity me besa en la mejilla.

—Sabía que harías por ella lo más indicado —susurra.

Las chicas tienen un millón de preguntas: ¿de dónde procede la magia? ¿Cómo funciona? ¿Qué puede hacer?

—También a mí me gustaría saber más al respecto —respondo y niego con la cabeza—. A veces es muy poderosa y en otras ocasiones apenas la siento. Y tampoco parece durar mucho.

—¿Puedes darnos un poco? —pregunta Mae, con los ojos brillantes, como si yo fuera capaz de cambiar su fortuna.

—Yo... preferiría... —tartamudeo.

No quiero desprenderme de mucha cantidad. ¿Y si mi poder disminuye? ¿Y si me quedo con menos y soy incapaz de usarla para nosotras en mi mundo? Las chicas del incendio de la fábrica clavan sus ojos en mí.

Bessie Timmons resopla.

—No, por supuesto que no quiere compartir con chicas como nosotras ese don.

—Eso no es verdad —respondo, aunque en el fondo de mi corazón sé que no anda muy desencaminada.

¿Por qué no deberían también ellas tener la magia? ¿Porque trabajaron en una fábrica? ¿Porque hablan con acento diferente al mío?

—No somos damas, como ellas, Bessie —contesta la pequeña Wendy sumisamente—. No deberíamos exigir algo semejante.

—Sí, podemos exigirlo todas —añade Felicity como si hablara con el servicio.

Pippa da un brinco en el suelo asfixiado por las malas hierbas.

—Ya te la doy yo, Mae. Ven, extiende las manos.

—No siento nada —dice Mae transcurridos unos instantes.

Me complace saber que no pueden sentir mi alivio. Parece ser que soy la única que tiene la magia.

El rostro de Pip refleja su decepción.

—Bueno, acaba de pasarme la magia. Si pudiera, querida mía, te regalaría un poco.

—Sé que lo haría, señorita Pip —responde Mae, apesadumbrada.

De nuevo me siento culpable. Contemplo las terribles quemaduras de las chicas y su lamentable estado, ¿cómo es posible ser tan cruel como para denegarles una pizca de felicidad?

—De acuerdo. Disfrutemos de un poco de alegría mientras estemos aquí, ¿de acuerdo? —digo.

Les doy la mano a todas excepto a Wendy, pues insiste en que no quiere participar. De inmediato, un poder brillante nos desborda hasta tal punto que ni siquiera las paredes pueden contener nuestros gritos de júbilo, pues éstas crujen y gimen mientras las parras estrechan su abrazo.

Felicity y Ann enseñan a las chicas del incendio de la fábrica cómo transformar sus vestidos harapientos en sedas suntuosas adornadas con abalorios y bordados como las procedentes de las tiendas más lujosas de París.

Todas están alegres menos Wendy, quien permanece sentada en una esquina, con las rodillas abrazadas al pecho.

Tomo asiento junto a ella en el suelo frío y cubierto de malas hierbas.

—¿Qué sucede, Wendy?

—Tengo miedo —responde abrazándose todavía más a sus piernas.

—¿De qué?

—De querer demasiado, señorita. —Se limpia la nariz en una manga—. Usted ha dicho que no durará siempre. Pero y si una vez que la probara... —Una lágrima se desliza por su sucia mejilla—. ¿Y si no puedo volver a ser la de antes?

—Una de mis profesoras me dijo una vez que no podemos volver atrás; sólo podemos avanzar —le explico, repitiendo las palabras de la señorita Moore. Cuando para mí aún era la señorita Moore y no Circe—. No tienes por qué hacerlo.

Asiente con la cabeza.

—¿Podría probar un poco? No mucha.

Le doy un poco y cuando la siento salir de mí, me detengo.

—Bien, Wendy, qué será lo primero: ¿un vestido de baile? ¿Unos pendientes de rubíes? ¿Un príncipe? —Trago saliva y toco con los dedos sus ojos sin vida—. O... puede que...

Wendy asiente.

—Sí, señorita, por favor.

Le cubro los ojos y deseo que la magia sea de utilidad.

—¿Puedes...? —pregunto.

La boca de Wendy se convierte en una fina línea.

—¿Sí, señorita?

—¿Puedes ver?

Niega con la cabeza.

—Era esperar demasiado.

—Nunca se espera demasiado —replico, pero mi corazón es fuerte. Éste es el primer límite de la magia: por lo que parece, no puede sanar—. ¿Hay algo más? ¿Nada en absoluto?

—Se lo enseñaré —responde y me coge las manos.

Tras percibir el rumbo a seguir, me lleva fuera del castillo, hasta una pequeña parcela de hierba corroída por la escarcha. Se arrodilla y aprieta las manos contra la hierba. Una rosa blanca y perfecta surge de la tierra. El reborde de sus pétalos es de un rojo sangre intenso.

Inhala con fuerza. Sus labios esbozan una sonrisa.

—¿Está aquí?

—Sí —contesto—. Es muy hermosa.

—Mi madre vendía rosas en el *pub*. Siempre me gustó su olor.

Un conejo de color marrón claro pasa brincando ante nosotras, moviendo el hocico contra la tierra.

—Wendy —susurro—. No te muevas.

Aparto la escarcha de un manojo de hierbas amargas y se las ofrezco al conejo. Curiosamente, se acerca dando brinco y lo acuno en mis brazos.

—Vamos, tócalo —digo y acerco el conejo a Wendy. Acaricia su piel y una sonrisa le ilumina el rostro—. ¿Qué nombre le vamos a poner? —pregunto.

—No, póngaselo usted —insiste Wendy.

—De acuerdo. —Me esfuerzo por observar su hocico nervioso. Hay algo en él noble y frío—. Creo que lo llamaré *Señor Darcy*.

—*Señor Darcy*. Me gusta.

Construyo una jaula para él con ramitas y parras y un poco de magia y meto dentro al pequeño compañero. Wendy sostiene la jaula con fuerza, como si contuviera sus más preciados sueños.

Aunque las despedidas son tristes, nuestra noche está a punto de concluir y tenemos que regresar a nuestro mundo. Nos abrazamos con la promesa de volver al día siguiente y Pippa y las otras nos escoltan hasta el muro de zarzas. Nos encaminamos hacia la puerta secreta y, de repente, la tierra empieza a estremecerse con un galope de caballos.

—¡Vamos! ¡Rápido! —grito.

—¿Qué es eso? —pregunta Ann, pero echamos a correr y no hay tiempo para explicaciones.

—Nos están dando alcance —chillo—. ¡Al jardín!

Corremos tanto como podemos con los jinetes a la zaga, aunque éstos no están aún a nuestra altura. En cuanto alcancemos a ver el río, nos habrán atrapado.

—Usa la magia —suplica Felicity.

Tengo tanto miedo que no puedo controlarla. Me recorre el cuerpo con tanta rapidez que caigo de rodillas.

Un gran número de espléndidos centauros surgen tras unos helechos exuberantes. Los guía un centauro llamado Creostus. Los mortales le son indiferentes, y también él me resulta particularmente indiferente a mí.

Cruza sus musculosos brazos sobre su amplio pecho y me observa con desdén.

—Hola, sacerdotisa. Pienso que le debes a mi gente una visita.

—Sí. Ya tenía planeado hacerlo —miento.

Creostus se inclina hacia mí. Tiene las cejas gruesas y una fina sombra de barba le llega hasta su sonrisa amplia y cruel. Huele a tierra y sudor.

—Por supuesto.

—Todo está listo, Su Excelencia. Ahora debo llevarte ante Philon —grita la Gorgona, mientras aparece ante mi vista.

Sé que ha participado en este encuentro. Quiere obligarme a hacer una alianza sea como sea.

—Claro, ¿lo veis? Íbamos en vuestra dirección —respondo mirando a la Gorgona de forma significativa, pero ella hace caso omiso y baja la pasarela sin dejar de mirar al centauro.

Creostus deja pasar a Felicity y a Ann, pero a mí me barra el paso. Acerca su rostro a mi oído, su voz es un susurro discordante que me eriza el vello de la nuca.

—Traiciónanos, sacerdotisa, y te arrepentirás.

Al subir a bordo, Felicity me hace a un lado.

—¿Tenemos que ir con esta cabra gigante?

Asiento con la cabeza.

—¿Acaso tenemos otra opción?

—¿Y qué pasará si pretenden pactar la alianza ahora, antes de que tengamos la ocasión de poder cambiar algo? —pregunta Ann y sé que se refiere a su propia existencia.

—Sólo se trata de una simple conversación —les digo—. Aún no hay nada decidido. De momento, la magia aún es nuestra.

—Muy bien —asiente Felicity—. Pero, por favor, no nos quedemos mucho rato. Y no me sentaré junto a Creostus. Es infame.

Navegamos por el río y hacemos cuanto podemos para ignorar a Creostus y a sus centauros, que observan todos y cada uno de nuestros movimientos como si nos dispusiéramos a saltar de la embarcación en cualquier momento. Finalmente, la Gorgona toma el familiar desvío que lleva hasta la morada de la tribu del bosque. Un velo de agua de brillo apagado oculta sus islas de la vista. La barcaza divide las aguas y pasamos a través de una llovizna de agua potable y fresca que nos cubre la piel con motas enojadas y nos convierte en unas muchachas doradas.

La neblina se disipa. La costa verdosa de la tribu del bosque aparece ante nosotros, de un verde espeso tan incitante como un lecho de plumas. Cuando nuestra tosca embarcación echa el ancla, la mayoría de los niños del bosque detienen sus juegos y se acercan boquiabiertos ante el terrible prodigio que la Gorgona representa. A la Gorgona no le hace ni pizca de gracia que la observen. Se gira hacia ellos y deja que las serpientes de su cabeza se estiren y siseen; sus ahorquilladas lenguas, breves latigazos rojos, contrastan sobre el abundante verde. Los niños gritan y corren a refugiarse entre los árboles.

—Eso no ha sido muy amable por tu parte —la amonesto.

Aún estoy enfadada por habernos traicionado y haber informado a Philon de nuestra presencia.

—Son unos sinvergüenzas —dice la Gorgona con su voz resbaladiza—. No son mejores que escuerzos.

—Sólo son niños.

—Carezco de instinto maternal —ronronea.

Y tras pronunciar estas palabras, las serpientes se acomodan para descansar. La Gorgona cierra los ojos y deja de hablar.

Las luces flotantes que pueblan el bosque nos hacen señas para que las sigamos. Nos guían a través de árboles elevados que huelen a mañana de Navidad. El olor picante que desprenden hace que me moquee la nariz. Finalmente llegamos al poblado de chozas con techumbres de paja. Una mujer de aspecto sombrío pasa por nuestro lado con paso cansino, cargada con cubos de agua resplandeciente y de color arco iris. Se da cuenta de que la miro y, veloz como el rayo, cambia su aspecto hasta el punto de que me encuentro observando mi propio reflejo.

—¡Gemma! —grita Ann.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto.

Es muy extraño tener dos yoes.

Ella sonrío —¡mi sonrisa en otro rostro!— y se transforma de nuevo, esta vez en una réplica exacta de Felicity, con su misma boca carnosa y su cabello rubio claro. A Felicity no le divierte. Coge una piedra y se la lanza.

—Deja de hacer eso ahora mismo o te arrepentirás.

La mujer se desliza hacia el interior de su yo sombrío. Con una aguda risa entrecortada, alza sus baldes resplandecientes y se aleja.

Philon nos recibe a la entrada del pueblo. La criatura no es ni un hombre ni una mujer sino algo entre medio, con un cuerpo alargado y flaco y la piel de una tonalidad púrpura negruzca. Hoy Philon luce un abrigo confeccionado con gruesas hojas de primavera. Su tonalidad intensa hace resaltar el verde de sus ojos grandes y almendrados.

—Así que finalmente has venido, sacerdotisa. Empezaba a creer que te habías olvidado de nosotros.

—No os he olvidado —mascullo.

—Me complace oírlo, pues nos disgustaría pensar que has sido menos amable con nosotros que la Orden de sacerdotisas, quienes han venido a vernos antes que tú —me dice Philon intercambiando significativas miradas con Creostus.

—He venido —contesto.

—No nos demoremos intercambiando ocurrencias —refunfuña Creostus.

Seguimos a la silueta elegante y espigada de Philon hasta la choza de techumbre baja y recubierta de paja donde nos vimos por vez primera. Es tal como la recordaba: suntuosas tarimas sobre un suelo hecho con paja dorada. En la habitación hay cuatro centauros más y media docena de miembros de la tribu del bosque. No veo entre ellos ni a Asha ni a ningún Intocable, aunque quizás estén de camino.

Tomo asiento en una de las tarimas.

—He visto a una mujer que se ha transformado en mí delante de mis ojos. ¿Cómo lo hace?

—Ah, Neela —dice Philon mientras bebe un líquido rojo de un cáliz de plata—. Es una transformista.

—¿Una transformista? —repite Ann, que tiene ciertas dificultades para mantener el equilibrio en la plataforma y se tambalea hacia mí en dos ocasiones antes de encontrar un punto de equilibrio en medio de la tarima.

—Tenemos la habilidad de adquirir otras formas. Nos es de gran utilidad en nuestro mundo. Podemos transformarnos en la fantasía de cualquier mortal. A veces, los mortales eligen seguirnos hasta este mundo para convertirse en nuestros juguetes. Lo que no sienta bien ni a la Orden ni a los Rakshana —dice Philon, sin dar muestras de pesar o remordimiento.

—Vosotros os lleváis a los humanos de nuestro mundo —replico, horrorizada.

Philon da un sorbo a su cáliz.

—Los humanos pueden elegir. Y escogen venir con nosotros.

—¡Vosotros los hechizáis!

Una sonrisa afectada aflora en las esquinas de los delgados labios de Philon.

—Ellos eligen ser hechizados.

Philon ha sido nuestro aliado, sin embargo considero este descubrimiento desconcertante y me pregunto a quién he estado haciendo promesas.

—Ese poder desapareció de muchos de nosotros por falta de uso. No obstante, ha perdurado en algunos, como es el caso de Neela.

Tras decir esto, la mujer sombría entra en la estancia. Su mirada se desvía de nosotras hasta Philon y Creostus y se dirige al primero en su idioma. Philon le responde con amabilidad y, tras observarme de una manera un tanto sospechosa, se sitúa junto a Creostus. Le pasa una mano por la espalda y le acaricia su suave piel. Philon cruza la habitación con dos largas zancadas y se acomoda en una silla de respaldo alto confeccionada con hojas de palmera. Mientras nos contempla, la criatura prende una caña alargada y delgada y chupa con fuerza de ella hasta que sus ojos se vuelven apacibles y transparentes.

—Debemos hablar del futuro de los reinos, sacerdotisa. Nosotros te proporcionamos nuestra ayuda cuando la necesitaste. Ahora queremos nuestra recompensa.

—Ha llegado el momento de pactar una alianza —trona Creostus—. Iremos al Templo y nos daremos la mano. Entonces la magia nos pertenecerá a todos nosotros y nos gobernaremos como creamos conveniente.

—Pero hay otras cosas a tener en cuenta —respondo.

Saber que se sirven de los mortales para divertirse me resulta una rémora.

—¿Qué cosas? —pregunta Philon alzando una ceja.

—Los Intocables —respondo—. ¿Dónde están? Deberían de estar aquí.

—Los Intocables —escupe Neela—. ¡Bah!

Philon exhala el humo de su pipa y la habitación se llena de brumas.

—Les envié el recado y no han venido, como había supuesto.

—¿Por qué? —pregunto.

—Son reacios a los cambios —responde Philon—. Actúan sin rechistar.

—¡Son unos cobardes! Siempre han sido los esclavos de la Orden; ¡son una maldita inmundicia! Si pudiera libraría a los reinos de su presencia —brama Creostus.

—Creostus —lo censura Philon antes de ofrecerle su pipa.

El centauro hace una mueca de desprecio y la aleja de sí. Imperturbable, Philon fuma de ella hasta que la estancia se llena de un perfume fuerte y especiado que me marea.

—Hay muchas tribus en los reinos, sacerdotisa. Jamás llegarás a un acuerdo con todas.

—¿Cómo podemos estar seguras de que habéis hablado con los Intocables de esta reunión? —pregunta Fee en tono acusador.

Philon le arroja una nube de humo a la cara. Primero tose y después levanta la cabeza en busca de más.

—Sólo tenéis mi palabra —responde Philon.

Creostus recorre la estancia, ávido e intranquilo.

—¿Por qué deberíamos compartir la magia con las sabandijas de los Intocables? La inmundicia de la Orden. Malditos cobardes. Se merecen su destino.

Neela se sienta junto a Philon y, con los dedos, le acaricia el cabello sedoso.

—Deja que pruebe su lealtad. Dile que nos lleve al Templo ahora.

—No quiero que hagamos un pacto sin hablar antes con Asha —objeto, pues el humo me ha aflojado la lengua.

Creostus gruñe furibundo. Golpea una mesa con la pezuña y la hace pedazos.

—Otra táctica para demorarse, Philon. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que no puedes pactar con estas brujas?

—Se apropiarán de la magia y nos impedirán acceder a ella —sisea Neela.

Creostus nos mira como si quisiera pulverizarnos.

—¡Deberíamos velar por nosotros!

Neela me observa con atención.

—Nos traicionará como hicieron los otros. ¿Cómo sabremos que no se ha aliado con la Orden?

—*Nyim syatt!* —atrona la voz de Philon en la choza hasta sacudir sus cimientos. Todos los presentes nos amedrentamos. Creostus baja la cabeza. Philon expele una gran nube de humo y me clava sus ojos gatunos—. Me prometiste compartir el poder con nosotros, sacerdotisa. ¿Revocas tu palabra?

—No, por supuesto que no —contesto, aunque ya no estoy tan segura. Me temo que he sido en exceso confiada y he prometido demasiadas cosas—. Lo único que pido es un poco de tiempo para comprender mejor los reinos y cuáles son mis obligaciones.

Neela se mofa.

—Pide tener más tiempo para poder confabular contra nosotros.

Creostus se aproxima a mí. Su altura me intimida.

—Puedo ofreceros compartir temporalmente la magia —digo, intentando aplacar sus ánimos—. Un regalo es un símbolo de buena fe.

—¿Un regalo? —me gruñe Creostus y acerca su rostro al mío—. ¡No es lo mismo que ser su dueño! ¡Regalar no es poseer! ¿Acaso tendremos que suplicarte la magia como hicimos con la Orden?

—¡Yo no soy de la Orden! —digo temblando.

La mirada de Philon es heladora.

—Eso dices. Pero cada vez me cuesta más ver la diferencia.

—Sólo... sólo quiero ayudar.

—No queremos tu ayuda —me escupe Neela—. Queremos nuestra parte. Queremos poder gobernarnos a nosotros mismos de una vez.

Philon me sostiene la mirada.

—Quisiéramos algo más que probarla, sacerdotisa. Haz lo que debas hacer. Te daremos el tiempo que precisas...

Neela explota.

—Pero, Philon...

—Te daremos el tiempo que precisas —repite Philon, mirando con dureza a Neela. Ésta se escabulle junto a Creostus y nos observa a todos con el ceño fruncido—. Pero esta vez no me quedaré de brazos cruzados, sacerdotisa. Tengo una deuda con mi pueblo. Volveremos a encontrarnos muy pronto, como amigos o como enemigos.

—En realidad no piensas unirme a esas criaturas horribles, ¿verdad? —me pregunta Felicity mientras nos encaminamos a través de los altos árboles hacia la orilla donde está la Gorgona.

—¿Y qué puedo hacer? Les he dado mi palabra.

Ahora me arrepiento de ello. Mis pensamientos están más nublados que el horizonte y mis movimientos son lentos. Aspiro fuerte el aroma de los árboles para despejar mi mente del humo especiado de Philon.

—¿De verdad se llevan en secreto a los humanos? —pregunta Ann.

Ésta es la clase de hechos macabros que le encanta atesorar.

—Es horrible —dice Felicity con un bostezo—. No son dignos de compartir la magia. Sólo le darían un mal uso.

Me hallo en un terrible dilema. Si no me uno a Philon, tendré por enemigos a la tribu del bosque y a las tribus que la apoyan. Y si comparto la magia con ellos, puede que se confirme que son indignos de depositar en ellos mi confianza.

—Gemma.

Ha pasado mucho tiempo desde que escuché esa dulce voz. Se me cae el alma a los pies. De pie en el sendero, ataviada con su vestido azul, está mi madre. Extiende sus brazos ante mí.

—Gemma, querida.

—¿Madre? —susurro—. ¿Eres tú?

Me sonrío abiertamente. La sonrisa se convierte en risa. Su figura cambia de forma, se convierte en algo completamente diferente y me encuentro mirando a Neela. Se ríe cubriéndose la boca con sus dedos como tallos alargados.

—Gemma, querida.

Es la voz de mi madre la que procede de esa desagradable y pequeña criatura.

—¿Por qué has hecho eso? —grito.

—Porque puedo —responde.

—No te atrevas a hacerlo de nuevo —le espeto.

—¿O qué? —se mofa Neela.

Siento en los dedos el hormigueo de la comezón de la magia. Al cabo de unos segundos, se precipita sobre mí como un río desbordado y mi cuerpo recibe las sacudidas de su fuerza majestuosa.

—¡Gemma!

Fee me sostiene con sus brazos para ayudarme a mantener el equilibrio. No puedo contenerme. Debo dejarla salir. Mi mano ilumina su hombro y la magia fluye hasta Felicity sin previo aviso y sin control. Se operan en ella cambios ondulantes: es una reina, una valquiria, una guerrera ataviada con una cota de malla. Caemos a cuatro patas sobre la blanda hierba, jadeando.

—¡Fee! ¿Estás bien?

Me acerco a ella precipitadamente pero no la toco. No me atrevo.

—Sí —logra decir en un hilo de voz después de producirse en ella un último cambio que la convierte de nuevo en ella misma.

Oigo a Neela reírse detrás de mí.

—Es demasiado para ti, sacerdotisa. Todo esto te viene grande. Harías bien en dejar que alguien más habilidoso ejerciera ese poder. Me sentiría muy feliz de poder relevarte de tu carga.

—Fee —digo ignorando a Neela—. Lo lamento. No pude controlarla.

Ann ayuda a Felicity a ponerse en pie. Felicity se lleva una mano al estómago como si le hubieran dado un puñetazo.

—Demasiados cambios y demasiado rápido —responde débilmente—. No estaba preparada.

—Lo lamento —digo.

Esta vez soy yo quien paso el brazo de Felicity por mi hombro para ayudarla a mantener el equilibrio. Neela vuelve a echarse a reír mientras nos acercamos trastabillando a la Gorgona.

—¡Sacerdotisa! —grita la criatura. Me giro y veo que ha adquirido mi apariencia—. Dime: ¿cómo lucharás cuando ni siquiera puedas ver?

—¿Qué tal te encuentras ahora, Fee? —pregunto mientras avanzamos por el pasadizo de tierra y por su débil pálpito de luz.

—Mejor. ¡Mirad! —se transforma en una guerrera. Su armadura brilla—. ¿Debería convertirla en mi nuevo uniforme de Spence?

—Creo que no.

Pasamos por la puerta y nos encaminamos hacia el césped. Mis sentidos se han intensificado. Hay alguien más. Me cubro los labios con un dedo pidiendo silencio.

—¿Qué pasa? —murmura Ann.

Me acerco con sigilo hasta el ala este. Una figura se desliza entre las sombras y

me dejo llevar por el miedo. Puede que nos hayan visto.

—Fuese quien fuese ya se ha ido —digo—. Pero será mejor que nos vayamos a la cama antes de que nos pillen.

A la mañana siguiente, a una hora por completo intempestiva, la señora Nightwing nos ordena presentarnos a todas en el gran salón. Las chicas entran dando tropezones, con los uniformes mal abotonados y las trenzas a medio hacer deprisa y corriendo. La mayoría se restriega los ojos para quitarse el sueño de encima. Pero no nos atrevemos ni a bostezar. La señora Nightwing no nos ordenaría reunirnos aquí para tomar té con pastas. El ambiente está cargado de reproches; algo terrible se cierne sobre nosotras, y me temo que la noche pasada alguien nos vio.

—Espero que no tenga nada que ver con el baile de disfraces que va a celebrarse en nuestro honor —dice Elizabeth, inquieta, y Cecily la manda a callar.

Cinco minutos después de la hora acordada, la señora Nightwing entra apresuradamente en la sala con una expresión tan adusta que nos envara. Se pone delante de nosotras con las manos detrás de la espalda, el mentón alzado y la mirada tan penetrante como la de un zorro.

—Se ha producido una grave ofensa intolerable —dice nuestra directora—. ¿Saben a qué me refiero?

Negamos con la cabeza; la pregunta ha llenado de ansiedad al grupo. Estoy a punto de enfermar por culpa del pánico.

La señora Nightwing deja caer su imperiosa mirada penetrante en cada una de nosotras.

—Las piedras del ala este han sido mancilladas —dice enfatizando todas y cada una de las palabras—. Han sido pintadas con extraña marcas... de sangre.

Los gritos sofocados avanzan de chica en chica como hojarasca ardiendo. Hay un sentimiento generalizado, una mezcla de horror y éxtasis: ¡el ala este! ¡Sangre! ¡Un crimen oculto! Eso nos proporcionará un tema del que cotillear durante una semana, como mínimo.

—¡Silencio, por favor! —ladra la señora Nightwing—. ¿Alguna de ustedes sabe algo respecto de este delito? Si encubren a alguien con su silencio, sepan que no le están haciendo ningún favor.

Rememoro la pasada noche, la figura en la oscuridad. Pero no puedo hablar de ello con la señora Nightwing sin tener que explicarle qué hacía fuera de la cama a esas horas.

—¿Alguna voluntaria? —presiona la señora Nightwing. Permanecemos en silencio—. Muy bien. Si no sale la culpable todas ustedes serán castigadas. Pasarán la mañana en compañía de un balde y un cepillo, restregando las piedras hasta que les saquen brillo.

—¡Oh!, pero señora Nightwing —grita Martha entre un zumbido de murmullos angustiados—, ¿de verdad tenemos que limpiar... sangre?

—Me desmayaré —dice Elizabeth lloriqueando.

—¡Elizabeth Poole, no hará usted nada semejante! —la mirada glacial de la señora Nightwing detiene de inmediato el llanto de Elizabeth—. La restauración del ala este es muy importante. Hemos tenido que esperar muchos años, y ahora nadie detendrá nuestros avances. ¿Acaso no queremos que la Academia Spence ofrezca su mejor aspecto para nuestro baile de disfraces?

—Sí, señora Nightwing —respondemos todas.

—Piensen en el glorioso momento en que, dentro de unos años, regresen a este lugar, tal vez incluso con sus propias hijas, y puedan decir: «Yo estaba aquí cuando se colocaron estas piedras». Todos los días, el señor Miller y sus hombres trabajan duramente para restaurar el ala este. Dedíquense a reflexionar al respecto mientras las limpian.

—Cuando regresen ustedes con sus propias hijas —se burla Felicity—. Tened por seguro que no pienso volver aquí.

—¡Oh!, no me atrevo a tocarlas... ¡Sangre!

Elizabeth arruga la nariz. Parece encontrarse mal.

Cecily friega las piedras haciendo pequeños círculos.

—No sé porque nos tiene que castigar a todas.

—A mí ya me duele el brazo —se queja Martha.

—Shhh —chista Felicity—. Escuchad.

En el césped, la señora Nightwing interroga sin piedad a Brigid en presencia del señor Miller, quien permanece con los brazos cruzados delante del pecho.

—¿Fuiste tú, Brigid? Sólo te pido que me respondas con sinceridad.

—No, señora, se lo digo con el corazón en la mano, le juro que no fui yo.

—No soy yo quien asusto a las niñas con señales de hechicería ni les hablo de hadas y cosas semejantes.

—Sí, señora.

El señor Miller frunce el ceño.

—Han sido los gitanos. No son de fiar. Cuanto antes los echemos de aquí, mejor dormiremos todos. Sé que ustedes las señoras tienen una delicada sensibilidad...

—Señor Miller, puedo asegurarle que no hay nada delicado en mis sensibilidades —espeta la señora Nightwing.

—Da lo mismo, señora; no tiene más que decírmelo y gustosamente mis hombres y yo nos encargamos de esos gitanos por usted.

El rostro de la directora refleja la repulsión que sus palabras le producen.

—No será necesario, señor Miller. Estoy segura de que esta broma inocente no volverá a producirse.

La señora Nightwing clava sus ojos en nosotras y, rápidamente, bajamos la cabeza y nos ponemos a limpiar con ahínco.

—¿Quién crees que lo hizo? —me pregunta Felicity.

—Apuesto que el señor Miller tiene la razón; han sido los gitanos. Están furiosos porque no les han dado trabajo —dice Cecily.

—¿Qué se puede esperar de gente de su calaña? —secunda Elizabeth.

—También puede haber sido Brigid. Ya sabéis lo rara que es y todas esas historias que cuenta —dice Martha.

—No puedo imaginar a Brigid saliendo de su cama por la noche para hacer marcas en unas piedras. Pero si está todo el día quejándose de su espalda —les recuerdo.

Cecily hunde el cepillo en el balde del agua sucia y roja.

—Suponed que no es más que una artimaña. ¿Y si en realidad es una bruja de verdad?

—Sabe mucho de hadas y cosas parecidas —responde Martha con los ojos muy abiertos.

Esta sospecha empieza a convertirse un juego.

Los ojos de Felicity buscan los de Martha. Se inclina hacia ella.

—Ahora que lo dices, ¿acaso el pan no sabe igual que el alma de un niño? ¡Voy a desmayarme! —exclama llevándose una mano a la frente.

—Lo digo muy en serio, Felicity Worthington —la regaña Martha.

—Vamos, Martha, tú nunca hablas en serio —se burla Felicity.

—Pero ¿por qué han marcado con sangre el ala este? —pregunto.

Cecily reflexiona sobre ello.

—En venganza. Para asustar a los trabajadores.

—O quizá para invocar a los espíritus demoníacos —sugiere Martha.

—¿Y si es la firma de una bruja o... o del demonio? —susurra Elizabeth.

—Podría ser para protegernos —afirma Ann mientras sigue limpiando.

—¿Protegernos? ¿De qué? —se burla Elizabeth.

—Del demonio —replica Ann.

Cecily entrecierra los ojos.

—¿Y cómo sabes eso?

Y de repente, Ann se da cuenta de que ha caído en la trampa.

—He-he leído cosas parecidas... en la B-Biblia.

Los ojos de Cecily destellan crueldad.

—Has sido tú, ¿verdad?

Ann arroja el cepillo en el balde y el agua mugrienta le salpica en el mandil.

—N-no. Yo... yo no he sido.

—No soportas que seamos felices, ni que hablemos de fiestas y tés, ¿no es cierto? ¡Por eso quieres arruinar la vida!

—No. N-no es verdad.

Ann rescata el cepillo y sigue limpiando, murmurando algo entre dientes.

Cecily se pone delante de Ann para verle la cara.

—¿Qué has dicho?

—Basta ya, Cecily —digo.

—Na-nada —responde Ann con el rostro encendido.

—¿Qué has dicho? Me gustaría oírlo.

—A mí también —dice Martha.

—Oh, Cecily, basta ya. Déjala en paz, ¿quieres? —ordena Felicity.

—Tengo derecho a saber lo que se dice a mis espaldas —proclama Cecily—.

Vamos, Ann Bradshaw. Repítelo. ¡Te ordeno que me lo digas!

—He-he dicho que un día te arr-arrepentirás —susurra Ann.

Cecily se echa a reír.

—¿Me arrepentiré? ¿Y puede saberse qué me harás, Ann Bradshaw? ¿Qué podría hacerme alguien como tú?

Ann clava la vista en las piedras. Mueve el cepillo arriba y abajo, en el mismo punto.

—Creo que nada. Dentro de un mes, ocuparás el bien merecido puesto de sirvienta que te corresponde. Eso es para lo único que has nacido. Ya va siendo hora de que lo admitas.

Después de terminar nuestra tarea, vaciamos el agua nauseabunda de los baldes y nos encaminamos con paso cansino hacia la academia, exhaustas y mugrientas. La conversación la protagoniza ahora el baile de disfraces y los vestidos que vamos a lucir. Cecily y Elizabeth quieren ir de princesas. Elegirán sedas y satenes con los que se confeccionarán hermosos vestidos. Fee insiste en que irá de valquiria. Yo les digo que me gustaría ir de Elizabeth Bennet, un personaje de la señorita Austen, pero Felicity me asegura que ése es el disfraz más soso de todos los tiempos y que, además, nadie sabría de qué voy disfrazada.

—Debería haberle dicho a Cecily que se arrojara al algo —murmura Ann.

—¿Y por qué no lo has hecho? —pregunto.

—¿Y si le dice a la señora Nightwing que yo he pintado las piedras? ¿Y si la señora Nightwing la cree?

—Y si, y si —repite Felicity suspirando irritada—. ¿Y si le plantas cara de una vez?

—Ellas tienen las de ganar —se queja Ann.

—¡Porque tú se lo consientes!

Ann se aparta de Felicity, herida.

—No esperaba que lo entendieras.

—No, tienes razón. Nunca entenderé tu predisposición para quedarte de brazos cruzados —gruñe Felicity—. No pidas que me apiade de ti cuando ni siquiera intentas defenderte.

La jornada está tan reglamentada como la de un soldado. Al francés le sigue la música, a la que sigue un triste almuerzo a base de bacalao hervido. La tarde empieza con clase de baile. Aprenderemos la contradanza y el vals. Como hoy toca colada, nos envían a la lavandería para entregar a la lavandera nuestra ropa blanca y prendas de vestir junto con un chelín en pago a su trabajo. Copiamos las frases de *Nicholas Nickleby*, del señor Dickens, para perfeccionar nuestra caligrafía. La señora Nightwing se pasea a grandes zancadas entre nuestros bien alineados pupitres escrutando nuestra letra y criticando los bucles y florituras que considera que se alejan del modelo a seguir. Si en la página hay una mancha de tinta —algo completamente inevitable, pues tenemos las puntas de las plumas agujereadas y los dedos cansados— debemos repetirlo todo de nuevo en otra página. Cuando anuncia que la clase ha terminado, los ojos me bizquean y seguramente mi mano jamás se liberará de tan horroroso calambre.

A medida que avanza la tarde, estamos exhaustas.

Nunca me he alegrado tanto de ver mi cama. Me tapo hasta la mejilla con una manta fina y, en cuanto la cabeza toca la almohada, caigo en unos sueños tan intrincados como laberintos.

La dama ataviada de lavanda me hace señas desde su capa de niebla londinense. La sigo hasta el comercio de un librero. Furiosa, arroja los libros de los estantes y sigue buscando hasta que encuentra el que quiere. Lo abre y empieza a dibujar y a cubrir la página con líneas extrañas y marcas que me recuerdan los contornos de un mapa. Emborriona la página tan deprisa como le es posible; un ruido de caballos nos interrumpe. La dama abre de par en par los ojos, llenos de miedo. La ventana cruje al cubrirse de escarcha. Una fría niebla trepa por los resquicios de la puerta. De repente se abre de golpe. Un monstruo horrible ataviado con una capa andrajosa olfatea el aire: un rastreador de las Tierras Invernales.

—El sacrificio... —gruñe.

Me despierto sobresaltada y descubro que he arrojado al suelo todos los libros del estante y que ahora yacen amontonados por el suelo.

Ann me llama con una voz soñolienta.

—Gemma, ¿a qué viene todo este jaleo?

—He... he tenido una pesadilla. Lo siento.

Se da la vuelta y sigue durmiendo. Con el corazón aún latiéndome con fuerza, me dispongo a recoger los libros. *Estudio en escarlata* apenas tiene unas cuantas páginas dobladas, pero *Jane Eyre* está completamente destrozado. Lamento el daño infligido como si lo hubiera escrito yo y no la señorita Brontë. *El libro de la selva* del señor Kipling está destrozado. *El Orgullo y prejuicio* de la señorita Austen está dañado pero sigue entero. De hecho, el único libro que ha logrado escapar sin un rasguño es *Sociedades secretas*, supongo que debería dar las gracias por que algo haya sobrevivido a mi locura nocturna.

Los coloco ordenadamente en la estantería, con los lomos hacia fuera, excepto

Orgullo y prejuicio, puesto que siento la necesidad de consolar a un viejo amigo. La señorita Austen me hace compañía bajo la luz de un candil hasta bien entrada la mañana, en que me adormezco soñando con el señor Darcy, que es un sueño tan bueno como cualquier chica pudiera desear.

—¡No puedo creer que yo, Ann Bradshaw, vaya a ver a Lily Trimble en su mejor papel!

—Sí, bueno, la verás, pero no como Ann Bradshaw —respondo mientras rebusco en mi tocador. Me pruebo el sencillo sombrero de paja con una cinta verde oscuro. No es que me haga parecer una belleza, pero es bastante bonito—. Lamento que no puedas asistir como tú misma, Ann.

Ella asiente, resignada.

—No te preocupes. La veré y eso es lo único que me importa.

—¿Has pensado en tu ilusión? —pregunto.

—¡Oh, sí!

Ann sonrío abiertamente.

—Muy bien. Pues entonces vamos a intentarlo, ¿de acuerdo?

Cojo las manos de Ann entre las mías. Aún dispone de un poco de magia en su interior que se une a la que le proporciono. Su alegría ante la idea de poder ver a su ídolo es contagiosa. La siento desplazarse de mi mano a la suya y de nuevo a la mía; un hilo invisible nos une.

—Sigamos, pues. Conviértete en quien quieras —le digo sonriendo—. Te esperaremos.

—¡Sólo me llevará un momento! —contesta exultante. Sus mejillas adquieren una tonalidad rosada—. Lo prometo.

—No me cabe duda alguna de que esto acabará mal —refunfuña Felicity mientras bajo las escaleras y ella se anuda con torpeza un lazo al cuello.

Pongo una mano encima del lazo y éste se mulle, hinchido y hermoso.

—Tú eres la que siempre dice que la magia no es buena si no podemos hacer uso de ella aquí —digo.

—Pero no me refiero a pequeñas excursiones a espectáculos ni a sombreros nuevos —replica.

—Eso lo es todo para Ann.

—No entiendo cómo el hecho de acudir a una matiné puede cambiar su vida —se queja—. En vez de ser una simple institutriz, será una institutriz que ha ido al teatro.

—Yo tampoco lo entiendo, pero al menos es un comienzo —respondo.

—Hola.

Nos giramos al escuchar la voz de Ann, aunque no es Ann quien se halla en la parte superior de las escaleras. Es otra persona completamente distinta, una Gibson Girl, de unos veinte años, con unos voluminosos rizos oscuros, nariz respingona y ojos zafiro. En esta creación no hay rastro alguno de nuestra Ann. Luce un vestido que bien podría estar en la portada de *La Mode Illustrée*. Es de seda color melocotón,

con un ribete de muaré negro y un cuello de encaje. Las mangas son abullonadas en los hombros y más estrechas a lo largo de los brazos. Y todo ello coronado por un sombrero de terciopelo color caramelo adornado con una pluma. Una exquisita sombrilla completa el conjunto.

Hace una pose en lo alto de las escaleras.

—¿Qué tal estoy?

—Sencillamente perfecta —responde Felicity, atónita—. ¡No puedo creerlo!

Ann me mira con curiosidad.

—¿Gemma?

Espera mi respuesta. No es que no esté preciosa, lo está; pero ha dejado de ser Ann. Busco los rasgos que me resultan familiares —el rostro regordete, la tímida sonrisa y su mirada siempre cautelosa— y no los hallo en ella. Ann ha sido sustituida por esa extraña criatura que no reconozco.

—No te gusta —dice y se muerde el labio.

Sonrío.

—Es que pareces tan distinta...

—Eso es lo que pretendo —responde. Se levanta las faldas y hace una pirueta—. ¿Estás segura de que nadie me reconocerá?

—No puedo asegurártelo —le digo.

Su rostro se ensombrece.

—¿Cuánto durará esta ilusión?

—No lo sé —respondo—. Como mínimo unas cuantas horas. Puede que todo el día; pero seguro que durará lo suficiente para poder cumplir nuestro propósito.

—Me gustaría que durara siempre —contesta llevándose una mano enguantada a su nuevo rostro.

Cecily camina afectadamente, toda sonrisas. Luce un hermoso collar de perlas del que pende un camafeo exquisito.

—¡Oh, Fee, ve a verlo! ¿No es realmente precioso? Me lo ha enviado mi madre. No debería habérmelo puesto antes de mi presentación en sociedad, pero no he podido resistir la tentación. ¿Quién podría? —dice mientras repara en Ann.

Felicity la interrumpe.

—Cecily, ésta es mi prima, la señorita...

—Nan Washbrad —dice Ann imperturbable.

Felicity y yo por poco no nos echamos a reír al darnos cuenta de que es un anagrama de su nombre: Ann Bradshaw.

A Ann se le da muy bien la ortografía. Cecily parece realmente encantada con la «prima mayor» de Felicity, a quien habla como si se dirigiera a una duquesa.

—¿Se reunirá con nosotras a la hora del té, señorita Washbrad? —pregunta apenas sin aliento.

—Me temo que no. Vamos a ir a ver a la señorita Lily Trimble en *Macbeth*.

—Soy una gran admiradora de la señorita Trimble —gorjea Cecily.

Mentirosa.

Ann se siente como un gato acorralando a un ratón.

—Qué collar tan espléndido. —Con descaro, recorre un dedo por las perlas y luego frunce el ceño—. ¡Oh, son de pasta!

Horrorizada, Cecily se lleva una mano al cuello.

—¡No puede ser!

Ann la mira compasiva y despectivamente a la vez.

—Soy una entendida en joyas, querida, y lamento mucho tener que informarte de que tu collar es una falsificación.

El rostro de Cecily se ruboriza y me temo que se eche a llorar. Se quita el collar y lo examina.

—¡Oh, vaya! ¡Oh! Se lo he enseñado a todo el mundo. ¡Me tomarán por tonta!

—O por una impostora. No hace mucho me contaron la historia de una chica que se hacía pasar por noble y, cuando su delito fue descubierto, su futuro se arruinó. Lamentaría mucho que corrieras el mismo destino —dice Ann con un todo de voz cada vez más severo.

Presas del pánico, Cecily oculta las perlas en las manos.

—¿Qué voy a hacer? ¡Será mi ruina!

—Calma, calma. —Ann le da una cuantas palmaditas en el hombro—. No debes preocuparte. Yo me haré cargo del collar. Puedes decirle a tu madre que lo has perdido.

Cecily se muerde el labio y observa las perlas.

—Pero se pondrá furiosa.

—Mejor eso que te tengan por tonta o algo peor, ¿no es así?

—Por supuesto —masculla Cecily—. Le agradezco el consejo.

A regañadientes, le entrega el collar a Ann.

—Me desharé de él por ti; ten por seguro que nadie lo sabrá —le asegura Ann.

—Es usted realmente amable, señorita Washbrad.

Cecily se enjuga las lágrimas.

—Hay algo en ti que acentúa el cumplido que me acabas de hacer —ronronea Ann con una sonrisa igual de radiante que el sol.

—Una falsificación extraordinaria —digo en cuanto nos quedamos solas—. ¿Cómo has sabido que eran falsas? Hubiera jurado que eran auténticas.

—Son auténticas —dice Ann mientras se abrocha la joya alrededor del cuello—. La única falsificación extraordinaria soy yo.

—¡Caramba, Ann Bradshaw! —exclama Felicity—. ¡Realmente eres genial!

Ann sonrío.

—Gracias.

Nos cogemos de la mano, disfrutando del momento como si fuera único. Por fin Ann le ha ganado la partida a la horrible Cecily Temple. La atmósfera parece más ligera, como si acabara de llover, y estoy segura de que nos encaminamos hacia un

futuro más feliz.

Mademoiselle LeFarge nos hace saber que nuestro carruaje ya ha llegado. Le presentamos a «Nan» conteniendo el aliento y esperamos su respuesta. ¿Se dará cuenta del engaño?

—¿Cómo está usted, señorita Washbrad?

—M-m-muy bien, gracias —responde Ann con voz entrecortada.

La agarro de la mano con fuerza, puesto que temo que cualquier muestra de falta de confianza por su parte debilita la ilusión que ha creado. Debe de creer en ella a pies juntillas.

—Le parecerá curioso, pero no puedo evitar pensar que ya nos hemos visto en alguna ocasión. Su rostro me resulta familiar, aunque no estoy completamente segura de ello —dice *mademoiselle* LeFarge.

Estrujo la mano de Ann, intensificando nuestro vínculo. «Eres Nan Washbrad. Nan Washbrad. Nan Washbrad».

—A menudo me confunden con otra persona. Incluso una vez me confundieron con una tímida muchacha de internado —responde Ann.

Felicity se echa a reír.

—Perdóneme —dice Fee tratando de controlarse—. Es que acabo de recordar un chiste que me contaron la semana pasada.

—Bueno, pues encantada de conocerla, señorita Washbrad —responde LeFarge—. ¿Nos vamos? El carruaje nos espera.

Suelto el aire que he estado conteniendo.

—Te has pasado de la raya al final, ¿no crees? —susurro mientras el cochero nos abre la puerta del carruaje.

Ann sonrío.

—Pero ¡se lo ha creído! No ha notado nada fuera de lo común. Nuestro plan está funcionando, Gemma.

—Así es —respondo y le palmeo el brazo—. Y esto es sólo el principio. Pero debemos mantener la calma.

—Dios mío, qué collar tan precioso —comenta *mademoiselle* LeFarge—. Y qué perlas tan exquisitas.

—Gracias —contesta Ann—. Me las regaló alguien que no supo apreciar su verdadero valor.

—¡Qué pena! —cloquea nuestra profesora.

El viaje en tren a Londres es incluso más excitante. Resulta estimulante estar en posesión de tan poderoso secreto. Siento una punzada de remordimiento por haber engañado a LeFarge, pues me cae bien, pero no teníamos otra opción. Tampoco

puedo negar que es emocionante saber lo fácil que resulta obtener nuestra libertad. Libertad, tendremos mucha más a partir de ahora. Es curioso, pero creo que cuanto más empleo la magia mejor me siento, más viva y despierta. Casi eufórica.

—¿Qué hará usted en Londres, *mademoiselle* LeFarge? —pregunto.

—Tengo que hacer algunos recados. Para la boda —responde con un suspiro de felicidad.

—Tiene que contárnoslo todo —insiste Felicity y la atosigamos con nuestras preguntas.

¿Llevará abanico? ¿Y algún encaje? ¿Un velo? ¿Adornará su vestido con flores de azahar para tener buena suerte como hizo la reina Victoria?

—Oh, no, no será tan ostentoso —objeta, y posa la mirada en sus manos regordetas, que descansan en su amplio regazo—. Será una sencilla boda campestre en la capilla de Spence.

—¿Seguirá en Spence? —pregunta Ann—. ¿Después de casada?

—Eso dependerá del señor Kent —responde, como si ya estuviera todo dicho.

—¿Le gustaría quedarse? —presiona Felicity.

—Cuando me case, me gustaría llevar una nueva vida. De hecho, el inspector Kent ya ha empezado a pedirme mi opinión en cuanto a sus casos, para tener el punto de vista de una mujer. Sé que eso no entra en las obligaciones habituales de una esposa, pero debo confesar que lo encuentro bastante emocionante.

—Es algo muy hermoso —dice Ann.

Sonríe de esa forma romántica tan propia de ella, y sé que en su mente evoca imágenes de ella misma ajetreada en la cocina, despidiendo a su marido con un beso antes de irse al trabajo. Intento imaginarme llevando una vida parecida. ¿Me gustaría? ¿Me aburriría? ¿Sería un consuelo o una desgracia?

Mis pensamientos se dirigen hacia Kartik: sus labios, sus manos, la manera en que una vez me besó. Me veo a mí misma recorriendo mis dedos por sus labios, sintiendo sus manos en mi cuello desnudo. Un dolor tibio se asienta bajo mi estómago. Enciendo algo en mi interior a lo que no sé dar nombre y, de repente, es como si tuviera una visión. Kartik y yo estamos en un jardín. Mis manos están tatuadas con henna, como las de una novia india. Me coge entre sus brazos y me besa bajo una lluvia constante de pétalos. Con dulzura, baja los bordes del sari y descubre mis hombros, sus labios recorren mi piel desnuda y siento que entre nosotros todo está a punto de cambiar.

De repente, vuelvo en mí. Respiro con dificultad y me sonrojo de pies a cabeza. Nadie parece darse cuenta de mi malestar y me esfuerzo por recuperar la compostura.

—Yo nunca me casaré —anuncia Felicity con una sonrisa perversa—. Viviré en París y seré la modelo de un artista.

Pretende escandalizarnos y *mademoiselle* LeFarge le proporciona la amonestación pertinente —«Por favor, señorita Worthington»—, pero luego cambia el rumbo de la conversación.

—¿No desea tener un marido ni hijos, señorita Worthington? —pregunta con franqueza, como si en este tren hubiéramos dejado de ser unas simples chicas y nos hubiéramos convertido en unas jóvenes damas con quienes se puede tener un tipo de conversación diferente.

Esta clase de confianza parece ser tan poderosa como la magia.

—No, no lo deseo —responde Felicity.

—¿Y por qué no? —insiste LeFarge.

—Yo... quiero tener una vida propia. No quiero permanecer aprisionada.

—No tiene por qué sentirse aprisionada. La vida también puede ser enriquecedora compartiendo cargas y alegrías.

—Pues yo no veo que sea así —farfulla Felicity.

Mademoiselle LeFarge asiente, pensativa.

—Supongo que es cuestión de dar con el marido adecuado, que se comporte como un amigo y no como el amo y señor. Un esposo que proporcione a su mujer pequeños gestos amables y diarios y que la haga partícipe de sus confidencias. Y, en respuesta, una esposa también debería ser una amiga para su marido.

—Yo no sería una buena esposa —dice Felicity en voz tan baja que el traqueteo del tren casi ahoga sus palabras.

—¿Qué clase de cosas bonitas comprará hoy? —pregunta Ann, abandonando por un momento a la sofisticada Nan con una pregunta pueril.

—Oh, pues esto y aquello. Me temo que nada tan hermoso como su collar.

Ann se quita el collar de perlas y se lo ofrece.

—Me gustaría que lo tuviera usted.

Mademoiselle LeFarge lo aparta.

—Oh, no, es usted demasiado amable.

—No —responde Ann, ruborizada—. No lo soy. Deberá llevar algo prestado, ¿no es cierto?

—No puedo aceptarlo —insiste *mademoiselle* LeFarge.

Tomo la mano de *mademoiselle* LeFarge y la imagino vestida con su traje de novia y con las perlas alrededor del cuello.

—Cójalo —murmuro.

Mi deseo, transportado en las alas de la magia, viaja rápidamente entre nosotras y se refugia en su interior.

Mademoiselle LeFarge parpadea.

—¿Está segura?

—Oh, sí. Nada me haría más feliz —responde Ann con una sonrisa.

Mademoiselle LeFarge asegura el cierre alrededor de su cuello.

—¿Qué tal me queda?

—Maravilloso —coreamos.

Ann, Felicity y *mademoiselle* LeFarge charlan agradablemente. Yo me dedico a ver pasar las colinas por las ventanillas del tren. Quiero preguntarles si saben qué me

deparará el futuro: ¿recobraré mi padre la salud y se recuperará mi familia? ¿Sobreviviré a mi presentación en sociedad? ¿Puedo demostrar lo que sé en los reinos y estar a la altura de las expectativas, sobre todo de las mías?

—¿Podéis responderme? —susurro a la ventanilla.

Mi aliento cálido deja una marca con forma de copo de nieve nebuloso en el vidrio que se disipa de inmediato, como si jamás hubiera pronunciado una palabra. El tren desacelera y las colinas desaparecen tras nubes de vapor. El mozo de cuerda pronuncia a gritos el nombre de la estación. Hemos llegado y ahora empieza nuestro verdadero examen.

Mademoiselle LeFarge nos acompaña hasta la plataforma, donde se encuentra la señora Worthington. De cabello rubio y ojos grises y serenos, la señora Worthington se parece a su hija, aunque más elegante. Carece de los rasgos marcados y sensuales de Felicity, lo que le confiere la apariencia de una frágil belleza. Todos los hombres reparan en su encanto. Al caminar, éstos vuelven la cabeza o le sostienen la mirada durante un segundo demasiado largo. Nunca tendré ese tipo de belleza, la que sirve para allanar el camino de una mujer.

La señora Worthington nos saluda afectuosamente.

—Vamos a tener un gran día. Cuánto me complace volverte a ver, querida Nan. ¿Has tenido un viaje agradable?

—Oh, sí, muy agradable —responde Ann.

Se enfrasan en una charla amable. Felicity y yo intercambiamos significativas miradas.

—De verdad cree que Ann es tu prima —me regodeo en voz baja—. ¡No se ha dado cuenta de que algo no encaja!

—Sería incapaz —se burla Felicity.

Ya en la calle, nos encontramos con una conocida de la señora Worthington que se detiene a hablar con ella. Nos mantenemos ociosamente al margen, sin ser vistas, ni oídas ni observadas. Unos cuantos metros más allá, otro grupo de mujeres trata de llamar la atención. Colgados llevan unos cartelones que anuncian una huelga. «Incendio en la Fábrica de Sombreros Beardon. Seis almas asesinadas por dinero. Que se haga justicia: Sueldos justos. Un trato justo». Llaman a los transeúntes, les suplican que secunden su causa. La gente acaudalada que se encamina al teatro y a los clubes se aparta de ellas con una mueca de asco.

Una chica de unos quince años se nos acerca enseguida con una lata en las manos. Sus guantes son una caricatura de sí mismos. Unos agujeros andrajosos corroen la lana como si hubieran sido atacados por la varicela. Le asoman los nudillos, enrojecidos y ásperos.

—Por favor, señorita. ¿Una moneda para la causa?

—¿Qué causa es ésa? —pregunta Ann.

—Trabajamos en la Fábrica de Sombreros Beardon, señorita, y nunca hubo lugar tan triste —dice. Dos oscuras medias lunas circundan sus ojos—. Un incendio se

llevó a nuestras amigas. Un incendio terrible. Las puertas de la fábrica se cerraron para que nos quedáramos dentro. ¿Qué oportunidad pudieron tener ellas, señorita?

—Bessie Timmons y Mae Sutter —murmuro.

Los ojos de la chica se abren como platos.

—¿Las conocía, señorita?

Rápidamente, niego con la cabeza.

—Yo... debo de haber leído sus nombres en los titulares.

—Eran buenas chicas, señorita. Estamos en huelga para que eso no vuelva a ocurrir. Reclamamos salarios dignos y un trato justo. No queremos que su muerte sea en vano.

—Estoy segura de que allá donde se encuentren vuestras amigas, estarán orgullosas de vuestros esfuerzos.

Arrojo un chelín en su lata.

—Gracias, señorita.

—Vamos chicas —cacarea la señora Worthington, indicándonos el camino—. ¿Qué hacíais hablando con esas desgraciadas mujeres?

—Están en huelga —respondo—. Sus amigas murieron en el incendio de una fábrica.

—Qué horror. No soporto escuchar semejantes cosas. —Un caballero pasa por nuestro lado y mira de soslayo a la señora Worthington, quien le responde con una sonrisa satisfecha—. Sus maridos deberían cuidar de ellas.

—¿Y si no los tienen? —pregunta Felicity con acritud—. ¿Y si están solas? ¿Y si tienen hijos que alimentar y leña que comprar para hacer fuego? ¿Y si sólo dependen de ellas mismas? O... ¿y si no han querido casarse? ¿Es que lo suyo no tiene mérito?

Es asombroso ver el ardor que desprenden los ojos de Felicity, aunque dudo que esta disertación sea fruto de un entusiasmo reformista. Creo que es una manera de aguijonear a su madre. Ann y yo no nos atrevemos a entrar en el juego. Nos mantenemos con la vista clavada en el suelo.

—Querida, siempre habrá pobres. No veo qué puedo hacer al respecto. Tengo mis propias obligaciones. —La señora Worthington se ajusta la estola de piel hasta que ésta le cubre el cuello, una sueva armadura para su suave mundo—. Vámonos ya. No hablemos de asuntos tan desagradables en un día tan hermoso de primavera. Ah, una confitería. ¿Entramos y vemos qué dulces hay para nosotras? Sé que a las niñas jóvenes les encantan todas esas delicias. —Sonríe de forma conspiradora—. También yo fui niña una vez.

La señora Worthington entra en el establecimiento y Felicity la observa con dureza.

—Siempre serás una niña —susurra con amargura.

La Señora Worthington se toma todo el rato del mundo para escoger los dulces, y llegamos al Drury Lane sin que nos sobre tiempo. El particular anochecer, tan propio de los teatros, se cierne sobre la sala, un ocaso romántico que nos aleja de nuestras preocupaciones y convierte lo fantástico en posible. El Drury Lane es conocido por su espectáculo, y no vamos a sentirnos decepcionadas. Las enormes cortinas se abren para revelar un decorado fastuoso: un bosque que parece sacado de la realidad. En el centro del escenario, tres ancianas brujas vigilan una caldera. Se escucha un trueno. Sólo se trata de un hombre golpeando un objeto enorme de cobre, pero de todas formas provoca escalofríos. Las ajadas brujas nos dirigen la palabra:

—¿Cuándo volveremos a vernos
bajo rayo, relámpago o lluvia?
—Cuando el alboroto finalice,
cuando haya derrota y victoria.
—Antes de que se ponga el sol.
—¿En qué lugar?
—En el brezal.
—Allí veremos a Macbeth.
—¡Ya voy, Graymalkin!
—Llama a Paddock.
—¡Ya voy!
—Lo vil es bello y lo bello vil.
Flota en la bruma y el aire fétido.

—¿No es maravilloso? —susurra Ann, complacida, y me siento feliz por lo que hemos hecho.

Cuando Lily Trimble entra en escena, la audiencia se yergue en sus asientos. La señorita Trimble es una irresistible criatura cuyas gruesas ondas de cabello caoba caen en cascada por el dorso de su capa púrpura. Su voz es profunda y melosa. Se pavonea y se atusa, conspira y se lamenta con tanto fervor que resulta casi imposible creer que no es *lady Macbeth* en persona. Cuando camina en sueños, llorando de remordimiento por sus actos demoníacos, es fascinante y, durante toda la representación, Ann permanece sentada en el borde de su asiento, mirando con verdadero interés. Cuando la representación finaliza y Lily Trimble sale a saludar, Ann aplaude más que ninguno de los presentes. Nunca la había visto tan emocionada, tan viva.

Las lámparas se encienden del todo, con una luz cegadora.

—¿No ha sido maravilloso? —pregunta Ann con una sonrisa radiante—. Su talento es extraordinario; ¡creía estar ante la mismísima *lady Macbeth*!

La señora Worthington parece aburrida.

—No es una obra muy agradable, ¿verdad? Yo prefiero *La importancia de llamarse Ernesto*. Es mucho más alegre.

—Estoy segura de que ninguna obra puede ser tan buena como la que acabamos de ver interpretada por la señorita Trimble —opina Ann—. ¡Oh, ha sido espléndida! Más que espléndida. Tendrán que inventar un calificativo para describir a Lily Trimble, porque ninguno de los que existen le hace justicia. Daría cualquier cosa por conocerla. Cualquier cosa.

Cuando nos mezclamos entre la multitud, Ann dirige una mirada nostálgica al escenario, donde un joven pasa una escoba, barriendo los vestigios de la representación que aún se mantienen vivos en ella.

Dejo que un hombre y su esposa nos aparten de la señora Worthington.

—Ann, ¿de verdad deseas conocerla? —susurro.

Ella asiente con la cabeza.

—¡Con todas mis fuerzas!

—Entonces que así sea.

Felicity pasa por delante de una matrona, quien reprende su grosería con un: «¡Oiga!».

—Gemma —dice Fee, picada por la curiosidad—. ¿Qué vas a hacer?

—Vamos a presentar a Ann a Lily Trimble.

La señora Worthington estira el cuello por encima de la multitud que se dirige a la salida, intentando encontrarnos. Me recuerda a un pájaro perdido.

—Muy bien, ¿y cómo vamos a librarnos de mi madre?

Tan sólo necesitamos unos minutos de libertad. Algún tipo de distracción. Tengo que concentrarme, pero me resulta muy difícil con tanta gente a mi alrededor. Sus pensamientos invaden los míos hasta tal punto que apenas puedo ver.

—¡Gemma! —susurra Fee.

Ann y ella unen sus brazos a los míos.

Lucho por aferrarme a mi propósito inicial. Lo repito en silencio mientras nos aproximamos a la señora Worthington: «Ha visto a una amiga entre el gentío. Acérquese a ella. Nosotras estaremos bien aquí». Repito la frase hasta que también yo me la creo.

—¡Oh! —exclama de repente la señora Worthington—. Pero ¡si es mi querida amiga *madame* LaCroix de París! ¡Cómo ha sido capaz de venir sin avisarme por carta! ¡Oh, se marcha! Perdonadme, sólo será un momento.

Como si fuera una mujer poseída, la señora Worthington se apiña entre la multitud en busca de su querida amiga quien, sin duda alguna, aún se halla en París mientras nosotras estamos aquí.

—¿Qué has hecho? —pregunta Felicity entusiasmada.

—Le he proporcionado una minisugestión. Y ahora vayamos a conocer a Lily Trimble, ¿de acuerdo?

Tras el escenario se extiende un mundo completamente diferente. Un enjambre de trabajadores se encarga del atrezo y la maquinaria. Hombres fornidos trasladan enormes lienzos pintados de un lado a otro, Muchos otros izan las cuerdas mientras un encargado, ataviado con un sombrero de fieltro y con un puro entre los labios les ladra órdenes. Nos escabullimos por un estrecho pasillo en busca de Lily Trimble. El actor que interpreta a Banquo pasa delante de nosotras en bata sin el más mínimo indicio de vergüenza.

—Hola, encantos —saluda mirándonos de arriba abajo.

—Hemos disfrutado mucho de su interpretación —dice Ann con gravedad.

—Mi próxima interpretación tendrá lugar en mi camerino. ¿Le gustaría asistir? Es usted realmente encantadora.

—Estamos buscando a la señorita Trimble —informa Felicity con los ojos entrecerrados.

La sonrisa del hombre se convierte en una débil sombra.

—El camerino de la izquierda. Si cambian de idea, yo estoy en el de la derecha.

—Qué audacia la de algunos —dice Felicity que echa chispas y tironea de nosotras.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Ann.

Felicity camina a grandes zancadas y apenas podemos seguirle el paso.

—Te ha hecho una proposición indecente, Ann.

—¿A mí? —pregunta Ann con los ojos como platos. Una sonrisa ilumina al instante su rostro—. ¡Qué maravilla!

Por fin llegamos ante la puerta de Lily Trimble. Llamamos y esperamos a que nos contesten. Lo hace una sirvienta, con los brazos cargados de trajes. Le entrego mi tarjeta. Tan sólo es la sencilla tarjeta de una tienda, aunque poco importa eso, pues sus ojos se abren como platos cuando lee la ilusión que contiene.

—Le ruego me disculpe, Su Ilustrísima —dice con una pequeña reverencia—.
Aguarde un minuto.

—¿Qué has puesto en esa tarjeta? —pregunta Felicity.

—Algo que nos permita entrar.

La sirvienta regresa.

—Por aquí, por favor.

Nos hace pasar al camerino de Lily Trimble, y echamos un vistazo a la tumbona de damasco, a la lámpara con un pañuelo de seda roja en lo alto, al biombo cubierto con toda una colección de prendas de seda y vestidos y medias expuestos con descaro; y a la vanidad, representada en todo un desplegable de cremas y lociones junto a un cepillo de plata y un espejo de mano.

—Señorita Trimble, las señoritas Doyle, Worthington y Washbrad desean conocerla —informa la sirvienta.

Una voz ahumada y familiar habla tras el biombo.

—Gracias, Tillie. Y por favor, querida, a ver si puedes hacer algo con esta peluca.

Parece un nido de avispas.

—Sí, señorita —responde Tillie antes de abandonar la estancia.

Lily Trimble surge tras el biombo ataviada con una bata de terciopelo azul oscuro que ciñe a su cintura con un lazo del que pende una borla dorada. Su cabello largo y suelto no era más que una peluca; su verdadera mata de pelo —de un caoba apagado— lo lleva recogido en una sencilla trenza. Ann se queda boquiabierta, sobrecogida por estar en presencia de semejante estrella. Cuando la señorita Trimble le da la mano, Ann le hace una reverencia como si estuviera en presencia de la reina.

La risa de la actriz es tan densa como el humo de un cigarro, e igual de embriagadora.

—Un recibimiento un tanto exagerado, ¿no cree? —bromea con un marcado acento estadounidense—. Les confieso que no he tenido el placer de conocer a muchas duquesas. ¿Quién de ustedes es la duquesa de Doyle?

Felicity me dedica una sonrisa traviesa por mi embuste, pero Lily Trimble me parece tan honesta que me resulta imposible mentirle.

—Tengo que hacerle una confesión. Lo lamento mucho, pero ninguna de nosotras es una duquesa.

Lily Trimble enarca una ceja.

—¡No me diga!

—Somos alumnas de la Academia Spence para señoritas.

Entonces repara en que no llevamos carabina.

—Dios mío. La educación de las damas ha cambiado considerablemente desde mis tiempos. Y de eso tampoco hace tanto.

—Creemos que usted es la actriz más maravillosa del mundo entero, ¡sólo queríamos conocerla! —exclama Ann.

—¿Y a cuántas actrices has visto actuar? —pregunta la señorita Trimble.

Se da cuenta de que Ann se ha ruborizado.

—Mmmmm, ya me lo imaginaba.

Toma asiento ante el espejo de su tocador y se extiende una capa de crema por el rostro con golpecitos expertos.

—Nuestra Ann, ejem, Nan tiene mucho talento —digo precipitadamente.

—¿Ah, sí? —pregunta la señorita Trimble sin siquiera girarse.

—Oh, sí, canta como los ángeles —añade Felicity.

Ann nos mira horrorizada y, por un instante, la ilusión se debilita. Niego con la cabeza y le sonrío. La veo cerrar los ojos durante unos segundos y todo vuelve a estar como antes. Lily Trimble abre una pitillera de plata y saca un cigarrillo. Lo escandaloso de su acción se refleja en nuestros rostros. Jamás hemos visto fumar a una mujer. Eso es un auténtico escándalo. Se pone el cigarrillo entre los labios y lo enciende.

—Supongo que te gustaría pedirme un puesto en la compañía, ¿no es así?

—¡Oh!, n-n-no podría pedirle se-semejante cosa —tartamudea Ann, roja como la

grana.

—Por lo que yo sé, querida, quien no llora no mama.

Ann apenas puede hacer que las palabras le salgan de la boca.

—Quiero... intentarlo.

La actriz evalúa a nuestra amiga a través del humo de su cigarrillo.

—Eres lo bastante bonita como para estar en un escenario. También yo era hermosa a tu edad.

Se lleva el pelo hacia adelante y lo sujeta con fuerza con una mano mientras cepilla las largas puntas con la otra.

—Nadie es tan hermosa como usted, señorita Trimble.

Otra risa ahumada se escapa de sus labios.

—Vamos, vamos, no está actuando ante mí, querida. Guárdese sus buenos modales. Y hablando de buenos modales, ¿qué diría su madre si se enterara de todo esto?

Ann se aclara la garganta con cautela.

—No tengo madre. Ni tengo a nadie.

Lily fuma su cigarrillo pensativamente y arroja una voluta de humo.

—La mano a la que nos mantenemos aferrados durante más tiempo es la nuestra. —Se contempla en el espejo y, a través de él, le sostiene la mirada a Ann—. Señorita Washbrad, esta vida no es para los débiles de corazón. Es una vida de trotamundos. No tengo marido ni hijos. Pero mi vida me pertenece. Y también los aplausos y la veneración. Eso ayuda a que por la noche una chica pueda entrar en calor.

—Ya. Gracias —consigue decir Ann.

Lily la observa durante unos instantes. Vuelve a fumar de su cigarrillo. Sus palabras surgen con una bocanada de humo difusa.

—¿Está segura que eso es lo que quiere?

—¡Oh, sí! —gorjea Ann.

—Una respuesta rápida. —Hace tamborilear los dedos en su tocador—. Las respuestas rápidas a menudo conllevan rápidos arrepentimientos. Sin duda regresará a su escuela de buenos modales, conocerá a un hombre respetable en un baile de tarde y se olvidará de todo esto.

—No, no lo haré —responde Ann.

Hay algo en su respuesta que no puede pasarse por alto.

Lily asiente.

—Muy bien. Le arreglaré una cita con el señor Katz.

—¿El señor Katz? —repite Ann.

Lily Trimble deposita el cigarrillo en un cenicero de latón, donde arde mientras se ocupa de su pelo.

—Sí, el señor Katz. El propietario de nuestra compañía.

—¿Es judío? —pregunta Ann.

En el espejo, la señorita Trimble entrecierra los ojos.

—¿Tiene alguna objeción respecto a los judíos, señorita Washbrad?

—N-n-no, señorita. O eso creo, puesto que nunca he conocido a ninguno.

La actriz se ríe con ganas y cada vez más fuerte. Su rostro se cubre con una máscara agradable.

—Tendrá oportunidad de conocer a muchos. De hecho, está hablando con uno de ellos.

—¿Es usted judía? —pregunta Felicity—. Pues no lo parece.

Lily Trimble alza una ceja perfectamente delineada y sostiene la mirada de Felicity hasta que mi amiga se ve obligada a apartar la vista. En pocas ocasiones he visto a Fee intimidada. Es un instante de felicidad en estado puro, y disfruto del momento inmensamente.

—Lilith Trosky, de la calle Orchard, Nueva York, Nueva York. Se me sugirió que Trimble sería un nombre más adecuado para la escena y para los espectadores bien educados a quienes les gusta acudir a representaciones de actrices famosas — comenta lacónicamente.

—Los está engañando —dice Felicity desafiándola.

Lily la observa con mucho detenimiento.

—Todo el mundo intenta ser quien no es, señorita Worthless. Y aquí tengo la buena suerte de que me paguen por ello.

—Me llamo Worthington —apunta Felicity, con los dientes tan rígidos como soldados.

—Worthless, Worthington. Sinceramente, no veo la diferencia. Todos los de su clase se parecen. Sea una buena chica, Nannie, y acérqueme esas medias, ¿quiere?

Ann, la chica que apenas puede pronunciar la palabra «medias», se precipita a darle las suyas a Lily Trimble. Las deposita en las manos de la mujer con una reverencia reservada a la realeza y a los dioses.

—Aquí tiene, señorita Trimble —dice.

—Gracias, cielo. Será mejor que se vayan. Un admirador me espera. Le enviaré una nota respecto a la entrevista. ¿La Academia Spence, ha dicho?

—Sí, señorita Trimble.

—Muy bien. Hasta entonces, reconsidere la idea de que no es oro todo lo que reluce. —Ann frunce el ceño sin comprender hasta que Lily se lo explica—. Cuide de usted misma. —Nos lanza una mirada fulminante a Felicity y a mí—. Por alguna razón, creo que va a necesitarlo.

Dos caballeros que transportan un lienzo de grandes dimensiones pasan por nuestro lado, y aprovechamos para huir de la madre de Felicity. Visto de cerca, no se parece en absoluto al bosque de Birnam, sólo contiene manchas y brochazos. Ann no ha dejado de hablar desde que abandonamos el camerino de Lily Trimble.

—¿No os parece terriblemente inteligente? «Todo el mundo intenta ser quien no

es».

Repite las palabras de la señorita Trimble como un loro, imitando su inequívoco acento norteamericano. Aún no sé si calificar este hábito de preocupante o simpático.

—Pues yo la encuentro vulgar —dice Felicity en tono desdeñoso— y demasiado teatral.

—¡Es una actriz! Ser teatral forma parte de su carácter —protesta Ann.

—Espero que no forme parte del tuyo. Sería insoportable —se burla Felicity—. Ann, no decías en serio lo del teatro, ¿verdad?

—¿Y por qué no? —responde ella, con un tono de voz abatido y de alegría pasada por agua.

—Porque eso no es para una chica decente. Ella es una actriz.

Felicity pronuncia la última palabra con desprecio.

—¿Y qué otra opción me queda? ¿Ser una institutriz el resto de mi vida?

—Por supuesto que no —digo mirando fijamente a Felicity.

A pesar de sus buenas intenciones, Felicity no comprende el dilema de Ann. Es incapaz de ver que la vida de Ann es una trampa de la que no se puede salir tan fácilmente.

Llegamos al vestíbulo, donde aún hay congregado un numeroso grupo de gente. Delante de nosotras está la señora Worthington, buscándonos.

—De todas maneras, tienes un problema aún mayor, Nannie —dice Fee, quien emplea de forma deliberada el diminutivo que le ha dado la señorita Trimble—. Te has presentado ante ella con el rostro de otra chica, el de Nan Washbrad. Es a ella a quien esperan ver, no a Ann Bradshaw. ¿Cómo superarás ese obstáculo?

A Ann le tiemblan los labios.

—Supongo que ellos no querrían una chica como yo, a mi verdadero yo, en el escenario.

Toda la confianza en sí misma que había ido acumulando desaparece de golpe y la ilusión de Nan Washbrad parpadea.

—Ann —le advierto.

Es inútil. La certeza absoluta de lo que ha hecho, las complicaciones que conllevan, la superan. La ilusión se desvanece rápidamente. No puede volver a ser Ann; ni aquí ni ahora. Sería un auténtico desastre.

—Ann, tu ilusión está desapareciendo —susurro con urgencia, y la empujo detrás de una larga cortina de terciopelo.

Sus ojos se abren de par en par, horrorizados.

—¡Oh! ¡Oh, no!

Su cabello pasa a ser de un negro lustroso a un castaño claro mate. El vestido que había creado para sí misma se convierte en uno de lana de un gris apagado. Observamos con horror cómo esta transformación comienza en las mangas y se extiende rápidamente hasta el corpiño.

—Si mi madre te ve de esta guisa, se irá todo al traste —gruñe Felicity.

—Ann, tienes que transformarte de nuevo —digo con el corazón latiéndome aceleradamente.

—¡No puedo! ¡No puedo visualizarlo!

Está demasiado asustada. La magia no surtirá efecto. Su vestido ha adquirido su forma primigenia. Su sombrero se desvanece. Tengo que hacer algo para detenerlo y pronto. Sin pedírselo, le cojo las manos y obligo a la magia a entrar en ella mientras imagino a Nan Washbrad ante mí una vez más.

—Funciona —susurra Ann.

Ann acaba lo que he empezado y, al cabo de unos segundos, Nan está de nuevo de vuelta junto a nosotras, con su gracioso sombrero color caramelo una vez más sobre su cabeza.

—Gracias, Gemma —dice, temblando, mientras salimos de detrás de la cortina.

—Estáis aquí —ronronea la señora Worthington—. Creía que os había perdido. Es muy curioso, pues estaba segura de haber visto a *madame* LaCroix, pero en cuanto le di alcance, no se parecía a ella en lo más mínimo. ¿Nos vamos?

En la calle, un hombre cubierto con un cartelón anuncia una exposición en el Salón Egipcio.

—¡Increíble y asombroso! ¡Vean el mayor espectáculo de todos! Traído de París, Francia, el evento sólo se representará una única semana en el Salón Egipcio. El espectáculo de la linterna mágica de los asombrosos hermanos Wolfson. ¡Imágenes en movimiento! ¡Prepárense para disfrutar! ¡Sus expectativas van más allá de sus sueños más intrépidos! Aquí tiene, señorita, no debe perdérselo.

Me entrega un folleto. «Los hermanos Wolfson presentan: *Los ritos de primavera. Una fantasmagoría*».

—Gracias —le contesto y me lo guardo doblado en la mano.

—Oh, no.

Felicity se detiene de repente.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—*Lady* Denby y *lady* Markham —susurra dirigiendo la vista calle arriba.

Las observo entre la multitud vespertina. *Lady* Denby, la madre de Simon Middleton, es una mujer imponente, tanto por su constitución como por su reputación. Hoy luce uno de sus famosos sombreros con un ala tan ancha que podría tapar el sol, y camina con el paso marcial de un héroe naval. *Lady* Markham está más seca que un palo y se las ve y se las desea para mantener el paso de su amiga. Camina asintiendo a cuanto dice *lady* Denby.

Ann emite un breve suspiro. Fue *lady* Denby quien descubrió la charada de Ann las pasadas navidades, principalmente para humillar a la señora Worthington. Sujeto a mi amiga del brazo para que se tranquilice. No quiero arriesgarme a tener otro percance con la magia.

—*Lady Markham, lady Denby* —saluda la señora Worthington, todo sonrisas—. Encantada de saludarlas. ¡Qué sorpresa tan encantadora!

—Sí. Qué bonita sorpresa.

Lady Markham no le da la mano a la señora Worthington. En vez de ello, dirige una mirada a la madre de Simon.

—Buenas tardes, señora Worthington —saluda *lady Denby* sin sonreír.

—Acabamos de salir del teatro y nos disponíamos a tomar el té. ¿Les apetece unirse a nosotras? —pregunta la señora Worthington, ruborizándose ante el desaire.

—Pues... —empieza a decir *lady Markham* dirigiendo una parca mirada a Felicity.

—Lamento que no pueda ser —responde *lady Denby* por ella—. Mi querida prima, la señorita Lucy Fairchild, ha llegado de Estados Unidos y ardo en deseos de presentársela a *lady Markham*.

—Claro, por supuesto. —La sonrisa de la señora Worthington es vacilante. La desesperación se refleja en su voz—. *Lady Markham*, he pensado que quizá Felicity y yo podríamos hacerle una visita en Pascua, si usted tiene a bien recibirnos.

Lady Markham se revuelve y dirige la vista hacia su imperiosa amiga.

—Sí, bueno, tengo que atender bastantes compromisos; ya se verá.

Los pensamientos de *lady Denby* se entrometen entre los míos: «Eso es lo que ocurre cuando no se siguen las reglas. Su hija pagará por lo que hizo. Nadie la presentará en sociedad, y perderá su herencia».

Me gustaría abofetear a *lady Denby*. ¿Cómo pude pensar que era una buena mujer? Es mezquina y controladora, y no voy a permitir que arruine la vida de mi amiga.

Me armo de valor y cierro los ojos para enviar mi mensaje a *lady Markham*: «Felicity Worthington es la chica más maravillosa del mundo. Usted quiere presentarla... no, usted insiste en presentarla en la corte. Y creo que se merece que se celebre una espléndida fiesta en su honor».

—Pero a mí me encantaría recibirlas —dice de repente *lady Markham* con el rostro iluminado—. ¿Y cómo está nuestra querida Felicity? ¡Oh, qué hermosa está, Dios mío!

Felicity se muestra como si le hubiera caído una pila de libros encima de la cabeza. Esboza una sonrisa vacilante.

—Estoy bien, gracias, *lady Markham*.

—Por supuesto que lo está. Espero que me visite en Pascua para poder hablar de su presentación en sociedad... ¡y de una fiesta!

—*Lady Markham*, debemos irnos ya —dice *lady Denby* con las mandíbulas apretadas.

—Que tengan un buen día —se despide alegremente *lady Markham*.

Lady Denby se marcha de inmediato, obligando a su amiga a ir tras ella.

Todas estamos de buen humor mientras esperamos el tren que nos llevará de vuelta a Spence. La señora Worthington, del todo aliviada, charla animadamente con *mademoiselle* LeFarge, quien permanece agarrada a sus escasas compras. Las perlas robadas de Cecily brillan en su cuello.

—Quisiera conservar en mi memoria por siempre jamás la expresión del rostro de *lady* Denby —dice Felicity.

—Ha sido bastante gratificante, ¿verdad? —secundo.

—«*Lady* Markham, debemos irnos ya» —dice Ann, imitando a la perfección el pomposo tono de voz de *lady* Denby.

—Gemma, ¿todavía conservas esa tontería? —pregunta Fee mientras señala el folleto del Salón Egipcio.

—No es ninguna tontería —respondo con falsa sinceridad—. ¡Tenemos a los hermanos Wolfson y su fantasmagoría!

Ann arquea una ceja.

—Me atrevería a decir que no hay nada equiparable a los reinos.

—Pero ¡aún hay más! —protesto.

En letra más pequeña hay una lista del resto de participantes que acudirán al Salón Egipcio, cuyos nombres decrecen de tamaño según su orden de importancia. Los leo uno a uno, provocando las risas de Ann y Felicity.

Al final de todo está el nombre del doctor Theodore Van Ripple, maestro ilusionista.

Felicity examina el folleto a la luz del fuego.

—Tenemos que ir al Salón Egipcio.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —pregunta Ann.

Ha dejado de ser Nan, aunque aún queda en ella un rescaldo de magia, lo suficiente para que sus ojos brillen todavía. Se asemeja a una princesa de cuento de hadas, condenada a dormir eternamente, que por fin acaba de despertar.

—Gemma, ¿harás que toda la academia caiga en un sueño profundo o te las apañarás para que nadie note nuestra ausencia... o transmitirás concienzudamente a Nightwing la idea de que debe insistir para que asistamos y llevárnosla con nosotras?

—Pensaba pedirle a *mademoiselle* LeFarge que nos acompañe. Le encantan ese tipo de cosas.

—¡Oh! —exclama Ann, defraudada.

Felicity desenvuelve un caramelo y lo deja caer en su lengua.

—¿Y tú crees que ese tal doctor Van Ripple puede decirnos algo sobre la dama de tus visiones?

—Eso espero. La he visto con él. Quizá también sepa algo sobre el Árbol de Todas las Almas.

—¿Habéis oído eso? —pregunta Ann.

Un sonido de caballos acercándose. Son las nueve en punto. Desconozco quién se atrevería a presentarse en la academia a estas horas.

—¡Señora Nightwing, un carruaje! —grita una de las niñas más pequeñas.

Apartamos los cortinajes y miramos hacia fuera. El vehículo se aproxima. Las sirvientas se precipitan hacia el exterior con sus candiles y forman en fila ante la puerta. Las chicas suplicamos poder salir también y la señora Nightwing nos da su consentimiento.

El frío aliento de la noche trepa por mi cuello haciéndome cosquillas y me alcanza la oreja para susurrarme secretos que sólo el viento conoce. El polvo del sendero revolotea. El carruaje se detiene y el cochero pone una escalerilla ante la puerta. La pasajera baja del vehículo; se trata de una mujer esbelta y ataviada con un traje gris azulado. Alza la cabeza para echar un vistazo a la escuela, y enseguida la reconozco: los ojos penetrantes y oscuros bajo unas cejas pobladas; la boca pequeña que se extiende por un rostro de marcadas facciones; y la sigilosa elegancia de una pantera. La señorita Claire McCleethy ha vuelto.

Saluda a nuestra directora con una sonrisa apretada.

—Buenas noches, Lillian. Siento presentarme a estas horas, pero las carreteras estaban embarradas.

—No importa; ya estás aquí —responde la señora Nightwing.

Las sirvientas corretean ajetreadas mientras Brigid les ladra unas cuantas órdenes e invita al cochero a entrar en la cocina por la parte de atrás para tomar un refrigerio. Las chicas más jóvenes corren a saludar a la señorita McCleethy. Intento pasar desapercibida, pero, como soy alta, me resulta imposible ocultarme durante mucho rato. Los ojos de la señorita McCleethy encuentran los míos, lo que hace que mi corazón lata con mayor rapidez.

—Señoritas, les permito quedarse una hora más para que podamos dar la bienvenida a nuestra señorita McCleethy como es debido —anuncia la señora Nightwing con una ovación de alegría.

Los fuegos del gran salón reavivan sus llamas de nuevo. Circulan las pastas y el té. Brindamos por el regreso de la señorita McCleethy y las chicas la obsequian con anécdotas de Spence, la próxima temporada de Londres y los disfraces que lucirán en el baile de máscaras. La señorita McCleethy lo escucha todo sin decir una palabra sobre sí misma o sobre su paradero durante los pasados tres meses.

A las diez y media, la señora Nightwing anuncia que es hora de que nos vayamos a la cama. A regañadientes, las chicas desfilan hacia las escaleras. Hacia ellas me encamino cuando la señorita McCleethy me detiene.

—Señorita Doyle, ¿puede aguardar un momento?

Felicity, Ann y yo intercambiamos una mirada furtiva.

—Sí, señorita McCleethy.

Trago el nudo que tengo en la garganta y observo a mis amigas subir las escaleras que llevan a un lugar seguro mientras yo debo permanecer junto al enemigo.

La señorita McCleethy y yo tomamos asiento en el tresillo de terciopelo del saloncito de invitados, donde el reloj de bronce que descansa en la repisa de la chimenea marca los segundos en un insoportable silencio. La señorita McCleethy vuelve sus ojos oscuros hacia mí y empiezo a sudar.

—Qué alegría estar de nuevo en Spence —dice.

—Sí. Los jardines están preciosos —respondo.

Es como jugar al tenis en una pista de hierba sin que ninguna de las dos nos devolvamos la misma pelota.

Tictac, tictac, tictac.

—Espero que esté entusiasmada ante la llegada de su temporada social.

—Sí, bastante.

Tic. Tac. Tic.

—Me gustaría hablar con usted de otro asunto. Del asunto de los reinos.

Tac.

—Señorita Doyle, he emprendido la tarea de encontrar a los últimos miembros de la Orden. Desconozco cuántos han logrado sobrevivir o qué tipo de poderes han pervivido, aunque espero que muy pronto podamos devolver a los reinos y a nuestra hermandad su gloria primigenia.

Tictac-tictac-tictac.

La señorita McCleethy aprieta los labios e intenta esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Así que ya lo ve, he estado intentando ayudarla.

—Ha estado intentando ayudarse a usted misma —corrijo.

—¿Eso cree? —Dirige hacia mí su mirada penetrante—. Espero que no haya tenido problemas con los Rakshana.

—No —respondo sorprendida.

—¿Y no se ha preguntado por qué?

—Yo...

—Gracias a mí, señorita Doyle. Los he mantenido a raya con mis propios medios, pero no podré mantenerlos alejados de usted para siempre.

—¿Y cómo ha podido detener a los Rakshana?

—¿Cree que lo he dejado en manos del azar? Tenemos espías entre sus filas, al igual que ellos tienen los suyos en las nuestras —dice deliberadamente y siento un peso en el estómago al recordar la última y terrible misión de Kartik para los Rakshana. La hermandad le ordenó asesinarme—. Debo recordarle que no es la primera vez que emite un juicio apresurado.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —espeto.

—Señorita Doyle. Gemma. Aún no ha comprendido que soy su amiga. Desearía ayudarla..., si usted me lo permitiera.

Con amabilidad, deposita una mano en mi hombro. Me gustaría que ese pequeño gesto maternal no ejerciera ningún poder sobre mí, pero lo hace. Es curioso cómo no se echa en falta el afecto hasta que se te ofrece y, en cuanto eso ocurre, nunca se tiene bastante; te gustaría hundirte en él si ello fuera posible.

Parpadeo, sorprendida de repente por mis propias lágrimas.

—Me dijo que no la obligara a convertirse en mi enemiga.

—Hablé precipitadamente. Estaba decepcionada porque no quiso venir con nosotras. —La señorita McCleethy coge mi mano entre las suyas. Tiene las manos huesudas y excesivamente livianas, como si no estuvieran acostumbradas a sostener otras manos—. Ha sido capaz de hacer lo que nadie antes que usted había hecho. Fue capaz de abrir los reinos de nuevo. Derrotó a Circe por nosotras.

Al escuchar el nombre de Circe se me acelera el corazón. Clavo la vista en un gran punto marrón del suelo donde la madera está combada.

—¿Y qué pasará con mis amigas? ¿Qué les pasará a Felicity y a Ann?

La señorita McCleethy aparta sus manos de las mías. Pasea por la habitación con los dedos enlazados a la espalda, como un sacerdote meditabundo.

—Si los reinos no las han escogido, no hay nada que pueda hacerse al respecto. No están destinadas a llevar ese tipo de vida.

—Pero son mis amigas —digo—. Me han ayudado. Al igual que algunas de las tribus y las criaturas pertenecientes a los reinos.

La señorita McCleethy recoge una mota de polvo invisible de la repisa.

—No pueden unirse a nosotras. Lo siento.

—Pero no puedo darles la espalda.

—Su lealtad es encomiable, Gemma. De verdad que lo es. Pero está fuera de lugar. ¿Supone usted que si sus papeles se hubieran intercambiado y ellas fueran escogidas para ser miembros de la Orden dudarían en abandonarla?

—Son mis amigas —repito.

—Son sus amigas por su poder. Y yo he visto cómo el poder lo cambia todo. —La señorita McCleethy toma asiento en un gran sillón orejero delante de mí. Clava sus ojos en los míos—. Su madre luchó valientemente por nuestra causa. No querrá mancillar su nombre ni decepcionarla, ¿verdad?

—No le consiento que hable de mi madre.

El pelo se me cae sobre el rostro. Con un gesto furioso me lo pongo detrás de la oreja, pero vuelve a caer.

La señorita McCleethy habla con voz grave y segura.

—¿Y por qué no? Ella era una de las nuestras; una hermana de la Orden. Murió para protegerla a usted, Gemma. Quisiera honrar su memoria cuidando de usted.

—Ella no quería que yo formara parte de su Orden. Por eso me mantuvo oculta en la India.

Con suavidad, la señorita McCleethy me pone el mechón de cabello suelto detrás de la oreja, y éste tiene la osadía de quedarse donde ella lo deja.

—Sin embargo, ella le pidió al padre de usted que la enviara a donde le pasó todo aquello.

Yo que tan segura estaba días atrás, ahora mis pensamientos nadan en un mar de dudas, y no puedo ver con claridad. ¿Y si ellos tienen razón y yo estoy equivocada?

—¿Qué hará, Gemma? ¿Cómo va a apañárselas usted sola?

—Usted lleva veinticinco años sin visitar los reinos —digo, recobrándome de nuevo—. Es la única que no sabe cómo están ahora.

Se pone tensa. En sus labios aparece una sonrisa maternal.

—Haría bien en escucharme, señorita Doyle. A lo mejor cree que puede mostrarse generosa con esas criaturas, e incluso amigable, o unirse a ellas, pero está usted equivocada. No tiene ni idea de los actos terribles que son capaces de cometer. Acabarán por traicionarla. Nosotras somos sus amigas, su familia. Sólo hay un camino: el nuestro; y debe seguirse sin excepciones.

El reloj chasquea las manecillas a tiempo. El punto marrón de la madera parece hacerse más grande. Siento los ojos de la señorita McCleethy clavados en mí, desafiándome a mirarla. Su voz se suaviza de nuevo hasta convertirse en un arrullo maternal.

—Gemma, durante generaciones hemos sido las protectoras de la magia. Nosotras comprendemos sus vericuetos. Déjenos llevar esa carga. Adscríbase a la Orden como una de nosotras. Tendrá el lugar que le corresponde.

—¿Y si me niego?

La voz de la señorita McCleethy se vuelve afilada como una navaja.

—No podré protegerla.

Sus palabras consiguen asustarme. Pero no me daré por vencida tan fácilmente.

—Señorita McCleethy, tengo que confesarle algo —digo, aún con la vista clavada en el suelo—. No puedo entrar en los reinos. Ya no.

—¿Qué quiere decir?

Me obligo a mirarla a los ojos.

—Lo he intentado, pero el poder me ha abandonado. Temía decírselo. No soy quien usted cree que soy. Lo siento.

—Pero yo pensaba que había recuperado la magia.

—También yo lo creía. Pero estaba equivocada. Puede que, después de todo, no estuviera en mí.

—Ya veo —dice.

Durante el peor momento de toda mi vida, McCleethy me sostiene la mirada mientras intento desesperadamente no parpadear, al mismo tiempo el reloj mide nuestro odio sin palabras con sus tics y sus tacs. Por fin, dirige su atención a un angelito de cerámica que descansa en el borde de una mesa cercana.

—Señorita Doyle, si me miente acabaré por saberlo. Semejante poder no puede ocultarse con tanta facilidad.

—Lamento haberla decepcionado —respondo.

—No lo lamenta ni la mitad que yo.

Deposita de nuevo el ángel en el borde de la mesa y por poco se le cae al suelo. Se tambalea en precario equilibrio y luego detiene su balanceo.

—¿Puedo irme ya a acostar? —pregunto.

Me despide con un gesto de la mano.

—Gemma. Shssss —chista Felicity.

Se ha escondido en la cama de Ann, junto a ella. Surge de allí como de una caja sorpresa con un montón de cintas en el pelo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te ha clavado sus colmillos la señorita McCleethy?

—Podría decirse que sí —contesto mientras me quito las botas. Aflojo los diminutos lazos de los corchetes—. Quería que aceptara ser miembro de la Orden y que acatará sus normas.

—Querrás decir que quería que les dieras todo tu poder —se mofa Felicity.

—¿Mencionó introducirnos en la Orden? —pregunta Ann.

—No —respondo y tiro las medias al suelo en un gurrño—. Sólo me quiere a mí.

Felicity entrecierra los ojos.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad?

No es tanto una pregunta como una orden.

—Le he dicho que ya no tenía el poder y que no podía entrar en los reinos.

Felicity resopla complacida.

—¡Bien hecho, Gemma!

—No estoy segura de que me haya creído —le advierto—. Así que deberemos tener mucho cuidado.

—No está a nuestra altura. —Felicity salta de la cama de Ann—. ¡Hasta mañana, *mes amies!*

—*Mawah meeno ne le plus poohlala* —digo con una exagerada reverencia.

Felicity ríe.

—¿Qué has dicho? Dímelo, te lo ruego.

—Es francés. Lo estoy perfeccionando.

Ann se duerme al cabo de unos minutos mientras contemplo las grietas del techo, que se bifurcan a derecha e izquierda. ¿Y si la señorita McCleethy tiene razón? ¿Y si los reinos no han escogido ni a mis amigas ni a la tribu del bosque? ¿A quién culparán de ello? Una vez más, la señorita McCleethy ha intentado obligarme a llevarla hasta los reinos como ya hizo en otra ocasión. Diría o haría cualquier cosa para devolver a los reinos a la Orden.

Tantas decisiones, tantas responsabilidades y ningún camino a seguir ante mí. Al otro lado de mi ventana, los bosques están bañados en una capa de oscuridad, excepto por las fogatas del campamento de gitanos. Sin embargo, hay un problema que puedo resolver esta misma noche, y acerca del cual al menos puedo obtener algunas respuestas.

Bajo las escaleras sigilosamente procurando no hacer ruido. Las puertas del gran salón están entreabiertas. Dentro aún hay una luz encendida. Oigo el susurro de unas voces y me acuclillo para escuchar.

—¿Estás segura?

—Es la única alternativa. No podemos dejarlo al azar. Es demasiado arriesgado.

—¿Has depositado toda tu fe en este plan? No tenemos ninguna prueba de que...

—No me cuestiones. No puedo hacer esto sin tu ayuda.

—Soy leal. Sabes que lo soy.

—Lo sé.

La puerta está abierta y me oculto detrás de una maceta que contiene un helecho de considerable altura. Veo a la señorita McCleethy y a la señora Nightwing subir por las escaleras mientras la llama de una vela proyecta sus sombras alargadas en la pared y en el techo hasta que parecen abarcarlo todo. Espero un buen rato después de oír el clic de la puerta de paño. Cuando estoy segura de que se han ido, vuelo con alas de ángel hasta el campamento gitano.

Me acerco al campamento a hurtadillas en busca de la mejor forma de entrar. Me hubiera gustado traer unas sobras para tranquilizar a los perros. Una rama se quiebra a mi derecha y, de repente, alguien me arroja al suelo con fuerza y el peso de su cuerpo me inmoviliza.

—Voy a gritar —jadeo, pero apenas soy capaz de respirar.

—¡Señorita Doyle! —Kartik me levanta del suelo—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y qué haces... tú abalanzándote sobre mí... como un... salteador de caminos? Me sacudo las hojas de la falda e intento recobrar la respiración.

—Lo siento, pero no deberías merodear por los bosques de noche. Es peligroso.

—Ya lo veo —replico.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí?

—Te estaba buscando. —Aún respiro entrecortadamente pero no porque me haya arrojado al suelo—. Quiero una respuesta y no me iré de aquí sin ella.

—No tengo nada que decirte —responde y hace ademán de marcharse.

Le sigo.

—No pienso dejarte ir. Necesito tu ayuda. Espera, ¿adónde vamos?

—A dar de comer a los caballos —responde sin detenerse.

—¡La Orden tiene un plan secreto! —protesto.

—Eso no cambia el hecho de que los caballos estén hambrientos y tenga que darles de comer. Puedes contármelo por el camino.

Ajusto mis pasos a los suyos.

—La señorita McCleethy ha vuelto esta noche.

—Así que está aquí.

Kartik gira la cabeza hacia la academia.

—Sí —contesto—. Ahora está durmiendo. Estamos a salvo.

—No mientras esa mujer esté cerca —murmura Kartik, preocupado—. ¿Qué te ha dicho?

—Quería que me uniera a la Orden, pero me he negado. Y ahora mismo la he oído conversar con la señora Nightwing. Hablaban sobre algo que planean hacer. También dijo que se había encargado de mantener alejados de mí a los Rakshana pero que si no me unía a la Orden no podría seguir protegiéndome. —Lo miro de soslayo—. Tiene un espía en vuestras filas. ¿Sabías algo de eso?

Kartik no aminora el paso.

—No son mis filas. Ya no soy un Rakshana.

—Entonces sabes algo.

—Los Rakshana creen que he muerto y me gustaría que lo siguieran creyendo.

Me detengo.

—¿Por qué? ¿Qué quieres decir?

—Es mejor no hablar de ciertos asuntos —dice y sigue adelante hasta que tengo que darle alcance de nuevo.

Llegamos a un pequeño claro donde los caballos están amarrados. Kartik saca una manzana de su bolsillo y le ofrece un trozo a una yegua manchada.

—Aquí tienes, *Freya*. Disfrútalo. Ésta es la yegua de Ithal. Es una buena chica —dice mientras le acaricia el hocico con suavidad—. Nunca da problemas.

Me cruzo de brazos.

—¿Es eso lo que se supone que tiene que hacer una buena chica? ¿No dar problemas?

Niega con la cabeza mientras en sus labios se dibuja una sonrisa.

—No, eso es lo que se supone que debe hacer una buena yegua.

—¿Qué opinas de lo que te he contado?

Con el permiso de *Freya*, le acaricio su suave crin.

—Gemma... —empieza a decir—. No deberías explicarme nada más acerca de los reinos. Ya no estoy al tanto de sus secretos.

—Pero yo...

—Por favor —dice, y algo en sus ojos me obliga a guardar silencio.

—De acuerdo. Si así lo deseas.

—En efecto —responde aliviado.

Un erizo sale huyendo de detrás de un arbusto, dándome un buen sobresalto. Pasa como una flecha delante de nosotros, parece tener mucha prisa. Kartik hace un gesto de asentimiento hacia esa pequeña cosa peluda.

—No te preocupes por él. Ha salido para encontrarse con su enamorada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lleva puesto su mejor traje de erizo.

—Ah, debería de haberme fijado —respondo, contenta de poder jugar a ese juego, a cualquier juego, con él. Pongo una mano en el tronco de un árbol y doy la vuelta a su alrededor lentamente, dejando que mi cuerpo sienta el peso de la gravedad—. ¿Y por qué se ha puesto su mejor traje?

—Ha estado de viaje en Londres, ¿sabes?, y ahora ha vuelto para verla —continúa Kartik.

—¿Y si está enfadada con él por haberla dejado sola durante tanto tiempo?

Kartik da vueltas detrás de mí.

—Ella le perdonará.

—¿Ah, sí? —pregunto con mordacidad.

—Eso espera él, puesto que no era su deseo ofenderla —responde Kartik.

Ya no estoy tan segura de que estemos hablando del erizo.

—¿Y él está contento de volverla a ver?

—Sí —dice Kartik—. Le gustaría quedarse más tiempo, pero no puede.

Me rozo la mano con la corteza.

—¿Y eso por qué?

—Tiene sus motivos y espera que su dama llegue a comprenderlo algún día.

Kartik cambia de dirección. Da la vuelta por el otro lado del árbol. Nos topamos cara a cara. La luz de la luna se abre paso entre las ramas para acariciar su rostro.

—Oh —exclamo con el corazón latiéndome con fuerza.

—¿Y qué diría la señorita erizo a esto? —pregunta.

Su voz es suave y grave.

—Diría... —y trago saliva.

Kartik se acerca aún más.

—¿Sí?

—Diría —susurro—: «Con tu permiso, no soy un erizo. Soy una marmota».

Kartik esboza una triste sonrisa.

—Él es afortunado por haber encontrado tan ingeniosa enamorada —dice mientras deseo poder retroceder en el tiempo para haber jugado de otra manera.

Le damos otro trozo de manzana a *Freya*, que lo engulle con glotonería. Kartik le acaricia la crin y ella, hociéndole, se estremece con su caricia. A nuestro alrededor, las criaturas nocturnas dicen la suya. Estamos rodeados de una sinfonía de grillos y ranas. Ninguno de los dos tiene necesidad de hablar, y supongo que ésa es una de las cualidades que me resultan confortantes de Kartik. Podemos estar juntos a solas.

—Bueno, pues ya está —dice mientras se limpia las manos en los pantalones—. No hay nada más para ti, *Freya*.

Con un bostezo, Kartik estira los brazos. La camisa se le sale de los pantalones. Se le levanta a medida que se despereza y una fina línea de vello oscuro aparece en su estómago liso y musculoso.

—Pa-pareces cansado —tartamudeo, agradecida porque no puede ver mis mejillas arreboladas en la oscuridad—. Deberías irte a dormir.

—No —contesta—. Pensaba dar un paseo por el lago, si te apetece venir conmigo...

—Por supuesto —respondo, feliz de que me lo pregunte.

El lago lame la orilla perezosamente con un ritmo cadencioso. Un búho ulula a lo lejos. Una brisa ligera agita mi cabello contra mis pómulos y me hace cosquillas. Kartik se sienta con la espalda contra un árbol. Yo me siento junto a él.

—¿Qué querías decir cuando me señalaste que nuestros destinos ya no estaban unidos? —pregunto.

—Creía que mi destino era ser un Rakshana. Pero estaba equivocado. Y ahora ya no sé cuál es. Ni siquiera sé si creo en el destino.

A pesar de lo mucho que me enfurece la arrogancia de Kartik, su seguridad en sí mismo, ahora la echo de menos. Me resulta difícil verlo tan perdido.

Guardamos silencio de nuevo. Sus ojos parpadean soñolientos, aunque él se esfuerza por vencer el sueño.

—Sólo quiero saber una cosa y no te lo volveré a preguntar de nuevo. ¿Has visto a Amar?

—No. Te lo prometo.

Parece aliviado.

—Eso está bien. Bien.

Cierra los ojos y, al cabo de unos segundos, se queda dormido. Permanezco sentada junto a él, escuchando su respiración, mirando de soslayo sus hermosos rasgos: largas pestañas oscuras que descansan en unos pómulos elevados; una marcada nariz que conduce hasta unos labios delicados y carnosos. Se dice que una

dama no debería experimentar semejantes deseos, pero ¿cómo podría no experimentarlos? Tendría que caminar sonámbula por la vida para no sentir la atracción de esos labios.

Alargo una mano para tocarlos. Kartik se despierta sobresaltado, jadeante y aterrorizado. Doy un grito y él me agarra con fuerza y no me suelta.

—¡Kartik! —exclamo, pero sigue forcejeando conmigo—. ¡Kartik, detente!

Vuelve en sí y me libera.

—Lo siento. He vuelto a tener esos sueños —dice respirando entrecortadamente—. Esos horribles sueños.

—¿Qué clase de sueños?

Aún siento la impronta de sus manos en los brazos.

Barre el aire con dedos temblorosos.

—Veo a Amar montado en un caballo blanco, aunque no es como yo lo recordaba. Se asemeja a una horrible criatura maldita. Intento correr tras él, pero no logro darle alcance. La niebla se espesa y lo pierdo de vista. Cuando ésta se disipa, me hallo en un terreno frío e inhóspito; un lugar terrible y hermoso a la vez. Un ejército de almas perdidas emerge de la niebla. Me están esperando y soy muy poderoso. Más poderoso de lo que podía haber llegado a imaginar.

Se pasa un brazo por la frente.

—¿Y eso es todo?

—Yo... —Me mira de soslayo—. Veo tu rostro.

—¿El mío? ¿Yo aparezco en tus sueños?

Él asiente.

—Bien... ¿y qué ocurre después?

—Mueres —responde sin mirarme.

Se me eriza el vello de los brazos.

—¿Cómo?

—Yo... —Se detiene—. No lo sé.

La brisa procedente del lago me produce otro escalofrío.

—Sólo son sueños.

—Yo creo en los sueños —responde.

Le cojo las manos sin importarme el descaro de mi gesto.

—Kartik, ¿por qué no te vienes a los reinos conmigo y buscas a Amar? Así sabrás lo que le pasó y quizá tus sueños se desvanezcan.

—¿Y si se hacen realidad? —Retira sus manos de las mías—. No. En cuanto salde mi cuenta con los gitanos por haberme ayudado, seguiré mi camino hasta Bristol y me embarcaré en el *Orlando*.

Me mantengo firme.

—¿Y no vas a intentar enfrentarte a ellos? —pregunto y trago saliva para disipar el nudo que se me forma en la garganta.

Kartik mira hacia delante.

—Haz la alianza sin mí, Gemma. Te irá mejor si vas por libre.

—Estoy cansada de ir por libre.

Me enjugo las lágrimas y me encamino hacia los bosques. Al pasar por el campamento gitano veo a la Madre Elena, que se dirige hacia la academia cargada con un cubo.

—¿Qué hace? —le pregunto. Se lo arranco de las manos y el líquido oscuro que éste contiene se derrama por los bordes—. ¿Qué es esto?

—La señal debe hacerse con sangre —responde—. Como medida de protección.

—Fue usted quien pintó el ala este. ¿Por qué?

—Si no nos protegemos, ellos vendrán —contesta.

—¿Quiénes vendrán?

—Los condenados.

Hace ademán de coger el cubo y lo alejo de ella.

—No pienso pasarme otra mañana fregando —digo.

La Madre Elena se ciñe el chal al cuerpo.

—¡Dos caminos! El precinto se ha roto. ¿Por qué Eugenia lo ha permitido? Ella lo sabe... ¡Ella lo sabe!

La espantosa noche que he tenido pugna por salir de mí como un perro maltratado harto de que se burlen de él.

—Eugenia Spence está muerta. Hace veinticinco años que se murió. No va a volver a hacerlo, Madre Elena, porque si lo hace le contaré a la señora Nightwing que fue usted, y será desterrada de estos bosques para siempre. ¿Es eso lo que quiere?

Su rostro se arruga.

—¿Has visto a mi Carolina?

—No —respondo hastiada.

—Sabe esconderse muy bien.

—Ella no... —Me contengo. Es inútil razonar con ella. Está loca y creo que si sigo hablando con ella, también yo enloqueceré. Vacío el cubo en la hierba y se lo devuelvo—. No vuelva a hacerlo, Madre Elena.

—Ellos vendrán —gruñe mientras se aleja cojeando con el cubo vacío golpeando contra sus brazaletes como campanas.

De regreso a Spence empiezo a sentir frío y me maldigo a mí misma por no haber cogido un chal. Una más de las muchas tonterías que he hecho, como la de tratar de convencer a Kartik. Algo me pasa volando por la cabeza y me hace soltar un grito.

«Crauc-crauc», grazna. No es más que un maldito cuervo. Se posa en el jardín de rosas y picotea las flores.

—¡Fuera, fuera!

Lo azuzo agitando mis faldas y levanta el vuelo. De repente, algo me llama la atención: una capa de escarcha ha marchitado un gran número de capullos de rosa. Yacen muertas en sus tallos, a medio abrir y moradas por culpa del frío.

«Crauc-crauc».

El cuervo se posa en la torreta del ala este y me mira. Y entonces, ante mis ojos atónitos, sobrevuela el lugar donde se halla la entrada secreta a los reinos y desaparece.

La noche siguiente, nuestra última noche en Spence antes de Pascua, ardemos en deseos de entrar de nuevo en los reinos. No voy a intentar conjurar la puerta de luz yo sola; no sirve de nada esforzarse cuando lo único que lograré es llevarme una decepción, y más sabiendo que tenemos otra ruta de acceso infalible. En cuanto nos hemos asegurado de que las profesoras se han ido a dormir, corremos hacia la puerta secreta del ala este para dirigirnos a las Tierras Fronterizas. Ya no nos apetece quedarnos en el jardín. De alguna manera parece un juego infantil, un lugar donde transformar piedras en mariposas como hacen las chicas. Ahora nos encaprichamos del crepúsculo azul de las Tierras Fronterizas, con sus flores almizcladas, y la atracción magnética de las Tierras Invernales. Cada vez que jugamos, nos encontramos un paso más cerca de ese muro imponente que nos separa de su espacio desconocido.

Hasta el castillo nos parece menos amenazador. La exuberancia de la belladona que florece en sus muros le proporciona color, como si fuera un salón de Mayfair recubierto con un exótico papel pintado. Atravesamos las puertas del castillo recubiertas de parras gritando el nombre de Pip, y ella corre a nuestro encuentro, chillando de alegría.

—¡Pon fin estáis aquí! ¡Señoras! ¡Señoras, ya puede dar comienzo nuestra distinguida fiesta!

Después de que la magia nos haya unido en una feliz comunión, la noche es nuestra. La fiesta se extiende fuera del castillo, hasta el bosque teñido de azul. Entre risas, jugamos al escondite tras los abetos y los arbustos de bayas, y correteamos felices entre las parras enredadas que se entrecruzan en la tierra helada. Ann empieza a cantar. Su voz es deliciosa, pero, aquí, en los reinos, alcanza una libertad de la que carece en nuestro mundo. Canta sin tapujos y su canción diluye nuestras preocupaciones como el vino.

Bessie y las chicas de la fábrica la vitorean con entusiasmo, no con el aplauso educado y mesurado de los salones sino con los gritos bulliciosos y alegres del *music hall*. Bessie, Mae y Mercy se envuelven en vestidos de noche glamurosos, joyas y estrambóticos zapatos. Jamás han disfrutado de tanta elegancia y poco importa que sea fruto de la magia; ellas se lo creen y esa creencia lo cambia todo. Tenemos derecho a soñar y eso, supongo, es el mayor poder de la magia: la noción de que somos capaces de arrancar posibilidades de los árboles como fruta madura. Rebosamos esperanza. La transformación nos llena de vida. Podemos ser lo que queramos.

—Entonces, ¿soy una dama? —pregunta Mae, pavoneándose con su nueva falda azul.

Bessie la empuja con gesto afectado.

—¡La reina de la maldita Saba!

Se ríe en voz alta y ronca.

Mae le devuelve el empujón con menos amabilidad.

—¡Ah! ¿Y qué eres tú? ¿El Príncipe Alberto?

—¡Eh! —reprende Mercy—. ¡Ya basta! Se supone que éste es un momento feliz, ¿no?

Felicity y Pip bailan un vals de forma cómica, fingiendo ser el señor Mortalmente Aburrido y la señora Sosa. Con una ridícula voz de persona estirada, Felicity cotorrea acerca de la caza del zorro.

—El zorro debería estar agradecido de poder enfrentarse a nuestras armas, pues son las mejores de la sociedad las que apuntan a su modesta silueta. ¡Que afortunado!

Mientras, Pippa pestañea y dice:

—Pues bien, señor Mortalmente Aburrido, si eso dice, eso debe ser, puesto que estoy segura de que no tengo ninguna opinión respecto de este asunto.

Es como si Punch y Judy^[4] hubieran cobrado vida, y nos reímos hasta que se nos saltan las lágrimas. A pesar de su ridiculez, se mueven elegantemente por la estancia. Con una gracia exquisita, una se anticipa a los pasos de la otra, dando vueltas y más vueltas, con las piedras preciosas de Pip parpadeando ante el polvo.

Pippa hace cabriolas y nos invita por turnos a bailar. Canta un fragmento de alegres versos.

—«Oh, tengo un amor, un verdadero, verdadero amor, que me aguarda en la lejana costa...».

Felicity se echa a reír.

—¡Oh, Pip!

Es el estímulo que Pippa necesita. Aún cantando, arrastra a Felicity a otra pieza de baile.

—«Y si mi amor deja de ser mi amor, dejaré de vivir...».

De hecho, Pip, en este preciso momento, está encantadora; irresistible. No siempre me ha caído bien, puede resultar molesta y deliciosa en igual medida. Sin embargo, salvó a estas chicas de un terrible destino. Las salvó de las Tierras Invernales, y desea cuidar de ellas. La antigua Pip nunca habría sido capaz de mirar más allá de sus propios problemas para ayudar a alguien, y eso debe de servir para algo.

Cuando nos sentimos exhaustas, nos tendemos en la fría tierra del bosque. Los abetos hacen guardia. Los arbustos de hojas dentadas nos ofrecen un puñado de bayas duras y minúsculas, no más grandes que guisantes. Huelen a clavo, a naranja y a almizcle. Felicity posa una mano en el regazo de Pip y ésta le trenza el cabello en largas y sueltas trenzas. Bessie Timmons las contempla con tristeza. Es duro se relegada del afecto de Pippa.

Unas luces centelleantes se cuelan por las ramas espesas de un abeto.

—¿Qué ha sido eso?

Mae corre hacia un árbol y las luces vuelan a otra rama.

Las seguimos. Vistas de cerca, advierto que no son luces, sino diminutas criaturas con aspecto de hadas. Revolotean de rama en rama y el árbol se arremolina con el movimiento.

—Tienes magia —gritan—. Podemos percibirlo.

—Sí, ¿y qué? —dice Felicity desafiándolas.

Dos minúsculas criaturas se depositan en la palma de mi mano. Su piel es tan verde como la hierba nueva. Brilla como un beso de rocío. El cabello parece oro hilado; les cuelga en hondas que caen por sus espaldas iridiscentes.

—Tú eres la única... la única que tiene la magia —susurran esbozando extáticas sonrisas—. Eres muy hermosa —murmuran con dulzura—. Regálanos tu magia.

Ann se pone detrás de mí.

—Oooh, ¿puedo mirar?

Se acerca más y una de las hadas le escupe en la cara.

—Vete. Tú no eres nuestra hermosa. Ni nuestra maga.

—Deja de hacer eso —digo.

Ann se limpia la saliva de la mejilla. La piel le brilla en el lugar donde le ha escupido.

—También yo tengo magia.

—Deberías aplastarlas con ella —dice Felicity.

Las hadas gimen y se agarran a mi pulgar y a mis dedos. Restriegan sus rostros contra mi piel como animalillos. Alargo la mano y toco a una de ellas. Su piel es como la de un pez. Me deja una estela de escamas relucientes en los dedos.

—¿Qué queréis? —le pregunta Felicity.

Le da un capirotazo a una con la uña y ésta se cae de espaldas.

—Hermosa —murmuran una y otra vez las criaturas con aspecto de hadas.

Sé que no tengo el mismo tipo de belleza de Pippa ni el encanto de Felicity, pero sus palabras de llenan de una nueva ilusión. Quiero creerlas, y eso me basta para seguir escuchándolas. El hada más alta se acerca. Se mueve con una elegancia seductora, igual que las cobras que he visto bailar para sus amos: con complacencia aunque capaces de atacarte en cualquier momento. Quisiera escucharlas de nuevo decir que soy hermosa. Y también que me quieren. Es curioso: cuanto más lo repiten, mayor es el vacío que siento en mi interior y que me desespero por llenar.

Las pequeñas criaturas se agarran a mí con fuerza.

—Oh, sí, nuestra hada es hermosa, hermosa. Te adoramos. Quisiéramos tener algo tuyo pues tanto te amamos.

Pongo una mano en sus cabezas. Su cabello es tan suave como la seda de color maíz. Cierro los ojos, mi cuerpo emite un zumbido y siento la magia que emerge de mí. Pero son impacientes. Sus manos en miniatura se aferran ávidamente a mis dedos. La aspereza escamosa de su piel me sorprende y, durante un instante, pierdo la

concentración.

—¡No! ¡Estúpida mortal!

Una voz lacera mis oídos. Al mirar hacia abajo, las veo observarme anhelantes... llenas de odio, como si estuvieran dispuesta a matarme y devorarme si les diera la oportunidad. Instintivamente, aparto la mano.

Se abalanzan a por mis dedos fuera de su alcance.

—¡Devuélvenosla! ¡Ibas a dárnosla!

—He cambiado de opinión.

Las deposito en la rama de un árbol.

Adquieren una tonalidad verde aún más brillante.

—No podemos aspirar a ser tan especiales como tú, belleza. Quiérenos y nosotras te queremos a ti.

Sonríen y bailan para mí, pero esta vez sus palabras no son tan embriagadoras. Puedo escuchar un siseo arenoso bajo sus declaraciones.

—Queréis lo que yo pueda hacer por vosotras —digo corrigiéndolas.

Se ríen, pero su risa carece de cordialidad. Me recuerda a la tos de un hombre agonizando.

—Tu poder no es nada comparado con el del Árbol de Todas las Almas.

Me giro rápidamente.

—¿Qué habéis dicho?

Suspiran extáticas.

—Sólo con tocarlo se puede saber lo que es el poder de verdad: todos los miedos desaparecen y todos los deseos se cumplen.

Apreso a una con el puño. Se revuelve. El miedo distorsiona sus rasgos y los convierte en una máscara horrible.

—¡Déjame, déjame!

La otra criatura da un brinco y me muerde el pulgar. La alejo de un golpe y da volteretas en el aire hasta que logra agarrarse a una rama para no caer al suelo.

—¡Te dejaré marchar en seguida! ¡Deja de revolverte! Sólo quiero que me hables de ese árbol.

—No te diré nada.

—Hazla papilla —dice Felicity, azuzándome.

La boca de la criatura forma una aterrorizada O.

—Por favor... te diré cuanto sé...

Felicity sonríe complacida.

—Así es como se consigue lo que uno quiere.

Sostengo a la criatura en las palmas de mis manos.

—¿Qué es el Árbol de Todas las Almas?

La criatura se relaja.

—Un lugar con una magia superior que se halla en el interior de las Tierras Invernales.

—Creía que la única fuente de magia de los reinos era el Templo.

La sonrisa de la criatura se asemeja a una máscara mortuoria. Salta a una rama superior y se pone fuera de mi alcance.

—Espera... ¡no te vayas! —grito.

—Si quieres saber más, tendrás que viajar a las Tierras Invernales y averiguarlo por ti misma. ¿Cómo vas a gobernar los reinos si no has visto nunca su inhóspita belleza? ¿Cómo vas a gobernarlos si tan sólo conoces la mitad de la historia?

—Sé todo cuanto necesito saber de las Tierras Invernales —respondo, poco convencida de mi respuesta.

Las palabras de la pequeña bestezuela están llenas de verdad.

—Sólo sabes lo que te han contado. ¿Lo darás por bueno sin cuestionártelo? ¿Sin verlo por ti misma? ¿No has pensado nunca que ellas quieran mantenerte alejada de su hechizo?

—¡Largo de aquí! —exclama Felicity de repente.

Con un aullido, la criatura cae rebotando de rama en rama hasta aterrizar en una gruesa hoja con un audible *uf*.

—¡Eres una necia, una necia! —jadea—. ¡En las Tierras Invernales se comprobará! Sabrás lo que es el poder de verdad y te echarás a temblar...

—¡Qué bestiecillas tan horripilantes! ¡Ya os enseñaré yo a temblar! —exclama Felicity intentando darles caza.

Las criaturas, asustadas, salen volando entre los árboles.

—¡Largaos! Dejados en paz, estúpidos mortales.

La pequeña Wendy se encoge y se tapa las orejas.

—Ahí está de nuevo, ese grito.

El *Señor Darcy* se mete de un brinco en su jaula y Wendy se agarra a ella con fuerza.

—¡Wendy, déjalo ya! —la regaña Mae—. No se ha oído ningún grito.

—Vamos, cariño, coge mi mano —le dice Mercy para tranquilizarla, y le pasa un brazo por encima.

Mucho más allá de las Tierras Invernales, un reflejo rojo se expande por el cielo gris. Arde durante unos segundos y luego desaparece.

—¿Habéis visto eso? —pregunta Ann.

—Acerquémonos.

Bessie echa a correr a través de los altos juncos y las espadañas que se extienden entre el bosque y la muralla colindante a las Tierras Invernales. La densa niebla se filtra hasta aquí, hasta las Tierras Fronterizas, cubriéndonos con un fino sudario hasta asemejarnos a la impronta que deja la pintura húmeda. Nos detenemos cerca del enorme muro. Al otro lado de sus puertas, las picudas cimas de las montañas, negras como el ónice, se elevan por encima de la niebla. El hielo y la nieve se aferran a ellas en precario equilibrio. El cielo se vuelve gris, leal a la tormenta. Un hormigueo me recorre el cuerpo, ante lo prohibido; ante la tentación.

—¿Puedes sentirlo? —pregunta Mae—. ¿Deslizándose por la piel?

Pippa se sitúa junto a mí y me coge de la mano. Felicity le pasa un brazo por la cintura, y Ann se acerca para cogerme de la otra mano.

—¿Crees que realmente exista semejante lugar de energía en las Tierras Invernales? —pregunta Pippa.

«El Árbol de Todas las Almas existe». Eso fue lo que la misteriosa dama escribió en la pizarra. Sin embargo, nadie me había hablado de ello antes. Me doy cuenta, una vez más, de que sé muy poco de este mundo extraño al que debo ayudar a gobernar.

—Está todo demasiado tranquilo. No hemos visto a las criaturas de las Tierras Invernales desde nuestro regreso. ¿Qué crees que habrá allí? —pregunta Ann.

Pippa apoya su cabeza en la mía con dulzura.

—Deberíamos averiguarlo por nosotras mismas.

La mañana trae consigo un vestíbulo lleno de maletas y baúles; las chicas se disponen a regresar a casa por Pascua. Se despiden con abrazos, como si no fueran a volverse a ver nunca más y no el próximo viernes.

He bajado al vestíbulo ataviada con mi vestido de viaje más cómodo: uno de *tweed* marrón que impide que se vean las manchas y el hollín del tren. Ann se ha puesto su anodino traje de viaje. Felicity, por supuesto, está insuperable. Luce un precioso vestido de seda de moaré azul que conjunta a la perfección con el color de sus ojos. A su lado, seguro que parezco un ratón de campo.

Los carruajes que nos llevarán hasta la estación del ferrocarril están preparados. Grupos de chicas se emparejan con sus señoritas de compañía. Los ánimos están altos, pero quienes están realmente agitados son la señora Nightwing y el señor Miller.

—Anoche desapareció uno de mis hombres —dice el señor Miller—. El joven Tambley.

—Señor Miller, ¿cómo es posible que yo sea capaz de mantener controladas a una veintena de escolares y, sin embargo, usted sea incapaz de controlar a unos cuantos hombres crecidos?

Brigid alza la vista tras un carruaje, desde donde instruye sobre cómo asegurar nuestras maletas al vehículo a un sirviente, con el consiguiente enojo de éste.

—¡*Whisky!* ¡El maldito *whisky!* —asegura Brigid asintiendo.

La señora Nightwing suspira.

—Brigid, por favor.

El señor Miller niega fervorosamente con la cabeza.

—No ha sido el *whisky*, señora. A Tambley lo vieron en los bosques y subir hasta el antiguo cementerio, donde oímos unos ruidos. Y ahora ha desaparecido —sisea entre dientes—. Han sido los gitanos, ya se lo dije.

—Y el motivo por el que ustedes se han retrasado en el ala este ha sido la lluvia, si mal no recuerdo. Siempre hay un culpable, una excusa —asegura la señora Nightwing con desdén—. Estoy segura que el señor Tambley aparecerá. Es joven, como usted ha dicho, y la juventud acostumbra a rebelarse.

—Puede que tenga razón, señora, pero me temo que Tambley no aparecerá.

—Tenga fe, señor Miller. Estoy segura de que va a volver.

Felicity y yo abrazamos a Ann. Las dos nos vamos a Londres, mientras que Ann pasará las vacaciones con sus horribles primos en el campo.

—No consientas que esos abominables mocosos te tomen el pelo —le digo a Ann.

—Será la semana más larga de toda mi vida —responde con un suspiro.

—Mi madre insistirá en hacer un montón de visitas para que podamos congraciarnos con ellas —dice Felicity—. Así que estaré en constante exposición, como una de esas horribles muñecas de porcelana.

Echo un vistazo a mi alrededor, pero no veo a la señorita McCleethy por ninguna parte.

—Vamos —les digo cogiéndoles las manos—. Un poco de coraje para sobrellevarlo.

Enseguida las tres sentimos que la magia nos recorre la piel y nos trae brillo a los ojos y color a las mejillas. Un cuervo pasa volando y, tras emitir un potente graznido, se posa en la torreta, donde uno de los hombres del señor Miller trata de espantarlo. Me recuerda al pájaro que vi la otra noche y que luego desapareció. ¿O no? «Era tarde —me digo a mí misma— y estaba oscuro, y ambas cosas conllevan que las impresiones sean poco fidedignas». Y, de todas maneras, con la magia fluyendo en mí, me siento estupendamente, lo bastante para no preocuparme.

Nuestro carruaje cascabelea paseo abajo tras los otros. Vuelvo la vista hacia Spence: los hombres, en el andamio, juntan piedras con argamasa; la señora Nightwing se mantiene inmóvil como un centinela ante la puerta principal; Brigid ayuda a las chicas a ponerse en camino; observo la gruesa capa de césped y los narcisos de color amarillo brillante. La única amenaza son unos nubarrones en movimiento. Soplan y resoplan, y obligan a las chicas a correr entre risas en busca de sus sombreros. Sonrío. La magia me acuna con su cálido abrazo y siento que nada malo puede sucederme. Ni siquiera las nubes oscuras que arremeten contra las silenciosas gárgolas pueden darnos alcance.

Sin previo aviso, la sangre bombea con fuerza en mis venas hasta transformarse en el único sonido que escucho: zum, zum, zum, zum. Afuera, el tiovivo del mundo también coge velocidad. Las nubes tormentosas se deslizan y se estiran, bailando en el cielo. Parpadeo, un cañonazo retumba en mis oídos. El cuervo emprende el vuelo. Parpadeo. Se posa en la cabeza de la gárgola. Parpadeo. Cortante como un látigo, la cabeza de la gárgola se retuerce. Me quedo sin aliento y, en ese preciso instante, los afilados dientes de la gárgola se mueven hacia abajo. Siento la cabeza liviana. Mis párpados aletean con tanto ímpetu como las alas del cuervo.

—Gemma... —La voz de Felicity parece surgir del fondo del agua y luego la oigo tan clara como la misma agua—. ¡Gemma! ¿Qué pasa?

La sangre vuelve a bombear con su cadencia habitual.

Felicity tiene los ojos muy abiertos.

—¡Gemma, te has desmayado!

—La gárgola —digo temblando—. Estaba viva.

Las otras dos chicas con las que compartimos el carruaje me miran con cautela. Las cuatro estiramos el cuello fuera de las ventanillas y observamos el tejado de la academia. Está tranquilo e inmóvil, sólo hay piedras. Una gota de lluvia me cae en el ojo.

—¡Oh! —exclamo y me retrepo en el asiento. Me limpio la lluvia del rostro—. Parecía tan real. ¿De verdad me he desmayado?

Felicity asiente. Frunce el ceño en un gesto de preocupación.

—Gemma —murmura—. Las gárgolas son de piedra. Sea lo que sea que has visto debe de ser una alucinación. Ahí fuera no hay nada, te lo prometo. Nada.

—Nada —repito.

Echo un último vistazo detrás de nosotras, y veo un ordinario día de primavera antes de Pascua y un retazo de lluvia que se acerca procedente del este. ¿De verdad he visto esas cosas o sólo las imaginé? ¿Se trata de un truco nuevo de la magia? Me tiemblan los dedos en el regazo. Sin decir palabra, Felicity pone sus manos sobre las mías y silencia mi miedo.

Se dice que París en primavera es una visión espectacular, que hace que uno se sienta como si jamás fuera a morir. No puedo saberlo pues nunca he estado en París. Pero, en Londres, la primavera es algo completamente distinto. La lluvia repiquetea contra el techo del carruaje. Las calles están invadidas en igual medida por el tráfico y la niebla de gas. Dos muchachos, un par de barrenderos, barren el polvo y la suciedad del adoquinado para que una dama elegante pueda pasar, mientras ellos están a punto de ser atropellados por un ómnibus cuyo conductor los maldice acaloradamente. Los improperios del chófer no son nada comparado con lo que los caballos les dejan para limpiar; a pesar de mis recelos por los que encontraré en Belgravia, estoy eternamente agradecida por no ser barrendera.

Al llegar a la casa tengo el cuerpo magullado por las incesantes sacudidas del carruaje y la falda con un dedo de barro. Una sirvienta se lleva mis botas de la entrada sin hacer comentario alguno respecto del agujero que tengo en un dedo de la media derecha.

La abuela aparece en el vestíbulo.

—¡Cielo santo! ¿Qué diantre ha pasado? —exclama al verme.

—La primavera londinense —respondo mientras me recojo un mechón de pelo detrás de la oreja.

Cierra las puertas de vestíbulo tras ella y me lleva a un lugar tranquilo junto a un enorme cuadro. Tres diosas griegas bailan en la arboleda de una ermita mientras Pan toca su flauta, con su pequeña pata de cabra acompañando el son felizmente sobre los tréboles. Es tan horrible como dejar de respirar y no puedo imaginar qué le hizo comprarlo, y mucho menos exponerlo con tanto orgullo.

—¿Qué es eso?

—*Las Tres Gracias* —responde chasqueando la lengua—. Le tengo mucho cariño.

Es la pintura más espantosa que he visto jamás.

—Hay un macho cabrío bailando una giga.

La abuela lo evalúa orgullosamente.

—Representa a la naturaleza.

—Lleva calzones.

—Basta ya, Gemma —gruñe la abuela—. No te he traído hasta aquí para hablarte de arte, de lo que pareces saber muy poco, sino para hablarte de tu padre.

—¿Cómo se encuentra? —pregunto y enseguida me olvido del cuadro.

—Delicado de salud. Ésta tiene que ser una visita tranquila. No quiero rabietas, ni que hagas exhibición de tus peculiares costumbres ni nada que le moleste. ¿Has entendido?

Mis peculiares costumbres. Si ella supiera...

—Claro, por supuesto.

Después de quitarme el vestido enlodado y ponerme uno limpio, me reúno con los demás en el salón.

—Ah, ya está aquí nuestra Gemma —dice la abuela.

Padre se levanta de su silla junto a la chimenea.

—Cariño, ¿cómo puede ser hija mía esta joven dama tan hermosa y elegante?

Su voz es débil y sus ojos no brillan como antes; aún está muy delgado, pero su bigote se curva en una amplia sonrisa. Extiende los brazos y corro hacia él, de nuevo soy su pequeña. Unas repentinas lágrimas pugnan por aflorar a mis ojos y las borro con un parpadeo.

—Bienvenido a casa, padre.

Su abrazo no es tan fuerte como antes, pero aún es cálido y nos recreamos en él cuanto nos es posible. Sus ojos se suavizan.

—Cada día te pareces más a ella.

Tom permanece sentado en una silla, enfurruñado, tomando un té con pastas.

—El té ya está frío Gemma.

—No deberíais haberme esperado —contesto sin soltarme de mi padre.

—Eso es lo que les dije —contesta Tom.

Mi padre me ofrece una silla.

—Cuando eras pequeña solías sentarte a mis pies. Pero como ya no eres una niña sino una joven dama, debes sentarte como corresponde.

La abuela nos sirve té que, a pesar de las protestas de Tom, aún está caliente.

—Hemos recibido una invitación a cenar esta semana en la Sociedad Hipocrática de Chelsea y Thomas ha aceptado.

Con el ceño fruncido, Tom deja caer dos terrones de azúcar en su té.

—Qué bien.

Padre deja que la abuela le sirva un poco de leche en sus taza, y el té se enturbia.

—Asistirá un buen grupo de conocidos, Thomas, tenlo muy en cuenta. ¡Vaya! Si hasta el mismo doctor Hamilton es miembro de ella.

Tom mordisquea una pastita.

—Sí, el viejo doctor Hamilton.

—Está en mayor consonancia con tu posición social que el Ateneo —dice padre—. Has hecho bien acabando con esa tontería.

—No es ninguna tontería —responde Tom con voz sombría.

—Sí que lo era y tú lo sabes —insiste mi padre entre toses.

La tos resuena en su pecho.

—¿Está el té demasiado frío? ¿Pido que nos sirvan más? Oh, ¿dónde se ha metido esa chica?

La abuela se levanta, se sienta y se vuelve a levantar hasta que padre le hace señas de que se esté quieta y toma asiento de nuevo. Sus dedos nerviosos doblan la servilleta en un cuadrado minúsculo.

—Te pareces tanto a ella —vuelve a decir padre. Tiene los ojos húmedos—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cuándo empezó a ir todo mal?

—John, ya no estás solo —dice la abuela con labios temblorosos.

Tom observa el suelo con la mirada triste.

—Daría mi alma por poder olvidar —susurra padre entre lágrimas.

Está destrozado y una brecha se abre entre todos nosotros. Creo que se me va a partir el corazón. Sólo necesitaría un poco de magia para cambiar la situación.

«No, quitatelo de la cabeza, Gemma».

Pero ¿por qué no? ¿Por qué debo permitir que sufra cuando puedo evitarlo? No estoy dispuesta a pasar otra semana horrible en compañía de ellos. Cierro los ojos y mi cuerpo recibe la sacudida de sus secretos. A lo lejos, oigo a mi madre pronunciar mi nombre, confusa, y, después, el tiempo se ralentiza hasta que conforman un extraño e inmóvil retablo: Padre con la cabeza en sus manos; la abuela removiéndola su preocupación en el té; Tom con el ceño fruncido, prueba palpable de que está descontento de nosotros. Pronuncio mis deseos en voz alta y los toco de uno en uno.

—Padre, olvidará su dolor.

—Thomas, ya ha llegado el momento en que te comportes como un hombre y no como un niño.

—Y, abuela, deje que nos divirtamos un poco, ¿de acuerdo?

Sin embargo, la magia aún no ha acabado. Pues halla mi intenso deseo de recuperar la familia que tuve una vez pero que perdí en unas tempestades que no puedo controlar. Durante un instante, me veo a mí misma feliz y despreocupada, correteando bajo los cielos azules de la India. La risa resuena en mi cabeza. Oh, si pudiera, intentaría recuperar de nuevo esa felicidad. La fuerza de ese deseo me llega hasta las rodillas. Me impele a llorar. Sí, quisiera recuperarla. Quisiera sentirme a salvo. Protegida. Amada. Si la magia puede proporcionármelo, entonces lo obtendré.

Tomo aire y lo expulso con fuerza.

—Y ahora empecemos de nuevo.

El tiempo avanza precipitadamente. Levantan la cabeza como si despertaran de

un sueño del que se complacieran en librarse de él.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta padre.

Los grandes ojos de la abuela parpadean.

—Qué cosa tan curiosa, pero es que no me acuerdo de nada. ¡Ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué tonta!

Tom coge otra pastita.

—¡Qué pastas tan deliciosas!

—Tom, ¿crees que nuestros hombres ganarán hoy a Escocia en el campeonato?

—¡Sin duda alguna Inglaterra se hará con la victoria! Nuestro equipo de críquet es el mejor del mundo.

—¡Buen chico!

—Padre, ya no soy un chico.

—¡Tienes razón! Hace tiempo que usas pantalones largos.

Padre se ríe y Tom se une a sus risas.

—Los caballeros son el orgullo del Señor —añade Tom—. Gregory es un buen hombre.

Padre se retuerce el bigote.

—¿Gregory? Un excelente jugador de críquet. Aunque claro, no es W. C. Grace. Era realmente emocionante ver jugar al doctor. No había nadie igual.

Padre se come dos pastitas y sólo tose una vez. La abuela nos llena las tazas hasta el borde.

—¡Oh, esta habitación necesita más luz!

En lugar de avisar al ama de llaves, se mueve entre las ventanas y descorre los pesados cortinajes. Ha dejado de llover. Un atisbo de sol se asoma entre el cielo gris de Londres y lo envuelve como un rayo de esperanza.

—¿Gemma? —dice la abuela—. Querida, ¿qué diantres te ocurre? ¿Por qué lloras?

—Por nada. —Sonríe entre lágrimas—. Por nada en absoluto.

Que yo recuerde, es una de las veladas más felices que hemos pasado juntos. Padre nos reta a jugar al *whist*, y nos dedicamos a jugar a cartas toda la tarde. Hacemos nuestras apuestas con nueces, pero éstas son tan deliciosas que nos las comemos a escondidas, así que nos quedamos sin nueces para seguir apostando y nos vemos obligados a abandonar el juego. La abuela se sienta ante al piano y nos invita a cantar toda una ronda de entusiastas y novedosas canciones. La señora Jones nos trae unos tazones de chocolate humeante y la invitamos a acercarse al piano y a corear un par de canciones. Cuando anochece, padre enciende la pipa que le regalé en Navidad y su aroma conjura los recuerdos de infancia que me envuelven como una crisálida.

—Ojalá tu madre pudiera estar aquí para compartir este fuego con nosotros —dice padre, y contengo la respiración, preocupada por que este castillo de naipes que

he construido se venga abajo.

No estoy dispuesta a dejar escapar tanta felicidad. Le doy otro toque de magia.

—Qué raro —dice con el rostro iluminado—. Estaba pensando en tu madre, pero ya no recuerdo en qué y no puedo acordarme de ello.

—Mejor así —respondo.

—Sí. Olvidémoslo —contesta—. ¿A quién le gustaría escuchar una historia?

Todos queremos escuchar una de las historias de padre, pues son realmente entretenidas.

—¿Os he contado alguna vez la del tigre...? —empieza a decir y sonreímos.

La conocemos de sobra; la explicado cientos de veces pero no nos importa. Nos sentamos y de nuevo nos dejamos atrapar por sus espléndidos relatos que, por lo que parece, nunca perderán su magia.

La Pascua nos sorprende a todos con una gloriosa mañana de un azul tan puro que hace daño a la vista. Después de acudir a la iglesia, paseamos afablemente hasta Ladies' Mile, en Hide Park. Las calles se transforman en un mar de encaje blanco a medida que las sombrillas se abren para mantener alejado al débil sol londinense. A pesar de su escasa intensidad, pueden salirnos pecas, y nuestras pieles tienen que estar sin mácula, al igual que nuestra reputación; aunque para eterno descontento de mi abuela, la mía ya está cubierta de puntitos marrones.

Las damas, con sus mejores galas de Pascua, se pavonean como pavos reales. Ocultas bajo sus parasoles, examinan el nuevo abrigo ribeteado con pieles de *lady* Derrochona o los intentos de la señora Belleza Marchita por parecer más joven de lo que es llevando el corsé demasiado ceñido. Dictan sentencia con una simple mirada o un fruncido de labios. Las niñeras y nodrizas van detrás de madres y padres, empujando cochecitos y amonestando a los niños que se alejan de ellas.

Aunque aún no ha acabado de florecer, el parque es esplendoroso. Muchas señoras han trasladado sus sillas a la hierba para poder charlar y mirar los caballos. El sendero pertenece a las ansiosas por demostrar sus habilidades en la silla. Por doquier, las Amazonas se liberan dando muestras de un implacable espíritu competitivo. Aunque enseguida toman conciencia de sí mismas, por lo que enlentecen la marcha hasta convertirla en un trote amable. Lo que es una pena, puesto que quisiera verlas abrirse paso en Hide Park con los ojos ávidos de deseo y sus bocas esbozando sonrisas felices y resueltas.

Tengo la desdicha de pasear junto a la hija de un acomodado comerciante a quien debe aterrorizar el silencio, puesto que no deja de hablar. La he apodado la señorita Cotorra.

—¡Y luego bailó con él cuatro piezas seguidas! ¿Te lo imaginas?

—Qué escándalo —respondo con poco entusiasmo.

—¡Eso es lo que fue! Todo el mundo sabe que tres es el límite —contesta sin darse cuenta de lo poco que me interesa.

—Cuidado. Por ahí vienen las viudas de los militares —le advierto.

Adoptamos una pose de recatada inocencia. Un grupo de ancianas damas, empolvadas y maquilladas hasta lograr la rigidez de un merengue, pasan por delante de nosotras con un leve gesto de asentimiento. La muchedumbre se diluye sólo lo necesario para que mi corazón esté a punto de detenerse. Simon Middleton, resplandeciente con su traje blanco y gorra de marinero, camina en nuestra dirección. Había olvidado lo atractivo que es: alto, bien formado, cabello castaño y ojos azules como un límpido mar. Pero es el centelleo atrevido de sus ojos lo que hace que una chica se sienta como si estuviera desnuda y no le molestase en absoluto. Simon pasea

acompañado de una encantadora morena. Es menuda y delicada como la bailarina de una caja de música. Su dama de compañía camina junto a ella, la viva imagen de la respetabilidad.

—¿Quién es la chica que acompaña a Simon Middleton? —susurro.

La señorita Cotorra está encantada de compartir un chismorreo conmigo.

—Se llama Lucy Fairchild y es una prima lejana —explica sin aliento—. Es estadounidense y procede de una familia acomodada. Nuevos ricos, por supuesto, pero tienen dinero a espuestas, y su padre la ha enviado aquí con la esperanza de que se case con algún pobre segundón y vuelva a casa con un título nobiliario con que dar brillo a su riqueza.

Así que ésta es Lucy Fairchild. También mi hermano se arrojaría a las vías del tren para llamar su atención. Cualquiera hombre lo haría.

—Es preciosa.

—¿Acaso no es absolutamente perfecta? —dice la señorita Cotorra en tono melancólico.

Supongo que esperaba escuchar que estaba equivocada. «Bueno, al fin y al cabo, no creo que sea tan guapa. Tiene un cuello muy gracioso y su nariz tiene una forma muy curiosa». Sin embargo, se limita a confirmar su belleza; ¿por qué su belleza proyecta sobre mí semejante sombra alargada haciendo que mi luz se extinga por completo?

La señorita Cotorra prosigue.

—Hay rumores de matrimonio.

—¿Con quién?

Mi compañera se echa a reír.

—¡Oh, vamos! Con Simon Middleton, por supuesto. ¿Acaso no hacen una pareja encantadora?

Una petición de matrimonio. En navidades, Simon me hizo el mismo tipo de proposición. Sin embargo, lo rechacé. Y ahora me pregunto si no me precipité al hacerlo.

—Pero eso del matrimonio sólo es un rumor —digo.

La señorita Cotorra mira a ambos lados de soslayo y luego baja la sombrilla para ocultarnos de la vista de los demás.

—Bueno, no debería contártelo, pero me he enterado por casualidad de que la fortuna de los Middleton ha sufrido un revés. Necesitan dinero. Y Lucy Fairchild está muy bien acomodada. Supongo que cualquier día de éstos anunciarán su compromiso. ¡Oh, ahí está la señorita Hemphill! —exclama la señorita Cotorra muy excitada.

Tras divisar a alguien más importante que yo, se aleja sin pronunciar siquiera una palabra, lo que supongo que agradecerán mis oídos.

Mientras mi abuela parlotea con una anciana sobre jardines y reumatismo y todo tipo de temas impresos bajo la entrada De Lo Que Tienen Que Hablar Las Ancianas,

me quedo a lo largo de Roten Row, mirando los caballos y compadeciéndome de mí misma.

—Que pase una buena Pascua, señorita Doyle. Tiene muy buen aspecto.

Simon Middleton se detiene junto a mí. Es fuerte y brillante y tiene hoyuelos... y está solo.

—Gracias. Me alegro de verte —digo.

—Lo mismo digo.

Carraspeo. «Di algo ingenioso, Gemma. Algo que no sea una obviedad, por el amor de Dios».

—Bonito día, ¿verdad?

Simon esboza una sonrisa de suficiencia.

—En efecto. Esto... estás magnífica. Es magnífico que nos hayamos encontrado. Y, por supuesto, también hace un día magnífico. Creo firmemente que estamos magníficamente rodeados de la belleza de las cosas.

Me hace reír. Es una de sus virtudes.

—Soy un pésimo conversador.

—No es verdad. De hecho, me atrevería a decir que eres un... magnífico conversador.

Unos cuantos caballos nos pasan a galope tendido y Simon los saluda con una ovación.

—He oído que hay que darte la enhorabuena en toda regla —oso decir.

Simon arquea una ceja. Sus labios esbozan una malvada sonrisa que aún lo hace más atractivo.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Se dice que lo tuyo con la señorita Fairchild va muy en serio —replico mientras bajo la vista hasta el sendero de tierra donde Lucy Fairchild monta a caballo.

—Se me antoja que el críquet no es el verdadero deporte de Londres —dice Simon—, sino la rumorología.

—No debería de haber dicho eso. Lo siento.

—No lo sientas. No me importa. Adoro las groserías. —Su sonrisa maliciosa aparece de nuevo. Obra su magia y me siento más liviana—. De hecho, en estos momentos, mi corazón pertenece a otra chica.

Siento un nudo en el estómago.

—¡Oh!

—Sí. Se llama *Bonnie*. Y está aquí mismo. —Señala a una yegua de un reluciente tono castaño que es conducida hacia la línea de salida—. Algunos dicen que tiene los dientes demasiado grandes para su cara, pero yo no opino lo mismo.

—Y piensa en lo que te vas a ahorrar en jardineros, pues *Bonnie* puede encargarse de mantener tu césped bien recortado —digo.

—Sí. La nuestra será una unión feliz. Y bastante estable —responde obsequiándome con una sonrisa.

—Me gustaría hablar contigo de un asunto, si me lo permites —digo con la voz entrecortada—. Respecto a tu madre.

—Por supuesto. —Parece contrariado—. ¿Qué es lo que ha hecho ahora?

—Tiene que ver con la señorita Worthington.

—Ah, Felicity. Entonces, ¿qué es lo que ha hecho ella ahora?

—*Lady Markham* tiene que presentarla ante la corte —respondo haciendo caso omiso de su burla—. Pero tu madre pone objeciones al respecto.

—Mi madre no es una ferviente admiradora de la señora Worthington, y tu broma con la señorita Bradshaw en navidades no sirvió de ayuda para mitigar su enemistad. Mi madre se lo tomó como una ofensa a su reputación.

—Lo lamento. Pero Felicity tiene que hacer su presentación en sociedad. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarla?

Simon me dirige una mirada perversa y siento que me enrojeczo hasta el cuello.

—Deja las cosas como están.

—No puedo —alego.

Simon asiente y reflexiona.

—Entonces tendrás que obtener el afecto de *lady Markham*. Dile a Felicity que encante al viejo murciélago ése y a su hijo, Horace. Con eso salvará el día... y su herencia. Sí —dice al ver la expresión de mi rostro—. Sé que tiene que hacer su presentación en sociedad para poder reclamar su herencia. Todo el mundo lo sabe. Y son muchos en Londres a los que les gustaría ver a la descarada de Felicity Worthington bajo la tutela de su padre.

Al final de Ladies' Mile, las amazonas ya están en la línea de salida. Permanecen erguidas en sus monturas, vivo retrato del recato y la elegancia, mientras sus enceguecidos caballos relinchan y hacen cabriolas. Están preparadas para empezar la carrera y demostrar de lo que son capaces.

—Ha sido un placer volverte a ver, Gemma. —Simon me roza ligeramente el brazo—. Me preguntaba qué tal estabas, si aún conservabas la caja de doble fondo que te regalé y si todavía guardas en ella tus secretos.

—Aún la conservo —digo.

—La misteriosa Gemma Doyle.

—¿También tiene secretos la señorita Fairchild? —pregunto.

Echa un vistazo hacia el sendero, donde Lucy Fairchild permanece erguida en su montura.

—Es una chica... sin problemas.

Sin problemas. Despreocupada. Su alma no tiene dobleces oscuros.

Se da la salida. Los caballos corren. Levantan una nube de polvo a lo largo del sendero, pero éste no puede ocultar la ambición que se refleja en el rostro de las amazonas ni la ferocidad de sus ojos. Quieren ganar. El caballo de Lucy Fairchild es el primero en cruzar la línea de meta. Simon se acerca corriendo para felicitarla. Tras la batalla, el rostro de Lucy está cubierto de polvo. Le brillan los ojos, lo que

intensifica su belleza. Sin embargo, al ver a Simon, se despoja con rapidez de su ferocidad; su expresión se transforma en dulce timidez y acaricia con dulzura el cuello del caballo. Simon se ofrece a ayudarla a desmontar y, aunque podría hacerlo perfectamente sin ayuda, la acepta. Parece como si ejecutaran un impecable *pas de deux*.

—Enhorabuena —digo y le ofrezco mi mano.

—Señorita Doyle, le presento a la señorita Lucy Fairchild de Chicago, Illinois.

—¿Cómo está usted? —logro preguntar.

Escruto su rostro en busca de imperfecciones pero no hallo ninguna. Es una auténtica rosa.

—Señorita Doyle —responde dulcemente—. Qué agradable poder conocer a una amiga de Simon.

Simon. Su nombre de pila.

—Monta a caballo muy bien —digo.

Inclina la cabeza.

—Es usted demasiado amable. Sólo soy una amazona pasable.

—¡Gemma!

Me siento aliviada al ver a Felicity acercarse a donde estamos nosotros. Lleva puesta una gorrita de terciopelo decorada con un ramillete de flores de seda. Le enmarca el rostro de forma encantadora.

—Aquí llega el problema —murmura Simon esbozando una sonrisa.

Felicity me saluda cálidamente.

—¡Feliz Pascua! ¿No ha sido un sermón interminable? No entiendo por qué tenemos que molestarnos en ir a la iglesia. Hola, Simon —saluda, abandonando deliberadamente la etiqueta—. Qué sombrero tan divertido. ¿Lo has cogido de un quiosco de música?

—Feliz Pascua, señorita Worthington. Dígame, ¿cuándo se celebra la fiesta que *lady* Markham prepara en su honor para presentarla en sociedad? Es que no recuerdo haber oído a mi madre mencionarlo.

Los ojos de Felicity centellean.

—Muy pronto, estoy segura de ello.

—Por supuesto —responde Simon con una sonrisa de triunfo.

—Simon, creo que no me has presentado a tu querida compañera —ronronea Felicity vertiendo todo su esplendoroso encanto en Lucy Fairchild.

—No, no lo he hecho.

—Simon —susurra Lucy, avergonzada.

Decido intervenir.

—Felicity, ésta es la señorita Lucy Fairchild. Señorita Fairchild, le presento a la señorita Felicity Worthington.

—¿Qué tal está?

Lucy le extiende una mano y Felicity la sujeta con firmeza.

—Señorita Fairchild, encantada de conocerla. Debe permitirnos a la señorita Doyle y a mí que nos deje cuidar de usted mientras permanezca en Londres. Estoy segura que a Simon, es decir, el señor Middleton, le encantaría que nos convirtiéramos en grandes amigas, ¿no es verdad, Simon?

—Muy amable de su parte —responde Lucy Fairchild.

Felicity nos obsequia con una amplia sonrisa tras su victoria, y Simon asiente levemente con la cabeza, en reconocimiento de su derrota.

—Tenga cuidado, señorita Fairchild. Aceptar que la señorita Worthington le deje «cuidar de usted» no dista mucho de estar con leones.

Felicity ríe.

—¡Oh, nuestro Simon es tan ingenioso! ¿No es verdad, señorita Fairchild?

—Nos encantaría seguir charlando con ustedes, pero me temo que mi madre nos espera. —Simon arquea una ceja—. Buena suerte con sus tentativas, señorita Doyle.

—¿Qué ha querido decir con eso? —pregunta Felicity mientras paseamos por el parque y nos rezagamos a una distancia prudencial de nuestras familias.

Hace un día realmente hermoso. Los niños corretean tras un aro de madera mientras los hacen girar. Las coloridas flores de primavera agitan sus pétalos con finura a nuestro paso.

—Por si te interesa, te diré que le he pedido a Simon que te ayude con su madre y *lady* Markham. Y no considero que sea de gran ayuda haberte burlado de él.

Felicity me mira como si hubiera dicho que comiera gusanos y *chutney*.

—¿Solicitar el favor de los Middleton? Jamás. Ella es odiosa, y él es un libertino de quien has hecho bien librándote.

—¿Acaso no quieres tu herencia? ¿Tu libertad?

—Mi madre es la única que pide favores. Y yo sólo me inclinaré ante la reina —responde Felicity haciendo girar la sombrilla. Dirige la vista hacia *lady* Denby—. De verdad, Gemma, ¿es que no podemos pronunciar ni una sola palabra sin que aparezca ella y su bigote?

—No. No podemos.

—Tú ya no sigues interesada por Simon. Dime que no te interesa.

—No me interesa —digo.

—¡Aún te interesa! Oh, Gemma.

Felicity niega con la cabeza.

—A lo hecho pecho. Hice una elección.

—Podrías haber vuelto con él si lo hubieras deseado.

Dirijo la vista hacia Simon. Lucy y él hacen su ronda de visitas y sonrían a todos cuantos saludan. Parecen contentos. Despreocupados.

—No sé lo que deseo —respondo.

—¿Sabes lo que deseo yo? —pregunta Felicity mientras se detiene para coger una

margarita.

—¿Qué?

—Desearía que Pip pudiera estar aquí. —Arranca uno a uno los pétalos de la margarita—. En verano iríamos a París. Le habría encantado.

—Lo siento —contesto.

Su rostro se ensombrece.

—Hay ciertas cosas que no podemos cambiar, así que da igual lo mucho que deseemos que cambien.

No sé qué quiere decir, aunque Fee tampoco me da tiempo para pensar en ello. Arranca el último pétalo de la margarita con una sonrisa enigmática.

—Me quiere —dice.

Una sombra se cierne sobre Felicity y sobre mí. Su padre, el almirante Worthington, permanece inmóvil en el sendero, tapando el sol. Es un hombre atractivo y de modales agradables. Si no lo conociera bien, me sentiría tan atraída por él como todo el mundo. Va de la mano de su pupila, Polly, de sólo siete años.

—Felicity, ¿puedes cuidar de Polly un rato? Su institutriz se ha indisputado por culpa del calor, y tu madre en estos momentos está ocupada.

—Por supuesto, papá —responde Felicity.

—Ésa es mi chica. Cuidado con el sol —advierte el almirante y, obedientemente, alzamos las sombrillas.

—Vamos, pues —dice Felicity a la niña en cuanto su padre se marcha.

Polly camina dos pasos por detrás de nosotras, arrastrando a su muñeca por la tierra. Es un regalo de Navidad y, sin embargo, ya está destrozada.

—¿Cómo se llama tu muñeca? —pregunto, fingiendo que no soy un absoluto desastre con los niños.

—No tiene nombre —responde Polly mohína.

—¿Ah, no? —digo—. ¿Por qué no?

Polly golpea la muñeca contra una piedra.

—Porque es una chica mala.

—Pues no parece que sea tan mala. ¿Por qué es mala?

—Dice mentiras al tío.

Felicity palidece. Se pone en cuclillas y oculta tras la sombrilla a la pequeña y a ella.

—¿Recuerdas lo que te dije que tenías que hacer, Polly? ¿Encerrarte en tu habitación por la noche para que no entren monstruos?

—Sí. Pero los monstruos entran igual. —Polly tira la muñeca al suelo y le da un puntapié—. Por eso es mala.

Felicity recoge la muñeca y le quita la tierra de la cara.

—Una vez tuve una muñeca como ésta. También ellos decían que era mala. Pero no era verdad. Era una muñeca buena y fiel. Y la tuya también lo es, Polly.

A la pequeña le tiemblan los labios.

—Pero ella miente.

—El mundo es una mentira —susurra Felicity—. No tú ni yo.

Entrega la muñeca a la niña y Polly la acuna en su pecho.

—Algún día seré una mujer rica, Polly. Viviré en París sin papá ni mamá, y podrás venirte a vivir conmigo. ¿Te gustaría?

La niña asiente y coge a Felicity de la mano; caminan cogidas por el paseo, saludando a la gente con gestos desafiantes y sus heridas aún recientes.

La Sociedad Hipocrática tiene su sede en un edificio precioso, aunque algo añoso, de Chelsea. El mayordomo se hace cargo de nuestros abrigos y nos conduce por un amplio salón —donde un buen número de caballeros permanecen sentados, fumando puros, jugando al ajedrez y discutiendo de política— hasta la biblioteca más grande que he visto en mi vida. Todo un surtido de sillas mal emparejadas ocupan las esquinas. Muchas están agrupadas alrededor del fuego crepitante de la chimenea, como si acabara de celebrarse allí mismo un acalorado debate. Las alfombras son persas y tan viejas que en algunos puntos están completamente desgastadas. Las estanterías están atiborradas de libros y, a simple vista, no cabe ni uno más. Textos médicos; estudios científicos; volúmenes en griego y latín y otros clásicos se alinean en los estantes. Me gustaría poderme sentar y leer durante semanas.

El doctor Hamilton nos saluda. Es un hombre de unos setenta años con unas cuantas hebras de cabello cano en la cabeza.

—Ah, están aquí. Bien, bien. Nuestro hombre ha preparado un espléndido festín. No le hagamos esperar.

A la mesa somos doce, una vivaz mezcolanza de médicos, escritores, filósofos y sus respectivas esposas. La conversación es animada y fascinante. Un caballero con anteojos sentado a un extremo de la mesa discute con vehemencia con el doctor Hamilton.

—¡Le digo, Alfred, que el socialismo es el futuro! ¡Imagínese! Equidad económica y social entre los hombres. Ausencia de clases sociales, hasta puede que el fin de la pobreza. Armonía social. La utopía está al alcance de la mano, caballeros, y se llama socialismo.

—Ah, Wells, tiene muy buena mano escribiendo novelas fantásticas, amigo. Disfruté de lo lindo de esa historia sobre viajar a través del tiempo. Aunque el final lo encontré un tanto flojo con los Eloi esos^[5].

Un hombre de mejillas rubicundas y gran barriga toma la palabra.

—Wells, quizá nos ha confundido usted con la Sociedad Fabiana^[6].

Los presentes se ríen entre dientes. Algunos se alzan las gafas.

—¡Escuchen, escuchen! —dicen.

El hombre de los anteojos se disculpa.

—Lamento tener que marcharme y no poder quedarme para discutir este tema con ustedes. Pero proseguiremos esta charla la próxima vez que nos veamos.

—¿Quién era ese caballero? —pregunto en voz baja.

—Era el Señor Herbert George Wells —responde el hombre de mejillas rubicundas—. Seguramente lo conozca usted como H. G. Wells, el novelista. Un

buen hombre. Una mente firme. Aunque esté equivocado respecto del socialismo. ¿Vivir sin una reina? ¿Sin terratenientes y en «sociedades cooperativas»? La anarquía, afirmo. Una auténtica locura. Ah, aquí llega el postre.

Un mayordomo silencioso deposita un enorme suflé de crema ante el hombre y éste hunde su cuchara en él con sumo placer.

Hablamos de ciencia y religión, de libros y de medicina, de la temporada social y también de política. Aunque quien realmente está al mando de la tertulia es mi padre, quien despliega su ingenio y relata sus historias de la India.

—Y luego está la aventura del tigre, aunque mucho me temo que ya he acaparado su atención durante mucho rato —dice mi padre con los ojos brillantes de felicidad.

Los invitados verán satisfecha su curiosidad.

—¡Un tigre! —exclaman—. Tiene que contárnosla.

Complacido, mi padre se inclina hacia delante y baja la voz.

—Habíamos alquilado durante un mes una casa en Lucknow para escapar del calor de Bombay.

—¡Lucknow! —exclama un caballero de cabello semejante a la lana—. ¡Espero que no se topara con ninguno de esos reclutas indios amotinados!

Los comensales se enzarzan en una discusión sobre la famosa revuelta india que se produjo hace décadas.

—Y pensar que esos salvajes asesinaron a inocentes ciudadanos británicos, ¡después de todo lo que hemos hecho por ellos! —cloquea una de las esposas.

—La culpa es nuestra, querida señora. ¿Cómo pudieron pedir a los soldados hindúes y musulmanes que llevaran cartucheras engrasadas con sebo de cerdo y de vaca cuando semejante cosa es una aberración según sus creencias religiosas? —argumenta el doctor Hamilton.

—Vamos, viejo amigo, ¿acaso intenta justificar esa masacre? —protesta el hombre de pelo canoso.

—Por supuesto que no —responde el doctor Hamilton—. Pero si queremos seguir siendo un gran imperio, debemos ser comprensivos con las mentes y los corazones de los demás.

—Quisiera escuchar la historia del tigre del señor Doyle —dice una mujer que luce una tiara, recordándonosla.

Los invitados asienten, y Padre prosigue con su relato.

—Nuestra Gemma no tendría más de seis años. Le encantaba jugar en el jardín rodeado de árboles mientras nuestra ama de llaves, Sarita, tendía la colada y la vigilaba. Esa primavera las noticias se extendieron de pueblo en pueblo: se había visto a un tigre de Bengala pasearse por los pueblos, con todo descaro. El muy osado había destruido un mercado en Delhi y atemorizado a todo un regimiento. Había una recompensa de cien libras esterlinas para quien lo capturase. Jamás imaginamos que el tigre pudiera acercarse hasta nosotros.

Todas las cabezas se inclinan hacia Padre, y éste se regodea ante la atención que

le presta la audiencia.

—Un día, mientras Sarita tendía la colada, Gemma jugaba en el jardín. Fingía ser un caballero con una espada de madera. Estaba imponente, aunque en esos momentos no sabía cuán imponente estaba. Mientras permanecía sentado en mi estudio, escuché un grito procedente del exterior. Corrí a ver cuál era la causa de tanta conmoción. Sarita me llamaba a gritos, con los ojos abiertos de par en par, aterrorizada. «Oh, señor Doyle, mire; ¡allí!». El tigre había entrado en el jardín y se dirigía directamente hacia donde nuestra Gemma jugueteaba con su espada de madera. Junto a mí, nuestro sirviente doméstico, Raj, desenfundó su daga con tanta premura que apareció en su mano como por arte de magia. Sarita lo agarró del brazo. «Si echas a correr hacia él cuchillo en mano, provocarás al tigre —le advirtió—. Debemos esperar».

Un silencio absoluto se cierne sobre la mesa. Los presentes están embelesados con el relato de padre y éste está encantado de tener una audiencia. Desempeñar el papel de narrador de historias es lo que se le da mejor.

—Tengo que decirles que ése fue el peor momento de mi vida. Nadie se atrevía a moverse. Nadie osaba ni respirar. Y, mientras tanto, Gemma seguía jugando, sin darse cuenta de nada hasta casi tener encima al enorme felino. Ella se quedó quieta y lo miró a la cara. Se observaron como si se preguntaran qué hacer el uno con el otro, como si se consideraran almas gemelas. Finalmente, Gemma depositó su espada en el suelo. «Querido tigre, —le dijo— podrás pasar si te muestras tranquilo». El tigre miró la espada y luego a Gemma y, sin emitir sonido alguno, pasó por delante de ella y desapareció en la jungla.

Los invitados ríen entre dientes, aliviados. Felicitan a mi padre por su relato. En estos momentos me siento muy orgullosa de él.

—¿Y su esposa, señor Doyle? ¿También ella oyó el grito? —pregunta una de las damas.

El rostro de mi padre se ensombrece.

—Afortunadamente, mi querida esposa estaba prestando su ayuda en la sala de beneficencia de un hospital, como solía hacer a menudo.

—Debió de ser un alma pía y buena —responde la mujer compasivamente.

—En efecto. Nadie podría decir ni una sola palabra en contra de la señora Doyle. Todos los corazones se enternecían al escuchar su nombre. En todas las casas la recibían con los brazos abiertos. Su reputación era intachable.

—Qué afortunada es usted por haber tenido semejante madre —dice la dama sentada a mi diestra.

—Sí —contesto con una sonrisa forzada—. Muy afortunada.

—Se hallaba atendiendo a los enfermos —explica mi padre—. Había una epidemia de cólera. «Señor Doyle, —me dijo— no puedo quedarme de brazos cruzados mientras los demás sufren. Debo estar con ellos». E iba todos los días con su libro de plegarias. Les leía y secaba sus frentes enfebrecidas, hasta que también ella contrajo la enfermedad.

Tiene toda la apariencia de ser otro de sus excelentes relatos y, aunque los demás están embellecidos, nada en éste es verdad. Mi madre era muchas cosas: fuerte aunque vanidosa, unas veces encantadora y otras despiadada. Sin embargo, carecía de la virtud de la que habla mi padre, pues jamás fue una santa abnegada, ni tampoco cuidó de su familia y de los enfermos sin rechistar y sin quejarse. Observo a mi padre en busca de un gesto que lo traicione, pero no, se cree todas y cada una de sus palabras. Se ha obligado a sí mismo a creérselas.

—Qué alma tan noble y afable —dice la mujer de la tiara, palmeando suavemente la mano de mi abuela—. El vivo retrato de una dama.

—Nadie podría decir ni una palabra en contra de mi madre —observa Tom, haciéndose eco de las palabras de padre.

«Olvida tu dolor». Eso fue lo que le dije ayer a padre en el salón al cogerle de la mano y lo que le repito esta noche. Aunque no era ésa mi intención. Tengo que ser más cuidadosa. Sin embargo, lo que me preocupa no es el poder de la magia ni cómo, a través de una persona, todos lo dan por cierto. No, lo que me inquieta es la intensidad con que también yo quiero creer en ella.

Los carruajes están preparados, lo que indica el final de la velada. Nos congregamos a las puertas del club. Padre, Tom y el doctor Hamilton están enfrascados en una conversación. La abuela y algunas esposas se han ido a dar una vuelta por el club y aún no han regresado. Mientras deambulo por el jardín, alguien me empuja hacia las sombras.

—Bonita noche, ¿verdad?

A pesar de que el sombrero de matón le cubre la frente, reconozco esa voz así como la iracunda cicatriz roja que le afea el rostro. Es Fowlson, el leal perro guardián de los Rakshana.

—No grites —me ordena sujetándome de un brazo—. Sólo quiero decirte algo en nombre de mis jefes.

—¿Qué quieres?

—Mmmm, ¿no eres un poco parca? —Su sonrisa se convierte en un fruncimiento de ceño—. La magia. Sabemos que tienes la magia. La queremos.

—Se la di a la Orden. Ahora la tienen ellas.

—Ya, ya, ¿otra mentirijilla?

El aliento le huele a cerveza y bacalao.

—¿Cómo sabes que no te digo la verdad?

—Sé más de lo que dices, cariño —susurra.

El acero de su navaja brilla en la fría noche. Veo a padre hablar feliz con el doctor Hamilton. Se parece mucho al padre que he echado tanto en falta... No quisiera que nada perturbara esta paz tan frágil.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya te lo he dicho. Queremos la magia.

—Y yo ya te he contestado. No la tengo.

Fowlson restriega la hoja de la navaja contra mi brazo; me hace cosquillas en la piel.

—Haz lo que quieras. No eres la única a quien le gusta jugar. —Mira a mi padre y a Tom—. Me alegra ver a tu padre por ahí. Y a tu hermano. He oído que quiere hacerse un nombre de la peor manera. El pobre Tom. El bueno de Tom. —Fowlson me arranca un botón del guante con la punta de su navaja—. Quizá debería tener una charla con él sobre cómo se comporta su hermana cuando no le presta atención. Con sólo una palabra podría hacer que te encerrara en Bedlam.

—Él no haría eso.

—¿Estás segura? —Fowlson me arranca otro botón del mismo guante, que cae sobre el empedrado—. He visto a chicas poco aplicadas a quienes les han dado pico y pala a su cerebro para curar su enfermedad. ¿Te gustaría pasar el resto de tu vida encerrada en una de sus habitaciones, mirando el mundo a través de un ventanuco?

Siento el chisporroteo de la magia dentro de mí y empleo todas mis energías en contenerla. Fowlson no tiene que saber que la tengo. No es seguro.

—Dame la magia. Me encargaré de que se emplee como es debido.

—Querrás decir para tu uso personal.

—¿Cómo está nuestro amigo Kartik?

—Deberías de saberlo mejor que yo, pues no lo he visto —miento—. Ha demostrado tener un comportamiento tan desvergonzado como el vuestro.

—El bueno de Kartik. La próxima vez que lo veas, si es que lo ves, dile que el viejo Fowlson ha preguntado por él.

Kartik me dijo que los Rakshana lo daban por muerto, pero si Fowlson cree que está vivo, eso quiere decir que Kartik está en peligro.

De repente, Fowlson cierra la navaja.

—Creo que tu carruaje te espera, señorita. Te estaré vigilando. Tenlo por seguro.

Me da un empujón desde las sombras. Ajeno a cuanto acaba de suceder, Tom me hace señas.

—Vamos, Gemma.

El lacayo sujeta la escalerilla.

—Ya voy —respondo.

Al darme la vuelta, Fowlson ya no está, ha desaparecido en la noche, como si jamás hubiera estado junto a mí.

Me despierto y veo a la abuela observándome sonriente ante mi cama.

—¡Levántate, Gemma! ¡Hoy nos vamos de compras!

Me restriego los ojos, pues creo que estoy soñando. Pues no, aún sigue ahí. Sonriendo.

—Tenemos que ir a Castle and Sons para que te hagan un vestido. Y luego tomar algo en la tienda de dulces de la señora Dolling.

Mi abuela quiere llevarme con ella de paseo. ¡Es fantástico! La amenaza de Fowlson ahora me parece tan insustancial como la niebla. Intentó asustarme ¿verdad? Tengo toda la magia de los reinos y ni la Orden ni los Rakshana lo sabrán hasta que acabe lo que tengo que hacer. Al fin y al cabo, ya he obrado un milagro con mi familia ¿no es cierto?

—Oh, hace siglos que no voy a la tienda de la señora Dolling. ¡Cuántas tartas! —La abuela parpadea—. ¿Y por qué no he ido? No importa. Iremos hoy y tomaremos cuanto nos apetezca y... ¡Gemma! ¿Por qué no estás vestida? ¡Tenemos mucho que hacer!

No necesita repetírmelo. Vuelo a por mis cosas y cojo mi vestido con tanta prisa que el armario entero acaba hecho un auténtico desorden por culpa de mi negligencia.

La abuela y yo pasamos juntas un día maravilloso. En lugar de mostrarse severa y miedosa, se comporta de un modo jovial. Saluda a todo el mundo —desde el chico que envuelve nuestra tarta hasta los desconocidos que pasan por la calle— con una sonrisa y un gesto de asentimiento. Da una palmadita en la cabeza a un pequeño limpiabotas, quien no sabe qué hacer con semejante caricia maternal, aunque ya tiene más de ocho años.

—¡Oh, mira esos sombreros de ahí, Gemma! ¡Qué plumas tan preciosas! ¿Vamos a ver a la sombrerera para que nos haga uno a medida?

Se encamina hacia la puerta de la tienda. La agarro del brazo con fuerza.

—Quizás otro día, abuela.

El carruaje está tan repleto de paquetes que apenas tenemos sitio donde sentarnos. La abuela envía al cochero de vuelta a casa con unos cuantos chelines de propina e insiste en regresar a Belgravia en cabriolé.

—Oh, esto es magnífico, ¿verdad? ¡No sé por qué no lo hemos hecho antes! —Me palmea el brazo—. ¡Que tenga un buen día! —exclama alegremente a un lechero, quien la mira con recelo, como si fuera la tía excéntrica de alguien a quien hubieran liberado del desván—. Querida, no es precisamente un gran conversador, ¿verdad? He dicho: «¡Que tenga un buen día, señor!».

—Que tenga un buen día también usted —dice el lechero sonriendo con cautela y una inclinación de gorra, aunque sin que sus ojos dejen de mostrar desconfianza.

—Ah, eso está mucho mejor. —La abuela sonrío—. ¿Lo ves? Sólo se necesita un pequeño estímulo para sacarlos de sus conchas.

Castle and Sons, modistos, está en Regent Street, y ése es el lugar donde vamos a ir a que confeccionen el vestido de mi presentación en sociedad. Una dependienta un tanto acosadora, cuyo cabello amenaza con salirse de sus horquillas en cualquier momento, nos trae rollos de seda blanca para que la abuela los examine. Me toman medidas. Cuando la cinta métrica pasa alrededor de mi pecho, la costurera sacude la cabeza y me sonrío compasiva. Mi buena voluntad desvanece rápidamente. No todas podemos ser una Gibson Girl. Cuando acaba de medir y anotar todos y cada uno de mis recovecos, me uno a la abuela en un diván. Le muestran precipitadamente contenedores con botones y encajes, cintas y plumas y, con la misma celeridad, la abuela los rechaza. Me temo que tendré el vestido más sencillo de Londres.

La dependienta le enseña a la abuela el vestido más exquisito que jamás he visto. Se me escapa un leve suspiro. Tiene un ramillete de rosas de seda a lo largo de un hombro, y las mangas, cortas y abullonadas, están adornadas con lazos. La falda está bordada con delicados abalorios de color rosa, y la cola —que parece tener kilómetros de largo— está orlada con un hermoso volante acanalado. Es el vestido de noche de una princesa, y anhelo tener uno igual.

La abuela recorre la seda bordada con una mano.

—¿Qué opinas, Gemma?

Mi abuela nunca me pide mi opinión en nada que sea importante.

—Creo que es el vestido más bonito que he visto en mi vida —respondo.

—Lo es, ¿verdad? Sí, haremos que te hagan uno como éste.

Me gustaría besarla.

—Gracias, abuela.

—Sí, bien, estoy segura de que también será muy caro —refunfuña—. Pero sólo se es joven una vez en la vida.

Cuando salimos a la lóbreguez londinense son las cinco; el cielo ya está oscureciendo y las calles están llenas de una niebla de gas que me hace toser. No me importa. Soy una chica nueva que lucirá rosas de seda y que llevará un abanico de plumas de avestruz. Y compraremos tartas en la confitería. ¡Dejemos que las lámparas de gas hagan lo que peor saben hacer!

Al llegar a la esquina, la abuela y yo cruzamos la calle para dirigirnos a la confitería de la señora Dolling y el mundo se pone patas arriba. La piel me arde. La frente se me perla de sudor. Y la magia fluye por mis venas como un río desbordado. Me siento inundada por pensamientos, heridas, deseos, secretos. Todos los anhelos más recónditos invaden mi alma.

«... los largos días inacabables. Una vez me amó...».

«... una casa hermosa con un bonito jardín en la parte delantera...».

No puedo pensar. Respirar. Detenerlo. Yo...

«... abajo con los de vuestra ralea...».

Giro la cabeza pero no sabría decir de donde procede la ofensa; son muchas a las que tengo que hacer frente.

«... le haré mi propuesta esta noche y seré el hombre más feliz de la tierra...».

«... mi pobre pequeñín ha sido enterrado y ellos saben que también yo me muero por dentro...».

«... un vestido nuevo con un sombrero a conjunto...».

Por favor, basta. No puedo. No puedo respirar. Yo...

Todo mi alrededor avanza a paso de tortuga. Junto a mí, uno de los pies de la abuela se queda suspendido a medio paso en la calle. En el bordillo, un organillero pone en marcha el fuelle de su instrumento con una lentitud insoportable. Una nota dura una eternidad y se une al lento redoble de las campanas del Big Ben, cuya melodía se asemeja a una marcha fúnebre. Las ruedas de las carretas y carruajes, las damas y los caballeros, el vendedor ambulante de linimentos pregonando su cura milagrosa; todos parecen personajes de ensueño pertenecientes a una pantomima.

—¿Abuela? —digo, pero no puede oírme.

Por el rabillo del ojo veo que algo se mueve con rapidez. La dama vestida de lavanda se dirige hacia mí; sus ojos destilan ira. Me agarra de la muñeca con fuerza y la piel me arde ante la brusquedad de su gesto.

—¿Qu-qué quiere? —pregunto.

Extiende un brazo y se sube la manga para dejar al descubierto su carne desnuda. Aparecen unas palabras grabadas en la piel: «¿Por qué me ignoras?».

Siento en la lengua el frío sabor metálico del miedo.

—No la ignoro, pero no entiendo que...

Tira de mí con fuerza en la calle.

—Espere —digo revolviéndome—. ¿Adónde me lleva?

Me pone las manos en los ojos y me uno a ella en una visión. Rápida, demasiado rápida. Las candilejas del escenario del *music hall*. La dama escribiendo en la pizarra: «El Árbol de Todas las Almas existe. La llave contiene la verdad» una mujer en un salón de té. Vuelve la cabeza y sonrío. La señorita McCleethy.

Escucho un galope de caballos contra el suelo adoquinado. La dama de la visión levanta la cabeza rápidamente y mira a su alrededor con furia. Un carruaje negro arrastrado por cuatro caballos relucientes surge de la penumbra londinense y se dirige calle abajo, como una exhalación. Las cortinas negras ocultan el interior de sus ventanillas.

—¡Alto! —grito, pero los caballos corren aún más.

El carruaje está a punto de echársenos encima. Nos va a atropellar.

—¡Déjame! —grito, y la dama se convierte en hojas que salen volando.

El carruaje pasa a través de mí como si yo fuera de aire y desaparece entre la niebla. El mundo vuelve bruscamente a su lugar, y me hallo en plena calzada, entre

carreteras y cabriolés que intentan circular a mi alrededor. Un lacayo me grita para que me aparte.

La abuela alza la vista, horrorizada.

—¡Gemma Doyle! ¿Qué estás haciendo?

Me tambaleo hacia ella.

—¿No lo ha visto? —jadeo—. Un carruaje ha salido de la nada y ha desaparecido con la misma rapidez.

La consternación de la abuela pugna con la magia que alberga dentro de ella.

—Ahora iremos a comprar dulces —dice haciendo pucheros.

—Ya se lo he dicho, lo he visto —farfulto.

Miro entre las calles en busca del carruaje y de la dama. No hay nada que ver, y ni siquiera estoy segura de lo que he visto. Aunque de una cosa sí estoy segura: la señorita McCleethy estaba presente en mi visión. Quienquiera que sea esa mujer, conoce a mi profesora.

Padre me rescata del exilio voluntario a mi habitación al pedirme que me reúna con él en el pequeño estudio de la segunda planta. Está lleno de sus libros y papeles, de los mapas de los lugares lejanos adonde ha viajado en sus muchas aventuras. En su escritorio sólo hay tres fotografías: un pequeño daguerrotipo de madre el día de su boda, otro de Thomas y yo cuando éramos pequeños y una fotografía borrosa de mi padre y un indio, de acampada en una cacería, con expresiones adustas y decididas.

Padre levanta la vista de su diario ornitológico, en el que ha añadido una nueva entrada. Tiene los dedos manchados de tinta.

—¿Qué es eso que he oído sobre cocheros de carruajes corriendo descontrolados por las calles de Londres?

—Ya veo que la abuela no ha podido esperar a compartir la noticia —respondo mohína.

—Estaba muy preocupada por ti.

¿Debo contárselo? ¿Y qué dirá si se lo explico?

—Me equivoqué. Es difícil ver entre la niebla.

—En el Himalaya, los hombres se pierden cuando la montaña se cubre de nubes. Un hombre puede desorientarse y ver cosas que no existen.

Me siento a los pies de mi padre. No lo he hecho desde que era niña, pero en estos momentos necesito que me reconforten. Me palmea en el hombro con dulzura mientras prosigue con su diario.

—¿La fotografía de su escritorio se tomó en el Himalaya?

—No. Se hizo durante una cacería cerca de Lucknow —contesta sin dar más explicaciones.

Contemplo la foto de mi madre en busca de algún rasgo mío en su rostro.

—¿Qué sabía de mi madre antes de casarse con ella?

Padre parpadea.

—Sabía que era lo bastante imprudente para decir que sí a mi proposición de matrimonio.

—¿Conocía a su familia? ¿O dónde vivía ella antes? —insisto.

—Su familia murió en un incendio. Eso es lo que ella me dijo. Ella no deseaba hablar de recuerdos tan desagradables, así que no insistí.

Ésa es la norma de mi familia. No hablar de asuntos desagradables. Fingir que no existen. Y si osan asomar la cabeza de su agujero, los ocultamos enseguida y nos alejamos de ellos.

—Entonces, puede que tuviera secretos.

—¿Mmmm?

—Puede que tuviera secretos.

Padre llena de tabaco la cazoleta de la pipa.

—Todas las mujeres tienen secretos.

Apoyo una mejilla contra la calidez de su pierna.

—Así que es posible que pudiera haber llevado una vida secreta. Quizá fuera un payaso de circo. O un pirata. —Trago saliva—. O una bruja.

—¡Oh, ya me hubiera gustado!

Padre aspira el humo de la pipa y éste inunda la estancia de una nebulosa dulzona.

—Sí —continúo al envalentonarme—. Una bruja que pudiera entrar en un mundo secreto. Tendría un gran poder, tan grande como para trasmitírmelo a mí, su única hija.

Padre ahueca su mano en mi mejilla.

—Y lo hizo, desde luego.

El corazón me late con fuerza. Puedo contárselo. Puedo contárselo todo.

—Padre...

Padre tose una y otra vez.

—Maldito tabaco —dice mientras busca su pañuelo.

Nuestra ama de llaves entra en la estancia con un *brandy* para Padre sin que nadie se lo haya pedido.

—Ah, señora Jones —dice mi padre y da un sorbo tranquilizador a su bebida—. Ha aparecido como un ángel caído del cielo.

—¿Desea que le prepare algo de cena? —pregunta.

Padre no ha cenado con nosotros. Dijo no tener hambre. Pero está tan delgado que espero que coma algo.

—Creo que un plato de sopa me sentaría bien.

—Muy bien, señor. Señorita Doyle, su abuela desea que le haga compañía en la sala de estar.

—Gracias —contesto con el alma en los pies.

Aún no quiero enfrentarme a ella.

La señora Jones abandona la estancia sin hacer ruido, como hacen todos los

servientes, como si hasta su falda no se atreviera a emitir sonido alguno, temerosa de que alguien repare en quien la lleva puesta.

Padre levanta la vista de su diario con el rostro aún congestionado por el ataque de tos.

—Gemma, cielo, ¿querías decirme algo más?

«Tengo poderes, padre, un gran poder que apenas empiezo a comprender. Es una bendición y una maldición. Y tengo miedo de que, en cuanto usted lo sepa, deje de ser su hija querida».

—No, nada más —respondo.

—Ah. Bueno, entonces será mejor que te vayas. No querrás hacer esperar a tu abuela toda la noche.

Inclina la cabeza para concentrarse en sus pájaros, sus mapas y sus notas sobre las constelaciones; sobre todo lo que puede observarse, registrarse y comprenderse.

Abandono la habitación sin que mi padre se dé apenas cuenta.

La abuela permanece sentada en su silla, con los dedos ocupados en un bordado, mientras intento hacer un castillo de naipes.

—Me ha dejado muy preocupada tu comportamiento de esta tarde, Gemma. ¿Qué hubiera sucedido si te hubiera visto algún conocido? Tienes que pensar en tu reputación... y en la nuestra.

Deposito una carta en el cuadrado que he levantado.

—¿No hay nada más de lo que preocuparse que de lo que piensen de nosotros los demás?

—La reputación de una mujer es su patrimonio —explica la abuela.

—Pues que vida más insignificante.

Pongo encima una reina de corazones. Las paredes de cartas se tambalean y se derrumban bajo tanto peso.

—No sé por qué me molesto —dice con desdén.

Imprime a sus puntadas una furiosa velocidad. Cuando no me puede hacer entrar en vereda regañándome, entonces se dedica a hacer que me sienta culpable.

Intento colocar las cartas de nuevo para perfeccionar mis malabares.

—Quédate quieta —susurro.

Pongo la última carta en lo alto y espero.

—¿En eso te mantienes ocupada? ¿En castillos de naipes? —se burla la abuela.

Suspiro y mi minúscula bocanada de aliento echa abajo mi obra. Las cartas revolotean y caen en un motón desordenado. No estoy de humor para eso. Los acontecimientos de la tarde ya han sido bastante preocupantes, y si no puedo obtener consuelo al menos me gustaría tener cierta tranquilidad. Un poco de magia podría disipar su decepción y la mía.

—Olvidará todo cuanto ha sucedido hoy después de salir del modisto, abuela. Soy

su nieta querida y somos felices, todos nosotros... —canturreo.

La abuela mira inútilmente al bordado que tiene en el regazo.

—He... olvidado en el punto.

—Aquí, yo la ayudo —contesto mientras guío sus manos hasta que puede reanudar la labor.

—¡Ah, qué tonta soy! Gracias, Gemma. Eres de tanta ayuda. ¿Qué haría sin ti?

La abuela sonrío y me esfuerzo por devolverle la sonrisa, aunque muy dentro de mí me pregunto si no estaré intercambiando una vida de mentiras por otra.

Un golpe terrible me despierta, lo que en absoluto me hace feliz. Me restriego el sueño de los ojos y bajo las escaleras sigilosamente. Tom ha sido el causante de todo ese jaleo. Ha vuelto de muy buen humor; de hecho, entra cantando en el salón. Se trata de un acontecimiento antinatural, como ver a un perro montando en bicicleta.

—¡Gemma! —exclama feliz—. ¡Estás despierta!

—Sí, bueno, resulta un tanto difícil dormir con toda esta algarabía.

—Lo siento.

Hace una reverencia y se levanta demasiado deprisa, por lo que tropieza con una mesita y tira un jarrón de flores. El agua se derrama en la preciosa alfombra persa de la abuela. Tom intenta rescatar el jarrón pero éste se aleja rodando de él.

—Tom, ¿qué haces?

—Esta pobre vasija no se encuentra bien, necesita que me ocupe de ella.

—No es un paciente —contesto y se la quito de las manos.

Se encoge de hombros.

—Aún no se ha recuperado.

Tom se deja caer en una butaca e intenta recobrar la dignidad perdida colocándose y volviéndose a colocar bien la corbata. El aliento le huele a alcohol.

—Estás borracho —murmuro.

Tom alza un dedo como un abogado dirigiéndose a un testigo.

—Eso es camunioso-caluminoso-calumbioso... una cosa terrible.

—Calumnioso —le corrijo.

Asiente la cabeza.

—Eso mismo.

Me ha despertado un idiota. Debería volver a la cama y dejar que los criados lo atormenten y lo denigren con sus miradas juzgadoras hasta mañana. Como es evidente, toda la magia que le di a Tom ha desaparecido y vuelve a ser el mismo chico insoportable de siempre.

—Vamos, pregúntame que tal me ha ido la noche —dice en un tono de voz demasiado alto.

—Tom, baja la voz —susurro.

Tom niega con la cabeza.

—Eso es, eso es. Ése soy yo, silencioso como un ratón de biblioteca. Y ahora pregúntame.

Se cruza de brazos y espera como si tuviera un reloj en la cara.

—Muy bien —digo—. ¿Cómo te ha ido la noche?

—Lo he hecho, Gemma. Me he probado a mí mismo. Me han pedido entrar en un club muy exclusivo. —«Exclusivo» suena más como «es-cusivo». Al ver mi rostro preocupado, frunce el ceño—. Al menos podrías felicitar-me, digo yo.

—Entonces, ¿se trata del Ateneo? Pensaba que...

Su rostro se ensombrece.

—Oh. Eso. —Hace un gesto despectivo con la mano—. No quieren a tipos como yo. ¿No lo sabías? No soy lo bastante bueno. —El alcohol no ha hecho más que incrementar su amargura—. No. Esto es diferente. Como los caballeros templarios. ¡Los hombres de las cruzadas! ¡Hombres de acción!

Gesticula desmesuradamente y a punto está de volcar de nuevo el jarrón. Lo rescato con rapidez.

—Qué hombre más torpe —refunfuño—. Muy bien, me tienes intrigada. ¿Qué es ese santo club?

—No, no puedo decírtelo. Todavía no. De momento, seguirá siendo un asunto privado —responde Tom con un dedo en los labios y arañándose la nariz—. Un secreto.

—Y, sin duda alguna, por esa razón estás hablando abiertamente de ello.

—¡Te burlas de mí!

—Sí, y no debería, porque es demasiado fácil.

—¿Acaso no crees que un club me haya escogido a mí? —Sus pestañas parpadean y da una leve cabezada. Estará fuera de combate en un instante—. Bueno, pues precisamente esta noche...

—Precisamente esta noche —le apunto.

—... Me han entregado un regalo. Una señal de dish... dishtincion... Me dijeron que me protegería de... las influencias... indeseables...

—¿De qué? —pregunto, aunque no sirve de nada.

Tom está roncando en la butaca. Suspiro y cojo una manta del sofá y le tapo las piernas con ella. Al subírsela hasta el mentón se me hiela la sangre. Lleva prendido de la solapa un alfiler que me resulta familiar: la calavera y la espada de los Rakshana.

—Tom —le digo sacudiéndolo—. Tom, ¿de dónde has sacado esto?

Se agita levemente en la butaca con los ojos cerrados.

—Ya te lo dije, me han nombrado miembro de un club para caballeros. Al fin podré hacer que Padre se sienta orgulloso de mí y me demostraré... a mí mismo... un hombre.

—Tom, no debes confiar en ellos —susurro mientras le aprieto la mano.

Intento unir nuestros pensamientos a mi poder; sin embargo, todo el alcohol que

se ha tomado empieza a hacer efecto en mí. Le suelto la mano, mareada y tambaleante.

Fowlson ha cumplido su promesa. Me sube la bilis por la garganta y un nuevo miedo se apodera de mí. Me ha atrapado en su juego: si le cuento a Tom mi secreto, creerá que estoy loca. Si empleo la magia, los Rakshana sabrán que todavía la tengo, y vendrán a por mí antes de tener ocasión de hacer lo que debo.

De momento, no puedo confiar en mi hermano. Ahora es uno de ellos.

A la mañana siguiente, Tom me acompaña a la estación de tren, donde debo encontrarme con la señora Chaunce, una vieja conocida de la abuela, quien viajará hasta Spence a cambio de una pequeña suma de dinero. Esta mañana Tom tiene un aspecto horrible. No está acostumbrado a beber y buena prueba de ello es la palidez de su rostro. Está de un humor de perros y se lo tiene bien merecido.

Tom no deja de consultar su reloj de bolsillo ni de quejarse amargamente.

—¿Dónde está? Mujeres. Nunca llegan a tiempo.

—Tom, el club ese donde te han admitido... —empiezo a decir, pero en ese preciso momento llega la señora Chaunce y Tom se da prisa en despedirse de mí.

—Adiós, Gemma. Que tengas buen viaje.

Tras una breve ronda de chanzas, la señora Chaunce quien, gracias a Dios, muestra tan poco interés en mí como yo en ella, se encarga del equipaje. Ofrece un penique por las molestias al maletero, quien se lo mira con desdén, y hurgo en el monedero en busca de dos más. La señora Chaunce no es muy buena carabina, puesto que ya la he perdido, aunque la observo subir al tren y darse prisa para encontrarme.

—¿Se le ha caído esto, señorita?

Me giro para ver a Fowlson detrás de mí, sosteniendo un pañuelo de mujer. No es mío pero no importa; es una excusa para hablar conmigo.

—Mantente alejado de mi hermano o...

—¿O qué, cariño?

—Iré a las autoridades.

Se echa a reír.

—¿Y qué les dirás? ¿Que tu hermano ha ingresado en un club de caballeros y que tú no lo apruebas? ¡Oh, seguro que me encierran en Newgate antes de que amanezca!

Bajo la voz hasta convertirla en un susurro.

—Déjalo en paz o... yo... yo...

Remplaza su sonrisa por una gélida mirada.

—¿Tú, qué? ¿Usarás tu poder contra mí? Pero ya no lo tienes, ¿verdad, cariño?

La magia se encabrita en mi interior como caballos a punto de echarse a correr y preciso de toda mi fuerza para mantenerla sujeta. No puedo permitir que se libere; ahora no.

La señora Chaunce me llama desde una ventana abierta, tosiendo por culpa del

humo.

—¡Señorita Doyle! ¡Señorita Doyle! ¡Señorita Doyle!

—Un buen tipo, tu hermano. Quiere ser respetado de la peor manera. Y aún queda mucho por hacer. La ambición es un buen contrincante para la magia. Que tenga un buen viaje, señorita Doyle. Estoy seguro de que nos veremos muy pronto.

Me aposento en mi compartimiento junto a la señora Chaunce, y el tren se pone en marcha. La amenaza de Fowlson resuena aún en mi mente, y desearía tener a alguien con quien compartirla. El tren se llena de gente ansiosa por llegar a su destino, o feliz por despedirse de los demás. Conversan entre ellos; las madres ofrecen a sus hijos tentempiés para tenerlos contentos, mientras los padres se limitan a mirarlos admirativamente; las damas que viajan juntas observan el paisaje en movimiento con sonrisas excitadas. Ya no puedo contener la magia por más tiempo, y siento la continua presión de sus pensamientos hasta que temo volverme loca. Intento detenerla, pero me resulta tan difícil con todo lo que acontece a mi alrededor que hago lo único que sé: pido no oír a nadie. Enseguida, aunque la vida palpita en torno a mí, me hallo en una crisálida de quietud.

Y me pregunto: ¿qué tiene de bueno este poder si lo único que hace es que me sienta más sola?

ACTO III

Atardecer

El poder absoluto corrompe absolutamente.

LORD ACTION

Dos días después

Academia Spence

La lluvia nos visita una vez más. Durante dos días nos ha mantenido cautivas, empapando los bosques y transformando la hierba en un revoltijo enlodado. Azota la ventana de mi dormitorio y al fin quito la badana roja empapada que dejé ahí desde que volví de Londres y de nuevo la oculto bajo la almohada, fuera de la vista. Kartik siempre ha comparecido ante mí, pero no en esta ocasión. Primero temí que se hubiera ido a Bristol y embarcado en el *Orlando* sin molestarse en despedirse. Pero ayer lo vi desde mi ventana. Vio el trapo rojo y se alejó sin echarle un segundo vistazo.

Desde entonces he empezado tres cartas diferentes para él.

Querido Kartik:

Lamento tener que poner fin a nuestra relación. Te adjunto la badana. Por favor, úsala para secarte las lágrimas..., es decir, si tienes lágrimas que derramar, puesto que empiezo a ponerlo en tela de juicio.

Afectuosamente,

Gemma Doyle

Querido Kartik:

Estoy terriblemente preocupada pues he oído que te has quedado ciego. Así debe de haber sucedido, puesto que, de no ser así, habrías visto la badana roja en la ventana de mi dormitorio y comprendido que se trataba de una urgencia. Quiero que sepas que, aunque seas invidente como el señor Rochester, seguiré siendo amiga tuya y que haré cuanto esté en mi mano para visitarte a tu ermita.

Con todas mis condolencias,

Gemma Doyle.

Señor Kartik:

Es usted un amigo indigno. Cuando me convierta en una gran dama y me lo encuentre en la calle, pasaré por delante de usted y me limitaré a dedicarle un simple asentimiento de cabeza. Si se muestra la mitad de amable con el *Orlando*, es muy probable que éste acabe hundiéndose.

Con pesar,

Señorita Doyle.

De nuevo mi mano queda suspendida en la página, en busca de palabras que se adecuen a mi corazón, pero sólo hallo éstas: «Querido Kartik... ¿Por qué?». Rompo el papel en trocitos minúsculos y alimento con ellos la llama de mi vela mientras

observo, en su avance sigiloso y negruzco, cómo transforma los bordes de mi dolor en algo oscuro y humoso que se convierte en cenizas.

Ann y Felicity han regresado por fin, y de nuevo estamos juntas en el gran salón. Felicity nos explica su visita a *lady* Markham mientras Ann nos habla de los horrores cometidos por Lottie y Carrie. Sin embargo, mis pensamientos se hallan en otra parte; mis problemas con Kartik, Fowlson y Tom me han puesto de un humor sombrío.

—Y entonces *lady* Markham me presentó a su hijo, Horace, quien es más lerdo que un cántaro. En realidad, creo que podría mantenerse una conversación más placentera con un cántaro.

Ann se echa a reír.

—¿Tan mal te fue?

—Ya lo creo. Pero me dediqué a sonreír con dulzura, procuré no bizquear y gané la batalla. Creo que he obtenido la confianza de *lady* Markham y su patrocinio.

—¿Sabéis qué me dijo Charlotte? —pregunta Ann—. «Cuando seas mi institutriz haré todo lo que me dé la gana. Y si no haces lo que te ordeno, le diré a mi madre que te he visto toquetear sus joyas, por lo que te pondrá de patitas en la calle sin referencias».

Hasta Felicity parece horrorizada.

—¡Es un mal bicho! Deberíamos colgarla de los dedos de los pies. ¿No te alegra no tener que ser su institutriz?

—Sólo si obtengo una entrevista con el señor Katz —responde Ann mientras se mordisquea una uña—. Espero que mi carta llegue pronto.

—Estoy segura de que así será —dice Felicity con un bostezo.

—Gemma, ¿qué tal tus vacaciones? —pregunta Ann.

—Recibí la visita de Fowlson —digo—. Quiere chantajearme para que entregue la magia a los Rakshana reclutando a mi hermano, Tom, en la hermandad. Me da miedo lo que le puedan hacer para llegar a mí.

—¡Los Rakshana! —exclama Ann.

—¿Por qué no conviertes a Fowlson en un sapo o haces que se interne en la jungla de Calcuta? —rezonga Felicity.

—¿No te das cuenta? En el momento en que dé pruebas de que la magia de los reinos obra en mi poder, me la quitarán. No puedo permitir que lo sepan.

—¿Qué harás? —pregunta Ann.

—Hay algo más. Cuando fui a Londres tuve otra visión, y se me apareció en ella la señorita McCleethy.

Les hablo de la dama y el carruaje fantasma. Las sombras de la lumbre se contorsionan en las cortinas de la tienda de Felicity como demonios.

—McCleethy —dice Ann con un estremecimiento—. ¿Y qué significa eso?

—Sí, ¿de qué sirve un mensajero si no lo entiendes? —se queja Felicity—. ¿Por

qué, al menos una vez, uno de esos espectros no dice simplemente: «Hola, Gemma, lamento mucho tener que molestarte, pero creo que te gustaría saber que la señora X es de la única que debes procurar que... no te coma el corazón. ¡Adiós!»?

Pongo los ojos en blanco.

—Muy amable. Gracias. Lamento que mis visiones no funcionen de esa manera. Me corresponde a mí asignarles un significado. No es que tenga una clave. Pero hay alguien que pudiera tenerla. Debemos asistir a la representación del Salón Egipcio y encontrar al doctor Van Ripple. Tengo que emplearme a fondo con LeFarge cuanto antes.

—De acuerdo —corean Ann y Felicity.

—Quiero enseñaros algo —añade ésta última.

Abre una caja y aparta unas cuantas láminas de papel de seda. Dentro hay una exquisita capa de terciopelo azul noche con un ribete de piel alrededor del cuello y unas cintas de seda a modo de lazos.

—¡Oh! —jadea Ann—. ¡Qué afortunada eres!

Felicity sostiene la capa en alto.

—Mi padre quiere hacer un viaje corto con Polly. Yo me opuse, y él me regaló esto.

—¿Por qué te opusiste? —pregunta Ann sin apartar la vista de la prenda.

Fee y yo intercambiamos una mirada que ninguna de las dos está ansiosa por sostener. Las dos sabemos lo que para el almirante significa llevarse de viaje a su joven pupila. El horror de todo ello me silencia.

—Se la voy a regalar a Pip —dice Fee mientras la dobla con cuidado en el interior de su caja.

Ann abre la boca conmovida.

—¿No se enfadará tu madre?

—Que se enfade —dice Felicity con los labios fruncidos en una dura línea—. Le diré que la lavandera la ha estropeado. Se enfadará y dirá que no cuidó de mis cosas. Y yo le responderé que tampoco ella cuida de las suyas.

Felicity guarda la caja debajo de la silla.

—¿Y qué hay de esta noche? Gemma, ¿y los reinos?

Me miran esperanzadas.

—Sí. Los reinos.

Levanto una de las telas de tienda y observamos a la señorita McCleethy. Está sentada justo a Nightwing y LeFarge, con quienes comparte té y buen humor. Nightwing echa miradas furtivas al reloj, sé que está deseando tomarse su jerez vespertino. Como mínimo tenemos que asegurarnos de que estará dormida cuando emprendamos nuestra aventura. Pero con McCleethy es diferente. Espera a que cometa un error para demostrar que tengo la magia y, después de mi visión, sospecho de ella aún más.

—Maldita McCleethy —gruñe enfadada Felicity—. Lo va a arruinar todo.

Ann se mordisquea el labio inferior, pensativa.

—¿Y si le lanzamos un hechizo? Podríamos hacerla caer en un sueño tan profundo que tuviera que quedarse en cama durante unos cuantos días.

Felicity resopla.

—¿Estás loca? Probablemente nos perseguirá para arrancarnos el pellejo ¡mientras aún lo llevamos puesto!

—No —respondo—. El más leve indicio de magia usado contra ella le haría descubrir la verdad. No podemos arriesgarnos precisamente ahora. No debe sospechar nada. Me temo que lo único que nos queda es esperar hasta que esté plácidamente dormida para poder entrar en los reinos.

—Pues no parece tener mucho sueño que digamos —se lamenta Ann.

Veo a *mademoiselle* LeFarge levantarse de su silla.

—Hay que mantener a los lobos a raya —contesto mientras también yo me pongo en pie.

Doy alcance a nuestra profesora en la biblioteca, donde busca un libro entre los muchos que inundan los estantes.

—*Bonsoir, mademoiselle LeFarge* —logro decir—. Er... *comment allez-vous?*

Corrige mi pronunciación sin levantar la vista.

—*Comant'álé-vú.*

—Sí. Ya sé que tengo que esforzarme más.

—Me contentaría, señorita Doyle, con que simplemente hiciera un esfuerzo.

Sonrío como un bufón.

—Sí. Tiene toda la razón. —Nuestra pequeña charla no ha tenido un gran comienzo. Podría destrozar otro idioma o criticar su atuendo o, Dios me perdone, ponerme a cantar—. Hace una tarde deliciosa, ¿verdad?

—Está lloviendo —señala.

—Sí, así es. Pero la lluvia es necesaria, ¿no es verdad? Hace que las flores crezcan hermosas y...

Mademoiselle LeFarge me lanza una mirada que conozco bien y guardo silencio.

—Entonces, desembuche. ¿Qué es lo que quiere, señorita Doyle?

Descubro que el compromiso con el inspector Kent ha agudizado las dotes detectivescas de LeFarge.

—Pensaba que quizás pudiera llevarnos a ver este espectáculo.

Desdoble el trozo de papel del Salón Egipcio y se lo entrego. Lo pone debajo del candil.

—¿Un espectáculo de la linterna mágica? ¡Mañana por la tarde!

—¡Promete ser extraordinario! ¡Y sé cuánto te gustan este tipo de eventos!

—Que a mí... —Con un suspiro, dobla el papel—. No es nada edificante.

—Oh, pero...

—Lo lamento, pero la respuesta es no, señorita Doyle. Dentro de un mes irá a Londres para inaugurar su temporada social y podrá ir a ver lo que quiera. Y creo que

debería emplear su tiempo en perfeccionar su reverencia. Después de todo, tendrá que saludar a su soberana. Será el momento más importante de su vida.

—Espero que no —murmuro.

Me ofrece una sonrisa amable junto a su advertencia, y maldigo mi suerte. ¿Y ahora cómo vamos a ir al Salón Egipcio a ver al doctor Van Ripple?

Podría *hacer* que haga lo que yo quiera. No, eso sería horrible. Pero ¿de qué otra manera encontraremos al doctor Van Ripple? Está bien, sólo por esta vez y luego nunca más.

—Querida *mademoiselle* LeFarge —digo y le cojo la mano.

—¿Señorita Doyle? ¿Qué...?

La magia la hace callar.

—Usted quiere llevar a Felicity, a Ann y a mí al Salón Egipcio mañana por la tarde. Está ansiosa por acompañarnos. Será... edificante. Se lo prometo —canturreo.

Se escucha un golpe y pierdo el contacto con LeFarge en el preciso momento en que veo a la señorita McCleethy ante la puerta.

—Gemma, debería estar en la cama —dice la señorita McCleethy.

—S-sí, ahora mismo me i-iba —tartamudeo.

Me tiemblan las manos. La magia se ha despertado en mi interior y ahora quiere salir. Intento con todas mis fuerzas mantenerla bajo control.

Mademoiselle LeFarge blande el folleto por encima de su cabeza como si fuera la carta de un estimado pretendiente.

—¿No es maravilloso? Un espectáculo de la linterna mágica en el Salón Egipcio, mañana. Le pediré permiso a la señora Nightwing para llevar a las chicas. Promete ser muy edificante.

—¿Un espectáculo de la linterna mágica? —La señorita McCleethy se echa a reír—. No creo que...

—Véalo usted misma: ¡Los hermanos Wolfson! —Le tiende el folleto a la señorita McCleethy—. La señorita Doyle me lo ha enseñado y me complace que lo haya hecho. Ahora mismo voy a decírselo a la señora Nightwing. Disculpe.

McCleethy y yo nos quedamos a solas.

—Me voy a dormir.

—Un momento —me dice mientras intento deslizarme delante de ella—. ¿Está usted enferma, señorita Doyle?

—N-no —digo con voz ronca.

No me atrevo a mirarla. ¿Puede saberlo? ¿Puede leerlo en mi rostro? ¿Puede olerlo en mí como si se tratara de un perfume?

—Todo es demasiado precipitado. Me pregunto por qué *mademoiselle* LeFarge está tan excitada al respecto.

—A ella le en-encantan este tipo de cosas —consigo decir.

Tengo la frente perlada de sudor. La magia pugna por salir. Me volveré loca si sigo conteniéndola.

Durante un momento terriblemente largo, las dos permanecemos calladas. Finalmente, la señorita McCleethy rompe el silencio.

—Muy bien. Si tan edificante es quizá también yo me decida a ir.

Maldita sea.

Finalmente me libero de la mirada de McCleethy y me tambaleo hasta mi habitación, a punto de dar una arcada por tratar de contener la magia. Corro a abrir la ventana, me agacho ante el alféizar y levanto el rostro para que la suave lluvia me moje la cara, pero es inútil. La magia me llama.

«Vuela» me ordena.

Me quedo de pie en el estrecho alféizar, agarrándome con fuerza al marco de la ventana, con el cuerpo alejado de la misma. Y entonces me dejo ir. Mis brazos se convierten en las alas negro azuladas y brillantes de un cuervo, y vuelo alto por encima de Spence. Es estimulante. Podría vivir para siempre con este poder dentro de mí.

Paso volando por encima del campamento de los trabajadores; los hombres juegan a cartas o boxean. Carretera abajo, una *troupe* de cómicos deambula por el camino, borrachos, mientras se pasan de unos a otros una botella de *whisky*. Revoloteo por el campamento de gitanos, donde Ithal hace guardia y la Madre Elena tiene un sueño agitado en su tienda mientras murmura un nombre que se pierde en sus ensoñaciones.

Hay luz en el varadero y sé quién está dentro. Me poso en tierra con tanta suavidad como lo haría un copo de nieve y me desprendo de mi forma de cuervo. A través de la ventana mugrienta, lo veo con su candil y su libro. ¿Obtendré lo que deseo?

Empujo la puerta y Kartik repara en mi presencia, en mi rostro encendido y en mi pelo enmarañado.

—¿Gemma? ¿Qué te ha pasado?

—Estás soñando —le digo.

Sus párpados aletean bajo mi convencimiento. Cuando abre los ojos de nuevo, se halla en una nebulosa de vigilia y sueño.

—¿Por qué no acudiste a mi llamada? —pregunto.

Su voz suena lejana.

—Soy un peligro para ti.

—Bueno, pues ya estoy cansada de mantenerme a salvo. Bésame —digo; doy un paso hacia delante—. Por favor.

Cruza la estancia en dos zancadas y la fuerza de su beso me deja sin aliento. Sus manos descansan en mi pelo, echo la cabeza hacia atrás y sus labios se posan en mi cuello y en todas partes a la vez.

No es real; sólo magia. «No, no pienses en eso. Piensa sólo en el beso». Sólo hay eso. Sólo eso. Beso.

Su lengua se desliza dentro mi boca. Sorprendida y asustada, me aparto. Pero él

me atrae hacia sí con otro beso, con mayor avidez en esta ocasión. Hace pequeñas incursiones con la punta de la lengua. Desliza una mano por mi torso y vuelve a subirla; la ahueca en mi pecho y gime. Apenas puedo respirar. Soy incapaz de controlar ni esta fuerza ni mis emociones.

—¡Ba-basta! —digo.

Me libera de su abrazo y, para no tener que apartarlo de mí con brusquedad, le ordeno:

—Ahora, duerme.

Se tiende en el suelo y cierra los ojos.

—Que tengas dulces sueños.

Salgo con sigilo del varadero; me toco con los dedos mis labios hinchados por su beso. A pesar de todo el poder que tengo, no puedo evitar sonreír abiertamente ante lo que ha florecido en ellos.

Al llegar a las Tierras Fronterizas, las chicas de la fábrica nos llaman con su familiar «Huu-uu». Les respondemos de la misma manera y aparecen ante nosotras, como por arte de magia, tras los árboles y la maleza. Las faldas de Mae y Bessie están salpicadas de manchas rojas.

—Nos comimos un faisán —dice Bessie buscando mi mirada—. ¿Te lo imaginas? Sonríe y veo sus dientes afilados.

—¡Habéis vuelto! —exclama Pippa. Se levanta la falda hasta la cintura y forma con ella una bolsa que se comba con el peso de las bayas. Nos abraza de una en una y, al llegar a mí, susurra con dulzura—: Reúnete conmigo en la capilla.

—Pip, tengo un regalo para ti —dice Felicity mientras sostiene la caja en alto.

—Y estoy impaciente por verlo. ¡Sólo tardaré un momento!

El rostro de Felicity se ensombrece y Pip me lleva consigo, como por arte de magia, hasta las ruinas de la abadía tateando una alegre tonada. En cuanto nos ponemos salvo tras el raído tapiz, vacía las bayas en un cuenco enorme y me agarra de las manos.

—De acuerdo, estoy preparada para recibir la magia.

Me suelto de ella.

—Hola a ti también, Pip.

—Gemma —dice y rodea mi cintura con sus manos—. Ya sabes lo mucho que te quiero, ¿verdad?

—¿Me quieres a mí o a la magia?

Dolida, Pippa se refugia en el altar, arranca unas margaritas que crecen en el suelo y las arroja a un lado.

—¿No me negarás la felicidad, verdad, Gemma? Voy a tener que quedarme aquí atrapada durante toda la eternidad con la única compañía de esas chicas ordinarias y vulgares.

—Pippa —le digo con amabilidad—, quiero tu felicidad, de verdad que la quiero. Pero un día de éstos tendré que devolver la magia al Templo y hacer una alianza para salvaguardar su seguridad. No siempre estará al alcance de mi mano, como ahora. ¿Has pensado en cómo vas a pasar el resto de tus días?

Los ojos se le llenan de lágrimas.

—¿No puedo unirme a tu alianza?

—No lo sé —respondo—. Tú no estás... —me muerdo la lengua antes de pronunciar la siguiente palabra.

—¿Viva? ¿En ninguna tribu? —Un lagrimón desciende por su mejilla—. No pertenezco a tu mundo, y tampoco al de ellos. Tampoco formo parte de las Tierras Invernales. No pertenezco a ningún sitio, ¿no es así?

Es como si me hubiese perforado de lado a lado; ¿cuántas veces no me he sentido igual que ella ahora?

Pip entierra la cabeza en las manos.

—No sabes lo que esto significa para mí, Gemma. Me dedico a contar las horas que faltan para que vosotras tres regreséis.

—A nosotras nos pasa lo mismo —le aseguro.

Cuando estamos juntas todo nos parece posible, y no hay un final a la vista. Simplemente, seguiríamos así para siempre, bailando y cantando y corriendo por el bosque, riendo. Este único pensamiento basta para que la coja de las manos y comparta el poder con ella.

—Vamos —digo.

Estiro los brazos y ella viene a mí corriendo.

—¡Pip, tengo un regalo para ti! —exclama Felicity en cuanto regresamos.

Desenvuelve la capa ribeteada en piel.

—¡Oh! —suspira Pip abrazándose a la prenda—. ¡Es extraordinaria! ¡Querida Fee!

Le da un dulce beso en la mejilla y Felicity sonrío como si fuera la chica más feliz de la tierra.

Bessie Timmons se interpone entre ellas. Sostiene la capa en alto para examinarla.

—No parece tan especial.

—Vamos, Bessie —la regaña Pip y se la quita de las manos—. Eso no se hace. Una dama debe decir algo amable o limitarse a guardar silencio.

Bessie se apoya en una columna de mármol cuyas muchas grietas están cubiertas de hierba.

—Entonces, supongo que tendré que mantener la boca cerrada.

Pippa se levanta el cabello y deja que Felicity le ate las cintas de la capa alrededor de su cuello esbelto, y luego se atusa la prenda y se pasea con afectación.

Ann y las chicas de la fábrica se adueñan del altar. Les habla de *Macbeth*. Hace

que parezca una historia de fantasmas, aunque supongo que eso es lo que es.

—Nunca he estado en un teatro de verdad —dice Mae Sutter cuando Ann termina de hablar.

—Tendremos uno para nosotras solas aquí —promete Pippa y se aposenta en el trono como si hubiera nacido para ello.

Felicity encuentra una cortina vieja. Al tocarla se transforma en una capa igual a la que le regalado a Pip. Es preciosa, pero cuando se sienta junto a Pip se nota que sólo es una ilusión. No puede compararse a la auténtica.

—Nuestra Ann va a tener una audición con Lily Trimble.

—¡Anda ya! —se ríe Mae.

—Es verdad —responde Ann—. En el West End.

—Me gustaría volver allí —dice Mercy con una mezcla de admiración y celos—. ¿Recuerdas las patatas que nos ponían los miércoles, Wendy?

—Sí, grasientas.

—¡Goteando grasa e hirviendo! —La sonrisa de Mercy se desvanece—. Echo todo eso de menos.

—Pues yo no. —Bessie Timmons da un salto desde su lugar junto al fuego y se le pone delante—. Nada más que miseria. Trabajar desde antes de que salga el sol hasta el anochecer. Y, sin embargo, nada que te espere en casa, excepto tu madre con un montón de bocas que alimentar y muy poco con que llenarlas.

Mercy descansa la vista en sus botas.

—No era tan malo. Mi hermana Gracie era una chica estupenda. Y yo tenía grandes sueños.

Los ojos se le llenan de lágrimas y llora mientras se limpia la nariz.

Bessie se acuclilla y gruñe en el rostro de la muchacha.

—Dolor de barriga y los dedos entumecidos por culpa del frío es lo que tenías, Mercy Paxton. No llores por eso.

Mae interviene.

—Aquí tenemos todo lo que necesitamos, Mercy. ¿No lo ves?

—Mercy, ven aquí —ordena Pippa.

La joven se levanta del suelo con dificultad y se dirige hacia ella lentamente. Pippa ahueca la palma de su mano en el rostro de la chica y le sonrío.

—Mercy, ya no puede hacerse nada al respecto, así que sécate esas lágrimas. Ahora estamos aquí, y todo cuanto soñemos podrá cumplirse. Ya lo verás.

La chica se limpia la nariz en la manga y ese sencillo gesto le devuelve la juventud. No tiene más que trece años. Es horrible pensar que trabajara en esa fábrica de sol a sol.

—¿Quién quiere vivir una alegre aventura? —pregunta Pippa.

Las chicas estallan en gritos entusiastas. Hasta Mercy logra esbozar una sonrisa.

—¿Qué clase de aventura? —pregunta Ann.

Pippa se echa a reír.

—Tendréis que confiar en mí. Ahora, cerrad los ojos y seguidme. ¡No se puede mirar a hurtadillas!

Con Pip delante, nos arrastramos las unas cogidas de las manos de las otras, como si fuéramos una cadena humana de papel. Salimos del castillo. Siento en la piel el frío de las Tierras Fronterizas.

—¡Abridlos! —ordena Pip.

Ante nosotras hay un seto enorme, de más de dos metros de alto. En uno de sus extremos localizo una entrada.

Ann esboza una sonrisa.

—¡Es un laberinto!

—Sí —responde Pip aplaudiendo—. ¿No os parece espléndido? ¿Quién se apunta?

—Yo —contesta Bessie Timmons.

Echa a correr alrededor de una esquina y desaparece en el interior del laberinto.

—Y yo —dice Mae y corre detrás de ella.

—Cómo me gusta jugar al escondite. ¡Encuéntrame, Fee!

Tras estas palabras, Pippa se levanta las faldas y Felicity, riendo, va en su busca. Soy la última en apuntarme. No sé cómo las otras han podido desaparecer de mi vista tan deprisa. Voy de esquina en esquina, pero lo único que veo es un exasperante revoloteo de colores y luego nada. Las paredes del seto son las más extrañas que he visto en mi vida, hechas con tréboles fuertemente entretejidos y florecillas negras, juro que se desplazan cuando miro detrás de mí, pues el pasillo ha cambiado. El aislamiento envía a mi mente hasta extrañas esquinas y acelero el paso.

—¡Ann! —grito.

—¡Por aquí! —exclama detrás de mí.

El sonido proviene de todas partes a la vez, por lo que no estoy completamente segura de adónde debo dirigirme. Oigo murmullos. ¿Proceden de más adelante?

Giro por una esquina y veo a Felicity y a Pippa muy juntas, con las frentes unidas y haciendo palmas. Mantienen su conversación entre murmullos y sólo puedo escuchar una palabra aquí y una frase allá.

—... hay una manera...

—... pero cómo...

—... podemos... juntas... ¿lo ves?

—... Pip...

—... promételo...

—... te lo prometo...

Piso una rama. Se rompe con un ruidoso crujido. Al unísono, bajan las manos y me hechizan con unas sonrisas precipitadas.

—No deberías aparecer sigilosamente, Gemma —me riñe Fee con una mano en el pecho y el rostro encendido.

Pippa interviene en la conversación, toda sonrisas.

—Fee me estaba ensañando cómo hacer una reverencia ante la reina. Es horrorosamente difícil, pero ella puede hacerlo a la perfección, ¿verdad, Fee?

De inmediato, Felicity se inclina hacia el suelo, con los brazos sujetándose las faldas y la cabeza baja. Sus ojos serenos se clavan en mí.

—Así que estabais hablando de reverencias —repito como una tonta.

—Sí —contesta Pippa luciendo una sonrisa que indica que miente.

—No importa. No tenéis que contármelo —contesto mientras me alejo.

—¡Gemma, no seas tonta! —grita Felicity—. ¡Estábamos hablando de la reverencia!

Las oigo cuchichear a mis espaldas mientras me alejo. Pues muy bien. Que tengan secretos. Doy vueltas y giro por las esquinas del laberinto. La magia se retuerce y se arremolina dentro de mí. Podría comerme el mundo, devorarlo entero. Necesito correr. Pegar. Herir y sanar a partes iguales.

Lo *necesito*, y eso es más de lo que puedo soportar.

Con pies ágiles, vuelo por el bosque. De todo lo que tocan mis manos nace algo nuevo. Flores extrañas tan altas como hombres. Una bandada de mariposas con alas de color amarillo brillante y bordes negros. Fruta púrpura oscura, gruesa y pesada, cuelga de una rama. Estrujo una en la mano y el zumo se convierte en gusanos. La arrojó rápidamente lejos de mí; las repugnantes criaturas escarban la tierra y ésta les responde con una cosecha de flores silvestres.

Unas luces parpadean en los árboles, y aparece una criatura semejante a un hada.

—¡Qué poder! —exclama, maravillada.

Siento la mente ligera; la magia me inunda. De repente, lo único que quiero es desembarazarme de ella.

—Aquí —digo, y extiendo una mano sobre su cabeza.

Está tan fría como la nieve, y vislumbro una vasta oscuridad antes de retirar la mano.

La criatura da vueltas y emite un centelleo.

—Ahhh, te conozco —ronronea y arrastra un dedo por mi corazón.

Niego con la cabeza.

—Nadie me conoce.

La criatura da vueltas a mi alrededor lentamente hasta que me siento mareada.

—Hay un lugar donde eres bien conocida. Amada. —Su frío aliento susurra en mi oído—. Buscada. Solamente tienes que seguirme.

Se adentra volando en los bancos de niebla que oscurecen las Tierras Invernales, y le doy alcance al permitir que la neblina me engulla hasta tal punto que la risa de mis amigas es apenas el débil recuerdo de un sonido. Me alejo más que nunca. Viscosas parras se deslizan entre mis pies desnudos como serpientes varadas; no me muevo e intento controlar la respiración.

La criatura semejante a un hada planea cerca de mi hombro. Sus ojos son dos piedras preciosas negras.

—Escucha —murmura.

Junto a mi oído, oigo una voz procedente de las Tierras Invernales, tan suave como el beso de buenas noches de una madre:

—Cuéntanos tus miedos y tus deseos...

Algo dentro de mí quiere responder. Siento tanta añoranza como si hubiera encontrado una parte de mí misma que no supiera que la había perdido.

La voz sigue hablando:

—Es aquí a donde perteneces, donde se halla tu destino. No hay nada que temer...

Los labios del hada esbozan una sonrisa.

—¿Has escuchado eso?

Asiento; soy incapaz de hablar. La atracción es muy fuerte. Lo único que deseo es unirme con lo que sea que me espera al otro lado.

—Puedo mostrarte el camino hasta el Árbol de Todas las Almas —dice la criatura de alas doradas y brillantes—. Y luego sabrás lo que es el verdadero poder. Nunca volverás a estar sola.

Las parras acarician mis tobillos; una me trepa por la pierna. La neblina se divide; la entrada de las Tierras Invernales me hace señas. Doy un paso hacia ella.

La pequeña criatura me ahuyenta con sus dedos larguiruchos.

—Eso es. Ve.

—¡Gemma!

Mi nombre avanza lentamente a través de la neblina y doy un paso atrás.

—¡No escuches! ¡Ve! —sisea la criatura, pero mis amigas me llaman de nuevo, y esta vez oigo algo más: el galope fuerte y rápido de unos caballos.

Me alejo de las Tierras Invernales y del hada y corro hasta que la niebla se disipa y me hallo cerca del castillo. Las chicas salen de laberinto.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? —grita Ann, quien lleva a Wendy del brazo.

—¡Por aquí! —chilla Felicity y echamos a correr hacia el muro de zarzas.

Por el sendero se aproxima a toda prisa una manada de centauros con Creostus en la cabeza. Al vernos enlentecen la marcha.

Creostus me señala.

—¡Sacerdotisa! Tienes que venir conmigo.

—No va a ir a ningún sitio con tipos de vuestra calaña —contesta Felicity, quien se mantiene firme a mi lado, como un soldado.

El centauro va acercándose dando zancadas con sus fuertes patas.

—Philon la ha mandado llamar. Tiene que dar muchas explicaciones.

—Te acompañaremos, Gemma —promete Ann.

—Pero nos estábamos divirtiendo —dice Pip haciendo pucheritos.

—¿Podemos ir? —pregunta Felicity sin soltarse de la mano de Pip.

Pienso en las dos murmurando a mi espalda, compartiendo secretos, dejándome de lado. Pues bien, me gustaría tener un secreto para mí sola.

—No. Iré sola —respondo y me hundo en las zarzas para cruzar al otro lado.

—Sí, Gemma nos lo contará todo, ¿verdad? —dice Pippa mientras arrastra de nuevo a Felicity hasta el laberinto.

Creostus observa a Wendy con avidez.

—Me gustaría llevarte conmigo y convertirte en mi reina. ¿Has montado alguna vez a lomos de un centauro?

Mae aparta a Wendy.

—Vaya con cuidado, señor. Somos unas señoras.

—Sí, ya lo sé. Señoras. Mis favoritas.

—Creostus, si ya has acabado de cortejar a la señorita Wendy, te acompañaré hasta Philon —le interrumpo, y me pregunto qué es tan urgente como para que Philon me haya mandado llamar.

La estruendosa risa de Creostus hace que se me erice el vello de los brazos. Se me acerca.

—¿Celosa, sacerdotisa? ¿Deseas competir por mi afecto? Me gustaría verlo.

—Estoy segura de que sí. Pero antes tendrías que estar muerto, así que llévame hasta Philon, por favor.

—Me adora —dice guiñando un ojo.

Siento la imperiosa necesidad de ponerle una gorra y pintarlo bailando al son de las flautas que cuelgan de la pared de cierta dama elegante.

—Creostus, ¿nos vamos o no?

Me roza el cuerpo con el suyo al pasar junto a mí.

—Te mueres de ganas por estar a solas conmigo, ¿verdad?

—De buena gana te convertiría en una mariquita. No me des pie a demostrártelo.

Sin esfuerzo evidente, Creostus me monta en su lomo. Mientras cabalgamos hacia el bosque, me agarro a su cintura para salvar mi vida. Sea cual sea la razón de esta visita, no puede ser para nada bueno. Abajo, en el río, veo a la Gorgona navegar a toda velocidad para avanzar al mismo ritmo que nosotros.

No, esto no presagia nada bueno.

En el bosque hoy se respira un aire diferente. Las criaturas no están repantigadas. Los niños no juegan. Al contrario trabajan afanosamente. Algunos cortan madera hasta convertirla en puntas afiladas. Otros prueban ballestas primitivas. Una lluvia de flechas pasa zumbando por encima de mi cabeza, obligándome a agacharme. Hacen diana en la blanda corteza de árboles lejanos. La Gorgona se desliza hacia la orilla y corro hacia ella.

—Gorgona, ¿qué ocurre?

—No puedo decírtelo, Su Excelencia. Pero tenemos un problema.

Philon camina hacia nosotras a grandes zancadas, ataviado con una magnífica capa de ramas y hojas con un gran cuello y mangas puntiagudas que le llegan hasta las puntas de sus largos dedos. Sus ojos de gato se entrecierran al verme.

—Nos has traicionado, sacerdotisa.

—¿Qué quieres decir? ¿Traicionarte? ¿Cómo?

La tribu del bosque se reúne alrededor de Philon. Algunos llevan lanzas. Neela salta a lomos de Creostus con los labios fruncidos por la indignación.

—Te han visto en el Templo conversando en secreto con los Hajin —dice Philon, acusándome.

—¡No es verdad! —protesto.

Philon y Creostus se miran. ¿Me engaña Philon? ¿Se trata de algún tipo de artimaña, una prueba?

—¿Niegas haber hecho una visita al Templo?

Fui a ver a Circe, pero no puedo decírselo.

—He estado en el Templo —respondo con cautela—. Es allí donde estableceremos una alianza, ¿no es verdad?

Neela se sube a un tocón y se acuclilla. Al hablar, su pelo riela del azul al negro y de nuevo al azul.

—¡Ella se unirá a ellos y nos traicionará por la Orden! ¡Construirán las runas una vez más! —grita—. Mientras nosotros nos esforzamos aquí, esos malditos Hajin reinan en los campos de amapolas y nosotros nos vemos obligados a regatear por su cultivo.

El descontento se extiende por la asamblea.

Neela sonrío satisfecha.

—Mientras Philon nos hace esperar, los Hajin se aliarán en secreto con la Orden, que les dará todo el poder. Las cosas serán como siempre han sido, y de nuevo la tribu del bosque será quien sufra las consecuencias.

—*Nyim syatt!* —trona Philon.

El grito del líder de la tribu del bosque es ahogado por las argumentaciones a viva

voz de los suyos.

—¿Qué hay de nuestra parte? —gritan—. ¡No dejes que nos la quiten otra vez!

—¿Cuánto tiempo transcurrirá antes de que vengan a por nuestra tierra? ¿Antes de que se lleven el poco poder que aún nos queda? —pregunta furioso un centauro.

Neela se sienta de nuevo a lomos de Creostus.

—¡Yo digo que luchemos! Obliguemos a la sacerdotisa a hacer un pacto ahora mismo.

Philon prepara su pipa de hojas. Sus dedos largos y oscuros presionan los pétalos rojos en el interior de la cazoleta.

—¿Qué tienes que decir ante esos cargos, sacerdotisa?

—Te he dado mi palabra de que honraría a tu tribu, y mantendré mi promesa.

Neela se dirige a la multitud.

—¿Habéis escuchado con que tranquilidad miente?

—¡Yo no estoy mintiendo! —grito.

Creostus toma posiciones detrás de mí, bloqueándome la vía de escape.

—Te dije que no se podía confiar en ella, Philon. Es uno de ellos, y nunca se desprenderán de la magia por voluntad propia. La Orden —se burla Creostus. Camina mientras habla, como si se dirigiera a sus soldados—. Recuerdo cuando la Orden castigó a mi familia. Nos despojaron de todo. Nuestros padres fueron desterrados a las Tierras Invernales. El frío era demasiado insoportable para los de nuestra especie. Los que no murieron víctimas de los elementos fueron apresados por las criaturas de esas tierras. Fueron torturados y mucho más. Una generación de centauros se perdió. No permitiremos que eso suceda de nuevo. Nunca más.

Los centauros patean el suelo con sus pezuñas y rugen.

—Ellos se llevaron a mi padre de mi lado. Yo me llevaré a dos de los suyos para recuperar mi honor.

—Honor —sisea la Gorgona desde la laguna—. ¿Qué sabes tú de eso?

Creostus se acerca sigilosamente a la bestia gigantesca que se halla en la proa del barco.

—Más que uno que fue su lacayo. ¿Le has contado cómo traicionaste a tu gente?

—Basta de charla —gruñe la Gorgona.

—Philon, si los Hajin conspiraran contra nosotros con la ayuda de la Orden, deberíamos atacar ahora que podemos, antes de que nos lo quiten todo —argumenta Neela.

—Los Hajin son pacíficos —protesto.

—Son unos traidores y unos cobardes. —Neela se acurruca junto a Philon. Fuma de su pipa y expulsa el humo en el interior de la boca de la criatura—. ¿Por qué tienen que tener todas las amapolas esos malditos enfermos, Philon? ¿Por qué tenemos que negociar con ellos?

—Ya sabes que ése ha sido su derecho desde la rebelión —responde Philon.

—Porque ellos se unieron a la Orden. ¡Y ahora conspiran contra nosotros! ¡La

Orden nos quitará lo que es nuestro y se lo dará a los Intocables! ¡Nos quedaremos sin nada!

—¿Tan poca fe tienes en mí, Neela?

Philon entrecierra los ojos.

—No puedes ver con claridad. Confías demasiado en la chica. La batalla por los reinos ha empezado. Quieren destruirnos. Debemos atacar para defendernos.

—No fueron ellos quienes nos atacaron primero.

—¿Has olvidado lo que nos hicieron? —ruge Creostus.

Estallan entre la multitud más gritos coléricos, cada uno de sus miedos es más terrible que el último, hasta que se vuelven histéricos.

—¡Nos quitarán nuestra tierra! ¡Matarán a nuestros hijos! ¡Debemos atacar!

Una flecha hiende el aire por encima de mi cabeza y se clava en la tierra que hay detrás de mí.

—*Nyim!* —brama Philon—. No estamos en guerra ni con los Hajin ni con la Orden. Todavía. Y en cuanto a ti, sacerdotisa, te concederé el beneficio de la duda. De momento. Pero debes demostrarme tu buena fe.

—¿Cómo?

La mirada de Philon es inescrutable.

—Exijo un acto de buena fe. Dijiste que podrías regalar parte de tu magia. Muy bien. Acepto. Hazme ese regalo para que yo pueda tener mi propia magia.

Dije eso, pero no estoy segura de que quiera hacerlo.

—¿Qué harás con ella? —pregunto.

Philon me mira imperturbable.

—Yo no te pregunto lo que haces con la tuya.

Como no hago movimiento alguno, Creostus se cruza de brazos y sonrío satisfecho.

—Está dudando. ¿Qué más pruebas necesitas?

—La magia no dura para siempre —digo intentando dar un rodeo—. ¿De qué ayuda te sería?

—¡Porque tú la has conjurado con un encantamiento! —espetea Creostus.

—¡No! No tengo control alguno sobre ella.

—Ya lo veremos. —Philon me observa con una mirada vidriosa—. ¿Nos la entregarás? ¿O quieres la guerra?

La tribu del bosque espera mi respuesta. No estoy segura de que éste sea el mejor camino, pero ¿qué opción me queda? Si no se la doy, habrá una guerra. Y si lo hago, no habrá manera de saber qué uso pueden darle a ese poder.

Sin embargo, nadie ha dicho que tenga que darles mucha.

Cojo las manos de Philon durante un instante y, al apartarlas, la criatura me mira con ojos imperturbables.

—¿Y eso es todo, sacerdotisa?

—Te he dicho que no tengo control alguno sobre ella.

Philon me estrecha la mano y me susurra al oído:

—Ésa es tu primera mentira. No permitiré una segunda.

Cuando me voy, Neela grita a mis espaldas:

—¡No se puede confiar en las brujas! ¡Muy pronto dejaremos de vivir a tu sombra!

La Gorgona navega por la ruta que lleva de nuevo al jardín. Me siento junto a su cuello y escucho el suave ritmo de agua al chocar contra los lados del enorme barco. No ha dicho nada desde que dejamos el bosque.

—Gorgona, ¿a qué se refería antes Creostus?

—No tiene importancia. Creostus y yo nos conocemos desde los tiempos en que yo era una guerrera.

—¿Por qué escogiste permanecer en esta prisión?

La voz de la Gorgona se hace más grave.

—Tengo mis razones.

Conozco ese tono de voz. Significa que la conversación ha concluido. Sin embargo, no estoy de humor para callarme. Quiero saber más.

—Pero tú puedes ser libre...

—No —responde con amargura—. Nunca seré verdaderamente libre. No me lo merezco.

—¡Por supuesto que sí!

Las serpientes se deslizan por su rostro, lo que me dificulta verte los ojos.

—Soy muchas cosas, Su Excelencia, pero ninguna de ellas noble.

Una de las serpientes reptaba cerca de mí. Su fina lengua rosada se mueve con rapidez contra mi piel. Instintivamente, retiré la mano, pero su peligroso beso perdura en mí.

—No deberíamos hablar del pasado sino del futuro de los reinos.

Suspiro.

—Ni siquiera las tribus logran ponerse de acuerdo. ¿Cómo van a formar una alianza cuando están siempre peleando?

—Es verdad que siempre han vivido enfrentadas. Pero todavía pueden unirse en una causa común. La discordia no tiene por qué ser un impedimento. Las diferencias fortalecen.

—No veo cómo. Oírlos me provoca dolor de cabeza. —Estiro los brazos y siento la espuma del río en mi rostro, fría y dulce—. Oh, ¿por qué no puede haber para siempre una paz como la de este momento?

La Gorgona me mira de reojo. Frunce los labios.

—La paz no es fruto de la casualidad. Es un fuego que debe alimentarse constantemente. Se debe cuidar de él, vigilarlo; si no, se extingue.

—¿Por qué tengo este poder, Gorgona? Si apenas puedo controlarme a mí misma.

A veces me siento como si pudiera danzar por los salones llena de felicidad y entonces, de repente, mis pensamientos se vuelven lúgubres, caóticos y espantosos.

—La cuestión no es por qué, Su Excelencia. La cuestión es qué. ¿Qué puedes hacer con este poder?

Nos aproximamos a un estrecho bordeado de piedras musgosas. El agua brilla con tonalidades iridiscentes. Un grupo de ninfas de agua emerge de la corriente del río. Son criaturas exóticas, medio sirenas, calvas con dedos palmeados y ojos que reflejan las profundidades de los mares. Su canción es tan encantadora que podría hechizar a cualquier mortal, aunque, en cuanto te hallas bajo su influjo, te arrancan la piel.

Ya he tenido un encuentro con esas damas y apenas logré vivir para contarlo; no me arriesgaré otra vez.

—Gorgona —advierto, y me desplazo hacia las redes que cuelgan de uno de los laterales del barco.

—Sí, las he visto —dice la Gorgona.

No obstante, las ninfas no hacen ademán de acercarse a nosotras. Al contrario, se sumergen de nuevo y veo la inclinación de sus espaldas plateadas mientras se alejan nadando.

—Qué raro —digo mientras las veo marcharse.

—Todo es muy raro últimamente, Su Excelencia —responde la Gorgona, tan enigmática como siempre.

Me reclino de nuevo en el cuello de la Gorgona. Nos aproximamos a las Tierras Fronterizas. Aquí la atmósfera es más densa y, a lo lejos, el cielo es de color plomizo.

—Gorgona, ¿qué sabes de las Tierras Invernales?

—Muy poco, aunque es más que suficiente.

—¿Qué sabes de algo llamado el Árbol de Todas las Almas?

La Gorgona se asusta; las serpientes sisean ante el repentino movimiento.

—¿Dónde has escuchado ese nombre? —me pregunta la Gorgona.

—¡Lo conoces! Quiero saberlo todo. ¡Cuéntamelo! —ordeno, pero la Gorgona se muestra impasible como una piedra—. Gorgona, ¡fuiste obligada a decir la verdad a la Orden!

Sus labios se contraen en un gruñido.

—Hace tan sólo unos instantes me recordaste que era libre.

—Por favor...

Inspira profundamente y suelta el aire poco a poco.

—Sólo se trate de un mito transmitido de generación en generación.

—¿Qué se basa en...? —apunto.

—Se dice que, oculto en las Tierras Invernales, hay un lugar con un poder enorme, un árbol que contiene una magia muy superior a la del Templo.

—Pero si eso es verdad —argumento—, ¿por qué las criaturas de las Tierras Invernales no lo han utilizado para hacerse con el mando de los reinos?

—Quizá no puedan recuperar su poder. Quizá les detuvo el sello de las runas o el

Templo. —La Gorgona posa sus ojos amarillos en mí—. O quizá simplemente no exista. Puesto que nadie que yo conozca lo ha visto.

—¿Y si existe? ¿No deberíamos aventurarnos a entrar en las Tierras Invernales y encontrarlo por nuestros propios medios?

—No —sisea la Gorgona—. Está prohibido.

—¡Estaba prohibido! Pero ahora soy yo quien tiene la magia.

—Eso es lo que me preocupa.

Llegamos a las Tierras Fronterizas. Una nieve ligera empieza a caer. Las antorchas están encendidas. Arrojan un resplandor espeluznante sobre el paisaje.

—Olvídate de las Tierras Invernales. Nada bueno puede salir de allí.

—¿Cómo lo sabes? Nunca las has visto —respondo con amargura—. Nadie lo ha hecho.

—Nadie en quien se pueda confiar —contesta la Gorgona y, de inmediato, pienso en Circe.

—¡Gemma! —grita Felicity desde la orilla.

Lleva puesta su cota de malla y Pippa su hermosa capa; ambas brillan como joyas prestadas.

La Gorgona baja la pasarela.

—Su Excelencia, cuanto antes establezcas la alianza y compartas la magia, mejor. Observa atentamente el cielo hacia las Tierras Invernales.

—¿Qué buscas? —pregunto.

Las serpientes se mueven inquietas. El plácido rostro de la Gorgona se ensombrece.

—Problemas.

—¡Hurra! Nuestra Gemma ha regresado —exclama Pippa medio arrastrándome hacia el bosque, donde las chicas tienen montado un juego de *croquet*.

Se turnan los mazos. Ann haraganea tendida en una manta de hilos plateados. Los puntea como si fueran los de un arpa y una música espléndida se desliza hacia nosotras. Wendy se sienta y acaricia la erizada cabeza del *Señor Darcy*.

—¿Cómo estaba la horrible tribu del bosque? —pregunta Felicity mientras se prepara para hacer su tirada.

—Enfadados. Impacientes. Creen que los he traicionado —respondo mientras me acomodo al lado de Wendy y Ann.

—Bueno, pues tendrán que esperar hasta que nosotras estemos listas, ¿no es así?

Felicity golpea la bola, que atraviesa limpiamente el aro.

—Bessie, cuando estuviste con las tres chicas de blanco de camino a las Tierras Invernales, ¿mencionaron el Árbol de Todas las Almas? —pregunto.

—No eran muy habladoras.

—¿Y tampoco habéis visto a ninguna criatura de las Tierras Invernales? —les

pregunto a todas.

—A ninguna —responde Pippa.

Quiero conformarme con esa respuesta, pero una vocecilla en mi interior me recuerda que Pippa y las chicas aún están aquí y que, bajo ese encanto del que ahora disponen, sus mejillas son pálidas y sus dientes, puntiagudos.

No obstante, no son como esos horribles rastreadores, esos espectros horrorosos que roban almas. Pero ¿qué son ellas? «No tiene por qué caer». Eso fue lo que dijo la Gorgona. ¿Hay otra solución? ¿Es aquí donde quiero estar? Si esta noche les doy mi poder a McCleethy y a la Orden, no tendré que preocuparme por ellos; serán ellas quienes tendrán que tomar una decisión, no yo. Y seguramente desterrarán a Pip a las Tierras Invernales. Soy quien debe llevarla a cabo.

—¿En qué estás pensando ahora, Gemma? —pregunta Felicity.

Niego con la cabeza, sacudiéndome de encima el peso de la noche.

—En nada. Vamos, déjame probar a mí.

Cojo el mazo y golpeo la bola con él. Ésta rueda hasta internarse en la niebla de las Tierras Invernales.

Finalizada nuestra visitan, nos dirigimos hacia el ahora familiar sendero que conduce hasta la puerta secreta y avanzamos por el largo pasadizo mal iluminado. Sin embargo, me resulta un tanto extraño, como si alguien más estuviera con nosotras.

—¿Habéis oído algo? —pregunto.

—No —responde Felicity.

Es un débil crujido, como de hojas. O alas. No hemos hecho más que dar unos cuantos pasos más cuando lo oigo de nuevo. Me giro rápidamente y atisbo un breve centelleo, como el de una luciérnaga. Lo suficiente para que vea unas alas extenderse, un diente. Y tal cual se va.

—Sé que estás aquí —digo—. Te he visto.

Fee y Ann atisban en la oscuridad.

—No veo nada —dice Felicity con un encogimiento de hombros.

—Pues yo he visto algo —respondo, dando vueltas sobre mí misma—. Te juro que lo he visto.

—¡Muy bien! ¡Déjame ver! —ordena Felicity. Sólo le responde la oscuridad—. Gemma, te digo que aquí no hay nada. Sigamos adelante.

—Sí. De acuerdo —respondo.

Felicity canta parte de los versos que aprendió de Pippa y Ann se le une.

—«Oh, tengo un amor, un verdadero, verdadero amor...».

Echo un último vistazo a mis espaldas. Oculta tras una viga está la criatura semejante a un hada de las Tierras Fronterizas, que me muestra sus dientes con una horrible y sarcástica sonrisa. La criatura brilla como un carbón encendido y luego se desvanece en la oscuridad.

El Salón Egipto, en Piccadilly, es un edificio impresionante. Por el aspecto de su fachada, parece como si fuéramos a adentrarnos en una tumba antigua rescatada de las arenas del Nilo. La entrada está adornada con estatuas gigantes de Isis y Osiris. Un cartelón enorme situado en la parte de arriba describe el espectáculo de los hermanos Wolfson, a las tres y a las ocho en punto. En otro, se anuncia la Dudley Gallery, donde son muchos los artistas que exponen su obra.

Por dentro parece una réplica exacta de unos de esos templos de la antigüedad. Hay una sala enorme sostenida por hileras de columnas que imitan el estilo egipcio, adornadas con jeroglíficos. No me sorprendería ver a Cleopatra pasearse entre nosotras.

Nos han dado el programa del espectáculo de esta tarde. Los hermanos Wolfson aparecen a ambos lados del mismo y en medio hay dibujada una extraña caja metálica de tres patas, una mesa levitando, un temible espectro y un esqueleto pateando su cabeza huesuda. La primera página promete una tarde que tardaremos en olvidar.

Los hermanos Wolfson presentan:
LOS RITOS DE LA PRIMAVERA

¡Una fantasmagoría que conjurará los espíritus ante sus ojos!

—¡Qué emocionante! —exclama *mademoiselle* LeFarge—. Estoy tan agradecida a la señora Nightwing por que nos dejara venir. He oído que no tiene nada que ver con mirar fotografías. ¡Las imágenes se mueven como si fueran tan reales como usted o yo!

—Me gustará verlo —dice Ann.

—Enseguida lo veremos —refunfuña la señorita McCleethy mientras se abanica con su programa sin mostrar el menor interés.

Felicity me agarra del brazo con fuerza.

—¿Cómo encontraremos al doctor Van Ripple con ella aquí? —pregunta irritada.

—No lo sé... aún —respondo.

Son muchos los expositores que tienen la oportunidad de promocionarse a sí mismos en este teatro. Han montado mesas para exponer su mercancía y nos llaman como si fueran presentadores circenses; no sabemos por dónde empezar a mirar.

—Los llevaré a todos ante el juez de primera instancia de Bow Street —murmura entre dientes el inspector Kent, aludiendo al famoso tribunal de justicia de Londres.

—Oh, señor Kent —le responde *mademoiselle* LeFarge.

—Señor Kent, *sir*. Me han dicho que debo darle la enhorabuena —dice un policía a la par que le tiende la mano al inspector, quien le presenta a su futura esposa.

Es el momento idóneo para escabullirse... si puedo distraer a la señorita

McCleethy. Si empleo la magia, ¿lo sabrá? Si creo una ilusión, ¿se dará cuenta? ¿Me atrevo a correr ese riesgo?

—Gemma, ¿qué hacemos? —susurra Felicity.

—Estoy pensando —respondo también con un susurro.

McCleethy nos observa, recelosa.

—¿Qué están cuchicheando ahí detrás?

—Nos gustaría ver los expositores —digo—. ¿Podemos?

—Por supuesto. A mí también me gustaría verlos.

—Bien hecho —gruñe Felicity—. No piensa separarse de nosotras.

—Te he dicho que estaba pensando, ¿no es verdad?

—He visto muchos espectáculos aquí —dice una anciana a su acompañante—.

Cuando era pequeña, mi padre me llevó a ver al famoso Tom Thumb. No me llegaba más allá de la cintura, y eso que yo tan sólo era una niña.

—¡Tom Thumb! —exclama Ann—. ¡Qué maravilla!

—Este teatro ha albergado muchas y extraordinarias exposiciones —nos ilustra la señorita McCleethy—. En 1816 se exhibió el carruaje de Napoleón y, con posterioridad, las maravillas de Seti I.

—¡Oh! ¿Y qué más? —Ann mantiene una conversación con la señorita McCleethy propia de una joven inteligente, lo que me concede un momento para pensar.

¿Qué apartaría a la señorita McCleethy de nuestro lado? ¿Un león rugiente mostrando sus colmillos? No, probablemente se saludarían el uno al otro como buenos depredadores. ¡Maldita sea! ¿Qué espantaría a la poco espantable McCleethy?

Mis labios esbozan una sonrisa perversa. Una antigua amiga, eso es lo que necesitamos. Empiezo a invocar mi poder y me detengo. ¿Y si la magia me supera? Es tan impredecible... Y ella dijo que si la empleaba lo sabría.

Supongo que sólo hay una forma de averiguarlo.

Respiro hondo e intento tranquilizarme. Las voces de McCleethy y mis amigas, los gritos de los expositores y de la multitud se convierten en murmullos. Los dedos me hormigean y el hormigueo recorre mis brazos hasta llegar al corazón. «Calma, Gemma, céntrate en tu propósito». Al cabo de unos segundos, Fowlson aparece entre el gentío, puesto que ha sido él a quien he conjurado, o al menos su ilusión óptica.

—Señorita McCleethy, parece que la buscan —digo tranquilamente, asintiendo hacia el imaginario Fowlson.

El rostro de McCleethy parece conmocionado al ver cómo un hombre horrible le hace señas con un dedo para llamar su atención. Me esfuerzo por permanecer impasible. «Inspira, espira». En realidad, es lo más sencillo del mundo.

—Cómo se atreve... —La señorita McCleethy le lanza una mirada iracunda—. Señoritas, lamento tener que dejarlas durante un momento en manos de *mademoiselle* LeFarge.

—Señorita McCleethy, ¿no podemos esperarla aquí? Por favor. No nos

moveremos del sitio —le ruega Felicity.

«Fowlson» se dirige hacia la parte de atrás del teatro.

—Sí, sí, de acuerdo, pero compórtense —espeta McCleethy—. No me llevará más de un minuto.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Felicity en cuanto nuestra profesora se aleja a toda prisa.

Mi sonrisa es tan amplia como la vida misma cuando les explico lo que he hecho.

—Ahora ya sabemos que McCleethy es una mentirosa. No puede decir que sabe cuándo recorro a la magia, puesto que lo acabo de hacer y no ha sospechado nada.

—¡Lo sabía! —exclama Felicity, exultante.

—Bien, mirad a vuestro alrededor y permaneced ojo avizor —ordenó—. El doctor Van Ripple es un hombre alto y delgado con el pelo oscuro y la perilla recortada.

Bajo la mirada de los indiferentes dioses deambulamos por el vestíbulo, en busca del hombre que he visto en mis visiones, el único que creo que puede arrojar alguna luz respecto de los curiosos mensajes que he recibido.

—¿Le gustaría hojear el Libro de los Muertos? —pregunta un caballero de nariz colorada.

Su esposa permanece sentada junto a él, ordenando los libros de una mesa. El volumen que tiene entre las manos tiene grabado el dibujo de un dios con la cabeza de chacal.

—¿El Libro de los Muertos? —pregunta Ann.

Su rostro se ilumina sólo con nombrarlo.

Olisqueando una posible venta, el hombre abre el libro y pasa las páginas tan rápido que sólo vemos nieve.

—El Libro de los Muertos. Con ayuda de este tomo sagrado, los antiguos egipcios momificaban a sus muertos y los preparaban para la otra vida. Algunos dicen que incluso podían contactar con los muertos desde sus tumbas.

Felicity frunce el entrecejo.

—¿Hace alusión a las gorgonas o a las ninfas de agua? ¿Explican cómo derrotar a las criaturas de las Tierras Invernales?

El hombre emite una risa incómoda.

—Por supuesto que no, señorita.

—Bueno, pues entonces no sirve de mucho, ¿verdad?

Un hombre con turbante se ofrece a decirnos la buenaventura por dos chelines.

—Gemma, ¿te gustaría que te dijeran la buenaventura? —pregunta Ann, aunque sé que lo que le gustaría es que le prestara el dinero para que se la dijeran a ella—. Bien mirado, ¿y si te dice que te casarás con un atractivo extranjero?

—¿Y si me dice que moriré sola y rodeada de gatos y una colección de muñecas de porcelana? No estamos aquí por eso —le recuerdo y hace un mohín con los labios.

Felicity nos mete prisa.

—¡Tenéis que ver esto!

Corremos hasta una esquina donde un hombre fornido con un mostacho de morsa tiene una pequeña caja. Un grupo de mujeres se reúne a su alrededor.

—Acérquense, no sean tímidas —grita el hombre alegremente—. Señor Brinley Smith, fotógrafo, a su servicio.

Fotografías. No entiendo por qué Felicity lo considera tan excitante ni por qué pierde un tiempo tan valioso en eso.

—Lo que tengo aquí las dejará estupefactas. Esta caja contiene la prueba de que hay vida más allá de la muerte.

Me atrevería a decir que sabemos bastante más de ese tema que el querido señor Smith. Abre la caja de fotografías y ofrece una a la señora que tiene enfrente para que la examine. Echamos un vistazo por encima de su hombro para intentar ver algo. No se ve mucho, sólo la imagen de un hombre sentado ante su escritorio, escribiendo una carta. Pero cuando vuelvo a mirar veo algo más. Junto al hombre hay una presencia fantasmal vestida de blanco, una mujer tan transparente como el encaje.

—Éstas son auténticas fotografías de espíritus, señoras. Vean cómo el mundo de los espíritus cobra vida ante sus ojos. La aquí presente es una prueba irrefutable de la presencia de fantasmas entre nosotros, ¡de la vida después de la muerte!

—¡Oh!, ¿puedo verla? —pregunta la dama a nuestra derecha.

—¿Verla? Y mucho más, señora, pues por sólo diez peniques puede ser suya. ¡Asombre a sus amistades y a su familia! Tomé esta foto durante una sesión de espiritismo en Bristol. —Baja la voz hasta convertirla en un emotivo murmullo—. Lo que allí vi cambió mi vida... ¡Espíritus! ¡Entre nosotros!

Las damas jadean y murmuran. Una saca una moneda de su monedero.

—Me gustaría comprobarlo, por favor.

—La que usted quiera, señora, tiene muchas entre las que elegir.

Les doy un codazo a mis amigas.

—No tenemos tiempo para eso. Tenemos que...

Una voz imperiosa se abre paso detrás de nosotras.

—No se crean lo que dice, queridas señoras. No es más que un truco óptico.

Un elegante caballero con una mata de pelo negro, mechadas plateadas y una perilla recortada se abre paso. Tiene los ojos y la boca circundados de pecas y se apoya en un bastón al caminar; aunque es un hombre más mayor que el que he visto en mis visiones, no hay duda alguna de que se trata de la persona que buscamos: el doctor Theodore van Ripple.

—Es él —susurro a Ann y a Fee.

El doctor se nos acerca cojeando.

—Esta imagen espectral es tanto la de un espíritu como usted o yo podemos serlo. Es una simple fotografía dejada demasiado tiempo en remojo en la cubierta de un fotógrafo. Un truco, ¿saben?

—¿Me está llamando mentiroso, señor? —protesta al señor Smith.

El hombre baja la cabeza.

—Le pido disculpas, señor, pero no puedo permitir algo semejante, ni que señoras de buen corazón sean engañadas por embusteros.

El señor Smith puede oler la duda robándole la venta.

—Señoras, se los aseguro, ¡vi a esos espíritus con mis propios ojos! ¡Aquí está la prueba, lo certifico!

Pero ya es demasiado tarde. La señora que tenía enfrente se aleja negando con la cabeza. Otros se acercan para ocupar su puesto. Quieren creer.

Felicity se acerca al doctor Van Ripple.

—¿Es eso verdad, señor?

—Oh, sí. Por supuesto. Estoy familiarizado con muchas ilusiones. Yo mismo me muevo en un mundo de humo y espejos. Soy mago de oficio. De hecho, he actuado esta tarde. Durante unos minutos —añade amargamente—. Pero haré un número espacial para ustedes.

Rebusca en su bolsillo y saca una baraja de cartas.

—Veamos. Se lo demostraré. Coja una carta. La que usted quiera. Puede enseñársela a sus amigas pero no a mí.

Estiro el cuello, pero no logro ver a la señorita McCleethy, así que escojo una carta —el as de espadas— y se la enseño a Ann y a Felicity antes de esconderla en la palma de la mano. El doctor Van Ripple pasa la baraja al señor Smith.

—¿Me haría el favor de barajar estas cartas, estimado señor?

Con gran irritación, el señor Smith baraja las cartas. Se las devuelve al doctor Van Ripple, quien baraja las cartas una y otra vez, mientras mantiene una agradable charla como si fuera un *showman* principiante. Finalmente, apoya una mano enguanta de blanco en la baraja y declara:

—Usted tiene el as de espadas, querida mía. ¿No es así?

Atónita, le muestro el as.

—¿Cómo lo ha hecho?

Le brillan los ojos.

—Las reglas de la magia, querida, no se discuten. En cuanto desvelamos la ilusión, dejamos de creer en ella.

—Ha marcado las cartas —replica indignado el señor Smith—. Una auténtica farsa.

El doctor Van Ripple inclina su sombrero y saca una rana de su interior. La rana salta al hombro de un asustado señor Smith.

—¡Ahh, un bicho asqueroso!

El fotógrafo casi vuelca su mesa al intentar escapar. Los presentes se echan a reír.

—Vaya —dice el doctor Van Ripple—. Creo que deberíamos marcharnos de aquí.

El doctor se aleja cojeando y nos guía hacia otras exposiciones: la cabeza pintada de un turco autómatas expulsa buenas aventuras de su boca mecánica; un encantador de serpientes mantiene en equilibrio una serpiente gigantesca a lo largo de sus hombros,

ondulándolos lentamente a medida que el animal se enrosca y rept; un hombre que sostiene un pájaro disecado alardea de las maravillas de un museo ambulante de historia natural. También veo a *madame* Romanoff, conocida anteriormente como Sally Carny de Bow's Bells^[7], dirigiendo una sesión de espiritismo. En una ocasión, y de forma accidental, llevé a esta fraudulenta espiritista hasta los reinos. Nos cruzamos la mirada y, de forma precipitada, Sally finaliza su actuación.

El doctor Van Ripple se detiene ante una estatua de Osiris para enjugarse la frente con un pañuelo.

—Según parece, nuestro señor Smith no es más que un *faux-tógrafo*.

—¡Su truco de cartas ha sido impresionante! —dice Ann.

—Es usted demasiado amable. Permítame presentarme como es debido. Soy el doctor Theodore van Ripple, maestro ilusionista, erudito y caballero, a su servicio.

—¿Cómo está usted? Yo soy Gemma Dowd. —Me presento ante él con el nombre de soltera de mi madre.

Ann sigue pegada a «Nan Washbrad» y Felicity se convierte en «la señorita Anthrope».

—Doctor Van Ripple, recuerdo haber oído hablar de usted —empiezo a decir—. Creo que mi madre asistió a uno de sus espectáculos.

El interés brilla en sus ojos.

—¡Ah! ¿Aquí, en Londres? ¿O puede que en Viena o París? He actuado tanto para príncipes como para el pueblo.

—Fue aquí, en Londres, estoy segura —afirmo—. Sí; dijo que fue un espectáculo realmente maravilloso. Su talento la dejó asombrada.

El doctor se ruboriza al escuchar la adulación.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! Y dígame, ¿qué ilusión le gustó más: la desaparición de la muñeca o el humo de rubí?

—Ah... sí, ejem, creo que le gustaron las dos por igual.

—Son mis especialidades. ¡Qué maravilla! —Alza el cuello y busca entre la multitud—. ¿Y la acompaña esta tarde su querida madre?

—Me temo que no —respondo—. Recuerdo que me dijo que había una ilusión que era la que más le gustaba de todas. Una en que una hermosa dama entraba en trance y se le ordenaba escribir en una pizarra.

El doctor Van Ripple me observa receloso. Su voz se vuelve fría.

—La ilusión a la que se refiere pertenecía a mi ayudante. Era una suerte de médium. Ya no hago ese truco, no desde su trágica desaparición hace tres años.

—¿Desapareció durante la presentación? —pregunta Ann con un jadeo.

—No, querida mía, no —replica el doctor Van Ripple.

Se sacude el cuello de la chaqueta con la mano e imagino que, en sus tiempos, debió de ser un verdadero dandi.

—¿Qué le sucedió? —presiono.

—Mis socios insinuaron que se había fugado con un marinero o que quizá se

había unido a un circo. —Niega con la cabeza—. Pero yo no lo creo, puesto que ella aseguraba que la perseguían fuerzas oscuras. Estoy seguro de que fue asesinada.

—¡Asesinada! —exclamamos al unísono.

El doctor Van Ripple es de los que les gusta tener audiencia, aunque sea contando una historia tan inverosímil como promete ser ésta.

—Así es. Era una mujer que tenía muchos secretos y, lamento decirlo, demostró ser de poco fiar. Cuando la conocí apenas tenía veinte años, y lo único que sabía de ella es que era una huérfana que se había escapado de su escuela.

—¿No habló de su pasado? —pregunto.

—No podía, querida mía, pues era muda. Tenía un gran talento para el dibujo y la escritura trascendental.

El doctor toma un poco de rapé de una cajita esmaltada y estornuda en un pañuelo.

—¿Qué es la escritura trascendental? —quiere saber Ann.

—La médium entra en trance y, mientras se comunica con los espíritus, recibe mensajes del más allá que se transmiten a través de la escritura. Y lo convertimos en un sustancioso beneficio... —Tose—. Es decir, ayudábamos a esas pobres almas afligidas y desesperadas a hablar con los seres queridos que habían llegado al reino espiritual.

»Un día llegó al teatro muy contenta. Cuando le pregunté el motivo de su felicidad, ella me escribió en la pizarra, pues ésta era la forma en que nos comunicábamos, que la había visitado su querida hermana, y que planeaban «restablecer lo que había permanecido perdido durante mucho tiempo». Yo no sabía a qué se refería. Y tampoco ella me lo explicó. Me sorprendió bastante la mención de una hermana, puesto que yo creía que no tenía familia. Según parece, la señora en cuestión era una preciada amiga de sus días de escuela. Cuando le pregunté si podía conocer a su hermana, se mostró evasiva y cruel.

»“Eso no será posible”, escribió con una sonrisa. Era única para las pequeñas crueldades, y yo estaba completamente seguro de que su querida amiga estaba muy por debajo de mi condición social.

»Poco después, cambió. Un día la encontré en nuestra tienda, entre sus muchos trucos y posesiones, sosteniendo con fuerza su pizarra. «Mi hermana nos ha decepcionado —escribió—. Es un monstruo. Qué horroroso, horroroso plan». Cuando le pregunté por el motivo de semejante angustia, escribió que había tenido una visión: «Una terrible visión de lo que sucederá por considerar que lo justo es injusto, y todo se perderá».

—¿Le dijo ella lo que vio en la visión? —presiono.

—Me temo que no. —El doctor frunce el ceño—. Tengo que decir que tenía un desafortunado hábito: cierta afición por la cocaína. No podía pasar sin ella. Creo que fue eso lo que empezó a destruirla, tanto a su cuerpo como a su alma.

Pienso en mi padre, y siento un nudo en el estómago al recordar el día en que

lo encontré en el fumadero de opio.

—Pero la cocaína es completamente inofensiva —dice Ann—. Está presente en muchos tónicos y comprimidos.

El doctor Van Ripple esboza una sonrisa forzada.

—Eso dicen, pero yo creo lo contrario, querida. Puesto que fui testigo de cómo la cocaína arruinó la vida de esa chica hasta el punto de que dejó de saber lo que era verdad y lo que era ilusión. Se volvió sumamente suspicaz, veía fantasmas en las sombras. Insistía en que ella era la única capaz de detener ese plan terrible, y escribía largo y tendido durante la noche en un volumen secreto algo que ella creía que era de suma importancia. En cierta ocasión, la sorprendí mientras trabajaba en el estudio, pasada la medianoche, con ayuda de una vela que se había consumido casi hasta la mecha. Se asustó al verme y rápidamente tapó las páginas. No quería enseñármelo. Sospeché que intentaba divulgar los secretos de mi magia. La despedí, y ésa fue la última vez que supe de ella durante meses, hasta un día de primavera de hace tres años. Yo acababa de cenar cuando llamó a mi puerta.

»Apenas la reconocí, tan espantosa era su presencia. Llevaba la muerte escrita en los ojos. Hacía días que no dormía ni comía. Y se comportaba de una forma muy extraña. Me pidió papel y pluma, y yo se los ofrecí. «Soy malvada», escribió. Como es comprensible, pensé que estaba desquiciada y le imploré que se quedase. Pero ella insistió en que la perseguían unas fuerzas oscuras. «Me atraparán por revelar la verdad —escribió—. Debo actuar con rapidez antes de que me encuentren».

—¿De qué fuerzas hablaba? —inquire Ann.

El doctor extiende sus largos dedos sobre el puño del bastón, pavoneándose como un gallo.

—Según parece, no lo sabremos jamás. La mujer se marchó de mi casa... y desapreció.

—¿Qué fue de las páginas que escribió? —pregunto.

Respira hondo.

—No sabría decirlo. Quizás ese terrible secreto que ella tanto temía muriera con ella. O quizás, incluso ahora, esté en marcha algún plan diabólico y nosotros estemos a su merced. —El doctor sonríe como un tío amable y me ofrece su tarjeta—. Para su madre. Pude que necesite un mago para entretener a sus invitados durante alguna velada.

Cojo la tarjeta y cierra sus manos en las mías.

—Ábralas.

Al hacerlo, están vacías. La tarjeta ha desaparecido.

—¿Cómo...?

Saca la tarjeta de la parte posterior de mi oreja y la deposita triunfalmente en la palma de mi mano.

—¡Ah, estaba aquí! Me temo que tengo unas tarjetas de visita muy juguetonas. —El doctor Van Ripple se palmea los bolsillos y frunce el ceño—. ¡Vaya! ¡Dios mío!

—¿Qué sucede? —pregunta Felicity.

—Creo que he perdido la cartera. Lamento tener que abusar de su buena fe, pero ¿podrían prestar uno cuantos chelines a un anciano? Les doy mi palabra de caballero que se los devolveré mañana mismo...

—¡Aquí están! Se lo aseguro, chicas, me tenían muy preocupada —anuncia *mademoiselle* LeFarge apresurándose en nuestra dirección con McCleethy, furiosa, detrás de ella.

Espero que el espectáculo de la linterna mágica sea una maravilla, pues puede que sea mi última tarde en la tierra.

El doctor Van Ripple sonrío con amabilidad.

—No hay nada que temer, estimada señora. Sus hijas están en buenas manos y a salvo de la chusma, se lo aseguro.

—Estas damitas no son mis hijas, señor. Están a mi cargo —balbucea *mademoiselle* LeFarge—. Me tenían muy preocupada, chicas.

—¿Algún problema, querida?

El inspector Kent toma posiciones junto a *mademoiselle* LeFarge. Le echa al doctor una penetrante mirada que ha perfeccionado en calidad de policía, y el mago palidece.

—Bien, entonces me marchó —dice el doctor Van Ripple apresuradamente.

—Espere un momento. Su rostro me resulta familiar... Bob Sharpe. Ha pasado algún tiempo, pero veo que los años no le han cambiado en nada, señor. —El inspector Kent mira fijamente al doctor Van Ripple—. ¿No estaría tratando de extorsionar a estas señoritas, verdad?

—Inspector, me ofende —dice el doctor Van Ripple—. Simplemente cuidaba de ellas como una gallina a sus polluelos.

El inspector se cruza de brazos y amenaza al doctor Van Ripple.

—Como un zorro espiando a unos polluelos, querrá decir. Señor Sharpe, confío en que no desee volver a prisión y, por tanto, no quiero volver a verlo esta tarde.

—Da la casualidad de que tengo un compromiso que atender.

La mirada de la señorita McCleethy me hieló la sangre.

—Lo lamento, *mademoiselle* LeFarge. Me ausenté apenas unos instantes —dice.

—Señoritas —nos reprende *mademoiselle* LeFarge—, si desean volver a abandonar los confines de Spence...

—¿Spence, dice usted? ¿La Academia Spence para señoritas? —pregunta el doctor Van Ripple.

Mademoiselle LeFarge asiente.

—La misma, señor.

El doctor Van Ripple se despide de nosotras.

—Sí, bien, no querrán perderse el espectáculo, ¿verdad? Será mejor que vayan a tomar asiento. Que tengan una feliz velada. Inspector.

Y tras pronunciar estas palabras, el anciano se aleja cojeando a toda prisa.

LeFarge niega con la cabeza.

—Qué tipo tan raro.

—El doctor Van Ripple, cuyo verdadero nombre es Bob Sharpe. Mago, ladrón, impostor. ¿Les ha contado, señoritas, una historia fantástica y luego les ha dicho que no encontraba la cartera? —interroga el inspector.

Asentimos tímidamente.

—Nos habló de una mujer desaparecida. Su ayudante —dice Ann—. Cree que la han asesinado.

La señorita McCleethy frunce el ceño.

—Creo que ya hemos tenido bastante.

—Les aseguro que el doctor Van Ripple es un prestidigitador de historias y que no se puede confiar en él —asegura el inspector Kent—. Y ahora, ¿vamos a ver ese milagro de imágenes en movimiento?

Según parece, el doctor Van Ripple no es más que una estafa. No entiendo por qué mis visiones me han conducido hasta este mago envejecido de vívida inventiva y cuyo abrigo está tan raído como su reputación. Y pensar que he arriesgado la magia por él.

—¿Encontró a su conocido, señorita McCleethy? —pregunta Felicity y me entran ganas de darle un puntapié.

—Sí, por supuesto —responde—. Al principio creí que mis ojos me habían engañado, pues desapareció entre la multitud, pero, por suerte, lo encontré de nuevo.

Me siento un tanto confusa. ¿Cómo puede haberse encontrado con Fowlson cuando éste no tiene más consistencia que el éter? ¿Está mintiendo? ¿O acaso Fowlson se encuentra realmente aquí, entre nosotros?

Nos acompañan hasta nuestros asientos, dispuestos de tal forma que nos sentaos de cara a la pared. Un instrumento extraño es trasladado rodando hacia el centro del pasillo: una caja colgada de unas patas metálicas, muy parecida a una cámara pero más alargada. Uno de los hermanos Wolfson, con chaqué y sombrero de copa, se sitúa ante nosotros, frotándose unas manos enguantadas de blanco con expectación.

—¡Damas y caballeros, les doy la bienvenida al Salón Egipto, donde a partir de ahora presenciarán un increíble espectáculo de espíritus, fantasmas y duendes malignos que aparecerán ante sus ojos!

»Los hermanos Wolfson, maestro de la linterna mágica, les asombrarán y sorprenderán con nuestras proezas de ilusionistas... ¿o meras ilusiones? Para quienes juran que los espíritus moran entre nosotros, sepan que esta máquina que funciona con gas y luz no es más que un instrumento para liberarlos en nuestro mundo. Pero prefiero dejarlo a su discreción. Es mi deber advertirles que, en París, no menos de catorce damas se desmayaron durante los primeros minutos de representación, ¡y que el cabello de un caballero se volvió blanco como la nieve por culpa del miedo!

Jadeos ahogados y murmullos de excitación se extienden entre el público asistente, para placer del director del espectáculo.

—Incluso el gran Maskelyne y Cooke, los célebres ilusionistas, y nuestros elegantes invitados presentes en esta famosa casa del misterio, encontrarán este espectáculo más emocionante de lo que se imaginan. Por lo tanto, es mi solemne deber pedirles que si alguno de los aquí presentes padece del corazón o tiene el cuerpo o la mente perturbada abandone la sala de inmediato, pues la dirección no se hará responsable de cuanto pueda sucederles.

Tres damas y un caballero son acompañados fuera de la sala, lo que acrecienta la expectación.

—Muy bien. Desconozco qué sucederá esta tarde, eso depende de que los espíritus se muestren amables... o iracundos. Les doy a todos la bienvenida... y buena suerte.

Las luces se atenúan hasta que la sala se queda casi a oscuras. En mitad del pasillo, la máquina de hierro zumba y sisea al cobrar vida. Proyecta una imagen en la pared del fondo: el rostro de una dulce niña en un prado. Cuando miramos, se inclina para recoger una flor y se la lleva a la nariz. ¡Se mueve! Oh, qué maravilla. Complacida, la audiencia estalla en un aplauso.

Ann me estruja la mano.

—Parece tan real... como si estuviera aquí.

Aparece otra imagen, una de un regimiento a caballo. Los equinos hacen cabriolas, sus patas se mueven arriba y abajo. Vemos a un ángel suspendido sobre el lecho de un niño que duerme plácidamente. Cada imagen es más espectacular que la anterior y, bajo la tenue luz de gas, todos los rostros miran hacia delante, sobrecogidos.

La pared parpadea con una nueva luz. Una mujer, pálida como la tiza, vestida con un camisón, camina dormida. Poco a poco, se transforma —los brazos pierden su carne; el rostro se convierte en una máscara mortuoria— hasta que lo que aparece ante nosotros es una criatura esquelética. Se escuchan jadeos de todo tipo. Y, entonces, el esqueleto parece acercarse hacia nosotros.

Pavorosos gritos ahogados surcan la oscuridad del recinto.

—¡Mi hermana! ¡Se ha desmayado! ¡Oh, detengan el espectáculo! —exclama alguien.

El inspector Kent se inclina hacia nosotras.

—No se preocupen, señoritas. Todo esto no es más que parte de la actuación.

Confieso que agradezco su comentario.

—¡Espíritus! ¡Dejadnos ahora!

Los espectros fantasmales se extienden por la pared, sus rostros dejan de ser benevolentes para tornarse espeluznantes.

—¡Por favor, no se levantes de sus asientos! ¡Lamento tener que informarles de que los espíritus han dejado de escuchar a los hermanos Wolfson! ¡No obedecen

nuestras órdenes! ¡Manténganse en guardia, pues no sabemos qué sucederá!

La excitación y el miedo hacen que la atmósfera se vuelva más densa. De inmediato, la aparición se mueve. Su tamaño mengua hasta convertirse en el dulce rostro de una niña ofreciendo una flor. Risas de alivio inundan la sal.

—¡Dios mío! —se ríe entre diente LeFarge.

En ese preciso instante me doy cuenta de que el asiento de la señorita McCleethy está vacío. Es muy probable que a la señorita McCleethy no le haya asustado el espectáculo de la linterna mágica; no hay nada que la asuste.

La veo salir precipitadamente del anfiteatro.

—Gemma —susurra Felicity—. ¿Adónde vas?

—Si alguien te pregunta di que estoy en la guardarropía de señoras.

McCleethy se desliza en el interior de una gran sala y tras una cortina que oculta una escalera de caracol. Inspiro hondo y la sigo, manteniendo las distancias. Al llegar al pie de la escalera temo haberla perdido. Pero enseguida oigo sus pisadas. Voy detrás de ella procurando hacer el menor ruido posible. Nos adentramos en lo que parece ser un túnel bajo la sala del teatro, puesto que escucho cierto ajeteo por encima de nuestras cabezas.

La señorita McCleethy se adentra en una amplia estancia tenuemente iluminada que acoge todo tipo de exposiciones —estatuas, trajes exóticos, aparatos de magia y un cartelón de los hermanos Wolfson con la palabra «sinvergüenzas» escrita encima—. Me oculto tras el busto de una diosa egipcia con cabeza de león.

McCleethy discute con alguien en las sombras.

—Me has mentado. Y no me gustan los mentirosos. ¡Esto no es un juego! Te salvé la vida. Y ahora estás en deuda conmigo. ¿O es que acaso lo has olvidado?

No puedo escuchar la respuesta, ni tampoco ver mucho más si no me asomo.

—A partir de ahora tengo que saberlo todo —ordena McCleethy—. No creo que necesite recordarte que si descubren dónde te encuentras te matarán. Si quieres salvarlos, debes hacer lo que te diga. Es el único camino.

Se arregla el pelo y se palpa el broche que pende del cuello del vestido hasta ponerlo derecho.

—Durante veinticinco años he sido fiel a la causa. No tengo intención de dejarme derrotar por los Rakshana ni por una chica de dieciséis años. Ahora vete, antes de que te vean.

La figura tras las sombras se aleja. Me encojo detrás de la gigantesca estatua y la señorita McCleethy se apresura a volver por el mismo camino por donde ha venido. Aguardo hasta que dejo de escuchar el eco de sus pisadas y luego regreso a la sala, donde el público disfruta ante la alegre imagen de un perro saltarín y un payaso que hace malabares con unas pelotas.

Observo de reojo a McCleethy. El triunfo que sentí momentos antes al engañarla ha sido sustituido por la cautela. ¿Con quién estaba hablando? ¿Con Fowlson? ¿Es él su espía infiltrado entre los Rakshana? «Me has mentado», dijo. ¿Mentado en qué? ¿Y

a quiénes quieren salvar?

Finalmente, el señor Wolfson apaga la lámpara que alimenta a la linterna mágica y las apariciones espectrales desaparecen de las paredes. Sin embargo, los fantasmas que anidan en mí no me abandonan tan fácilmente.

—Les agradezco su amable atención, señoras y caballeros —retumba la voz del señor Wolfson—. Estas imágenes son una especie de encantamiento, aunque también de ilusión... sueños de gas y luz. Nuestros anfitriones, Maskelyne y Cooke, han hecho una gran labor al desenmascarnos el fraude. Les recomiendo mantenerse en guardia contra cualquier forma de artimaña y engaño disfrazada de verdad. Volveremos a actuar esta noche a las ocho en punto y mañana de nuevo a las tres y a las ocho. ¡Les deseo a todos unas buenas tardes!

Abandonamos el teatro en un atestado mar de gente excitada que hace sus compras de última hora. Intento mantenerme distanciada de McCleethy mientras me agarro con fuerza a los brazos de mis amigas.

—¿Adónde has ido, Gemma? —pregunta Felicity.

—He seguido a McCleethy. Se ha visto con alguien en secreto.

—¿Con quién? —quiere saber Ann.

Miro por encima del hombro, pero McCleethy está enfrascada charlando con LeFarge y el inspector Kent.

—No he podido ver con quién hablaba. Puede que fuera un Rakshana o alguien de la Orden —digo y les cuento cuanto sé.

Las calles son un avispero de gente y carruajes, penumbra y trasiego. El programa prometía que a las cinco habría carruajes esperándonos, pero hay demasiada gente para tan pocos carruajes, lo que nos obliga a aguardar una eternidad.

—Bien —dice el inspector Kent—. Veamos qué puede hacer la ley.

Se encamina con paso resuelto hacia el hombre a cargo de los carruajes.

—Siento tener que abandonarla, *mademoiselle* LeFarge —dice la señorita McCleethy—. ¿Está segura que podrá apañárselas usted sola con las chicas?

—Por supuesto que sí —responde *mademoiselle* LeFarge, dando unas cuantas palmaditas a las manos de la señorita McCleethy.

—Señorita McCleethy, ¿nos deja usted? —inquire Felicity.

—Sí, esta noche tengo una cena con una amistad —responde nuestra profesora.

—¿Qué amistad es ésa? —pregunta Fee abandonando sus buenos modales.

—Señorita Worthington, no creo que eso sea asunto suyo, ¿verdad? —regaña *mademoiselle* LeFarge, y Fee guarda silencio.

La señorita McCleethy no da respuesta a la impertinente pregunta.

—Confío en que no causarán problemas a *mademoiselle* LeFarge, señoritas —nos advierte—. Las verá mañana.

—No sabía que la señorita McCleethy tuviera amistades —murmura Ann en cuanto McCleethy se marcha.

Ni yo, pero esta noche la señorita McCleethy está llena de sorpresas.

La niebla londinense nos envuelve en su lobreguez. Las siluetas emergen como fantasmas, como algo perteneciente a la neblina, antes de adquirir forma: sombreros de copa, abrigos de gorras. Es un efecto tan emocionante como las apariciones de la linterna mágica de los hermanos Wolfson.

Ann, Felicity y LeFarge se distraen ante la visión de un tal señor Pinkney —el Calíope Humano—, quien imita el sonido de un instrumento con la boca al tiempo que golpea un tambor.

El doctor Van Ripple surge de la niebla, cojeando con premura y ayudándose de su bastón. Choca con un caballero.

—Le pido disculpas, señor. Es culpa de mi pierna y de la humedad del suelo.

—No pasa nada —dice el caballero.

Mientras ayuda al doctor Van Ripple a incorporarse, veo que el mago mete una mano en el bolsillo del hombre y le sustrae un reloj de oro.

Maestro ilusionista, no hay duda alguna. Maestro carteristas sería el término más apropiado.

—Disculpen, disculpen —dice mientras aparta de su camino a damas y caballeros con sus buenos modales.

Le barro el paso. Asustado, cruza su mirada con la mía.

—¿Ha disfrutado con el espectáculo, querida?

—¿A qué espectáculo se refiere, señor? —pregunto con dulzura—. ¿Al de los hermanos Wolfson? ¿O al que acabo de presenciar en que le sustrae a un hombre de su reloj?

—Se equivoca por completo —dice el doctor Van Ripple con los ojos abiertos de par en par a causa del pánico.

—No se lo diré a nadie —le aseguro—. Pero espero que me dé algo a cambio. Cuando la señorita LeFarge mencionó Spence usted palideció al escucharlo. ¿Por qué?

—De verdad, debo irme...

—¿Llamo a la policía?

El doctor Van Ripple me mira iracundo.

—Mi ayudante asistió a la Academia Spence.

—¿Era una chica de Spence?

—Eso decía.

Escruto su rostro.

—¿Cómo sé que me dice la verdad?

Se lleva una mano al corazón.

—Por mi reputación de caballero...

Le interrumpo.

—Creo que su reputación como caballero está bastante en cuestión, señor.

Me sostiene la mirada.

—Pues entonces por mi reputación como mago. Le prometo que le he dicho la

verdad.

Nuestros carruajes ya han llegado.

—¡Vamos chicas! —nos apremia *mademoiselle* LeFarge.

—Será mejor que no las haga esperar —dice mientras se guarda el reloj robado en el bolsillo.

¿Puedo confiar en la palabra de un ladrón?

—Doctor Van Ripple —empiezo a decir, pero me despide ondeando en el aire su bastón—. Por favor, señor, sólo quiero saber su nombre, nada más, y le dejaré en paz. Se lo prometo.

Al ver que no me rindo, suspira.

—Muy bien. Se llamaba Mina. Señorita Wilhelmina Wyatt.

Mina, señorita Wilhelmina Wyatt, autora de *Una historia de las sociedades secretas* y la dama de mis visiones, fue una chica de Spence, y una de sus hermanas la traicionó.

En cuanto *mademoiselle* LeFarge se queda dormida en el carruaje, nos ponemos a hablar en voz baja.

—¡Wilhelmina Wyatt! ¡Y pensar que tenemos su libro y sus peligrosos secretos en nuestras manos! —espeta Ann.

—Pero ya hemos leído el libro —digo—. ¿Qué puede habérsenos pasado por alto? No hay nada peligroso en él.

—Excepto el peligro de quedarte dormida —dice Felicity bostezando.

—Averiguamos algunas verdades sobre la Orden —afirma Ann defendiéndose a sí misma—. Sin el libro, Gemma, nunca habrías descubierto la verdadera identidad de Circe —nos recuerda, y tiene razón.

De esa manera fue como descubrimos que la Orden a menudo ocultaba sus identidades mediante el empleo de anagramas, y que Hester Asa Moore, el nombre de nuestra mentora de confianza, era en realidad un anagrama de Sarah Rees-Toome.

Felicity tamborilea los dedos en el asiento.

—Hay algo en ese libro que siempre me ha inquietado. ¿Con qué propósito lo adquirió la señorita McCleethy? Si ella es un miembro de la Orden, ¿por qué necesitaba tener un libro sobre la Orden?

En navidades, seguimos a la señorita McCleethy hasta la librería Golden Dawn, en el Strand. Compró el libro, y nosotras hicimos lo mismo, pero hasta hoy lo he considerado una de sus rarezas. No creí que pudiera haber un motivo más importante, ni quizá más oscuro, por el que ella lo quisiera.

—Durante un instante vi el rostro de McCleethy en una de mis visiones —les recuerdo—. Podría tratarse de la hermana que el doctor Van Ripple mencionó.

—Sí, aunque dijiste que sólo le viste la cara —añade Felicity—. No las viste juntas.

Al otro lado de las ventanillas, las ramas desnudas arañan las paredes del carruaje.

La noche tiene garras, pero escapamos de ellas, avanzando a sacudidas hasta que una vez más aparece ante nosotras la silueta de Spence. Con sus candiles encendidos, todo el conjunto brilla en la noche tiznada. Sólo el ala este está a oscuras. Las nubes se desplazan; la luna muestra su rostro. De lo alto del tejado penden las gárgolas que nos miran con malicia, los arcos elevados de sus alas arrojan sombras formidables contra la luz de la luna. Las bestias de piedra parecen estar preparadas y dispuestas. Por un momento, recuerdo la escalofriante alucinación en el carruaje, el día en que iba con Felicity: la boca abierta de la criatura, el destello de sus dientes afilados deslizándose hacia abajo, el pequeño reguero de sangre, y tengo que apartar la mirada.

—Pues bien, sigo diciendo que si el libro contiene un gran secreto tenemos que descubrirlo ya —insisto.

Ann dirige la mirada hacia la amplia extensión de estrellas.

—Quizá no supimos dónde buscar.

Una hora después, estamos en la habitación de Felicity, alrededor de una copia de *Una historia de las sociedades secretas*, intentado leerla a la tenue luz de una vela.

—Buscad algo que haga referencia al Árbol de Todas las Almas —les digo—. Puede que se nos pasara por alto la primera vez porque carecía de significado alguno para nosotras.

Inclinadas sobre el libro, leemos página tras página con frustración hasta que las palabras empiezan a cegarnos. Nos turnamos para leer en voz alta. Hay entradas sobre los druidas, los agnósticos, brujería y paganismo, y unas cuantas ilustraciones que no aportan nada nuevo. Leemos de nuevo sobre la Orden y los Rakshana y no hallamos ningún dato de interés. No hay ni una sola palabra sobre el Árbol de Todas las Almas.

Pasamos las páginas y aparece la ilustración de una torre. Sigo leyendo:

—«Torre de Glastonbury. Stonehenge. Iona en las Hébridas. Las grandes pirámides y la gran esfinge de Giza. Se considera que todas ellas están imbuidas por la magia derivada del alineamiento de la tierra y las estrellas. —Sigo leyendo mientras bostezo—. Los lugares sagrados en la tierra se indican con varias marcas, que abarcan a iglesias, cementerios, círculos de piedra, bosques y castillos, por nombrar sólo unos cuantos. En cuanto a las sumas sacerdotisas y los venerables druidas, los nobles paganos creían que aquí los espíritus caminaban...».

—Gemma, aquí no hay nada —se queja Felicity. Se queda con la cabeza y los brazos colgando de los pies de la cama como una niña aburrída—. ¿Podemos ir a los reinos, por favor? Pip nos espera.

—Este libro tiene quinientas páginas —se suma Ann, poniéndose a favor de Felicity—. Vamos a pasarnos toda la noche leyéndolo, y yo quiero jugar con la magia.

—Tenéis razón —contesto y cerro el libro—. Vayamos a los reinos.

Ahora que ha vuelto con nosotras, la señorita McCleethy no pierde el tiempo y hace que se note su presencia. Su látigo restalla a la mínima. Hay una manera correcta y otra incorrecta de hacer las cosas. Y la manera correcta, según parece, siempre es la de la señorita McCleethy. A pesar de su voluntad de hierro, es única organizando excursiones y, como a medida que pasan los días todo está más verde, agradecemos las salidas fuera del ambiente de las estancias de Spence.

—Creo que hoy dibujaremos fuera —anuncia.

Como hace un día maravilloso, recibimos la noticia con entusiasmo. Nos ponemos nuestros sombreros para proteger nuestra pálida piel de la terrible amenaza de las pecas, aunque en mi caso ésta es una cuestión debatible. Rememoro los días espléndidos y calurosos vividos en la India, corriendo por la tierra agrietada con los pies desnudos, el tatuaje del sol, recuerdo de esos días en forma de diminutas manchas marrones, como si los dioses me hubieran arrojado en el rostro húmedo un puñado de arena, salpicando mis mejillas y mi nariz.

—El sol la ha bendecido —solía decir Sarita—. Mire cómo ha dejado sus besos en su rostro para que todos lo vean y se pongan celosos.

—El sol te quiere más a ti —le respondía y, pasando mis manos por sus brazos secos y su piel ajada del color del vino mate, ella se echaba a reír.

Pero esto no es la India, ni se nos valora por nuestras pecas. Al sol no se le permite demostrarnos su amor.

La señorita McCleethy dirige la marcha por la hierba embarrada que nos estropea las botas.

—¿Adónde vamos? —refunfuña Elizabeth, caminando detrás de nosotras.

—Señorita McCleethy, ¿queda mucho? —pregunta Cecily.

—El paso le hará bien, señorita Temple. No quiero oír más quejas —responde la señorita McCleethy.

—No me estaba quejando —rezonga Cecily, pero ninguna de nosotras la secunda. Si hubiera un campeonato de lloricas, se llevaría el primer premio.

La señorita McCleethy nos guía a través de los bosques, pasamos por el lago donde se refleja el cielo gris y descendemos por un camino angosto y tortuoso que no habíamos visto antes, y que serpentea durante un buen trecho antes de llegar a una colina. Vislumbramos un cementerio en la cima de la colina, y es allí hacia donde nos lleva la señorita McCleethy.

Extiende una manta entre las lápidas y monta nuestro pícnic allí mismo.

Elizabeth sostiene con fuerza su capa contra ella.

—¿Por qué hemos venido hasta este lugar tan horrible, señorita McCleethy?

—Para recordarles que la vida es breve, señorita Poole —responde la señorita

McCleethy mientras me observa durante un instante—. Además es un lugar encantador para un pícnic. ¿A quién le apetece un poco de tarta y limonada?

Con una floritura abre la cesta y el celestial aroma de la tarta de manzana de Brigid asciende de su interior. Gruesas porciones de bizcocho pasan de mano en mano. Se sirve la limonada. Dibujamos y comemos con lasitud. La señorita McCleethy bebe a sorbitos su refresco. Contempla la extensión de onduladas colinas verdes, las agrupaciones de árboles como mechones rebeldes en la cabeza de un calvo.

—Esta tierra tiene algo especial.

—Es precioso —secunda Ann.

—Un poco embarrada —se queja Cecily con la boca llena de tarta—. No es tan bonito como Brighton.

La imagino sacando brillo a su trofeo de llorica.

Ann eleva la voz.

—Brigid dice que puede que Jesús caminara por estas colinas con su primo, José de Arimatea, y que los agnósticos también pasaron por este lugar.

—¿Quiénes son los agnósticos? —pregunta Elizabeth entre risas.

—Una secta mística cercana a los cristianos, aunque en realidad es más pagana que cristiana —responde la señorita McCleethy—. También yo he escuchado esa historia, señorita Bradshaw. Muchos británicos creen que Camelot pudo haberse erigido en esta región, y que Merlín escogió este lugar porque el terreno está encantado.

—¿Cómo puede la tierra estar encantada? —pregunta Felicity con la boca demasiado llena; McCleethy la censura con la mirada.

—Señorita Worthington, no somos salvajes, por favor —la reprende mientras le pasa una servilleta—. Muchos antiguos creían que había yacimientos de un poder extraordinario. Por eso veneraban este lugar.

—¿Significa eso que si me pongo un rato en el centro de Stonehenge, seré tan poderosa como el Rey Arturo? —pregunta Cecily riendo.

—No, no creo que ese poder se le ofreciera a todo el mundo de forma indiscriminada, sino que estaba custodiado por quienes más sabían —dice deliberadamente—. Cuando leemos sobre la magia en los cuentos de hadas o en la mitología, también leemos sobre el avance del tiempo y éste está sujeto a leyes estrictas, de lo contrario se produciría el caos. Miren hacia allí. ¿Qué ven?

La señorita McCleethy extiende una mano hacia el verde horizonte.

—Colinas —afirma Ann—. Caminos.

—Flores y arbustos —añade Cecily, y se queda mirando a la señorita McCleethy como si hubiera un premio para quien diera con la respuesta correcta.

—Lo que tenemos ante nosotros es una prueba. La prueba de que el hombre puede conquistar la naturaleza, que el caos puede detenerse. Vemos la evidencia de la importancia del orden, de la ley. Lo necesitamos para vencer el caos. Y si detectamos

su presencia en nuestro interior, debemos arrancarlo de raíz y sustituirlo por una disciplina férrea.

¿De verdad podemos vencer el caos con tanta facilidad? Si así fuera, debería ser capaz de reducir el alboroto de mi alma a algo pulcro y ordenado en lugar de este laberinto de carencias, necesidades y dudas que constantemente me hace sentir como si no pudiera encajar en el paisaje de las cosas.

—Pero ¿acaso muchos jardines no son hermosos porque son imperfectos? —contesto mirando a McCleethy—. ¿No son las flores extrañas y exóticas que brotan por error o accidente tan placenteras como las que están bien cuidadas y delineadas?

Elizabeth frunce los labios.

—¿Estamos hablando de arte?

La señorita McCleethy esboza una amplia sonrisa.

—Ah, una perfecta transición a un tópico cercano. Tomen como ejemplo el arte de los maestros y verán que su obra ha sido creada siguiendo unas reglas estrictas: tenemos una combinación de líneas, luz y color. —Me sostiene la mirada como si estuviera a punto de hacerme jaque mate—. El arte no puede crearse sin un orden.

—¿Y qué me dice de los impresionista de París? Según parece, por lo que se desprende de sus pinceles no es todo tan ordenado —dice Felicity mientras se come la tarta con los dedos.

—Supongo que siempre hay rebeldes y radicales —admite McCleethy—. Aquellos que viven al margen de la sociedad. No obstante, ¿en qué contribuyen a la misma? Se apropian de su recompensa sin sufrir sus costes. No. Sostengo que el trabajo duro y fiel de los ciudadanos que dejan a un lado sus propios deseos egoístas por el bien de la mayoría es el sostén del mundo. ¿Qué sucedería si decidiéramos alejarnos de todo y vivir libremente sin pensar ni preocuparnos por las reglas de la sociedad? Nuestra civilización se desmoronaría. Hay que sentir alegría ante el deber y seguridad al saber el lugar de cada uno. Ésa es la forma de obrar a la inglesa. Es la única forma.

—Así es, señorita McCleethy —contesta Cecily.

Sé que eso es el punto final de la discusión, pero no puedo permitir que termine así.

—Sin embargo, sin los rebeldes ni los radicales no habría cambios, no habría nadie que se opusiera. No habría progreso.

La señorita McCleethy niega con la cabeza, pensativa.

—El verdadero progreso sólo puede producirse cuando primero hay seguridad.

—¿Y si la seguridad... sólo es una mera ilusión? —digo, pensando en voz alta—. ¿Y si no existe nada semejante?

—Entonces nos desmoronamos —dice la señorita McCleethy mientras estruja lo que le queda de tarta, y esta cae en pedacitos—. El caos.

Doy un pequeño mordisco a mi trozo de bizcocho.

—¿Y si eso es sólo el comienzo de algo nuevo? ¿Y si cuando lo dejamos ir nos

liberamos?

—¿Adoptaría esa postura, señorita Doyle?

La señorita McCleethy me sostiene la mirada hasta que me veo obligada a apartar la vista.

—¿De qué estamos hablando? —cloquea Elizabeth.

—Señorita McCleethy, este suelo está muy duro. ¿Podríamos regresar a Spence? —se queja Martha.

—Sí, de acuerdo. Señorita Worthington, le cedo el mando. Chicas, sigan a su guía. —La señorita McCleethy deposita las migas de tarta en una servilleta y la ata pulcramente—. Orden: ésa es la clave. Señorita Doyle, necesito que me ayude a recoger las cosas.

Felicity yo intercambiamos unas miradas. Cruza un dedo por su garganta como si fuera un cuchillo y tomo nota para recordarle después lo ingeniosa que me ha parecido su broma. La señorita McCleethy coge un ramillete de flores silvestres y me conmina a seguirla más allá del cementerio. Hay una cuesta empinada hasta la cima de la colina. El viento sopla con fuerza. Hace que se le suelten algunos mechones de su peinado y le fustigan el rostro con fuerza, lo que le resta austeridad. Desde donde me hallo, puedo ver a las chicas caminando entre los árboles en una alegre fila, con Ann cerrando la retaguardia. A lo lejos, Spence se alza de la tierra como si fuera parte de ella, como si siempre hubiera existido, como los árboles o los setos del lejano Támesis.

La señorita McCleethy deposita flores encima de una sencilla lápida. Eugenia Spence, bien amada hermana, 6 de mayo de 1812 – 21 de junio de 1871.

—No sabía que ésta era la tumba de la señora Spence.

—Así es como quería ser recordada: con sencillez, sin ceremonias.

—¿Cómo era? —pregunto.

—¿Eugenia? Tenía una mente ágil y un gran conocimiento de la magia. En sus tiempos, era la mujer más poderosa de la Orden. Cordial pero firme. Creía que las reglas debían acatarse sin excepción, que desviarse en algo era exponerse al desastre. Esta escuela fue la labor de su vida. Aprendí mucho de ella. Fue mi mentora. La quería muchísimo.

Se limpia las manos y se pone los guantes.

—Lamento su pérdida —digo—. Lamento que mi madre...

La señorita McCleethy se abotona la capa con dedos ágiles.

—El caos acabó con su vida, señorita Doyle. El quebrantamiento de las reglas por parte de dos muchachas fue lo que se llevó a nuestra querida maestra. Recuérdelo.

Me trago la vergüenza, pero mis mejillas ruborizadas no pasan desapercibidas.

—Lo siento —dice—. Fue demasiado duro para mí. He de confesar que cuando averigüé que quien tenía la llave de los reinos era la hija Mary, me sentí decepcionada. Que alguien cuya desgracia condujo a Eugenia a la muerte pudiera haber alumbrado a nuestra salvadora... —Niega con la cabeza—. Parecía como si el

destino me hubiera gastado una broma cruel.

—No soy tan mala, al fin y al cabo —protesto.

—Una cosa es estar preparado para la grandeza y otra muy distinta que provenga de usted. Temía que la sangre de su madre la llevara a tomar decisiones arriesgadas...

—Dirige la vista hacia Spence, donde los hombres martillean a lo lejos, reconstruyendo las ruinas de la ala este—. ¿Todavía no es capaz de entrar en los reinos ni de recuperar la magia del Templo?

—Me temo que no.

Observo con detalle la tumba de Eugenia Spence con la intención de que la señorita McCleethy no se percate de la mentira reflejada en mis mejillas ruborizadas.

—Me pregunto por qué me cuesta tanto creerla —dice.

—¿No hay otra manera de entrar en los reinos? —pregunto para cambiar de tema.

—No que yo sepa —responde la señorita McCleethy. Pasa una mano por mi pelo, y me pone detrás de la oreja un rizo caprichoso—. Deberemos tener paciencia. Estoy segura de que recuperará el poder.

—A no ser que los reinos no me hayan escogido para continuar —le recuerdo.

Sonríe con suficiencia.

—Lo dudo mucho, señorita Doyle. Vamos, recojamos nuestras cosas.

Se encamina de regreso al lugar donde hemos montado nuestro pícnic, y la sigo.

Libero el rizo que ella me ha puesto detrás de la oreja con tanta pulcritud y lo dejo que oscile libre y suelto.

—Señorita McCleethy, si la magia bullera dentro de mí... y si fuera capaz de entrar de nuevo en los reinos... ¿se aliaría la Orden con las tribus de los reinos?

Le brillan los ojos.

—¿Quiere decir aliarnos con quienes han intentado destruirnos durante siglos?

—Pero si las cosas hubieran cambiado...

—No, señorita Doyle. Hay cosas que no cambian nunca. Hemos sido perseguidas por nuestras creencias y nuestro poder tanto fuera como dentro de los reinos. No cederemos tan fácilmente. Nuestra misión es devolver la magia al Templo, reconstruir las runas y hacer que los reinos vuelvan a ser lo que eran antes de que esta terrible tragedia destruyera nuestra seguridad.

—¿Alguna vez fueron verdaderamente seguros? No lo parece.

—Por supuesto que lo fueron. Y lo serán de nuevo en cuanto vuelvan a ser como antes.

—Pero no podemos volver atrás. Sólo podemos ir hacia adelante —digo, y me sorprendo al escuchar salir de mi boca las palabras de la señorita Moore.

La señorita McCleethy emite una risa triste.

—¿Cómo hemos podido llegar a esto? Su madre estuvo a punto de destruirnos, y ahora usted también pretende dar un paso hacia nuestra destrucción. Ayúdeme con esta cesta, por favor.

Al coger la jarra de limonada, chocamos, y la jarra se rompe en pedazos

demasiados pequeños para unirlos de nuevo.

—Lo siento —digo y los apilo en un montón.

—Hasta las cosas más sencillas las hace complicadas, señorita Doyle. Déjeme a mí. Ya me encargo yo.

Me alejo hecho una furia, zigzagueando peligrosamente entre las antiguas lápidas con inscripciones dedicadas a quienes sólo se ama cuando se marchan.

A mi regreso, en el ala este se produce un motín. Felicity corre hacia mí y me arrastra hasta el grupo de chicas que observa la escena, desperdigadas bajo la protección que proporcionan los árboles. Los hombres han abandonado sus tareas. Se mantienen agrupados, con la gorra puesta y los brazos cruzados contra el pecho, mientras el señor Miller ladra órdenes con el rostro encendido.

—¡Yo soy el capataz, y digo que hay que acabar el trabajo o ninguno de vosotros cobrará! ¡Y ahora, a trabajar!

Los hombres dan pataditas en el suelo arrastrando los pies. Juguetean con las gorras. Uno escupe en la hierba. Un tipo alto con pinta de boxeador da un paso al frente. Ansioso, mira a sus compañeros.

—No está bien, señor.

El señor Miller se lleva una mano a la oreja y frunce el ceño.

—¿Qué has dicho?

—Los hombres y yo hemos estado hablando. Hay algo en este lugar que no está bien.

—¡Lo que no va a estar bien es no poder guardarte la paga en el bolsillo! —grita el señor Miller.

—¿Adónde ha ido Tambley? ¿Y por qué Johnny se marchó anoche y no ha vuelto esta mañana? —grita otro trabajador que parece más asustado que enfadado—. Los hombres desaparecen o se van sin decir nada, ¿y a usted no le parece extraño?

—Son las charlas como éstas las que probablemente les hayan asustado. ¡Pues adiós y muy buenas! Cobardes. Y por si quieres saberlo, creo que lo que tenemos que hacer es limpiar los bosques de esos mugrientos gitanos. No me sorprendería que estuvieran detrás de esto. Vienen a nuestro país y nos quitan el trabajo a los ingleses decentes. ¿Les permitiréis que os echen maldiciones sin pelear?

—Sus hombres beben. Ésa es su maldición —dice Ithal mientras se pavonea colina abajo.

Tras él, le siguen la estela una docena de gitanos, entre los que también se halla Kartik. El corazón empieza a latirme un poco más fuerte. Los gitanos superan en número a los hombres del señor Miller.

Miller sube la colina de una carrera. Trata de golpear a Ithal, quien le esquiva y zigzaguea como un boxeador experimentado. Dos hombres se pelean e incitan a ambos bandos a hacer lo mismo. Ithal golpea con fuerza al señor Miller en la

mandíbula y éste se tambalea. Kartik mantiene la mano cerca del puñal que guarda en la bota.

—¡Basta! ¡Deténganse! —grita Brigid.

La escuela entera se vacía para ver a los hombres luchar. Se propinan más golpes. Ahora todos participan de la pelea.

—¿Por qué ninguno de los vuestros ha desaparecido? —grita uno de los hombres del señor Miller.

—Eso no prueba nada —contesta Ithal esquivando un puñetazo.

—¡Para mí es prueba suficiente! —gruñe otro hombre.

Salta sobre la espalda de Ithal y le rasga la camisa como un animal. Kartik se lo quita de encima. El hombre intenta agarrarlo y, rápido como el rayo, la pierna de Kartik pivota bajo el hombre y le hace perder el equilibrio. Es caos estalla en el césped.

—¿No es excitante? —dice Felicity con los ojos brillantes.

La señora Nightwing se acerca. Cruza el césped a grandes zancadas, como la reina Victoria reprendiendo a su guardia.

—¡Esto está fuera de lugar, señor Miller! ¡Está completamente fuera de lugar!

La Madre Elena sale del claro a trompicones. Grita a los hombres que se detengan. Está muy débil y se apoya en un árbol para sostenerse.

—¡Es este lugar! ¡Se llevó a mi Carolina! ¡Llamad a Eugenia, pedidle que detenga todo esto!

—Está loca de remate —murmura alguien.

La pelea se interrumpe momentáneamente. Kartik da un paso hacia adelante. Tiene un corte en el labio inferior.

—Si unimos las fuerzas nos será más fácil atrapar a quien está causando problemas. Podemos hacer guardia mientras ustedes duermen...

—¿Permitir que tipos como vosotros estén a cargo de la vigilancia? ¡Nos despertaríamos con los bolsillos vacíos y las gargantas cortadas! —grita un trabajador.

Los gritos incrementan; se lanzan acusaciones y una nueva pelea amenaza con producirse.

La señora Nightwing se entromete en la disputa.

—¡Caballeros! La propuesta es muy sensata. Los gitanos vigilaran de noche para que ustedes puedan descansar.

—No permitiremos que nos vigilen —dice el señor Miller.

—Pues nosotros vigilaremos —replica Ithal—. Para protegernos a nosotros mismos.

—Qué escándalo —protesta la señora Nightwing, haciendo chasquear la lengua—. ¡Chicas! ¿Por qué están aquí con las bocas abiertas como bobas? Vayan a clases inmediatamente.

Paso por delante de Kartik con la vista clavada en las otras chicas. «No le mires,

Gemma. No acudió a tu llamada. Sigue caminando».

Logro llegar a las puertas de Spence antes de permitirme echar un vistazo por encima del hombre, y veo a Kartik que me observa mientras me alejo.

—¡Cartas! ¡Cartas! —exclama Brigid, quien llega con el correo semanal que ha traído del pueblo.

Nos olvidamos del estudio y la rodeamos con un clamor, con las manos extendidas en busca de alguna palabra de casa. Las más pequeñas lloran y sollozan encima de las cartas de sus madres, tal es la añoranza que sienten. Sin embargo, las más mayores estamos ansiosas por los cotilleos.

—¡Ajá! —Felicity, triunfante, sostiene en alto una invitación—. Regálate la vista.

—«Está cordialmente invitada a un baile turco en honor de la señorita Felicity Worthington, que tendrá lugar en la mansión de lord y *lady* Markham, a las ocho en punto de la noche» —leo en voz alta—. ¡Oh, Felicity, es maravilloso!

La aprieta contra su pecho.

—Casi puedo saborear mi libertad. ¿Qué has recibido tú, Gemma?

Intento leer el remite.

—Una carta de mi abuela —digo mientras me la guardo en mi libro.

Felicity enarca una ceja.

—¿Por qué no la abres?

—Ya lo haré. Luego —contesto mirando a Ann.

Todas hemos recibido carta menos ella. Cada vez que se entrega el correo es terrible para Ann tener que irse con las manos vacías, sin que un alma caritativa le escriba para decirle que la echa de menos.

Brigid, con el ceño fruncido, sostiene una carta contra la luz.

—¡Oh, este hombre ha perdido el juicio! Ésta no es vuestra. Señorita Nan Washbrad. Aquí no hay ninguna Washbrad.

Por poco Ann no se abalanza sobre la carta.

—¿Puedo verla?

Brigid la aparta de ella.

—Vamos, vamos. Es la señora Nightwing quien tiene que decidir qué hacer con ella.

Impotentes, contemplamos la escena mientras Brigid introduce la tan esperada carta de la señorita Trimble entre la correspondencia de Nightwing y se la guarda en el bolsillo de su mandil.

—Debe de ser del señor Katz. Tenemos que recuperarla —dice Ann desesperada.

—Ann, ¿dónde deja Brigid las cartas de Nightwing? —pregunto.

—En su escritorio —responde Ann, tragando saliva—. Arriba.

Las circunstancias nos obligan a esperar hasta las plegarias vespertinas para recuperar la carta de Ann. Mientras las chicas recogen sus chales y libros de oraciones, nosotras nos escabullimos y nos introducimos en el despacho de Nightwing. Es viejo y de apariencia encorsetada, bastante parecido al polisón pasado de moda de su vestido.

—Démonos prisa —digo.

Abrimos los cajones fisgoneando en busca de alguna evidencia de la carta de Ann. Abro un pequeño armario y echo un vistazo en su interior. Las estanterías están llenas de libros: *Cuando el amor es verdadero*, de la señorita Mabel Collins. *He vivido, he amado*, de la señora Forrester. *La pasión más poderosa*. *El honor de Trixie*. *El crimen de Elsie la Ciega*. *Un galope glorioso*. *La espera recompensada*.

—No creeréis lo que acabo de encontrar —digo riendo—. ¡Novelas románticas! ¿Os imagináis?

—Gemma, por favor —me reprende Felicity desde su puesto de vigilancia en la puerta—. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

Avergonzada, me dispongo a cerrar la puerta del armario cuando veo una carta cuya fecha data de 1893. Es demasiado antigua para ser la carta de Ann. Sin embargo, la caligrafía me resulta extrañamente familiar. Le doy la vuelta y veo un lacre de cera roto con la impresión de un ojo con forma de medialuna, por lo que saco la carta del sobre. El texto no lo introduce saludo alguno.

Ha hecho caso omiso de mis advertencias. Si persiste en llevar a cabo su plan, me veré obligada a desenmascararla...

—¡La he encontrado! —exclama Ann, feliz.

—¡Alguien está subiendo por las escaleras! —grita Felicity, aterrorizada.

Enseguida, pongo todo tal como estaba y cierro las puertas del gabinete. Ann coge su carta y bajamos al vestíbulo a toda prisa.

Ante la puerta de paño, Brigid nos recibe con el ceño fruncido.

—¡Ya saben que no pueden estar aquí!

—Creímos oír un ruido —miente Felicity melosa.

—Sí, estábamos muy asustadas —añade Ann.

Brigid baja la vista hacia la sala con una mezcla de sospecha y turbación.

—Pues entonces avisaré a la señora Nightwing y...

—¡No! —exclamamos al unísono.

—No es necesario —digo—. No era más que un erizo que se había colado dentro. Brigid palidece.

—¿Un erizo? ¡Traeré la escoba! ¡No dejaré que campe a sus anchas por mi casa!

—Eso es lo gracioso, Brigid —le digo mientras se aleja—. ¡Creo que era un erizo francés!

—¿Un erizo francés? —repite Felicity con una expresión perpleja.

—*Oui* —respondo.

Ann aprieta la carta contra su pecho.

—Ya tenemos lo que hemos venido a buscar. Vamos. Quiero saber cuál es mi destino.

Aún quedan restos de luz mientras nos dirigimos a toda prisa hacia la capilla, aunque el sol se hunde tras el horizonte con rapidez.

—¿Qué pone?

Felicity intenta echar un vistazo a la carta de Ann, pero ésta no cede ni un ápice.

—¡Ann! —protestamos Fee y yo.

—Está bien, está bien. —Ann nos pasa la carta y, llevadas por la codicia, se la arrancamos de las manos—. Leedla en voz alta. ¡Quiero comprobar que no estoy soñando!

—«Querida señorita Washbrad —empezamos a leer Fee y yo a la vez. Con los ojos como platos y los labios esbozando una amplia sonrisa, Ann deletrea cada palabra—. Espero que al recibir esta carta se encuentre bien. He hablado con el señor Katz, y está dispuesto a concederle una entrevista el próximo lunes a las dos de la tarde. Le aconsejo no llegar tarde, querida, pues no hay nada que ponga de peor humor al señor Katz que la falta de puntualidad. Le he hablado de su talento. Pues su belleza habla por ella misma».

»Afectuosamente, Lily Trimble».

—¡Oh, Ann, es maravilloso! —exclamo mientras le devuelvo la carta, que enseguida se introduce en el vestido, cerca de su corazón.

—Sí, sí, lo es, ¿verdad?

La alegría de Ann la transforma. Camina más erguida ante esa señal de esperanza.

Cogida de las manos, corremos hacia la capilla a medida que el día se libera de sus amarras y se hunde bajo el césped, dejando tras él una estela rosa intenso.

Una de las chicas más jóvenes lee la Biblia en el púlpito. Es una cosita pequeña, no tendrá más de diez años, y cecea al leer, lo que amenaza con transformar nuestras plegarias en risas de momento a otro.

—«Y la zerpiente le dijo a la mujer: zin duda no moriréiz...».

—Gemma —murmura Ann—. Es muy probable que no pueda acudir a la entrevista con el señor Katz.

—¿Qué quieres decir? —susurro tras mi Biblia.

Una nube repentina ensombrece su rostro, llevándose consigo su alegría.

—El señor Katz cree que soy Nan Washbrad.

—Solamente en un nombre. Lily Trimble también se cambió el suyo.

Cecily me manda callar y hago cuanto puedo por ignorarla.

—Pero es que ella ha dicho: «Su belleza habla por ella misma». ¿No lo ves? Yo no soy esa chica. Una cosa es crear una ilusión, pero ¿cómo...? ¿Cómo puede vivirse

esa ilusión para siempre?

—«Ez que zabe Dioz que el día que de él comáiz ze oz abrirán loz ojoj y zeréiz como Dioz, conozedores del bien y del mal».

—Zeremoz como Dioz —imita Felicity, y de repente surge una retahíla de toses de nuestro banco que tratan de ocultar nuestras risas ahogadas.

La señorita McCleethy estira el cuello y entrecierra los ojos al vernos. Alzamos nuestras Biblias como si estuviéramos en una escuela de misioneras. Dirijo la vista hacia la señora Nightwing. Se mantiene erguida en su asiento, la mirada hacia el frente y la expresión de su rostro tan inescrutable como la de la Esfinge.

Mis pensamientos se retrotraen a la carta oculta en su armario. ¿Qué advertencias podía haber ignorado la señora Nightwing? ¿Qué plan?

De repente, las letras de mi Biblia se vuelven borrosas y, una vez más, el mundo se ralentiza hasta detenerse. En el atril, el torturante recitado de la niña se detiene. La atmosfera de la sala es sofocante; estoy empapada en sudor.

—¿Ann? ¿Felicity? —las llamo, pero parecen pertenecer a otra dimensión.

Un siseo almibarado resuena en la capilla.

—F-Fee —murmuro, pero no me oye.

El siseo vuelve a escucharse, esta vez con mayor intensidad. Proviene de mi derecha. Me giro lentamente, el corazón me late cada vez más deprisa. Mis ojos abarcan la distancia imposible del suelo hasta la vidriera con el ángel y la gorgona dibujados.

—¡Oh, Dios...!

El pánico hace que me precipite hacia atrás, pero la inmovilidad de las chicas me bloquea el camino, así que lo único que puedo hacer es observar horrorizada cómo la vidriera cobra vida. Como si se tratara del espectáculo de la linterna mágica de los hermanos Wolfson, el ángel avanza hacia mí con la adusta cabeza de la gorgona suspendida encima. Entonces, la cosa abre los ojos y habla.

—Cuidado con el nacimiento de mayo —sisea.

Doy un grito y me caigo de espaldas; el mundo vuelve a recuperar su ritmo habitual. Choco contra Ann, quien se golpea contra Felicity, y así sucesivamente, como una hilera de fichas de dominó.

—¡Gemma! —exclama Ann y me doy cuenta de que la tengo fuertemente cogida.

—Lo-lo siento —digo y me seco el sudor de la frente.

—Puaj. Toma —dice Felicity mientras me tiende un pañuelo.

La explosión fallida de unas cuantas notas del órgano nos conmina a cantar; espero que los chillones timbres del instrumento oculten los desesperados latidos de mi corazón. Alzamos los libros de salmos y las voces infantiles se elevan sin rechistar como un baluarte a punto de desmoronarse. Muevo los labios pero no puedo cantar. Estoy temblando y empapada en un sudor frío.

«No mires». Pero tengo que... tengo que...

Dirijo la vista cautelosamente hacia la derecha, donde el sangriento trofeo de un

ángel me acaba de sisear una advertencia que no he comprendido. Sin embargo, el rostro del ángel se muestra tranquilo. La cabeza de la gorgona duerme. No es más que la pintura de una vidriera, no es más que vidrio coloreado.

Aún tengo la sangre alterada, así que me siento, sola, y leo la carta de casa que antes dejé de lado. Se trata de las mismas tonterías de la siempre de la abuela, en que menciona una fiesta, una visita y los últimos chismorreos, pero ahora no estoy de humor para eso. Me sorprende leer que Simon Middleton preguntara por mí y, durante un instante, se disipa mi tristeza, aunque luego me odio a mí misma por permitir que un hombre pueda cambiar con tanta facilidad mis pensamientos; con la misma rapidez, me olvido de odiarme a mí misma y leo la frase tres veces más.

Detrás de la carta de la abuela hay una nota de Tom.

Querida Gemma, la Dama de la Lengua Afilada.

Te escribo esta nota bajo coacción, pues la abuela no me dejará tranquilo hasta que lo haga, Muy bien, cumpliré con mis obligaciones de hermano. Confío en que estés bien. En cuanto a mí, simplemente estoy espléndido, nunca me he encontrado mejor. Mi club de caballeros ha expresado un gran interés en mi persona, y me han comunicado que deberé afrontar una rigurosa iniciación a sus ritos sagrados antes de que comience la temporada. Han sido tan amables que se han interesado por ti haciéndome toda clase de preguntas, aunque no imagino el motivo. Les he explicado lo desagradable que puedes llegar a ser. Así que, como ves, al fin y al cabo Padre y tú estabais equivocados respecto a mí, aunque intentaré ser amable y saludarte cuando te vea por la calle, bien con un gesto o con una sonrisa cuando me convierta en lord. Y, ahora, ya puedo dar por concluidas mis obligaciones, así que me despido.

Con todo mi afecto, si es posible dado tu temperamento intempestivo,

Thomas

Arrugo la nota y la arrojo al fuego. Necesito desesperadamente que alguien me aconseje sobre mi hermano, la Orden, Wilhelmina Wyatt, los reinos y la magia que chisporrotea dentro de mí y que tanto me asombra como me asusta. Sólo hay una persona a quien puedo recurrir y que puede dar respuesta a mis preguntas. Y debo ir en su busca.

Me despido de mis amigas en el muro de zarzas. Ann acerca el rostro a las púas que nos separan.

—¿No vienes?

—Sí, luego. Antes tengo que resolver un asunto.

Felicity se muestra suspicaz.

—¿De qué se trata?

Suspiro dramáticamente.

—Debo hablar con Asha sobre una cuestión entre los Intocables y la tribu del bosque. Un conflicto.

—Eso suena terriblemente aburrido —dice Felicity—. Buena suerte.

Cogidas del brazo, caminan deprisa hacia el castillo, que sobresale de su nido de parras como un esquelético espejismo.

Los calderos tiznados que se alinean en el polvoriento camino que lleva al Templo arrojan su humo multicolor. Normalmente, emanan un aroma dulzón a incienso, pero hoy huelen distinto, a algo ácido y desagradable. Los Hajin parecen preocupados, como si aguardaran la llegada de una tormenta prometida.

—Dama de la Esperanza —saluda Asha con una inclinación de cabeza.

—Tengo que ir al pozo de la eternidad —respondo, y me encamino hacia ese lugar sin detenerme.

Asha se mantiene a mi paso mientras nos adentramos en el laberinto de pasadizos.

—Dama de la Esperanza, mi gente tiene miedo. La tribu del bosque nos acusa de colaborar en secreto con la Orden...

—¿Y lo habéis hecho? —cuestiono.

—¿También tú lo crees?

Ya no sé qué creer. La Orden tiene un plan, e intento obtener respuestas respecto del mismo para cuando delegue mi poder. Llegamos a las Cuevas de los Suspiros.

—Asha necesito estar a solas.

Inclina la cabeza de nuevo y se protege los ojos.

—Como deseas, Dama de la Esperanza.

Circe flota bajo la superficie con tanta intensidad que apenas puedo respirar.

—Así que, después de todo, has venido.

«Necesito que me ayudes». Por mucho que lo intento, las palabras se niegan a salir de mi boca.

—¡Algo se está tramando y quiero saber qué es!

Su voz se asemeja a la de una moribunda.

—¿Sabes... cuál es el precio... de mi consejo?

Trago saliva. En cuanto esto empiece, no habrá vuelta atrás. Si le ofrezco mi

magia, ¿quién me asegura que no me causará problemas?

—Sí, lo sé.

—¿Y pagarás... de forma voluntaria?

—¿Acaso tengo otra opción? —replico, y luego me río con amargura, pues conozco exactamente cuál será su respuesta—. Sí, ya sé, siempre hay otra opción. Muy bien, pues. Escojo darte lo que quieres a cambio de lo que necesito.

—De forma voluntaria...

—¡Sí, te la daré de forma voluntaria! —exclamo.

—Entonces, acércate a mí —murmura con un tono de voz no más elevado que el susurro de la seda.

Me acerco hasta el pozo, donde su cuerpo empuja el lacre de agua como un espectro. Absorbe mi fuerza al mirarla fijamente a los ojos.

—Escucha con atención, Gemma —dice con un susurro lento y ronco—. Haz exactamente cuanto te digo; de lo contrario me matarás y no podré contarte nada.

—Te escucho —respondo.

—Pon una mano en la superficie del pozo y concédele la vida...

—Pero pensé que eso te mataría...

—Sólo hasta que el sello se rompa y el agua se aclare.

Pongo los dedos en el borde del pozo. «Vamos, Gemma. Acaba con esto». Poco a poco, bajo mis temblorosas manos hasta la superficie y las dejo descansar allí. Es como una capa de hielo que se funde ante mi tacto. El agua se aclara y Circe se eleva hasta que su rostro casi sobrepasa la superficie.

—Bien, bien —susurra—. Ahora, pon la palma de tu mano en mi corazón y cédeme un poco de tu magia; sólo un pequeño toque. Estoy muy débil y no puedo recibir más.

Hundo la mano en las aguas hasta ponerla al mismo nivel que el corpiño empapado de Circe, y sofoco un grito.

—Ahora —suspira.

De inmediato, la magia se desplaza entre nosotras, como un hilo invisible. No capto ninguno de sus pensamientos, sólo los míos que se reflejan en mí misma.

—Ya está —digo mientras aparto la mano con rapidez.

La señorita Moore se pone de pie hasta que flota tranquilamente en la superficie. Sus mejillas y labios adquieren un leve toque rosado. Sus ojos ciegos parpadean por primera vez. Su voz toma más fuerza.

—Gracias, Gemma —murmura.

—He hecho lo que me has pedido. Ahora quiero mis respuestas.

—Por supuesto.

Rodeo el pozo mientras hablo, no quiero mirarla.

—¿Qué quisiste decir cuando dijiste que la Orden estaba tramando un complot contra mí? ¿Cómo puedo detener a los Rakshana? ¿Qué debería saber de los reinos, de las criaturas de las Tierras Invernales y de la magia? Y Pippa. ¿Qué sabes de...?

—Demasiadas preguntas —murmura—. Y sin embargo, la respuesta es muy sencilla. Si quieres defenderte de la Orden y los Rakshana, te sería muy útil mirar primero en tu interior, Gemma.

—¿Qué quieres decir?

Me acerco al pozo con cautela.

—Aprende a dominarte a ti misma, a comprender tanto tus miedos como tus deseos. Ésa es la clave de la magia. Después, nadie tendrá ningún control sobre ti. Recuérdalo. —Toma aire y resuella—. La magia... es un ser vivo, que se une a quienquiera que la tocan y también los cambia.

Camino por la estancia, procurando no dejar de mirarla.

—Casi tengo diecisiete años. Creo que me conozco a mí misma.

—Tienes que saberlo todo de ti, hasta tus rincones más oscuros. Sobre todo éstos.

—A lo mejor no tengo rincones oscuros.

Un débil chirrido a modo de risa surge del pozo.

—Si eso fuera cierto, yo estaría fuera y tú dentro.

Empiezo a comprender, pero no encuentro las palabras.

—Debes saber lo que te costará la magia.

—¿Costarme? —repito.

—Todo tiene un precio. —De nuevo toma una bocanada de aire que la hace estremecer—. Hacía mucho que no hablaba tanto... mucho. Ahora tengo que descansar.

Me precipito hasta el pozo, donde flota con los ojos cerrados.

—¡Espera! ¿Qué hay de Tom y los Rakshana y Pippa y las Tierras Invernales? ¡Tengo más preguntas! ¡Dijiste que me ayudarías!

—Y eso he hecho —responde y se hunde en las profundidades del pozo—. Encuentra esos rincones oscuros, Gemma. Antes de que te encuentres atrapada en este lugar.

No puedo creer que haya dado tanto para obtener tan poco a cambio. No debería haber confiado en Circe.

—No volveré hasta el día en que devuelva la magia al Templo..., el día en que mueras —digo mientras me marcho de allí hecha una furia.

Cuando salgo de detrás de la cortina de agua, Asha me está esperando. Está sentada en una pequeña estera con las piernas cruzadas y desenvaina guisantes de color naranja brillante que vuelca en un cuenco. Detrás de ella, un buen número de Hajin clasifica amapolas en celemines; escogen las flores más brillantes y desechan el resto.

Asha me hace un gesto.

—¿Puedo decir algo, Dama de la Esperanza?

Tomo asiento junto a ella en la estera, pero soy incapaz de estarme quieta. Estoy demasiado nerviosa tras la conversación mantenida con Circe, y enfadada conmigo misma por haber confiado en ella.

—He considerado tu oferta —dice Asha—. Creo que es mejor que los Hajin no formemos parte de tu alianza.

—¿No vais a formar parte? ¿Por qué?

Los dedos de Asha trabajan diligentemente, separando los guisantes de su cáscara inservible.

—No deseamos implicarnos en una lucha. No es nuestro estilo.

—Pero, Asha, si compartimos la magia, tu gente podrá tener poder en los reinos. Podríais cambiar vuestra suerte. Podríais curaros...

Me trago mis últimas palabras por temor a ofenderlas. Los Hajin me miran con curiosidad, Asha les hace una señal de asentimiento y se despiden con una inclinación de cabeza.

—Fuimos perseguidos durante los tiempos oscuros. Nos trataron como a esclavos. Nos asesinaron por diversión —explica Asha—. Y entonces vino la Orden y nos sentimos seguros. Desde que se habla de una alianza, la seguridad se ha puesto en tela de juicio. Se burlan de los nuestros en el campo e incluso más lejos. Los centauros azotaron a un Hajin en la orilla del río. Y anoche nos robaron parte de la cosecha de amapolas; aunque sólo fue una cesta pequeña, para nosotros es importante.

Cierro los puños con fuerza.

—¡No puede consentirse algo semejante! ¡Hablaré con Philon de inmediato!

Asha niega con la cabeza.

No. Abandonamos. Aquí, lejos de todo, estamos seguros.

Dirijo la vista hacia las accidentadas cuevas donde han vivido en el exilio durante siglos.

—Pero estáis obligados a vivir en esas cuevas. ¿Cómo puedes llamar a eso seguridad?

Asha alisa su sari sobre sus piernas cubiertas de llagas.

—Lo mejor es no hacerse preguntas.

—¿Has tomado esta decisión en nombre de tu pueblo?

Con gran estrépito, vierte los guisantes en el cuenco.

—Es mejor que no sepan nada. Sólo traería descontento.

—¿Para quién?

—Es por su bien —dice como si se tratara de un mantra.

Una Hajin se acerca. En su rostro se refleja la preocupación.

—No hemos tenido una buena cosecha, Asha —dice disculpándose—. Hemos perdido muchas flores por culpa de la escarcha y las plagas.

—¿La escarcha? —pregunta Asha con ceño fruncido.

La Intocable abre una mano cubierta de ampollas y muestra una amapola morada y marchita por culpa del frío.

—No han sobrevivido.

—Dame —digo. Pongo una mano encima de la flor y brotan nuevas amapolas,

rojas y hinchidas—. Esto es lo que podrías hacer si quisieras.

La joven observa esperanzada a Asha, quien niega con la cabeza.

—Eso no es suficiente —responde Asha.

Coge la primera flor de la mano de la joven Hajin y la arroja al montón de desechos.

De nuevo me encamino por el sendero de los sauces. Las majestuosas ramas se abanicán por encima de mi cabeza, y paseo entre sus capullos, sumida en mis pensamientos. ¿Qué planes tiene la Orden para mí? ¿Tal vez habían asesinado a Wilhelmina Wyatt para silenciarla? Y, de ser así, ¿qué secreto la llevó a la muerte? ¿Cómo puedo ayudar a gobernar a los reinos cuando quienes deberían formar parte de mi alianza no confían los unos en los otros?

Ni siquiera me tranquiliza la promesa de ver a Pip y a las otras en las Tierras Fronterizas. No quieren escuchar mis problemas. Sólo quieren bailar, jugar a juegos alegres, hacer vestidos de baile de aire fino y capas de tapices raídos. Y, además, en cuanto Felicity y Pippa están juntas, es como si las otras no existiéramos. Su amistad es exclusiva. Envidio su afinidad, y me odio a mí misma por ello. No sé qué es peor: si la envidia o lo mezquina que ésta me hace sentir.

Una breve tormenta de arena se levanta a lo largo del camino, seguida por el sonido de un galope. El corazón se me acelera. Lo oigo cada vez más cerca, y esta vez me va a resultar imposible dejarlo atrás. Intento esconderme entre los sauces, pero no tengo sitio suficiente. Magia. Pero ¿cómo? Ocultarme. ¿Cómo, cómo, cómo? No puedo pensar. Ilusión. Una ilusión. Pero ¿cómo? «Mira a tu alrededor, Gemma. ¿Qué hay?». Carretera. Cielo. Polvo. Sauce ¡Un sauce!

Se acerca.

«Aléjate del miedo. Aléjate. Aléjate». Siento la magia chisporroteando dentro de mí; lo único que espero es que me obedezca. Me miro las manos y éstas empiezan a asemejarse a unas ramas. Lo he hecho. Me he ocultado a mí misma.

El jinete reduce la marcha a un trote y luego se detiene. El miedo apenas me permite respirar. Es Amar. Lleva puesta una capa hecha con pieles de animales —los ojos de éstos se mueven aún— y un casco de calaveras humanas. Sus ojos son dos cuencas negras y ahogo un grito. «No te desvíes de tu propósito Gemma. Calma... calma...».

El caballo es un ente sobre natural con unos ojos como los de Pip a ratos. Relincha y enseña los dientes mientras Amar escruta el camino.

—Sé que estás ahí —grita—. Huelo tu poder. Tu inocencia.

El corazón me late más rápido de lo que soy capaz de soportar. Un cuervo revolotea de árbol en árbol, y temo que me descubra. Sin embargo, vuela hacia Amar, y se posa en su hombro.

—La hora se acerca. Cuidado con el nacimiento de mayo.

Espolea los francos del caballo y se aleja al galope dejando tras de sí una nube de polvo.

Continúo oculta hasta contar cien, y luego me alejo de prisa y corriendo hasta llegar a las Tierras Fronterizas.

Quiero contarles lo de Circe, pero me da miedo. ¿Cómo voy a confesarles que está viva y que he ido en su búsqueda para pedirle consejo? ¿Que le he dado parte de la magia? Me pone enferma pensar en lo que he hecho, en el riesgo que he corrido. ¿Y para qué? Tonterías. Admoniciones para buscar mis rincones oscuros, como si la suya no fuera el alma más diabólica con la que me he topado jamás.

En cuanto llego al castillo y veo a mis amigas reír y jugar al «tú la llevas» me siento mucho más animada. La visita a Circe ha sido un error, y no volveré a cometerlo. No regresaré allí hasta que llegue el momento de devolver la magia y hacer una alianza, hasta el día que ella abandone nuestro mundo para siempre.

Despertamos en una esplendorosa mañana de domingo rebosante de color y moteada con una suave luz que emborrona el paisaje en una suerte de paleta que complacería al señor Monet. Después de un sermón horrorosamente aburrido y los saludos correspondientes al más muerto que vivo reverendo Waite, la señora Nightwing nos ofrece una recompensa por nuestra santa paciencia pidiéndonos que la ayudemos a preparar el baile de disfraces de Spence. Traspasamos las puertas con nuestras batas de pintor y los bolsillos llenos de pinceles. Al fondo del césped hay grandes lienzos extendidos sobre las mesas. Botes de pintura sujetan las esquinas de los mismos. La señorita McCleethy nos manda que pintemos escenas pastorales propias de un paraíso, para que podamos emplearlas como escenario para nuestras representaciones en el baile de disfraces. La única escena que acude a mi mente es la de un retozante Pan ataviado con calzones, el que se exhibe en la casa de mi abuela en Londres. Me niego a copiar esa monstruosidad, aunque la perspectiva de ataviarlo con un corsé es muy tentadora.

Felicity trabaja con afán. Su pincel se sumerge de bote en bote y, en cuanto veo aparecer el castillo, sonrío y añado las escarpadas montañas de las Tierras Invernales detrás. La señorita McCleethy se pasea entre las mesas con las manos a la espalda. Añade mejoras con ayuda de su pincel, corrigiendo un arbusto aquí y una flor allí. Es bastante molesto y me entran ganas de pintarle a la señorita McCleethy un bigote.

—¿Qué es eso? —pregunta la señorita McCleethy con el ceño fruncido ante nuestro dibujo aún no acabado de las Tierras Fronterizas.

—Un cuento de hadas —responde Felicity mientras añade unas cuantas bayas púrpura a un árbol.

—Los cuentos de hadas son bastante traicioneros. ¿Cómo acaba éste?

Felicity esboza una sonrisa retadora.

—Con un final feliz.

—Es un poco lúgubre.

La señorita McCleethy coge un pincel y le aplica un tono naranja rosado brillante sobre el cielo gris revuelto de mis lejanas Tierras Invernales. No lo ha mejorado; lo ha convertido en un batiburrillo turbio con un falso toque de color.

—Mucho mejor —dice—. Continúen.

—Monstruo —susurra Felicity entre dientes—. Prométeme no le darás ni una pizca de magia, Gemma.

—No la compartiría con ella aunque mi vida dependiera de ello —prometo.

Por la tarde, las gitanas se nos acercan con cestas de mermelada y otros dulces.

Untamos la mermelada en el pan, sin preocuparnos de nuestros dedos manchados de pintura. La señorita McCleethy pregunta si algún gitano está dispuesto a cortar leña para el fuego. Poco después llega Kartik y, al verlo, siento que me arde el rostro. Se quita el abrigo, se arremanga la camisa hasta los codos y empieza a talar un árbol.

La señorita McCleethy nos deja para informarse de los progresos del ala este, y me dedico a mirar a hurtadillas cómo trabaja Kartik. Tiene la camisa empapada y pegada al cuerpo. Le ofrezco un poco de agua. Echa un vistazo a McCleethy, quien no nos presta la más mínima atención. Satisfecho, se bebe el agua y se enjuga la frente con el dorso de la mano.

—Gracias —dice y me sonrío de una forma curiosa.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunto.

—Acabo de recordar el sueño más extraño de mi vida —contesta mientras se pasa un pulgar por el labio inferior.

El rubor empieza por las uñas de mis pies y sube como una exhalación hasta el rostro.

—Bueno —digo sosteniendo con torpeza el cubo de agua— sólo se trata de un sueño.

—Por si no lo recuerdas, yo creo en los sueños —replica mientras me mira de tal manera que me obliga a desviar la vista para no volverlo a besar.

—Yo... tengo que hablar contigo de un asunto urgente —digo—. Fowlson me hizo una visita en Londres. Nos invitaron a cenar a la Sociedad Hipocrática. Y él me estaba esperando fuera.

Kartik arranca el hacha del tocón del árbol donde descansaba. Su mandíbula se tensa.

—¿Qué quería?

—La magia. Le dije que se la había dado a la Orden, pero no me creyó. Me amenazó con causarme problemas y, a la noche siguiente, Thomas, al regresar a casa, me explicó que le habían pedido unirse a un exclusivo club de caballeros. En la solapa de su chaqueta llevaba prendida la insignia de los Rakshana.

—Que es algo que no se obtiene de forma gratuita. Alguien intenta embaucarlo —dice Kartik.

—Tengo que reunirme con los Rakshana —contesto—. ¿Puedes prepararme un encuentro?

—No —responde y baja el hacha con renovada resolución.

—¡Podrían lastimar a mi hermano!

—Ahora es uno de los suyos.

—¿Cómo puedes ser tan insensible? También tú tienes un hermano.

—Lo tuve.

Balancea el hacha una vez más y el tronco se parte en dos.

—Por favor... —le pido.

De nuevo, Kartik echa una ojeada al ala este y hace una señal de asentimiento

hacia la lavandería.

—Aquí no. Allí.

Espero en el interior de la lavandería. Hoy no hay lavanderas, la vieja estancia de madera y piedra está vacía. Impaciente, paseo por la habitación y paso por delante del hornillo para planchar donde se alinean las planchas de hierro para calentarse. Rodeo las enormes tinas de cobre y me golpeo los nudillos contra los bordes de las tablas de lavar que hay dentro. Revoloteo al pasar con los ganchos donde cuelgan los *posser* —esos palos largos con extremos brillantes para empujar y remover la colada—. Le doy una vuelta a la rueda de la secadora. Sé que hace maravillas con la ropa mojada, eliminando cualquier gota de agua a medida que pasa a través de sus largos rodillos. Como me gustaría poder pasar mis pensamientos empapados por esa máquina y liberarme de la dura sobrecarga de su peso.

Por fin llega Kartik. Lo tengo tan cerca que puedo oler la hierba y el sudor que emana su piel.

—No sabes lo que son capaces de hacer los Rakshana —advierte.

—¡Motivo más que suficiente para mantenerlos alejados de Tom!

—¡No! Debes alejarte de Fowlson y los Rakshana. Gemma, mírame.

Como me niego, Kartik coge mi rostro en su mano y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Si tu hermano sigue con esa estupidez, debes darlo por perdido. No te llevaré hasta los Rakshana.

Lágrimas furiosas pugnan por aflorar a mis ojos. Las reprimo con un parpadeo.

—He visto a Amar. En los reinos.

Recibe la noticia como si le hubiera dado un puñetazo.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Afloja su mano en mi rostro y me pongo a salvo de él junto a una tina.

—En los reinos.

—Cuéntamelo todo. ¡Debo saberlo!

Hace ademán de acercarse pero mantengo la tina entre los dos.

—Antes tienes que ayudarme. Dispón un encuentro con los Rakshana y entonces te ayudaré a encontrar a Amar.

—Eso es chantaje.

—Sí. He aprendido mucho de ti.

Golpea la pared con el puño sacudiendo la tabla de lavar que allí cuelga y desconcertándome a mí también. En ocasiones su mal humor se asemeja al mío, y su temperamento es voluble.

—Necesitaré algún tiempo —contesta sin alterar la voz—. Cuando lo arregle, ataré mi pañuelo en la hiedra que hay bajo tu ventana.

—De acuerdo. Gracias.

Se limita a hacer un gesto de asentimiento.

—En cuanto acabe con este asunto, me marcharé. No volveremos a vernos nunca

más.

Se abre paso entre las puertas de la lavandería y, al cabo de unos instantes, lo oigo golpear con el hacha el árbol del que hace astillas. Espero unos cuantos minutos. Los suficientes para que sus palabras se asienten en mi estómago como hierro colado, endureciendo mi interior.

—Gemma, ¿dónde has estado? —me pregunta Elizabeth mientras paso por delante de las mesas.

—Una dama no debe proclamar cuándo necesita estar a solas, ¿no es cierto? —digo deliberadamente para escandalizarla.

—¡Oh! Por supuesto que no —responde, y no vuelve a dirigirme la palabra, lo que ya me está bien.

McCleethy tenía razón: todo lo hago mal. Introduzco el pincel en el bote de pintura amarillo chillón y dibujo un sol enorme y feliz en el centro de su cielo rosa. Si lo que quieren son cielos soleados, les haré ese favor.

Ann se me acerca furtivamente.

—Acabo de ver a la señorita McCleethy y al señor Miller —dice sin aliento—. Ha desaparecido otro de sus hombres. Han llamado al inspector para que investigue. ¿Qué crees que ha podido sucederles?

—Te aseguro que no lo sé —me quejo.

Miro de reojo a Kartik, quien corta lo que queda del árbol y lo hace pedazos.

Una ráfaga de viento golpea el bote de pintura púrpura, que salpica el lienzo y destroza la escena del castillo de las Tierras Fronterizas.

—Mala suerte, Gemma —dice Ann—. Ahora tendrás que empezar de nuevo.

El inspector Kent nos hace una visita al anochecer; a pesar de que exalta nuestras pinturas puestas a secar junto al fuego, sabemos perfectamente que la suya dista mucho de ser una visita de cortesía. Con tres hombres desaparecidos, alguien tiene que encargarse del asunto. Se limpia el barro de las botas después de hablar con los hombres del señor Miller y los gitanos. Hace preguntas discretas a las chicas más jóvenes, y convierte la investigación en un juego para ver si alguna de ellas ha oído o visto algún indicio, por insignificante que sea. Al fin nos toca a nosotras, y nos acomodamos en el pequeño salón de acogedores muebles y cálido fuego. Brigid ha traído al inspector una taza de té.

Los ojos del inspector siempre brillan de alegría, pero ahora se trata de un asunto oficial del Yard, de modo que en esta ocasión parecen traspasarme y desvelar mis pecados. Trago saliva y tomo asiento. El inspector conversa animadamente con nosotras sobre cómo hemos pasado el día, las fiestas a las que asistiremos dentro de poco y el inminente baile de disfraces que se celebrará en Spence. Intenta tranquilizarnos, pero lo único que consigue es que mi aprensión aumente.

Saca una libreta de notas. Humedece el pulgar y lo emplea para pasar las páginas

hasta que encuentra la que busca.

—¡Ah, aquí está! Bien. Señoritas. ¿Han escuchado algo extraño, como sonidos, avanzada la noche? ¿Han notado que algo no encaje? ¿Algo sospechoso?

—N-n-nada —tartamudea Ann.

Se mordisquea la cutícula hasta que Felicity le agarra la mano, sin duda apretándola con fuerza suficiente como para cortarle la circulación sanguínea del brazo.

—Estábamos dormidas, inspector. ¿Cómo íbamos a saber lo que les pasó a los hombres del señor Miller? —dice Felicity.

El lápiz del inspector se queda suspendido sobre la página. Sus ojos se mueven con rapidez del rostro de Ann al repentino apretón de mano. Sonríe cálidamente.

—El detalle más insignificante puede conducir a la clave más importante. No sean tímidas.

—¿Tiene algún sospechoso? —pregunto.

El inspector Kent me sostiene la mirada durante más tiempo de lo debido.

—No. Pero eso da credibilidad a mi teoría de que esos hombres, bajo la influencia del alcohol, se alejaron del campamento para dormir la mona y luego, temiendo la reprimenda del capataz, decidieron marcharse. O tal vez alguien intente que las sospechas recaigan en los gitanos.

—Quizás hayan sido los gitanos —añade Felicity rápidamente.

Me gustaría darle un puntapié.

—Eso sería muy oportuno —responde el inspector mientras vierte un poco de leche en su té—. Demasiado oportuno, aunque he descubierto que también uno de los suyos ha desaparecido esta noche.

Kartik. Se ha ido.

—Bien, la verdad saldrá a la luz. Siempre lo hace. —El inspector Kent bebe de su té—. Ah, esto es lo que devuelve la paz al mundo. Una buena taza de té.

Cuando volvemos a los reinos, me siento turbada. El problema con mi hermano, mi visita a Circe y mi disputa con Kartik, todo eso me preocupa sobremanera. Pero las otras están contentas y dispuestas a celebrar una gran fiesta. Felicity coge a Pippa de las manos y ambas dan vueltas sobre la gruesa alfombra de parras. Ríen como las buenas amigas que son. Las envidio. Enseguida las demás se les unen en una danza. Mae y Mercy cogen a Wendy de las manos y la guían hasta las otras. Hasta el *Señor Darcy* salta en su jaula como si quisiera hacerse con una pareja. Sólo yo me mantengo al margen. Y, en secreto, temo que siempre es así, siempre a solas conmigo misma, sin pertenecer a nadie, ni a ninguna tribu, siempre fuera de la fiesta. Intento alejar ese pensamiento, pero la verdad ha hecho mella ya en mi alma. La tristeza de mi independencia se me clava en la sangre. Recorre mis venas con un estribillo implacable y pulsante: «Estás sola, sola, sola».

Felicity susurra al oído de Pip. Cierran los ojos y Pip grita:

—¡Gemma! ¡Para ti!

Detrás de mí, alguien me da una palmadita en el hombro. Me giro y veo a Kartik ataviado con una capa negra y, durante un instante, el corazón me da un brinco. Podría ser Kartik, pero no lo es. Las otras se ríen de la broma de Pip. A mí no me divierte. Pongo mi mano en su hombro y, tras recurrir a mi propia magia, se transforma en un viejo pirata senil con una pata de palo.

—Esa de ahí —digo señalando a Pippa—. Está deseosa de bailar. Y ahora largo de aquí.

Es una fiesta muy alegre, todas ríen, cantan y bailan, así que no se percatan de nada cuando me alejo sigilosamente y me encamino hacia el río, donde encuentro a la Gorgona que acaba de regresar de uno de sus viajes.

—¡Gorgona! —exclamo, pues la he añorado más de lo que soy consciente.

Se acerca a la orilla y baja la pasarela; subo a bordo, feliz de volver a ver sus serpientes retorcidas que, frenéticas, mueven sus lenguas hacia mí.

—Su Excelencia. Por lo que parece, te has ausentado de la fiesta —dice la Gorgona señalando con la cabeza hacia el castillo.

—Me he cansado de ella. —Me tiendo sobre la espalda y observo los pocos puntos de luz que asoman entre las nubes—. ¿Te has sentido alguna vez como si estuvieras sola en el mundo? —pregunto suavemente.

La voz de la Gorgona se tiñe de una tranquila tristeza.

—Soy la última de mi especie.

Una risa se escapa del castillo como si procediera de otro mundo. Más allá del cielo azul tinta aguado de las Tierras Fronterizas, las nubes de un gris profundo de las Tierras Invernales retumban con un trueno lejano.

—Nunca me has contado esa historia —le recuerdo.

Aspira profundamente.

—¿Estás segura de que quieres escucharla?

—Sí —respondo.

—Entonces, siéntate cerca de mí y te la contaré.

Hago lo que me pide y me siento junto a su enorme rostro verde.

—Sucedió hace muchas generaciones —empieza, cerrando los ojos durante un instante—. Todo el mundo temía a las criaturas de las Tierras Invernales y el caos que provocaron, así que, cuando el poder de la Orden empezó a aumentar, le dimos la bienvenida. La Orden unió a las tribus y, durante un tiempo, éstas prosperaron y los jardines florecieron; en tu mundo los hombres se vieron influenciados por ello y se hizo historia. Aun así, las criaturas de las Tierras Invernales no desaparecieron, y se llevaron más almas con ellas. La Orden se esforzó por detener la amenaza haciéndose aún más con el control.

»Al principio nos hicieron pocas concesiones. Nos denegaron ciertas libertades, según ellos para nuestro propio bien. Nuestros poderes se atrofiaron por falta de uso,

y la Orden se hizo más fuerte.

—Estoy desconcertada —la interrumpo—. Yo creía que la Orden era buena, que la magia era buena.

—El poder lo cambia todo hasta el punto de que resulta difícil decir quiénes son los héroes y quiénes los malvados —replica—. La magia, en sí misma, no es ni buena ni mala; es el propósito de la misma lo que hace que sea de una manera u otra.

El castillo resuena con música y risas. La luz que brilla de sus ventanas no nos alcanza. La Gorgona y yo permanecemos sentadas en nuestro círculo de sombras.

—Surgió el descontento —continúa la Gorgona tras una pausa—. Hubo una rebelión, las tribus luchaban por lograr su propia supervivencia sin que les importara la suerte de las demás. Al final, la Orden triunfó, aunque no a cambio de nada. No se volvió a permitir a las tribus extraer magia de las runas. En tu mundo, las criaturas se quedaron varadas. Y los míos...

Deja de hablar y cierra los ojos con tanta fuerza como si estuviera sufriendo. Pasan los minutos sin que escuche nada más que la música procedente del castillo.

—Tu gente murió en la batalla —digo, pues no puedo soportar su silencio.

La Gorgona mira el suelo.

—No —responde con la voz más triste que he escuchado jamás—. Algunos sobrevivieron.

—Pero... ¿dónde están? ¿Adónde fueron?

La Gorgona baja su gran cabeza y las serpientes penden de ella como ramas de sauce.

—La Orden me condenó con un castigo ejemplar.

—Sí, lo sé. Por eso te encarceló en el barco y te obligó a contarle sólo a ella la verdad.

—Cierto. Pero eso sucedió después, como castigo a mi pecado.

Siento que un peso se me hunde en el estómago. La Gorgona nunca me lo ha contado, y no estoy segura de querer escucharlo ahora.

—Por aquel entonces yo era una gran guerrera. La líder de mi pueblo. Y orgullosa —escupe esta última palabra—. No quería que viviéramos como esclavos. Éramos una raza de soldados, y la muerte se consideraba la opción más honrosa. Sin embargo, mi gente aceptó los términos de la rendición de las sacerdotisas. Algo impropio en nuestro código moral. Me sentí avergonzada de su elección, y mi cólera se convirtió en mi justificación.

Su cabeza cuelga hacia atrás como si su rostro buscara un sol ausente.

—¿Qué sucedió?

En su sueño inquieto, las serpientes de su cabello reptan las unas sobre las otras.

—Mientras la Orden dormía empleé todos los hechizos que había usado contra muchos de mis enemigos. Subyugué a mi pueblo y los hice entrar en trance. Los convertí en piedras y, uno a uno, cayeron bajo mi espada. Los maté a todos, no tuve clemencia. Ni siquiera con los niños.

»Mi crimen fue descubierto. Como era la última gorgona superviviente, las brujas no me ejecutarían. En vez de ello, me condenaron a permanecer en este barco. Al final, perdí mi libertad, a mi pueblo y mi esperanza.

La Gorgona abre sus ojos amarillos, y vuelvo la cabeza, temerosa de mirarla a la cara ahora que se la verdad.

—Pero has cambiado —susurro—. ¿No es cierto?

—Es la naturaleza del escorpión lo que le impele a picar. Que no tenga ocasión de hacerlo no significa que no pueda. —Las serpientes se despiertan llorando y la Gorgona las tranquiliza para que vuelvan a dormirse con un suave balanceo de cabeza—. Mientras permanezca en este barco, estaré a salvo. Ésa es mi condena y mi salvación.

Mueve sus ojos amarillos hacia mí y, aunque no lo deseo, aparto los míos.

—Ya veo que, después de todo, mi historia ha cambiado la opinión que tenías de mí —afirma con un deje de tristeza en la voz.

—Eso no es verdad —protesto, pero suena a falso.

—Deberías volver a la fiesta. Son tus amigos, y parece una celebración muy divertida.

Baja la pasarela chirriante y me precipito por ella hacia la luz polvoreada de nieve de la orilla.

—No nos veremos durante un tiempo, Su Excelencia —dice la Gorgona.

—¿Por qué? ¿Adónde vas?

Con el rabillo del ojo la veo arquear su majestuosa cabeza hacia el cielo de las Tierras Invernales.

—Río abajo, mucho más lejos de lo que he ido hasta ahora. Si se está tramando algo, no quiero que me coja desprevenida. Procura tener cuidado.

—Sí, lo sé. Tengo toda la magia —respondo.

—No —corrige—. Procura tener cuidado de que no te perdamos de vista.

A la mañana siguiente, después de desayunar, Ann y yo nos colamos en la lavandería.

—Apenas he podido dormir pensando en nuestra aventura de hoy —dice—. Esta tarde puede hacer que mi destino cambie.

He pasado la mayor parte de los últimos días perfeccionando nuestro plan para la excursión de hoy al teatro. Fee ha falsificado una carta de su «prima» Nan Washbrad en la que le pide si podemos pasar con ella el día en Londres, y la señora Nightwing nos ha dado permiso.

—¿Crees que esto funcionará? —pregunta Ann, mordiéndose el labio.

—Depende de ti. ¿Estás preparada? —pregunto.

Ann esboza una enorme sonrisa.

—¡Por supuesto!

—Bien. Pues empecemos.

Trabajamos en tándem y la magia florece entre nosotras. Siento la excitación de Ann, sus nervios, su desenfadada alegría. Me hace sentir un poco embriagada y no puedo dejar de reír. Cuando abro los ojos ella está en proceso de cambio. Atraviesa toda una serie de transformaciones físicas, como si se estuviera probando diferentes vestidos de fiesta.

Finalmente, se queda con la apariencia que buscaba; Nan Washbrad ha vuelto. Gira con su vestido nuevo, de satén índigo, adornado con un encaje en el cuello y a lo largo del dobladillo. Un broche adorna su garganta. El cabello se ha oscurecido hasta adquirir el color del ébano. Lo lleva recogido, como una gran dama.

—Oh, qué bien ser de nuevo Nan. ¿Qué tal estoy? —pregunta mientras se palmea las mejillas y se examina las manos y el vestido.

—Como alguien que debería estar en un escenario —respondo—. Ahora, veamos si podemos poner a prueba tu talento dramático.

Poco después, Nan Washbrad hace su entrada y entra en el salón, donde la señora Nightwing mantiene una charla animada con ella, sin saber su elegante invitada es en realidad Ann Bradshaw, una pobre estudiante becada. Felicity y yo apenas podemos contener nuestro perverso regocijo.

—Ha sido maravilloso —dice Felicity entre risas, mientras esperamos la llegada de nuestro tren—. No ha sospechado nada. Ni una sola vez. Has engañado a la señora Nightwing, Ann. Si eso no te da la suficiente confianza en ti misma para enfrentarte al señor Katz, nada lo hará.

—¿Qué hora es? —pregunta Ann por vigésima vez desde que salimos de la estación Victoria y nos encaminamos hacia nuestra cita.

—Cinco minutos más tarde de la última vez que preguntaste —refunfuño.

—No puedo llegar tarde. La carta de la señora Trimble era muy explícita en ese punto.

—No llegarás tarde, por aquí se va al Strand. ¿Lo ves? Ahí está el Gaiety —dice Felicity señalando el gran arco de entrada del famoso *music hall*.

Un trío de hermosas y jóvenes damas sale de teatro. Sus sombreros decorados con plumas atrayentes, sus guantes largos y negros y sus elegantes vestidos adornados con numerosos ramilletes de flores hacen imposible pasarlas por alto.

—¡Oh, son las Gaiety Girls! —exclama Ann—. Son el coro de chicas más maravilloso del mundo, ¿verdad?

Por supuesto, los hombres aprecian su belleza al pasar pero, a diferencia de la señora Worthington, ellas no parecen vivir sólo para ser admiradas. Tienen su propio trabajo y dinero para demostrarlo; cuando se echan a la calle, es como si el mundo les perteneciera.

—Algún día, la gente dirá: «¡Vaya, miren, por ahí va la gran Ann Bradshaw! ¡Qué mujer tan maravillosa!» —le digo.

Ann se arregla y vuelve a arreglar el broche del cuello.

—Sólo si no llego tarde a mi cita.

Con las señas en la mano, caminamos por el Strand en busca de nuestro destino. Al fin encontramos la puerta anodina y nuestra llamada es atendida por un joven larguirucho que nos recibe en pantalones y tirantes, sin chaleco, y con bombín.

Sostiene un cigarrillo entre los dientes. Nos mira con recelo.

—¿Puedo ayudarlas? —pregunta con acento norteamericano.

—S-sí, tengo una cita con el se-señor Katz.

Ann saca la carta. El joven la lee por encima y abre la puerta.

—Puntual. Eso le gustará. —Baja la voz—. El señor Katz le quitaría parte de la paga por llegar tarde. A propósito, Charlie Smalls. Un placer.

Charlie Smalls tiene una sonrisa desdentada que hace que su cara alargada reviva. Es la clase de sonrisa que no tienes más remedio que devolver y me complace que sea él el primero en recibirnos.

—¿Es usted actor? —pregunta Ann.

Niega con la cabeza.

—Compositor. Bueno, espero serlo. De momento acompaño al piano. —Vuelve a sonreír con una sonrisa amplia y cálida—. ¿Nerviosa?

Ann asiente.

—Pues no lo esté. Vamos. Les enseñaré el lugar. Bienvenidas al Taj Mahal —bromea con un ademán dirigido a la modesta estancia.

Hay un piano en una de las esquinas. Y enfrente del mismo, toda una hilera de sillas. Unas cortinas pretenden dar la apariencia de un escenario. Está un poco oscuro, sólo entra la luz procedente de una pequeña ventana que nos proporciona la visión de las patas de los caballos y las ruedas de los carruajes de la calle. Partículas de polvo

en suspensión bailan en la luz mortecina y me hacen estornudar.

—*Gesundheit!*^[8] —dice un hombre enjuto de bigote fino al entrar como una tromba en la estancia. Viste un sencillo traje negro y lleva en la mano su reloj de bolsillo—. ¿Charlie? ¿Dónde demonios está la nota de George?

—¿Del señor Shaw, señor? En su escritorio.

—Bien. Genial.

Charlie se aclara la garganta.

—Una joven dama ha venido a verle, señor. La señorita Nan Washbrad.

El reloj da las dos, y el señor Katz se guarda su reloj de bolsillo.

—Fenomenal. Como un clavo. Encantado de conocerla, señorita Washbrad. Lily me dijo que usted era una belleza. Veamos si también tiene razón respecto de su talento. —El señor Katz me da tan fuerte la mano que me sacude el brazo—. ¿Y quiénes son estas encantadoras damas?

—Sus hermanas —respondo liberándome de su saludo.

—¿Hermanas? ¡Y qué más! Son sus compañeras de escuela, Marcus. Y si fuera tú, no apartaría la vista de la cartera —dice Lily Trimble al entrar en la estancia con porte majestuoso, ataviada con un vestido verde esmeralda que marca todas y cada una de sus curvas. Una estola ribeteada de pieles cuelga de sus hombros de forma encantadora. Se deja caer en la que parece ser la silla más cómoda de toda la habitación—. No se ponga demasiado nerviosa, Nannie. No es Henry Irving.

—Henry Irving —refunfuña señor Katz al escuchar el nombre del gran actor-productor del Lyceum. No hay nadie del mundo del teatro más apreciado; incluso la reina Victoria lo nombró caballero—. Puede que ese viejo esnob haya ayudado a cambiar la profesión, pero yo la llevaré a donde tiene que encaminarse. Vodevil. Bailarinas y espectáculos populares; eso es lo que quiere la gente y yo soy el hombre que va a proporcionárselo.

—¿Podemos dejar los discursos para luego, Marcus? —dice Lily mientras saca de su bolso un espejito.

—De acuerdo. ¿Charlie? —ruge el señor Katz.

Charlie se sienta ante el piano.

—¿Qué va a cantar, señorita Washbrad?

—Hum, eh...

Temo que los nervios de Ann jueguen una mala pasada a su ilusión y a su canto.

«Vamos», vocalizo. Le dedico una amplia sonrisa y ella me la devuelve, aunque la suya se asemeja a la de una maniaca.

—¡Cantará *After the Ball!* —salta Felicity.

Lily Trimble se contempla en el espejo y se empolva la nariz.

—¿Ves lo que quiero decir, Marcus? La señorita Washbrad no necesita tus servicios como director, con esas dos pisándole los talones.

—Señoritas, van a tener que callarse si quieren quedarse en esta habitación —dice el señor Katz.

—Qué vulgar —susurra Felicity, pero se sienta.

—¿*After the Ball*? —pregunta Charlie y Ann asiente con la cabeza—. ¿En qué tono?

—Ehh, y-yo... ¿do? —logra decir Ann.

Estoy tan nerviosa que creo que voy a desmayarme. Tengo que morder mi pañuelo para que no se me escape ningún sonido.

Charlie interpreta la melodía del vals al piano. Toca cuatro compases y mira a Ann. Está demasiado aterrada para arrancarse a cantar, así que él interpreta otro compás para ayudarla, pero Ann aún se muestra vacilante.

—El tiempo es oro, señorita Washbrad —interpela el señor Katz.

—Marcus —dice Lily Trimble, haciéndole callar.

Ann está tan rígida como el Big Ben. Su pecho sube y baja con cada respiración superficial. «Vamos, Annie. Enséñales lo que puedes hacer». Es demasiado. No puedo ni mirar. Cuando ya creo que voy a morir ante esta tortura, la voz de Ann flota por encima de las notas discordantes y el humo de puro. Al principio es delicada y luego empieza a elevarse. Felicity y yo nos inclinamos hacia delante en nuestros asientos, observándola. De inmediato, su voz llena la estancia, dulce, clara y hechizadora. Esto no es un truco de magia; es la magnificencia de Ann, su alma ensamblada con el sonido, y nosotras nos hallamos bajo su encanto.

Sostiene la última nota cuanto puede y, al acabar, el señor Katz se levanta y se pone el sombrero. ¿Significa eso que se va? ¿Le ha gustado? ¿La considera detestable? Sus manos regordetas se unen en un aplauso claro y fuerte.

—¡Ha sido genial! ¡Simplemente genial! —exclama.

Lily Trimble alza una ceja.

—La pequeña no lo hace tan mal, ¿verdad?

—Bien hecho —dice Charlie.

—Es usted demasiado amable —contesta Ann con recato, sonrojándose.

Charlie se lleva una mano al corazón.

—Por mi vida, ha estado usted espléndida. ¡Cómo un ángel! Cuando componga mi musical, tendré que escribirle una canción.

Charlie empieza a teclear el piano y de sus teclas nace una alegre melodía.

—Muy bien, Charlie. Muy bien. Dedícate a coquetear en tu tiempo libre. Ahora necesito que la señorita Washbrad me lea algo.

Le entregan a Ann un pasaje de *The Shop Girl* y, a medida que lee, lo hace igual de bien que la señorita Ellaline Terriss. De hecho, mejor. Es evidente que todos los presentes en la estancia están impresionados por el talento de Ann, y siento una mezcla de intenso orgullo y envidia ante su éxito.

—Escribiré ese musical —susurra Charlie a Ann—. Y usted tendrá un papel en él. Ésa es la voz que quiero.

El señor Katz extiende una mano y la ayuda a Ann a abandonar su lugar junto al piano.

—Señorita Washbrad, ¿le gustaría ser la nueva estrella de Katz and Trimble Repertory Company?

—Yo... ¡Nada me haría más feliz, señor Katz! —exclama Ann. Nunca la he visto tan llena de alegría. Ni siquiera en los reinos—. Si está usted seguro de que quiere contratarme.

El señor Katz se echa a reír.

—Querida mía, sería un estúpido si no lo hiciera. Es usted una joven muy hermosa.

La sonrisa de Ann se desvanece.

—Pero eso no lo es todo...

El señor Katz se ríe entre dientes.

—Bueno, pero tampoco perjudica. A la gente le gusta escuchar una voz bonita, querida, pero también les gusta ver de dónde sale esa voz. Y cuando procede de una belleza, pagan más por una entrada. ¿No es así, Lily?

—No me pongo colorete en las mejillas para nada —contesta Lily Trimble con un suspiro.

—Pero... ¿qué hay de mi talento?

Ann se mordisquea el labio, lo que realza su belleza.

—Por supuesto, por supuesto —dice el señor Katz, aunque no ha dejado de contemplarla—. Ahora, echemos un vistazo a su contrato.

Cuando salimos del oscuro agujero de la oficina del señor Katz, el mundo parece un lugar diferente, lleno de excitación e ilusión. El fango y la suciedad que se adhieren al dobladillo de nuestros vestidos son nuestro fango y nuestra suciedad; es la prueba de que hemos estado ahí y hemos hecho lo que nos habíamos propuesto hacer.

—¡Deberíamos brindar por tu éxito! Sabía que lo lograrías —grita Felicity.

—Pero si ni siquiera querías que asistiera a la audición —le recuerdo.

No debería haberlo dicho, pero su satisfacción me ha obligado a ello.

—Creo que Charlie Smalls se ha enamorado locamente de ti —canturrea Felicity.

Ann mantiene la vista clavada en el suelo.

—Locamente enamorado de Nan Washbrad, querrás decir.

—No debes decir eso. Es un gran día. —Felicity se gira hacia un desventurado tendero que barre su trozo de acera—. Disculpe, señor, ¿sabía usted que se halla en presencia de la nueva señora Kendal? —dice, mencionando el nombre de la afamada actriz.

El hombre la mira como si fuera una loca escapada de un manicomio.

—¡Felicity! —dice Ann, riendo, mientras se lleva a Fee a rastras.

El tendero hace una pequeña reverencia ante Ann, que la hace sonreír.

El Big Ben da la hora.

—¡Oh! —exclama Ann, entristeciéndose de repente—. Será mejor que

regresemos. No quiero que este día se acabe.

—Pues entonces no dejemos que lo haga aún —dice Felicity.

Nos detenemos en un salón de té para celebrarlo. Brindamos por Ann entrechocando nuestros cosquilleantes vasos de *ginger-ale*, y Fee y yo no nos cansamos de repetirle lo absolutamente brillante que ha estado. En una mesa cercana, cuatro sufragistas hablan sobre una manifestación ante la Cámara de los Comunes. Cubiertas con unas pancartas que exhiben orgullosas y junto a unos carteles de «El voto para la mujer» a sus pies, conforman una escena digna de ver. Hablan entre ellas con pasión y entusiasmo. Algunas clientas las miran con desaprobación. Sin embargo, otras se les acercan tímidamente y cogen un panfleto o les hacen preguntas. Una arrastra una silla para sentarse junto a ellas. Le hacen sitio y la saludan, y me doy cuenta de que Ann no es la única mujer que hoy tiene la intención de cambiar.

Cuando regresamos a Spence, busco la badana de Kartik en la hiedra que hay bajo mi ventana, pero no está, y deseo que regrese pronto con alguna noticia.

—¿Has visto a Ann? —pregunta Felicity al entrar al gran salón—. Ha desaparecido después de cenar. Creía que íbamos a jugar a cartas.

—No la he visto —respondo—. Pero iré a echar un vistazo por si la veo, ¿de acuerdo?

Felicity asiente.

—Estaré en mi tienda.

No encuentro a Ann en ninguna de sus guaridas habituales: nuestra habitación, la biblioteca o la cocina. Sólo conozco otro sitio donde pueda estar: el lugar donde la encuentro, sentada a solas en la terraza de la tercera planta con vistas al césped y a los bosques.

—¿Te importa que te haga compañía? —pregunto.

Hace un gesto hacia la parte superior de la balaustrada. Desde aquí, tengo una vista perfecta de la torreta a medio acabar y del esqueleto del ala este. Me pregunto si mi madre y su amiga Sarah sintieron alguna vez la felicidad que hemos experimentado hoy. Me pregunto qué hubieran cambiado ellas de haber tenido la oportunidad.

Sopla una suave brisa. A lo lejos puedo ver las luces del campamento gitano. Kartik. No, no debo pensar en él precisamente ahora.

—Creía que estabas haciendo el equipaje para tu viaje por los escenarios del mundo —digo.

—No podremos volver hasta la semana que viene.

—Y eso será antes de que te des cuenta. ¿Qué es eso? —pregunto mientras señalo un sobre lacrado en su regazo.

—¡Oh! —dice Ann, jugueteando con él—. No me veo capaz de enviarla. Es una carta dirigida a mis primos, en la que les informo mi decisión. ¿De verdad que he

estado bien hoy?

—Has estado magnífica —le digo—. Tu voz les ha cautivado.

Ann fija la vista en el césped.

—Sólo querían oírme porque les gustó lo que habían visto antes. Y no me mientas diciéndome que se nos juzga por nuestra personalidad, porque eso es una estupidez. —Se echa a reír, una risa sin rastro de alegría—. La belleza proporciona poder, y mi vida sería mucho más sencilla si fuera tan hermosa como Nan Washbrad.

Ann es encantadora, pero no de la forma en que ella desea. No es una belleza. Sin embargo, cuanto más la conoces más atractiva la encuentras. Pero no es eso lo que quiere escuchar. Y, aunque le dijera que es hermosa, incluso si es eso lo que quiero decir, ¿lo creería ella?

—Sí. Sería todo más sencillo si fueras hermosa —digo—. La mayoría de nosotras tenemos que esforzarnos más.

Alisa la carta que está en su regazo, y temo que mi honestidad la haya ofendido.

Aprieto su mano.

—Lo has hecho, Ann. Has cambiado tu vida. A todo el que quiera escucharme le diré: Ann Bradshaw es la chica más valiente que conozco.

—Gemma, ¿cómo voy a explicárselo? Si no logro mantener esta ilusión para siempre tendré que hallar la forma de hacerles creer en Ann Bradshaw.

—Encontraremos la solución. Sólo necesitamos la suficiente magia para convencerlos de que han contratado a Ann. Tu talento se encargará del resto. Ésa es tu magia.

Sin embargo, sé cómo se siente. Se hace difícil imaginar renunciar a ella. Quiero sujetarla con fuerza y no dejarla escapar nunca.

—Ha sido un buen día, ¿verdad?

Una muy leve sonrisa disipa las preocupaciones del rostro de Ann.

—Y vendrán días mejores.

Ann le da la vuelta a la carta que tiene entre las manos.

—Supongo que lo mejor que puedo hacer es acabar con esto cuanto antes.

Le ofrezco mi brazo como un cortesano.

—No todos los días disfruto del privilegio de escoltar a una estrella del teatro.

—Gracias, *lady* Doyle —responde, como si entrara en el escenario para saludar. Se encamina directamente hacia Brigid, a quien le entrega la carta, y le dice apresuradamente—: Brigid, ¿podrías echar esto al correo mañana?

—Por supuesto —contesta Brigid y se la mete en el bolsillo del mandil.

—Bueno, ya está hecho —digo.

—Sí. Está hecho.

—Pues vamos. Fee quiere jugar a cartas, y esta vez no estoy dispuesta a que nos dé una paliza como hace siempre.

Animadas por el éxito de Ann, las tres jugamos a cartas mano tras mano, apostando deseos como si fueran chelines.

—Veo tu sueño de convertirte en princesa del Imperio otomano y lo sumo a tu viaje por Bombay montada a lomos de un elefante.

Ann gana la mayoría de las partidas, y ni siquiera a Fee le molesta. Jura que es prueba más que suficiente que Ann haya podido por fin cambiar su suerte, que nada nos puede impedir ir más allá.

Ya han transcurrido varios días y no hay señal alguna del pañuelo rojo de Kartik. Me preocupa que pueda haberle sucedido alguna desgracia. Me preocupa que, cuando regrese, no sea capaz de ayudarme con Amar. Me preocupa que no regrese y que esté en camino de Bristol y del *Orlando*.

Tanta preocupación me pone de malhumor. Ya hemos sufrido la ignominia de caminar hacia atrás como lo haremos cuando seamos presentadas ante Su Majestad en el Palacio de Saint James. He tropezado dos veces y no imagino cómo me las voy a arreglar si he de sostener en el brazo izquierdo la larga cola de mi vestido mientras inclino la cabeza ante mi soberana. Sólo de pensarlo me duele el estómago.

La señora Nightwing nos ha hecho sentar a la mesa del comedor. Cada uno de nuestros sitios está ocupado por un desalentador despliegue de plata. Cucharas para la sopa. Tenedores para las ostras. Cuchillos para el pescado. Tenedores para el pescado. Cuchillos para la mantequilla. Cucharas para el postre. Casi cuento con la posibilidad de ver un arpón para cazar ballenas y quizás, en el supuesto de que la situación llegue a superarnos y deseemos morir con honor, hasta la espada con que, según la leyenda japonesa, se llevaba a cabo el *seppuku*^[9].

La señora Nightwing habla monótonamente. Me cuesta prestarle atención y sólo capto algunas frases: «El plato de pescado... las espinas, se apartan a un lado del plato... el suero de leche, por cierto, mantiene la suavidad de las manos de las señoras...».

Rápidamente, una visión se cierne sobre mí. Hace un segundo, estaba escuchando la voz de la señora Nightwing y, al siguiente, el tiempo se detiene. La señora Nightwing se queda congelada junto a Elizabeth. Los ojos de Felicity apuntan hacia el techo con una expresión de completo aburrimiento. También Cecily y Martha están suspendidas en el tiempo.

Wilhelmina Wyatt aparece en el umbral de la puerta con expresión sombría.

—¿Señorita Wyatt? —la llamo.

Abandono a mis compañeras inmóviles para ir en pos de ella.

La encuentro en lo alto del primer tramo de escaleras pero, cuando alcanzo el descansillo, se encamina hacia el retrato de Eugenia Spence y desaparece como un fantasma.

—¿Señora Wyatt? —murmuro.

Me he quedado sola de repente. Las paredes de la escuela parecen hablarme entre susurros. Me tapo las orejas, pero eso no detiene los murmullos espantosos, las risas sordas, los siseos. El papel con pavos reales de las paredes cobra vida, sus ojos parpadean.

La escritura de trazos finos e inseguros de Wilhelmina emerge del retrato de

Eugenia Spence: «El Árbol de Todas las Almas. El Árbol de Todas las Almas. El Árbol de Todas las Almas». La frase se repite hasta llenar todo el cuadro. Los suspiros resuenan cada vez más fuertes. Pongo una mano en la pintura y es como si la pudiera atravesar y adentrarme en otro tiempo y en otro lugar.

Me encuentro en el gran salón, pero éste ha cambiado. Veo a quien seguramente debía de ser la señorita Moore cuando era joven, la concentración obsesiva de su rostro. Una chica con unos asombrosos ojos verdes le sonríe, y me quedo boquiabierta al reconocer a mi propia madre.

—¿Mama? —la llamo, pero ella no me oye.

Es como si yo no estuviera ahí.

Una anciana de cabello blanco y ojos azules está sentada junto a ellas; también la conozco. Eugenia Spence. El rostro que parece tan intimidatorio en el retrato aquí se muestra amable. Brillante y sonrosado, con vida.

Una chica le entrega una manzana y la señora Spence sonríe.

—Vaya, gracias, Hazel. Estoy segura de que me gustará. ¿O debería cortarla en trozos para compartirla entre todas?

—¡No, no! —protestan las chicas—. Es para usted. ¡Por su cumpleaños!

—Muy bien, pues. Gracias. Me encantan las manzanas.

Una chica sentada al fondo levanta la mano tímidamente.

—¿Sí, Mina? —pregunta la señora Spence.

Ahora veo los rasgos de la mujer en el rostro de la muchacha. La pequeña Wilhelmina Wyatt avanza con dificultad hacia la profesora y le entrega un regalo hecho por ella, un dibujo.

—¿Qué es esto? —La sonrisa de la señora Spence se desvanece mientras examina el dibujo. Es una reproducción perfecta de un árbol enorme que he visto en mis sueños—. ¿Cómo ha sabido dibujar esto, Mina?

Wilhelmina baja la cabeza, avergonzada y abatida.

—Vamos. Dígamelo. Mentir es pecado y dice muy poco del carácter de una joven.

Escucho los chirridos de la tiza mientras Wilhelmina escribe en la pizarra; las palabras adquieren sentido poco a poco: «El Árbol de Todas las Almas».

Apresuradamente, la señora Spence coge la tiza de los dedos de la chica.

—Ya basta, Mina.

—¿Qué es el Árbol de Todas las Almas? —pregunta una muchacha.

—Un mito —responde Eugenia mientras limpia la pizarra con un trapo.

—¿Está en las Tierras Invernales, verdad? —pregunta Sarah. En sus ojos hay un atisbo de malicia—. ¿Es muy poderoso? ¿Por qué no nos habla de él? Por favor.

—Por ahora, todo cuanto necesita saber está en las páginas de su libro de latín, Sarah Rees-Toome —la regaña tomándole el pelo.

Arroja el dibujo al fuego y las lágrimas brotan de los pequeños ojos de Mina. Las otras chicas se ríen de su llanto. La señora Spence alza la barbilla de la chica con un

dedo.

—Puede hacerme otro dibujo, ¿mmm? Quizás un bonito prado o un esbozo de la academia. Y ahora séquese esas lágrimas. Y prométame que será una buena chica y no escuchara a quien no debe, a nadie que pueda ser un corrupto, Mina.

La escena cambia de emplazamiento y veo a Wilhelmina deslizando una daga decorada con piedras preciosas de un cajón a su bolsillo. Su cuerpo se transforma a medida que transcurren los años hasta que una femenina Wilhelmina aparece de nuevo ante mí, empuñando la daga. Su rostro se retuerce furioso. Alza la daga.

—¡No! —grito.

Levanto el brazo para esquivar el golpe.

Aún estoy gritando cuando me hallo de vuelta en el comedor. Todas me miran embobadas, horrorizadas. Dolor. En mi mano. Un reguero de sangre resbala por la palma y cae en el mantel de damasco. El cuchillo está en mi plato. Lo he agarrado con tanta fuerza que me he cortado.

—¡Señorita Doyle! —jadea la señora Nightwing.

Me arrastra hasta la cocina, donde Brigid guarda las gasas y el ungüento.

—Echemos un vistazo —dice Brigid. Me escuece la mano al limpiarla—. Gracias a Dios, no es una herida muy profunda. Un arañazo y un susto más que otra cosa. Enseguida lo soluciono.

—¿Cómo ha sucedido, señorita Doyle? —pregunta la señora Nightwing.

—No-no lo sé —contesto con sinceridad.

Me sostiene la mirada hasta hacerme sentir incómoda.

—Bien, confío en que preste más atención en el futuro.

Felicity y Ann me esperan en mi habitación. Felicity se ha apropiado de mi cama y de *Orgullo Y Prejuicio*. Al verme, arroja el libro a un lado como si fuera uno de sus pretendientes.

—Ten cuidado con eso, por favor.

Rescato al pobre libro, alisando sus páginas arrugadas, y lo devuelvo al lecho de su estante.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Felicity.

—He tenido una visión muy fuerte —digo. Les explico lo que Wilhelmina me ha enseñado y la escena del aula—. Creo que intenta decirme que el Árbol de Todas las Almas sí existe. Creo que quiere que lo encontremos. Ya es hora de que vayamos a las Tierras Invernales.

Felicity se inclina hacia adelante. En ese momento una luz se enciende en ella.

—¿Cuándo?

—Cuanto antes —respondo—. Esta noche.

Uno de los hombres del señor Miller patrulla los bosques. Lo vemos armado con una pistola, paseando de un lado a otro. Avanza con paso nervioso, como un gato.

—¿Cómo llegaremos hasta la puerta sin ser vistas? —pregunta Ann.

Me concentro y, de repente, aparece el espectro de una mujer en los bosques. El hombre se echa a temblar ante la fantasmagórica visión.

—¿Qui-quién está ahí?

Temblando, apunta la pistola contra la mujer, que se oculta tras un árbol y aparece más allá del mismo.

—Res-responderá ante mi capataz —dice el hombre.

La sigue a una distancia prudente, mientras la mujer lo conduce hacia el cementerio, donde ella desaparecerá y lo dejará rascándose la cabeza ante tamaño misterio. Pero entonces nosotras ya estaremos en los reinos.

—Vamos —digo mientras echo a correr hacia la puerta secreta.

Felicity se levanta las faldas y sonrío abiertamente.

—Oh, cómo me gusta esto.

La alta losa de piedra con sus mujeres vigilantes nos saluda desde el otro lado. Pero ellas no pueden darme la respuesta que busco. Sólo puede hacerlo una persona, por mucho que me resista a admitirlo.

—Vosotras id al castillo. Yo me uniré con vosotras enseguida —digo.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas? —pregunta Ann.

—Tengo que preguntar a Asha si puede protegernos —les explico, aunque me siento fatal por tener que mentirles.

—Te acompañamos —dice Felicity.

—¡No! Quiero decir que debéis preparar a Pippa y a las chicas. Reunidlas a todas. Felicity asiente.

—De acuerdo. No tardes.

—No lo haré —respondo y, al menos, eso es verdad.

Corro a través de los polvorientos pasadizos del Templo y me dirijo directamente al pozo de la eternidad. Circe me espera, flotando bajo la superficie, un ser pálido que surge de las profundidades y es empujado hacia la luz.

—¿Tan pronto me ha llegado la hora de desaparecer? —pregunta con una voz más fuerte que antes.

Apenas puedo controlar la rabia.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Wilhelmina Wyatt?

—No me lo preguntaste.

—¡Podrías habérmelo dicho!

—Como ya te he comentado, todo tiene un precio —responde dejando escapar un suspiro.

—Según tengo entendido, fuiste tú quien la asesinó —digo mientras me acerco

lentamente hacia el pozo.

—¿Por eso has vuelto? ¿Para preguntarme por una antigua compañera de clase?

—No —respondo. Me odio a mí misma por haber ido, pero ella ya ha estado en las Tierras Invernales. El diario de mi madre así lo refiere. Ella es la única a quien puedo preguntar—. Necesito que me hables de las Tierras Invernales.

Una nota de cautela surge en su voz.

—¿Por qué?

—Vamos a ir —respondo—. Quiero verlas por mí misma.

Permanece inmóvil durante mucho rato.

—No estás preparada para ir a las Tierras Invernales.

—Lo estoy —aseguro.

—¿Ya has encontrado tus rincones oscuros?

Recorro las piedras pulidas del pozo con los dedos.

—No sé a qué te refieres.

—Así es como te van a hacer caer en la trampa.

—Estoy harta de tus enigmas —espeto—. Vas a hablarme de las Tierras Invernales o no.

—Muy bien —dice tras unos segundos—. Acércate.

Una vez más, acerco la mano al pozo, donde puedo sentir que todavía persiste el poder en las piedras, y luego lo traslado a su corazón. Por alguna razón hacerlo me resulta ahora mucho más fácil; la necesidad de saber más sobre las Tierras Invernales y mi deseo de encontrar el Árbol de Todas las Almas es más fuerte que mi aprensión. Durante unos breves segundos, resplandece con el poder. Un breve indicio de sonrisa aflora en sus labios sonrosados. Con este segundo regalo, se ha convertido en un ser más encantador y vibrante, más parecido a la profesora a quien quise una vez, la señorita Moore. Ver ese rostro me asusta. Me seco la mano húmeda en mi camisón, como si así pudiera librarme de todos sus rastros.

—Ya te he dado la magia que me pediste. Las Tierras Invernales, por favor.

La voz de Circe susurra en el interior de la cueva.

—En la puerta te harán preguntas. Deberás responder la verdad o no podrás entrar.

—¿Qué tipo de preguntas? ¿Son difíciles?

—Para algunos —responde—. Una vez dentro, sigue el río. No hagas tratos ni promesas. No te fíes de lo que veas y oigas, pues es una tierra tanto de encantamientos como de engaños, y deberás discernir qué es qué.

—¿Hay algo más? —pregunto, pues no hay mucho en que basarme.

—Sí —dice—. No vayas. No estás preparada.

—No cometeré los mismos errores que tú; tenlo por seguro —espeto—. Dime algo más: ¿existe el Árbol de Todas las Almas?

—Espero vuelvas y me lo digas —dice por último.

Un sonido ondulante surge del pozo, como si fuera un movimiento minúsculo.

Pero eso es imposible; está atrapada. Vuelvo a mirar: Circe está tan quieta como una muerta.

—¿Gemma? —dice Circe.

—¿Sí?

—¿Por qué quería Wilhelmina que fueses a las Tierras Invernales?

—Porqué... —empiezo y me callo; no me he formulado esa pregunta hasta ahora, lo que me llena de dudas.

Lo oigo de nuevo: un leve susurro en el agua. Las paredes de la cueva se empañan de humedad y creo que ése debe de ser el sonido que he escuchado.

—Ten cuidado Gemma.

Pippa y las otras chicas me esperan en el bosque azul. Las bayas han madurado en los árboles. Por todas partes hay cestas medio llenas de bayas. La parte delantera del vestido de Pippa, manchada de zumo, parece el delantal de un carnicero.

—¿Nos ha ofrecido protección? —pregunta Ann en cuanto las alcanzo.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—Asha —explica.

Me viene a la mente la imagen del pálido rostro de Circe.

—No. No lo ha hecho. Tendremos que valernos por nosotras mismas.

Pippa aplaude entusiasmada.

—¡Espléndido! Por fin una aventura de verdad. Las Tierras Fronterizas empezaban a resultarme un tanto sosas. ¡Deberíamos llamarlas las Tierras Aburridas!

Miro hacia el cielo revuelto de las Tierras Invernales y la entrada que nos separa de ellas.

—¿Qué hay de esas terribles criaturas, señorita? —pregunta Wendy, agarrándose con fuerza a las faldas de Mercy.

Pippa pasa un brazo alrededor de Felicity.

—No nos separaremos. Al fin y al cabo, somos unas chicas listas.

—Es la única manera de estar seguras —dice Ann.

—No pienso marcharme hasta que averigüe si el Árbol de Todas las Almas existe —les hago saber.

Una pequeña luz brilla entre los árboles y aumenta de intensidad a medida que desciende. Es la criatura semejante a un hada con las alas doradas.

—¿Te gustaría ver la Tierras Invernales? —susurra con voz ronca.

—¿Y a ti qué te importa? —exige saber Felicity.

—Os alumbraría el camino —ronronea.

Mae Sutter ahuyenta a la criatura.

—¡Lárgate! Déjanos en paz.

Sin acobardarse, la criatura revolotea de rama en rama y se posa en mi hombro.

—No es fácil llegar hasta Tierras Invernales. Os sería de ayuda alguien que

conozca el camino.

Las palabras de Circe resuenan en mis oídos: «No hagas tratos».

—No te daré nada a cambio —digo.

Los labios de la criatura se tuercen en una sonrisa sarcástica.

—¿Ni siquiera una pizca de magia cuando tú tienes tanta?

—Ni siquiera una pizca —respondo.

El hada hace rechinar los dientes.

—De todas formas, os llevaré. Puede que algún día recompenses mis servicios. A ésa déjala atrás. Sólo será un incordio —dice golpeando a Wendy en la mejilla con un ala.

Wendy grita y se lleva una mano a la cara. El hada se echa a reír.

—¡Basta! —exclamo, y la criatura retrocede.

—No quiero ser una carga —farfulla Wendy dejando caer la cabeza hacia delante.

Cojo a Wendy de la mano.

—Ella irá a donde vayamos nosotras.

—Es demasiado peligroso —dice el hada con el ceño fruncido.

—Wendy, quédate aquí —ordena Bessie.

—Quiero ir —responde—. Quiero saber de dónde proviene ese grito.

—Lo único que hará será retrasarnos —argumenta Pippa, como si la muchacha no estuviera presente.

—Iremos todas juntas o no irá nadie —intervengo con firmeza—. Y ahora tengo que hablar con mis compañeras. ¡Largo de aquí! Vete.

La criatura aletea sus alas brillantes y se queda suspendida en el aire. Sus ojos se llenan de odio mientras se aleja rápidamente unos cuantos metros, sin dejar de observarnos.

Echo un vistazo a nuestro grupo. Formamos una cuadrilla heterogénea: las chicas de la fábrica ataviadas con sus nuevas galas, Bessie agarrada a un palo a modo de arma, Pippa cubierta con su capa de reina, Ann y yo en camisón y Fee vestida con una capa de cota de malla y espada en ristre.

—No sabemos si podemos confiar en esa luciérnaga grandullona, así que mantengámonos en guardia —digo—. Memorizad el camino por si tenemos que volver sobre nuestros pasos. ¿Estamos listas?

Felicity acaricia su espada.

—Del todo.

—Me estoy cansando, chica mortal —se queja Alas Doradas—. ¡Por aquí!

Abandonamos la seguridad del bosque azul y cruzamos la llanura cubierta de parras de las Tierras Fronterizas. A lo lejos, la entrada elevada y dentada de la Tierras Invernales se alza como una advertencia a través de la niebla. No podemos ver lo que hay al otro lado, excepto las serpenteantes y encordadas nubes gris acero. Porto una antorcha que he fabricado con unos palos y magia. Arroja un intenso haz de luz. El hada se sienta en mi hombro. Las diminutas garras de sus manos y pies se me clavan

en el camisón, y espero que la tela fina baste para impedir que no arañen mi carne hasta hacerla jirones.

El muro que separa las Tierras Fronterizas de las Tierras Invernales es una construcción pavorosa. Es tan alto como la cúpula de la catedral de San Pablo y se extiende en ambas direcciones hasta cuanto alcanza la vista. En la penumbra, parece brillar.

Pongo una mano en los elevados pilones. Son suaves.

—Huesos —susurra el hada.

Levanto la antorcha. La luz capta la silueta de un hueso largo, puede que se trate del de una pierna. Retrocedo al verlo. Los huesos están atados con cuerdas de cabello. Las parras rojas y florecientes enhebran su camino entre los huesos, semejantes a asombrosas heridas. Es una visión macabra. Ante mi angustia, el hada se ríe entre dientes.

—Para ser alguien tan poderoso, te asustas con mucha facilidad.

—¿Cómo vamos a entrar? —pregunta Mercy, cuyo rostro está cubierto por una sombra azul oscuro.

La criatura alada revolotea delante de mí.

—La entrada está cerca de aquí. Debéis buscarla a tientas.

Ponemos las manos en los huesos y entre la maraña de pelo, buscando la entrada a tientas. Se me revuelve el estómago; quisiera poder irme de aquí ahora mismo.

—¡La he encontrado! —exclama Pippa.

Nos arremolinamos a su alrededor. La entrada tiene un pestillo hecho con una caja torácica. Los bordes afilados de las costillas están unidos de tal forma que resulta imposible decir dónde empieza la una y acaba la otra. Y lo más inquietante de todo es que un corazón late en su interior. Su débil bom-bom me reverbera en el estómago.

—¿Qué es eso? —jadea Ann.

—La entrada —replica la criatura mientras, revoloteando, se acerca y se aleja del corazón palpitante—. Responded con sinceridad —advierte—; de lo contrario no os dejaré entrar.

—¿Deseáis entrar en las Tierras Invernales?

La voz es suave como la seda y no estoy segura siquiera de haberla escuchado.

—¿Has oído eso? —pregunto.

Las chicas asienten. El corazón brilla con un rojo purpura oscuro, como una herida supurante. La voz surge de nuevo.

—¿Deseáis entrar en las Tierras Invernales?

El corazón nos habla a nosotras.

—Sí —responde Pippa—. ¿Cómo podemos entrar?

—Contadnos vuestros secretos —murmura—. Contadnos cuáles son vuestro mayor deseo y vuestro mayor miedo.

—¿Eso es todo? —se burla Bessie Timmons.

—Eso es todo —responde la criatura semejante a un hada.

Bessie da un paso a delante.

—Mi mayor deseo es ser una señora. Y me da miedo el fuego.

Una enorme ráfaga de viento sopla desde las Tierras Invernales. Los huesos traquetean con el viento. El ritmo del corazón se acelera y brilla con fuerza en la penumbra. La caja torácica se desintegra. Una puerta gigantesca se abre.

—Puedes pasar —dice el corazón a Bessie.

Bessie traspasa el umbral y la entrada se cierra de golpe tras ella.

—No ha sido tan difícil —afirma Felicity. Ahora le toca a ella—. Lo que deseo es ser poderosa y libre.

—¿Y tu temor? —pregunta el corazón.

Felicity hace una pausa.

—Que me engañen.

—Eso no es del todo verdad —responde el corazón—. Tienes otro miedo, mucho mayor. Un miedo envuelto en deseo; un deseo envuelto en miedo. ¿Vas a decirlo?

Felicity palidece.

—No estoy segura a qué te refieres —contesta.

—¡Debes contestar sinceramente! —sisea el hada.

El corazón habla de nuevo.

—¿Tendré que decir cuál es tu miedo?

Felicity se muestra vacilante, desconozco qué puede asustarla tanto.

—Temes reconocer quién eres en realidad. Temes que los demás lo averigüen.

—Muy bien. Ya lo has dicho; ahora déjame pasar —ordena Felicity.

La puerta se abre una vez más.

Las otras se turnan para entrar. Confiesan sus anhelos y miedos de una en una: casarse con un príncipe, quedarse sola; un hogar encantador con flores en el camino de entrada, la oscuridad; un banquete interminable, el hambre. Pippa admite que teme perder su belleza. Cuando declara su deseo me mira a mí.

—Me gustaría volver.

Y la puerta se abre de par en par.

Ann está tan avergonzada que habla entre susurros hasta que la entrada le pide que hable más alto.

—Todo. Me da miedo todo —dice, y el corazón suspira.

—Puedes pasar —informa.

Al final me toca a mí. El corazón late con fuerza, anticipándose. El mío palpita con la misma intensidad.

—¿Y tú? ¿Cuál es tu mayor miedo?

Circe me advirtió de que debía responder con honestidad, pero no sé qué decir. Temo que mi padre no se cure. Temo no importarle a Kartik, y también temo que lo haga. Me da miedo no ser hermosa, ni querida, ni que me quieran. Temo perder la magia que he llegado a querer, que me convierta en una persona normal y corriente. Temo tantas cosas que no puedo escoger una.

—¡Vamos! ¡Dilo ya!

La revoloteante criatura pone los brazos en jarras llevada por la impaciencia y me enseña los dientes.

Felicity apoya su pálido rostro en los huesos del otro lado.

—Vamos, Gemma. ¡Sólo di algo!

—¿Cuál es tu miedo? —pregunta la entrada de nuevo.

Un viento frío sopla procedente del otro lado, y me produce escalofríos. Las nubes se revuelven y bullen, grises y negras.

—Temo a las Tierras Invernales —digo con cautela—. Temo lo que pueda encontrarme allí.

El aliento frío de la entrada emite un largo suspiro de satisfacción, como si pudiera oler mi miedo y le complaciera.

—¿Y tu deseo?

No respondo enseguida. El viento cortante me azota las mejillas, me moquea la nariz. El corazón de las Tierras Invernales se impacienta.

—Tu deseo —sisea.

—Yo... no lo sé.

—¡Gemma! —suplica Felicity desde el otro lado.

El hada revolotea rápidamente alrededor de mi cabeza hasta que me mareo. Clava sus uñas en mi hombro.

—¡Díselo! ¡Díselo!

La aparto de un manotazo y me gruñe.

—¡No lo sé! No sé lo que quiero, pero me gustaría saberlo. Y ésa es la respuesta más sincera que puedo dar.

El corazón late más rápido. La puerta vibra y gime. Temo haberla enojado. Me echo hacia atrás. Sin embargo, la puerta se abre con un chirrido, el fuerte viento hace entrechocar los huesos.

Felicity sonrío abiertamente y me tiende una mano.

—¡Vámonos de aquí antes de que cambie de opinión!

Mi pie se queda suspendido en el aire cerca de la entrada y luego desciende hasta la tierra rocosa del otro lado. Ya estoy en las Tierras Invernales. Aquí no hay flores. Ni árboles verdes. Hay arena negra y rocas, casi todas cubiertas de nieve y hielo. El viento ulula y aúlla en las cimas de los acantilados y me lacera las mejillas. Un gran rastro de nubes oscuras se desplaza por el horizonte. Pequeñas bocanadas de humo se elevan para unirse a ellas, creando una neblina vaporosa que lo cubre todo de una fina pátina gris. Percibo algo en este lugar, una profunda soledad que reconozco como propia.

—¡Por aquí!

El hada pugna por que la sigamos hasta las montañas escarpadas, picadas de hielo, que vigilan el horizonte.

A medida que avanzamos, nuestros pies dejan débiles huellas en la arena negra.

—Qué tierra tan melancólica —dice Ann.

Es yerma y lúgubre, pero de una belleza extraña e hipnótica.

No se ve ni un alma en kilómetros, hasta donde nos alcanza la vista. Es espeluznante, como un pueblo abandonado. Por unos instantes, creo ver a unas pálidas criaturas que nos observan a lo lejos. Pero cuando las alumbro con la antorcha, desaparecen, un espejismo de la neblina y el frío.

Escucho los sonidos del agua. Un estrecho desfiladero corta los acantilados y un río lo recorre. Circe dijo que siguiéramos el río, aunque eso nos llevaría a una muerte segura. La corriente es feroz y el camino a ambos lados del mismo no parece ser más ancho que nuestros pies.

—¿Hay otro camino? —pregunto al hada.

—No que yo sepa —contesta.

—Dijiste que serías nuestra guía —refunfuña Felicity.

—No lo sé todo, chica mortal —espeta Alas Doradas.

Avanzamos con precaución entre las rocas, procurando no resbalar con las placas de hielo vidrioso que reflejan nuestros pálidos rostros como espejos fantasmales. Cojo a Wendy de la mano y la ayudo a avanzar.

—¡Mirad! —grita Ann—. Por allí.

Una nave imponente flota entre la neblina y avanza lentamente hacia la arena negra de la orilla. La embarcación es larga y estrecha y sus remos sobresalen de los agujeros que tiene a ambos lados. Me recuerda a un barco vikingo.

—¡Estamos salvadas! —grita Pippa.

Se levanta las faldas y echa a correr hacia el barco. Las chicas de la fábrica la siguen. Agarro a Felicity del brazo.

—Espera un momento. ¿De dónde ha salido esa nave? ¿Adónde se dirige? —pregunto al hada.

—Si quieres saberlo, tendrás que arriesgarte —responde mostrándome sus dientes afilados.

—Vamos, Gemma —ruega Felicity mientras mira cómo Pippa y las otras chicas se dirigen hacia el barco.

—No nos pasará nada —dice Ann, y me coge la antorcha, dispuesta también ella a echarse a correr.

—Podría ser peligroso para la ciega. —El hada se hace con un mechón de cabello de Wendy y se lo lleva a la nariz, lo huele y le da un lametón—. Déjala aquí. Yo cuidaré de ella.

Wendy me agarra con fuerza del brazo.

—No pienso hacer tal cosa —digo.

El hada revolotea cerca de mi boca.

—Lo único que hará será retrasar vuestra travesía.

—Creo que me estoy hartando de ti.

Soplo con fuerza y la bestezuela verde brillante se revuelca por el aire. Me

maldice cuando me levanto el camisón y echo a correr hacia el bote, arrastrando a Wendy detrás de mí.

—Bien —digo deteniéndome ante la cabeceante embarcación—. A partir de ahora tendremos que valernos por nosotras mismas. Y mantenernos alertas. Podría haber trampas, rastreadores... o algo peor.

—Pero ¿qué hay de tu poder, señorita? —pregunta Mae.

Felicity toma asiento y se pone la espada entre las piernas.

—Precisamente. Sólo lo utilizaremos si son lo bastante estúpidos como para causarnos problemas.

—No sabemos si estoy a la altura de ellos —advierdo—. En realidad, no sabemos nada de las Tierras Invernales. No siempre puedo controlar la magia, y no quiero utilizarla excepto en caso de que no haya otra opción.

Observo los rostros solemnes de mis amigas, y de repente me siento muy pequeña. Desearía que fuera otro quien tuviera que sobrellevar esta carga. Es imposible ver con claridad el camino; la neblina se ha asentado con firmeza en el agua, y espero que no zarpemos rumbo a un terrible error.

—¿Preparadas? —pregunta Bessie.

Pone un pie en la embarcación y el otro en el estrello saliente.

Ann me entrega de nuevo la antorcha. La sujeto a la proa de la nave para que nos ilumine el camino.

—Suelta amarras, Bessie, por favor —respondo.

La muchacha da un fuerte empujón y el barco avanza por el río, alejándose de la seguridad de cualquier puerto. Tomamos posiciones en los remos. Pippa se queda en la proa y se esfuerza por ver entre la neblina. Felicity, Wendy y yo trabajamos con el mismo remo, gruñendo por el esfuerzo. El peso del agua nos hace difícil moverlo, pero enseguida lo hacemos avanzar por el río. La niebla se disipa, y nos maravillamos ante las enormes masas de rocas brillantes que se elevan a cada lado de nosotras, como las enormes manos desgastadas de un dios olvidado.

El único color de este inhóspito paisaje procede de las pinturas primitivas que se extienden a lo largo del interior de los acantilados. El barco pasa por delante de imágenes de espectros terroríficos, sus capas se despliegan para mostrar las almas que han devorado. Las ninfas de agua rasgan la piel de una víctima encadenada a una roca. Los Guerreros Amapola, ataviados con los jirones de sus túnicas de caballeros y sus cotas de malla oxidadas. Pájaros negros vuelan en círculos sobre los campos de batalla. Alguien parecido a Amar nos mira fijamente desde lo alto de la roca —el mismo caballo blanco y el espantoso casco— y desearía no haberlo visto. Hay tantos dibujos, una historia entera, que no puedo aprehenderla por completo. Sin embargo, una imagen capta mi atención; muestra a una mujer de pie ante un árbol impresionante, con los brazos extendidos para saludarlo. La neblina se espesa de nuevo y ya no puedo ver nada más.

—¡Hay algo ahí delante! —grita Pippa—. ¡Avanzad más despacio!

—No soy... un marino... ni un... pirata —jadea Ann mientras rema.

Nos removemos desde nuestros tabloneros para ver qué puede ser eso. Una vasta formación rocosa aparece ante el desfiladero. Tiene dos agujeros en la cima y otro muy ancho en la base, como un rostro chillando.

—¡Dirigíos hacia la boca! —grita Pip por encima del torrente del agua.

Con un estrépito, el barco choca contra un repentino desnivel y una corriente más rápida nos lleva consigo. Mercy chilla cuando una ola golpea uno de los laterales de la embarcación. Bien poco podemos hacer contra la violenta marea. La nave se balancea y gira hasta marearnos.

—¡Vamos a estrellarnos! —exclama Pippa—. ¡Cuidado!

—¡Tenemos que remar hacia allí! —chilla Felicity.

—¡Estás loca! Tenemos que detenerlo... —digo.

El agua me salpica. Huele a sulfuro.

—Soy la hija de un almirante ¡y digo que tenemos que remar hacia allí! —ladra Felicity como si fuera un comandante.

—¡Nos estamos acercando demasiado! —grita Pippa—. ¡Haced algo!

—Ya has oído a Felicity... ¡remad hacia allí! —chillo—. Con todas vuestras fuerzas. ¡No os entretengáis!

Empujamos tan fuerte como podemos, y me sorprende la energía de nuestros brazos y corazones. Remamos al unísono, y de inmediato, somos capaces de enderezar la embarcación y dirigirnos a la estrecha boca del elevado desfiladero. Cuatro golpes de remo más y habremos llegado. El río se calma, y nos conduce corriente abajo, hacia las Tierras Invernales.

Gritamos de júbilo por haber vencido al río y, como no hay nada que pueda contener nuestro arrebato, los vítores resuenan durante un minuto.

—¡Oh, mirad! —exclama Pippa.

Una luz de colores ondea en el triste cielo. Las nubes oscuras dan paso a espirales de color púrpura e índigo, rosa y dorado. Incluso hay estrellas. Son muchas las que pasan fugaces por los cielos y caen. Es enorme. Me siento pequeña e insignificante y, sin embargo, más importante de lo que me he sentido jamás.

—Es preciso —digo.

Pippa extiende los brazos.

—Y pensar que nos podríamos haber perdido esto.

—Todavía no hemos vuelto —le advierto.

Las ninfas de agua ondulan bajo la superficie del río los arcos suaves y redondeados de sus espaldas plateadas y figonean a través del agua como un reflejo del cielo estrellado que hay en lo alto.

—¡Oh! ¿Qué es eso? ¿Sirenas? —pregunta Mae, observando las profundidades del agua para intentar ver algo.

Ann la aparta del borde del barco.

—Será mejor que no lo averigües.

—Pero ¡son preciosas! —exclama Mae mientras extiende una mano hacia el agua.

—¿No sabes cómo conservan su hermosura? Te arrancan la piel y se lavan con ella —anuncia Ann.

—¡Caray!

Con una expresión de horror, Mae retira la mano de inmediato y agarra su remo.

El río vira hacia una curva. La niebla lo envuelve de nuevo, tan espesa y blanca como las nubes. El barco recalca junto a una parcela de orilla helada.

—¿Puedes ver algo? —pregunta Pippa, con una mano a modo de visera sobre los ojos, oteando ante la bruma.

—Nada —responde Bessie, quien sujeta con fuerza su palo.

—Cualquier cosa puede estar ahí fuera, esperando —dice Ann en voz baja.

El barco no va a seguir adelante. Parece haber decidido nuestro destino por nosotras. Una pasarela desciende y nos precipitamos por ella. La nave se adentra en el manto de la niebla y se aleja.

—¿Vamos a seguir? —pregunta Mae—. ¿O vamos a volver?

Bessie le propina una palmada en el brazo.

—¡Ni hablar! Vamos a seguir.

Aquí la niebla es más densa; el paisaje es fantasmagórico. Caminamos por un bosque inhóspito con árboles semejantes a espectros raquíticos. Por doquier, unas ramas nudosas penetran en la neblina. Reina el silencio. No se escucha nada más que la cadencia irregular de nuestra respiración.

Algo me roza el hombro y me hace gritar. Me giro en redondo pero no veo nada. Lo siento de nuevo. Encima de mí. Alzo la mirada y veo un pie desnudo balancearse.

—¡Oh, Dios! —jadeo.

El cuerpo de una mujer cuelga de una rama. Unas ramitas puntiagudas se ciñen alrededor de su cuello para sujetarla al árbol. Su piel ha adquirido la tonalidad marrón grisácea de la corteza, y las uñas de los dedos están curvadas y amarillas. Tiene los ojos cerrados, y me alegro de ello.

Pero no es ella la única. Ahora los veo a través de la niebla, a nuestro alrededor. Los cadáveres cuelgan de los árboles como fruta espantosa. Una cosecha atroz.

—Ge-Gemma —susurra Ann.

Tiene los ojos abiertos como platos y puedo sentir el grito que intenta contener, que todas contenemos.

Pippa contempla los cadáveres con una mezcla de revulsión y lástima.

—No soy como ellos, no lo soy —dice echándose a llorar.

Felicity la aleja de ahí.

—Por supuesto que no.

—Quiero volver. A Spence. A la vida. No puedo seguir aquí. ¡No puedo!

Pippa está al borde de la histeria. Fee le acaricia el pelo; intenta consolarla con confidencias entre susurros.

—Aquí es donde los devoradores de muertos nos hubieran traído de no ser por la señorita Pippa —dice Bessie.

De un tirón, arranca un trozo de tela mugrienta del dobladillo de un cadáver, lo lía alrededor de su palo, y se lo entrega a Ann.

—Enciéndelo para que podamos ver. A mí no me gusta el fuego.

Ann saca unas cerillas del interior de su vestido. Descarta cuatro por inservibles.

—Se deben de haber mojado en el barco.

Bessie se muestra inflexible.

—No pienso moverme de aquí sin una antorcha.

Pongo una mano en el palo y dejo que la magia obre en consecuencia. La antorcha se enciende.

Siento repulsión; no obstante, tengo que saberlo, así que extendiendo una mano hacia los brazos colgantes de uno de los cuerpos. Toco su fría y dura mano y, a pesar de mi miedo, dejo escapar la magia. El cadáver se estremece y salto hacia atrás.

—Gemma... —jadea Ann.

Una ráfaga de viento sacude los cadáveres en los árboles con tanta fuerza como si fueran hojas. Sus ojos se abren de repente, negros como la brea e inyectados en sangre. Un coro atroz de gritos estridentes y gemidos y gruñidos graves y enervados procedentes de las bestias despiertas de repente se alza en el bosque, aúlla en nuestros oídos. Y, bajo todo ello, escucho un estribillo terrible arañando mi alma: «Sacrificio, sacrificio, sacrificio...».

—Gemma, ¿qué has hecho? —se lamenta Ann.

—¡Regresemos! —grito.

Apenas hemos dado unos cuantos pasos cuando el sendero desaparece bajo nuestros pies.

—¿Por dónde? —chilla Mercy, corriendo en círculos.

Wendy tropieza hacia adelante; sus brazos se mueven frenéticos al sentir el espacio vacío.

—¡No me dejes, Mercy!

—¡No lo sé! —exclamo.

Circe me aconsejó que no abandonara el cauce del río, pero no me dijo nada de esto. Puede que me mintiera o que no lo supiera. De todas formas, estamos solas, sin ayuda.

De repente, una voz surge del estrépito, calma y clara.

—Por aquí. Rápido...

Un sendero de luz aparece en la hierba congelada y el hielo.

—¡Vamos! ¡Por aquí! —les digo.

Con la antorcha en alto, me precipito hacia los árboles para seguir el débil rastro de luz. Los cadáveres nos cocean y nos agarran; lo único que puedo hacer es no ponerme a gritar. Un hombre coge a Pippa y la espada de Felicity actúa con rapidez. Su mano amputada sale volando y el hombre aúlla enfurecido.

También yo quisiera gritar, pero es como si el miedo me hubiera dejado muda.

—¡Vamos! —grazno cuando por fin encuentro un hilo de voz con que hablar.

Conmino a mis amigas a seguir adelante y a correr detrás de mí, mirando fijamente a sus espaldas, sin preocuparse de mirar a izquierda o derecha, donde esas cosas horribles cuelgan de los árboles.

Al fin llegamos a la linde de los espantosos bosques. El estruendo se acalla hasta convertirse primero en un gemido y después en nada, como si todos ellos hubieran caído de nuevo en el mismo sueño.

Nos damos un respiro, apoyándonos las unas en las otras y llenando los pulmones de aire frío.

—¿Qué eran esas cosas? —logra preguntar Pippa entre jadeos.

—No lo sé —digo resollando—. Puede que fueran los muertos. Almas atrapadas aquí.

Mercy niega con la cabeza.

—No eran como nosotras. No tenían almas que abandonar. Al menos eso espero.

Bessie señala hacia adelante.

—¿Cómo vamos a pasar por ahí?

Un muro de piedra negra y hielo tan alto como ancho bloquea el camino. Por cuanto veo no creo que podamos rodearlo.

El viento susurra de nuevo:

—Mirad de cerca...

En la base del gigantesco acantilado hay un túnel decorado con harapos veteados de sangre.

—Seguid... —conmina el viento.

—¿Habéis oído eso? —pregunto para asegurarme.

Felicity asiente.

—Ha dicho que sigamos.

—¿Que sigamos hacia dónde? —pregunta Ann mientras trata de ver sin esforzarse mucho en el interior del túnel oscuro.

Ninguna hace ademán de dar un paso adelante. Nadie quiere ser la primera en apartar los harapos repulsivos ni atravesar esa estrecha grieta.

—Hemos llegado hasta aquí —dice Pippa—, ¿y ahora queréis deteneros? ¿Mae? ¿Bessie?

Mae retrocede. Bessie apoya el peso del cuerpo en un pie y en otro.

—Está un poco oscuro, ¿no? —dice Mae.

—Creo que deberíamos volver —susurra Wendy—. El *Señor Darcy* debe de estar hambriento.

—¿Quieres dejar de hablar de ese conejo? —ladra Bessie. Me mira y asiente—. Ha sido idea tuya, ¿no? La de buscar ese árbol. Pues entonces se supone que eres tú quien tiene que ir delante.

Un viento fétido eleva los harapos hacia nosotras. El túnel es como una noche sin

estrellas. No hay forma de saber lo que nos espera ahí dentro, y ya hemos tenido una horrible sorpresa. Sin embargo, Bessie tiene razón. Debería ir la primera.

—De acuerdo —contesto—. Vamos a entrar. No os separéis de mí. En cuanto os diga, salid corriendo tan deprisa como podáis.

Wendy logra ponerse detrás de mí y se cuelga de mi manga.

—¿Está muy oscuro, señorita?

Resulta un tanto extraño que tema a la oscuridad cuando no puede ver, pero supongo que es el tipo de miedo que se experimenta en el alma.

—No te preocupes, Wendy. Yo iré primera. Mercy irá delante de ti, ¿verdad?

Mercy asiente y coge a Wendy de la mano.

—Sí. Cógeme fuerte, cielo.

El corazón me martillea en el pecho. Doy un paso hacia adelante. El túnel es estrecho. No puedo mantenerme erguida, así que tengo que avanzar encorvada.

—Cuidado con la cabeza —grito hacia atrás.

Mis manos buscan el camino. Las paredes están frías y húmedas y, durante unos instantes, temo hallarme en la boca de alguna bestia gigantesca y, de repente, me pongo a tiritar y estoy a punto de gritar.

—¿Gemma? —oigo la voz de Fee.

La oscuridad me impide saber dónde está. Su voz suena a kilómetros de distancia y, sin embargo, sé que está cerca.

—S-sí —consigo decir—. Seguid avanzando.

Rezo por que pasemos al otro lado rápidamente, pero el túnel parece no acabar nunca. Oigo un débil murmullo bajo la roca. Suena como el siseo de una serpiente, lleno de eses, aunque juraría haber escuchado la palabra «sacrificio» y, una vez, «salvadnos». Dejo de oír las pisadas de mis amigas y me asusto hasta que, al fin, diviso un tenue rayo de luz. Hay una abertura delante de mí. Me siento completamente aliviada al adentrarme en el estrecho hueco seguida por mis amigas.

Pip se limpia la mugre del rostro en una manga.

—Qué túnel tan horroroso. Tenía el aliento caliente de una cosa asquerosa en la nuca.

—Era yo —confiesa Ann.

—¿Dónde estamos? —pregunta Felicity.

Hemos salido ante un brezal azotado por el viento y rodeado por cimas pedregosas. Empieza a caer una nieve ligera. Los copos se nos pegan a las pestañas y al pelo. Wendy levanta la cabeza como si la nieve fuera una bendición.

—Oh, qué bonito —murmura.

Nubes oscuras y pesadas se aposentan sobre los acantilados. Nítidas vetas de luz se dan impulso contra ellas, y se oye un trueno. A través del fino velo de nieve, lo veo: un anciano y un desgastado fresno, grueso como diez hombres y tan alto como una casa, se eleva majestuoso de una parcela de tierra cubierta de hierba verde. Sus múltiples ramas se extienden en todas las direcciones. Es algo imponente; no puedo

apartar la vista de él. Sé que se trata del árbol de mis sueños. Eso es lo que Wilhelmina Wyatt quería que encontrara.

—El Árbol de Todas las Almas —digo sobrecogida—. Lo hemos encontrado.

La nieve me cae con fuerza en la cara pero no me importa. La magia canturrea dentro de mí como si hablara. El sonido envuelve todas y cada una de mis articulaciones; bombea en mi sangre con un nuevo estribillo que aún no puedo cantar, aunque desearía poder hacerlo.

—Al fin habéis venido —murmura tan dulcemente como si sonara la canción de cuna de una madre—. Acercaos. Tocadme y veréis...

Fragmentos de relámpagos rasgan el cielo a nuestro alrededor. Este lugar posee una gran energía y quiero ser parte de ella. También mis amigas lo notan. Lo veo en sus rostros. Ponemos las manos en la vieja corteza del árbol. Mis manos perciben su aspereza. El corazón me late más deprisa. Mi cuerpo experimenta una sacudida al sentir esta nueva energía. Abrumada, caigo al suelo.

Ella está ante mí, bañada por una suave luz, la he reconocido al instante. El cabello blanco. Los ojos azules. Su vestido de colores. El mundo se aleja hasta que sólo nos quedamos las dos despidiendo un brillo ardiente en esta tierra salvaje.

Sólo Eugenia Spence y yo.

—Hace mucho que te espero —dice—. Casi había perdido la esperanza.

—¿Señora Spence? —digo cuando logro recuperar la voz.

—Sí. Y tú eres Gemma, la hija de Mary. —Sonríe—. Tú eres a quien he estado esperando... la única que puede salvarnos a nosotros y a los reinos.

—¿Yo? ¿Cómo...?

—Te lo contaré todo, aunque tenemos poco tiempo. Solamente puedo aparecer ante ti con esta forma. ¿Quieres pasear conmigo?

Al mostrar mi desconcierto, extiende una pálida mano.

—Coge mi mano. Pasea conmigo. Te lo enseñaré.

Mi mano se acerca a la suya y araña las frías yemas de sus dedos. Me la agarra con un fuerte ademán. Una luz blanca y brillante nos envuelve. La luz se consume y las dos nos hallamos en la llanura de la tierra salvaje. La nieve, el relámpago, mis amigas... todo eso se encuentra fuera de donde estoy. Aquí la apariencia de Eugenia es más sólida. Sus mejillas están sonrosadas; el color da calor a sus ojos azules.

—Creía que usted estaba... —trago saliva—... muerta.

—No del todo —responde con tristeza.

—La noche del incendio —digo—. ¿Qué sucedió después de que usted sellara la puerta?

Alza las manos como si rezara.

—Fui atrapada por esa bestia nauseabunda, aquí, en las Tierras Invernales. Todas las criaturas han venido a ver a la eminente Eugenia Spence, la gran sacerdotisa de la Orden, ahora una modesta cautiva de las Tierras Invernales. Intentan acabar conmigo, corromperme y utilizarme para sus malvados objetivos —dice con un destello en la mirada—. Pero mi poder es mayor de lo que creen. He resistido y, como castigo, me han encarcelado en el interior del Árbol de Todas las Almas.

—¿Qué es ese árbol? —pregunto.

Eugenia sonríe.

—El único lugar de esta tierra abandonada que también pertenece a los reinos, a la Orden.

—Pero ¿cómo?

—Si comprendieras el presente, conocerías el pasado.

Dibuja con la mano un amplio arco, y el decorado cambia. Ante nosotras, como la imagen de una pantomima, aparece una tierra recién nacida.

—Mucho antes de que nos coláramos en este mundo, sonrosadas y lloriqueantes, ya existían los reinos. La magia ya estaba; procedía de la tierra misma y a ella regresaba, en un ciclo interminable. Todo estaba equilibrado y sólo había una regla inviolable: los muertos que atravesaban este mundo no podían quedarse aquí. Tenían

que cruzarlo o empezar a corromperse.

»Pero algunos difuntos no podían renunciar a su pasado. Temerosos, enfadados, corrieron a refugiarse en la parte más desolada de los reinos: las Tierras Invernales. Pero eso no acabó con su anhelo de desear lo que no podían obtener. Querían volver, y para ello necesitaban la magia de los reinos. Muy pronto, el deseo se convirtió en codicia. Querían poseerla a toda costa. Ya sabes lo de la rebelión y lo que sucedió aquí, en las Tierras Invernales, ¿no?

—Las criaturas de las Tierras Invernales capturaron a muchas de las iniciadas de la Orden y las sacrificaron. Ése fue el primer sacrificio de sangre —respondo.

—Así es, pero eso no es todo. Debes verlo.

Eugenia mueve las manos ante mis ojos. Cuando los abro, veo a las jóvenes sacerdotisas, no mucho mayores que yo, encogidas ante un grupo de criaturas espantosas. Una sacerdotisa escapa; se oculta tras una roca y se mantiene a la expectativa.

—Esta daga posee poderes mágicos —dice una asustada sacerdotisa ofreciendo el arma engastada con piedras preciosas—. Puede adaptarse a cualquier fin que le des. Tómala a cambio de nuestra libertad.

El espectro de las Tierras Invernales gruñe.

—¿Pretendes apaciguarnos con esto? —Arroja la daga lejos de él—. Si es tan poderosa, ¡haz que nos conceda sus dones ahora!

Las criaturas rodean a las encogidas sacerdotisas. El espantoso espectro alza la daga y la baja una y otra vez, hasta que lo único que veo de las muchachas es una mano cubierta de sangre que se eleva hacia el cielo para, luego, dejarla caer.

La tierra empieza a abrirse allí donde la sangre se ha derramado. Un árbol imponente surge de ella, tan baldío y retorcido como los corazones de las criaturas... aunque repleto de magia. Las criaturas se inclinan ante él.

—Por fin tenemos nuestro propio poder —dice el espectro.

—Es el sacrificio lo que ha hecho eso —sisea otro.

—Lo que se ha forjado con sangre exige sangre. Le ofreceremos almas a cambio, y utilizaremos su poder para cubrir nuestras necesidades —anuncia el espectro.

—Sin embargo, hubo una gracia salvadora —susurra Eugenia, agitando de nuevo su mano.

De nuevo veo a la joven sacerdotisa tras la roca. Mientras las criaturas se deleitan con su reciente poder, se apodera de la daga y corre rápidamente hacia la Orden. Les explica lo sucedido y las sumas sacerdotisas la escuchan con rostros sombríos. Crean las runas, se cierra el velo entre los mundos y la daga pasa de sacerdotisa en sacerdotisa a lo largo de generaciones.

—La Orden protegió la daga de todo peligro. Y no nos atrevimos a hablar del árbol por miedo a que alguien fuera tentado. Enseguida, su existencia se convirtió en un mito. —Eugenia hace desaparecer la imagen con un movimiento de la mano—. Yo fui la última guardiana de la daga, pero desconozco qué ha sido de ella.

—¡La he visto en mis visiones, con una de sus antiguas alumnas, la señorita Wilhelmina Wyatt! —exclamo.

—¿Mina aparece en tus visiones? —pregunta Eugenia con una expresión preocupada—. ¿Qué te ha enseñado?

Niego con la cabeza.

—La mayoría no tiene sentido. Pero la he visto con la daga.

Eugenia asiente, pensativa.

—Siempre se sintió atraída por ella, por la oscuridad. Espero que se pueda confiar en ella... —Su mirada se acerca—. Debes encontrar la daga. Es imprescindible.

—¿Por qué?

Ahora nos hallamos en la cima de una montaña. El viento nos azota. Amenaza con transformar mi pelo en la melena de un león. Abajo, en el valle, veo a mis amigas, pequeñas como pájaros.

—Sospecho que pronto habrá otra rebelión y que se están recuperando antiguas alianzas entre las tribus de los reinos y las criaturas de las Tierras Invernales —dice Eugenia—. Y que una de nosotras ha hecho un pacto maligno a cambio del poder. Antes no lo creía posible, y mi ingenuidad me ha causado un gran perjuicio —dice, y me siento culpable por lo que mi madre y Circe hicieron.

Quiero hablarle de Circe, pero no tengo fuerzas para ello.

—Yo creía que las criaturas de las Tierras Invernales se habían marchado —digo.

—Están aquí, en algún lugar, si no me equivoco. Un guerrero temible las guía, un antiguo hermano de los Rakshana.

—Amar —jadeo.

—Tiene mucho poder. Aunque también tú lo tienes. —Deposita una mano fría en mi barbilla. En el horizonte, el cielo entintado se cubre de nuevo de luces extrañas y hermosas—. Ten cuidado, Gemma. Si la Orden se ha corrompido, podrían utilizar su poder en tu contra.

La electricidad lacera el cielo y durante unos instantes deja marcas de luz en mis ojos después de transcurridos unos segundos.

—¿Cómo?

—Pueden obligarte a ver lo que quieren que veas. Como si estuvieras loca. Debes mantenerte constantemente alerta. No confíes en nadie. Permanece en guardia. Si fracasas, estaremos perdidas para siempre.

Los latidos de mi corazón han empezado a acompasarse con el frenesí de la tormenta.

—¿Qué debo hacer?

La luz emerge una vez más, y veo reflejada en los ojos de Eugenia una férrea determinación.

—Sin la daga, no podrán unir mi poder al árbol. Debes encontrarla y traérmela hasta las Tierras Invernales.

—¿Y qué hará con ella?

—Lo que debo para hacer bien las cosas y restaurar la paz —dice y me coge la mano.

De repente, nos encontramos en la orilla de un lago donde la neblina se disipa. Aparece una embarcación que transporta a tres mujeres. Una anciana, con el rostro ajado por el paso del tiempo, empuja la barcaza por el agua plácida con ayuda de una percha. Otra mujer, joven y hermosa, alza un candil para guiar el camino. Una tercera mujer permanece de pie sosteniendo una cornucopia. Avanzan por el lago sin reparar en nuestra presencia.

—Esas mujeres... He visto su retrato en las piedras que custodian la puerta secreta. ¿Quiénes son?

—Las han llamado con nombres muy diversos: Moiras, Parcas, Wyrd, Fatos, Nornas y las Badb. Nosotras las conocemos como las Tres. Cuando la muerte de una sacerdotisa es inminente, camina entre las neblinas del tiempo para encontrarse en su intersección con las Tres, donde se le concede una petición final y se le permite hacer una elección.

—Una elección —repito sin comprenderlo del todo.

—Puede elegir viajar en su barcaza hasta un mundo de belleza y honor. Cuando llega a él, sana y salva, su retrato aparece en las piedras inmortales a modo de testamento.

—Así que todas esas mujeres representadas en las piedras...

Sonríe de tal manera que es como si el sol sólo brillase para mí.

—Fueron sacerdotisas como tú y yo.

—Ha dicho que hace una elección. Pero ¿por qué no escogería ir a semejante lugar?

—Puede que crea que algún deber importante se ha quedado sin acabar. Si ella se niega, regresa a esta vida para finalizar la tarea y renuncia a la gloria.

La bruja conduce la embarcación lejos del lago. La neblina se precipita a ocultarlas.

Eugenia las observa hasta que desaparecen.

—Me gustaría poder ser liberada, ocupar, al fin, el puesto que me corresponde en esta tierra del más allá y en las piedras que cantan nuestra historia. —Me acaricia el rostro con tanta ternura como una madre—. ¿Me traerás la daga?

La niebla nos envuelve.

—Sí —respondo y de nuevo nos encontramos ante el Árbol de Todas las Almas.

Alzo la vista ante su magnificencia: las tres ramas poderosas, las miles de ramitas que serpentean hacia fuera y a su alrededor, las tenues venas bajo la piel del árbol. Mis amigas aún permanecen ante el árbol, con las manos apoyadas en él, con el rostro sobrecogido. Es como si escucharan voces que yo no puedo oír, y me siento desplazada y sola.

—¿Qué les pasa a mis amigas? —pregunto.

—Es la magia del árbol. Les está mostrando los secretos de sus corazones —

responde Eugenia—. Ahora debo irme, Gemma.

—No, por favor. Necesito saber...

—No debes regresar hasta que no tengas la daga. Sólo entonces estaremos a salvo.

—¡No se vaya! —grito.

Intento agarrarla pero es tan etérea como el aire. Desaparece en el interior del árbol. La absorbe. El árbol palpita; las venas bombean su sangre cada vez más deprisa.

—¿Te gustaría ver? —pregunta el árbol con un susurro casi ahogado.

A mi alrededor, mis amigas ya han visto las maravillas que yacen en su interior, y ya estoy cansada de tener que mantenerme siempre al margen.

—Sí —respondo desafiante—. Me gustaría.

—Pues entonces mira dentro —murmura.

Presiono las palmas de mis manos contra la corteza áspera del tronco y me pierdo en su interior.

Las imágenes danzan a mi alrededor como las piezas escindidas de un calidoscopio. En una lámina del prisma, Mae se sienta a una mesa en la que ofrece un succulento festín. A medida que se termina un plato llega otro. Bajo la mesa están sentados unos perros flacos, que jadean esperanzados. Se pelean los unos con los otros por las sobras, se arrancan la carne a tiras hasta sangrar, pero Mae parece no darse cuenta. No volverá a pasar hambre.

Veo a Bessie ataviada con un magnífico vestido de noche de oro y pedrería; una capa de armiño descansa en sus hombros. Pasa por delante de filas de mujeres sucias y desaliñadas que cosen en la fábrica donde perdió la vida, hasta llegar a donde está el dueño, un hombre gordo con un puro en la boca. Lo abofetea con fuerza, una y otra vez, hasta que éste se encoge a sus pies, peor que un animal. Ann aparece bañada por el brillo de las candilejas. Se inclina ante su público, embriagándose con los aplausos ensordecedores. Wendy tiene una casita con un jardín de rosas. Riega los brotes y éstos se convierten en unas flores esplendorosas, rojas y rosas. Mercy conduce un magnífico carruaje masculino. Veo a Felicity bailar con Pippa en el castillo, las dos ríen como si se tratara de una broma sólo compartida por ellas; luego veo a Pippa sentada en el trono, con ojos resplandecientes.

A mi lado, Pippa luce una sonrisa entusiasta.

—Sí —dice a alguien a quien no puedo ver—. Escogida, escogida...

—Acércate a mirar —susurra el árbol mientras parpadeo.

Todo cuanto me he atado a mi alrededor se suelta.

Abro un par de puertas y me hallo de vuelta en la India. Aún no debe de ser verano, puesto que mis padres están sentados afuera bebiendo té. Padre lee en voz alta la revista *Punch* y hace reír a mi madre. Tom es la imagen borrosa de un chico que pasa corriendo con dos pequeñas espadas de madera que agarra con fuerza entre las manos mientras sostiene una feroz batalla; su habitual mechón de pelo rebelde le

cae en los ojos. Sarita le regaña por estar a punto de destrozar la vieja urna de Padre. Y yo estoy ahí. Me hallo bajo unos largos jirones de cielo azul brillante, no hay ninguna nube a la vista. Mis padres me sonríen al verme; soy parte de ellos, ya no estoy sola. Me siento amada.

—Acércate, Gemma —dice mi madre.

Abre los brazos para recibirme y echo a correr, pues, si le doy alcance, todo irá bien; necesito capturar ese momento y agarrarlo con fuerza. Sin embargo, cuanto más corro más lejos está. De repente me encuentro en el salón frío y oscuro de la casa de mi abuela. Padre está en su estudio, Tom ocupado con sus idas y venidas y la abuela con sus visitas; ninguno de nosotros ve al otro. Todos nosotros estamos solos, unas pocas cuentas extrañas que permanecen ensartadas las unas junto a las otras por pena, por hábito, por obligación. Una lágrima me resbala lentamente por la mejilla. Esta poderosa verdad es como un veneno que no puedo escupir.

Pequeñas criaturas pálidas se deslizan de las rocas y piedras. Tocaban el dobladillo de mi vestido y me golpean en los brazos.

—Es aquí adonde perteneces, donde se te necesita, donde se te considera especial —dicen—. Ámanos como nosotras te amamos a ti.

Vuelvo la cabeza y aparece Kartik, con el pecho desnudo, avanzando hacia mí. Cojo su rostro entre mis manos, le beso con fuerza y temerariamente. Quiero adentrarme en su piel. Esta magia no es nada comparada con la que hemos puesto en práctica antes. Es ruda y apremiante, no hay una fachada donde ocultarse detrás. Eso es lo que no quieren que sintamos, lo que no quieren que sepamos.

—Bésame —susurro.

Me aprisiona contra el árbol; sus labios están en los míos. Nuestras manos están en todas partes. Quiero perderme en esta magia. Sin cuerpo. Sin alma. Sin preocupaciones. Sin que nadie vuelva a resultar herido.

El Árbol de Todas las Almas habla en mi interior.

—¿Quieres más?

Durante un instante, la magia del Templo lucha dentro de mí. Me veo a mí misma ante el árbol mientras Kartik grita mi nombre, y me siento como si pugnara por despertarme de un sueño de láudano.

—Sí —responde alguien que no soy yo.

Me esfuerzo por ver quién ha respondido eso, pero las ramas del árbol me sujetan de inmediato. Me cogen como lo haría una madre y me arrullaran con la misma dulzura.

«Duerme, duerme, duerme...».

Me derrumbo en mí misma esperando a que alguien me rescate, pero nadie lo hace, por lo que sigo cayendo en una oscuridad que no tiene fin.

Más tarde —no puedo decir cuándo, puesto que el tiempo ha perdido su significado—, escucho una voz que nos dice que aquello debe terminar ya. De repente, soy consciente del frío que hace. Los dientes me castañetean. Las pestañas

de mis amigas están cubiertas de hielo. Sin decir palabra, nos alejamos del árbol y regresamos dando traspiés por donde hemos venido. Volvemos a pasar ante los cadáveres que penden de los árboles como macabras campanas mientras susurran sus súplicas al viento: «Ayudadnos...».

El resto del viaje por las Tierras Invernales es un sueño del cual poco recuerdo. Tengo arañosos en los brazos y no recuerdo cómo me los he hecho. Mis labios están amoratados, y cuando los humedezco con la lengua noto la piel agrietada. Al traspasar el umbral envuelto en neblina de las Tierras Fronterizas, experimento el dolor del deseo de volver. La extraña belleza crepuscular de las Tierras Fronterizas ya no me seduce. Sé que las otras también sienten lo mismo, lo leo en sus constantes miradas por encima del hombro. Avanzamos por las parras que se deslizan de las Tierras Invernales. Extienden los brazos, acercándolos cada vez más hacia el castillo.

Bessie habla como si estuviera aturdida.

—Es como si me conociera. Como si me conociera de verdad. Me he visto a mí misma y era una verdadera dama; no fingida, sino respetada.

—Sin miedos —murmura Felicity estirando los brazos por encima de la cabeza—. Sin mentiras.

Pippa da vueltas, cada vez más rápido, hasta que se cae al suelo riendo.

—Ahora todo tiene sentido. Lo entiendo todo.

La Gorgona nos espera en el río. Intento evitarla, pero me ha visto escabullirme tras un muro elevado de flores.

—Su Excelencia, te estaba buscando.

—Bueno, pues por lo visto ya me has encontrado.

Entrecierra los ojos, y me pregunto si puede oler lo prohibido en mi piel como el sudor de otra persona. Las otras chicas corren como salvajes. Poseen una nueva ferocidad que da brillo a sus ojos y color a sus mejillas. Felicity ríe, y su risa suena como un grito de guerra. Quiero ir con ellas, revivir nuestras experiencias en las Tierras Invernales y no tener que sufrir la mirada atenta de la Gorgona.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Acércate —ordena la voz melosa.

Estoy de pie en la hierba, a unos tres metros de donde la Gorgona se halla en el río. Vuelve la cabeza y me echa un vistazo: el pelo revuelto, los brazos arañosos, la falda desgarrada. Las serpientes danzan hipnóticamente.

—Por lo que veo, has ido allí —dice la Gorgona.

—¿Y qué si lo he hecho? —respondo, desafiante—. Tengo que mirar por mí, Gorgona. ¿Cómo puedo gobernar sin saber? El Árbol de Todas las Almas existe ¡y su poder es inmenso!

Las serpientes circundan su rostro retorciéndose y siseado.

—Prométeme que no volverás a ese lugar hasta que hayas hecho la alianza. Su

Excelencia, tu poder...

—¿Eso es cuanto soy..., la magia? Nadie ve quién soy. Ellos ven lo que quieren ver, lo que puedo hacer por ellos. Lo que soy, cómo me siento, ¡eso no les importa lo más mínimo!

Estoy llorando, lo que odio. Vuelvo el rostro hasta que logro contener las lágrimas y, cuando miro de nuevo a la Gorgona, soy otra chica, alguien a quien no puede decirsele lo que tiene que hacer o dónde tiene que ir.

—Puedes irte, Gorgona. Nuestra conversación ha concluido.

Por una vez, la orgullosa guerrera se siente insegura, y me complazco de ello.

—Su Excelencia...

—Nuestra conversación ha concluido —repito—. Cuando quiera hablar contigo ya te buscaré.

En la hierba, tiene lugar un juego alegre. Felicity empuja a Bessie, quien le devuelve el empujón con más fuerza.

—No puedes conmigo —se burla Bessie en cuyos ojos brilla una luz trémula.

La risa de Felicity es tan débil como la mala hierba.

—Ya lo he hecho, ¿o es que no te habías dado cuenta?

Aullando como almas en pena y riendo, se cogen de los brazos y forcejean para ver quién logrará quedarse de pie, mientras Pippa las jalea. Corro veloz y con energía y las arrojo contra el suelo como si fueran bolos y me ensangriento el labio. Sólo me río yo cuando el sabor amargo y metálico me llena la boca y la sangre me salpica el vestido como una lluvia despiadada.

Aunque faltan aún semanas para el baile de máscaras, la señora Nightwing nos conmina a preparar algún tipo de entretenimiento para nuestros invitados.

—Una buena forma de homenajearlos sería mostrarles que se han convertido en unas jóvenes damas educadas... y con talento —dice, aunque sospecho que nuestras breves representaciones de monos amaestrados apuntan más a demostrar los talentos de nuestra directora.

Se nos han asignado varios papeles: Cecily, Martha y Elizabeth harán un *ballet*. Felicity interpretará un minué. Como no tengo talento bailando ni cantando ni hablando en francés, ni toco ningún instrumento, le pido a la señora Nightwing si puedo recitar un poema, a lo que accede, aparentemente aliviada de que haya algo que pueda hacer que no esté relacionado con la cría de animales de granja o con tocar los platillos con las rodillas. Es mi responsabilidad elegir un poema y no aturullarme con las palabras. Lamentablemente, a Ann no se le permite cantar para nuestros invitados. Nuestra conspiración navideña es la culpable de que así sea, puesto que la señora Nightwing no puede permitirse el lujo de agraviar a sus mecenas, y a estas alturas todos están al tanto del escándalo.

Ann soporta la injusticia con estoicismo, y me complazco en pensar en el día en que pueda decirles a todos que se marcha para embarcarse como miembro de la compañía del señor Katz, bajo la tutela de la mismísima señorita Lily Trimble.

Felicity se sienta al piano para interpretar un minué.

—En realidad no es más que una pequeña fiesta, no más importante que un té en el jardín. Lo único que le conferirá cierto atractivo serán los disfraces —se queja—. No será nada comparado con el baile que *lady* Markham me está preparando para dentro de dos semanas. ¿Te he contado que habrá tragafuegos?

—Creo que un par de veces.

O tal vez una docena.

Rebusco en el libro de poemas que la señora Nightwing me ha dado. Son tan empalagosos que me producen dentera. No quisiera acabar uno de ellos con cara de póquer.

—Éste sobre el portador de luz no es tan horrible —sugiere Ann.

Hago una mueca.

—¿No es ése en que Florence Nightingale^[10] aparece en el campo de batalla como un ángel, o ése es el poema que compara al almirante Nelson con un dios griego?

Felicity abandona el piano y se une a nosotras en el suelo.

—No puedo dejar de pensar en lo de anoche. Fue el momento más excitante que hemos vivido en los reinos.

—Te refieres a las Tierras Invernales —susurra Ann—. ¿De verdad viste allí a Eugenia Spence, Gemma?

—No se nos apareció a nosotras —se queja Felicity, y temo que eso se convierta en motivo para una competición.

—Ya os lo he explicado todo —digo, a la defensiva—. ¿Os dais cuenta de que podemos salvarla a ella y a los reinos?

Felicity frunce los labios.

—Querrás decir que *puedes*.

—*Podemos* —digo, corrigiéndola—. Pero primero debemos encontrar la daga que Wilhelmina cogió, y no tengo ni idea de dónde buscarla.

—Quizás está aquí, en Spence —sugiere Ann.

—Tampoco sabemos si podemos fiarnos de Wilhelmina. Al fin y al cabo, la robó ella, ¿no es cierto? —dice Felicity, meditabunda.

—Creo que cometió un error y ahora quiere redimirse entregándomela a mí —respondo.

—Pero entonces, ¿por qué la cogió? —insiste Felicity.

—¡Se supone que tendríais que estar ensayando vuestras representaciones! —nos reprende Cecily con las manos en las caderas.

—Me están ayudando a escoger un poema —respondo con tanto desdén como puedo.

Las puertas se abren y temo que la señora Nightwing haya venido para regañarnos por no esforzarnos más en nuestras tareas. Sin embargo, pregunta por Ann.

—Señorita Bradshaw. ¿Puede venir conmigo, por favor?

Con la cabeza gacha, Ann la sigue fuera. No imagino en qué lío puede haberse metido.

—Por fin —dice Cecily, regodeándose.

—Cecily, ¿qué es lo que sabes? —pregunta Felicity.

Cecily hace una pirueta.

—Han venido sus primos del campo para llevársela. Brigid está arriba haciéndole la maleta.

—¡No pueden hacer eso! —exclamo mientras Felicity y yo intercambiamos una mirada de horror.

—Han decidido que ha llegado el momento. Y si queréis saber mi opinión, ya era hora.

—¡No queríamos saberla! —espeto.

Cecily abre la boca y forma una ofendida O en el instante en que la señorita McCleethy aparece por la puerta, y maldigo mi suerte.

—Señorita McCleethy, ¿acaso va a consentir que la señorita Doyle me hable de una manera tan espantosa?

La señorita McCleethy baja la vista hasta la altura de mis ojos.

—¿Señorita Doyle? ¿Habrá que ordenarle que se disculpe?

—Perdóname, querida Cecily.

Mi sonrisa es tan falsa como la de un vendedor ambulante de elixires.

Una vez más, las manos de Cecily vuelven a posarse en sus caderas.

—¡Señorita McCleethy!

Corro a ponerme al lado de la señorita McCleethy.

—¿Es verdad? ¿Han venido los primos de Ann a buscarla?

—Sí —responde.

—Pero ¡no pueden hacer eso! —protesto—. ¡No quiere irse con ellos! Ella no quiere ser institutriz. Ella...

Algo muy parecido a la preocupación se trasluce en el adusto rostro de la señorita McCleethy.

—Ha sido la misma señorita Bradshaw quien así lo ha dispuesto.

Es como si las palabras de la señorita McCleethy hubieran sido pronunciadas bajo el agua. Apenas puedo descifrar su significado, y un miedo helado me tensa el estómago.

Corro hacia las escaleras y subo los escalones de dos en dos. Felicity me llama a gritos y la señorita McCleethy exige orden. Cuando llego a nuestra habitación, sin aliento, Ann está sentada en su cama, vestida con su traje de viaje marrón desvaído y un sencillo sombrero de lana. Apila ordenadamente sus folletines y la revista de moda que Felicity le regaló. El programa de *Macbeth* está encima de todo. Brigid guarda en la maleta la última prenda de Ann.

—Brigid —digo sin aliento—. ¿Puedo hablar un momento a solas con Ann?

—De acuerdo —responde Brigid quejosa—. Cerrad bien la maleta y no te olvides de los guantes, cielo.

Nuestra ama de llaves pasa presurosa por mi lado mientras se da pequeños toques en los húmedos ojos con un pañuelo. Ann y yo nos quedamos solas.

—Dime que es mentira —le pido.

Ann cierra la maleta y la pone en el suelo, a sus pies.

—Te dejo los folletines. Así tendrás algo con lo que acordarte de mí.

—No puedes irte con ellos. Hay un puesto en la compañía del señor Katz esperándote. ¡Los escenarios del mundo!

Ann se muestra angustiada.

—No. Eso era para Nan Washbrad, cuya belleza habla por sí misma, no para Ann Bradshaw. La chica que no quieren que exista. No en el mundo real.

Arrojo la maleta encima de la cama, la abro y empiezo a deshacerla.

—Encontraremos una solución. La encontraremos con ayuda de la magia.

Ann pone una mano en la mía y me detiene.

—¿No lo ves, Gemma? Nunca funcionará. Al menos no para siempre. No puedo ser lo que ellos quieren que sea.

—Pues entonces sé otra persona. ¡Sé tú misma!

—No basta con eso. —Retuerce los guantes en las manos y los arruga hasta hacer

una bola con ellos para luego estirarlos—. Por eso les envié la carta pidiéndoles que vinieran a recogerme.

Rememoro la noche de la audición de Ann y la carta que tenía entre sus manos, la que tanto le costó enviar por correo. Jamás tuvo la intención de irse con Lily Trimble y el señor Katz. Me dejo caer en la cama; su maleta descansa entre las dos. Vuelve a guardar sus cosas en ella y la cierra.

—Pues entonces, dime, ¿para qué nos hemos tomado tantas molestias? —pregunto escupiendo las palabras.

—Lo lamento, Gemma. —Intenta tocarme, pero me aparto—. Si me voy ahora, recordaré ese día tal como fue. Siempre podré creer que hubiera podido lograrlo. Pero si acepto esa oportunidad, si me marchó con ellos y fracaso... Sería incapaz de soportarlo.

Felicity irrumpe en el dormitorio y bloquea la puerta.

—No te preocupes, Ann. No dejaré que se te lleven.

Ann se pone los guantes y agarra la maleta por el asa.

—Apártate, por favor.

Fee abre la boca para protestar.

—Pero...

—Déjala ir, Fee.

Le daría una patada a Ann por no intentarlo. Por haber renunciado a ella misma y a nosotras.

El rostro de Ann se convierte en una máscara estudiada que no refleja emoción alguna. Podría usar ese talento para entusiasmar al público de todos los teatros del mundo. Y, sin embargo, lo utilizará para deslizarse por las vidas de sus primos con tanta cautela como si jamás hubiera existido. Ahora me doy cuenta de que hubiera podido ser tan buena maga como actriz, puesto que sabe cómo desaparecer.

Con la maleta en la mano, Ann baja las escaleras por última vez. Mantiene los hombros erguidos y la espalda recta, pero sus ojos carecen de expresión. Hasta empieza a caminar como una institutriz. Abajo, en el vestíbulo, escucho la música procedente del fonógrafo; McCleethy obliga a las chicas a ensayar meticulosamente sus pasos.

La señorita Wharton espera al pie de las escaleras, junto a la señora Nightwing y Brigid. La señora Wharton luce un vestido almibarado, cubierto de abalorios y plumas y muy recargado.

—Ah, ya está aquí nuestra Ann. Le estaba diciendo a la señora Nightwing cuánto me alegró saber que quisieras venir a nuestra casa de campo. El señor Wharton y yo le hemos puesto el nombre de Balmoral Spring, ya que a Su Majestad le gusta tanto Balmoral.

—Qué nombre tan ridículo para una casa de campo —dice entre dientes Felicity—. ¿Acaso no han estado nunca en Balmoral en primavera? Hace que uno añore los inviernos ingleses.

La señora Wharton parlotea sobre la molestia de mantener una finca en el campo con el estilo adecuado y cómo pierde el día al tener que vigilar constantemente a los sirvientes. Brigid le entrega un pañuelo a Ann, aunque ella es la única que lo necesita.

—No te avergüences del servicio —dice cogiendo a Ann de la barbilla con ternura—. No te olvides de tu vieja Brigid.

—Adiós, Ann —dice Felicity—. Esto no será lo mismo sin ti.

Ann se vuelve hacia mí. Sé que está esperando alguna muestra de cariño: un beso, un abrazo, incluso una sonrisa. Pero no tengo ánimo para nada de eso.

—Serás una buena institutriz.

Mis palabras se asemejan a una bofetada.

—Lo sé —responde, devolviéndomela.

Las chicas se arremolinan en el vestíbulo. Sollozan y protestan como nunca han hecho mientras Ann ha estado aquí, como si les importara. No lo soporto, así que me escabullo hasta el gran salón y observo detrás de las cortinas cómo Ann y sus repentinas admiradoras salen afuera.

Un sirviente sujeta la maleta y, después de atender a la señora Wharton, ayuda a Ann a subir al carruaje. Asoma la cabeza por la ventanilla, sujetándose con fuerza el sombrero bueno.

Podría correr tras ella, darle un beso en la mejilla, decirle adiós con una emotiva despedida. Podría. Significaría mucho para ella. Pero no logro moverme de donde estoy. «Al menos dile adiós como es debido, Gemma. Eso es todo».

El cochero hace chasquear las riendas. Los caballos levantan polvo con los cascos. El carruaje traquetea y da la vuelta alrededor del sendero de entrada para dirigirse hacia la carretera. Se empequeñece cada vez más hasta convertirse en un punto negro que se aleja.

—Adiós —murmuro finalmente, cuando ya no importa y cuando no hay nadie para oírlo, excepto la ventana.

La ausencia es algo curioso. Cuando están ausentes los amigos parecen ensombrecerse aún más, hasta que su ausencia es todo cuanto uno puede sentir. Ahora que Ann se ha ido, la habitación es demasiado grande. Aunque lo intento, no consigo llenar el espacio que queda. Echo de menos los ronquidos que tanto me molestaban; echo de menos su carácter sombrío y sus ideas ridículas y románticas y su fascinación por lo macabro. Media docena de veces al día, pienso en las pequeñas observaciones que quisiera poder compartir con ella —un aparte sobre Cecily, una queja sobre las gachas, que pudieran hacer que ambas desgracias fueran más soportables— sólo para darme cuenta de que no está aquí para disfrutar de ello. En un momento de profunda tristeza que sólo puede disiparse cuando invoco a la ira.

«Fue ella quien eligió marcharse», me recuerdo a mí misma cuando clavo la aguja en mi bordado, canto los himnos y ensayo mi reverencia ante la reina. Pero si la culpa es suya, ¿por qué me lo tomo tan a pecho? ¿Por qué siento su fracaso como mío?

Me pongo contenta cuando la señorita McCleethy, en calidad de profesora de gimnasia, nos ordena salir afuera para practicar deporte. A muchas chicas les divierte el tenis sobre hierba. Algunas almas intrépidas se apuntan a esgrima, con Felicity al mando, a quien le brillan los ojos con furia. Un grupito hace campaña a favor de críquet —«¡Como en las escuelas de chicos!»—, pero no hay bates ni pelotas, así que no hay nada que hacer, por lo que, refunfuñando, acuerdan jugar al *croquet*.

Yo me decanto por el *hockey*. Es realmente vigorizante correr por la hierba, con el *stick* siempre a punto, arrastrar la pelota por el campo, pasarla a tu compañera de equipo sin dejar de gritar, con el viento en la cara y el sol en la espalda. Quisiera poder jugar *hockey* para aclararme la mente y agudizar los sentidos y olvidarme de mi pérdida. Descubro que me gustaría golpear a alguien con el *stick*.

La señorita McCleethy nos grita desde la hierba sin contenerse.

—¡Así nunca lo hará! Su compañera necesita que la ayude, señorita Temple. ¡Esté atenta! Señoritas, ¡deben trabajar juntas hacia un objetivo común! Recuerden: «Gracia, encanto y belleza».

Será mejor que se lo diga a las otras, por lo que a mí respecta se han acabado las ayudas. Intenté ayudar a Ann y no sirvió de nada. Cuando se vuelve a poner la pelota en juego, Cecily y yo corremos en su busca a la vez. Se me enreda entre las piernas la maldita falda —oh, lo que daría por tener estos momentos la libertad que proporcionan unos pantalones— y Cecily consigue obtener ventaja. Puede que ella esté más cerca, pero no me rindo. Quiero la pelota. Más importante aún: no quiero que ella la tenga, de lo contrario estará insoportable durante una semana.

—¡Voy a por ella! —grito.

—¡No, no..., la tengo yo! —exclama.

Nuestros *sticks* se juntan, y le da un golpe al mío con el suyo. Una de nuestras oponentes, una chica gruesa y pelirroja, aprovecha la oportunidad. Se pone a nuestra altura y nos roba la pelota, haciendo una jugada realmente brillante.

—Te he dicho que era mía, señorita Doyle —dice Cecily con una sonrisa tensa.

—No lo era —replico con una falsa sonrisa.

—Era mía.

—¡Te equivocas! —insisto.

La señorita McCleethy se adentra en el campo a grandes zancadas y nos separa.

—¡Señoritas! No puede decirse que la suya sea una muestra adecuada de compañerismo. Basta ya, o las suspenderé en conducta.

Cañuda, vuelvo a formar. Quisiera enseñarle a Cecily —enseñarles a todas— lo que soy capaz de hacer. En cuanto lo pienso, la magia se encabrita en mi interior con fuerzas renovadas, y lo único que veo es la pelota. Soy tan valiente como Ricardo Corazón de León mientras corro por el campo y esquivo a mis adversarias. Esta vez, la jugada sería mía.

Sin embargo, Cecily es rápida. Está muy cerca de la pelota.

—La tengo...

Corro más deprisa y derribo a Cecily de un golpe. Cae en la hierba y empieza a lloriquear. La señorita McCleethy se presenta trotando.

—¡Se-señorita McCleethy! —balbucea lloriqueando—. ¡Me embistió a propósito!

—¡No es verdad! —protesto, aunque mi sonrojo demuestra lo contrario.

—¡Sí que lo es! —gimotea Cecily.

—¡Pareces una niña! —digo, echándole la culpa.

—Está bien, ya basta. Señorita Temple, no perder el control también forma parte de la deportividad. —Cecily abre la boca y yo me regodeo de la regañina—. Y en cuanto a usted, señorita Doyle, por lo que parece está demasiado acalorada. Refresque sus nervios fuera del campo, por favor.

—Pero yo...

—Su imprudencia podría haber causado un daño aún más grave, señorita Doyle —dice la señorita McCleethy; sé que no sólo se refiere al juego.

Me arden las mejillas. Las otras chicas se ríen por lo bajo.

—No soy imprudente.

—No voy a seguir discutiendo. Salga del campo hasta que recobre la compostura.

Humillada y enfadada, paso por delante de las estudiantes que sonríen con suficiencia y de los trabajadores que se ríen entre dientes, y me encamino hacia la escuela, sin que me importe demostrar la más mínima falta de deportividad.

Maldita McCleethy. Si ella supiera lo que yo sé —que Eugenia Spence está viva en las Tierras Invernales y que confía en mí y no en ella—, no se hubiera atrevido a hablarme de esa manera. Muy bien, pues, tengo cosas más importantes que hacer. Me arrastro hasta la tienda de Felicity donde dejé una copia de *Una historia de las sociedades secretas* y, después de tenderme en el sofá del gran salón, procedo a leerla

una vez más, con la esperanza de hallar alguna pista que me indique en qué lugar secreto se oculta la daga. Con un suspiro, me resigno a examinar todas las páginas del libro, aunque quinientas dos son demasiadas para leer, y maldigo a los autores que escriben libros tan largos, cuando bastaría con unas cuantas páginas de prosa sencilla.

Primero la portada. Luego un poema sencillo. «La rosa de la batalla», del señor William Butler Yeats.

—«Rosa de todas las rosas, ¡la rosa del mundo! —leo en voz alta—. Llegaste donde se arrojan las mares turbias / contra los muelles del dolor, y oíste la campana / cuyo repique nos llama; dulce y lejana».

Parece un buen poema, desde mi punto de vista, y no me produce delantera, así que decido que será el poema que recitaré en el baile de máscaras.

En la otra página hay una de las imágenes que ilustran el libro. Debo de haberla visto media docena de veces sin haber reparado en ella —un sencillo dibujo en tinta de una habitación con una mesa y un solo candil, en cuya pared cuelga un cuadro de unas embarcaciones—. Con creciente excitación, me doy cuenta de que es igual a la estancia que aparece en mis visiones. ¿Podría tratarse de la misma? Y si así fuera, ¿dónde está? ¿Aquí, en Spence? ¿Y podría ser de ésta de donde Wilhelmina Wyatt cogió la daga? Recorro los dedos por la inscripción de la parte inferior: «La llave contiene la verdad».

Rápidamente, paso las páginas volando, en busca de más ilustraciones. De nuevo localizo la torre y me pregunto si podría tratarse del ala este tal como era antes. Sigo pasando páginas hasta topar con el dibujo de una gárgola que mira con lascivia sobre la inscripción: «Guardianes de la noche». Otra ilustración muestra a un alegre mago, muy parecido al doctor Van Ripple, metiendo un huevo dentro de una caja; en el siguiente panel el huevo ha desaparecido. Se titula «El objeto oculto».

Según parece, los dibujos no se corresponden con el texto. Es como si tuvieran una entidad propia, una suerte de código. Pero ¿para qué? ¿Para quién?

La señorita McCleethy entra en la sala echando humo.

—Señorita Doyle, no toleraré semejante falta de disciplina y deportividad. Si no quiere seguir jugando, puede quedarse sentada en el campo de juegos y animar a sus amigas.

—No son mis amigas —digo mientras giro una página.

—Deberían serlo, a no ser que desee estar sola en el mundo.

Es una pena que la señorita McCleethy no se dedique a la práctica del tiro al blanco, puesto que es una excelente tiradora.

—Me cansa jugar —miento.

—No, a usted le cansan las reglas. Y, según parece, es algo muy propio de usted.

Paso otra página.

La señorita McCleethy da un paso adelante.

—¿Qué es lo que está leyendo y que parece tan absorbente como para preferir ignorarme?

—*Una historia de las sociedades secretas*, de la señorita Wilhelmina Wyatt. —
Me la quedo mirando—. ¿Lo conoce?

Su rostro palidece.

—No. No lo conozco.

—Y, sin embargo, adquirió un ejemplar de la librería Golden Dawn en navidades.

—¿Me ha estado espiando, señorita Doyle?

—¿Y por qué no? Usted me espía a mí.

—Yo cuido de usted, señorita Doyle —dice, corrigiéndome, y la odio sobre todo por esta última mentira.

—Sé que usted conocía a Wilhelmina Wyatt.

La señorita McCleethy se quita los guantes y los arroja sobre la mesa.

—¿Tengo que decirle de qué conocía a Wilhelmina Wyatt? Era una vergüenza para la Orden y para el buen nombre de Eugenia Spence. Era una mentirosa. Una ladrona. Una adicta indecente. Quise ayudarla y entonces... —golpea el libro con un dedo—... escribió todas esas mentiras para dejarnos en evidencia... y todo por dinero. Cualquier cosa por dinero. ¿Sabía que intentó chantajearnos con ese libro y que por eso tuvimos que abandonar la idea de recabar fondos para restaurar el ala este?

—¿Y por qué lo hizo?

—Porque era una rencorosa y no tenía ni un ápice de honor. Y su libro, señorita Doyle, no es más que un montón de patrañas. No, es mucho más peligroso que eso, puesto que está lleno de perfidias, verdades corruptas escritas por una traidora y vendidas al mejor postor.

Cierra el libro de golpe y, tras arrebatármelo, se encamina directamente hacia la cocina. Corro tras de ella y la alcanzo en el instante en que abre la puerta del horno.

—¿Qué va a hacer? —pregunto horrorizada.

—Proporcionarle un entierro digno.

—Espere...

Antes de que pueda detenerla, la señorita McCleethy arroja *Una historia de las sociedades secretas* al horno y cierra la puerta. Durante un segundo siento la tentación de contarle lo que sé —que he visto a Eugenia Spence, y que ese libro puede salvarla—, pero Eugenia me dijo que tuviera cuidado y, por cuanto sé, McCleethy es la única persona en quien no puedo confiar. Lo único que me queda hacer es mantenerme al margen mientras arde nuestra única esperanza.

—Nos costó cuatro chelines —grazno.

—Tómeselo como una lección para, en el futuro, emplear su dinero de forma más inteligente. —La señorita McCleethy suspira—. Se lo aseguro, señorita Doyle, está poniendo a prueba mi paciencia.

Debería decirle que es un sentimiento compartido que también a mí me preocupa, aunque me parece un desatino. De repente, un nuevo pensamiento me agujijonea.

—Ha dicho «era» —comento, pensativa.

—¿Qué?

—Ha dicho que Wilhelmina «era» una adicta y una mentirosa, una traidora. ¿Cree que está muerta? —pregunto poniéndola a prueba.

El rostro de la señorita McCleethy se vuelve lívido.

—No sé si está viva o no, pero no creo que, dado su estado, siga viva. Es el precio que hay que pagar por llevar una vida como la de ella —contesta; parece nerviosa—. A partir de ahora, cuando desee saber algo de la Orden pregúntemelo a mí.

—¿Para que pueda contarme lo que quiere que oiga? —pregunto desafiándola.

—Señorita Doyle, usted sólo escucha lo que quiere creer, sea verdad o no. Y eso no tiene nada que ver conmigo. —Se restriega las sienes con los dedos—. Ahora vaya a reunirse con las demás. Puede marcharse.

Salgo de la cocina con una exhalación, maldiciendo entre dientes a la señorita McCleethy. Las chicas se han desperdigado por el césped. Están coloradas y huelen a sudor, y también están mareadas por la excitación que produce participar en deportes de gran rivalidad. En contadas ocasiones se nos permite dar rienda suelta a nuestra naturaleza competitiva, aunque ésta anida en nosotras con la misma intensidad que en los hombres. Cecily yergue el mentón al verme. Su grupo y ella me echan miradas asesinas, lo que, supongo, consideran equivalente a un insulto. Como a modo de burla, me llevo una mano al corazón y jadeo y, ofendidas, se marchan cuchicheando sobre mí.

En cuanto me ve, Felicity se pone en posición como un maestro espadachín blandiendo su florete en el aire.

—¡Villano! ¡Deberá rendir cuentas ante el rey ante tamaña traición!

Con suma delicadeza, aparto de mí la hoja larga y fina del florete.

—¿Puedo tener una palabras contigo, D'Artagnan?

Me hace una reverencia.

—Usted primero, cardenal Richelieu.

Nos escabullimos hasta la salita de estar de la planta baja. El lugar donde Pippa acertadamente dio calabazas a su pretendiente, el señor Bumble, antes de ser reclamada por los reinos para siempre. La pérdida de Pippa hace mella de nuevo en mí.

—¿Qué demonios le has hecho a Cecily? —Felicity se deja caer en un sillón y cuelga las piernas de un brazo del asiento de una forma muy poco femenina—. Le está contando a todo el mundo que quiera escucharla que deberían colgarte en cuanto amanezca.

—Si con eso voy a dejar de escuchar su voz de una vez por todas, me someteré gustosa a la soga. Pero no es eso de lo quiero hablarte. He vuelto a hojear el libro de Wilhelmina Wyatt. La primera vez que lo leímos pasamos algo por alto. Las ilustraciones. Creo que son pistas.

Felicity hace una mueca.

—¿De qué?

Suspiro.

—No lo sé. Pero una de ellas parece como si fuera la representación de la torre del ala este. Y al principio del libro hay dibujada una habitación que se parece a la que veo en mis visiones.

—¿Crees que esa habitación formaba parte del ala este? —pregunta Fee.

—Oh, —exclamo, desalentada—. No lo creo. Y aunque así fuera, hace mucho que desapareció.

—Bueno, vamos a echarle un vistazo —sugiere Felicity.

—No podemos. La señorita McCleethy lo ha tirado al horno —explico.

Felicity, abre la boca, enfurecida.

—Nos costó cuatro chelines.

—Sí, lo sé.

—Y la cena de esta noche tendrá un extraño sabor a libro.

Clava en el suelo la punta de su florete y graba una pequeña F.

—Hay algo en todo esto que no me cuadra —digo mientras paseo por la estancia y me mordisqueo las uñas, un hábito que debería de abandonar, y que abandonaré; mañana—. No me fío de McCleethy. Estoy segura de que oculta algo. ¿Sabes lo que me dijo? Se refirió Wilhelmina Wyatt en pasado. ¿Y si McCleethy sabe que Wilhelmina está muerta? Y si lo sabe, ¿cómo lo sabe?

—El doctor Van Ripple dijo que Wilhelmina había sido traicionada por una amiga —añade Felicity—. ¿Podría tratarse de McCleethy?

Me muerdo la uña y me la arranco a tiras. Me duele, y de inmediato lamento haberlo hecho.

—Tenemos que hablar con el doctor Van Ripple. Puede que sepa algo más. Puede que conozca el paradero de la daga. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Una sonrisa maliciosa se dibuja en el rostro de Felicity. Me toca los hombros con su florete como si me estuviera nombrando caballero.

—Todos para uno y uno para todos. —De repente, su expresión se transforma—. ¿Por qué crees que lo hizo?

—¿Te refieres a McCleethy o a Wyatt? —pregunto.

—A Ann. —Se apoya en la empuñadura del florete—. Tenía la libertad al alcance de su mano. ¿Por qué la rechazó?

—Quizás una cosa es desear algo y otra muy distinta conseguirlo.

—Eso es ridículo.

Con un gesto de burla, se deja caer de nuevo en el sillón con un pie en el suelo y la otra pierna colgada del brazo de la butaca.

—Pues entonces, no lo sé —contesto irritada.

—No pienso darle la espalda a la felicidad. Puedes tenerlo por seguro. —Hiende el aire con el florete—. ¿Gemma?

—¿Sí? —contesto con un gran suspiro.

—¿Qué le sucederá a Pip? Cuando estaba en el árbol, vi...

—¿Qué viste?

—La vi viva y feliz. Nos vi a las dos en París, el Sena reluciente como en un sueño. Y ella reía, como solía hacer antes. ¿Cómo puedo saber si...? ¿Crees que puede ser verdad? ¿Que puede regresar?

Acerca su cabeza hacia mí y veo que sus ojos están llenos de esperanza. Quiero decirle que sí, pero algo dentro de mí me dice que no. No creo que eso pueda ser.

—Creo que hay ciertas reglas que no pueden transgredirse —digo con tanta cautela cómo es posible—. Sin que importe lo mucho que queramos que no sea así.

Felicity blande su florete en el aire.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Sé que si fuera posible, mañana mismo traería de vuelta a mi madre.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque —contesto buscando las palabras adecuadas— sé que se ha ido. Como también sé que los días que pasamos todos juntos en la India también se han ido, y no puedo hacerlos volver.

—Pero si la magia está cambiando, si todo está cambiando, entonces quizá...

Su voz se apaga y no intento corregirla. A veces el poder de un «quizá» basta para sostenernos, y no seré yo quien la prive de ello.

Oigo los gorgoritos desafinados de Brigid en el salón, y eso me da una idea.

—Fee, si alguien quisiera saber algo de cierto habitante de la casa, puede que de una antigua alumna, ¿a quién se acudiría para tener un informe fidedigno?

Con una sonrisa, Fee dobla el florete entre sus manos.

—Bien, creo que los sirvientes son quienes poseen esa clase de conocimientos.

Abro la puerta y asomo la cabeza por ella.

—Brigid, ¿podemos hablar contigo un momento?

—¿Qué estáis haciendo ahí? —pregunta con el ceño fruncido—. Ayer mismo Emily la limpió. Supongo que no la habréis dejado hecha un desastre.

—Por supuesto que no —contesto, y me muerdo el labio de manera que espero que pase por un gesto melancólico—. Lo que pasa es que Felicity y yo estamos desoladas por la marcha de Ann. Y sabemos que también tú la querías mucho. ¿Por qué no te sientas un momento con nosotras?

Me siento un tanto culpable por tergiversar los sentimientos de Brigid de esta manera; más aún cuando eso funciona.

—¡Oh, cielo! También yo la echo de menos. Estará bien, o eso creo. Como su vieja Brigid.

Entra como una centella, y me propina al pasar un cálido golpecito en el hombro, por lo que me siento aún más deplorable.

—Pues ya que me tenéis aquí. Siéntate bien, señorita —regaña a Felicity al verla.

Felicity pone los dos pies en el suelo con un zapatazo y con una mirada le suplico que se comporte.

Brigid pasa un dedo por la repisa de la chimenea.

—Esto no está limpio.

—Brigid —empiezo a decir—, ¿recuerdas a una chica que asistía a Spence...?

—Muchas chicas han asistido a Spence —me interrumpe—. No puedo acordarme de todas.

—Sí, bueno, pero es que ésta estaba aquí cuando la señora Spence aún vivía, antes del incendio.

—Oh, hace mucho de eso —responde haciendo chasquear la lengua mientras limpia la repisa con la punta del delantal.

Felicity carraspea y me mira. Supongo que cree que eso me sirve de ayuda.

—Esa chica era muda. Se llamaba Wilhelmina Wyatt.

Brigid se gira con una expresión de curiosidad dibujada en su rostro.

—¡Caramba! ¿Y qué queréis saber de ella?

—Era Ann quien la conocía. Tenía un libro escrito por ella. Y yo... nosotras... nos preguntábamos qué clase de persona era. —Acabo de hablar con una sonrisa que sólo pude describirse como raquítica.

—Bueno, hace mucho de eso —repite Brigid. Quita el polvo de un jarroncito oriental sirviéndose del delantal—. Pero la recuerdo. La señorita Wilhelmina Wyatt. La señora Spence decía que era especial, según ella, pues veía más allá de lo que veíamos la mayoría de nosotras. «Podía ver en la oscuridad», decía. Y, bueno, tampoco intenté saber lo que quería decir con eso. La chica no podía hablar, bendita sea su alma. Pero siempre llevaba encima un librito, donde escribía y dibujaba. Así es como hablaba.

Tal como nos contó el doctor Van Ripple.

—¿Cómo es que vino a parar aquí? No tenía familia —digo.

Brigid frunce el ceño.

—Dios me bendiga, pues claro que tenía.

—Creía que...

—Wilhelmina Wyatt era de la misma sangre que la señora Spence. Mina era su sobrina.

—¿Su sobrina? —repito mientras me pregunto por qué Eugenia no me lo contó.

—Se vino con nosotras después de que su madre muriera, bendita sea su alma. Recuerdo el día en que la señora Spence fue a la ciudad para traerla aquí. A la pequeña Mina la metieron en un barco y la encontraron cerca de Aduanas. Pobrecita. Debió de ser horrible. Y las cosas no le fueron mucho mejor en la academia.

Brigid vuelve a poner el jarroncito en su lugar y se pone manos a la obra con el primero de un par de candelabros.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Felicity.

—Algunas chicas se metían con ella. Le tiraban de las trenzas para ver si así la hacían hablar.

—¿Tenía amigas?

Brigid frunce el ceño.

—A veces la horrible Sarah Rees-Toome se sentaba con ella. La escuché preguntándole a Mina si era verdad que podía ver en la oscuridad, y si sabía cómo era ese lugar, y la señora Spence reprendió a Sarah y les prohibió jugar juntas.

—¿Tenía la señorita Wyatt escondrijos que fueran especiales para ella, lugares secretos, quizás? —insiste Felicity.

Brigid piensa durante unos instantes.

—Le gustaba sentarse en la hierba y dibujar las gárgolas. La veía sentada con su libro, mirándolas y sonriendo, como si estuvieran tomando el té todas juntas.

Rememoro la extraña alucinación que tuve cuando fui a Londres en Pascua. La gárgola con el cuervo en la boca. Me entran escalofríos al pensar en la sonrisa de Wilhelmina y en esos horribles espías de piedra. Los guardianes de la noche, por supuesto.

Brigid se demora en la tarea de sacar el polvo.

—Recuerdo que la señora Spence estaba preocupada por Mina. La chica había empezado a dibujar cosas horribles y la señora Spence decía que le inquietaba que Mina se dejara llevar por una mala influencia. Eso es lo que dijo. Y luego sucedió lo del incendio, y esas dos muchachas y la señora Spence murieron en él, Dios las tenga en su gloria.

Tras un suspiro, deja el candelabro y coge el otro.

—Pero ¿qué le ocurrió a Wilhelmina? ¿Se marchó?

Brigid se humedece el pulgar y limpia un tizne del candelabro de plata.

—Después de lo del incendio, empezó a comportarse de una forma extraña, creo que a causa de la pérdida, pero nadie lo sabía con certeza.

Felicity interviene rápidamente.

—Sí, estoy segura de que tienes razón, Brigid —dice, mirándome con los ojos en blanco—. ¿Qué pasó luego?

—Bueno —prosigue Brigid—, Mina comenzó a asustar a las otras chicas con su extraño comportamiento. Escribiendo y dibujando todas esas cosas horribles en su libro. La señora Nightwing le dijo, con independencia de la relación que tuviera con la señora, que si no dejaba de hacer eso, la expulsaría. Pero antes de que pudiera hacerlo, Mina se marchó a medianoche, llevándose consigo algo muy valioso.

—¿El qué? —la interrumpe Felicity.

—Nunca supe de qué se trataba, señorita metomentodo —la reprende Brigid.

Vocalizo «señorita metomentodo» mirando a Felicity, quien se muestra como si estuviera a punto de estrangularme alegremente.

—Sea lo que sea —continúa Brigid—, la señora Nightwing estaba muy enfadada al respecto. Nunca la he visto tan malhumorada. —Brigid devuelve el candelabro a su lugar exacto—. Así. Mucho mejor. Tendré que tener unas palabras con Emily. Y, en cuanto a vosotras, será mejor que vayáis a hacer vuestras oraciones, antes de que la señora Nightwing os expulse a vosotras y a mí.

—¿Qué crees que significa todo esto? —pregunta Felicity mientras nos unimos a las otras chicas.

Éstas cogen sus libros de rezos y se alisan las faldas. Se apiñan ante espejos demasiado pequeños fingiendo arreglar sus peinados, cuando en realidad lo único que hacen es contemplarse en ellos, buscando esperanzadas alguna muestra de una belleza en ciernes.

—No lo sé —respondo con un suspiro—. ¿Es Wilhelmina digna de confianza o no?

—Se aparece en tus visiones, así que eso tiene que tener algún significado —dice Felicity.

—Sí, pero también lo hicieron las chicas de blanco, y no eran más que unas fanáticas que pretendían llevarme por el mal camino —le recuerdo.

Las mismas chicas que pretendían atraer a Bessie y sus amigas a las Tierras Invernales para vete a saber qué propósito también aparecieron en mis visiones, diciéndome el mismo número de verdades que de mentiras. Y, al final, nos llevaron hasta las garras de los horripilantes Guerreros Amapola.

—Así que, ¿qué es la señorita Wyatt? —pregunta Felicity—. ¿La dama o el tigre? Niego con la cabeza.

—Sinceramente, no lo sé. Pero de lo que estoy segura es de que cogió la daga y que eso es lo que tenemos que encontrar.

Nuestro viaje a los reinos no es tan alegre sin Ann. Ni siquiera la magia puede cambiarnos el humor. Las chicas de la fábrica lamentan profundamente su marcha.

—No estamos destinadas a que se nos conceda una oportunidad en la vida —se queja Mae a Bessie.

—Sois vosotras quienes tenéis que crearos las oportunidades —replica Felicity. Bessie la mira con dureza.

—¿Qué sabrás tú de eso?

—No discutáis. Quiero bailar y jugar con la magia. ¿Gemma? —dice Pippa mientras me hace un guiño de complicidad.

Con un suspiro, me encamino tras Pip por el familiar sendero que lleva a la capilla. Esta vez, cuando nos unimos para recibir la magia, la siento con dureza. Es como si me hundiera en ella profundamente. Formo parte de su tristeza, su envidia, su amargura, cosas que apenas veo. Cuando me suelto, estoy agotada. La magia me escuece bajo la piel como si unos cuantos insectos me reptaran por ella.

Y, no obstante, Pip brilla una vez más. Se acurruca junto a mí y me rodea la cintura con sus brazos como si fuera una niña.

—Es maravilloso sentirse especial, aunque sólo sea durante unas horas, ¿verdad?

—Sí —respondo.

—Si yo fuera tú, jamás me desprendería de este poder, sino que lo conservaría para siempre.

—A veces me gustaría poder hacerlo.

Pippa se mordisquea el labio y sé por el gesto que está preocupada.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Coge unas cuantas bayas de un cuenco y juguetea con ellas entre los dedos.

—Gemma, no creo que debieras darles tu magia a Bessie y a las otras chicas.

—¿Por qué no?

—Son empleadas de fábrica —dice con un suspiro—. No están acostumbradas a tener tanto poder. Y Bessie ya ha tenido bastante.

—No creo que...

—Ella quería ir de nuevo a las Tierras Invernales. Sin ti —admite Pip.

—¿Ah, sí?

Pip me coge el brazo. Caminamos con cuidado por las parras quejumbrosas que se deslizan por la tierra.

—Sería mejor que yo tuviera más, ¿no crees? De esta manera, tendrían a alguien a quien admirar, alguien que las guiara. En realidad, son como niñas. Y podría cuidar de ellas por ti.

Pip se echa a reír, pero lo que me ha contado de Bessie hace que suene una alarma

dentro de mí.

—Sí, de acuerdo. Le daré menos —concedo.

Pip me besa en la frente. Se mete en la boca las bayas con las que ha estado jugueteando, una, dos, tres.

—¿Tienes que comerte eso? —pregunto.

Los ojos de Pippa brillan.

—¿Y qué más da? El daño ya está hecho.

Se lleva la cuarta a la boca y se limpia el zumo que le cae por los labios con el dorso de la mano. Después aparta el tapiz con un «¡Bienvenidas, queridas!», como una reina saludando a sus súbditos.

Tal como prometí, les proporciono a las chicas magia suficiente para permitir que parezca que tienen un cutis claro y vestidos bonitos, pero no la bastante para que sea una verdadera transformación. Esta vez no tienen un poder auténtico, sólo una ilusión prestada.

—Esta noche parece que no funciona tan bien —se queja Bessie—. ¿Por qué?

Trago saliva y Pippa se muestra tranquila, como si no pasara nada.

—Es así como funciona en los reinos, Bessie. Sólo tiene efecto en algunas. ¿No es así Gemma?

—Ya os lo había explicado —contesto mientras evalúo el rostro de Bessie para comprobar si algún gesto la delata, pero lo único que veo en él es decepción.

—Puede que sea porque no estamos en la estación adecuada —dice Mercy.

—Aquí no hay estaciones. Eso es lo que me gusta de esto. Y, además, siempre funcionaba en la señorita Ann, y ella no es mejor que nosotras —replica Bessie.

—Bessie, ya basta —cacarea Pippa. Bessie se esconde de ella y se sienta junto a la chimenea. Arroja florecitas al fuego y se dedica a observar cómo chisporrotean y arden—. Vamos, no hagás pucheros. ¡Quiero bailar!

No estoy de humor para bailes y me veo incapaz de fingir lo contrario, así que me voy a dar un paseo. El aire frío es refrescante; el cielo oscuro resulta acogedor. Avanzo entre la nebulosa neblina y me dejo llevar por la añoranza. Quiero volver a poner mis manos una vez más en el Árbol de Todas las Almas, unirme a él como si fuéramos uno.

Esta vez la verja se abre sin pronunciar palabra alguna. Ya tiene lo que quería. Mis pies se hunden en la arena negra. El aire, frío y arenoso, se aprieta contra mí; saco la lengua para probarlo. Sigo el rugido del río. Un bote me aguarda, así que subo a bordo y pongo rumbo hacia el corazón de las Tierras Invernales. Sé que esta vez no tendré que luchar contra la marea, así que mi bote navega sin problemas por los rápidos, aunque el camino no me resulta familiar. No es el mismo por el que pasamos la última vez; una oleada de pánico crece en mi interior. ¿Dónde estoy? ¿Cómo he podido perderme?

Veo un chapoteo junto al bote. Una ninfa de agua acaricia uno de los lados. Hace un gesto con la cabeza hacia una cueva que hay a la derecha y luego nada hacia ella, entrando y saliendo del agua como una serpiente.

Muy bien. No voy a permitirle que me pase por encima. Si es necesario, emplearé la magia. Reconfortada por ese pensamiento, viro el bote y remo tras ella, adentrándome hacia la oquedad de la roca. Las estalactitas cuelgan sobre mi cabeza como enormes puñales de hielo. La cueva está rodeada por dos franjas de tierra rocosa que cuando sube la marea desaparecen de la vista, pues veo unas elevadas marcas dejadas por el agua en las paredes de la cueva. Muy arriba, y a ambos lados, hay un saliente.

La mano palmeada de la ninfa de agua me acaricia un tobillo. Me suelto con un grito ahogado. Sus escamas coloreadas se adhieren a mi piel como una huella enjorada.

—No te dejaré que me toques sin presentar batalla —le advierto, y mis palabras resuenan en la oquedad de la cueva.

La ninfa se escabulle, sumergiéndose bajo la superficie del agua hasta que apenas veo el brillo de sus ojos negros y la mancha acuosa de su cabeza calva, y decido obrar con cautela. Algo se mueve en el saliente. Los rostros de unas criaturas espectrales y pálidas se aprietan contra las grietas de la roca como cabezas de polilla. No tienen ojos pero olisquean y se acercan al borde reptando.

Tengo el corazón en un puño. En silencio, hago girar el bote y remo de nuevo hacia la entrada de la cueva cuando, de repente, la abertura desaparece. No puede ser. Oigo un resoplido y los cascos de un caballo, y ante mi vista aparece Amar montado en su esplendoroso corcel blanco. Se acerca por el estrecho tramo de uno de los laterales de la cueva hasta ponerse a la altura de mi bote. Me quedo sin aliento. Visto de cerca, tiene los mismos labios carnosos y el mismo porte orgulloso de Kartik. Sin embargo, sus ojos son dos espirales negras circundadas de rojo. Se adhieren a mí hasta tal punto no que puedo apartar la vista, ni gritar ni tampoco echar a correr.

«Usa la magia, la magia», me ruega el corazón. Pero la magia no prende en mí; estoy demasiada asustada.

—Sé que has visto a la sacerdotisa. ¿Qué te ha dicho? —pregunta Amar; sus dientes parecen puntas afiladas.

—No lo sabrás jamás —logro responder.

Los ojos de Amar vacilan y, durante un instante, son tan marrones como los de Kartik.

—Dile a mi hermano que siga los dictados de su corazón. Es ahí donde se fundamentará su honor y su destino. Díselo.

Y, entonces, rápidamente, vuelven a convertirse en un terrorífico abismo negro circundado de rojo.

—Ya te cogemos. Cuidado con el nacimiento de mayo.

Expulso el aliento en rápidas bocanadas blancas de aire; mi miedo se une al frío.

—¡Déjame salir de aquí! —grito.

De repente, la boca de la cueva aparece de nuevo y remo hacia ella con todas mis fuerzas, y me alejo rápidamente de Amar y de aquellas criaturas pálidas y ciegas. Me olvido del árbol. Lo único que quiero es regresar sana y salva a las Tierras Fronterizas.

Me tambaleo por el bosque azul, respirando con dificultad, y me siento aliviada al ver las luces del castillo reflejadas en las ventanas que disipan la penumbra. También me alivia escuchar las risas de mis amigas; ahora sí que me gustaría unirme a ellas.

Escucho el lejano retumbo de un trueno y, al darme la vuelta y alzar la vista hacia el cielo de las Tierras Invernales, éste se cubre de rojo.

Menudo aburrimiento en la academia. Nos pasamos toda la clase de francés conjugando verbos. Sinceramente, no me preocupa lo más mínimo si «he cenado caracoles» o si «cenaré caracoles», pues no tengo intención alguna de permitir que un caracol se introduzca en mi boca, por lo que cuestiono la validez de la lección de hoy. Repetimos los pasos de la contradanza hasta que me veo capaz de darlos en sueños; hacemos cuentas para que algún día podamos llevar la economía doméstica y ser de ayuda a nuestros maridos. Bajo la tutela de la señorita McCleethy, nos hacemos retratos las unas a las otras; Elizabeth protesta porque la he dibujado con una nariz más grande que una casa cuando, en realidad he sido demasiado considerada con ella. No obstante, cuando se trata de arte, todo el mundo se erige en crítico, por lo que debes hacerte valer.

Cuando las profesoras no andan merodeando a nuestro alrededor, las chicas se sumergen en una cháchara excitada sobre su inminente presentación en sociedad. Tienen montones de invitaciones: tentadoras promesas de romances, banquetes elaborados y nuevos vestidos de fiesta, grabadas con una pulida escritura sobre elegantes tarjetas color crema. También yo tendría que pensar en mi presentación en sociedad. Pero estoy demasiado distraída. Ese evento parece pertenecer a otro mundo, y precisamente ahora no puedo ver el camino a seguir con claridad.

En lugar de tomar el té con las otras y escuchar su charla sobre fiestas y bailes, me libro de ello con la excusa de practicar mi reverencia y peino los recovecos y recodos de la escuela con la intención de encontrar la daga que Wilhelmina Wyatt robó o algunas pistas de su paradero. Por desgracia, lo único que encuentro es polvo, cómodas vacías y armarios a reventar, y la funesta sorpresa de un caramelo sin envoltorio, tan viscoso que incluso después de tres jabonadas tengo los dedos cubiertos de una desagradable sustancia pegajosa. Estoy hecha un lío, sobre todo ahora que la señorita Wyatt ha dejado de aparecerse en mis sueños y visiones. Es como si jugara conmigo, y recuerdo el comentario del doctor Van Ripple sobre lo mucho que disfrutaba con sus crueldades. Esto me hace dudar de que se pueda confiar en ella.

Estoy a punto de abandonar y volver con las otras cuando descubro la badana de Kartik en la hiedra. Me agacho y la cojo. Hay una nota sujeta a ella: «Ya lo he arreglado. Encuéntrate conmigo en la lavandería. A medianoche. Trae cinco libras. Vístete de forma discreta».

Esta noche. Tendré que darle las gracias por tan parco aviso. Sin embargo, ha organizado un encuentro, y si puedo hablar con un representante de los Rakshana sobre cómo salvar a mi hermano, iré a donde me pida.

A Felicity no le entusiasman mis planes. Esperaba hacer otra visita a los reinos, y

está segura de que Pip no le perdonará que no vaya, aunque comprende que tengo que ayudar a Tom. Hasta me ofrece su florete por si me veo obligada a clavárselo a alguien. Le aseguro que eso no será necesario, y espero que mi suposición sea correcta.

Poco antes de medianoche me preparo para mi encuentro con Kartik en la lavandería. Me ha dicho que me vista de forma discreta y, como vamos a tener que atravesar las calles de Londres de noche, decido que sólo me queda una solución.

Con ayuda de la magia, me hago con unos pantalones, una camisa, un chaleco y un abrigo. Me encojo el pelo y me quedo atónita al verme así: todos ojos y pecas. He creado a un buen chico, puede que sea más guapo como hombre que como mujer. Una gorra de paño completa la ilusión.

Cuando entro la lavandería está a oscuras. No veo ni oigo nada, y me pregunto si Kartik vendrá.

—Llegas tarde —dice saliendo de detrás de una viga.

—Yo también me alegro de verte —espeto.

—La nota decía claramente a medianoche. Si queremos llegar a Londres a tiempo, debemos marcharnos ahora. ¿Has traído el dinero?

Sostengo en alto el monedero y lo hago sonar.

—Cinco libras, como me has pedido. ¿Para qué las necesitamos?

—La información tiene un precio —responde y echa un vistazo a mis pantalones—. Discretos. —Levanta la vista y luego la aparta—. Abróchate el abrigo.

El pecho me abulta ligeramente bajo la camisa. No he ocultado esa parte de mi anatomía. Avergonzada, me abrocho el abrigo.

—Ten —dice Kartik mientras me envuelve al cuello su pañuelo, cuyas puntas ocultan mi delantera.

Me conduce hasta el poste donde nos espera atada *Freya*. Kartik le acaricia la nariz para tranquilizarla. Se sienta en la silla y me alarga una mano con la que me ayuda a montarme detrás. Emprendemos la marcha con un sobresalto. Paso mis brazos alrededor de su cintura, y Kartik no pone objeción alguna.

Cabalgamos durante lo que me parece una eternidad —me duele la espalda— y, al fin, las luces de Londres brillan a lo lejos. Muy cerca de la ciudad desmontamos. Kartik deja a *Freya* atada a un árbol mientras le asegura que volveremos a por ella, y después de ofrecerle una zanahoria, nos unimos al pulso de la vida nocturna de Londres. Las calles no están tan tranquilas como yo creía. Es como si la ciudad hubiera salido a hurtadillas mientras su homóloga, la ciudad diurna, duerme. Éste es un Londres diferente, más atrevido y desconocido.

Kartik para un coche de alquiler y golpea el trecho del mismo para hacerle una señal al cochero. Con Kartik sentado a mi lado, el coche parece bastante estrecho. Sus manos descansan rígidas en los muslos. Me apretujo contra una esquina.

—¿Dónde te has citado?

—Cerca del Tower Bridge.

La noche está cubierta de una luz brumosa. Kartik está lo bastante cerca de mí como para tocarlo. Tiene el cuello de la camisa desabotonado, con lo que queda a la vista la curva de su garganta y delicada hondonada. Hace calor en el coche. Siento la cabeza ligera como una pluma. Necesito distraerme si no quiero volverme loca.

—¿Cómo has logrado arreglar el encuentro?

—Empleando los medios adecuados.

Kartik no añade nada más y yo no hago más preguntas. El interior del carruaje cae en un nuevo silencio, excepto por el trote de los caballos que nos van dando bandazos. Una rodilla de Kartik roza la mía. Espero que sea él quien retire la suya, pero no lo hace. Me tiemblan las manos en el regazo. Con el rabillo del ojo lo veo mirar la calle a través de la ventanilla. También yo hago lo mismo, aunque no presto atención al paisaje. Sólo soy consciente de la calidez de su rodilla. Parece imposible que unos cuantos huesecillos y tendones puedan causar semejante estremecimiento.

El cochero se detiene de repente y Kartik y yo nos apeamos justo debajo del Tower Bridge. Sólo hace dos años que el puente está en funcionamiento y ofrece una vista digna de contemplar. Dos altas torres se elevan como contrafuertes medievales. Hay una pasarela suspendida entre ambas muy por encima del Támesis. El puente se eleva para permitir el acceso de los barcos que entran en el puerto, y son muchos los que lo hacen. Los amarres del Támesis están atestados de ellos.

Una anciana mendiga está sentada en el suelo húmedo y mugriento del paseo. Agita una lata abollada con un penique dentro.

—Por favor, señor, deme una moneda.

Kartik deposita un soberano en el recipiente de la señora; sé que es todo cuanto tiene.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto.

Da un puntapié a una piedra del suelo y la mantiene en equilibrio con destreza entre sus pies como si fuera un balón.

—Lo necesitaba.

Padre dice que no está bien dar dinero a los mendigos. Que lo único que hacen es malgastarlo en bebida y en otros placeres.

—Puede que con él se compre cerveza.

Se encoge de hombros.

—Pues entonces tendrá cerveza. Lo de menos es la moneda; lo que importa es la ilusión. —Da un puntapié a la piedra, que describe un arco elevado que cae golpeando algunas piedras de los peldaños—. Yo sé bien lo que es tener que esforzarse por conseguir lo que otros obtienen por derecho propio.

Llegamos a los amarres, atestados de toda clase de embarcaciones, desde botes pequeños hasta barcos enormes. No logro ver cómo entran y salen, puesto que las embarcaciones están tan juntas que fácilmente se puede pasar de la proa de un barco a la del otro sin mojarse. Se alinean en los muelles y el puerto mientras esperan desembarcar y recibir su cargamento.

Unos escaloncillos conducen a la orilla. Espero a que Kartik me ofrezca su brazo. En vez de ello, empieza a bajar sin mí con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo.

—¿Por qué te entretienes? —pregunta.

—Por nada —contesto bajando las escaleras al trote.

Kartik levanta el rostro hacia el cielo.

—¿Por qué vosotras las damiselas os negáis a confesar cuándo estáis enfadadas? ¿Es una técnica que os enseñan? Resulta bastante lioso.

Me detengo y me encaro a él bajo la pálida luz azul.

—Por si te interesa saberlo, deberías haberme ofrecido tu brazo para bajar las escaleras.

Se encoge de hombros.

—¿Por qué? Ya tienes dos.

Me esfuerzo por mantener la compostura.

—Es costumbre que un caballero ayude a una dama a bajar una escalera.

Esboza una sonrisa de satisfacción.

—No soy un caballero. Y, esta noche, tú no eres una dama.

Hago ademán de protestar, pero sé que no puedo, así que seguimos caminando por la orilla del Támesis sin pronunciar palabra. El gran río lame sus orillas con un rítmico chapoteo. Sube y baja y sube otra vez, como si también él quisiera ser libre por una noche. Oigo unas voces procedentes de más abajo.

—Por ahí —dice Kartik y echa a correr hacia ellas.

Las voces se oyen más cerca. Sus acentos son fuertes y toscos. El lodo se espesa a medida que la niebla se disipa. En el agua hay por lo menos una docena de personas de todo tipo, desde ancianas hasta niños con el rostro sucio.

Una de las viejas canta una canción típica marinera, sólo se detiene cuando un violento ataque de tos convulsiona su cuerpo. Sus ropas no son más que harapos. Está tan cubierta de barro que se cruza en la oscuridad como una sombra. Mientras canta, mete un cazo en el Támesis y lo vuelve a sacar. Con dedos ágiles, selecciona el contenido del recipiente mientras lo sacude; desconozco por completo qué es lo que busca.

—Mendigos del lodo —explica Kartik—. Escudriñan en el Támesis en busca de lo que puedan encontrar de valor para venderlo o quedárselo: trapos, huesos, un trazo de lata o de carbón de algún barco al pasar. Si tienen suerte, puede que encuentren la bolsa de un marinero que tuvo un triste final, es decir, si el arpón de un ribereño no da antes con él.

Hago una mueca.

—Pero meterse en el Támesis...

Kartik se encoge de hombros.

—Mejor eso que un mendigo de alcantarilla, tenlo por seguro.

—¿Y puede saberse qué es un mendigo de alcantarilla?

—Pues alguien muy parecido a un mendigo del lodo, pero éstos escudriñan en las alcantarillas en busca de sus hallazgos.

—Qué existencia más desgraciada.

El tono de voz de Kartik se endurece.

—Es un medio de supervivencia. La vida no es siempre justa.

El comentario tiene la intención de herir y lo ha hecho. Guardamos silencio.

—Eres tú quien siempre está hablando del sino y del destino. Entonces, ¿cómo explicas el suyo? ¿Es su destino tener que sufrir así?

Kartik se mete las manos en los bolsillos.

—El sufrimiento no forma parte del destino. Ni tampoco la ignorancia.

La voz de una mujer traspasa la niebla.

—¿Qué te ha traído el río esta noche?

—¡Cielo, tengo manzanas y panada! —le grita otra.

Las dos estallan en grandes carcajadas.

—¿Aquí puede encontrarse manzanas y panada? —pregunto.

Kartik me sonríe.

—Es una rima propia de obreros. La última palabra es una rima de la palabra que quieren decir. «Tengo manzanas y panadas» en realidad quiere decir «no me ha traído nada» o, como ha dicho ella, no «tengo *pa nada*».

—¡Eh! ¡Kartik!

Uno de los golfillos sale dando traspies de las inmundicias y la porquería del río.

—Te estaba esperando, amigo.

—Llegamos tarde, Toby —pide disculpas al niño cubierto de barro con un saludo.

Toby se acerca y también lo hace su olor. Una horrible mezcla de agua estancada del río, basura y cosas peores. No me atrevo a imaginar lo que vive bajo esas ropas harapientas. Se me revuelve el estómago y tengo que respirar por la boca para no desmayarme.

—¿Cómo ha ido la caza del tesoro? —pregunta Kartik.

Se cree muy listo pero tiene una mano en la barbilla y se tapa la nariz con los dedos.

—Ni bien ni mal. —Toby abre una mano. En ella hay una curiosa colección de objetos: un pedazo de carbón, dos horquillas, un diente y un chelín. Y todo cubierto con una capa de mugre. Su amplia sonrisa deja en evidencia la falta de un diente—. Con todo esto tendré para una pinta de cerveza. —Toby me observa receloso—. ¿Una dama con pantalones de caballero?

Estoy segura de que el horror se me refleja en la cara.

Kartik enarca una ceja.

—No puede engañarse a todo el mundo.

Toby hace tintinear su botín en la mano.

—No es una belleza, amigo, pero parece limpia. ¿Cuánto?

No lo entiendo en seguida, pero cuando lo hago, una rabia intensa se apodera de

mí.

—Oye, yo...

Kartik cubre mi puño con su mano y lo deja ahí.

—Lo siento, amigo. Está conmigo —dice.

Toby se encoje de hombros y se ajusta su gorra mugrienta.

—Iba con buenas intenciones.

El Big Ben anuncia la hora. El estruendoso repique atraviesa la niebla y me llega hasta el estómago.

—Demos un paseo, ¿vale? —dice Toby.

—¡Qué descarado! —refunfuño.

«No es una, belleza amigo». No me considera mucho mejor que una prostituta y, sin embargo, ¿por qué esa frase es la única que ha hecho mella en mí?

Un niño sale de las sombras. Tiene los labios llagados y grandes surcos bajo los ojos. Aún no le ha cambiado la voz —puede que no tenga más de diez años— y, sin embargo, ésta ya suena a hueco, como si no hubiera nada en su interior.

—¿Buscas compañía, jefe? Dos peniques.

Kartik niega con la cabeza y el chico recula, esperando ansioso al siguiente transeúnte.

—Ya habrá quien acepte lo que ofrece —me dice Kartik.

Toby nos lleva hasta un muelle repleto de cajas vacías iluminado por la grasienta luz de una única lámpara.

—Éste es un buen sitio —dice.

Kartik mira a su alrededor.

—No hay una vía de escape. Aquí te pueden arrinconar fácilmente.

—¿Cómo? —pregunta Toby—. Hay barcos por todas partes.

—Y los hombres que hay en ellos o están borrachos o durmiendo. O hasta puede que tengamos que guardarnos de esos mismos tipos —advierde Kartik.

—¿Crees que estoy chalado? —dice Toby retándolo.

—Kartik —le alerto.

—Bien. —Kartik cede—. Gemma, el dinero.

Le doy el monederito con las cinco libras dentro. Es todo cuanto tengo y me resisto a desprenderme de él. Se lo entrega a Toby, quien lo abre, cuenta las monedas y se lo mete en el bolsillo.

—Y ahora —empieza a decir Kartik— dime qué has descubierto del señor Doyle.

Mi mirada va de Kartik a Toby y vuelta a empezar.

—¿Es él con quien nos teníamos que encontrar?

—En ocasiones, Toby puede ser de utilidad como mensajero. Sabe cómo canjear información por dinero.

Toby sonrío de oreja a oreja.

—Puedo enterarme de todo. Hasta en sueños.

—Pero creía que íbamos a encontrarnos con los Rakshana —protesto.

Quiero que me devuelva mi dinero.

—Primero tenemos que recabar información, para saber cómo hacerles frente — explica Kartik—. Si hubiéramos dispuesto un encuentro con ellos, seguramente nos habrían pillado desprevenidos. Yo era uno de ellos. Lo sé.

—Muy bien —refunfuño.

En el Támesis, los botes se mecen con la corriente. Hay en ello algo tranquilizador y familiar.

—Intentan engatusarlo, ya te digo. Le tienen preparada una ceremonia de iniciación y todo eso —dice Toby—. Aunque no sé lo que le han contado.

—¿Fowlson es el único a quien le interesa introducirlo en la comunidad? — pregunta Kartik.

Toby niega con la cabeza.

—Fowlson no es más que un guardaespaldas. Fue alguien de arriba quien lo quiso. Un caballero. —Señala hacia el cielo—. De las alturas.

—¿Sabes quién es?

—No. No sé nada más.

—Quiero encontrar a ese caballero —insisto.

—Fowlson le informa a él directamente. Es el único que sabe quién es.

Detrás de nosotros, unos pasos resuenan en la niebla. Se les une un alegre silbido que me hiela la sangre. Kartik entrecierra los ojos.

—Toby.

El pequeño mugriento se encoge de hombros y le sonrío con tristeza mientras se aleja.

—Lo siento, amigo. Él me dio seis libras y tengo a mi madre enferma.

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? ¿Has vuelto del más allá, hermano?

Un par de botas negras brillan bajo la luz de la lámpara. Fowlson emerge de las sombras, flaqueado por un hombre de elevada estatura. Del otro lado del muelle se acercan dos de los secuaces de Fowlson. Tenemos el Támesis detrás de nosotros. Estamos acorralados.

Kartik me empuja detrás de él.

Fowlson sonrío satisfecho.

—¿Protegiendo a tu dama enamorada?

—¿Qué dama? —pregunta Kartik.

Fowlson se echa a reír.

—Aunque vaya vestida con pantalones y abrigo, la delatan los ojos. Ésos no mienten.

—Dame tu palabra de hermano que la dejarás en paz —dice Kartik, y veo palpar el miedo en su garganta.

Los labios de Fowlson se curvan con odio.

—Has abandonado el redil, hermano. Entre nosotros no hay palabra que valga. No tengo que prometerte nada.

Fowlson se saca una navaja del bolsillo. La abre con un chasquido y la hoja brilla bajo la débil luz de gas.

Observo detenidamente las orillas del Támesis, buscando con la mirada a alguien que pueda oír mis gritos y ayudarnos. Pero la niebla que nos envuelve es cada vez más espesa. ¿Y quién no preferiría salir corriendo al oír tanto jaleo? Magia. Puedo conjurarla si necesito hacerlo, pero entonces sabrán positivamente que les mentí al decirles que ya no la tenía.

Uno de los rufianes le arroja una manzana a Fowlson, quien la atrapa con la mano sin vacilar. Clava la navaja en ella y separa la piel de la carne en largas tiras que caen a sus pies.

Trago saliva y doy un paso al frente.

—Quiero que dejes a mi hermano en paz.

Fowlson me dedica una sonrisa despiadada.

—¿Eso quieres?

—Sí —respondo, aunque me gustaría que mi voz fuera más firme—. Por favor.

—Pues muy bien. Eso sólo depende de ti, señorita Doyle. Tienes algo que nos pertenece.

—¿Y qué es? —logro preguntar a pesar de mi miedo.

—¡Uhhh! Qué coquetuela. —Su sonrisa se transforma en una mueca—. La magia.

Avanza hacia delante y Kartik y yo retrocedemos. Tenemos el Támesis cada vez más cerca.

—Ya te he dicho que no la tengo.

Los ojos de Kartik se mueven a derecha e izquierda; espero que esté buscando una vía de escape.

—Mientes —gruñe Fowlson.

—¿Cómo sabes que miente? —pregunta Kartik.

—Está hablando ella —responde con una sonrisa sombría.

—Se supone que los Rakshana tienen que proteger a los reinos y a la magia, no robarla. —Necesito ganar un poco más de tiempo.

—Eso era antes, amiga. Las cosas están cambiando. Las brujas ya tuvieron su oportunidad.

Fowlson se lleva la navaja a la boca y da un mordisco a la manzana. Estamos atrapados. La única salida que tenemos es el Támesis.

—A mi modo de ver, si lo pensáis bien, soy un héroe. —Señala con la navaja a Kartik—. Tú has traicionado a la hermandad y tú —ahora me apunta a mí con ella—, tú tienes la respuesta a todos nuestros problemas.

—¿Puedes saltar? —me susurra Kartik y dirige la vista hacia el barco anclado detrás de nosotros.

Asiento con la cabeza.

—¿Qué estáis cuchicheando, cotorrillas? —pregunta Fowlson.

—A las tres —murmuran Kartik—. Uno, dos...

Estoy demasiado asustada para esperar. Salto a la de dos, arrastrándolo conmigo, y caemos en la proa del barco con un ruido sordo que hace que se me estremezca todo el cuerpo.

—Dije a la de tres —jadea Kartik como si se le hubieran reventado los pulmones.

—Lo-lo siento —me disculpo resollando.

Fowlson nos grita desde el muelle mientras también él se prepara para saltar.

—Vamos.

Kartik me levanta de un tirón, y nos arrastramos cojeando hasta la popa, donde hay otro bote más pequeño detrás de la embarcación. Hay un pequeño hueco entre ambos, pero a oscuras y con las aguas del Támesis lamiéndolo abajo, parece abarcar un kilómetro. El bote se mueve, lo que lo hace aún más inestable.

—¡Salta! —ordena Kartik.

Da un brinco entre la división y me arrastra con él.

—¡Qué demonios...! —exclama un sorprendido marinero cuando nos ve aterrizar en su barco.

—¡Inspección sorpresa! —grita Kartik y, al instante, estamos fuera del barco y corriendo otra vez.

Otro salto más y ya estamos en el dique. Echamos a correr como locos por el suelo resbaladizo aunque procurando no caernos. Fowlson y sus matones nos siguen de cerca. Bajo la calle hay una brecha abierta. Una alcantarilla.

—¡Por aquí! —grita Kartik y sus palabras resuenan.

La alcantarilla es tan maloliente que me entran ganas de vomitar. Me llevo la palma de la mano a la nariz.

—No creo que pueda —digo dando arcadas.

—Es una salida.

Nos arrastramos por el interior del agujero infecto y apestoso. Las paredes rezuman humedad. La porquería se desborda por la base del túnel. Se filtra por mis botas y me empapa las medias y me veo obligada a luchar contra la bilis que me sube por la garganta. El túnel parece tener vida propia. Unas ratas negras y gordezuelas corretean con sus minúsculas patas después de salir a trompicones de las estrechas grietas de las paredes. Sus chillidos me erizan el vello de los brazos y se me pone carne de gallina. Una rata osada asoma la nariz cerca de mi cara y doy un grito. Kartik me tapa la boca con la mano.

—Shhh —susurra y hasta eso resuena en la fétida alcantarilla.

Nos quedamos quietos, escuchando, acurrucados en el túnel húmedo y hediondo. Se escucha un goteo constante y el horrible sonido de las garras de las ratas escabulléndose. Y también algo más.

—Hola, amigos. Sabemos que estáis aquí.

Kartik empieza a moverse de nuevo, pero encima de nuestras cabezas la alcantarilla se oscurece, lo que me causa pavor. No puedo seguir adelante.

—Cierra los ojos. Yo te guiaré —murmura.

Se pone a mi lado y me pasa un brazo por la cintura.

Estoy completamente rígida.

—No. No puedo. Yo...

—¡Ya son nuestros!

Rápidos como una centella, los hombres de Fowlson se nos echan encima. Agarran a Kartik y le doblan el brazo detrás de la espalda hasta que aúlla de dolor.

—Estoy muy ofendido —dice Fowlson avanzando hacia nosotros lentamente.

—Se la entregué a la Orden —espeto—. Tienes razón; te he mentado. Pero esta mañana me he encontrado con la señorita McCleethy. Me ha hecho ver lo que era más conveniente. Hemos llegado a un acuerdo sobre los reinos. Es la Orden quien ostenta ahora todo el poder. ¡Lo juro!

La expresión del rostro de Fowlson se ablanda. Parece preocupado, confundido.

—¿Esta mañana?

—Sí —miento.

Tengo tan cerca a Fowlson que hasta me llega el olor a manzana y veo su mandíbula contraerse con rabia.

—Si eso es verdad, no hay nada que me impida acabar con Kartik aquí y ahora. —Presiona la hoja de la navaja contra la garganta de Kartik—. Pobre hermano Kartik. ¿Te gustaría saber lo que le pasó, señorita?

Kartik intenta zafarse de la navaja.

—Cayó en nuestras redes. ¿Y sabes cuánto tiempo un hombre puede soportar nuestro escrutinio? —Fowlson acerca tanto su boca a mi oreja que siento el calor de su respiración—. He destrozado almas en menos de un día. Pero nuestro Kartik no quería doblegarse. No quería contarnos lo que sabía sobre ti y los reinos. ¿Cuánto duró, Kartik? ¿Cinco días? ¿Seis? He perdido la cuenta. Pero al final, se derrumbó como sabía que haría.

—Te mataré —jadea Kartik con la navaja contra su garganta.

Fowlson se echa a reír.

—¿Es tu talón de kilos, amigo? ¿No quieres que lo sepa? —Fowlson ha olido el miedo de Kartik y ahora quiere su sangre. A pesar de que aprieta la navaja contra su cuello con fuerza, lo único que considero realmente lacerante son sus palabras—. Kartik acabó por volverse loco de remate. Empezó a decir que veía a Amar, que el bueno de Amar le había hecho llegar un mensaje: «Serás el causante de su muerte, hermano». Y sea lo que sea que estuviera viendo, tendría que ser horrible, porque gritaba y gritaba y no dejaba de gritar, aunque allí no había nada más que el aire que se respira. Y entonces es cuando supe que al fin y al cabo había acabado con él. —Fowlson esboza una amplia sonrisa airada—. Pero aún no sé por qué no quiere que lo sepas.

Los ojos de Kartik se humedecen. Parece haberse hundido de nuevo y quisiera matar a Fowlson por lo que le hizo. No permitiré que vuelvan a hacerle daño. No

mientras pueda impedirlo.

—Es Aquiles —digo.

La navaja de Fowlson se muestra indecisa durante un instante.

—¿Qué?

—Es el talón de Aquiles, no el talón de kilos, estúpido idiota.

Abre los ojos como platos y se echa a reír.

—¡Oh, menuda boquita tienes, encanto! En cuanto acabe con él te la haré más grande de un tajo.

—Lo dudo mucho.

Veloz como una liebre, pongo la mano en su brazo. La magia fluye de mi interior como si se tratara del mismo Támesis. Una luz cegadora llena las paredes del túnel, e ilumina el rostro sorprendido y atemorizado de Fowlson mientras sus pensamientos penetran en mí y lo mantengo sujeto.

Su cólera intimidante y su crueldad me recorren las venas apenas un segundo. Y un efímero recuerdo las releva: un niño, una cocina oscura, un cubo de agua y una mujer alta con el ceño fruncido y sonriendo con sarcasmo y los labios apretados. No sé qué significa, pero siento el pavor del pequeño. Es más, el estómago se me encoge de miedo. Al instante desaparece y ahora siento la magia chisporrotear en mí.

—Sí —digo—. Mentí. Y ahora tengo que pedirte que te quedes aquí, señor Fowlson.

Aprovecho la magia para cambiar lo que él y sus secuaces tienen en mente. «No podéis seguir». Aunque no lo digo en voz alta, el efecto es el mismo. Fowlson se sorprende al descubrir que las piernas no responden a sus órdenes. Parecen estar congeladas. Se le cae la navaja de los dedos; las manos le cuelgan a ambos lados, y Kartik queda liberado. Los secuaces de Fowlson se limitan a mirarse entre ellos en busca de una explicación. Por mucho que lo intentan tampoco pueden moverse.

—¿Qué me has hecho, bruja? —chilla Fowlson.

—Te lo has hecho a ti mismo, Fowlson —replico—. Deja a mi hermano en paz.

Fowlson pugna por liberarse.

—¡Como no me sueltes te haré picadillo!

—Ya basta. Prométemelo.

Sonríe abiertamente y su desdén me enfurece.

—Lo único que voy a prometerte es lo siguiente: todo esto me trae sin cuidado. Ahora se trata de tú y yo. Voy a ir a por ti, pequeña bruja. Vas a pedirme perdón.

La magia se agría dentro de mí. Dejo de sentirme yo misma. Y lo único que percibo es una rabia tan intensa que me ciega. Quiero hacerle daño, someterlo a mi voluntad. Quiero que sepa quién tiene el poder. «Te arrepentirás...».

Los ojos de Fowlson se abren como platos, aterrados. Se desploma lentamente; con el rostro inclinándose cada vez más hacia la mugre líquida del suelo de la alcantarilla. No puede hablar; mi furia no se lo permite. Parpadeo. Kartik intenta hacerme entrar en razón pero no quiero escucharlo; sólo deseo castigarlo como se

merece.

Algo me atraviesa el alma. El niño en la cocina. La mujer iracunda se arremanga. El pequeño se encoge ante su furia terrible. «Miserable bastardo —le insulta—. Yo te enseñaré a respetarme. Te voy a destrozar». La mujer le mete la cabeza en el cubo de agua y se la hunde con fuerza mientras el niño se revuelve. «¡Vas a pedirme perdón!». El pequeño logra sacar la cabeza, jadeando, y ella vuelve a hundirlo en el agua. Está a punto de ahogarse y, durante un instante, contempla esa posibilidad, contempla la posibilidad de llenarse los pulmones de agua para hacerla feliz, para que se sienta bien. Pero no puede hacerlo. Fracasa en el intento. Ella alza su cabeza apenas unos centímetros y el niño consigue escupir una palabra: «Perdón». Le golpea con fuerza y le hace un corte en la mejilla con el anillo. El pequeño se ovilla en un rincón, con la mano apretada en la profunda herida; no se atreve a gritar. Mañana intentará hacerlo mejor. Mañana ella lo querrá. Mañana no la odiará tanto.

Me siento como si me hubieran golpeado. La magia flaquea; me tambaleo y apoyo las palmas de las manos contra la pared para detener la caída. El rostro de Fowlson está a unos escasos centímetros del agua infecta. «Detente —me digo a mí misma—. Detente». La magia se relaja en mi interior como perros dando vueltas sobre sí mismos para echarse a dormir. Me duele la cabeza y me tiemblan las manos.

Fowlson se levanta enseguida, jadeando y tiritando.

—Lo siento —digo con voz áspera—. Tu madre..., ella te lastimó. Te hizo esa cicatriz.

Fowlson se esfuerza por hablar.

—¡No nombres a mi madre! ¡Era una santa!

—No —susurro—. Era un monstruo. Te odiaba.

—¡Cállate! —grita con las comisuras de la boca llenas de saliva.

—Yo no quería hacerlo —protesto—. Créeme.

—Te arrepentirás, encanto. —Se vuelve hacia Kartik—. Espero que aprendieses mucho los días que pasaste con nosotros, hermano. Lo necesitarás.

Fowlson se inclina hacia mí, aunque estoy fuera de su alcance. Necesita hacerlo; es todo lo que le queda.

—¡Te machacaré, zorra!

Debería abofetearlo por ello, pero no lo haré. Sólo soy capaz de ver a ese niño agazapado en un rincón de la cocina.

—La magia no obrará durante mucho tiempo. Una hora, dos como máximo. Y, en cuanto te libres de ella, dejarás de perseguirnos, Fowlson, o me veré obligada a hacer uso de ella una vez más.

Kartik me coge de la mano y me lleva hacia la salida de la alcantarilla. Dejamos atrás a Fowlson, tambaleándose y maldiciendo en la oscuridad.

Es un alivio volver a caminar a lo largo del sucio Támesis. La atmósfera del río, que

hace una hora me parecía tan nauseabunda, me resulta ahora fragante comparada con el hedor sofocante de la cloaca. Las toses entrecortadas y las canciones disonantes de los mendigos del lodo flotan entre la niebla como fantasmas. Un súbito grito lacera la neblina. Alguien ha encontrado un trozo de carbón y la noticia se recibe con excitación y un gran trasiego de agua cuando los mendigos del lodo se apresuran a congregarse en el lugar del feliz hallazgo. Sin embargo resulta que no es más que una piedra. Oigo el duro chapoteo al ser arrojada al lecho del Támesis, al camposanto de la esperanza.

—Necesito sentarme —digo.

Deambulamos por los muelles y descansamos un momento, atentos a las embarcaciones que se balancean en el río.

—¿Estás bien? —pregunto tras un largo silencio.

Se encoge de hombros.

—Ya has oído lo que Fowlson ha dicho. Ahora ya no pensarás lo mismo de mí.

—Eso no es verdad —contesto—. Amar dijo... —Me callo al recordar mi reciente encuentro con el hermano de Kartik en las Tierras Invernales. Pero no estoy preparada para hacerle esa revelación precisamente ahora—. En tu sueño, él te dijo que tú serías el causante de mi muerte. ¿Por eso te has mantenido alejado de mí?

No me contesta enseguida.

—Sí, en parte.

—¿Y cuál es la otra parte?

El rostro de Kartik se ensombrece.

—Yo..., nada.

—¿Por eso no querías formar parte de la alianza? —pregunto.

Asiente.

—Si no entro en los reinos, el sueño no podrá hacerse realidad. No quiero hacerte daño.

—Dijiste que la ignorancia no formaba parte del destino —le recuerdo—. Si no vas a los reinos, lo único que sucederá es que no habrás estado en ellos. Además, si quisieras hacerlo, aquí hay cientos de maneras de acabar conmigo. Puedes arrojarme al Támesis. O dispararme en un duelo.

—Colgarte con las entrañas de un animal —dice, uniéndose a la broma con una sonrisa incipiente.

—Dejarme para siempre con la señora Nightwing hasta que la muerte me devore.

—Eh, eso sería cruel hasta para mí —responde Kartik negando con la cabeza y echándose a reír.

—¿Consideras motivo de risa mi muerte inminente? —pregunto con sorna.

—No. No es eso. Has derrotado a Fowlson —dice y esboza una amplia sonrisa—. Ha sido... extraordinario.

—Pensaba que creías que mi poder era algo espantoso.

—Eso creía. Eso creo. Hasta cierto punto —admite—. Pero, Gemma, podrías

cambiar el mundo.

—Para eso no basta con mi magia —respondo.

—Cierto. Pero no es necesario que las cosas cambien de repente. Es suficiente con pequeños gestos. Momentos. ¿Entiendes?

Me mira de forma distinta, aunque no sé cómo definirlo. Lo único que sé es que me veo obligada a apartar la vista.

Los mástiles de las embarcaciones pugnan contra la niebla y nos permiten saber que están ahí. A lo lejos se escucha una sirena. Algún barco debe de haberse alejado hacia el mar.

—Qué sonido tan lúgubre. Tan solitario —digo y me abrazo las rodillas al pecho—. ¿Te has sentido alguna vez así?

—¿Solitario?

—Inquieto —digo tras buscar las palabras adecuadas—. Como si aún no te hubieras encontrado a ti mismo. Como si te hubieras metido alguna vez en la niebla y el corazón te diera un brinco. ¡Ah! ¡Está aquí! ¡Me faltaba esa parte! Pero eso sucede muy deprisa, y entonces esa parte de ti desaparece otra vez en la niebla. Y te pasas el resto de tu vida buscándola.

Asiente con la cabeza, aunque creo que trata de apaciguarme. Me siento una estúpida por habérselo contado. Es sentimental y cierto, y le he revelado algo de mí que no debería haber hecho.

—¿Sabes lo que creo? —dice, al fin, Kartik.

—¿Qué?

—A veces creo que puedes vislumbrarla en otro.

Y, tras decir esto, se inclina hacia delante al mismo tiempo que yo. Nos fundimos en un beso que no es prestado sino compartido. Su mano se ciñe alrededor de mi cuello. Mis manos encuentran su rostro. Lo acerco al mío. El beso se vuelve más intenso. La mano que descansaba en mi cuello se desliza por mi espalda y me atrae hacia su pecho.

Se oyen unos ruidos procedentes de los muelles. Nos separamos de inmediato, aunque quiero más. Kartik esboza una amplia sonrisa. Sus labios parecen ligeramente hinchados tras nuestro beso, y me pregunto si los míos también.

—Me van a arrestar —dice mientras hace un gesto de asentimiento hacia mis pantalones y mi apariencia masculina.

El repique imperioso del Big Ben nos recuerda que se nos hace tarde.

—Será mejor que nos vayamos —dice Kartik—. El encantamiento no durará para siempre, y no quisiera seguir aquí cuando Fowlson y sus secuaces se vean libres.

—Desde luego.

Pasamos por los lodazales donde siguen escudriñando los mendigos del lodo y, durante unos segundos, libero la magia una vez más.

—¡Oh! ¡Por todos los santos! —exclama un niño desde el río.

—¿Te has estampado contra el muelle? —grita una vieja.

Los mendigos del lodo se echan a reír.

—¡No es una piedra! —grita.

Se aleja de la niebla corriendo con algo en la mano. La curiosidad se apodera de todos. Se arremolinan a su alrededor para ver de qué se trata. En la palma de la mano tiene un puñado de rubíes.

—¡Somos ricos, amigos! ¡Aquí hay un baño caliente y una barriga llena para todos nosotros!

Kartik me mira con suspicacia.

—Qué golpe de suerte tan curioso.

—Pues sí.

—Supongo que no habrá sido obra tuya.

—No sé a qué te refieres —contesto.

Así es como cambian las cosas. Gracias a un gesto. A una persona. Paso a paso.

Freya nos guía hasta Spence. La luna nueva apenas nos sirve de ayuda, pero la yegua conoce el camino, por lo que, en vistas de lo poco que podemos hacer, nos limitamos a dejar que nos lleve y a descansar de nuestra aventura nocturna.

—Gemma —dice Kartik después de un largo silencio—, he cumplido con lo pactado. Y ahora te toca a ti contarme lo que sepas de Amar.

—Habló conmigo. Me dijo que te transmitiera un mensaje.

—¿Cuál?

—Me pidió que te dijera que siguieras los dictados de tu corazón, pues es ahí donde se fundamentará tu honor y tu destino. ¿Significa eso algo?

—Es algo que decía de vez en cuando, que se puede engañar al ojo pero que el corazón no miente.

—Entonces aún queda algo de tu hermano.

—Hubiera sido mejor que no fuera así.

Guardamos silencio de nuevo. El camino se allana. Estoy tan cansada que doy una cabezada en el hombro de Kartik.

—Lo siento —digo con un bostezo.

—No pasa nada —responde con dulzura, y acomodo la cabeza contra su espalda.

Me pesan los ojos. Podría dormir durante días. Pasamos por delante del cementerio que se halla a nuestra izquierda. Unos cuantos cuervos se posan en las tumbas y, poco antes de que se me cierren los ojos, veo una débil y trémula luz. Los cuervos desaparecen en su interior, y todo lo que hay en la colina se vuelve oscuro y silencioso como la muerte.

El día amanece con un escándalo. Se oyen unos gritos procedentes del césped. Hay problemas, y los problemas nos atraen como lo haría un presentador circense. Tras abrir mi ventana y asomarme por ella, cuento al menos una docena de chicas asomadas a otras ventanas, incluida Felicity. Es tan pronto que la señorita McCleethy está aún en camisón y lleva puesto su gorro de dormir. La señora Nightwing viste su habitual vestido oscuro con ese ridículo polisón en la parte de atrás. No me cabe duda de que duerme con él puesto. Por lo que sé, nació encorsetada.

Con una mano, el señor Miller lleva cogida del brazo a la Madre Elena y con la otra su cubo manchado de sangre.

—¡Hemos encontrado al vándalo y, como ya había dicho, es uno de ellos! —grita.

—Vamos, señor Miller. Suéltela de una vez —ordena la señora Nightwing.

—No volverá a decirme eso, señora, cuando sepa lo que ha hecho. Ha sido ella quien ha pintado las señales esas de brujería. Y quién sabe qué más.

La Madre Elena tiene el rostro demacrado y el vestido que lleva puesto le queda demasiado holgado.

—¡Intento protegernos!

Los gitanos salen en tropel del campamento hacia el césped alertados por el griterío. Kartik corre detrás de ellos mientras se sube los tirantes, con la camisa medio salida, y un repentino calor se me asienta en el estómago.

Una gitana da un paso adelante.

—Esa mujer no está bien.

El señor Miller no suelta el brazo de la Madre Elena.

—De aquí no se marcha nadie hasta que los gitanos no me digan dónde están Tambley y Johnny.

—Nosotros no los tenemos —contesta Ithal que ya baja por el césped subiéndose las mangas como si se dispusiera a pelear.

Agarra con fuerza a la Madre Elena por el otro brazo.

El señor Miller tira con tanta fuerza de la pobre mujer que ésta se tambalea.

—¿Qué clase de gente se dedica a dar tumbos por ahí? —grita—. ¡Pues la gente que no es de fiar, ésa! ¡No son mejores que los salvajes de la jungla! Os lo preguntaré una vez más: ¿dónde están mis hombres?

—¡Ya basta! —ruge la señora Nightwing exhibiendo su autoridad de directora, y se hace un silencio absoluto en el campo—. Señor Miller, la Madre Elena no está bien, por lo que sería muy conveniente que dejáramos que su gente se ocupara de ella. Espero no tener que volverla a ver en cuanto se encuentre en condiciones para viajar. —Se encara a Ithal—. Los gitanos ya no son bien recibidos en nuestras tierras. Y, en cuanto a usted, señor Miller, creo que tiene un trabajo del que ocuparse, ¿no es

así?

—Quiero a mis hombres antes de que os vayáis —refunfuña el señor Miller a Ithal—. O me haré con uno de los tuyos.

Avanzado el día, la señora Nightwing cede y consiente que ayudemos a Brigid a preparar una cesta con comida y medicinas para la Madre Elena a modo de obra de caridad.

—La Madre Elena lleva tanto tiempo aquí como yo —nos explica nuestra directora mientras mete en la cesta un tarro con ciruelas en conserva—. Recuerdo a Ithal cuando era pequeño. No soporto pensar que tengan que marcharse.

Brigid le da una palmadita en el hombro a Nightwing, quien se tensa ante el gesto compasivo.

—Sin embargo, no perdonaré ningún acto de vandalismo.

—Pobre anciana demente —dice Brigid—. Parece tan maltrecha como mi pañuelo.

El rostro de nuestra directora trasluce remordimiento durante un breve instante. Añade un bote extra de comprimidos.

—Ya está. ¿Alguna voluntaria para llevar esto a...?

—¡Yo! —grito y paso el brazo por el asa de la cesta antes que nadie la coja.

El cielo amenaza lluvia. Las nubes se apiñan en grupos malhumorados dispuestos a descargar su furia. Atravieso los bosques corriendo hasta el campamento gitano mientras sujeto con fuerza la cesta. Las gitanas no parecen muy contentas de verme. Se cruzan de brazos y me miran con suspicacia.

—He venido para traer a la Madre Elena comida y medicinas —explico.

—No queremos su comida —dice una anciana con una larga trenza cubierta de monedas doradas— es *marime*; impura.

—Sólo quiero ayudar —digo.

Kartik le habla a la mujer en romaní. La conversación es acalorada —escucho la palabra *gadje* (forasteros) pronunciada en tono amargo— y, de vez en cuando, vuelven la vista hacia mí con el ceño fruncido. Sin embargo, finalmente, la mujer de la trenza larga me permite ver a la Madre Elena, así que corro a refugiarme en el carromato de la Madre Elena y tiro de la campanilla que cuelga de un clavo.

—Adelante —contesta con voz débil.

El carromato huele a ajo. Hay muchas cabezas de ajo en una mesa, junto a un mortero y un almirez. Los laterales del carromato están repletos de estantes que contienen tinturas y hierbas en tarros de vidrio. También hay pequeños amuletos de metal, y me sorprende ver una estatuilla de la diosa Kali entre dos botellas, aunque he oído que hace mucho, mucho tiempo, los gitanos vivían en la India. Recorro la figurilla con los dedos: los cuatro brazos, la lengua larga, la cabeza del demonio en una mano, y la espada sanguinolenta en la otra.

—¿Qué miras? —pregunta la Madre Elena.

Veo su rostro a través de una botella alargada y el vidrio distorsiona sus rasgos.

—Tiene un talismán de Kali —respondo.

—La Madre Negra.

—La diosa de la destrucción.

—La destrucción de la ignorancia —dice la Madre Elena corrigiéndome—. Es la única que nos ayuda a caminar a través del fuego del conocimiento, para conocer nuestras tinieblas que no deberíamos temer sino liberar, puesto que en nosotros anidan tanto el caos como el orden. Acércate para que pueda verte.

Se sienta en la cama y baraja un mazo de cartas desgastadas del tarot con aire distraído. Respira con dificultad.

—¿Para qué has venido?

—Le traigo comida y medicinas de parte de la señora Nightwing. Pero ellos me han dicho que no se la comerá.

—Soy una anciana. Haré lo que me apetezca.

Con un gesto de asentimiento me indica que abra la cesta. Le muestro el queso. Lo huele y hace una mueca horrible. Lo aparto y saco el pan, que sí acepta. Arranca pequeños trozos con sus manos sarmentosas.

—Intento advertirles —dice de repente.

—¿De qué intentaba advertirles?

Se pasa una mano por el pelo, que necesita un buen cepillado.

—Carolina murió en el incendio.

—Lo sé —respondo y trago saliva para eliminar el áspero cosquilleo que siento en el fondo de la garganta—. Pero eso sucedió hace mucho tiempo.

—No. El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado —murmura. Se atraganta con el pan. Le lleno un vaso de agua y la ayudo a beber a sorbitos hasta que le remite el acceso de tos—. Lo que se abre de una manera puede abrirse de otra —susurra mientras acaricia el talismán que le cuelga del cuello.

—¿Qué quiere decir?

Los perros ladran. Oigo a Kartik tranquilizarlos y a una de las gitanas reprenderle por acariciarlos.

—Uno de ellos nos trae a los muertos.

Un escalofrío me recorre la columna.

—¿Uno de ellos nos trae a los muertos? —repito—. ¿Quién?

La Madre Elena no responde. Gira una carta del tarot. Contiene el dibujo de una torre elevada alcanzada por un rayo. Las llamas salen por la ventana y dos desventuradas caen a las rocas que hay debajo.

Pongo los dedos en la horrible carta como si pudiera evitarlo.

—Destrucción y muerte —explica la Madre Elena—. Cambio y verdad.

La cortina del carromato se abre de repente y doy un brinco. La gitana de la larga trenza me mira recelosa. Le hace una pregunta a la Madre Elena con brusquedad en su lengua materna. La Madre Elena responde. La mujer sostiene la cortina del carromato.

—Ya basta. Está enferma. Y ahora váyase. Y llévese esa cesta.

Avergonzada, hago ademán de coger la cesta y la Madre Elena me agarra del brazo.

—La puerta tiene que permanecer cerrada. Díselo a ellos.

—Sí, se lo diré —respondo y salgo precipitadamente del carromato.

Al pasar junto a Kartik lo saludo con un gesto de la cabeza. Me sigue detrás con los perros hasta que estamos bastante lejos del campamento y de la academia y nadie puede vernos.

—¿Qué tenía que decirte la Madre Elena? —pregunta.

Los perros olfatean la tierra. Se muestran inquietos. Un trueno retumba a lo lejos. El aire trae consigo el olor a cobre de la lluvia y se levanta viento. Me alborota el cabello.

—Ella cree que el ala este está maldita, que atraerá a los muertos. Que alguien quiere que vengan.

—¿Quién? —pregunta.

—No lo sé. No he entendido lo que me ha dicho.

—Está muy enferma —explica Kartik—. Esta noche ha escuchado el grito de la lechuza; la precursora de la muerte. No llegará al verano.

—Lamento oír eso —digo.

Uno de los perros me pone las patas en mi falda y se estira para que lo acaricie. Le rasco suavemente detrás de las orejas y me lame la mano. Kartik acaricia el pelo del animal y nuestros dedos se tocan durante unos instantes. Un chispazo me atraviesa el cuerpo.

—Anoche tuve un sueño —dice mientras mira a su alrededor por si alguien nos ve. Después de asegurarse de que nadie nos mira, se me acerca y me besa en la frente, los párpados y, finalmente, en la boca—. Estaba en un jardín. De los árboles caían flores blancas. Era el lugar más hermoso que he visto en mi vida.

—Me has descrito los reinos —respondo como puedo, pues tengo sus labios en los míos—. ¿Y aparecía yo en ese sueño?

—Sí —responde sin añadir nada más, excepto un rastro de besos bajo mi cuello que hacen que la cabeza me dé vueltas.

—¿Era malo? —consigo preguntar, pues de repente me asusto al pensar en lo que puede haber soñado.

Niega con la cabeza lentamente y se le escapa una sonrisa traviesa.

—Puede que tenga que ver esos reinos por mí mismo.

Un trueno se escucha más cerca; pequeñas brechas de luz crepitan en el cielo. Grandes gotas de lluvia salpican los árboles y me golpean en la cara. Kartik se ríe y me seca las mejillas con el dorso de la mano.

—Será mejor que entres en la academia.

La lluvia comienza a arreciar cuando llego a la cima del claro, pero me trae sin cuidado. Sonrío como una tonta. Alzo los brazos y levanto el rostro para recibir sus

besos húmedos. «Hola, lluvia ¡Feliz primavera para ti también!». Piso con fuerza un charco y me echo a reír cuando me salpico la ropa de barro.

Los hombres del señor Miller no parecen tan contentos. Se apresuran a ponerse sus abrigos y gorras, con los hombros pegados a las orejas para mantener alejado al viento lacerante de sus cuellos empapados. Reúnen sus herramientas y se gritan los unos a los otros por encima del estrépito de la tormenta.

—En realidad, no se está tan mal —comento, como si pudieran oírme—. Deberían darse una buena zambullida. Harían bien en...

Me sobreviene de forma tan repentina que apenas puedo respirar. De repente, veo la torreta y a los hombres y, acto seguido, se hace a un lado. Me hallo en un túnel donde se me ha empujado a entrar a toda prisa. Y, después, me encuentro dentro de una visión.

Estoy en una habitación pequeña. El olor es intenso. Doy arcadas. Los pájaros chillan. Wilhelmina Wyatt escribe en las paredes, parece una mujer poseída. La luz es demasiado tenue. Y todo cuanto alcanzo a ver se agita bruscamente como un juguete mecánico. Palabras: «Sacrificio. Mentiras. Monstruo. El nacimiento de mayo».

La escena cambia y veo a la pequeña Mina con Sarah Rees-Toome.

—¿Qué es lo que ves en la oscuridad, Mina? Enséñamelo.

Veo a Mina en el césped de atrás de la academia: sonrío a las gárgolas. Después la veo esbozar un retrato perfecto del ala este y dibujar las líneas que he visto trazadas en la tierra. La escena se diluye y ahora Wilhelmina redacta una carta cuyas palabras escribe con trazos furiosos: «Ha hecho caso omiso de mis advertencias... me veré obligada a desenmascararla...».

—¿Señorita? ¿Señorita?

Parpadeo y entreveo durante apenas un instante a los hombres del señor Miller, rodeándome en el césped, y de repente de nuevo me hallo en la habitación oscura. Wilhelmina se sienta en el suelo con la daga entre las manos. ¡La daga! Saca un pequeño rollo de cuero que, al desatarlo, muestra una jeringuilla y viales. Envuelve la daga en la bolsa de piel con sumo cuidado. ¡Así que ahí está! Todo cuanto tengo que hacer es...

Wilhelmina se sube la manga y deja el brazo al descubierto. Golpea los dedos contra las venas en la cara interna de la articulación del codo. Clava en ella la jeringuilla y vacía su contenido, tras lo que siento que algo me recorre el cuerpo con la velocidad del rayo.

—¡Señorita! —grita alguien.

Me hallo de vuelta en el césped tras la academia y bajo la lluvia que me cala hasta los huesos. El corazón me late con fuerza y desacompañado. Los dientes me rechinan. Me invade un extraño alborozo.

—Está sonriendo, así que debe de encontrarse bien —dice uno de los hombres.

Me siento muy rara. La cocaína. Me he metido en la piel de Wilhelmina Wyatt. Siento lo que ella siente. Pero ¿cómo? La magia. Está cambiando. Está cambiando lo

que veo y lo que siento.

Los hombres me pasan los brazos por sus hombros y me conducen a rastras hasta la cocina de Brigid.

—María, madre de Dios, ¿qué ha pasado? —pregunta Brigid.

Me sienta en una silla cerca del fuego y manda apartar a los hombres.

—La hemos encontrado en los bosques, creo que ha tenido un ataque —dice un hombre.

Un ataque. Como Pippa. Sí, eso es. He tenido un ataque. Me río, aunque sé que no me conviene reírme.

—¿Está bien? —pregunta otro echándose hacia atrás.

—Ahora váyanse. Vuelvan al trabajo. Esto es cosa de mujeres —cloquea Brigid mientras observo las expresiones de alivio de los hombres por no tener que quedarse.

La cocaína. La risa. El ataque. Los misterios que sólo las mujeres conocen.

Una colcha me envuelve los hombros. El hervidor está puesto. Oigo el chasquido de una cerilla; el horno encendido.

—Estás más nerviosa que un gato —me reprende Brigid.

Han llamado a la señora Nightwing. Se acerca a mí e, instintivamente, me echo hacia atrás. La carta de la visión: «La vi en su armario». ¿Acaso intentaba Wilhelmina prevenirme de Nightwing?

—¿Qué es todo este alboroto? —pregunta la directora.

—Nada —gruño.

Hace ademán de ponerme una mano en la frente y me aparto.

—Estese quieta, señorita Doyle, por favor —me ordena y su orden suena un tanto perversa.

—Sólo voy a dejar que me ayude Brigid —digo.

—¿Ah, sí? —Nightwing entrecierra los ojos—. Brigid no es la directora de la academia, sino yo.

Vierte un líquido nauseabundo en una cuchara.

—Abra la boca, por favor.

Como no lo hago, Brigid me separa los labios a la fuerza y el aceite espeso me baja por la garganta hasta que me dan arcadas.

—¡Me ha envenenado! —exclamo mientras me limpio la boca con una mano.

—Sólo es aceite de hígado de bacalao —dice Brigid con voz melosa.

No aparto los ojos de la señora Nightwing.

—La desenmascararé —digo en voz alta.

La señora Nightwing se da la vuelta.

—¿Qué ha dicho?

—La desenmascararé —repito.

La momentánea expresión de sorpresa de Nightwing se transforma en una de calma.

—Brigid, creo que la señorita Doyle debería quedarse hoy en la cama hasta que se

encuentre mejor.

Aunque se me ha ordenado acostarme, no puedo dormir. Es como si alguien hubiera soltado unas hormigas por mi cuerpo. Por la tarde me duelen las articulaciones y me palpita la cabeza, aunque ya no me siento dominada por el hábito de Wilhelmina. No he disfrutado de esa visión, y me asusta poder tener otra.

La señora Nightwing en persona me trae el té en una bandeja.

—¿Cómo se encuentra?

—Mejor.

Me llega a la nariz el olor a tostadas con mantequilla y enseguida me doy cuenta de lo hambrienta que estoy.

—¿Azúcar? —pregunta con la cucharilla planeando cerca del azucarero.

—Sí, gracias. Tres... dos cucharadas, por favor.

—Puedo ponerle tres si es lo que quiere —dice.

—Sí. Entonces, tres. Gracias —respondo tragándome los mordiscos que le doy a la tostada con más rapidez de lo que se considera educado.

La señora Nightwing echa un vistazo a mi dormitorio y toma asiento, sentándose en el borde de la silla, como si ésta tuviera chinchetas.

—¿Qué quiso decir con el comentario de antes? —pregunta.

Su mirada es penetrante. La tostada se convierte de repente en un trozo enorme que no me pasa por la garganta.

—¿Qué comentario? —pregunto.

—¿No se acuerda de lo que me dijo?

—Lo lamento, pero no me acuerdo de nada —miento.

Me sostiene la mirada un buen rato y luego me pregunta si quiero leche en el té. Le digo que sí.

—¿Dijo la Madre Elena por qué dibujó esas marcas de brujería? —pregunta para cambiar de tema.

—Cree que servirán para protegernos —digo con cautela—. Cree que alguien intenta traer a los muertos.

La directora se muestra impasible.

—La Madre Elena no está bien —dice, haciendo caso omiso de mis palabras.

Me pongo una cucharada de mermelada en la tostada.

—Señora Nightwing, ¿por qué está reconstruyendo el ala este?

La señora Nightwing se sirve una taza de té sin leche ni azúcar para endulzarlo.

—No sé lo que quiere decir.

—Han pasado veinticinco años desde que se produjo el incendio —respondo—. ¿Por qué ahora?

La señora Nightwing se quita una pelusa de la falda y la alisa con la mano.

—Conseguir los fondos necesarios ha sido una labor de años; si sólo hubiera dependido de nosotras, lo hubiéramos hecho mucho antes. Tengo la esperanza de que la restauración del ala este sirva para quitarnos las telarañas de nuestra reputación y

que se nos tenga en más alta estima. —Sorbe el té y hace una mueca; a pesar de que está demasiado amargo, no hace ademán de coger al azucarero—. Cada año pierdo alumnas que prefieren marcharse a escuelas más nuevas, como la de la señorita Pennington. Se considera a Spence una debutante envejecida y su fortuna ha menguado. Esta escuela ha sido el trabajo de mi vida. Debo hacer cuanto esté en mis manos para que mi labor continúe.

»¿Señorita Doyle? —La señora Nightwing vuelve a mirarme fijamente. Me obligo a dibujar en mi rostro una expresión amigable—. No pretendía hablarle con tanta sinceridad, pero creo que puedo confiar en usted, señorita Doyle. Usted ha tenido que soportar privaciones. Eso curte, conforma el carácter.

Me obsequia una tacaña sonrisa.

—¿Y también confía en la señorita McCleethy? —pregunto sosteniendo con fuerza mi taza y evitando su mirada.

—Qué pregunta. Por supuesto que sí —responde.

—¿Diría que como en una hermana? —insisto.

—Como en una amiga y compañera —me replica la señora Nightwing.

A pesar del té, tengo la garganta seca.

—¿Y qué hay de Wilhelmina Wyatt? ¿Confiaba en ella?

Esta vez me atrevo a mirar a la directora. Sus labios se contraen en una línea delgada.

—¿Dónde ha oído ese nombre?

—Era una chica de la academia, ¿no es verdad? La sobrina de la señora Spence.

—Sí, lo era —responde la señora Nightwing con los labios apretados.

No obtendré información de ella tan fácilmente.

—¿Por qué no ha venido a visitarla? —pregunto fingiendo inocencia—. Como haría cualquiera de las orgullosas hijas de Spence.

—Mucho me temo que no era una de sus orgullosas hijas, sino una de sus decepciones —se queja la directora—. Intentó impedir que restauráramos el ala este.

—¿Y por qué hizo semejante cosa?

La señora Nightwing dobla pulcramente su servilleta y la deposita encima de la bandeja.

—No lo sé. Al fin al cabo, fue ella quien sugirió emprender la restauración del ala este.

—¿Que fue ella quien lo sugirió? —pregunto confusa.

—Así es. —La señora Nightwing da un sorbo a su té—. Y se llevó algo que me pertenecía.

—¿Que le pertenecía? —pregunto—. ¿El qué?

—Una reliquia confiada a mi cargo. Una pieza muy valiosa. ¿Más té?

La señora Nightwing levanta la tetera.

—¿Una daga? —inquiero.

La directora palidece.

—Señorita Doyle, le he ofrecido té, no que me interrogue. ¿Quiere más té o no?

—No, gracias —contesto y deposito mi taza en la bandeja con suavidad.

—Muy bien, pues —dice mientras lo recoge todo—. Descanse. Estoy segura que mañana estará como una rosa, señorita Doyle.

Y, tras decir esto, la señora Nightwing se marcha llevándose consigo la bandeja y dejándome como siempre, con más preguntas que respuestas.

Estoy demasiado inquieta para dormir. Me dan miedo mis sueños y me asusta terriblemente tener otra visión. Como lo único que he comido en todo el día es una tostada, estoy hambrienta. Me comería hasta las sábanas de la cama.

Protegiendo la llama de mi vela con una mano, camino de puntillas por los pasillos fríos, oscuros y silenciosos de Spence y bajo a la cocina. La extraña colección de talismanes de Brigid aún sigue aquí. Las hojas de serbal en las ventanas y la cruz en la pared. Espero que no les haya dado todo lo que queda de comida a los duendecillos. Hurgo en la despensa y encuentro una manzana poco pocha. La engullo a grandes mordiscos. Acabo de empezar a atacar un trozo de queso cuando escucho voces. Apago la vela y bajo sigilosamente hasta el vestíbulo. Una débil luz se filtra por los delgados resquicios de las puertas del gran salón.

Alguien baja por las escaleras. Me oculto tras las sombras temblando en la oscuridad mientras me pregunto quién andará por aquí a estas horas. La señorita McCleethy baja en camisón portando una vela. El pelo le cae suelto por los hombros. Me aprieto contra la pared hasta el punto de que temo que vaya a romperse la columna.

Se cuela en la estancia y deja la puerta levemente entreabierta.

—He entrado sin permiso —dijo una voz masculina.

—Ya lo veo —responde McCleethy.

—¿Está en la cama soñando con los angelitos?

—Sí.

—¿Estás segura? —pregunta burlón—. La otra noche me hizo una visita en el Támesis. Ella y el hermano Kartik.

¡Fowlson!

—Te está mintiendo, Sahirah. Ella tiene la magia, estoy seguro. He sentido el golpe de su bota en mi cara.

Fowlson se levanta. Puedo ver su sombra reflejada en la pared.

—¿Te crees que no sé que la tiene? —contesta la señorita McCleethy con un tono de voz acelerado—. Ya nos haremos con ella. Ten paciencia.

—Esa chica es peligrosa, Sahirah. Temeraria. Será nuestra perdición —insiste Fowlson.

La sombra de la señorita McCleethy se une a la de Fowlson.

—No es más que una niña.

—La infravaloras —responde él más tranquilo.

Sus sombras se acercan.

—En cuanto construyamos el ala este, la puerta secreta se iluminará para nosotros. Y entonces volveremos a apoderarnos de los reinos y la magia.

—¿Y después? —pregunta Fowlson.

—Después...

La sombra de Fowlson se acerca aún más a la de la señorita McCleethy. Sus rostros se encuentran y se funden en una sola sombra en la pared. Siento en el estómago el peso de todo el odio que ambos me producen.

—Estás un poco loca, Sahirah. —Dice Fowlson.

—Antes solía gustarte eso de mí —ronronea la señorita McCleethy.

—Yo no he dicho que ya no me guste.

Sus voces se convierten en suspiros y murmullos que siento en el estómago, y me sonrojo.

—Lo necesito, Sahirah —dice Fowlson suavemente—. Si soy el único al que se le permite estar contigo y con la Orden, podré poner un precio. Me considerarán un gran hombre por ello. No quiero volver a ser su mano dura. Quiero sentarme en el lugar que me corresponde con mi propio poder.

—Y lo harás. Te lo prometo. Déjalo en mis manos —responde la señorita McCleethy.

—El hermano Kartik es un problema. Intentó organizar una reunión. ¿Qué pasará si mi amo se entera que he dejado escapar a Kartik en lugar de matarlo como me ordenó?

—Tu jefe nunca lo sabrá. Y yo necesito ahora a Kartik.

Contengo la respiración. ¿Y si quieren perjudicarlo? Tengo que verle, advertirle...

—Él y yo tenemos un acuerdo —continúa la señorita McCleethy—. No olvida que fui yo quien pactó contigo para que la dejaras vivir, que fui yo quien ha cuidado de él en Londres durante todos estos meses hasta recobrar la salud. Ahora está en deuda conmigo, y responderá por mí.

—Se suponía que tenía que espiar a la chica, comunicarnos todo lo que viera y escuchara, y no actuar por su cuenta a nuestras espaldas.

—Hablaré con él —promete la señorita McCleethy.

El peso de sus palabras me obliga a resbalar lentamente por la pared. La señorita McCleethy en el Salón Egipcio. La silueta en las sombras. Era Kartik. Ella lo envió para que me espicara... a mí. Una hiel caliente y ácida me sube por la garganta.

—No conseguiremos más que palabras. Déjame que le vuelva a echar el guante. Así es como se hacen las cosas, Sahirah.

—Así es como tú haces las cosas —dice la señorita McCleethy—. Prefiero seguir utilizando mis métodos.

—¿Estás segura de que no sospecha nada?

La voz de la señorita McCleethy suena tan segura como siempre.

—Nada en absoluto.

Oigo pisadas de botas en el suelo. Me quedo sentada en la oscuridad, paralizada, mientras la señorita McCleethy acompaña a Fowlson hasta la puerta y sube las escaleras para irse a acostar. Permanezco sentada un rato más, incapaz de moverme. Y cuando vuelvo a sentirme las piernas, me dirijo directamente al varadero, donde sé que lo encontraré.

No me he equivocado; ahí está, leyendo a Homero bajo la luz de un candil.

—¡Gemma! —exclama, pero su sonrisa se disipa en cuanto ve mi expresión—. ¿Qué sucede?

—Me has mentido ¡y no te atrevas a negarlo! ¡Lo sé! —digo—. ¡Trabajas para ellos!

No intenta fingir que es inocente ni ofrecerme una excusa para salvar el pellejo, como sabía que no haría.

—¿Cómo lo has averiguado? —pregunta.

—Eso no es lo más importante, ¿no crees? —espeto—. ¿Es ésa la otra cuestión de la que no querías hablarme mientras estábamos sentados en el muelle? Antes de que tú me...

Besaras.

—Sí —contesta.

—Así que ¿espías para ellos y me besabas al mismo tiempo?

—No quería trabajar para ellos —se defiende—. Quería besarte.

—¿Se supone que ahora tendría que caer desmayada y rendida a tus pies?

—No le he contado nada a la señorita McCleethy. Por eso te mantuve apartada de mí, así que no tenía nada que confesar. Sé que estás muy enfadada conmigo, Gemma. Lo comprendo, pero...

—¿Ah, sí? —La magia me chisporrotea en el estómago. Podría hacer que todo esto se olvidara, pero no funcionaría. No del todo. No para nada bueno. Lo sé. Uso toda mi concentración para contener la magia, y ésta se enrosca dentro de mí, como una serpiente dormida—. Sólo quiero que me digas por qué.

Se sienta en el suelo con las manos descansando en las rodillas dobladas.

—Amar era todo cuanto tenía en el mundo. Era un buen hombre, Gemma. Un buen hermano. Pensar en él atrapado en las Tierras Invernales, condenado por toda la eternidad... —Su voz se apaga—. Y entonces tuve esa terrible visión cuando Fowlson —traga saliva— me torturó. No me hubiera importado que en ese momento me hubiera matado. Fue la señorita McCleethy quien lo impidió. Me dijo que podría salvar a Amar con su ayuda. Que podría salvarte. Pero que necesitaba saber lo que estabas a punto de hacer. Ella sabía que no se lo dirías.

—Por muy buenas razones —espeto.

—Creía que podría salvarnos a los dos —dice.

—¡No necesito que me salves! ¡Necesito poder confiar en ti!

—Lo siento —se limita a decir—. La gente comete errores, Gemma. Actuamos de

forma incorrecta por buenos motivos, y de forma correcta por motivos equivocados. Si quieres, mañana iré a ver a McCleethy y le diré que deje de amenazarme.

—Enviaré a Fowlson —le recuerdo.

Se encoge de hombros.

—Pues que lo haga.

—No es necesario hablar con McCleethy —digo tironeando de un hilo suelto hasta que el dobladillo de mi falda se deshace aún más—. Pues sabrá que lo sé. De todas maneras, no voy a volver a contarte mis secretos. Y te equivocas. Amar no era todo lo que tenías en el mundo —replico parpadeando con la vista dirigida hacia las vigas de madera del varadero—. Nunca has confiado en mí.

Asiente, aceptando el golpe y dispuesto a propinar el suyo.

—Me pregunto si también tú te permites el lujo de confiar en alguien.

Las palabras de Circe acuden a mi mente: «Volverás a mí cuando no te quede nadie en quien confiar».

—Me voy. Y no volveré.

Me precipito hacia la puerta y la empujo con todas mis fuerzas, dejando que dé un portazo contra el lateral del varadero.

Kartik sale detrás de mí y me agarra de la mano.

—Gemma —dice—, no eres la única alma perdida de este mundo.

Es tentador mantener mi mano sujeta con fuerza a la suya, pero no puedo.

—Te equivocas.

Libero mis dedos de los suyos y los cierro formando un puño contra mi estómago antes de correr hacia la puerta secreta.

En los campos de amapolas, camino del Templo, paso junto a Neela, Creostus y dos centauros más. Tienen un celemín de amapolas, y discuten por los Hajin por el precio.

—¿Has venido para hacer negocios con los Hajin? —se mofa Neela.

—Eso no es asunto tuyo —espeto.

—Nos prometiste una parte —dice mientras se transforma en una réplica perfecta de mí y luego volver a ser ella misma.

—Os la daré cuando lo considere oportuno —digo—. Y si lo considero oportuno. ¿Cómo sé que no habéis hecho un pacto con las criaturas de las Tierras Invernales?

Los labios de Neela se contraen en una mueca.

—¿Nos estás acusando?

Como no respondo, Creostus da un paso adelante.

—Eres como los demás.

—Aléjate de mí —digo, pero soy yo quien se marcha, trepando por la montaña hacia el pozo de la eternidad.

Pongo las manos en el pozo y miro fijamente el plácido rostro de Circe.

—Quiero que me cuentes todo lo que sepas de la Orden y de los Rakshana. Y no omitas nada —le ordeno—. Y quiero que me digas cómo puedo dominar la magia.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta.

—Tenías razón. Están conspirando contra mí. Todos ellos. No permitiré que me quiten la magia.

—Me complace oír eso.

Me siento en el borde del pozo con las rodillas contra el pecho. El dobladillo de la falda flota en el agua, lo que me recuerda las flores de un funeral esparcidas por el Ganges.

—Estoy preparada —digo, más a mí misma que a ella.

—Primero hay algo que tengo que saber. La última vez que te vi, te dirigías a las Tierras Invernales. Dime, ¿encontraste el Árbol de Todas las Almas?

—Sí.

—¿Y es tan poderoso como el Templo?

—Sí —respondo—. Su magia es diferente. Aunque extraordinaria.

—¿Qué te enseñó? —pregunta, y un leve suspiro resuena en la curva.

—Me mostró a Eugenia Spence. Está viva —contesto.

Circe se mantiene tan quieta que parece estar muerta.

—¿Qué quería? —pregunta al fin.

—Quiere que encuentre algo por mí. Una daga.

Hay una pausa momentánea.

—¿La has encontrado?

—Ya te he contestado bastantes preguntas. Ahora responderás las mías —espeto—. Enséñame.

—Eso te costará más magia —murmura.

—Sí, te pagaré. ¿Para qué la quieres? —añado—. ¿Qué puedes hacer con ella si no puedes abandonar el pozo?

Su voz emerge flotando de las profundidades.

—¿Qué te importa? Esto es una partida de ajedrez, Gemma. ¿Quieres ganarla o no?

—Sí, quiero.

—Pues entonces escucha atentamente...

Me siento durante horas junto a Circe, la escucho hasta que comprendo cuanto me dice, hasta que dejo de temer mi poder, hasta que algo se libera dentro de mí. Y, al salir del Templo, ya no me asusta el poder que anida en mi interior. Lo venero. Cerraré las fronteras de mi ser y las defenderé sin piedad.

Paseo entre los sauces y oigo el caballo de Amar a galope tendido detrás de mí. No corro. Me quedo quieta y me encaro a él. Se detiene cerca de mí; el aliento helado de su caballo me refresca el rostro.

—No voy a salir corriendo asustada —le digo.

—El nacimiento de mayo, joven mortal. Eso es lo que debería asustarte —

responde, y se aleja a lomos del caballo que levanta una nube de polvo.

Los cuervos se posan en los sauces. Me muevo entre ellos como una reina pasando ante sus súbditos, y éstos mueven sus alas oscuras y me graznan. Sus gritos aumentan y sacuden los árboles como los lamentos de los condenados.

ACTO IV

Medianoche

Por el cosquileo de mis pulgares,
algo malvado se acerca por estos lares.

MACBETH

En mayo, la exposición anual de la Real Academia de las Artes da pie al tradicional inicio de la temporada londinense. El Parlamento retomará sus sesiones y hordas de familias emprenderán el asalto a nuestra hermosa ciudad para asistir a fiestas y tés, conciertos, partidos y entretenimientos de todo tipo. Sin embargo, el comienzo extraoficial de todas esas festividades es el baile de *lady* Markham en honor de la puesta de largo de Felicity. Para la ocasión, *lady* Markham ha alquilado un magnífico salón en el West End, profusamente decorado con un estilo que haría justicia a un sultán. Asistir a esa clase de fiestas es un deporte secreto, y las anfitrionas compiten las unas con las otras a brazo partido por ser la que dé la fiesta más fastuosa y con más oropeles. *Lady* Markham quiere dejar el listón muy alto.

A lo largo del vestíbulo del salón de baile hay alineadas enormes palmeras. Las mesas lucen mantelerías blancas de lino y cuberterías de plata que brillan como el tesoro de un pirata. Una orquesta suena discretamente tras una gran pantalla roja decorada con dragones chinos. Hay todo un surtido de entretenimientos: un tragafuegos, con turbante y el rostro pintado tan azul con el de Krishna, expulsa entre los labios fruncidos una gruesa columna de fuego naranja, y los invitados jadean encantados. Tres siamesas entrelazadas luciendo largos vestidos cubiertos de abalorios y con zapatillas interpretan una danza lenta y complicada. Parecen un solo cuerpo con muchos brazos reptantes. Los caballeros se congregan alrededor de las bailarinas, hipnotizados por sus poderosos encantos.

—¡Qué vulgares! —dice mi carabina, la señora Tuttle.

La abuela ha pagado una bonita suma por sus servicios de esta noche, y creo que la señora Tuttle es la peor carabina que una puede esperar: puntual, aguda y demasiado atenta.

—A mí me gustan —contesto—. De hecho, creo que voy a aprender a bailar así. Puede que esta misma noche.

—No hará usted nada semejante, señorita Doyle —responde como si con eso zanjara el asunto, cuando eso no zanja nada en absoluto.

—Haré lo que me plazca, señora Tuttle —digo con suavidad.

Y, con suma discreción, agito una mano en sus faldas y éstas se alzan como una exhalación, dejando a la vista sus enaguas y calzones.

Con un grito ahogado, se baja la parte delantera del vestido y se levanta la trasera.

—¡Oh, vaya! —Se baja la parte de atrás y se le vuelve a levantar la de delante—. ¡Dios mío! Esto... yo... ¿Me disculpa un momento, por favor?

La señora Tuttle se precipita hacia el tocador de señoras sosteniéndose con fuerza sus faldas traviesas.

—Espero con impaciencia su regreso —murmuro tras ella.

—¡Gemma!

Felicity está con su carabina, alta como una caña y de nariz ganchuda.

—¿No es maravilloso? ¿Has visto el tragafuegos? Estoy tan contenta de que mi fiesta sea la comidilla de la temporada. ¡No creo posible que nadie pueda competir con ella!

—Es espléndida, Fee. De verdad que lo es.

—Por fin puedo dar por segura mi herencia —susurra—. Mi padre y *lady* Markham han congeniado enseguida. Hasta ha sido educada con mi madre.

Me coge del brazo y paseamos con su carabina —una señora francesa llamada *madame* Lumière— a tres pasos detrás de nosotras.

—Mi madre insistió en contratar una carabina para esta noche —murmura Felicity—. Cree que nos hará parecer más importantes.

Los hombres nos inspeccionan al pasar como si fuéramos terrenos que pudieran conseguirse por acuerdo o guerreando. La estancia zumba con las conversaciones sobre la caza, el Parlamento, caballos y fincas, pero sus ojos nunca se apartan demasiado de nosotras. Hay tratos que cerrar, semillas que plantar. Y yo me pregunto: si las mujeres no fuéramos hijas y esposas, madres y señoritas, esposas en potencia o solteronas, de no ser vistas a través de los ojos de los demás, ¿seguiríamos existiendo?

—Podríamos pasar el rato con un trozo de tarta —sugiere *madame* Lumière.

Yo no quiero pasar el rato. Quiero sujetarlo con fuerza y dejar mi impronta en el mundo.

—Oh, pobre *madame* Lumière. Vaya a comer algo. La señorita Doyle y yo la esperaremos aquí —dice Felicity ofreciéndole una de sus sonrisas más radiantes.

Madame Lumière promete regresar *tout de suite*. En cuanto desaparece de nuestra vista, nos marchamos de allí para poder explorar las maravillas del baile sin restricciones.

—¿Has visto a alguien encantador con quien bailar? —pregunto al fijarme en el carné de baile de Felicity.

—¡Son todos horriblos! El anciano señor Carrington, que huele a *whisky*. Un americano que lo único que quería saber era si mi familia tenía tierras. Y muchos más pretendientes, aunque ninguno a quien salvar de morir ahogado y aún menos consentir casarme con él. Y luego está Horace, por supuesto —gruñe Felicity en voz baja—. Me sigue a todas partes como un cachorrillo afligido.

—Lo tienes verdaderamente hechizado —le digo riendo.

—Simon dijo que me mostrara encantadora, así que he desplegado mis encantos en cada encuentro con *lady* Markham y su hijo, pero no creo que pueda soportar mucho más sus atenciones.

—Pues será mejor que te prepares, aquí viene.

Hago un gesto de asentimiento hacia una multitud de trescientas personas, entre las que se abre paso hacia nosotras Horace Markham, con la mano en alto como un

hombre pidiendo un cabriolé. Es alto y esbelto y, según Felicity, tiene veintitrés años. Su rostro es aniñado y se sonroja con frecuencia. Y, por la manera en que se mueve —ligeramente encorvado hacia adelante y un tanto avergonzado— diría que no tiene el valor o, sinceramente, la temeridad necesaria para seguir el ritmo de Felicity.

—¡Vaya! —exclamo en voz baja.

—Eso digo yo —responde en el acto.

—Señorita Worthington —dice Horace sin aliento. Un mechón de pelo rizado se le escapa y se queda enganchado en su amplia frente brillante—. Por lo que parece nos hemos encontrado de nuevo.

—Sí, eso parece.

Fee eleva la vista y mira a Horace de soslayo. Le sonrío con coquetería. No es de extrañar que el pobre chico se haya enamorado.

—Creo que el siguiente baile es una polca. ¿Le importaría bailar conmigo? —pregunta, aunque suena como una súplica.

—Señor Markham, es muy amable de su parte, pero es que hemos bailado tantas piezas que temo lo que pueda decir la gente —responde Fee con una actuación perfecta, y apenas puedo evitar echarme a reír.

—Dejémosles que hablen —dice él, y se endereza el chaleco como si se preparara para batirse en duelo para defender el honor de su familia.

—Qué cortés —murmuro.

La mirada de reojo de Felicity significa: «No tienes ni idea». *Lady Denby* está sentada comiendo tarta. La mira de forma desaprobadora, lo que a Felicity no le pasa por alto.

—Qué valiente es usted, señor Markham —dice Fee y permite que Horace la escude al pasar junto a *lady Denby* hasta el salón de baile.

—Supongo que no quedará en su carné de baile un hueco libre.

Me giro para ver a Simon Middleton que me sonrío. Está realmente atractivo con su corbata blanca y chaqué y ese brillo malicioso en los ojos.

—Tengo un baile con el señor Whitford —objeto.

Simon asiente.

—Ah, el viejo Whitford. No sólo camina con ayuda de un bastón, sino que también le falla la memoria. Siento decirte que lo más probable es que se haya olvidado de ti y, si no lo ha hecho, podríamos bailar una pieza y regresar antes de que él vuelva cojeando.

Me río complacida por su delicioso ingenio.

—En ese caso, acepto.

Nos deslizamos entre la marea de bailarines, rozando al pasar a Tom, quien está dispuesto a desplegar sus encantos con su pareja de baile.

—El doctor Smith y yo curamos los delirios del pobre hombre, aunque me atrevería a decir que fue mi perspicacia respecto al caso lo que hizo aflorar todo...

—¿Ah, sí? —dice ella, absorta con su historia.

Me entran ganas de ponerle a Tom unas orejas de burro.

La señora Tuttle ha vuelto del tocador de señoras. Lleva dos vasos de limonada. Me ve bailar con Simon, y su rostro esboza una mueca de horror, pues es su obligación asegurarse de que todos los caballeros que me cortejan pasan la inspección. Ella es quien ostenta el bastón de mando. Pero, lo sepa o no, ha sido relegada de sus obligaciones. «No, señora Tuttle. Quiere quedarse aquí. Estoy bien en los brazos de Simon. No necesito que me cuiden. Por favor, disfrute de su limonada». Parpadeando y confundida, la señora Tuttle da media vuelta y bebe los dos vasos de limonada.

—Tu carabina está temblando. ¿Qué le pasa? ¿Es que bebe? —pregunta Simon.

—Sólo limonada —respondo.

Simon me sonrío con coquetería.

—Me atrevería a decir que pareces distinta.

—¿Ah, sí?

—Mmmm. Aunque aún no he averiguado en qué. La señorita Doyle y sus secretos. —Observa mi figura con una mirada escrutadora y demasiado descarada y, debo confesar, muy excitante—. Esta noche estás realmente encantadora.

—¿Está aquí tu señorita Fairchild?

—Por supuesto —responde y no necesito el poder de los reinos para detectar la calidez de su respuesta.

Siento un repentino arrepentimiento por haberlo rechazado. Es atractivo y divertido. Me considera hermosa. ¿Y si no vuelvo a encontrar a alguien como él?

¿Y si fuera mío de nuevo?

—La señorita Fairchild es norteamericana. Supongo que deseará regresar a casa en cuanto termine la temporada —digo mientras me acerco un poco más a Simon.

—Puede ser, aunque ella afirma que Inglaterra le parece un lugar agradable. —La mano de Simon me sujeta con más fuerza por la base de la columna—. ¿Y qué planes tienes tú, señorita Doyle? ¿Has echado el ojo a alguien en particular?

Pienso en Kartik y alejo ese pensamiento de mi mente antes de que altere mi humor.

—No.

Simon mueve el dedo pulgar con mayor suavidad por mi vestido. Me recorre un hormigueo por la espalda al tocarme.

—Eso son buenas noticias —ronronea.

La pieza de baile concluye y me excuso para ir al tocador de señoras, puesto que necesito refrescar el rubor de mis mejillas. Las sirvientas de las damas están a nuestra disposición, pero no las necesito. Donde se me ha soltado el pelo, lo arreglo con un gesto de la mano. Decido no preocuparme por los guantes que he llevado puestos, así que, lejos de las miradas curiosas, me proporciono otro par. Sonrío ante mi labor.

—Buenas noches, señorita Doyle.

Me doy la vuelta y veo a Lucy Fairchild junto a mí.

—Señorita Fairchild —digo.

Me sonrío cordialmente.

—Un baile espléndido, ¿verdad? Qué contenta debe de estar por su amiga la señorita Worthington.

—Sí —contesto devolviéndole la sonrisa—. Lo estoy.

—La he visto bailar. Es usted muy grácil —dice y me sonrojo al recordar la mano de Simon en mi espalda, la forma en que me he acercado a él.

—Gracias —respondo—. Aunque mi gracilidad es muy cuestionable, y estoy segura de que Si..., el señor Middleton preferiría bailar con usted.

Nos sonreímos mutuamente un tanto incómodas a través del espejo. Pellizca sus mejillas para darles rubor, aunque no lo necesita. Es encantadora.

—Bien... —digo levantándome para marcharme.

—Sí. Disfrute del baile —dice Lucy Fairchild con sinceridad.

—Y usted también.

Se escucha el sonido de un gong y los invitados son requeridos al salón de baile. Lord Markham se tambalea hasta en el centro de la pista. Está un poco bebido, prueba de ello es su nariz enrojecida.

—Señoras y caballeros, estimados invitados —dice lord Markham arrastrando las palabras—, mi querida esposa ha preparado un entretenimiento realmente conmovedor para esta noche. Los derviches giróvagos de Konya han venido en calidad de refugiados desde el Imperio otomano, que hace poco ha sido escenario de una inexplicable masacre del pueblo armenio por parte del ejército del sultán. ¡No pueden permitirse semejantes atrocidades! Debemos...

Se escuchan unos cuantos carraspeos. Las mujeres se abanican. *Lady* Markham mira suplicante a su marido, pues no quiere que continúe hablando de política, y éste asiente, intimidado.

—Les presento a los derviches de Konya.

Ocho hombres ataviados con altos sombreros se hacen con la pista. El brillo de los cristales de las lámparas de araña hace que destaque el blanco de sus túnicas largas y sacerdotales. La música es hipnótica. Los bailarines se inclinan los unos ante los otros y, lentamente, dan comienzo a sus evoluciones. La música aumenta su volumen, el tempo asciende y las largas faldas de los bailarines flotan en el aire como campanas.

La música acelera su ritmo con una pasión que me remueve la sangre. Los derviches alcanzan el éxtasis con las palmas elevadas hacia el cielo como si pudieran sostener a Dios entre sus dedos si no dejaran de dar vueltas.

Los invitados observan sobrecogidos, atrapados por el frenesí de los trompos de los derviches. A mi derecha, veo a Fowlson, vestido de lacayo y con una bandeja en la mano. No mira a los bailarines; se dedica a observar a mi hermano. Segundos después, abandona la estancia. Esta noche no le dejaré escapar. Seguiré de cerca todos sus movimientos. Si no lo deja en paz caerá sobre él toda mi furia.

Sube las escaleras y llama a la puerta del salón de caballeros. Desaparezco tras un enorme helecho para espiarlo. Poco después aparece lord Denby.

—¿Sí, Fowlson?

—Está mirando el baile, señor —informa Fowlson—. No le he sacado el ojo de encima, como usted me pidió.

Lord Denby le da una palmadita a Fowlson en el hombro.

—Buen chico.

—Me preguntaba, señor, si podría hablar con usted un momento.

Lord Denby deja de sonreír.

—No creo que éste sea el momento ni el lugar, viejo amigo.

—Sí, señor, perdóneme, pero es que nunca parece serlo, y me preguntaba cuándo podré ascender de posición entre los Rakshana tal como hablamos. Tengo algunas ideas...

Lord Denby se mete un puro en la boca.

—Todo a su debido tiempo.

—Como usted diga, señor —responde Fowlson con la cabeza gacha.

—Necesitamos más buenos soldados como usted, señor Fowlson —alardea lord Denby—. Ahora tiene obligaciones que atender, ¿no es así?

—Sí, señor —dice Fowlson.

Se gira sobre sus talones y regresa al salón de baile a grandes zancadas, donde podrá seguir vigilando a mi hermano.

El señor Denby está de parte de los Rakshana. El peso de este descubrimiento me golpea en el estómago como un puñetazo. Todo este tiempo. He estado en su casa. He besado a su hijo, Simon. La rabia, caliente e implacable, se apodera de mí. Responderá de ello, de mi hermano.

No me preocupo por llamar. Abro la puerta y entro en el salón, donde sólo se permite la entrada a los hombres, quienes, sentados, fuman sus pipas y cigarros. El duro brillo de sus ojos me hace saber que soy una intrusa. Trago saliva y avanzo entre los grupos de hombres silenciosamente indignados y me dirijo directamente hacia lord Denby, quien, al verme, esboza una falsa sonrisa.

—¡Vaya, señorita Doyle! Lamento tener que decirle que esta sala es sólo para caballeros. Si se ha perdido, quizá me permita acompañarla...

—Lord Denby, tengo que hablar con usted —susurro.

—Lo lamento, pero se requiere mi presencia en las mesas, querida —responde.

«Se requiere su presencia bajo mi bota, miserable perro callejero». Me obligo a esbozar una almibarada sonrisa y a bajar la voz.

—Es muy urgente. Estoy segura de que estos amables caballeros sabrán esperar. ¿O debería ir a comprobar si el señor Fowlson se muestra más receptivo a mi petición?

—Caballeros —dice girándose hacia los hombres que le rodean—, tendrán que disculparme un momento. Ya saben cómo son las señoras cuando se muestran

insistentes.

Los caballeros se ríen entre dientes a mi costa, y me las veo y me las deseo para no infligirles un doloroso sarpullido a cada uno de ellos.

Lord Denby me acompaña hasta la puerta de una biblioteca privada. Normalmente me sentiría reconfortada por la visión de tantos libros hermosos, pero estoy demasiado irascible como para hallar alivio en ellos esta noche, y sospecho que estos libros se parecen bastante a la gente que hay aquí: sin leer y meramente decorativos.

Lord Denby toma asiento en una mullida butaca de cuero junto a una mesa de ajedrez y arroja una bocanada de humo que me hace toser.

—¿Quería hablar conmigo, señorita Doyle?

—Sé quién es usted, lord Denby, sé que está de parte de los Rakshana y sé que quiere embaucar a mi hermano.

Dirige su atención al tablero de ajedrez y mueve sus piezas y las de un contrincante imaginario.

—¿Y qué?

—Quiero que deje a mi hermano en paz, por favor.

—Querida mía, lamento que eso no esté en mis manos.

—¿Quién está por encima de usted? Dígamelo e iré a...

—Las filas de los Rakshana están constituidas por los hombres más importantes e influyentes del mundo: jefes de Estado y filántropos. Pero eso no es lo que quería decir. Lo que quiero decir es que la decisión está en sus manos, querida señorita — dice entre una nube de humo. Su mano planea por encima de una pieza durante una fracción de segundo antes de atacar y hacerse con un peón y desplazarla por el tablero —. Lo único que tiene que hacer es darnos la magia y el control de los reinos y su hermano estará a salvo, se lo aseguro. De hecho, llegará a ser un gran hombre, puede que hasta un lord. Velaremos por sus intereses. Y también por los de usted. Estoy seguro de que *lady* Denby le prepararía un baile de presentación en sociedad que dejaría en ridículo a todos los demás. Hasta puede que asistiera la reina.

—¿Cree usted que he venido hasta aquí para hablar de fiestas? ¿Que soy una niña a quien puede engatusar con un poni nuevo? ¿Es que carece de honor, señor? —Tomo aire—. Se suponía que los Rakshana tenían que proteger los reinos y la Orden. Era una misión venerable. Y ahora luchan contra nosotros. Usted quiere amenazarme y corromper a mi hermano. ¿En qué se han convertido?

Lord Denby mata la torre de su oponente imaginario y mueve su alfil.

—Los tiempos han cambiado, señorita Doyle. Ya no estamos en la época en que un noble estaba al cuidado de todos los que trabajaban en sus tierras. También los Rakshana tienen que cambiar, deben dejar de ser aquella caballerosa mano tendida de la hermandad y transformarse en el provechoso puño de la industria. ¿Puede imaginar la magnitud de nuestro alcance si tuviéramos un poder como el suyo bajo nuestro control? ¡Piense como una inglesa, señorita Doyle! ¿Qué podría hacer ese poder por

el imperio, por los futuros hijos de Inglaterra?

—Usted olvida que no todos somos ingleses ni todos somos hombres —digo participando también en su partida de ajedrez. Muevo un peón hacia delante pillando desprevenido a su alfil—. ¿Qué hay de Amar y de Kartik y de otros como él? ¿Qué hay de las mujeres como yo o de los hombres de la posición social de Fowlson? ¿Se sentará alguno de nosotros a su mesa?

—Algunos gobiernan; otros no son más que súbditos. —Su caballo se hace con mi reina dejando en peligro a mi rey—. ¿Qué dice, señorita Doyle? Su futuro podría disponerse a su plena conveniencia. Obtendría todo lo que quisiera. Una cohorte de admiradores..., puede que hasta a mi hijo.

Un frío helado comprime sus pulgares contra mis costillas.

—¿Dispuso usted que Simon y yo nos conociéramos? ¿Fue todo eso parte de su plan?

—Llamémosle una feliz coincidencia. —Lord Denby se come a mi rey—. Jaque mate, querida. Es hora de que yo regrese a las mesas y usted al baile. —Apaga la colilla de su puro. El humo empalagoso perdura incluso cuando llega hasta la puerta—. Considere nuestra oferta. Es la última vez que se la haré. Estoy seguro de que hará cuanto sea mejor para nuestros intereses... y los suyos.

Quisiera arrojarle la colilla de su puro. Quisiera llorar. Presiono los dedos contra los ojos para mantener las lágrimas a raya. He sido tan sumamente estúpida como para infravalorar el alcance de los Rakshana y confiar en Simon Middleton. Nunca le he importado. Jugó conmigo como una marioneta, y me dejé engañar de buena gana.

Pues bien, no volveré a bajar la guardia nunca más.

—¡Señorita Doyle! —La señora Tuttle se apresura hacia mí con el ceño fruncido cuando me ve llegar al salón de baile—. Señorita Doyle, no vuelva a salir otra vez. No es correcto. Es mi obligación velar por usted...

—Oh, basta ya —gruño.

Antes de que pueda replicar, le arrojo un hechizo.

—Señora Tuttle, usted está sedienta. Más sedienta de lo que nunca lo haya estado en su vida. Vaya a buscar una limonada y déjeme en paz.

—Me gustaría tomarme una limonada —dice mientras se lleva una mano temblorosa a la garganta—. Estoy sedienta, querida. Tengo que ir a beber algo.

Me olvido de ella y observo el baile tras una columna. Estoy sola, llena de odio y magia, ambos hermanados en una fuerza nueva. Cerca de mí, *lady* Denby cuchichea con *lady* Markham y muchas otras damas importantes.

—En estas últimas semanas le he cogido mucho cariño, como si fuera mi propia hija —alardea *lady* Denby.

—Será una compañera muy apropiada para él —afirma otra dama.

Lady Denby asiente.

—No siempre Simon ha demostrado tener buen tino en semejantes asuntos. Y ya nos ha engañado antes. No obstante, la señorita Fairchild reúne las mejores

cualidades de una damita: bien educada, agradable, sin defectos y de buena posición social.

Una gruesa matrona, cubierta de la cabeza a los pies con abalorios y joyas, se oculta tras un abanico.

—*Lady Markham*, ¿ya ha tomado una decisión respecto de ese otro asunto, la señorita Worthington?

—Pues sí —responde con desdén—. Esta noche he hablado con el almirante y también él está de acuerdo: la señorita Worthington se quedará conmigo, para supervisar su presentación en sociedad; su madre no tiene voz ni voto en este asunto.

Lady Denby palmea la mano de *lady Markham*.

—Así es como tiene que ser. La señora Worthington debe pagar por su escándalo y su hija es una criatura demasiado descarada y tempestuosa. Hace bien al acogerla bajo su protección para convertirla en una verdadera dama.

—Por supuesto —responde *lady Markham*—. Ése es mi deber, ya que su madre ha fracasado en ello. —Las mujeres echan miradas furtivas a la señora Worthington, quien baila con un caballero a quien le dobla la edad—. Y no hay que olvidar la suculenta herencia de la joven señorita Worthington. Si se la hace entrar en vereda, cualquier hombre la considerará una esposa de gran valía.

—Quizá lo haga tu Horace —arrulla *lady Denby*.

—Quizá —responde *lady Markham*.

Imagino a Felicity como a una debutante consentida en lugar de un espíritu libre en una buhardilla de París, como ella desea. Será compadecida y carecerá de poder, las cualidades que más odia. Pero eso no ocurrirá jamás; haré cuanto esté en mi mano para impedirlo.

—Ah, aquí está nuestra señorita Fairchild —anuncia *lady Denby*.

Simon entrega a la señorita Fairchild a su madre, quien adula a la joven mientras él está pendiente de ella como si fuera un cortesano. Una terrible añoranza arde en mí. Por mucho que afirme odiarlo, envidia la forma en que parecen adecuarse el uno al otro a la perfección, el desahogo de sus prudentes y pequeñas vidas. Cecily tenía razón: algunas personas no tienen cabida. Y yo soy una de ellas.

Bestias demoníacas. Eso es lo que son. Rememoro las palabras de Ann: «Son las que mandan». Pero no esta noche; no lo harán, porque el poder de los reinos arde dentro de mí, y no voy a apagarlo. «No os alcéis contra mí, compañeros. Me haré con la victoria». Y yo quiero ganar. Quiero ganar a toda costa.

Cierro los ojos y, cuando los abro, Simon se ha escabullido de su madre, de la señorita Fairchild y del resto de acólitos. Avanza hacia mí a grandes zancadas con una mirada furiosa y extiende una mano enguantada, con la palma hacia arriba, aunque está tan tensa como un puño. Su mandíbula muestra resolución, su voz es áspera al decir, simplemente: «Baila conmigo, Gemma».

Me ha llamado por mi nombre de pila, lo que produce una gran conmoción entre aquellos que están lo bastante cerca para haberlo escuchado. A la señora Tuttle parece

como si la limonada fuera a caérsele en cualquier momento. Durante un instante no sé qué decir. Debería tener remordimientos. Sin embargo, una gran satisfacción fluye dentro de mí, excitándome. He ganado. Y ganar, por muy poca cosa que sea el premio, siempre es emocionante.

—Baila conmigo, Gemma —repite Simon, esta vez alzando la voz y con insistencia, lo que llama la atención del resto de invitados.

Muchos bailarines ralentizan su baile para contemplar la escena. Se escuchan murmullos. *Lady Denby* permanece con la boca abierta, atónita.

Lord Denby también se da cuenta. Sus ojos encuentran los míos, y no malinterpreta mis intenciones. «Quiere corromper a mi hermano, ¿no es verdad? Pues antes le veré en el infierno, señor».

Sonríó a Simon con la sonrisa de un ángel caído del cielo. Me coge con fuerza del talle y me arrastra a la pista de baile. Está dando un espectáculo. Con brusquedad, me obliga a adoptar una postura de vals. La música suena de nuevo y Simon y yo damos vueltas. Entre ambos surge una pasión que los demás no perciben. Con cada apretón contra mis riñones, parece como si Simon quisiera comérseme viva. He sido yo quien le he provocado ese efecto repentino. Quiero que todos vean lo poderosa que soy. Que me consideren una belleza, manifiestamente deseada por un caballero importante. Que lord y *lady Denby* se sientan avergonzados por el trato. No puedo borrar de mis labios una sonrisa de satisfacción. Estoy al mando y eso me resulta embriagador. Desde un rincón de la pista de baile, lord Denby nos observa furibundo. Se equivocó al dudar de mí.

Un anciano caballero palmea a Simon en el hombro con la intención de interrumpir el baile, pero Simon se aprieta aún más contra mí. Seguimos bailando, llamando cada vez más la atención y, cuando ya tengo bastante —cuando decido que ya tengo bastante y que ya he conseguido lo que quería—, le pongo punto final. «Se te ha acabado el tiempo, Simon. Di buenas noches, dulce príncipe».

Parpadeando, Simon vuelve en sí, completamente perplejo de encontrarse entre mis brazos.

—Gracias por el baile, señor Middleton —digo antes de marcharme.

Una breve y confusa sonrisa aflora a sus labios.

—Ha sido un placer —responde y se aleja para buscar a Lucy entre la multitud.

Las murmuraciones se extienden como una plaga. Murmuran sobre mí y me observan ocultas tras abanicos al abandonar la pista.

La magia se cierne sobre mí como una oleada. Me asfixio en ella. Sale de mí como una enfermedad contagiando a todo aquel que entra en contacto conmigo, liberando sus deseos más ocultos. Un caballero me ofrece su brazo y en ese gesto queda atrapado. Se vuelve hacia el anciano caballero que está sentado junto a él.

—¿Qué me decía antes, Thompson? Responderá por ello.

El anciano frunce la boca.

—Fenton, ¿se ha vuelto loco?

—¿Acaso es locura decir que no volveré a dejar que me chantajee por mis deudas? Usted no es mi dueño.

Deposita una mano en el viejo Thompson y, de inmediato, la magia desaparece. El anciano se levanta.

—Pues sepa usted, amigo, que si no hubiera sido por mi caridad, su prestigio estaría por los suelos y su familia en un hospicio.

«Tranquilo. Tranquilo —pienso—. Olvídelo. Ustedes a su *brandy* y a sus cigarros». Vuelven a coger sus copas. Se olvidan de lo que han dicho, aunque persiste un rencor amargo, y se observan el uno al otro con recelo.

Me giro hacia una carabina solterona acompañada de la joven a su cargo, y percibo el dolor de su corazón. El deseo doloroso que siente por su patrón casado, un tal señor Beadle.

—Él no lo sabe —dice de repente—. Tengo que decírselo. Debo confesarle de una vez por todas el profundo afecto que siento por él.

Y apenas llego a tiempo de agarrarla de las manos hasta que ese sentimiento es reemplazado por el que le he puesto en su lugar.

—¿Vamos a tomar un trozo de tarta? —pregunta a la joven, confundida—. De repente tengo necesidad de comer tarta.

Un sudor ácido me cubre la frente. La magia me arde en las venas.

Lord Denby se me acerca furtivamente. Tiene el rostro enrojecido; sus ojos echan chispas.

—Está jugando a un juego muy peligroso, señorita Doyle.

—¿No se ha enterado, señor? Soy una chica muy peligrosa.

—No tiene ni idea de lo que podemos hacerle —dice sin alterar la voz, aunque sus ojos destellan.

—No, señor —le susurro en el oído—. Es usted quien no tiene ni idea de lo que puedo hacerle yo.

Durante unos instantes, sus ojos traslucen miedo, y sé que he ganado este asalto.

—Deje a mi hermano en paz o tendrá que atenerse a las consecuencias —le advierto.

—¡Gracias a Dios que te he encontrado! —trina Felicity—. Buenas noches, lord Denby. ¿Lamentaría mucho si le privo de la presencia de la señorita Doyle?

Lord Denby se deshace en sonrisas.

—Por supuesto que no, querida.

—¿Dónde te has metido? Tienes que salvarme —insiste Felicity entrelazando con fuerza su brazo con el mío.

—¿De quién?

—De Horace Markham —dice y se echa a reír. Miro por encima de su hombro y veo a Horace velando por ella. Sostiene con fuerza el abanico de Felicity, como si la estuviera sujetando a ella—. La forma en que fantasea conmigo —dice Fee con una mueca—. Es horroroso.

Me río, feliz de estar en el mundo de Fee, donde todo, desde un admirador enfermo de amor hasta la elección de un sombrero, puede constituir un verdadero drama.

—No deberías ser tan encantadora —me burlo.

—Bien —responde sacudiendo la cabeza—. No puedo evitarlo, ¿verdad?

Felicity y yo nos refugiamos en una terraza con vistas a la calle. Los cocheros, reunidos en un grupo, se hacen compañía los unos a los otros. Uno cuenta un chiste y, por la forma en que los otros se inclinan, seguro que es atrevido. Se echan a reír aunque, al ver a uno de los invitados, rápidamente acallan sus risas. Se ponen las gorras y yerguen la espalda en cuanto Lucy Fairchild se dirige hacia su carruaje. Simon camina a su lado, pero la carabina de Lucy le cierra el paso. El cochero ayuda a subir a las mujeres al carruaje y éste se aleja del bordillo, dejando a Simon atrás.

—¡Qué delicia! —exclama Felicity—. ¡Un escándalo! En mi baile... y no se trata de *moi*. ¡Increíble!

—Sí es bastante increíble que se trate de un asunto en el que no tienes nada que ver, ¿verdad? —bromeo.

Felicity se lleva las manos a los labios, que esbozan una sonrisa malvada.

—Iba a ofrecerte una limonada, pero ahora voy a tomármela yo sola. Puedes mirarme mientras disfruto y sufrir.

Se marcha tranquilamente y dejo que me acaricie el frío aire nocturno. Abajo, lord Denby consuela a su hijo. Intercambian palabras que no oigo. Lord Denby lo convence y vuelven al baile.

Lord Denby me ve en la terraza al pasar. Me lanza una mirada asesina, y yo me llevo los dedos a la boca y le lanzo un beso.

El día después del baile, domingo, paso el día en familia antes de regresar a la academia. La costurera ha venido para arreglarme mi vestido y hacer unos mínimos retoques. Me contemplo ante el espejo con mi vestido medio acabado mientras ella me lo estrecha de aquí y me añade un fruncido acá. La abuela merodea a mi alrededor, ladrando instrucciones a la mujer, inquietándose por el más mínimo detalle. No le presto atención, puesto que la joven que me observa desde el espejo se está convirtiendo en una mujer. No sé cómo describirlo; no es algo que pueda explicarse. Sólo sé que está ahí; que emerge de mí como una escultura lo hace del mármol, y que estoy ansiosa por conocerla.

—Te pareces a tu madre. A ella le hubiera gustado estar aquí en este momento —dice la abuela, estropeando así el instante.

Lo que pugnaba por surgir del mármol ha desaparecido.

«Jamás volverá a mencionar a mi madre —pienso y cierro los ojos—. Dígame lo hermosa que estoy. Dígame lo felices que somos. Dígame que seré alguien en la vida, y que lo único que tendremos por delante son días de cielos azules».

Cuando abro los ojos, la abuela sonríe a mi reflejo.

—Dios mío,  acaso no parece una visión con ese vestido?

—El vivo retrato de la belleza —interviene la costurera.

Así. Eso está mucho mejor.

—La abuela me ha dicho que serás la muchacha más bonita de todo Londres el día de tu presentación en sociedad —dice mi padre cuando me reúno en el estudio con él.

Ordena los cajones como si buscara algo.

— Puedo ayudarle? —pregunto.

— Mmmm? Oh, no, cariño —responde distraído—. Sólo estoy descartando unas cuantas cosas. Sin embargo, tengo que hablar contigo de algo no muy agradable.

— De qué se trata?

Tomo asiento y Padre hace lo mismo.

—He oído que Simon Middleton se tomó contigo demasiadas familiaridades anoche, en el baile —dice mi padre, cuyos ojos lanzan centellas.

—No es verdad —digo e intento reírme.

—He oído que la señorita Fairchild lo ha rechazado —añade, y siento una punzada de remordimiento que alejo enseguida.

—Quizá la señorita Fairchild no fuera tan buen partido.

—Aun así... —La voz de Padre se quiebra tras un acceso de tos. Su rostro se congestiona y respira entrecortadamente durante un minuto antes de normalizar la respiración—. El aire de Londres. Demasiado hollín.

—S  —contesto preocupada.

Parece cansado. Enfermo. De repente, siento una imperiosa necesidad de estar con él, de sentarme a su lado como si fuera una niña y dejar que me acaricie la cabeza.

— Dices que Simon Middleton no tiene nada de lo que responder? —insiste mi padre.

—No, nada —contesto y lo digo en serio.

—Muy bien —asiente.

Y, tras decir esto, retoma su búsqueda, lo que significa que ya puedo irme.

—Padre,  quiere que juguemos una partida de ajedrez?

Hojea papeles y busca tras los libros.

—Tengo cosas más importantes que hacer que jugar al ajedrez.  Por qué no vas a ver si tu abuela quiere salir a dar un paseo?

—Puedo ayudarle a buscar lo que sea que haya perdido. Puedo...

Me aparta con un gesto de la mano.

—No, cariño. Necesito estar solo.

—Pero es que me voy mañana —me quejo—. Y luego tendr  mi presentación en sociedad. Y luego...

—Vamos, no hay por qué llorar, ¿verdad? —me reprende.

Abre un cajón y veo en su interior la botella marrón que allí guarda. Sé enseguida que se trata de láudano. Se me cae el alma a los pies.

Le cojo una mano y percibo su tristeza.

—Vamos a deshacernos de esto, ¿de acuerdo? —digo en voz alta.

Antes de que Padre responda, le proporciono una felicidad semejante a un opiáceo, hasta que los surcos de su frente desaparecen y sonrío.

—Ah, aquí está lo que estaba buscando. Gemma, cielo, ¿quieres tirar esto a la basura? —me pide.

Los ojos me escuecen, llenos de lágrimas.

—Sí, Padre. Por supuesto. Enseguida.

Le beso en la mejilla y me envuelve entre sus brazos, y por primera vez me aparto antes que él.

Durante la cena, Tom se muestra como un padre ilusionado que se deja llevar por los nervios. Le tiembla tanto la pierna durante todo el ágape que me rechinan los dientes y, encima, me da una patada sin querer.

—¿Quieres tranquilizarte, por favor? —le pido mientras me acaricio la espinilla.

Padre levanta la vista de su plato.

—Thomas, ¿qué sucede?

Mi hermano juguetea con la comida que tiene en el plato, del que no ha probado bocado.

—En teoría tenía que haber ido esta noche a mi club de caballeros, pero no me han dicho ni una palabra al respecto.

—¿No te han dicho nada? —pregunto mientras saboreo la victoria junto a mis patatas.

—Es como si hubiera dejado de existir —se queja Tom.

—Eso no es muy deportivo —responde Padre entre mordisco y mordisco de codorniz.

Me complace verlo comer.

—Sí, es muy descortés —dice la abuela chasqueando la lengua.

—A lo mejor deberías ir esta noche a la Sociedad Hipocrática —sugiero—. Ya sabes que sigue en pie la propuesta de que te unas a ellos.

—Excelente idea —afirma Padre.

Tom aparta los guisantes a un lado del plato.

—Puede que lo haga —contesta—. Aunque sólo sea por salir un rato.

Estoy tan animada por esta noticia que de postre me como dos porciones de tarta. Cuando la abuela confiesa inquieta que semejante apetito conllevará volver a traer a la costurera, me río, y de inmediato le transmito la misma idea, así que también ella se echa a reír y, enseguida, todos reímos mientras los sirvientes nos miran como si nos hubiésemos vuelto locos. Me trae sin cuidado. Tengo lo que quiero. Lo tengo, y no dejaré que me lo quiten. Ni lord Denby ni nadie.

En la tarjeta de visita del doctor Van Ripple aparece la dirección de un degradado y pequeño distrito que me recuerda una cómoda silla necesitada de un buen tapizado. Las casas adosadas no están muy bien conservadas. Y no parecen tener más aspiraciones que albergar a sus inquilinos.

—Encantador —dice Felicity mientras bajamos por una callejuela estrecha y mal iluminada.

—Te he sacado de casa ¿verdad? —digo.

Unos niños pasan corriendo por nuestro lado. Juegan en la oscuridad; sus madres están demasiado cansadas para encargarse de ellos.

—Bueno, mi madre aún se cree que estoy en casa, sentada al piano. Ha sido un truco impresionante, Gemma. Dime, ¿tus poderes aún no han detectado la casa donde vive el doctor Van Ripple?

—Para eso sólo necesitamos nuestros ojos y la dirección —replico.

Pasamos por delante de un *pub* repleto de trabajadores. Algunos están encorvados por la edad; otros no deben de tener más de once o doce años. Las madres acunan a sus bebés junto al pecho. Un hombre está subido a una caja fuera del *pub*. Habla con vigor y convicción y tiene a su audiencia embelesada.

—¿Deberíamos trabajar a destajo catorce horas al día por una miseria? ¡Tendríamos que hacer como nuestras compañeras han hecho en Bryant y May, y nuestros hermanos en el puerto!

Se escuchan murmullos de aliento y de disensión.

—Nos están matando de hambre —grita un hombre con las mejillas hundidas—. Nos quedaremos sin nada.

—Ya no tenemos nada. Es lo único de lo que no quiero más —grita una mujer y todos se echan a reír.

—¡Una huelga! Para apoyar a nuestras hermanas de la Fábrica Beardon. Tomad ejemplo de su postura, hermanos y hermanas. ¡Una paga justa, un horario justo y un Londres justo!

Se escucha una gran ovación. La multitud aplaude. Llaman la atención de un policía.

—¡Eh! —exclama—. ¿Qué es todo esto?

El hombre se baja de la caja y le tiende su gorra.

—Buenas noches, jefe. Estamos haciendo una colecta para los pobres. ¿Le sobra una moneda?

—Lo que me sobra es una habitación para pasar la noche... en la prisión de Newgate.

—No puede encerrarnos por reunirnos —dice el hombre.

—¡La ley puede hacer cuanto le venga en gana! —exclama el policía blandiendo una porra.

Que logre dispersar a la multitud no quiere decir que haya podido hacer lo mismo con sus convicciones, pues la gente sigue hablando entre susurros enardecidos.

—¡Eh, vosotras! —nos reprende una mujer con un bebé en brazos—. ¿Sois de esas damas elegantes que se dedican a visitar los barrios bajos?

—Por supuesto que no —replica Felicity, aunque su voz ha sonado como la de la clase de gente que alquilaría un carruaje con sus amigos para dejar boquiabiertos a los pobres.

—Bueno, pues largaos. No queremos ser vuestro entretenimiento de esta noche. No para la gente como vosotras.

—Tenga cuidado con...

Cojo a Felicity del brazo.

—No digas ni una palabra.

Damos la vuelta a la esquina y allí está. Hemos inventado una historia para entrar, aunque la agotada casera sabe que no hay que hacer preguntas a las visitas femeninas de sus inquilinos, por miedo a averiguar que sus sospechas son desagradablemente ciertas. Llama dos veces a la puerta del mago y nos anuncia de mala gana.

Los ojos del doctor Van Ripple se abren como platos, sorprendido. Lleva una bata raída sobre los pantalones.

—Pasen, pasen. ¡Vaya! No esperaba visita esta noche.

Cierra la puerta y nos ofrece tomar asiento. Un cartel enorme con un marco dorado yace en una esquina. Se trata del retrato de un doctor Van Ripple mucho más joven, ataviado con un turbante. Sus dedos apuntan a una mujer aturdida que parece sometida a su hechizo. El cartelón reza: «¡Doctor Theodore van Ripple, maestro ilusionista! ¡Proezas mágicas que hay que ver para creer!».

En una pared cuelga un dibujo de una anciana con el cabello oscuro y los ojos del doctor Van Ripple. Junto al cuadro hay una corona de pelo para honrar a la difunta — el cabello ha sido cortado y enmarcado—, un recordatorio de la persona amada. Se trata de una trenza enroscada de color gris marchito y castaño.

—Mi madre —dice al ver que observo—. Ni siquiera el mejor ilusionista puede burlar la muerte.

El doctor Van Ripple nos ofrece sentarnos en un sofá raído cubierto por un viejo chal con un estampado de cachemira. Me siento en algo duro, un libro, *El retrato de Dorian Gray*, de Oscar Wilde.

—¡Ah, así que estaba aquí! Me preguntaba dónde lo había puesto —dice el doctor Van Ripple mientras lo coge.

Felicity hace una mueca.

—El señor Wilde fue juzgado por obsceno. Mi padre dice que es un inmoral.

—Los indecentes son Queensberry y los hombres como él —dice Van Ripple haciendo alusión a quien presentó los cargos contra el señor Wilde.

—¿Por qué dice eso, señor? —inquire Felicity.

El doctor Van Ripple inclina la flor que lleva en el ojal hacia su nariz e inhala con fuerza.

—El amor y el afecto verdadero poseen una pureza que prevalece por encima de cualquier tipo de intolerancia.

—No hemos venido hasta aquí para hablar de las desgracias del señor Wilde —dice Felicity apresuradamente y con demasiada brusquedad, aunque el doctor Van Ripple no muestra signo alguno de sentirse ofendido por su descaro.

—Por supuesto. ¿Y a qué debo esta visita inesperada?

—Necesitamos sus servicios —digo.

—Ah, lamento decepcionarlas. Pero ahora soy un ilusionista retirado. No tengo nada que ofrecer excepto los viejos trucos de un hombre viejo. Y no es eso lo que quiere la gente de hoy en día. Ellos piden emociones vulgares —se lamenta—. Como el tipo ese, Houdini, escapando de cadenas y jaulas. Es de mal gusto, entretenimiento de *music hall*. En mis tiempos, actué en los mejores teatros, desde Viena a San Petersburgo, desde París a Nueva York. Pero ahora, me temo que los días de la magia han llegado a su fin. Ahora lo que domina el mundo es la industria. La industria y la avaricia. —Toma aire con fuerza y lo expulsa con un suspiro—. Pero ustedes no han venido a escuchar las batallitas de los días de gloria de un viejo mago, queridas mías. Así que intentaré ofrecerles una velada agradable.

—Le pagaremos, por supuesto —digo.

Los ojos del doctor Van Ripple brillan interesados.

—Ah, sí. Quizá podría dejarme convencer para ayudar a unas damas en apuros por una modesta suma.

—¿Cómo de modesta? —pregunta Felicity.

—Señorita Worthington —digo con una sonrisa forzada—. Estoy segura de que el doctor Van Ripple nos ofrecerá un trato justo. No quisiéramos ofenderle.

—No me ofenderé —dice el anciano—. Y, díganme, ¿en qué puede ayudar un viejo mago a dos jóvenes damas tan encantadoras? —pregunta, todo sonrisas.

—Nos preguntábamos si podría contarnos algo más de Wilhelmina Wyatt —respondo.

El doctor Van Ripple frunce el ceño.

—No sé cómo puedo ser de ayuda al respecto.

—Estoy segura de que puede ser de gran ayuda —digo con dulzura.

Sostengo en alto mi monedero y, una vez más, los labios del doctor Van Ripple esbozan una sonrisa.

Nos ponemos de acuerdo en los honorarios; aunque es más de lo que hubiera querido pagar, es la única forma de que podamos cerrar el trato. El doctor Van Ripple se embolsa las monedas de inmediato. Casi espero que compruebe su valor dándoles un mordisco.

—¿Poseía la señorita Wyatt una daga? —pregunta de sopetón Felicity para mi

disgusto.

—No que yo recuerde. Y, como es evidente, cualquiera se acordaría de semejante arma —contesta mientras se acaricia la barba, pensativo.

—¿Significa algo para usted la frase «La llave contiene la verdad»? —pregunto.

El doctor Van Ripple frunce los labios y sigue pensativo.

—Me temo que no.

—¿Mencionó alguna vez una llave, una llave que fuera especial para ella? —inquire Felicity.

—No, no —responde el doctor.

—¿Se dejó algo olvidado al marcharse? —pregunto, aunque todas mis esperanzas se están desvaneciendo a pasos agigantados.

—Quedaron unos cuantos vestidos en el teatro, pero los vendí. Sólo conservo una de sus posesiones: la pizarra.

—¿Puedo verla? —le ruego.

El doctor Van Ripple revuelve en un armario y regresa con la pizarra que he visto en mis sueños y visiones, lo que me llena de excitación. La pizarra es de un tamaño considerable, de unos treinta centímetros de ancho por treinta de largo, y descansa en una base de madera. Deslizo los dedos por su superficie y siento las marcas de los surcos debidos al uso.

—¿Puedo comprársela? —pregunto, envalentonada.

Niega con la cabeza.

—Tiene tanto valor sentimental para mí que posiblemente no podría...

—¿Cuánto? —le interrumpe Felicity.

—¿Quizá cinco libras? —sugiere.

—¡Cinco libras! —exclama Felicity.

—¿Cuatro? —regatea.

Qué más da cuatro que cinco; no las tenemos. ¿O sí? Paso una mano por mi monedero. Sé que luego me odiaré por eso, pero eso será luego.

—Aquí tiene, señor —digo abriendo el monedero y sacando cuatro libras ante la estupefacción de Fee, quien le quita la pizarra al mago.

—Doctor Van Ripple —continuo—, usted dijo que Wilhelmina había estado en contacto con una hermana, una amiga, en quien dejó de confiar. ¿Está seguro de que no recuerda su nombre?

Niega con la cabeza.

—Como ya he dicho, nunca me la presentó. La dama nunca apareció por aquí y, por lo que sé, jamás asistió a nuestros espectáculos. Lo único que sé es que Wilhelmina le tenía miedo, y Mina no se asustaba con facilidad.

Un escalofrío me recorre la columna.

—Gracias por su tiempo, doctor Van Ripple —contesto y nos acompaña hasta la puerta.

En el umbral, extiende una mano detrás de la oreja de Felicity. Saca de ella una

rosa roja perfecta y se la entrega.

—Sé que son las preferidas del señor Wilde.

—Entonces no la quiero —dice Felicity con brusquedad.

—No juzgue si no desea ser juzgada, querida mía —dice el doctor Van Ripple con una sonrisa triste, y a Felicity se le encienden las mejillas.

—¿Cómo lo ha hecho? —le pregunto, pues lo considero un truco muy divertido, aunque a Fee no se lo parezca.

—En verdad, es el truco más sencillo del mundo. Funciona porque uno quiere que lo haga. Tiene que recordar, mi querida dama, la regla más importante de todas en cuanto a lograr una ilusión exitosa: lo principal es que la gente quiera creer en ello.

—No puedo creer que pidiera cinco libras por esto —cloquea Felicity mientras nos adentramos una vez más en la penumbra de las calles de Londres.

—Bueno, esperemos que se lo gaste antes de que el dinero desaparezca —digo.

Examinamos la pizarra bajo el débil resplandor de las farolas, la miramos de un lado y del otro, pero no descubrimos nada anormal en ella.

—Quizá aparezcan palabras grabadas en ella si seguimos mirando —dice Felicity.

Me parece una idea ridícula, pero de todas formas clavamos la vista en ella. No pasa absolutamente nada.

Suspiro.

—Hemos comprado una pizarra que no sirve para nada.

—Al menos está limpia —bromea Felicity y ni siquiera me molesto en poner los ojos en blanco.

En nuestro camino por el Londres clandestino, pasamos junto a las huelguistas de la Fábrica de Sombreros Beardon. Tienen caras largas; se apoyan las unas en las otras, y depositan sus carteles de protesta contra sus faldas cuando los peatones no prestan atención a su situación apremiante o, en el peor de los casos, las interrumpen gritándoles horrorosos insultos.

—¿Una moneda para la causa? —pide la chica de la lata en la mano con voz cansina.

—No puedo darte más que esto —contesto. Rebusco en el monedero y le entrego las monedas que de verdad me quedan, y luego aprieto una mano contra la suya y susurro—: No te rindas —y observo cómo la magia brilla en sus ojos.

—¡La tragedia de la Fábrica de Sombreros Beardon! —grita, recuperadas las fuerzas—. ¡Seis almas asesinadas por dinero! ¿Va a permitir que no se tomen medidas, señor? ¿Va a mirar a otra parte, señora?

Sus compañeras de armas levantan nuevamente sus pancartas.

—¡Salarios justos! ¡Por un trato justo! —gritan—. ¡Justicia!

Sus voces se unen en un coro que resuena a través de las oscuras calles de Londres hasta que ya no puede pasar desapercibido.

Acabamos de regresar a la academia y llevar las maletas a nuestras habitaciones cuando la señora Nightwing entra blandiendo una invitación.

—Se va a celebrar una fiesta de cumpleaños en honor del primo de la señorita Bradshaw, el señor Wharton, en Balmoral Spring —dice la señora Nightwing, pasándose el nombre de la finca por la lengua como si fuera vino convertido en vinagre.

—Sin duda deben de creer que la alta sociedad puede hacerles algún favor —murmura Felicity sólo para mis oídos.

—La fiesta es mañana a mediodía, aunque la invitación llegó apenas hace dos días —dice la señora Nightwing y la oigo decir entre dientes—: Qué modales tan espantosos.

»Sé que añoran la compañía de la señorita Bradshaw —continúa—. ¿Les gustaría asistir?

—¡Oh, sí, por favor! —exclama Felicity.

—Pues muy bien. Tendrán que estar vestidas y a punto para salir a las cinco de la mañana —dice y le prometemos que así será.

Al atardecer, Felicity se sienta con las otras chicas, regodeándose en los elogios que éstas le dedican a mansalva respecto del baile.

—¿Y no os entusiasmaron los derviches? —pregunta con ojos brillantes.

—Muy bonito. Y para un programa tan largo no fue muy cansado —dice Cecily, haciendo una objeción como es habitual en ella.

—Mi madre sólo me permitirá dar un té —protesta Elizabeth, haciendo pucheros—. No creo que se me vaya a recordar por eso.

Las dejo y me encierro en la habitación para examinar la pizarra de Wilhelmina Wyatt. Le doy la vuelta en las manos escrutando las marcas diminutas, como si pudiera leer en la historia de sus palabras. Pego mi oreja a ella con la esperanza de que pueda susurrarme sus secretos. Incluso invoco a la magia y le ordeno que me lo revele todo, como si fuera el doctor Van Ripple. Pero por muchos secretos que pueda tener la pizarra de la señorita Wyatt, éstos permanecen fuertemente encerrados en su interior.

—La llave contiene la verdad —me digo a mí misma—. ¿La llave de qué?

De nada, por lo que veo. Dejo la pizarra junto a la cama y me encamino hacia la ventana; dirijo la vista hacia los bosques y el campamento de los gitanos. Me pregunto qué hará ahora Kartik, si aún le tortura soñar con Amar o conmigo.

Hay una luz abajo. Veo a Kartik con un candil, mirando hacia mi ventana. El corazón me da un brinco, y le recuerdo que no debe de latir tan rápido por un hombre en quien no se puede confiar. Corro las cortinas, apago mi vela y, a tientas, me meto

en la cama. Después cierro los ojos con fuerza y me digo a mí misma que no voy a levantarme de nuevo para ir hasta la ventana por mucho que desee hacerlo.

No sabría decir lo que me ha despertado. ¿Un ruido? ¿Una pesadilla? Lo único que sé es que estoy despierta y que el corazón me late con fuerza. Parpadeo para acostumbrarme a la oscuridad. Escucho un ruido. No lo oigo dentro de la habitación, sino por encima de mí. El techo cruje sobre mi cabeza como si algo muy pesado se desplazara. Una sombra alargada cruza la pared y me levanto.

Ahora oigo algo en el vestíbulo: una débil escaramuza semejante al crujido de las hojas muertas. Miro por una rendija de la puerta, pero no hay nada. Lo escucho de nuevo; ahora procede de abajo. Camino por el pasillo de puntillas y bajo las escaleras en pos del sonido. Me detengo al llegar al gran salón. Al fondo de la estancia el ruido se oye más fuerte. Chirridos. Susurros. Lamentos.

«No mires, Gemma. Pasa de largo».

Miro por el agujero de la cerradura. La luz de la luna se filtra por las hojas de las ventanas. Observo cada resquicio de luz en busca de algún movimiento. Un leve desplazamiento capta mi atención. Algo se mueve en la oscuridad. Apago la vela y espero, las rodillas me tiemblan de miedo. Cuento en silencio —uno, dos, tres— los segundos. No hay nada. «Treinta, treinta y uno, treinta y dos...».

De nuevo se escuchan susurros. Atenuados y escalofriantes como las uñas de las ratas en la piedra. Presiono el ojo contra la cerradura una vez más y el corazón me golpea contra las costillas.

La columna. Se mueve.

Las criaturas cinceladas en ella se dejan ver poco a poco con los puños en alto y aleteando débilmente sus alas reencarnadas. Jadeantes y balbucientes, se retuercen y presionan contra la menguante membrana de piedra como algo preparado para nacer. Aunque quiera no puedo gritar. Una ninfa se libera del limo con un chasquido. Se sacude de su cuerpo los restos de la columna y planea por el aire. Jadeo. Levanta la cabeza y se mantiene a la escucha.

Rauda como el viento, se aproxima al ojo de la cerradura. Sus ojos son tan grande como los una cierva.

—No puedes detenernos —murmura—. La tierra ha despertado y nosotras con ella. Pronto llegará el día en que tu sangre será derramada y nosotros gobernaremos para siempre. ¡El sacrificio!

—¿Qué estás haciendo aquí, señorita?

Me caigo de espaldas contra algo con un grito y doy la vuelta para ver a Brigid observándome, con las manos en las caderas, y con su gorro de dormir puesto.

—¡Deberías estar en la cama! —dice.

—E-escuché un ru-ruido —tartamudeo tragándome el miedo de golpe.

Brigid frunce el ceño y se precipita a abrir las puertas. Enciende el candil más

cercano a nosotras. La habitación está en silencio. No hay nada extraño. Pero aún oigo los arañazos de esas bestezuelas. Los siento bajo mi piel.

—¿Has oído eso? —pregunto con un tono de voz desesperado.

Brigid frunce el ceño.

—¿Oír qué?

—La columna. Estaba viva. Lo he visto.

El rostro de Brigid refleja preocupación.

—Vamos, ¿no intentarás asustar a la pobre Brigid, verdad?

—Lo he visto —repito.

—Pues entonces encenderé todas las luces.

Brigid corre a buscar las cerillas.

Chirridos. Encima de mi cabeza. Como mensajeros del infierno. Levanto los ojos y ahí está: la ninfa, pegada al techo, con una sonrisa perversa en los labios.

—¡Ahí arriba! —grito.

Brigid levanta el candil y la ninfa ya no está. Se lleva una mano al pecho.

—María santísima, madre de Dios. ¡Me has dado un susto de muerte! Vayamos a echar un ojo a esa columna.

Nos acercamos poco a poco. Quisiera echar a correr. Brigid se la queda mirando, y tengo miedo de que algo la atrape.

—Bueno, es bastante extraño, como todo lo que hay en este lugar, pero no está vivo. Sólo es desagradable.

Golpea la columna y ésta parece ser muy sólida. ¿O no? Puesto que creo descubrir un hueco en el mármol que antes no estaba.

—¿Te comiste el repollo? —pregunta Brigid mientras apaga los candiles.

—¿Qué?

—El repollo de la cena. Puede haberte sentado mal y provocarte esas pesadillas horribles. Si quieres un consejo, no vuelvas a comer repollo.

Apaga el último candil y la estancia vuelve a sumirse en las sombras. Brigid cierra la puerta y echa la llave. Mientras nos dirigimos a las escaleras, me explica cuáles son los alimentos y las verduras que ayudan a tener felices sueños, aunque apenas la escucho. Mis oídos están pendientes de la oscuridad de abajo, donde todavía escucho débiles arañazos y risas apagadas.

Fiel a su palabra, a la mañana siguiente la señora Nightwing recorre con nosotras los ocho kilómetros que nos separan de Balmoral Spring. Mientras el carruaje se bambolea por carreteras enfangadas me doy cuenta de lo ansiosa que estoy por ver de nuevo a Ann, y hasta qué punto espero que acepte una disculpa por mi inaceptable conducta el día de su partida.

Por fin hemos llegado. Balmoral Spring es una pesadilla de finca adquirida por nuevos ricos con añejas ambiciones y con una evidente falta de gusto en todos los aspectos. Me pregunto si quedará algún sirviente desocupado en toda Inglaterra por la cantidad de lacayos dispuestos a atender nuestros carruajes, mientras mayordomos y sirvientas de todos los rangos se alinean en el paseo y trasiegan por los alrededores cubriendo las necesidades de todo el mundo.

—¿Has visto a Ann? —murmuro a Fee.

—Todavía no —contesta mientras busca entre el gentío—. ¿Qué demonios es eso?

Hace un gesto en dirección a una descomunal fuente de mármol que representa al señor Wharton como Zeus y a la señora Wharton como Hera. Los rayos de un sol de bronce brillan detrás de ellos. El agua mana de la boca del señor Wharton en un chorro bastante desafortunado, pues parece estar escupiendo.

—¡Es absolutamente atroz! —dice Felicity, que aplaude encantada—. ¿Qué otras maravillas nos esperan?

La señora Nightwing toma nota del espectáculo de la fuente, los céspedes, los querubines de cerámica colocados cerca de unas matas recortadas, la glorieta de música de reciente construcción.

—¡Dios misericordioso! —murmura.

La risa de la señora Wharton se escucha hasta por encima del estrépito. Hemos acudido vestidas con unos sencillos y ligeros vestidos de verano y un sombrero de paja nos cubre la cabeza; sin embargo, ella va ataviada con un vestido de pedrería azul mucho más indicado para un baile. Aunque es media tarde, luce diamantes en el cuello. Y su sombrero constituye en sí mismo un continente entero. Un brusco giro de cabeza puede hacer que salgan de él todo un contingente de sirvientes.

—Cuánto me alegra que hayan venido —dice dándonos la bienvenida—. ¿Han probado el caviar? ¡Lo han traído directamente de Francia!

Al principio no reconozco a Ann. Con su encartonado vestido, el pelo estirado hacia atrás, no se parece en nada a la chica que nos dijo adiós hace muchas semanas. Se ha transformado en uno de esos espectros grises que merodean por los lindes de todas las fiestas, sin ser exactamente familia, ni exactamente sirvienta, ni una invitada, algo de todo un poco y reconocida por nadie. Cuando nuestros ojos se

encuentran, no me sostiene la mirada. La pequeña Charlotte le tironea con fuerza del vestido.

—Annie, quiero jugar en el jardín de rosas —lloriquea.

—La última vez rompiste las rosas, Lottie, y me reprendieron por ello —contesta Ann en voz baja.

—Oh, señorita Bradshaw —le llama la prima de Ann—, déjela jugar en las rosas. Le gustan tanto...

—Las toca sin tener cuidado —responde Ann.

—Su obligación es vigilar lo que hace —le dice la señora Wharton.

—Sí, señora Wharton —responde Ann aburrida y Charlotte esboza una sonrisa de triunfo.

Apenas puedo imaginar qué otros horrores tendrá que soportar Ann.

Felicity y yo la seguimos a una distancia prudencial. Ann intenta desesperadamente seguir el paso de las abominables niñas. Carrie, que apenas tiene cuatro años, se mete el dedo en la nariz a cada momento, y sólo se lo saca para observar sus nauseabundos descubrimientos. Pero Charlotte es aún peor. Cuando nadie mira, tironea de los tallos de las rosas, cuyas flores quedan colgando tristemente o con el capullo roto. Las advertencias de Ann caen en saco roto. En cuanto vuelve la espalda, Charlotte prosigue con su carnicería.

—¡Ann! —exclamamos.

Ann nos ve pero finge lo contrario.

—Ann, por favor, no nos ignores —le suplico.

—Esperaba que no vinierais —dice ella.

—Ann... —empiezo a decir.

—Lo he estropeado todo, ¿verdad? —susurra—. ¡Carrie! —grita—. No te comas lo que te salga de la nariz. Eso no se hace.

Felicity frunce el ceño.

—Puaj. No pienso tener hijos jamás. —Carrie le ofrece la espantosa perla enganchada en su dedo—. No, gracias. Qué bestezuela más horrible. ¿Cómo la aguantas?

Ann se enjuga una lágrima fugaz.

—El que la hace... —empieza a decir, pero no acaba la frase.

—Pues deshazla —le insta Felicity.

—¿Cómo? —pregunta mientras se seca el otro ojo.

—Puedes fugarte —sugiere Felicity—. O fingir que tienes alguna enfermedad espantosa o hacerte tan odiosa que ni siquiera el peor de los niños te quisiera como institutriz.

—¿Gemma?

Ann me mira suplicante.

No restañaré mis heridas así como así.

—Ya te ofrecí mi ayuda antes —le recuerdo—. ¿De verdad la quieres ahora?

—Sí —contesta y, por la postura que adopta su mandíbula, sé que es sincera.

—¿De qué estáis hablando? —pregunta Charlotte intentando irrumpir en nuestro ya considerable grupo.

—De un monstruo que se come a las niñas demasiado curiosas y se traga sus huesos enteros —sisea Felicity.

Ann suelta una risa estrangulada.

—Se lo voy a decir a mi madre.

Y Felicity se inclina hasta ponerse al nivel del rostro de la niña.

—Haz lo que te dé la gana.

Charlotte es la primera en acobardarse. Después de mirar a Ann, echa a correr hacia su madre, lloriqueando.

—¡Mami, la amiga de Annie me ha dicho que me va a comer un monstruo!

—Estoy perdida —suspira Ann.

—Razón de más para llevar a cabo nuestro plan —respondo.

Después de reprenderla a conciencia y delante de todos los invitados por la rabieta de Charlotte, la señora Wharton ordena a Ann que vuelva a sus obligaciones. Nos quedamos a la zaga mientras Charlotte se dedica a asesinar rosas. Me inclino hacia ella y digo en voz baja:

—No debes destrozar las rosas, Lottie.

Me observa con una mirada llena de odio.

—Tú no eres mi madre.

—Es verdad —prosigo—. Pero si no paras, me veré obligada a decírselo a tu madre.

—Pues entonces le diré que ha sido Annie quien ha roto las rosas.

Para demostrar su poder me arroja una rosa a los pies. Qué encantadora. Qué chiquilla tan agradable.

—Vamos allá —susurro al oído de Ann.

—Lottie, no tienes que lastimar las rosas —dice Ann con tanta dulzura como le es posible—. O las rosas te lastimarán a ti.

—Eso es ridículo —contesta y rompe otra.

Se acerca a una tercera cuando Ann dice con firmeza:

—Luego no me digas que no te lo advertí.

Agita una mano por encima de las rosas e invoca la magia que le he legado. Los ojos de Charlotte se abren como platos cuando las flores decapitadas se liberan de sus tallos rotos y alzan el vuelo en una centelleante espiral encantada. Produce un efecto encantador y lo más probable es que esto hubiera bastado por sí solo para llamar su atención, pero es importante impresionar a esa bestezuela. Las rosas vuelan con rapidez hacia ella y planean durante apenas un segundo por su rostro atónito antes de abatirse sobre ella y atacarla. Las espinas se clavan una y otra vez en sus brazos,

manos, piernas y espalda. Charlotte grita y echa a correr hacia su madre. Las rosas caen al suelo. Veo a la niña tirando del brazo de su madre mientras se restriega las nalgas doloridas. Al cabo de unos segundos, la niña arrastra entre gimoteos a su madre hasta nosotras. Muchos de los invitados las siguen para averiguar la causa de tamaña conmoción.

—¡Decídselo! —grita Charlotte—. ¡Decidle lo que han hecho las rosas! ¡Lo que les habéis obligado a hacer!

Obsequiamos a la señora Wharton con nuestras más inocentes sonrisas, aunque la de Ann es la más amplia.

—Lottie, ¿qué es lo que intentas decir, cariño? —pregunta Ann, preocupada e inquieta.

Charlotte hace caso omiso.

—¡Ha hecho que las rosas vuelen! ¡Ha hecho que me lastimen! ¡Ha hecho que las rosas vuelen! ¡Lo ha hecho!

—¿Cómo quieres que haga eso, cariño? —le reprende Ann con amabilidad.

—¡Eres una bruja! Y tú también. ¡Y tú!

Los invitados se ríen entre dientes, pero la señora Wharton parece disgustada.

—¡Charlotte! Esa imaginación. Ya sabes lo que papá opina de las mentirijillas.

—¡No es una mentirijilla, mamá! ¡Ellas lo hicieron! ¡Lo hicieron!

Ann cierra los ojos para urdir un último hechizo.

—Oh, cariño —dice mientras examina el rostro de Charlotte—. ¿Qué son esas manchas?

Y, en efecto, unas pequeñas protuberancias rojas aparecen en el rostro de la niña, aunque no son más que una ilusión.

—Vaya, parecen de varicela —dice un caballero.

—¡Oh! ¡Oh, querida! —exclama la señora Wharton.

Un murmullo de preocupación se extiende entre los invitados. Nadie quiere acercarse y, aunque la señora Wharton intenta por todos los medios que su fiesta siga siendo perfecta, ésta empieza a decaer. Las esposas tironean a sus maridos de las mangas y dan explicaciones para marcharse de allí.

De repente, empieza a llover, aunque Ann, Felicity y yo no tenemos nada que ver al respecto. La banda de música deja de tocar. Los criados llaman a los carruajes. Los invitados se dispersan y la señora Wharton acompaña a sus hijas al cuarto de los niños. Felizmente nos han dejado solas.

—Oh, quisiera revivir este momento una y otra vez —dice Ann mientras nos ponemos a cubierto bajo una pérgola cubierta por una parra.

—¡Brujas! —exclama Felicity imitando a Charlotte, y nos echamos a reír tapándonos la boca con la mano.

—Ya basta —replica Ann con un tono de voz un tanto preocupado—. Sólo es una niña.

—No —contesto—. Es un demonio ingeniosamente disfrazado con un pichi. Y su

madre se lo tiene bien merecido.

Ann medita al respecto.

—Es verdad. Pero ¿y si su madre la cree?

Felicity parte en dos una brizna de hierba.

—Nadie escucha a los niños, ni siquiera cuando dicen la verdad —replica amargamente.

El doctor llega y establece un diagnóstico: varicela. Como Ann no la pasado, ordena mantenerla alejada de las niñas y de la casa durante tres semanas. La señora Nightwing se ofrece a hospedar a Ann hasta que pueda regresar en cuanto pase el peligro; así que, en cuestión de minutos, nuestra amiga ha hecho el equipaje y ha montado con nosotras en el carruaje.

La señora Wharton se opone enérgicamente a la marcha de Ann.

—¿No puede quedarse? —pregunta mientras la maleta de Ann es guardada en el carruaje.

—Por supuesto que no —insiste el médico—. Sería muy grave que contrajera la varicela.

—Pero ¿cómo voy a arreglármelas? —se lamenta la señora Wharton.

—Vamos, querida —responde el señor Wharton—. Tenemos una niñera y nuestra Ann estará de nuevo con nosotros dentro de tres semanas. ¿No es cierto, señorita Bradshaw?

—Ni siquiera se darán cuenta de mi ausencia —responde Ann, y estoy convencida de que disfruta al decirlo.

El regreso de Ann a Spence es celebrado con los vítores de las chicas más jóvenes, quienes la aclaman para llamar su atención. Ahora que está «afuera» la encuentran excitante y exótica. No importa que sólo hayan pasado unas pocas semanas y que sólo se trate de una casa de campo, para ellas ahora tiene todo el aspecto de una dama. Brigid promete hacer para todas un pudín de caramelo para celebrarlo y, cuando por la noche nos acomodamos en la tienda, cerca del fuego, es como si nunca hubiéramos estado separadas y el viaje de Ann no hubiera sido más que un mal sueño.

Sólo Cecily, Elizabeth y Marta mantienen las distancias, pero parece que a Ann no le importa. Se lo contamos todo: nuestra visita al doctor Van Ripple, lo de la pizarra, el descubrimiento del plan de McCleethy y Fowlson para recuperar el poder. Kartik. Esa parte hace que me suma en la melancolía. Lo único que no explico es mi relación con Circe, puesto que sé que no lo comprenderían. Apenas la entiendo yo.

—Así que —dice Ann, repasando— sabemos que Wilhelmina fue traicionada por alguien en quien ella confiaba, alguien a quien ella conocía de su paso por Spence.

Felicity da un mordisco a una chocolatina.

—Correcto.

—Tanto Eugenia Spence como la Madre Elena creen que alguien se ha confabulado con las criaturas de las Tierras Invernales, y la Madre Elena teme que esa asociación haga que los muertos vengan hasta aquí.

—Muy bien resumen, continúa —digo, cogiendo una chocolatina.

—Las tribus de los reinos también pueden haberse aliado con las criaturas de las Tierras Invernales para rebelarse.

Asentimos.

—Para liberar a Eugenia y traer la paz a las Tierras Invernales, tenemos que encontrar la daga que Wilhelmina Wyatt robó de la academia. Y Wilhelmina, que era una adicta, una ladrona y en general una persona con mala reputación, puede que intente guiarnos hasta su paradero a través de las visiones de Gemma. O también es muy posible que quiera conducirnos a un nefasto final.

—Así es —confirma Felicity, lamiéndose los dedos.

—La señorita McCleethy y, es evidente, la señora Nightwing conocen la existencia de una puerta secreta que lleva a los reinos, pero creen que sólo puede abrirse con la reconstrucción de la torreta. Eugenia confirma que así es. Sin embargo, Wilhelmina no quiere que se reconstruya el ala este. —Ann guarda silencio—. ¿Por qué?

Felicity y yo nos encogemos de hombros.

—¿Porque está de parte de Gemma? —sugiere Felicity como si eso tuviera

sentido.

—Y luego está el asunto de la frase: «la llave contiene la verdad» —prosigue Ann — ¿la llave de qué? Y ¿qué verdad?

—El doctor Van Ripple nos dijo que desconocía la existencia de una llave o una daga —digo—. Y la pizarra no nos ha dicho nada; es una pizarra normal y corriente.

Ann coge una chocolatina. Se la mete en la boca, pensativa.

—Primero de todo, ¿por qué Wilhelmina cogió la daga?

Durante unos instantes lo único que se escucha en la tienda es el tamborileo de nuestros dedos, cada cual a su ritmo.

—Ella sabía que, en las manos equivocadas, la daga podría conducir al caos —sugiero—. No se la confió ni a McCleethy ni a Nightwing.

—Pero ellas idolatran la memoria de la señora Spence. Para ellas es como una santa —argumenta Ann—. ¿Por qué razón querrían perjudicarla?

—Puede que, en realidad, la señora Spence les traiga sin cuidado. A veces la gente finge sentir afecto por ti cuando no es así —añado amargamente pensando en Kartik.

A través de una rendija de la tienda echamos un vistazo a las dos mujeres que están enfrascadas en una conversación. Brigid trae a la señora Nightwing su jerez en una bandeja de plata.

—No veo cómo vamos a poder resolver ese misterio esta noche —se queja Felicity.

Nos interrumpe un fuerte golpe en la puerta. Brigid se dirige a la señora Nightwing.

—Perdone, señora, pero fuera hay una *troupe* de saltimbanquis. Dicen que tienen una representación que ofrecernos, si fuera usted tan amable de admitirlos.

La señora Nightwing se quita las gafas.

—¿Saltimbanquis? Por supuesto que no. Ya puede despedirlos, Brigid.

—Sí, señora.

Apenas se ha vuelto a poner las gafas cuando las chicas dan inicio a su asedio, rogándole que reconsidere su negativa.

—¡Oh, por favor! —lloriquean—. ¡Por favor!

Nuestra directora es inflexible.

—No son de fiar. Cuando era joven siempre acababan echándolos del pueblo. En el mejor de los casos eran mendigos y ladrones y, en el peor, mucho más.

—¿Qué hay peor que un mendigo y un ladrón? —pregunta Elizabeth.

La señora Nightwing aprieta los labios.

—Eso no es de tu incumbencia.

Ese comentario hace que todas las chicas nos precipitemos a las ventanas para intentar ver en la oscuridad, con la esperanza de vislumbrar un atisbo de esos hombres prohibidos. El peligro nos llama y le respondemos con demasiada impaciencia y con la nariz pegada a los cristales. Según parece, los saltimbanquis no

se van a ir así como así. Han colocado sus candiles en la hierba y han dado inicio al espectáculo. Abrimos las ventanas y asomamos la cabeza por ellas.

—¡Que tengan una buena noche, damas gentiles! —grita uno de los saltimbanquis.

Hace malabares con varias manzanas y cada vez que dan una vuelta les da un mordisco, hasta que tiene la boca llena. Su broma nos hace reír.

—Por favor, señora Nightwing —rogamos.

Finalmente cede.

—Muy bien —contesta con un profundo suspiro—. ¡Brigid! ¡No quite el ojo de la plata y no deje que ninguno de ellos entre!

Salimos todas al césped. Las luciérnagas nos hacen guiños con sus colitas brillantes. El aire está en calma y es agradable y nos sentimos excitadas por poder asistir a un espectáculo. A pesar de la angustia de la señora Nightwing, los saltimbanquis son más payasos que criminales. Sus rostros están tintados de negro con corcho humado y sus trajes están mugrientos, como si hubieran recorrido los caminos de Inglaterra durante semanas. El hombre de elevada estatura que permanece en el centro viste una túnica con el emblema de san Jorge. Otro lleva puesto un traje oriental, como el de un turco. Sin embargo, otro parece un médico, por llamarlo de alguna manera. Veo los pies de otros dos bajo el disfraz de un dragón.

El cabecilla de la *troupe* da un paso adelante. Es un individuo alto y desgarrado que necesita un corte de pelo. Su rostro tiene los rasgos marcados propios de la delgadez y el hambre. Lleva un sombrero de copa que ha visto mejores días, y su túnica está desgastada. Tiene en la mano una espada de madera. Habla arrastrando las erres y con los aires de un actor de *music hall*.

—¿Con qué historia las embelesaremos, mis bellas damiselas? ¿Desean un relato de amor almibarado? ¿O quizás uno de aventuras y posible muerte?

Gritos sofocados de excitación se deslizan entre nuestra abigarrada pandilla de chicas. Una grita que de amor, pero la hacen callar.

—¡Aventura y muerte! —gritamos.

La muchacha romántica hace pucheros, pero aquí la tenemos. La muerte es infinitamente más emocionante.

—¿Entonces quizás el relato de San Jorge derrotando al dragón? ¿Una bella princesa a punto de ser sacrificada? ¿Vivirá? ¿Morirá? Esta noche les presentaremos a un héroe, un doctor, Duda, el caballero turco, y por supuesto, a un dragón. Pero primero necesitamos a una princesa. ¿Hay alguien entre el público que desee ser nuestra bella doncella condenada?

De inmediato, las chicas le ruegan ser escogidas. Agitan las manos y llaman su atención mientras el saltimbanqui nos evalúa avanzando lentamente a grandes zancadas arriba y abajo.

—Ven aquí, dama de cabellos cobrizos. —Me lleva unos segundos comprender que el saltimbanqui se refiere a mí. Como soy la más alta y la más pelirroja, también

soy la que más destaco—. ¿Tendría el honor de ser nuestra bella doncella?

—Yo...

—Venga ya —dice Felicity dándome un empujón.

—Ah, gracias, bella doncella. —Me pone una corona en la cabeza—. ¡Nuestra princesa!

Las chicas, decepcionadas, aplauden sin embargo.

—Permítannos comenzar nuestro relato en la ciudad estado más bucólica, donde fluye un río dorado. Pero ¿qué es esto? ¡Pardiez! ¡Un dragón ha hecho su nido aquí!

Los hombres disfrazados de dragón se mueven rugiendo y gruñendo. Sostienen un banderín que representa el fuego.

—Los ciudadanos, mortalmente aterrorizados, ya no pueden coger agua del río, tan grande es el temor que la horrible bestia les produce. Así que conciben un plan desesperado: sacrificarán a una princesa para que el dragón satisfaga su voraz apetito; ¡un sacrificio diario!

Las chicas más jóvenes jadean. Se escuchan unos cuantos gritos infantiles.

—¡Mala suerte, Gemma! —grita Felicity, y las chicas mayores se echan a reír.

Incluso la señorita McCleethy y *mademoiselle* LeFarge se ríen entre dientes. Cuánto me quieren. Qué suerte tengo. La respiración de fuego del dragón se vuelve cada vez más atractiva.

Al saltimbanqui no le importa que su espectáculo se corrompa de semejante manera. Emplea su voz más imperativa. Atruenan en la oscuridad de tal forma que se me ponen los brazos con carne de gallina.

—¡La bella princesa grita por su salvación! —exclama y apunta hacia mí, esperando.

Respondo a su paciencia con una expresión perpleja.

—Grita —murmura.

—Aaaah.

Es el grito más raquíptico de toda la historia de los gritos.

La irritación del saltimbanqui se refleja bajo su sonrisa barbuda.

—¡Se supone que usted es una bella doncella al borde de la muerte! ¡El pavoroso aliento de fuego del dragón apenas está a unos centímetros de sus rizos cobrizos! ¡Arderá como la tea! ¡Grite! ¡Grite por salvar su vida!

Es una petición sencilla y, sin embargo, estoy demasiado avergonzada para emitir ni un solo sonido. Las chicas aguardan incansablemente. Quisiera recordarles que no me presenté voluntaria a desempeñar este papel. Resuena un alarido desgarrador, alto y claro. Me produce escalofríos. Es Ann. Con una mano en la frente, grita, interpretando el papel como si fuera Lily Trimble en persona.

El saltimbanqui la aclama.

—¡Ah, aquí está nuestra princesa!

Le cede el testigo a Ann y le pone la corona en la cabeza. Uno de ellos me acompaña hasta donde se hallan las otras chicas sin ni siquiera darme las gracias por

el esfuerzo.

—Al fin y al cabo no lo he hecho tan mal —refunfuño mientras me sitúo junto a Felicity.

Fee me da una palmadita en el brazo, queriendo decir: «Por supuesto que sí».

No puedo seguir enfurruñada por mucho rato, puesto que Ann es magnífica. Al contemplarla me olvido de ella. Es una auténtica princesa en peligro, a punto de ser devorada. Los saltimbanquis le atan las muñecas y ella se revuelve y pide clemencia. Grita cada vez que el dragón de papel se le acerca.

—¿Nadie salvará a esta dama? ¿Tendrá que enfrentarse ella sola a la muerte? —suplica el saltimbanqui con regocijo.

Se escucha el lacerante tañido de una corneta. Su sonido se asemeja más a una vaca agonizante que a una llamada a las armas. Llega san Jorge con su casco empenachado.

—¡Ah! Pero ¿qué es esto? ¿Es amigo o enemigo? ¿Puede decirme alguien la verdad?

—¡Es san Jorge! —grita una chica.

El saltimbanqui finge no haberla oído.

—Os lo ruego, ¿quién es?

—¡San Jorge! —coreamos alegremente.

—¿Y es héroe... o villano?

—¡Héroe!

¿Quién se atrevería a tildar al santo patrón de Inglaterra de algo que no fuera un héroe?

—Oh, ¿quién me salvará? —llora Ann con voz lastimera.

Lo hace bastante bien y al saltimbanqui no le importa que le resten protagonismo. Deposita una mano firme en su brazo.

—La princesa, abrumada por el pánico, se desmaya —dice él deliberadamente.

Ann mira de reojo con preocupación pero, tal y como se le ha pedido y, tras un dramático suspiro, cierra los ojos y distiende el cuerpo sujeto por cadenas de papel. San Jorge se enfrenta al dragón.

—Pero ¿qué es esto? Nuestro héroe vacila. La duda se ha abierto camino en su corazón.

Un saltimbanqui en cuyo rostro hay dibujadas dos expresiones —una sonrisa y un ceño fruncido— se acerca furtivamente al actor que interpreta a san Jorge.

—La doncella no puede salvarse. ¿Por qué habrías de sacrificarte por ella?

Acogemos sus palabras con un coro abucheos.

El actor con el rostro maquillado gira su mitad sonriente hacia nosotras.

—Así es como siempre ha sido, el sacrificio de una doncella para aquietar a la bestia. ¿Acaso se atreverá a desafiarlo?

—La duda atenaza a nuestro atractivo héroe —atruena el saltimbanqui de elevada estatura—. Necesitará la colaboración de estas bellas y bondadosas damas que aquí se

hallan reunidas para llegar hasta su corazón y ayudarle a hacerse con el triunfo. ¿Lo alentarán?

—¡Sí! —gritamos.

San Jorge finge deliberar mientras el dragón de papel zigzaguea junto a Ann con un enclenque gruñido. Le obsequiamos con otra fuerte aclamación y desenvaina la espada con valentía. Se produce una feroz batalla. El dragón es derrotado, pero San Jorge resulta herido. Agarrado a su costado, cae al suelo y guardamos silencio.

—¿Qué es eso? —pregunta el saltimbanqui con los ojos como platos—. ¡Nuestro héroe ha recibido un golpe! ¿Hay un doctor entre los presentes? —Nada sucede y el saltimbanqui, claramente irritado, repite—: Digo que si hay un doctor entre los presentes.

—Sí, yo.

El saltimbanqui al que le faltan tres dientes y que está junto a nosotras recuerda su papel. Se apresura a adelantarse mientras se sostiene el sombrero en la cabeza con una mano y con la otra levanta un vial de vidrio.

—Soy el buen doctor. Y tengo una poción mágica con la que puede recuperar la salud. Pero para que la magia surta efecto, todos y cada uno de nosotros debemos creer en ella; creer y asirla.

Con gran solemnidad, el buen doctor pasa el vial de chica en chica y les pide que formulen un deseo. Le lleva rápidamente el vial al San Jorge caído y se lo acerca a los labios. Se levanta de un brinco y le damos el visto bueno con alboroto.

—¡Nuestro héroe se ha recuperado! ¡Vuestra magia ha hecho que recobre su antiguo vigor! Y ahora, a por la bella princesa.

San Jorge corre junto a Ann. Parece dispuesto a besarla en la mejilla, pero un alto y claro carraspeo de la señora Nightwing le obliga a cambiar de parecer. Así que, en vez de ello, le da un besito en la mano.

—¡La princesa se ha salvado!

Ann recobra la conciencia con una sonrisa. Otra vez vitoreamos. Los saltimbanquis encargados de dar vida al dragón de papel surgen de repente y se unen a Ann y San Jorge, moviéndose de tal manera que parece como si el valiente caballero y su hermosa doncella estuvieran montados sobre la bestia. Felices, saludan con la mano. El dragón maúlla y nos hace reír. Es un final feliz, lo que, supongo, es lo que esperábamos. Los saltimbanquis se inclinan en una reverencia y les aplaudimos. El cabecilla del grupo deja el sombrero en el suelo y nos invita a hacer un donativo.

—No importa la cantidad.

Arrojamos en él nuestras monedas ante una la señora Nightwing completamente consternada.

—Bueno, bueno —dice, mientras nos conduce hacia el interior de la academia—. Vamos, no vayamos a coger un resfriado.

—Ann, has estado fantástica —le dijo en cuanto se une a nosotras.

Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos límpidos. Ha tenido su minuto de gloria.

—Cuando tenía al dragón a mi lado, ¡he sentido auténtico pánico! Ha sido muy emocionante. Podría actuar todas las noches de mi vida sin cansarme jamás. —Niega con la cabeza—. Si ahora pudiera cantar para el señor Katz, lo haría, y no desaprovecharía la ocasión. Pero ya es demasiado tarde. Se han ido.

Las chicas más jóvenes trotan hasta ella para felicitar a Ann y le dicen que parecía una princesa de verdad. Ann se regodea con sus elogios y sonrío tímidamente con cada cumplido.

De repente, los oídos se me llenan con un siseo creciente que suena como una lámpara de gas encendida hasta obtener la llama más brillante. Me quedo sin aliento. Es como si alguien me tironeara de cada parte de mi cuerpo. Todo se pone patas arriba. El tiempo se ralentiza. Veo a las chicas moverse tan lentamente que las cintas de su pelo desafían la gravedad a medida que giran la cabeza a grados infinitesimales. El sonido de sus risas es bajo y hueco. La boca de Ann se retuerce tan poco a poco que no puedo descifrar sus palabras. Parece como si sólo yo me moviera a una velocidad normal. Es como si fuera la única que estuviera verdaderamente viva.

Me giro hacia los árboles y se me hiela el alma. Los saltimbanquis no han aminorado la marcha. A medida que se adentran en los bosques, sus figuras se empequeñecen hasta que no son más que meras siluetas. Ante mis ojos atónitos, se transforman en cuervos y se alejan volando con sus alas oscuras removiendo las preocupaciones de un cielo calmo.

El tremendo tirón ha desaparecido, pero estoy exhausta, como si hubiera corrido kilómetros.

La boca de Ann ahora escupe sus palabras.

—... quizá, ¿no estáis de acuerdo? ¿Gemma? Tienes una expresión rara.

Agarro a Ann del brazo con tanta fuerza que hace una mueca de dolor.

—¡Gemma!

—¿Has visto eso? —digo con un jadeo.

—¿El qué?

—Los saltimbanquis..., ellos... ellos estaban aquí y luego... se convirtieron en pájaros y salieron volando.

Los ojos de Ann arden ofendidos.

—No les pedí que me eligieran a mí en lugar de a ti.

—¿Qué? ¡No, no se trata de eso! —digo, esta vez con más suavidad—. Te estoy diciendo que hace un momento los saltimbanquis estaban aquí y, al siguiente, se habían convertido en pájaros... como... —Un escalofrío recorre mi cuerpo—. Como los Guerreros Amapola.

Ann dirige la vista hacia la oscuridad. El candil de los saltimbanquis se balancea a través de los árboles, empequeñeciéndose en la distancia.

—¿Los pájaros llevan candiles?

—Pero... —no puedo acabar.

Ya no estoy segura de lo que he visto.

—¡Ann Bradshaw! ¿Por qué no nos habías dicho lo brillante que eres? —exclama Elizabeth.

Ella y Martha arrastran a Ann hasta un remolino de adulaciones infantiles, y Ann, totalmente feliz, se deja llevar por la corriente.

Me quedo sola en el césped, en busca de algún indicio que me demuestre que no he imaginado lo que he visto. Pero los bosques permanecen silenciosos. La voz de Eugenia resuena en mi cabeza: «Pueden obligarte a ver lo que quieren que veas. Como si estuvieras loca». Me giro y veo a la señora Nightwing y a la señorita McCleethy charlando. Frías gotas de sudor me afloran a la frente y me la seco.

No. No escucharé lo que están diciendo. No soy su marioneta y no soy una demente.

—La oscuridad gasta bromas, Gemma —digo para reconfortarme a mí misma—. No ha sido nada. Nada, nada, nada.

Repito la palabra a cada paso que doy hasta convencerme de que es verdad.

—¿No es maravilloso? Igual que en los viejos tiempos —dice Ann mientras nos preparamos para acostarnos.

—Sí —respondo mientras me cepillo el pelo.

Aún me tiembla la mano y me alegra que esta noche Ann esté de vuelta en su cama.

—Gemma —dice detectando mi temblor—. No sé qué has creído ver en los bosques, pero ahí afuera no había nada. Debes de habértelo imaginado.

—Sí, tienes razón —contesto.

Y eso es lo que más me asusta.

Me pongo de mal humor cuando llega la hora de levantarse. Me incomoda algo más que la falta de sueño. No me encuentro bien. Me duele todo el cuerpo, y mis pensamientos parecen ralentizados. Es como si hubiera corrido mucho y muy rápido y durante tanto tiempo que cada paso que doy me resulta un gran esfuerzo. Mi contorno se difumina con todo lo demás —los humores y emociones de otras gentes, la lacerante luz del sol, una miríada de sensaciones— hasta que no soy capaz de decir dónde empieza el mundo y dónde acabo yo.

Sin embargo, las otras chicas de Spence están llenas de vida ante la excitación que conlleva el baile de disfraces. No pueden resistir la tentación de revolotear ataviadas con sus disfraces en busca de opinión. Se mueven afectadamente ante espejos demasiado abarrotados, abriéndose paso hasta que les toca el turno de verse a sí mismas como princesas y hadas que cubren sus rostros con máscaras adornadas con plumas y abalorios festoneados. Todo cuanto se ve son ojos y bocas. Las más pequeñas se gruñen las unas a las otras con las manos curvadas como garras. Se golpean y se pegan como tigres salvajes.

La señora Nightwing entra en la estancia y da unas palmadas.

—Señoritas, demos comienzo al ensayo.

El resto de profesoras acorralan a las más jóvenes y apartan a los tigres de las hadas. Las han hecho sentar en el suelo mientras la señora Nightwing supervisa nuestras representaciones con el encanto y la esplendidez de una carcelera:

—Señorita Eaton, ¿está usted tocando el piano o lo está asesinando? Señoritas, sus reverencias deben ser como copos de nieve al caer. ¡Con suavidad, con suavidad! Señorita Fensmore, eso no es un copo de nieve sino una avalancha. Señorita Whitford, cante en voz alta, se lo ruego. Puede que el suelo la oiga perfectamente, pero no es más que suelo y no puede aplaudirla.

Cuando la señora Nightwing me ordena recitar mi poema, se me revuelve el estómago. No soporto la idea de tener que estar de pie delante de todas, ni ser el centro de atención. Nunca lograré recordar las palabras. Las chicas me miran con expectación, compasión y aburrimiento. La señora Nightwing se aclara la garganta y suena como el pistoletazo de salida de una carrera. Salgo corriendo.

—«Rosa de todas las rosas, ¡la rosa del mundo!...».

La señora Nightwing me interrumpe.

—¡Con elegancia, señorita Doyle! ¿Es eso un derbi o el recitado de un poema?

Las risas ahogadas se extienden entre las chicas. Algunas pequeñas tigresas se ríen entre dientes y se ocultan la boca con las manos.

Empiezo de nuevo, esforzándome por suavizar mi voz y el ritmo, aunque el corazón me late con tanta fuerza que mi respiración se vuelve entrecortada.

—«Alejaos si podéis de la batallas inconclusas —recito a medida que voy recordando los versos—. El peligro no halla refugio ni la guerra paz, / para aquel que no cesa de escuchar una canción de amor».

La palabra «amor» hace que las chicas más jóvenes se rían de nuevo entre dientes, y tengo que esperar a que la señorita McCleethy las censure por su grosería y las amenace con dejarlas sin tarta si no se comportan. La señora Nightwing me hace un gesto de asentimiento para que continúe.

—«Rosa de todas las rosas, ¡la rosa del mundo! / Llegaste donde se arrojan las mareas turbias / contra los muelles del dolor, y oíste la campana / cuyo repique nos llama; dulce y lejana...». —Trago saliva una, dos veces. Me observan expectantes y siento que, haga lo que haga, las decepcionaré—. Umm... «Belleza, belleza entristecida».

Los ojos se me llenan de lágrimas que quiero derramar sin saber por qué.

—¿Señorita, Doyle? —dice la señora Nightwing—. ¿Pretende añadir una pausa dramática? ¿O acaso ha entrado en un estado catatónico?

—N-no. Sólo he perdido el pie —murmuro. «No llores, Gemma. Por el amor de Dios, aquí no»—. «Belleza, entristecida por su eternidad, / te hace nuestra y de la turbida cana mar. / Nuestras grandes naves esperan arriando velas, / pues Dios les insta a compartir igual estrella; / y cuando al fin, derrotadas en Sus batallas, / se hundan bajo las mismas blancas estelas, / dejaremos de escuchar el débil lamento / de nuestro triste corazón, vivo si no muerto».

Cuando dejo mi puesto se escucha un aplauso poco entusiasta. Con la cabeza levantada, la señora Nightwing me observa a través de sus gafas.

—Hay que trabajar ese poema, señorita Doyle. Esperaba mucho más de usted.

Todo el mundo parece esperar mucho más de mí. Soy una absoluta decepción en todos los aspectos. Llevaré una D escarlata en el pecho para que todos sepan que no pueden tener muchas expectativas respecto a mí.

—Sí, señora Nightwing —contesto.

De nuevo me atenazan las lágrimas, puesto que, en el fondo de mi alma, quisiera complacerla en la medida de lo posible.

—Sí, bien —dice la señora Nightwing dulcificando su tono de voz—. Practique más, ¿de acuerdo, señorita Doyle? Señoritas Temple, Hawthorne y Poole, creo que estamos preparadas para ver su *ballet*.

—Se sentirá orgullosa de nosotras, señora Nightwing —trina Cecily—. Hemos ensayado muchísimo.

—Me alivia escuchar eso —replica nuestra directora.

Maldita Cecily. Siempre con aires de superioridad. ¿Nunca ha tenido sueños sanguinarios? ¿Se preocuparán de algo las chicas como ella? Vive en una preciosa crisálida donde ningún problema puede importarla.

Cecily se desliza por el suelo con una gracia absoluta. Sus brazos describen un arco sobre su cabeza como si la protegieran de todo mal. No puedo evitarlo: odio su

suficiencia y su seguridad en sí misma. Desearía poder hacer lo que ella, y me odio a mí misma por ello.

Antes de que pueda detenerla, la magia chisporrotea dentro de mí. Y antes de que pueda contenerla, Cecily resbala al ejecutar una grácil pirueta. Se cae pesadamente y se tuerce el tobillo al caerse encima de él cuando se golpea contra el suelo con un estrépito seco.

Las allí presentes ahogan un grito. Las manos de Cecily vuelan hasta su boca sangrante y su tobillo tumefacto como si no fuera capaz de decidir qué le duele más. Se echa a llorar.

—¡Dios del cielo! —exclama la señora Nightwing.

Todas las chicas se precipitaron a su lado excepto yo. Me quedo contemplando la escena, aún siento el peso de la magia en mis extremidades. Le tienden un paño de cocina a Cecily para que se lo ponga en el labio. Solloza mientras la señora Nightwing la reconforta fríamente, diciéndole que no haga una montaña de un grano de arena.

La magia hace que la piel me hormiguee. Me froto los brazos como si así pudiera hacerla desaparecer. Me siento abrumada por los gritos, los jadeos, la confusión y, bajo todo ello, muy por debajo, escucho el áspero arañazo de unas alas. Algo brilla en un rincón, cerca de los cortinajes. Me acerco. Es la ninfa que vi la otra noche, la que salió de la columna. Se oculta en un pliegue del terciopelo.

—¿Cómo... cómo has llegado hasta aquí? —pregunto.

—¿Estoy aquí? ¿Me ves? ¿O es sólo tu mente la que cree que estoy aquí?

Revolotea por encima de mi cabeza. Intento agarrarla y sólo cojo aire.

—Muy divertido. Lo que hiciste a esa mortal. —Se ríe entre dientes—. Me gustó.

—No fue divertido —contesto—. Fue horrible.

—La hiciste caer sirviéndote de tu magia. Eres muy poderosa.

—¡No quería hacerla caer!

—¿Señorita Doyle? ¿Con quién habla? —me pregunta *mademoiselle* LeFarge.

He hecho que dejen de prestar atención a Cecily. Ahora todas las miradas están clavadas en mí.

Vuelvo a mirar pero ya no hay nada. Sólo un cortinaje.

—Yo... yo...

Al otro lado de la estancia, la mirada de la señorita McCleethy va de Cecily a mí y vuelta a empezar con una progresiva expresión de alarma cerniéndose sobre ella.

—Lo hiciste tú, ¿verdad? —solloza Cecily. Sus ojos reflejan auténtico miedo—. Señora Nightwing, no sé cómo lo ha hecho, pero ¡ha sido ella! ¡Es una chica malvada!

—Malvada —cacarea la ninfa en mi oído.

—¡Cállate! —le grito.

—¿Señorita Doyle? —pregunta *mademoiselle* LeFarge—. ¿A quién...?

No le respondo y no pido permiso para salir. Salgo corriendo de la habitación,

bajo las escaleras y salgo por la puerta, sin que me importe ganarme cien puntos negativos por ello y tener que fregar el suelo para siempre jamás. Paso corriendo delante de los sorprendidos trabajadores que intentan borrar el pasado del ala este con piedra caliza fresca. Corro hasta llegar al lago, donde me tiro en la hierba. Me tumbo enroscada sobre mí misma, jadeando, y observo el lago a través de las altas briznas de hierba que acogen mis lágrimas.

Una tímida yegua castaña aparece entre los árboles a paso lento. Pega la nariz al agua pero no bebe. Deambula por los alrededores y nos miramos la una a la otra con recelo; somos dos almas perdidas.

Al acercarse me doy cuenta de que se trata de *Freya*. Lleva en el fuerte lomo una silla de montar y, me pregunto, si iban a montarla, ¿dónde está el jinete?

—Hola —la saludo. Resopla y baja la cabeza, inquieta. Me deja que le acaricie la nariz—. Vamos —le digo, agarrando las riendas con fuerza—. Déjame que te lleve a casa.

Normalmente, mi presencia no les resulta agradable a los gitanos, pero hoy palidecen en cuanto me acerco. Las mujeres se llevan las manos a la boca como si intentaran detener lo que las palabras pudieran expulsar. Una de ellas llama a gritos a Kartik.

—¡*Freya*, chica traviesa! Nos tenías preocupados —dice poniendo su cabeza en la nariz de la yegua.

—La he encontrado vagabundeando por el lago —le explico con frialdad.

Kartik le acaricia el hocico.

—¿Dónde has estado, *Freya*? ¿Dónde está Ithal? ¿Lo has visto, señorita Doyle?

—No —respondo—. Estaba sola. Perdida.

Un alma gemela.

Kartik asiente gravemente. Lleva a *Freya* hasta su poste y le da un puñado de avena, que ésta engulle enseguida.

—Ithal salió anoche con *Freya* y aún no ha vuelto.

La Madre Elena habla a los demás en su idioma. Los gitanos se mueven incómodos. Las mujeres se echan a llorar.

—¿Qué dicen? —le pregunto a Kartik entre susurros.

—Dicen que puede que ahora sea un espíritu. La Madre Elena insiste en que deben quemar todas sus pertenencias para que no vuelva y se les aparezca.

—¿Y tú crees que está muerto? —pregunto.

Kartik se encoge de hombros.

—Los hombres de Miller dijeron que se tomarían la justicia por la mano. Lo buscaremos. Pero si no regresa, los gitanos quemarán cualquier vestigio de él.

—Estoy segura de que aparecerá —respondo y me encamino de nuevo hacia el lago.

Kartik me sigue.

—Han pasado tres días desde que até la badana a la hiedra. Te estuve esperando.

—Pues espérame sentado —digo.

—¿Vas a castigarme para siempre?

Me detengo y me encaro a él.

—Necesito hablar contigo —dice. Hay unos círculos oscuros bajo sus ojos—. He vuelto a tener pesadillas. Me encuentro en un lugar desierto. Hay un árbol, tan alto como diez hombres, espantoso y majestuoso a la vez. Veo a Amar y a un gran ejército de muertos. Lucho contra ellos como si mi alma dependiera de eso.

—Basta. No quiero escuchar nada más —respondo; estoy cansada.

«Estoy cansada de las sombras», pienso al recordar el poema que la señorita Moore nos enseñó hace meses, *La dama de Shalott*.

—También tú estás ahí —dice en voz baja.

—¿Lo estoy?

Asiente.

—Estás junto a mí. Luchamos juntos.

—¿Estoy junto a ti? —repito.

—Sí.

El sol ilumina su rostro de tal manera que puedo ver las diminutas motas doradas de sus ojos. Está tan serio que, por un segundo, quisiera deponer las armas y besarlo.

—Entonces no tienes nada de qué preocuparte —respondo apartándome de él—. Puesto que con toda certeza es sólo un sueño.

Decir que la señora Nightwing está molesta conmigo es como decir que María Antonieta recibió un simple arañazo en el cuello. Nuestra directora me adjudica treinta negativos por mal comportamiento y, como castigo, tengo que hacer su santa voluntad durante una semana. Empieza por pedirme que ordene la biblioteca, lo que en modo alguno resulta la tortura que ella imagina, pues el tiempo que paso en compañía de los libros anima mi alma. Siempre y cuando mi alma pueda ser animada.

McCleethy entra en mi dormitorio sin llamar y toma asiento en la única silla de la estancia.

—No ha bajado a cenar —dice.

—No me encuentro bien —contesto y me subo la manta hasta la barbilla como si eso pudiera protegerme de su intromisión.

—¿Con quién hablaba en el salón de baile?

—Con nadie —contesto sin mirarla a los ojos—. Estaba ensayando.

—Dijo que no quería hacerla caer.

Espera que le responda. Me tumbo de espaldas y contemplo un punto del techo donde la pintura empieza a resquebrajarse.

—La señorita Temple tiene el tobillo lastimado. No podrá hacer su representación de *ballet*. Una pena. Lo hacía bastante bien. Señorita Doyle, hágame el favor de mirarme cuando le hable.

Me tumbo de lado y la atravieso con la mirada como si fuera de cristal.

—Puede dejar de fingir, Gemma. Sé que aún tiene la magia. ¿Fue usted la que le provocó la caída? No estoy aquí para castigarla. Pero tengo que saber la verdad.

Una vez más siento la imperiosa tentación de contárselo todo. Sería un alivio. No obstante, conozco a McCleethy. Embauca. Seduce. Dice querer la verdad cuando lo único que desea es que le den la razón, decirme en qué me equivoco. Y no puedo confiar en ella. No puedo confiar en nadie. No decepcionaré a Eugenia.

Retomo mi fascinación por el desconchón del techo. Quiero hurgar en esa grieta de la escayola. Arrancar las tablas y empezar de nuevo. Pintarlo de otro color. Transformar el techo por completo.

—Se cayó —digo con voz neutra.

Siento sobre mí el peso de la mirada siniestra de McCleethy, sopesándome, juzgándome.

—¿Entonces fue un accidente?

Trago saliva.

—Un accidente.

Cierro los ojos y finjo dormir. Y, tras lo que parece toda una eternidad, escucho el chirrido de la silla contra el suelo, señal de que la señorita McCleethy se dispone a marcharse. Sus pisadas suenan con fuerza ante su decepción.

Me duermo. Tengo sueños inquietantes, donde corro por la arena negra y la hierba fresca. No importa adónde corra, lo único que quiero es mantenerme fuera de alcance. Despierto y veo los rostros de Felicity y de Ann a escasos centímetros del mío. Me dan un susto.

—Es hora de ir a los reinos —dice Felicity. Sus ojos brillan expectantes—. Han pasado siglos desde la última vez, ¿no es verdad, Ann?

—Eso parece —asiente Ann.

—Muy bien. Dadme un momento.

—¿Qué estabas soñando? —pregunta Ann.

—No me acuerdo. ¿Por qué?

—Estabas llorando —dice.

Me paso los dedos por mis mejillas húmedas.

Felicity me arroja la capa.

—Si no nos vamos enseguida, me volveré loca.

Me ato la capa y me meto los dedos y las lágrimas en el bolsillo, como si éstas no hubieran existido.

En cuanto ponemos un pie en las Tierras Fronterizas, éstas se ven diferentes. Todo parece estar patas arribas. Las parras nos llegan por los tobillos. Los cuervos se han aposentado en las ramas más altas de los abetos como manchas de tintas. Nos siguen durante nuestro trayecto hacia el castillo, saltando de rama en rama.

—Es como si nos vigilaran —susurra Ann.

Las chicas de la fábrica no salen a recibirnos con su grito familiar.

—¿Dónde están? ¿Dónde está Pip? —dice Felicity apretando el paso.

El castillo está desierto. E, igual que los jardines circundantes, todo está cubierto de maleza y mal cuidado. Las flores se han vuelto quebradizas, y los gusanos se deslizan por sus revestimientos púrpura. Piso algo granuloso y me lo arranco de la bota con asco.

Deambulamos por las estancias cubiertas de parras, llamando a las chicas por su nombre, pero nadie responde. Oigo un débil crujido tras un tapiz. Lo aparto y ahí está Wendy, con el rostro sucio y manchado de lágrimas. Tiene los dedos azules.

—¿Wendy? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué te has escondido?

—Es por ese grito, señorita —lloriquea—. Antes lo oía de vez en cuando. Y desde hace unos días lo oigo constantemente.

Felicity indaga al azar tras el resto de tapices de la estancia como si estuviera jugando al escondite.

—¡Vamos, vamos, ya podéis salir! ¿Pip? ¡Pippa Cross! —Se deja caer en el trono haciendo pucheros—. ¿Dónde están todas?

—Es como si hubieran desaparecido —dice Ann mientras abre una puerta en cuyo interior sólo hay parras.

Wendy se echa a temblar.

—A veces me despierto y me siento como si fuera la única alma que vive aquí.

Sus dedos tiznados de azul revolotean hasta una cesta que contiene las bayas que Pip ha recogido, las bayas que han condenado a mi amiga a vivir aquí. También veo que tiene la boca manchada de azul.

—Wendy, ¿has comido bayas? —pregunto.

El miedo se refleja en su rostro.

—Es lo único que había, señorita, y estaba hambrienta.

—No te preocupes —le digo, pues no hay nada que pueda hacerse.

—Voy a ir hasta la torre para echar un vistazo —sugiere Fee y escucho sus pisadas apresurarse por los escalones desvencijados.

—Tengo miedo, señorita —dice Wendy llorando.

—Vamos, vamos. —Le palmeo en el hombro—. Estamos aquí. Todo irá bien. ¿Y qué hay del *Señor Darcy*? ¿Dónde está tu nervioso amigo?

Le tiemblan los labios.

—Bessie dijo que había roído su jaula y que se había escapado. Lo he estado llamando pero no ha vuelto.

—No llores. Vamos a ver si podemos encontrarlo. ¡Señor Darcy! —grito—. Eres un conejo muy travieso.

Busco en todos los lugares donde podría ocultarse un conejo juguetero: en las cestas de bayas, bajo las alfombras enmohecidas, detrás de las puertas. Miro en el interior de la jaula que está sobre el altar de la capilla. Las ramitas de la jaula no parecen haber sido mordidas, están sin tocar. Pero la puerta de la jaula está abierta.

—¿Buscas a tus amigas? —El hada brilla resplandeciente en un rincón en penumbra—. A lo mejor han vuelto a las Tierras Invernales.

Felicity entra de repente en la estancia en ese preciso instante.

—Pippa no se marcharía sin mí.

—¿Estás segura? —pregunta la criatura alada.

—Sí, lo estoy —responde Fee, pero su rostro se ensombrece y echa un vistazo rápido en dirección a las Tierras Invernales.

—Alguien se acerca —dice el hada.

Rápida como una centella, sale volando del castillo. Felicity, Ann y yo la seguimos hasta el bosque. Al otro lado del muro de zarzas, una nube de polvo se aproxima hasta nosotras. Son los centauros que se acercan al galope. Se detienen en seco, pues no se atreven traspasar las Tierras Invernales.

Uno de los centauros me llama a través de las espinas.

—Philon requiere tu presencia, sacerdotisa.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Se trata de Creostus. Ha sido asesinado.

Bajo los olivos de la gruta que una vez albergaron a las Runas de la Orden, el cadáver de Creostus yace tendido con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo. Tiene los ojos abiertos, aunque no ven. Una mano sostiene una amapola perfecta que refleja la herida sangrante de su pecho. Creostus y yo no éramos amigos —su humor distaba mucho de ser espléndido— pero estaba lleno de vida. Me resulta muy duro verlo muerto.

—¿Qué sabes de esto, sacerdotisa? —pregunta Philon.

Apenas puedo apartar la vista de los ojos en blanco de Creostus.

—No he sabido nada de esto hasta hace tan sólo unos momentos.

—Mentirosa. —Neela salta a una roca—. Tú sabes quién es el responsable.

Se transforma en Asha: el sari naranja, las piernas ulceradas, los ojos oscuros.

—Crees que ha sido obra de los Hajin —digo.

—¡Tú sabes que han sido ellos! Creostus fue en su busca para renegociar el precio de las amapolas. La tribu infecta le había estafado un celemín. Y ahora lo

tenemos aquí con una amapola en la mano. ¿Quién más podría haber sido el responsable? ¡Los nauseabundos Hajin, ayudados por la Orden!

La voz de Neela se quiebra por la emoción. Acaricia el rostro de Creostus amorosamente. Con lágrimas en los ojos se inclina ante su pecho, tendiéndose sobre su cuerpo sin vida.

La Gorgona habla desde el río.

—La Orden puede ser severa, pero no ha matado jamás. Y olvidas que, en la actualidad, tiene prohibida la entrada a los reinos. No tienen poder alguno en este lugar.

Neela me observa detenidamente.

—Y, sin embargo, yo vi a la sacerdotisa dirigirse al Templo, sola.

—Neela dice la verdad, nosotros estábamos con ella. También vimos a la sacerdotisa —añade un centauro.

—¡Mientes! —grita Felicity, saliendo en mi defensa, pero me arden las mejillas, lo que no pasa desapercibido a los ojos de Philon.

—¿Es eso cierto, sacerdotisa?

Estoy acabada. Si les cuento lo que sé, me acusarán de desleal. Si miento y averiguan mi mentira, será mucho peor.

—Sí, fui al Templo sola —contesto—. Pero no fui para ver a los Hajin. Fui a ver a otra persona. A Circe.

—Gemma... —susurra Ann.

Philon abre unos ojos como platos.

—¿La impostora? Está muerta. Tú la mataste.

—No —respondo—. Aún vive. Encerrada en el pozo de la eternidad. Necesitaba verla, preguntarle sobre las Tierras Invernales y...

Un murmullo se extiende entre la multitud. Se acercan a mí. Felicity me observa horrorizada.

Neela se incorpora. Su voz está llena de furia, su boca se tuerce en una sonrisa alineada.

—¡Te lo dije, Philon! ¡Te dije que no se podía confiar en ella! Que nos traicionaría como hicieron los demás. Pero no me escuchaste. Y ahora, ahora Creostus está muerto. Está muerto... —dice y entierra la cara entre las manos.

—Así que ese miembro de la Orden se aloja en el Templo. Con los Hajin —dice Philon.

—No. No es exactamente así. Y ella no pertenece a la Orden. No tiene nada que ver con ella...

—¿Y tú sí? —gruñe un centauro.

Neela se dirige a la multitud. No hay lágrimas en sus ojos.

—¿Creeréis en la palabra de alguien que os ha mentado? Ya veis que hasta sus propias amigas no sabían nada de su engaño. ¡La sacerdotisa de la Orden y la impostora han conspirado con los Hajin para hacerse con el poder! ¡Quizá Creostus

supiera demasiado y por eso lo han asesinado! ¡Philon! ¿No pedirás que se haga justicia?

Los centauros, la tribu del bosque, la Gorgona, todos giran sus rostros hacia Philon, quien cierra sus ojos felinos e inspira profundamente. Cuando los abre de nuevo, veo en ellos severidad y determinación, y tengo miedo.

—Te he dado el beneficio de la duda, sacerdotisa. Te he defendido ante mi pueblo. Y no nos has dado nada a cambio. Ahora tengo que estar junto a los míos y haremos cuanto sea necesario para protegernos a nosotros mismos. *Nyim nyatt e volaret*.

Los centauros alzan el cadáver de su hermano por encima de sus cabezas y después lo depositan sobre sus hombros.

—Philon..., por favor —empiezo a decir.

La criatura me da la espalda. Uno a uno, como puertas cerrándose de un portazo, la tribu del bosque se gira también, ignorándome. Sólo Neela parece ser consciente de mi presencia. Al salir de la gruta tras los suyos, se vuelve hacia mí y me escupe en la cara.

Felicity me lleva a un lado con brusquedad.

—¿Has hablado con Circe?

—Necesitaba respuestas. Necesitaba que me hablara de las Tierras Invernales —digo—. Ella era la única que podía decirme lo que yo, lo que nosotras, necesitábamos saber.

—¿Nosotras? —Felicity me fulmina con la mirada. Ann la coge de la mano—. Circe no da algo a cambio de nada. ¿Qué le diste? —reclama Felicity.

Como no contesto, Ann responde por mí.

—Magia.

La risa de Felicity es cruel.

—No lo has hecho. Dime que no lo has hecho, Gemma.

—¡Necesitaba respuestas! Nos ayudó a llegar sanas y salvas a las Tierras Invernales, ¿no es verdad? —contesto y me doy cuenta enseguida de lo endeble que es mi defensa.

—¡Puede que también fuera ella quien asesinara a Wilhelmina Wyatt! ¿Has pensado en ello? —ladra Fee y un frío terrible me recorre el cuerpo.

Le hablé a Circe de Eugenia, del árbol. Y si...

—No lo creo —replico con menos seguridad.

—Eres una estúpida —se burla Felicity.

Le doy un empujón.

—Pareces saber a la perfección qué hacer para que todo funcione; ¡a lo mejor te gustaría ser la única que tuviera la magia!

—Me gustaría ser la única —gruñe entre dientes— para hacer una alianza con Pip y mis amigas, no para unirme al enemigo.

—Confías en Pip, ¿verdad? Pues entonces, ¿dónde está?

La bofetada de Felicity es sonora y repentina. Siento el escozor hasta la punta de los pies. Me ha producido un corte en el labio. Lamo la sangre con la lengua; la magia me desborda. En el acto, la mano de Felicity empuña su espada y la arroja al suelo como si se tratara de un juguete.

—No soy el enemigo —dice en voz baja.

Me tiembla todo el cuerpo. Se apodera de toda la fuerza que debo emplear en contener la magia. Me deja con una sensación de mareo, de debilidad, como si no hubiera dormido durante días. Fee y yo nos quedamos mirándonos, ninguna está dispuesta a disculpare. Se me revuelve el estómago. Me giro y vomito en un arbusto. Felicity camina resuelta por el sendero que conduce a las Tierras Fronterizas.

—No deberías haber dicho eso de Pip —me recrimina Ann mientras me ofrece su pañuelo.

Lo aparto de mí.

—No me digas lo que tengo que hacer.

La expresión dolida de Ann sólo es momentánea. Oculta sus verdaderos sentimientos tras la máscara adecuada. He ganado el asalto, pero me odio a mí misma por ello.

—Será mejor que me vaya con Fee —dice.

Cabizbaja, corre al encuentro de Felicity y me deja atrás.

Cuando volvemos, Pippa y las otras chicas están en la vieja capilla del castillo. Tienen una cesta de bayas enormes, que Pippa selecciona y deposita en un cáliz que ha encontrado. El aspecto de las chicas es peor que de costumbre. Tienen el cabello enmarañado y, si las observo desde otro punto de luz, su tez es de un amarillo moteado, como fruta echada a perder.

Pippa tararea una alegre tonada. Al ver nuestras caras largas, se calla.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha sucedido?

Felicity me mira con dureza pero ni ella ni Ann les confiesan lo que he hecho. Me duele la cabeza, y tengo que ocultar las manos bajo las axilas para aquietar el temblor.

—Creostus ha sido asesinado —digo en un tono de voz lacónico.

—Oh, ¿eso es todo? —dice y prosigue con su labor de seleccionar bayas.

Mae y Bessie ni siquiera levantan la vista. Su indiferencia es exasperante.

—La tribu del bosque me rehúye.

Pippa se encoge de hombros.

—Ellos no cuentan. No demasiado.

—Puede que también yo pensara eso en alguna ocasión, pero estaba equivocada. Los necesitamos.

—¿A esas criaturas horribles? Dijiste que solían entrar en nuestro mundo y usarlo como entretenimiento. ¡Eso es horrible!

Pippa descarta una baya moteada y la arroja en un trapo con el resto de la fruta desechada.

—Sí, está mal. Y puede que no me guste. Podría decirles que no me gusta. Pero Philon nunca me ha mentado. Cuando necesité ayuda, esa criatura fue mi aliada. Todo lo que pedían era tener voz y voto, participar en su propio gobierno, y yo les decepcioné.

Tomo aire poco a poco y la magia se apacigua levemente.

—Bien —dice Pippa quitándose el polvo de su falda—, aún no sé para qué los necesitas cuando nos tienes a nosotras. Bessie, cariño, ¿puedes poner éstas aparte?

Bessie coge la cesta de fruta y la mira anhelante.

—¿Y por qué esa gente te ha dado la espalda, eh?

La habitación me parece más pequeña. Felicity y Ann evitan mi mirada.

—Creían que los Intocables y yo teníamos algo que ver con el asesinato de Creostus.

—Eso es un poco raro, ¿no? —Bessie me mira fijamente—. ¿Y por qué lo creen?

—Gemma ha estado manteniendo conversaciones secretas con Circe —anuncia Felicity.

—Oh, Gemma —se queja Pippa.

Sus ojos violeta centellean y, acto seguido, pierden su color y adquieren la tonalidad lechosa y azulada de las Tierras Invernales. Su mirada hace que un escalofrío me recorra la columna.

—¿Quién es Circe? —pregunta Mae.

—Una canalla de la peor clase —explica Pippa—. Intentó asesinar a Gemma. Haría cualquier cosa para obtener la magia del Templo y gobernar los reinos. No es de fiar. —Pippa me mira—. Ni tampoco lo son las que se alíen con ella. Pues no hay nada peor que una impostora dispuesta a traicionar a sus amigas.

—¡Yo no he traicionado a nadie! —grito, y el poder que he silenciado retumba en mi interior hasta que me veo obligada a acallararlo de nuevo.

Felicity se pone junto a Pippa con los brazos cruzados.

—¿Dónde estabas? —pregunta en voz baja.

Pippa se encoge de hombros.

—Recogiendo bayas.

—Te hemos buscado en el bosque —insiste Felicity.

—Por lo que parece no habéis mirado en todas partes.

Bessie se acerca junto a Pippa. Le pasa a Felicity más de una cabeza.

—¿Algún problema, señorita Pippa?

Pippa no se precipita a decir: «Vamos, vamos, Bessie, no seas tonta, no pasa nada». Deja que la amenaza flote en el aire durante unos instantes, deleitándose con el poder que eso conlleva.

—No, gracias, Bessie.

Se vuelve hacia Fee con las manos en las caderas.

—También yo podría preguntarte dónde has estado, pero supongo que habrás estado muy ocupada con tu vida fuera de aquí.

—Pip... —Felicity trata de entrelazar sus dedos con los de Pippa, pero ésta no se lo permite. Se aleja—. Te he traído un regalo —dice Fee, esperanzada, y le ofrece un delgado paquete envuelto en papel marrón.

Los ojos de Pippa se iluminan al abrirlo. Dentro hay tres plumas de avestruz.

—Para que también tú puedas tener tu presentación en sociedad —dice Felicity con dulzura.

—¡Oh! ¡Oh, son exquisitas!

Pippa arroja sus brazos alrededor de Felicity, quien por fin sonrío. Bessie acarrea la cesta de bayas hasta el otro lado de la habitación y a punto está de tirar al suelo a la pobre Mercy.

—Oh, ayúdame a ponérmelas —dice Pip.

Felicity las sujeta a la parte de atrás del pelo de Pip con una brizna de maleza que ha cogido del altar.

—¿Qué tal estoy? —pregunta Pippa.

—Espléndida —contesta Felicity con la voz quebrada.

—¡Oh, qué encantador! Eso es lo que necesitábamos para animarnos el espíritu:

una fiesta alegre. Todas las chicas tendrán su presentación en sociedad. Será un baile realmente magnífico. ¡El mejor de todos los tiempos! ¿Mae? ¿Mercy? ¿Quién se apunta? Bessie, tú actuarás ¿verdad?

Las chicas dan brincos de entusiasmo. Mae arranca unas belladonas de la pared y se las pone detrás de la oreja. Un gusano cae al suelo con un plop, y no sabría que decir si se ha caído de la flor o de su oreja.

—¿Gemma? —Pip extiende una mano—. ¿Participarás en nuestro baile de presentación?

La muerte de Creostus ha ensombrecido mi alma. Por primera vez en mucho tiempo me traen sin cuidado las fiestas. No quiero olvidar mis problemas ni tratar de llenar el vacío que subyace en mi interior con ilusiones efímeras.

—Me temo que no estoy de un humor muy festivo. Tendréis que hacer vuestra fiesta sin mí.

Anticipo una discusión. Pucheros y lágrimas y súplicas para que convierta el castillo en el Taj Mahal y nuestras faldas en vestidos de noche parisinos. Sin embargo, Pippa sonrío de oreja a oreja.

—Oh, Gemma, querida, tú descansa. Ya me encargo yo de todo.

Cierra los ojos y levanta los brazos enérgicamente hacia las vigas del antiguo castillo. Una sonrisa extática se extiende por su boca. Su cuerpo se estremece y el castillo empieza a transformarse. La mugre desaparece de las ventanas hasta hacerlas brillar. Las parras retroceden, despejando el suelo lo suficiente para poder bailar. El moho se desvanece de las paredes y el techo, y es sustituido por una alfombra púrpura oscura de bayas y belladonas.

Atemorizada, Ann gira sobre sí misma, abarcando con la mirada toda la capilla.

—¿Cómo has hecho eso?

—Parece como si la magia estuviera cambiando. Gemma no es la única que ahora tiene el poder —responde Pippa.

—Eso es extraordinario —dice Felicity con un deje de tristeza en su voz—. ¿También puedes ofrecérselo a las otras como Gemma?

Pippa extiende la mano hacia una maraña de bayas, selecciona la más grande y se la come.

—No. Al menos todavía no. Pero en cuanto sea capaz, puedes dar por sentado que lo compartiré sin dilación. Y ahora, ¡tenemos que prepararnos para nuestra presentación en sociedad!

—Pippa —digo con más dureza de la que quisiera—, ¿puedo tener unas palabras contigo?

Pip finge hacer pucheros ante las chicas y pone los ojos en blanco para que todas se rían a mi costa.

—Sólo será un momento —las tranquiliza—. Podéis practicar vuestras reverencias mientras estoy fuera.

Pip y yo subimos por la escalera de caracol. Un ratón ha sido atrapado en una

telaraña. Permanece enmarañado en una crisálida brillante de seda, y apenas se mueve, conocedor de su destino. Llegamos al final de la escalera y siento el aire frío. A lo lejos, las sombras de las Tierras Invernales nos hacen señas. Sin embargo, esta noche no escucho sus cantos de sirena con tanta intensidad. La imagen de Creostus inerte en la tierra aún permanece fresca en mi mente.

Pippa está de pie ante la ventana. Recortada por la penumbra serpenteante de las Tierras Invernales, y una enigmática media sonrisa en los labios, aún está más hermosa que de costumbre.

—No parece alegrarte por mí, Gemma.

—Sólo estoy confundida. ¿Por qué tienes este poder? Han transcurrido muchos días desde que yo...

—Esto no tiene nada que ver contigo —responde y detecto cierto odio en su tono de voz—. La magia ha arraigado en mí. No puedo explicar por qué. Pero podrías alegrarte. Deberías hacerlo. Ahora ya no estarás tan sola.

«Deberías». Esa palabra, tan parecida a un corsé, significa intentar adquirir la forma adecuada. Pippa se asoma por el arco de la ventana y estira completamente los brazos permitiendo que la azote el viento que aúlla desde las montañas de las Tierras Invernales.

—¡Oh, qué agradable!

—Pip, sal de ahí —digo preocupada.

Sus ojos adquieren una tonalidad lechosa.

—¿Por qué? No me pasará nada. Soy inmortal.

Se aleja de la ventana. Su cabello es una maraña de rizos.

—Gemma, quiero que sepas que aunque no apruebo tu consorcio con Circe, estoy dispuesta a perdonarte.

—Tú... ¿perdonarme? —digo lentamente.

—Sí. Porque he vuelto a nacer y ahora puedo verlo todo con claridad. Van a haber muchos cambios por aquí.

Sonríe y me besa en la mejilla, lo que me produce un hormigueo en la piel.

—Pip, ¿de qué estás hablando?

Sus ojos resplandecen como un espejismo —violeta, blanco azulado, violeta, blanco azulado— hasta que no estoy segura de distinguir lo que es verdad de lo que es una vana esperanza en el desierto.

—He tenido una visión. Habrá un nuevo día para el imperio en los reinos. Los que no están con nosotros están en nuestra contra. Y luego está el asunto de aquellos que, en verdad, no encajan en nuestro nuevo día: los enfermos y los pobres. Aquellos que nunca llegarán a ser nada. —Su rostro se endurece—. Los que degeneran.

Pippa me pasa su brazo por el mío y siento la imperiosa necesidad de zafarme de él y echar a correr.

—Confieso que no sé qué hacer respecto a la pobre Wendy —dice con un suspiro—. Se ha convertido en una auténtica carga.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con un murmullo.

Pip frunce los labios manchados de bayas.

—Oye gritos cuando no hay nada que oír. Ninguna de nosotras ha escuchado nada. Le he pedido que deje de decir eso. Hasta la he abofeteado por ello.

—¿Has pegado a Wendy?

—Asusta a las otras chicas y luego ninguna quiere jugar. No hay ningún grito que valga; sólo quiere llevarme la contraria —responde Pippa con férrea determinación.

—Que tú no lo oigas no significa que no sea verdad.

El rostro de Pip se relaja con una sonrisa infantil.

—Oh, Gemma. ¿Cuándo vas a acompañarme de nuevo a las Tierras Invernales? Para viajar hasta el desfiladero en barco. Para trepar al brezal y dejar que el Árbol de Todas la Almas nos susurre lo que somos y en qué podemos convertirnos.

—Lo dices como si hubieras ido sin nosotras.

Sonríe de nuevo con una sonrisa extraña.

—Por supuesto que no. No iría sin ti.

Una fría ráfaga de viento aúlla a través de la ventana de la torre. Un pensamiento terrible se abre paso en mi mente.

—¿Qué le ha ocurrido al *Señor Darcy*? —pregunto en un susurro y me sorprendo de la rapidez y la agitación de los latidos de mi corazón.

Pip me sostiene la mirada durante unos instantes.

—Sólo era un conejo. Ha desaparecido.

Unas risas alegres flotan por las escaleras procedentes del piso de abajo.

—¡Vamos, Pip! —grita alguien y Pippa sonríe abiertamente.

—Mis súbditas me esperan.

Empieza a bajar las escaleras, y sólo se gira cuando no me oye ir detrás de ella.

—¿No vienes?

—No —contesto—. No me apetece bailar.

Los ojos de Pip se vuelven del color de las Tierras Invernales.

—Qué pena.

Cuando bajo de la torre, las chicas están en la capilla. Felicity y Pip están sentadas en los tronos como si fueran miembros de la realeza. Pippa sostiene en una mano un palo a modo de cetro y lleva puesta la capa que Felicity le regaló hace unas cuantas semanas. Parece como si hubieran transcurrido años desde esos días felices. Ann sujete la cola del vestido de Mercy. Mae se pone sus guantes largos; Bessie cierra su abanico de marfil con un chasquido. Sólo Wendy está sola, sujeta a la jaula vacía del *Señor Darcy*.

—Finalmente vais a tener la oportunidad de convertirnos en auténticas damas, y nadie podrá decirnos que no estéis a la altura de la dama más elegante —grita Pippa.

Los ojos de las chicas brillan. Pip luce las plumas de avestruz con orgullo, como la debutante que no llegará a ser en nuestro mundo.

—¡Señorita Bessie Timmons! —exclama Fee y las paredes gimen.

Bajo el influjo de la ilusión, las parras prosiguen su sigiloso asalto.

Una a una, las chicas se deslizan solemnemente hacia Pip. Hacen una profunda reverencia ante ella, y Pip asiente severamente y las conmina a alzarse. Cuando se retiran, sus rostros están brillantes, exultantes. Creen de todo corazón que se han convertido en damas.

En los inquietantes ojos de Pip descubro que cree a pies juntillas que es una reina.

Atravieso corriendo los polvorientos pasadizos del Templo, rozando al pasar a una sobresaltada Asha, y me encamino directamente al pozo de la eternidad. Circe flota en él como todas las veces que he ido hasta allí.

«Todas las veces». No me había dado cuenta hasta ahora de que son muchas las ocasiones en que he estado en este lugar.

—Creostus el centauro ha sido asesinado —le informo—. ¿Tienes algo que ver en esto?

—¿Cómo podría habérmelas arreglado encerrada aquí dentro? —pregunta, aunque su respuesta no me tranquiliza.

—Necesito saber qué está pasando —digo casi sin aliento. El aire es húmedo y caliente. Me duelen los pulmones—. Prometiste darme respuestas.

—No. Prometí ayudarte a comprender tu poder a cambio de magia.

—¡Sí, la magia! ¿Para qué la quieres? ¿Cómo puedo estar segura de que no la has estado usando para crear problemas? Por lo que sé podrías haber salido del pozo. Y asesinado a Creostus. Podrías estar confabulada con las criaturas de las Tierras Invernales.

La certeza absoluta de lo que he hecho surge dentro de mí. Con un gruñido, golpeo el borde del pozo y un trocito de piedra salta hasta mi bota.

—No hace falta que tortures al pozo —dice Circe con voz acerada—. No te ha hecho nada. ¿Cuál es el problema? ¿Se trata de Eugenia?

—N-no —tartamudeo. No pienso decirle nada más sobre la señora Spence. Eso fue una equivocación. Me llevo a la palma el trozo de piedra y le doy la vuelta entre los dedos—. Se trata de Pip. Tiene su propia magia. Hace días que no le doy pero puede que aún queden restos de magia...

—Deja de mentirte a ti misma. Sabes cómo la ha conseguido. Ha hecho un pacto en las Tierras Invernales.

La verdad se abre paso en mí poco a poco.

—Una de las chicas tenía un conejo como mascota —digo en voz baja—. Pip dijo que había desaparecido.

—La próxima vez te aseguro que no será un conejo lo que desaparezca —advierte Circe—. ¿Y qué hay de nuestra ilustre Eugenia? ¿Y del Árbol de Todas las Almas? ¿Ya has encontrado la daga?

—Todavía no, pero la encontraré —respondo—. ¿Por qué la odias tanto?

—Porque —contesta con dificultad— es incapaz de mirar en sus rincones oscuros, así que ¿cómo puede ser capaz de comprender los corazones de los demás? Supongo que la muerte del centauro significa que ya no habrá alianza.

—Supongo que no —digo y empiezo a ser consciente del problema que se avecina. Hice una promesa que no pude cumplir. Y ahora tengo enemigos—. ¿Juras que no tienes nada que ver con el asesinato de Creostus? —pregunto de nuevo, pasándome la piedra entre los dedos.

—¿Cómo podría haberlo hecho? —pregunta.

Cuando salgo de la cortina de agua, Asha me está esperando. Se inclina ante mí rápidamente.

—Dama de la Esperanza, me gustaría hablar contigo —dice con un deje de urgencia en la voz.

—¿De qué?

Asha me conduce hasta una estancia donde los Hajin están sentados en tarimas mientras ensartan cuentas. El humo rojo asciende de los muchos recipientes de cobre.

—¿Es verdad que uno de los centauros fue asesinado y que se culpa de ello a los Hajin?

—Sí —le respondo—. Lo encontraron con una amapola en la mano.

—Nosotros no tenemos nada que ver con su muerte. —Se frota el pulgar contra la palma de su mano como si fuera una piedra para combatir el estrés—. No quisimos participar en estrategias políticas. Y lo único que deseamos ahora es que nos dejen tranquilos, sentirnos seguros...

—¡La maldita seguridad no existe! —grito—. ¿Cuándo te darás cuenta de eso? ¿Sabe ya tu gente que les ofrecí compartir la magia y que tú la rechazaste en su nombre?

Los Hajin levantan la vista de sus amapolas.

—Asha, ¿es eso verdad? —pregunta una joven.

—No es nuestro camino ni nuestro destino. Nosotros no nos alejamos de los confines de nuestra tribu —contesta Asha tranquilamente—. Ya lo sabéis.

—Pero al menos podríamos tener voz —dice un Hajin con firmeza.

El humo se ha disipado. Asha se acerca al recipiente, dejado al descubierto.

—¿Y usaríais esa magia compartida para cambiar lo que somos? Aquí hemos aceptado nuestras aflicciones. Hemos hallado solaz los unos en los otros. ¿Y si de repente tenemos el poder de eliminar todas las imperfecciones? ¿Aún encontraríais la belleza entre vosotros? Al menos ahora somos una casta.

Los Hajin sopesan sus palabras. Algunos reanudan su trabajo, metiéndose las ropas entre sus deformes piernas para ocultarlas.

—Así es como ha sido siempre. Aceptaremos el legado de nuestros ancestros —dice Asha sonriendo, aunque en su sonrisa no hay calidez ni sabiduría, sólo pavor.

—Tienes miedo de perder el control que ejerces sobre ellos —digo fríamente.

—¿Yo? Yo no tengo poder.

—¿Ah, no? Si los apartas de la magia, nunca sabrán lo que podría haber sido de sus vidas con su ayuda.

—Seguirán protegidos —insiste Asha.

—No —digo—. Seguirán sin probarla.

Una Hajin se pone en pie, vacilante, y sostiene con fuerza sus faldas.

—Deberíamos tener voz, Asha. Ya va siendo hora.

Una chispa de ira brilla en los ojos de Asha.

—Siempre hemos vivido así. Y así es como viviremos siempre.

La joven se sienta, pero no hace una reverencia como tiene por costumbre. En sus ojos se reflejan los dioses gemelos de la duda y el deseo. Cuando su falda se abre, dejando a la vista sus piernas cubiertas de cicatrices y llagas, no se apresura a cubríselas.

Niego con la cabeza.

—Las cosas están cambiando, Asha. Lo quieras o no.

Tengo la cabeza hecha un lío cuando me dirijo a las Tierras Fronterizas. ¿Quién puede haber asesinado a Creostus y por qué? ¿Me ha dicho Circe la verdad? ¿Ha hecho Pippa un pacto con las criaturas de las Tierras Invernales para obtener la magia y, si es así, cuánto poder tiene? ¿Cómo puedo conseguir que Fee se dé cuenta de todo esto? Ella afirma con razón que no soy la persona más indicada para hablar, puesto que me he visto con una asesina. Y aún no he descifrado los crípticos mensajes de la señorita Wyatt. Soy una maldita estúpida.

No. Aún tengo la oportunidad de hacer las cosas bien. Eugenia: encontraré la daga y la salvaré. Resolveré los problemas de los reinos y de las Tierras Invernales y luego... ¿y luego? Luego volveré a preocuparme.

Al regresar al muro de zarzas, detecto algo extraño. La fruta de los árboles que restituimos el primer día que regresamos a los reinos se ha marchitado y su cáscara está tumefacta. Todas las flores se han vuelto de un azul quebradizo, como si las hubieran estrangulado en sus tallos. Hasta la última de ellas está muerta.

Corro hacia el muro de zarzas y camino por el sendero que atraviesa el bosque azul hasta el castillo.

«¡Huu-uu!».

Oigo el sonido cerca. Bessie aparece ante mí con su palo en ristre.

—Apártate, Bessie, por favor. No quiero hacerte daño. Ya lo sabes.

—No podrías hacerme daño aunque quisieras —dice, imponiéndose ante mí.

Llamo a gritos a Pip, a Felicity y también a Ann.

—¿Lo ves? No quieren saber nada de ti —gruñe Bessie.

La puerta del castillo se comba al abrirse y Felicity se precipita a mi encuentro, seguida por Ann, Pip y las otras.

—¡Gemma! ¿Qué pasa? —grita Felicity.

—Bessie no me dejaba entrar —digo.

Pippa le dedica a Bessie un fingido reproche.

—¿Es eso verdad, Bessie?

—No sabemos dónde ha estado —ofrece Bessie a modo de explicación.

Pippa da vueltas entre los dedos a una caléndula.

—Es verdad, Gemma. Si no quieres que te cuestionen, no deberías irte sola por ahí.

—Sí —respondo con una creciente aprensión. Me da miedo, y me pregunto si podrá darse cuenta de ello—. Ha llegado la hora de regresar a Spence.

—No quiero marcharme todavía —se queja Felicity.

—Pues no lo hagas. Quédate conmigo —dice Pippa como si le propusiera unas vacaciones; el rostro de Felicity desborda felicidad.

—No podemos volver sin Felicity —responde Ann con amargura.

—Hasta mañana —dice Felicity en voz baja.

—Hasta mañana.

Pip le da a Fee un beso amable en la mejilla y regresa al castillo a grandes zancadas, con las chicas de la fábrica detrás como damas de honor. Ninguna ofrece a Wendy su ayuda.

Wendy se abre camino a tientas hasta que encuentra un asidero en mi manga.

—¿Señorita? ¿Puede llevarme con usted?

—Lo siento, Wendy. No puedo llevarte a mi mundo —digo mientras la ayudo a regresar al castillo.

—Tengo miedo, señorita. No me gusta estar aquí. De noche, el castillo está demasiado silencioso desde que no tengo cerca al *Señor Darcy*. Cuando las llamo, nadie me responde...

—¡Wendy! —exclama Bessie mientras vuelve a por ella. Adopta una postura semejante a un guerrero, con su largo palo junto a ella—. Vamos. La señorita Pippa nos espera. —Deja que Wendy tropiece mientras intenta acercarse a ella y se aparta de su camino en cuanto la chica se acerca—. ¡Por poco!

Se echa a reír y luego, de malos modos, guía a la chica hasta el castillo.

—¿Adónde fuiste, Gemma? ¿A ver a Circe? —me pincha Felicity.

Arrastra los dedos a lo largo del pasadizo que nos lleva a nuestra puerta secreta.

—Sí —respondo porque ya estoy cansada de mentir.

—Te crees muy lista, ¿verdad? No confías en Pip pero sí lo haces en esa... ¡en esa cosa que asesinó a tu madre!

—No lo entenderías —respondo mientras me abro paso hacia el ala este entre la luz brillante de la puerta secreta.

Felicity tira de mí y me da la vuelta para encararme a ella.

—Por supuesto que no. Pues sólo soy una amiga que se preocupa por ti.

—¿Te preocuparías por mí si no tuviera la magia? —pregunto.

—Eso es como preguntar: «¿Te gustaría si yo no fuera yo?». La magia es una parte de ti, y tú eres mi amiga —contesta.

Su respuesta hace que las lágrimas me afloren a los ojos y me siento horriblemente mal por la forma en que la he tratado antes, por no haber confiado en ella, por lo que tendré que decirle sobre Pippa.

—¡Oh, no! —dice Ann de repente palmeándose los hombros—. ¡Mi chal! Debe de haberseme caído.

Sin pensar, extiende una mano y el mundo irradia su luz en cuanto la puerta se abre para ella.

—Ann, ¿cómo has hecho eso? —pregunta Felicity con los ojos abiertos como platos.

—No lo sé —responde—. Sólo quería entrar y... ya lo ves.

—Hazte a un lado —ordena Felicity. Esta vez, Felicity pone la mano en la puerta con una mirada de intensa concentración en su rostro. De nuevo, la puerta de los reinos se abre de par en par. Sonríe abiertamente como si fuera la mañana de Navidad—. ¿Os dais cuenta de lo que esto significa? ¡Gemma no es la única que tiene acceso a los reinos! Cualquiera puede abrir esta puerta. ¡Podemos entrar y salir cuando queramos!

Excitadas, se ponen a dar brincos de alegría.

—Iré a por tu chal, ¿de acuerdo? —digo.

Ann se echa a reír.

—Puedo ir yo.

Abre la puerta y regresa con el chal, feliz como nunca.

—¿No es maravilloso?

«Vamos, Gemma. Di: “Sí, es maravilloso que no me necesites”».

—Es tarde —respondo—. Deberíamos irnos.

Las oigo detrás de mí, riéndose entre dientes y aturdidas. Prosigo mi camino hacia Spence; espero que me sigan, pues sé que puede que no lo hagan.

Me siento inquieta durante todo el día. Creustus ha sido asesinado. Ya no confío en la tribu del bosque y no puedo culparlos porque sospechen de mí, puesto que ¿qué he hecho para ganarme su confianza? Veo espectros y sombras donde no los hay, Wilhelmina ha desaparecido como si se tratara de uno de sus trucos de magia. Y la magia y los reinos están cambiando: ahora la puerta se abre sin mi intervención y Pippa...

Pip. La magia ha arraigado en ella y está creciendo. Y cada vez que me digo a mí misma que no debo tenerle miedo, me acuerdo del *Señor Darcy*.

«La llave contiene la verdad». Me pregunto si tengo yo esa llave mientras mi cabeza le da vuelta a eso; estoy desesperada por saber la verdad.

Hay un error que tengo que solventar. Cuando acabamos nuestras tareas al terminar el día, voy en busca de Cecily. La encuentro en la biblioteca. Brigid la ha acomodado en una tumbona con el tobillo apoyado en una almohada. Está de un humor de perros, pues no va a poder asistir al baile de disfraces, así que no la culpo por ello. Tampoco se alegra de verme. Al acercarme, levanta su revista *La Mode Illustrée* a la altura de su cara, por lo que me topo con una ilustración de una atractiva mujer que luce un vestido sumamente elegante.

—Te he traído *Orgullo y Prejuicio*. He pensado que quizás podría leértelo — sugiero.

Cecily ojea los hermosos vestidos a medida que pasa las páginas.

—Hace años que aprendí a leer.

—¿Cómo está tu tobillo? —pregunto mientras cojo la silla que hay junto a la tumbona.

—Me duele. No podré participar en el *ballet*. Tampoco podré bailar. Mi velada se ha arruinado —dice, lloriqueando.

—He pensado que quizá podrías recitar mi poema del señor Yeats en mi lugar.

Cecily entrecierra los ojos.

—¿Por qué?

—Bueno, tú eres una lectora excelente, mucho mejor que yo, y...

—No, quiero saber el porqué del ofrecimiento. ¿Tienes remordimientos de conciencia, señorita Doyle?

La mirada de Cecily es escrutadora y soy consciente de que no he valorado con justeza sus dotes de observación.

—Es una oferta justa —digo.

—Déjame verlo —dice transcurridos unos instantes, y le entrego el poema.

Empieza a recitarlo de inmediato y, cuando la dejo, ensaya desde su lecho de convaleciente con unos susurros tan feroces que estoy convencida que será la

sensación del baile.

Dios nos asista.

Ann me para en el vestíbulo. Lleva en las manos un ejemplar de *The Era Almanack*, que incluye una lista de anuncios para intérpretes de todo tipo así como para compañías artísticas y teatros.

—Gemma, mira —dice, y me muestra un anuncio del Gaiety Theatre.

LAS CHICAS ALEGRES

Un nuevo y original entretenimiento musical que será representado en julio.

Compuesto por el señor Charles Smalls.

Señoritas en buena forma física y con buena voz preséntense el miércoles, 29 de abril, de 12 a 3 de la tarde, para entrevistarse con el señor Smalls.

Se precisa tener conocimientos de baile.

—¿Te acuerdas de Charlie Smalls, el acompañante musical? Mi voz le gustó —dice, y se muerde el labio—. Si pudiera ir a verle...

—El veintinueve. Eso es mañana —digo.

—Sé que no debería pedirte —afirma—. Pero prometo que esta vez no me echaré atrás.

—De acuerdo —contesto y asiento con la cabeza—. Nos las ingeniaremos para ir. No sé cómo, pero lo haremos.

Después de cenar, el inspector Kent viene a ver a *mademoiselle* LeFarge. Sólo quedan unas semanas para su boda. En el gran salón, el inspector nos obsequia con relatos de las proezas de Scotland Yard. Queremos saber cosas de Jack *el Destripador*, pero él, educadamente, se niega a hablar de ello. Y, mientras tanto, *mademoiselle* LeFarge permanece sentada junto a él, orgullosa de que vaya a ser suyo.

—¡Cuéntenos otro! —suplicamos.

—Si les cuento éste temo quitarles el sueño —dice y sonrío con malicia.

Y eso es lo único que necesitamos para rogarle desesperadamente que nos cuente más y prometerles con fervor que no nos despertaremos a medianoche pidiendo ayuda.

El inspector Kent da un sorbo a su té.

—Este relato hace alusión a una *troupe* de saltimbanquis que parece haber desaparecido no muy lejos de estas tierras.

—¡Dios mío! —exclama *mademoiselle* LeFarge—. Hace poco recibimos la visita de unos saltimbanquis.

—En contra de mi voluntad —se queja la señora Nightwing.

—Es una extraña historia. Aparentemente, esos individuos tenían que encontrarse con otros compañeros de profesión en Dorset, pero jamás se presentaron. Mientras tanto, se nos ha informado de que los han visto en algunas poblaciones, como si fueran fantasmas. Y, tras su estela, se han escuchado rumores de gente desaparecida.

Las chicas están encantadas con el relato, más aún cuando el inspector Kent mueve las cejas significativamente hacia ellas.

El vello de mi cuello se me eriza al escuchar sus últimas palabras.

—¿Eran fantasmas?

La estruendosa risa del inspector Kent resuena por toda la estancia. Las chicas se ríen entre dientes; piensan que soy una boba.

—Durante los veinte años que llevo en Scotland Yard he visto todo tipo de tretas pero nunca he visto un fantasma. Les diré lo que creo. Creo que esos saltimbanquis, de los que dudo de su posición social en la vida, debían dinero a esos colegas de Dorset. Y por eso no aparecieron. Y en cuanto a los informes de las personas desaparecidas, pues bien, en cada pueblo siempre hay alguien que necesita un medio de escapar de sus circunstancias actuales.

—¿Qué clase de circunstancias? —exige saber Cecily.

—Eso no es de su incumbencia —responde *mademoiselle* LeFarge y chasca la lengua, lo que nos deja aún más intrigadas que antes.

El inspector se ríe entre dientes.

—Con semejante curiosidad, todas ustedes deberían trabajar para mí.

—Una dama no puede ser detective —responde Martha—. No tiene la constitución necesaria para ello.

—¡Bobadas! —responde el inspector dándose una palmada en el muslo—. Mi querida madre crió a cuatro hijos y ¡ay del que intentara engañarla! Podría haber sido inspectora general, tantos eran sus talentos. Algún día habrá mujeres en Scotland Yard. Recuerden mis palabras.

—Oh, señor Kent —se mofa *mademoiselle* LeFarge—. No siga o estas jovencitas no dormirán esta noche. Hablemos de la boda, ¿de acuerdo?

—Como usted diga, *mademoiselle* LeFarge, como usted diga —responde.

—He pensado que quizá, chicas, podrían ayudarnos a decidir qué himnos podríamos cantar. —Frunce el ceño—. Oh, vaya. He olvidado traer un misal de la capilla. Y eso que he estado todo el día recordándomelo a mí misma.

—Iré a por él —contesta el inspector Kent, dejando su taza de té.

La señora Nightwing lo detiene.

—No. Enviaré a la señorita Doyle a por él. Aún le quedan algunos días de penitencia, según mi libro de cuentas. Le hará bien. Señorita Poole, usted la acompañará.

Maldita Nightwing.

Elizabeth me sigue hasta el césped. Da un brinco con cada ruido.

—¿Qué ha sido eso? —jadea.

Una rana salta a sus pies. Elizabeth aúlla y se agarra con fuerza a mi brazo.

—Sólo es una rana, Elizabeth. Aunque por la forma en que te quejas se diría que más se parece a un dragón —gruño.

No hemos dado más que unos cuantos pasos y Elizabeth casi se me sube encima

después de ahogar un grito.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, quitándomela de encima.

—No lo sé —responde con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Está tan oscuro! ¡Odio la oscuridad! No la soporto. Me da miedo.

—Bueno, pues en eso no puedo ayudarte —me quejo y empieza a llorar—. Muy bien —respondo con un sonoro suspiro—. Ve a esconderte a la cocina. Iré a por el misal y luego volveré a recogerte.

Asiente con la cabeza y echa a correr en busca de la seguridad de la cocina sin siquiera darme las gracias. Me dirijo rápidamente a la capilla, abriéndome camino con mi candil. Los animales nocturnos afinan su orquesta de gorjeos y graznidos. Esta noche no resultan reconfortantes, sino más bien un recuerdo de las muchas cosas que habitan en la oscuridad. En el campamento de gitanos, los perros empiezan a corear sus ladridos, que se transforman en un gimoteo inquieto. Se me ponen los nervios de punta.

De acuerdo. No me entretendré. He venido a buscar el misal y tengo la intención de darme prisa. La antigua puerta de roble de la capilla pesa mucho. La empujo con fuerza y cruje al abrirse una rendija para permitirme el acceso. Dentro está oscuro y silencioso. Podría haber algo ahí dentro esperándome. Los latidos de mi corazón se aceleran. Mantengo la puerta abierta con una piedra y avanzo.

Una luz azul tinta del tardío atardecer se alza de repente contra las vidrieras de las ventanas, proyectando dibujos en el suelo. Mi candil arroja fragmentos de luz a través de ellos. No encuentro los misales al fondo de la estancia, así que me veo obligada a seguir hasta el centro de la nave, lejos de las puertas y de una vía de escape rápida. Hago oscilar el candil por encima de los bancos de lado a lado, hasta que, finalmente, descubro lo que busco en medio de uno. Una repentina ráfaga de viento cierra la puerta de golpe, se me cae el misal y lo oigo deslizarse bajo el banco.

Maldita sea.

Ahora el corazón me late aún más rápido, me acucillo en el suelo, buscando a tientas hasta que lo encuentro. Una voz, cruel como unas uñas arañando el metal, resuena en la oscuridad.

—Quieta...

Me doy tan rápida la vuelta que la llama parpadea en el candil.

—¿Quién anda ahí?

La capilla está en silencio, excepto por el viento que azota la puerta cerrada. Apresuradamente, cojo el misal y corro a toda prisa por la nave, jadeando.

—No deberías ir...

Me doy la vuelta en un enloquecido torbellino. El candil proyecta furibundas sombras en las paredes.

—Sé que estás aquí. ¡Sal!

—Los bosques ya no son seguros.

Las ventanas se comban y se desplazan. Las imágenes de las vidrieras se mueven.

Cobran vida.

—Queremos mantenerte a salvo, elegida...

La voz procede del extraño panel de la ventana, el del ángel ataviado con una armadura que blande una espada ensangrentada en una mano y la cabeza decapitada de una gorgona en la otra. Siempre había creído que el icono representaba a un ángel; ahora, ante la profunda oscuridad, ya no estoy segura de nada. El ángel aumenta de tamaño en el interior de su celda de cristal. Su cuerpo combe el frontal de la ventana, y su rostro aparece como la luna.

—Están en los bosques...

—No eres real —digo en voz alta.

La cabeza de la gorgona gotea sangre en el suelo de la capilla. La oigo caer en escalofriantes gotas, tan constantes como la lluvia. La hiel me sube por la garganta. Respiro por la nariz y la trago en abrasadoras bocanadas.

—Se te sacrifican en las Tierras Invernales, la magia recaerá en ellos y todo se perderá ¡No salgas de la capilla!

Demasiado tarde. Corro hacia la puerta tras abandonar el candil y el misal. Me arrojo contra ella y ésta se abre volando. El ejército de la noche ha venido a vengarse. Apenas veo por dónde voy, y me maldigo por haberme dejado en candil. Los perros no dejan de ladrar.

Corro camino abajo sin prestar atención. Me golpeo en la cara contra un árbol y miro alrededor. Dos hombres salen de detrás de un elevado abeto y chillan. Tardo unos instantes en reconocerlos: Tambley y Johnny, los hombres desaparecidos del señor Miller.

—Me han dado un susto de muerte —espeto.

El corazón me late tan fuerte y tan rápido como el de un conejo.

—Lo sentimos mucho, señorita —contesta Johnny con voz sosegada.

—No queríamos asustarla —añade el joven Tambley.

Hay algo raro en ellos. Parecen tan poco consistentes como el polvo, el reflejo de dos hombres, y cuando dan un paso adelante y los ilumina un rayo de luna, podría jurar que he visto el brillo de sus huesos bajo la piel.

—Nos tenían a todos asustados —digo retrocediendo—. Dijeron que se habían marchado.

—¿Marchado? —repite Johnny sin comprender.

Los árboles se agitan con el batir de las alas de los pájaros. Hay muchos cuervos posados en las ramas, mirando en silencio. Una severa voz interior me transmite su miedo: «Ocúltate, Gemma».

—Deberían ir a ver de inmediato al señor Miller. Está muy preocupado por ustedes.

Alargo una mano en busca del tronco de un árbol. Oigo un sonido procedente de mi derecha. Dirijo la vista hacia el sonido y ahí está Johnny. Estaba delante de mi hace tan sólo un segundo. ¿Cómo puede haber...?

Tambley me señala con el dedo. Sus huesos parecen brillar bajo la superficie de su piel, tan pálida como la de un pez en el fondo de un estanque.

—Hemos vuelto —dice—. A por usted.

Los escalofrantes graznidos de las aves se elevan en un clamor. La mano de Johnny me agarra la capa. Desabrocho el cierre y dejo que la capa caiga entre sus dedos. No hay tiempo que perder. Me doy la vuelta y me precipito hacia el sendero. Me dirijo precipitadamente por el trecho que acabo de recorrer, pues me bloquean el camino que conduce a la academia. Se levanta viento detrás de mí, trayendo consigo sonidos de risas y susurros, arañazos de rata y aleteos. Los chillidos de los cuervos se asemejan a los aullidos del infierno. También yo grito con ellos.

La capilla se tambalea ante mí, sacudiéndose al compás de mi respiración irregular. Lo que sea que viene detrás se acerca más y más cada vez. Ahora también escucho ruido de caballos, caballos que parecen haber surgido de la nada. Golpeo con fuerza las puertas de la capilla. Tiro de ellas pero no se abren. La polvareda del sendero gira y se arremolina a mí alrededor.

Perros. Oigo perros ladrar y están cerca. Y, al instante, el polvo del camino se asienta. El sonido de caballos y pájaros disminuye hasta convertirse en una vibración y luego en nada. Las antorchas parpadean y humean en los bosques. Los gitanos están en camino, unos a caballo, otros a pie.

—¡Gemma! —exclama Kartik.

—He visto... he visto...

Me llevo una mano al estómago. No puedo hablar. No puedo respirar.

—Aquí —dice mientras me coge del brazo para que no me caiga—. ¿Qué has visto?

Vuelvo a recuperar la voz tras unas cuantas bocanadas de aire.

—Hombres... en los bosques. Los hombres de Miller... ¡los que desaparecieron!

—¿Estás segura? —pregunta Kartik.

—Sí.

De inmediato, los gitanos se dispersan. Los perros olisquean la tierra, confundidos.

—La señora Nightwing me envió a la capilla a buscar un misal —explico.

—¿Sola? —pregunto Kartik alzando una ceja.

Asiento con la cabeza.

—En la capilla... las ventanas cobraron vidas —susurro—. ¡Me advirtieron que no me metiera en los bosques!

—Las ventanas te advirtieron —repite Kartik lentamente y me doy cuenta de que parece cosa de locos. Puede que lo esté.

—El ángel, el que lleva la cabeza de la gorgona... también resucitó, y me advirtió. «Los bosques no son seguros». Y eso no es todo. Dijo algo sobre un sacrificio: «Si te sacrifican en las Tierras Invernales, la magia recaerá en ellos y todo se perderá».

Kartik se muerde los labios, pensativo.

—¿Estás segura de que no era una visión?

—No creo que lo fuera. Y luego, en el sendero, vi a esos hombres que parecían espectros. Dijeron que venían por mí.

Un chillido repentino y sobresaltado se eleva desde el campamento de los gitanos. A éste les siguen más gritos.

—¡Quédate aquí! —me ordena Kartik.

No hay nada que me obligue a quedarme aquí sola. Le sigo los talones. Con cada pisada, la voz del ángel retumba en mi interior: «Los bosques no son seguros». En el campamento reina el caos: alaridos, maldiciones, gritos de hombres. Aquí no hay espíritus. Son el señor Miller y sus hombres. Sacan a las mujeres de sus tiendas y registran los carromatos, llenándose los bolsillos con todo lo que encuentran. Cuando las mujeres intentan proteger lo que es suyo, los hombres del señor Miller las amenazan con sus antorchas. Una mujer se lanza sobre un tipo con pinta de matón y lo aporrea con los puños hasta que otro le golpea en la cara.

Sueltan a los perros. Atacan a uno de los hombres, lo tiran al suelo desde donde grita encogido. Se desenfundan puñales.

—El inspector Kent está de visita en Spence. Correré a avisarlo —digo.

No obstante, al pensar en los bosques intranquilos, donde parecen esperarme unas figuras espectrales, mis pies se convierten en plomo. Dudo y, en ese preciso instante, el señor Miller levanta su pistola y dispara dos veces al aire.

—Muy bien. ¿Quién quiere que le llene la barriga de plomo? Quiero saber dónde están los hombres que han desaparecido.

Apunta su arma a uno de los gitanos. No hay tiempo para ir a buscar al inspector. Hay que hacer algo enseguida.

—¡Basta! —grito.

El señor Miller hacia visera con una mano en la frente escrutando en la oscuridad.

—¿Quién ha dicho eso?

—Yo —respondo y doy un paso al frente.

El señor Miller esboza una enorme sonrisa de oreja a oreja y estalla en una gran carcajada.

—¿Usted? ¿No es una de las alumnas de Spence? ¿Qué hace aquí? ¿Servirme el té?

—El inspector Kent de Scotland Yard ha venido a visitarnos esta noche —digo y espero sonar mucho más segura de mí misma de lo que me siento. Parezco gelatina por dentro—. Si no acaba con todo esto en seguida, iré a buscarlo. De hecho, puede que ya esté de camino.

—Usted no va a ir a ningún lado.

El señor Miller asiente y dos de sus hombres se acercan a por mí. Kartik se interpone entre nosotros. Les descarga un contundente puñetazo a cada uno pero otro se une a la refriega. Mayores en número, lo golpean fuerte en la boca, y el labio

empieza a sangrarle.

—¡Basta! —rujo.

Aquella sonrisa asilvestrada del señor Miller regresa a sus labios.

—Le dije a la señora Nightwing que esos sucios gitanos mancillarían a sus chicas. Supongo que tenía razón.

Le odio por eso. Quisiera poder enseñarle hasta qué punto y, enseguida, la magia me corroe a una velocidad endemoniada. Estoy dentro de la mente del señor Miller, un invitado mal recibido.

«Sé lo que teme, señor Miller, lo que desea».

El señor Miller se gira violentamente.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién ha sido?

«Estos bosque conocen sus secretos, señor Miller. También yo los conozco. Le gusta hacer daño. Le gusta mucho».

—¡Sal! —exclama el señor Miller con una voz enronquecida por el miedo.

«En una ocasión ahogó a una cría de gato. Luchó y arañó por salvar su diminuta vida, y usted apretó con más fuerza. La estranguló hasta quedar colgando sin fuerzas entre sus manos».

—¿No habéis escuchado eso? —grita el señor Miller a sus hombres, quienes lo observan como si estuviera loco, puesto que ellos no han oído nada.

Un castigo merecido resuena en mi alma. Hago que el viento adquiera fuerza. Remueve las hojas y el señor Miller sale corriendo, con sus hombres en pos de él; cualquier idea de venganza se pospone. La magia se calma, y caigo de rodillas, jadeante. Los gitanos me contemplan recelosos, como si yo fuera algo a lo que hay que temer.

—Tú has traído la maldición —dice la Madre Elena.

—No —contesto, pero ni siquiera yo me lo creo.

De inmediato, las mujeres empiezan a limpiar el estropicio que los forasteros hemos causado en el campamento. Vierten el agua de todos los cántaros. Veo a algunas mujeres llevarse pequeños trozos de pan a los bolsillos, lo que según Brigid nos contó sirve para alejar la mala suerte.

Kartik me tiende una mano y se la cojo.

—Los hombres que creíste ver en los bosques... ahora ya has visto que no eran espectros sino seres de carne y hueso. Venían para vengarse de los gitanos.

Quiero creerle. Haría cualquier cosa por poder explicarlo todo con consideraciones sencillas, como las que daría una institutriz acariciando la cabeza de un niño inquieto.

—¿Y las ventanas?

—Una visión. Y bastante inusual. Tú misma has dicho que las cosas están cambiando.

Se peina los rizos espesos con los dedos, lo que siempre hace cuando piensa. Echo de menos eso. Le echo de menos a él.

—Kartik... —empiezo a decir.

Aparecen unos candiles entre los árboles. El inspector Kent ha venido acompañado de la señora Nightwing, McCleethy y dos de nuestros mozos de cuadra. Elizabeth les sigue detrás. Gritan mi nombre y me suena extraño, el nombre de una chica que unas semanas atrás jugaba a juegos alegres con sus amigas en los reinos. Ya no recuerdo a esa joven. Me he convertido en otra persona, y no estoy muy segura de que esté demasiado cuerda.

—¡Estoy aquí! —grito; quiero que me encuentren.

El rostro de Nightwing refleja una mezcla de alivio e ira. Ahora que me ha encontrado sana y salva, me mira como si quisiera matarme por todos los problemas que he causado.

—Señorita Doyle, ha sido muy desconsiderado de su parte salir corriendo y abandonar a la señorita Poole —me riñe la señora Nightwing.

Elizabeth se escabulle detrás de ella.

Abro la boca para protestar pero no merece la pena.

—¡Oímos disparos! —dice el inspector haciéndose con el mando de la situación.

En estos momentos, ya no es el mismo hombre de ojos brillantes que toma té sentado ante nuestra chimenea. Es un insensible hombre de ley. Es sorprendente que los hombres puedan albergar dos yoes con tanta facilidad.

—Los hombres de Miller vinieron para atacar a los gitanos —digo, y Kartik les explica lo sucedido.

—Tendré unas palabras con el señor Miller —dice con gravedad el inspector Kent—. Responderá por esto. ¿Y dice que vio a los hombres desaparecidos en los bosques?

—Sí —susurro.

—¿Comprobará si tienen a Ithal en su campamento? —pregunta Kartik—. Aún sigue desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no se me informó de ello? —quiere saber el inspector.

Kartik tensa la mandíbula.

—A todo el mundo le trae sin cuidado la desaparición de un gitano.

—¡Tonterías! —gruñe el inspector—. Me encargaré de ello inmediatamente. Si es necesario, registraré el campamento de arriba a abajo. En efecto, el señor Miller tiene mucho de lo que responder.

La señora Nightwing y el inspector Kent nos guían a través de los bosques. Ya no parece que en este lugar las chicas podamos seguir llevando a cabo nuestros juegos y merodeos. Ahora parece como si hubiera sido reclamado por alguien más.

—La señora Nightwing estaba terriblemente preocupada. Nunca le hubiera permitido ir a la capilla de haber sabido que corría riesgo alguno —me dice la señorita McCleethy, pero no la escucho, pues no confío en ninguna de ellas.

La luna se asoma tras las nubes durante unos instantes e ilumina el tejado de la

academia. Mis pasos se ralentizan. Hay algo extraño en él, aunque no estoy del todo segura. Veo las agujas, los ladrillos, el revoltijo de ángulos, las gárgolas. La enorme sombra de la silueta de unas alas se extiende contra la breve luz de luna. La bestia de piedra se mantiene erguida.

Se está *moviendo*.

—¿Señorita Doyle? —La señorita McCleethy dirige la vista alternativamente al tejado y a mí—. ¿Sucede algo?

«Ellos pueden obligarte a ver lo que quieren que veas. Como si estuvieras loca». Eugenia me advirtió, ¿no es cierto?

—No, no sucede nada —respondo, pero me tiemblan las manos y las palabras Neela resuenan en mi mente: «¿Cómo lucharás cuando ni siquiera puedas ver?».

—¿Cómo te encuentras hoy, Gemma? —pregunta Ann.

Está sentada en el borde de su cama con una sonrisa de excitación en sus labios. Lleva puestos sus guantes y su mejor vestido, uno de los desechados por Felicity y agrandado a los lados por Brigid.

—Cansada —contesto mientras me rasco la cabeza dolorida—. ¿Por qué te has vestido así?

—Hoy es el día —responde—. ¿No te acuerdas? ¿Charlie Smalls? ¿El Gaiety? ¿Entre las doce y las tres?

—¡Oh, no! —digo, pues con todo lo que ha sucedido me había olvidado por completo.

—Igualmente vamos a ir, ¿no? —pregunta.

En verdad, preferiría no tener que recurrir hoy a la magia, no después de lo acontecido anoche. No con la mente tan poco clara. Pero ahí está Ann. Es mi amiga. Quiere tomar las riendas de su vida, y quiero creer que esta vez sí lo hará. Sin embargo, para ello necesita mi ayuda y yo necesito la suya.

Aparto la colcha.

—Ve a buscar a Felicity. Vamos a necesitar la ayuda de todas para esto.

Juntas, urdimos nuestro plan. Concentramos nuestros esfuerzos en Brigid. Le hago creer que Ann y yo estamos indispuestas por nuestra maldición mensual y no queremos ser molestadas. Ella repetirá esta historia a lo largo de la tarde, pues se la he metido en la cabeza reiteradamente. Y, por supuesto, Felicity embellece el relato, como sólo ella sabe hacer, hasta que la academia entera no se atreve a aventurarse a pasar por delante de nuestra puerta. Sin embargo, hacer todo eso lleva su tiempo y cuando cogemos el tren de Londres y tomamos un cabriolé que nos conduzca hasta Piccadilly, llevamos ya una hora de retraso. Nos dirigimos al teatro con la lengua afuera y, a pesar de ello, cuando llegamos, Charlie Smalls está a punto de irse. Le acompaña otro hombre.

—Oh, no —jadea Ann—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Durante un segundo tengo la tentación de manipular el reloj, allanar el camino y hacer que todo salga bien, pero me lo pienso mejor. Éste es el espectáculo de Ann. Dejemos que ella lo dirija.

—Haz lo que debas —respondo.

—¡Señor Smalls! —grita Ann.

Charlie Smalls nos mira con los ojos entornados. Su mirada va de Ann a mí y, al fin, hay un atisbo de reconocimiento.

—La compañera de la señorita Washbrad, ¿verdad?

—Sí, así es —le contesto—. Y ésta es mi amiga la señorita Bradshaw.

Inclinan sus sombreros.

—¿Y qué le paso a la señorita Washbrad? El señor Katz y la señorita Trimble la estuvieron esperando pero no apareció.

Las mejillas de Ann se ruborizaran.

—Se fugó.

Smalls asiente, sonriendo ampliamente.

—¿Entonces se casó? La señorita Trimble dijo que eso fue lo que pasó. Supongo que tenía razón.

—Leí su anuncio del *Era* —dice Ann—. La señorita Doyle dice que usted tiene mucho talento.

Su rostro se ilumina aún más.

—Apasionante, ¿verdad? Mi primer entretenimiento musical presentado en el Gaiety el próximo julio: *Las chicas alegres*.

—Yo soy actriz —dice Ann en voz tan baja que cuesta oír-la por encima de la algarabía de carretas y caballos en las calles—. Quisiera cantar para usted.

El acompañante de Charlie la examina. Le da un codazo a Charlie.

—No es muy atractiva.

—Se trata de *Las chicas alegres*, Tony, no de *Las chicas preciosas* —susurra Charlie y me da miedo que Ann se sienta ofendida y lo mande todo al garete.

—Es cierto que nos soy una Gaiety Girl —responde Ann—, pero puedo cantar lo que usted quiera. ¡Y también recitar!

—No le haga caso. No pretendía ofenderla, señorita —dice Charlie—. Míreme a mí, con estas orejas enormes y estos grandes morros —dice y se los lleva hasta la nariz.

—La audición era de doce a tres —afirma Tony consultando su reloj—. Y son las cuatro pasadas. Casi y media.

—Lo siento —logra disculparse Ann—. No encontrábamos coche y...

—Las otras chicas fueron puntuales —dice Tony—. Nos vamos al *pub*. Que tengan un buen día.

—Lo siento, señorita —se lamenta Charlie con una inclinación de sombrero—. Espero que venga a ver el espectáculo.

—Sí, gracias —contesta Ann con la cabeza gacha.

Cuando pasan por nuestro lado, el rostro de Ann se convierte en una máscara carente de emoción, y sé lo que eso significa. Se ha rendido. Eso quiere decir Balmoral Spring, las rabieta de la pequeña Charlotte y el dedo en la nariz de Carrie. Y no puedo ayudar: estoy furiosa.

—¡Señor Smalls! —grita Ann sobresaltándose. Se da la vuelta y echa a correr detrás de él—. ¡Cantaré para usted aquí! ¡Ahora mismo!

Charlie abre los ojos como platos. Sonríe abiertamente.

—¿En la calle?

—El tiempo es oro, señor Smalls —dice Ann al llegar junto a él.

Él se echa a reír.

—Ahora habla como el señor Katz.

—Está loca de remate. Vamos al *pub*, amigo —dice Tony tirándole de la manga. Charlie se cruza de brazos.

—De acuerdo entonces.

—Está loca de remate. Vamos al *pub*, amigo —dice Tony tirándole de la manga. Charlie se cruza de brazos.

—De acuerdo entonces, señorita... Lo lamento, ¡he olvidado su nombre!

—Bradshaw —responde Ann secamente.

—Muy bien, señorita Bradshaw. —Hace un gesto con la mano hacia los transeúntes—. Su audiencia le espera. Oigámosla.

Una pequeña multitud se reúne para contemplar el espectáculo de una joven dama cantando para ganarse la cena ante dos empresarios en una calle del West End. Noto cómo empiezo a sonrojarme y no sé cómo va a apañárselas Ann para cantar en voz alta una sola nota. Sin embargo canta, y lo hace como nunca antes la había escuchado.

El sonido que brota de ella es lo más puro que he escuchado jamás, aunque de una vigorosa intensidad. Hay cierto valor bajo esas notas y llega al corazón. Ahora la tonada nos relata una historia. Es una nueva Ann Bradshaw la que canta y, cuando acaba, la multitud responde con silbidos y aplausos; miel sobre hojuelas para una artista en ciernes.

Charlie Smalls sonrío de oreja a oreja.

—Es curioso, pero su voz suena bastante parecida a la de la señorita Washbrad, ¡o incluso mejor! Tony, ¡creo que acabamos de encontrar a una de nuestras chicas alegres!

Incluso el maleducado de Tony asiente aprobatoriamente.

—Los ensayos empezarán a finales de mayo, el veinticinco, en el Gaiety, a las dos, ¡a las dos en punto!

—No llegaré tarde —promete Ann.

—No se fugará y se casará como la señorita Washbrad, ¿verdad? —se mofa Charlie.

—Por supuesto que no —responde Ann con una sonrisa que la hace más hermosa que diez Nan Washbrad juntas.

La academia entera está totalmente ocupada con los preparativos de nuestro baile de máscaras de mañana por la noche. Se ha contratado a una flota de sirvientas para dar brillo a la vieja dama como si se estuviera preparando para acceder al mercado del matrimonio. Arrastran las alfombras hasta el jardín trasero donde se sacuden hasta eliminar la última mota de polvo. Friegan y enceran los suelos hasta sacarles brillo. Limpian las chimeneas. QUITAN el polvo a rincones y recovecos. Nightwing anda tan atareada que más parece que esperáramos la visita de Su Majestad en lugar de un grupito de familiares y mentores.

Nos envía afuera —tal vez por miedo a que podamos respirar y mancillemos de alguna manera las prístinas estancias de Spence—, lo que nos sienta muy bien, pues hace un día particularmente agradable. Instalamos el campamento a lo largo de la musgosa orilla junto al río. Se nos permite quitarnos las botas y medias y correr con los pies descalzos sobre la fría hierba, y eso sólo ya nos parece el cielo.

Se ha erigido una tosca cucaña en una pendiente suave más allá de donde nos hallamos. Las chicas más jóvenes corretean riendo a su alrededor, pasando de un lado a otro, con sus coronas de flores pendiendo en precario de sus brillantes cabezas. Las mayores las regañan, son unas chicas más serias, pues pretenden hacer una trenza perfecta. Zigzaguean dentro y fuera, por encima y por debajo de cada una de ellas, hasta que el poste luce un colorido vestido de cinta.

Felicity, Ann y yo paseamos por la hierba hasta un acantilado con vistas al río, un primo pequeño del impresionante Támesis. La señora Nightwing haría bien en soltar a las sirvientas aquí, pues el río tiene una capa de musgo y hojas nuevas. Ann y yo metemos los pies en el agua fría mientras Felicity se dedica a hacer un ramillete de flores. Su vestido está cubierto de polen.

—Me temo que me he manchado —dice y se une a nosotras—. ¿Una violeta? —pregunta ofreciéndonos una delicada flor.

Ann la aparta con la mano.

—Si la luciera, creerían que no quiero casarme. Eso es lo que significa llevar una violeta.

Tras erguirse, Felicity se pone la violeta en su cabello rubio claro, desde donde brilla como un faro.

—Ahora que la señora Nightwing me permitirá asistir al baile, he de hacerme con un disfraz —dice Ann—. Había pensado en ir disfrazada de *lady Macbeth*.

—Mmmm —murmuro mientras miro hacia atrás y observo a las chicas que juegan alrededor de la cucaña, y más allá, hacia el campamento.

No he visto a Kartik desde la noche en que aparecieron los hombres en los bosques.

Felicity balancea una violeta sobre mi frente como si fuera una araña y doy un grito, lo que la complace sumamente.

—No sigas —le advierto.

—Muy bien, Su Señoría Meditabunda Santa Petulante —dice—. ¿En qué estás pensando con tanta intensidad?

—Me preguntaba por qué Wilhelmina no me ha mostrado el lugar donde se halla la daga o la llave que contiene la verdad. Me preguntaba de qué quería advertirme.

—Si es que quería advertirte de algo —razona Felicity—. Puede que fuera una trampa, y tú fuiste lo bastante prudente para evitarla.

—Quizá —respondo—. Pero ¿y Eugenia?

—¿Realmente estás tan segura de haberla visto? —pregunta Ann—. Ninguna de nosotras la vio y estábamos contigo.

Me pregunto si eso también me lo habré imaginado. Si ya ni siquiera soy capaz de discernir la verdad de una ilusión. Pero, no, yo la vi.; la percibí. Era muy real y el peligro que ella sentía también lo era, pero, por mi vida, soy incapaz de unir las piezas.

—¿Y McCleethy y Nightwing? —pregunto.

Felicity da un puntapié y produce un leve chapoteo.

—Sabes que están reconstruyendo el ala este para acceder a la puerta secreta. Y eso es lo único que sabes con certeza. Restaurarla llevará siglos, y no tienen pruebas de que nosotras ya hemos accedido a ella. Además, cuando lo sepan ya habremos pactado la alianza y será demasiado tarde.

—Olvidas que los Hajin no se unirán a nosotras y que la tribu del bosque me odia —digo.

A Fee le brillan los ojos.

—Tuvieron su oportunidad. ¿Por qué no hacemos nuestra propia alianza, sólo nosotras cuatro: tú, yo, Ann y Pippa?

—En cuanto a Pip... —digo recelosa.

El rostro de Felicity se ensombrece.

—¿Qué pasa?

—¿No estás alarmada por los cambios que se han producido en ella?

—Te refieres al poder —dice Fee, corrigiéndome.

—Creo que ha estado yendo a las Tierras Invernales —continúo—. Creo que sacrificó la mascota de Wendy. Y quizá también haya hecho más sacrificios.

Felicity aplasta la violeta entre los dedos.

—¿Quieres que te diga lo que yo creo? Creo que no te gusta que ahora ella tenga el poder. Ni que Ann y yo podamos entrar en los reinos sin ti. ¡Vi la cara que pusiste cuando la puerta se abrió para nosotras!

—Sólo estaba sorprendida... —empiezo a decir pero la mentira se me queda en la lengua.

—Y, de todas maneras, tú eres la única que se comporta de forma rara, Gemma,

Tonteeas con Circe. Ves cosas que no existen. ¡Eres tú la que no está bien!

Da un último chapoteo en el agua; las gotas trazan un limpio arco por encima del río y aterrizan en mí.

—Yo... yo sólo creo que es mejor que vayamos juntas a los reinos —digo—. De momento.

Felicity me mira directamente a los ojos.

—Ya no estás al mando.

—Vamos, Gemma —me ruega Ann—. Vayamos a dar una vuelta en la cucaña. Dejemos ese tema por ahora.

Coge a Felicity de la mano y ambas echan a correr hacia la cucaña. Zigzaguean por dentro y por fuera de la misma, riendo. Me gustaría poder olvidarme de todo y unirme a ellas. Pero no puedo. Sólo espero poder solucionar esto a tiempo. Emprendo mi camino, dejo atrás el lago y subo por la colina que lleva al antiguo cementerio. Los sepulcros protuberantes me dan la bienvenida, puesto que mi estado de ánimo también es sepulcral.

Deposito una de las violetas de Felicity en la tumba de Eugenia Spence «Querida hermana».

—Supongo que no sabré dónde puedo encontrar la daga —digo a la losa, y el viento me responde llevándose de un soplo la flor—. Creo que no.

—¿Hablando con las lápidas?

Es Kartik. Lleva un frugal almuerzo en un cubo. Un rayo de sol enmarca su rostro y, por un breve instante, me quedo fascinada por lo guapo que es y por lo feliz que me siento de verlo.

—Sólo tienes que preocuparte si te contestan —dice—. Me iré si...

—No, quédate —respondo—. Me gustaría que te quedaras.

Se sienta en una tumba con la inscripción desvaída por el paso del tiempo y hace un gesto hacia las criadas que golpean con furia las alfombras.

—He oído que hay un baile de máscaras.

—Sí, mañana —contesto—. Yo iré de Juana de Arco.

—Muy adecuado. —Kartik examina una manzana y presiona una magulladura con el pulgar—. Supongo que asistirán muchos caballeros. Caballeros ingleses.

—Estoy segura de que asistirá mucha gente —respondo con cautela.

Da un mordisco a la fruta. Arranco la hoja de un árbol y la rompo en pedacitos. Se hace un silencio incómodo.

—Lo siento —digo finalmente.

—No necesitas disculparte. Te mentí.

Tomo asiento junto a él. A pesar de que no hay mucha distancia entre nosotros, ésta me parece enorme.

—Ven al baile —digo suavemente.

Kartik se echa a reír.

—Bromeas.

—No, en absoluto. Es un baile de máscaras. ¿Quién va a darse cuenta?

Kartik se sube una manga y deja al descubierto su piel tostada.

—Supongo que tampoco nadie se dará cuenta de esto. ¿Un indio entre ingleses?

Da un mordisco a su manzana con un sonoro crujido.

—Un príncipe indio —digo—. Tendrás invitación. Te daré una.

—No acudiré si no puedo ir tal como soy —contesta.

—Piénsatelo. Si cambias de idea, deja la badana donde siempre, y nos encontraremos mañana en la lavandería a las seis y media.

Kartik entorna los ojos al alzar la vista hacia el sol. Niega con la cabeza.

—Ése es tu mundo, no el mío.

—¿Y si...? —Trago saliva—. ¿Y si te quisiera en mi mundo?

Kartik vuelve a morder la manzana y dirige la vista hacia las ondulantes colinas de la tranquila campiña.

—No creo que pertenezca a este lugar.

—Tampoco yo —digo.

Me echo a reír, aunque se me escapan dos lágrimas y tengo que apartármelas rápidamente con los dedos. Siento en ellos el cosquilleo de la magia, toda una tentación: «Puedes hacer que se quede».

Formulo ese deseo en silencio.

—Entonces ven a los reinos conmigo —digo—. Podríamos buscar juntos a Amar. Podríamos...

—No. No quiero saber en qué se ha convertido Amar. Quiero recordarlo como era antes. —Arroja la manzana a su cubo de comida—. He estado pensando mucho en ello estos últimos días, y creo que lo mejor para mí es embarcarme en el *Orlando*. Aquí no me queda nada.

—Kartik... —empiezo a decir, pero, después de todo, ¿qué puedo decir?—. Haz lo que creas conveniente.

—Me acordaré de ti en la India —dice—. Ofreceré una plegaria por tu familia en el Ganges.

—Gracias —respondo con un nudo en la garganta imposible de deshacer.

Recoge su cubo.

—Que tengas un buen día, señorita Doyle.

—Igualmente, Kartik.

Me estrecha la mano y se encamina colina abajo. Me quedo sola en el cementerio.

—A eso es a lo que he llegado —digo presionando el dorso de las manos contra los ojos—. Sólo los muertos quieren mi compañía.

Lo primero que me fallan son las rodillas. La fuerza de la visión es tan violenta que caigo al suelo agarrándome el estómago. Se me tensan los músculos. El cielo parece rasgarse en dos; las nubes están pintadas de rojo.

«Dios. No puedo respirar. No puedo...».

Wilhelmina Wyatt está de pie entre las lápidas con el rostro distorsionado por la

ira. Me agarra del pelo y me arrastra hacia las tumbas. Doy patadas y me revuelvo, pero ella es muy fuerte. Al llegar a la tumba de Eugenia Spence, me propina un fuerte empujón, y me caigo al suelo y contemplo horrorizada cómo la losa se cierra encima de mí.

—¡No, no, no! —Escarbo con las uñas en los laterales de la tumba gritando de desesperación—. ¡Déjame salir!

La tierra desaparece y me hallo de pie en el brezal de las Tierras Invernales, ante el Árbol de Todas las Almas. Veo los atemorizados ojos de Eugenia.

—Sálvanos... —suplica.

Doy una patada con todas mis fuerzas. La sepultura se derrumba y me tapo los ojos cuando el polvo se me cae encima.

Todo está en silencio. Oigo... a las chicas jugar. Risas. Aparto las manos y abro un ojo. Estoy de espaldas al cementerio. La brisa trae consigo los sonidos de un partido de *croquet* en el césped de atrás. Tengo las botas y las faldas sucias tras haberme revolcado por el suelo. Wilhelmina se ha ido. Estoy sola. La tumba de Eugenia Spence está intacta. La violeta que deposité está ahí, y lo único que puedo hacer es sollozar de miedo y frustración.

Con las piernas de goma, camino entre las sepulturas haciendo eses. Los cuervos descienden como gotas de lluvia negras. Iluminan las lápidas. Me llevo las manos a los oídos para silenciar sus horribles chillidos, pero éstos reptan bajo mi piel como si fuera veneno.

Bajo la colina dando tumbos y me siento, llorando en silencio, con las rodillas abrazadas a mi pecho. Si no me hubiera abierto camino a patadas en esa tumba...

¿Y si no he estado realmente ahí?

No. Sentí cómo me tiraba del pelo, sentí cómo caía, la losa cerniéndose encima de mí. Y, luego, fue como si nada de eso hubiera sucedido. Wilhelmina Wyatt me aterroriza.

«Ella podía ver en la oscuridad». Eso fue lo que en una ocasión Eugenia dijo de ella. Pero ¿y si ella es parte de la oscuridad? ¿Y si está confabulada con las criaturas?

Ya no sé si quiere ayudarme o asesinarme.

Observo a las chicas correr alrededor de la cucaña. Mañana se pondrán sus disfraces y revolotearán como duendecillos sin que les importe otra cosa que le baile de disfraces del primero de mayo. Una leve punzada de frío me sube por el estómago y trepa como una centella por el interior de mi cuerpo.

Mañana. Primero de mayo. El 1 de mayo. El «nacimiento» de mayo.

«Cuidado con el nacimiento de mayo».

No puedo entrar en calor. Lo que tanto temía Eugenia, lo que quería advertirme la señorita Wyatt, sucederá mañana, y no tengo ni idea de lo que es ni cómo detenerlo. Me estremezco al ver a la señorita McCleethy y a la señora Nightwing inclinadas la

una sobre la otra, conversando. Veo el peligro en cada una de sus miradas, sus risas, sus roces.

A mi alrededor las chicas hacen cabriolas, ebrias de excitación, ajenas a mi miedo. Las más pequeñas juegan ataviadas con sus disfraces mientras Brigid las regaña e insiste en que se ensuciarán sus bonitos vestidos, y ¿luego qué harán? Ellas asienten con solemnidad y, acto seguido, hacen caso omiso.

—¿Por qué no te unes a nosotras, cariño? —me pregunta Brigid al ver mi cara larga.

Niego con la cabeza.

—No, gracias. En estos momentos no soy muy buena compañía.

La señora Nightwing me mira, con el ceño levemente fruncido, y noto un picor en la piel. No puedo quedarme aquí. Decido refugiarme en la tienda de Fee. Me sorprende verla sentada ahí, sola. Le tiemblan los labios.

—¿Fee? —digo.

Se seca las lágrimas con manos implacables.

—Bueno, ya lo he hecho —dice con una dura sonrisa—. Los he encantado a todos a base de bien.

—¿Qué quieres decir?

Levanta una carta.

—Es de mi madre. *Lady Markham* acepta ser mi madrina si me caso con Horace.

—No puede hacer eso.

—Sí puede —me responde Felicity secándose las lágrimas—. Quiere convertirme en la esposa ideal; si lo logra pondrá una pluma más en su sombrero. Le ha dicho a mi padre que sería una manera de que la alta sociedad pudiera aceptarlos de nuevo. Y, por supuesto, también está lo del dinero.

—Pero es tu herencia... —digo bajando la voz.

—¿No lo ves? En cuanto me case, ¡mi herencia pertenecerá a mi marido! Ya no habrá buhardilla en París. Han decidido mi futuro por mí.

Parece tan pequeña y sin vida como una muñeca de porcelana.

—Lo siento —digo, aunque sirva de poco.

Felicity coge mis manos entre las suyas. Me agarra tan fuerte que me duelen los huesos.

—Gemma, ya ves cómo funciona esto. Han planeado toda nuestra vida, desde lo que tenemos que ponernos hasta con quién nos casaremos y dónde viviremos. Hay un terrón de azúcar en tu té, te guste o no, y tienes que mostrar tu mejor sonrisa aunque te estés muriendo por dentro. Somos como hermosos caballos y, como tales, quieren cubrirnos los ojos para que no podamos mirar ni a la izquierda ni a la derecha, sino sólo hacia delante, adonde ellos quieran llevarnos. —Felicity apoya la frente en la mía y sostiene mis manos entre las suyas como si rezara—. Por favor, por favor, por favor, Gemma, no permitas que muera por dentro antes de hora.

—¿Qué puedo hacer?

—Prométeme que no nos desprenderemos de la magia por ahora, hasta que pueda asegurar mi futuro; sólo hasta nuestra presentación en sociedad —suplica.

—Aún faltan semanas para eso —respondo—. Y tengo que hacer las paces con la tribu del bosque. Tenemos que hacer una alianza.

—Gemma, de esto depende el resto de mi vida —me ruega, y sus lágrimas se transforman en ira.

Dos chicas pasan como un rayo junto a la tienda, riéndose en una nebulosa de cintas y lazos. Dan vueltas furiosas ataviadas con sus disfraces de princesa, girando cada vez más deprisa y riendo como locas. No importa que sean vestidos de gala prestados. Ellas se lo creen, y creer en algo lo cambia todo.

Pongo las palmas de mis manos en las de Felicity a modo de promesa.

—Lo intentaré.

Estoy sentada en la cama intentando darle sentido a todo, pero no puedo, y el primero de mayo está a la vuelta de la esquina.

Para distraerme, me dedico a arreglar mis escasas pertenencias. Las ordeno pulcramente en mi armario: el elefante de marfil traído de la India, el diario de mi madre, la badana roja de Kartik, la caja con doble fondo de Simon. Debería deshacerme de esto último. Abro el compartimento secreto y está tan vacío como yo por dentro. «Un lugar donde guardar tus secretos», me dijo. Necesitaré una caja mucho más grande que ésta para guardarlos todos. La dejo en la cama de Ann como regalo y reempiendo mi tarea. Apilo los libros en una esquina. Guantes y pañuelos. La pizarra de Wilhelmina Wyatt, tan muda como su propietaria. ¿Qué hago con esto? Un objeto inútil. Y pesado. Esa base de madera gruesa combada hacia abajo... De repente, me doy cuenta de lo estúpida que he sido.

La ilustración del libro me ha estado mostrando desde el primer momento dónde buscar. El objeto oculto. Wilhelmina Wyatt era la ayudante de un mago, y tenía experiencia en juegos de manos. Si ella hubiera querido esconder algo...

Palpo los bordes de la pizarra hasta que mi uña encuentra un pequeño pestillo en la madera. Lo presiono hacia abajo y la pizarra se suelta. Cuando la retiro del marco, aparece ante mí el rollo de cuero que he visto en mis visiones. Me tiemblan los dedos los dedos mientras desato las cintas y desprendo los bordes.

Dentro hay una delgada daga con una empuñadura engastada.

1 de mayo

El sol saluda con una inclinación y el crepúsculo desciende. El aire es cálido; los pájaros ofrecen un último concierto antes de irse a dormir. Por todo ello, ésta es la noche perfecta para el baile de máscaras de Spence, aunque no estaré tranquila hasta que el sol haya salido de nuevo.

Se han dispuesto faroles en el césped y más abajo de la carretera para iluminar el camino. Una larga y negra hilera de carruajes serpentean hacia la escuela y alrededor del sendero de entrada. Llegan nuevas familias. Los sirvientes ayudan a María Antonieta y a *sir* Walter Raleigh, a Napoleón y a la reina Isabel a bajar de sus coches. Todo tipo de personajes se pasea por el césped. Sus rostros enmascarados confieren a los festejos un ambiente fantástico. La música llena el salón de baile. Flota por las ventanas abiertas y se extiende hasta los bosques. Las chicas pasan como centellas envueltas en capas con lazos y tules. No disfruto con nada de eso.

Esperaba que Kartik me sorprendiera esta noche. Pero no he recibido ningún aviso, así que cojo mi candil y me dirijo hacia el césped delantero para esperar la llegada de mi familia. Primero veo a mi padre. Es un rajá con un turbante engastado. La abuela, a quien le aterroriza disfrutar de la vida, luce uno de sus vestidos de noche, pero ha añadido al conjunto una máscara de arlequín que se sostiene con una varilla. Tom lleva un gorro de juglar, algo más apropiado para él de lo que pueda pensar.

—Ah, aquí está nuestra Gemma —dice Padre mientras observa mi túnica y mis botas, así como la daga engastada que llevo en la cintura—. ¡Pero, cuidado, si no es nuestra Gemma, sino una jefa de cuadrilla! ¡Una santa para nunca olvidar!

—Es Gemma de Arco —se burla Tom.

—Y tú el payaso —rebato.

—Soy un juglar. No es lo mismo ni mucho menos —dice en tono desdeñoso—. Espero que haya cena.

Padre tiene uno de sus ataques de tos.

—¿Se encuentra bien, Padre?

—Reboso salud —contesta con resuello. Tiene un rostro congestionado y sudoroso—. Sólo que no estoy acostumbrado al aire del campo.

—El doctor Hamilton dijo que te sentaría bien —dice la abuela y chasca la lengua.

—¿Has llamado al doctor?

Padre me palmea en la mano.

—Vamos, vamos cariño. Nada de lo que preocuparse. Todo está bien. Vayamos a ver qué maravilloso entretenimiento nos depara esta noche.

Una camarera de sala sostiene una bandeja y ofrece su contenido a máscaras adornadas de pájaros, animales, duendes y arlequines. Transforman sus sonrisas gastadas bajo ellas en amenazantes miradas lascivas.

Felicity es una valquiria, su cabello rubio brillante cae en cascada sobre su vestido plateado rematado con unas alas. Su madre se ha disfrazado de pastorcita y su padre luce su uniforme naval y una máscara de zorro. Los Markham también han venido, para contento de la señora Nightwing y desgracia de Felicity. Cada vez que Horace, disfrazado melancólico lord Fauntleroy, se le acerca, parece como si quisiera estrangularlo, lo que hace que aún la quiera más.

Quisiera ir con ella, bailar y dejar escapar la magia como hacíamos antes. Sin embargo, una frase resuena en mi interior: «Cuidado con el nacimiento de mayo». Y desconozco lo que nos traerá la noche.

La señora Nightwing arde en deseos de mostrar a la asamblea por qué la academia tiene reputación de gracia, encanto y belleza, tal como promete nuestro lema. Se ha disfrazado de Florence Nightingale, su heroína. Resultaría divertido si no desconfiara tanto de ella.

—Damas y caballeros, quiero agradecerles profundamente su asistencia esta noche. Desde su fundación, Spence ha disfrutado de la reputación de ser considerada una institución donde las jóvenes se convierten en las damas más educadas. Sin embargo, durante muchos años, nuestra gran escuela ha acarreado el doloroso recordatorio de una tragedia terrible. Me refiero al incendio que costó la vida a dos de nuestras alumnas y a nuestra querida fundadora, Eugenia Spence. En su honor, hemos resucitado el ala este, y sus generosos donativos harán posible su renovación. Humildemente, les doy las gracias.

»Y ahora, sin más preámbulos, quisiera presentarles el programa de nuestras brillantes alhajas. Las joyas a las que me refiero no son diamantes ni rubíes sino las amables y nobles jóvenes de Spence.

La señora Nightwing se da unos rápidos toques en los ojos y toma asiento. Muchas de las chicas más jóvenes —todas ellas princesas y hadas— interpretan una danza que deja encantados a los invitados con su sencilla inocencia.

Un hombre se me acerca sigilosamente. Una máscara le oculta el rostro, pero su voz me resulta familiar.

—Bonita noche para una fiesta, ¿verdad?

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con el corazón latiéndome a toda prisa.

—Me han invitado, cielo —contesta con una sonrisa demoníaca.

—Si me haces algo a mí o a mi familia o a mis amigos, si haces algún movimiento en falso, emplearé la magia contra ti de tal manera que se te quitarán las ganas de volver a amenazar a nadie —gruño en su oreja con un susurro.

Fowlson sonrío abiertamente.

—Así me gusta, encanto. —Acerca peligrosamente su boca a mi cuello—. Pero no te inquietes, señorita Doyle. Esta noche no estoy aquí por ti. ¿Ha venido tu amigo

Kartik? Si no, no importa. Estoy seguro de que lo encontraré.

Kartik.

Me doy la vuelta y salgo corriendo de la sala mientras las niñas hacen una educada reverencia, como las adorables muñequitas que son, y los invitados las aplauden. Estoy sin aliento cuando encuentro a Kartik en el varadero.

—Fowlson está aquí, creo que ha venido por ti —jadeo—. Para hacerte daño.

No parece alarmado, ni siquiera se mueve.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí —contesta y cierra su libro—. *La Odisea*. Por si te interesa leerla, ya la he acabado.

Lo cojo del brazo.

—Tenemos que esconderte. Puedo convertirte en otra persona o...

—No voy a esconderme de nuevo —contesta—. Y Fowlson no me preocupa.

—¿Ah, no?

Deposita el libro en la elevada cornisa de la ventana.

—He cambiado de opinión. Necesito saber si Amar... Necesito saberlo. ¿Lo entiendes?

—Estás preparado para ver los reinos —digo.

—No sé si estoy preparado —contesta con una breve risa burlona—. Pero sí, me gustaría ir y verlos.

Le ofrezco mi mano.

—Confía en mí.

Kartik entrelaza sus dedos en los míos.

—Muéstramelos.

—Tenemos que obrar con cautela —digo.

Todo el mundo está viendo la representación, por lo que el césped está vacío y silencioso. No quiero llamar la atención. Nos agachamos y corremos agazapados a lo largo de la hierba hasta que llegamos a la torreta del ala este. Extiendo una mano. El aire crepita. La puerta brilla al aparecer ante nosotros. El rostro de Kartik se muestra verdaderamente sobrecogido.

—Es extraordinario —susurra.

—Pues esto no es nada —contesto.

Le agarro de una mano y lo conduzco por el pasadizo; en cuanto pasamos por la puerta, es un hombre transformado.

—Bienvenido a los reinos —digo.

Primero le enseño el jardín, puesto que es aquí donde empecé a tener conocimiento de este mundo y porque quiero compartirlo con él. Kartik da vueltas alrededor, con la cabeza inclinada hacia atrás. Llueven flores blancas que le cubren el pelo y las pestañas como copos de nieve. Abre las manos para aceptarlos.

—Éste es el jardín —digo casi con orgullo—. Allí está el río. Por allá está la gruta donde antes se hallaban las Runas del Oráculo. Y aquí es donde gobernaba la Orden, donde una vez los Rakshana gobernaron con ella.

—Me siento como si estuviera dentro de un sueño.

Kartik se acerca hasta el río caminando a grandes zancadas y mueve una mano en sus aguas cantarinas. Remolinos dorados, plateados y rosa se forman en la superficie que ha tocado.

—Mira esto —digo.

Soplo en las briznas de hierba y éstas se convierten en vivas alas de mariposas. Una se posa en la mano extendida de Kartik antes de emprender el vuelo. Nunca había visto a Kartik tan feliz, tan despreocupado. Encuentra la hamaca que tejí hace semanas y se deja caer en ella, escuchando el dulce murmullo de sus hebras. Se sube las mangas de la camisa por encima de los codos y, aunque resulte indecente, no puede dejar de mirar sus brazos desnudos.

—¿Quieres sentarte? —dice y me ofrece un hueco justo a su lado.

—No, gracias —consigo responder—. Aún hay mucho que ver.

Lo conduzco a través de los campos de amapolas bajo el Templo y señalo los altos riscos que se elevan por encima de nosotros. Grabados a ambos lados se hallan las sensuales esculturas de mujeres medio desnudas que me hicieron sonrojar la primera vez que las vi. Con el rabillo del ojo observo a Kartik y me pregunto si las encontrará escandalosas.

—Me recuerdan a la India —dice.

—Sí, es verdad —contesto y espero que mi voz no me traicione.

La mirada de Kartik desciende por mi cuello y la baja tímidamente.

—Me gustaría enseñarte las Cuevas de los Suspiros —digo con voz enronquecida.

Lo llevo por el estrecho pasadizo en la tierra, a lo alto del desfiladero, entre los incensarios que arrojan su humo de colores y hasta la cima. Los Hajin se inclinan ante nosotros, y Kartik les devuelve el saludo con respeto.

—Éstas son las Cuevas de los Suspiros —explico.

Pasamos por el grabado de dos manos estrechadas dentro de un círculo. Kartik se

detiene ante él.

—Lo conozco. Es Rakshana.

—También pertenece a la Orden —digo.

—¿Sabes lo que significa? —pregunta mientras se acerca.

Asiento con la cabeza, sonrojada.

—Es el símbolo del amor.

—Sí, ahora lo recuerdo —dice sonriendo—. Las manos dentro de un círculo. ¿Lo ves? Las manos están protegidas por el círculo, el símbolo de la eternidad.

—¿Eternidad?

—Porque no se sabe dónde empieza ni dónde acaba, ni tampoco importa.

Resigue el dibujo con los dedos.

Me aclaro la garganta.

—Se dice que se pueden ver los sueños de la otra persona si se ponen las manos dentro del círculo.

—¿De verdad? —pregunta mientras deposita una palma justo fuera del mismo.

—Sí —contesto.

El viento sopla a través de las cuevas y éstas suspiran. Las piedras hablan.

«Éste es un lugar de sueños para aquellos que están dispuestos a ver. Pon tus manos dentro del círculo y sueña».

Pongo las manos dentro del círculo y espero. Kartik ni me mira ni se mueve. No lo hará. Lo conozco. Semejante certeza hace que se me caiga el alma a los pies.

Desplaza su mano hacia el interior del círculo, cerca de la mía. Nuestros dedos y pulgares se acercan sin tocarse, nuestras manos son dos países separados por el más estrecho de los océanos. Y luego sus dedos rozan los míos. Las piedras se desvanecen lentamente. Una luz blanca y brillante me obliga a cerrar los ojos. Mi cuerpo se diluye y aparezco en un sueño.

Los brazos me brillan cubiertos de brazaletes dorados que atrapan la luz. Vastos dibujos decoran mis manos y pies, como los de una novia. Llevo puesto un sari de un púrpura oscuro semejante al de una orquídea. Al moverme, los pliegues de la tela cambian de color y brillan del naranja al rojo y del índigo al plateado.

Hay una celebración. Unas jóvenes ataviadas con saris de color amarillo brillante bailan descalzas en una alfombra de flores de loto. Sonríen cálidamente mientras introducen sus manos en grandes cuencos de arcilla de dónde sacan pétalos de rosa que arrojan a lo alto. La lluvia de colores cae lentamente y los pétalos se aposentan en mi cabello y en mis brazos desnudos. Su aroma me recuerda al de mi madre, pero no me entristezco. Es un día demasiado alegre.

Las chicas me abren paso. Corren y arrojan flores hasta que el camino se convierte en un espectáculo aleteante de rojos y blancos. Las sigo hacia el cielo azul. Estoy en la entrada de un impresionante templo de piedra, tan antiguo como el

tiempo. Encima de mí, Shiva, el dios de la destrucción y el renacimiento, permanece sentado meditando y viéndolo todo con su tercer ojo. Debajo de mí puede que haya unos cien peldaños. Doy un primer paso y todo desaparece —el templo, las jóvenes, las flores, todo—. Estoy sola en un desierto de arena, la única mancha de color en kilómetros. No hay nada en ninguna dirección excepto el cielo. Las horas parecen segundos; los segundos se convierten en horas; el tiempo es un sueño.

Un viento cálido se levanta a mi paso; los granos de arena rozan con suavidad mis mejillas. Después, lo veo. No es más que un punto acercándose en la distancia, pero sé que es él, y, de repente, está ante mí. Monta en un caballo moteado, y sus ropas son negras y elegantes. Lleva una guirnalda alrededor de su cuello. En mitad de la frente luce una marca roja hecha con cúrcuma, como un novio indio.

—Hola —dice y sonrío con una sonrisa más brillante que el sol.

Se inclina y extiende la mano; se la cojo y el mundo desaparece de nuevo. Ahora nos hallamos en un jardín fragante de flores de loto grandes como lechos.

—¿Dónde estamos? —pregunto con una voz que resulta extraña a mis oídos.

—Estamos aquí —contesta como si eso lo respondiera todo y, en cierto sentido, así es.

Coge su puñal y dibuja un círculo en la tierra a mi alrededor.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Este círculo simboliza la unión de nuestras almas —responde.

Me rodea con siete círculos y se introduce en el cercado del séptimo. Nos miramos cara a cara. Presiona sus palmas contra las mías.

No sé si estoy soñando.

Desliza una mano por detrás de mi cuello y me empuja hacia él con suavidad. Sus manos se enredan en mi pelo y acaricia los mechones entre los dedos como si fuera seda fina que deseara adquirir. Poco después, su boca está en la mía, hambrienta, profunda, penetrante.

Éste es un mundo nuevo y yo viajaré por él.

No sé qué desearía que me dijera: «Te quiero. Eres hermosa. No me dejes nuca». Parece que puedo escuchar todo eso y, sin embargo, él sólo dice una palabra, mi nombre, y me doy cuenta de que nunca le he oído decirlo de esa forma: como si fuera conocida. La piel de su pecho es suave bajo el peso de mis dedos. Cuando mis labios rozan el hueco de su garganta, emite un sonido entre un suspiro y un gruñido.

—Gemma...

Sus labios recorren mi cuerpo en una borrachera de besos. Mi boca. Mi mandíbula. Mi cuello. La parte interna de mis brazos. Lleva sus manos hasta el nacimiento de mi espalda y me besa el vientre a través de la basta tela de mi vestido, haciendo que mis venas chisporroteen. Me aparta el pelo y calienta el dorso de mi cuello con su boca, arrastra sus besos por mi columna mientras sus manos sostienen suavemente mis pechos. Las cintas de mi corsé se han soltado. Ahora soy capaz de aspirar su olor. Kartik se ha despojado de su camisa. No soy consciente de cuándo lo

ha hecho y, por alguna razón, olvido avergonzarme de ello. Sólo percibo su belleza: la suavidad de su piel tostada, la amplitud de sus hombros, los músculos de sus brazos, tan diferentes a mí. El suelo cubierto de rosas es suave y cede bajo mi cuerpo. Kartik se aprieta contra mí y siento como si pudiera hundirme hasta el centro de la tierra. Sin embargo, me uno a él, sintiendo su calidez hasta que creo morir.

—¿Estás segura...?

Por una vez, no me aparto. Lo beso de nuevo y permito que mi lengua explore la calidez del interior de sus labios. Kartik parpadea y luego los abre de par en par, con una mirada que no puedo describir, como si acabara de contemplar algo precioso que creyera haber perdido. Entrelaza su cuerpo con el mío. Mis manos se aferran a sus hombros. Nuestras bocas y cuerpos hablan por nosotros en un lenguaje nuevo cuando los árboles dejan caer una lluvia de pétalos que se introducen en nuestros cuerpos resbaladizos como una segunda piel que llevaremos para siempre. También yo he cambiado.

Al abrir los ojos me hallo de vuelta en las Cuevas de los Suspiros. Mis dedos rozan los de Kartik en la piedra. Respiro pesadamente. ¿Ha visto él lo que yo? ¿Hemos soñado el mismo sueño? No me atrevo a mirarlo. Siento su dedo, tan ligero como la lluvia, bajo la barbilla. Gira mi cara hacia él.

—¿Has soñado? —susurro.

—Sí —responde y me besa.

Durante un tiempo interminable permanecemos sentados en las Cuevas de los Suspiros, hablando de nada y, sin embargo, diciéndolo todo.

—Comprendo por qué mis hermanos Rakshana no querían dejar de ser los dueños de este lugar —dice. Me acaricia la parte interna del brazo con los dedos—. Creo que tiene que ser muy difícil abandonarlo.

Tengo un nudo en la garganta. ¿Podríamos quedarnos aquí? ¿Se quedaría si se lo pidiera?

—Gracias por traerme —dice.

—De nada —respondo—. Hay algo más que quiero compartir contigo.

Le cojo las manos y nuestros dedos experimentan un hormigueo ante el contacto. Parpadea y luego abre los ojos, asombrado al comprender el regalo mágico que le he entregado.

Lo suelto a regañadientes.

—Ahora puedes hacer lo que quieras.

—Lo que quiera —repite.

Asiento con la cabeza.

—Muy bien.

Cubre la escasa distancia que hay entre nosotros y deposita sus labios en los míos. Sus labios son suaves, pero su beso es firme. Dulcemente, pone una mano en mi nuca

y acerca mi rostro al suyo con la otra. Me besa de nuevo, esta vez con mayor intensidad, aunque resulta igual de dulce. Necesito tanto esos labios que no consigo imaginar cómo podré vivir si no los saboreo para siempre. Quizás es así cómo las chicas caen; no en un delito de encantamiento perpetrado por un malvado irresponsable, sino en un gran enamoramiento antes y después en que no son más que víctimas inocentes sin voz. Quizá simplemente las besen y quieran devolver el beso. Puede que incluso sean ellas las que besen primero. ¿Y por qué no iban a hacerlo?

Cuento los besos: uno, dos, tres... ocho. Rápidamente, me aparto de él para recuperar el aliento y la compostura.

—Pero... puedes hacer todo lo que desees.

—Exactamente —contesta rozándome el cuello con la nariz.

—Pero —digo— puedes convertir las piedras en rubíes o montar en un elegante carruaje de caballero.

Kartik pone las manos a ambos lados de mi rostro.

—A cada uno lo suyo —contesta y me besa una vez más.

Asha nos aguarda a la salida de las cuevas.

—Dama de la Esperanza, la Gorgona está abajo. Quiere hablar contigo. Dice que es urgente.

—¿Gorgona? —pregunta Kartik, con los ojos como platos, mientras su mano se dirige instintivamente hacia su puñal.

—Eso no será necesario —lo refreno—. Lo peor que puede hacerte es sacarte de quicio hasta fallecer, o que lo desees para poner fin a tu sufrimiento.

La Gorgona espera en el río. Kartik emite un jadeo ante la pavorosa visión de ese rostro verde y ojos amarillos, con todas esas serpientes retorciéndose alrededor de su cabeza como los rayos de algún olvidado dios solar.

—¡Gorgona! Has vuelto —digo sonriendo, pues me doy cuenta de que la he echado de menos.

—Lo lamento, Su Excelencia. Me pediste que no te buscara, pero se trata de un asunto de la mayor importancia.

—Me equivoqué —contesto con sonrojo—. Te hablé con demasiada rudeza. Te presento a Kartik, antiguo Rakshana.

—Encantada —dice la Gorgona.

—Encantado —saluda Kartik con los ojos abiertos como platos y la mano aún en su puñal.

La resbaladiza voz de la Gorgona está teñida de aprehensión.

—He estado en las Tierras Invernales siguiendo una ruta que mi pueblo descubrió hace mucho tiempo. Me gustaría mostrarte lo que he averiguado.

—Llévanos —digo y subimos a bordo.

Me siento en la base del grueso cuello de la Gorgona procurando evitar a las serpientes que sisean y se retuercen encima de su cabeza. A veces se atreven a acercarse demasiado para recordarme que incluso cualquier aliado puede llegar a maltratarnos. Kartik las rehúye sin disimulo. Observa fijamente el mundo extraño y amenazador que tenemos delante, pues nos estamos adentrando en las Tierras Invernales. Una niebla verde nos envuelve. El barco navega tranquilamente bajo un canal estrecho y por el interior de una cueva. Pasamos bajo estalactitas de hielo tan largas como los colmillos de una serpiente, y reconozco el lugar.

—Aquí fue donde vi a Amar —le explico a Kartik y su rostro se ensombrece.

—Ahí —dice la Gorgona mientras aminora la marcha hasta hacer un alto—. Justo ahí.

Baja la pasarela y camino por los escasos centímetros de agua estancada hasta la orilla de la cueva, donde algo ha sido arrojado hasta allí. Es la ninfa de agua que me llevó hasta Amar. Sus ojos inertes miran sin ver hacia arriba.

—¿Qué le ha sucedido? —pregunto—. ¿Se trata de una enfermedad?

—Acércate —me pide la Gorgona.

No quiero tocarla, pero lo hago. Su piel está fría. Se me llenan las manos de escamas. Están cubiertas de sangre seca. Tiene una herida, una línea roja oscura en el cuello.

—¿Sospechas de las criaturas de las Tierras Invernales? —pregunto.

La voz de la Gorgona vibra en el interior de la cueva.

—Eso es obra de alguien mucho más poderoso que las criaturas de las Tierras Invernales. Está más allá de mi conocimiento.

Cierro los apagados ojos de la ninfa para que parezca que sólo está durmiendo.

—¿Qué quieres que haga por ti, Su Excelencia? —pregunta la Gorgona.

—¿Me hablas a mí?

—Si estás al mando, sí.

Si estoy al mando. De pie, en esta maldita cueva, con el cuerpo frío de la ninfa de agua tan cerca y mis amigas tan lejos, tengo que tomar una decisión.

—Quiero ver más. Quiero saber. ¿Podemos ir más lejos?

—Como desees.

—No tienes que acompañarme —le digo a Kartik—. Puedo llevarte al campamento.

—Iré —contesta y se asegura de que el puñal sigue en su bota.

—Su Excelencia —dice la Gorgona, preocupada—. Hemos llegado hasta aquí sin ser descubiertos. Pero no iré más allá sin protección. Puede que fuera prudente apelar a tus poderes para que nos ayuden.

—De acuerdo —contesto—. Pero tendré que cederte parte de mi magia para que podamos llevar a cabo nuestro plan juntas...

—No —me interrumpe la Gorgona—. No quiero ser partícipe de la magia ni siquiera un instante.

—Te necesito, Gorgona. La situación requiere la participación de todos nosotros.

—No puedo ser liberada —dice la Gorgona—. Espero que lo comprendas.

—Lo comprendo —contesto—. Optaremos por una ilusión y nos ceñiremos a ese único objetivo. ¿De acuerdo?

Kartik asiente.

—De acuerdo —sisea la Gorgona.

Subo al barco. Pongo una mano en el cuello grueso y escamoso de la Gorgona y la otra en el brazo de Kartik. La magia se extiende por nosotros tres. Me siento como si estuviera sentada en una ola y no fuera absorbida por ella. Un propósito nos une y soportamos una idéntica carga. Imagino la nave vikinga a la que subimos en las Tierras Invernales, las altas velas, los remos. Imagino a Kartik y a mí misma como fantasmas con capas hechas jirones. Nuestros corazones laten acompasados. Cuando abro los ojos, hemos cumplido nuestra tarea. Kartik y yo parecemos fantasmas. La Gorgona se asemeja a una estatua, con sus serpientes tan quietas como el mármol.

—¿Gorgona? —pregunto recelosa.

—Estoy bien, Su Excelencia. Lo has hecho bien.

—Lo hemos hecho bien —rectifico; la satisfacción no es menor por compartirla—. Vayamos a ver lo que pueden estar ocultando las Tierras Invernales.

La Gorgona nos guía a lo largo del río, que serpentea a través de un cañón de piedra negra. Una bruma verde grisácea se levanta del agua. Se diluye a medida que avanzamos y, al hacerlo, puedo ver mucho más de esta tierra extraña de lo que he visto antes. Unas banderas andrajosas marcadas en rojo han sido izadas en las cimas de las escarpadas montañas. Chasquean al ser sacudidas por el fuerte viento y suenan como los disparos de un rifle. Hay hondonadas esculpidas en la piedra negra. La Gorgona se desliza cerca de una. Las calaveras se amontonan en pilas de doce. Mi corazón galopa, cada vez más rápido. Quiero volver, pero tengo que saber lo que sucede.

Un banco de peces plateados flota en la superficie del agua, están muertos.

—Quizá no sea nada —digo vacilante.

—Quizá —sisea—. Y quizá sí sea algo muy malo. Temo que una magia maligna esté actuando.

Un cuervo vuela en círculos en lo alto, como la gruesa huella negra de un pulgar.

—Síguelo —le ordeno a la Gorgona.

Un bramido me ensordece. Hemos llegado hasta un cañón donde majestuosas cascadas nos rodean por ambos flancos. El agua se agita y nos abofetea. Kartik y yo nos agarramos con fuerza el uno al otro y a la Gorgona. Unas piedras puntiagudas asoman por encima del agua y tengo miedo de que nos estrellamos contra ellas, pero la Gorgona nos guía limpiamente y salimos del cañón sanos y salvos, para adentrarnos en una laguna de marea poco profunda cubierta por hielo vidrioso. Está cubierta de huesos y carcasas de animalillos muertos. El viento frío es incapaz de disipar el olor a muerte y descomposición. Pequeñas hogueras arden alrededor de la periferia. De ellas ascienden unas nubes de humo denso y áspero, y percibo su quemazón en el fondo de la garganta. Una mezcla de cenizas y nieve desciende lentamente. Se me engancha en la piel. A lo lejos, un arco en los acantilados cede el paso a las arenas negras de las llanuras.

La Gorgona se acerca poco a poco y me atraganto de miedo al ver tras las hogueras un ejército de criaturas de las Tierras Invernales —rastreadores esqueléticos cubiertos con harapos negros, Guerreros Amapola, pálidas criaturas con la piel semejante a la tiza y ojos con negras ojeras—. Demasiadas criaturas. No me había dado cuenta. Por lo que parece se trata de su campamento, protegido por los acantilados. Están sentadas junto a los muertos, quienes parecen aturdidos y cegados.

—¡Alto! —exclama una criatura a mi izquierda y veo cómo Kartik cierne la mano sobre su puñal. La criatura está tan gris como la muerte. Sus labios putrefactos se

alzan para revelar unos trozos de dientes amarillos. Tiene los párpados circundados por una línea roja, pero sus ojos son del mismo azul lechoso que los de Pippa—. ¿Habéis venido para el ritual?

Kartik asiente. Rezo por que nuestra ilusión se mantenga.

Seis rastreadores aparecen en el arco.

—¡Seguidnos! —gritan las espeluznantes bestias.

Las criaturas se yerguen y los muertos caminan arrastrando los pies como si fueran sonámbulos. Tras echar un último vistazo al rostro pétreo de la Gorgona, Kartik y yo nos unimos a los otros.

Los rastreadores braman por las llanuras y nosotros los seguimos. La tierra cruje como cáscaras bajo nuestros pies. Creo ver el hueso de una pierna clavado en la gravilla y rápidamente aparto la mirada. «Calma, Gemma. Calma. Mantén la ilusión».

Llegamos a un estrecho desfiladero. Unas criaturas pálidas y sin piel surgen tras las rocas y de las grietas, parpadeando contra la tenue luz del revuelto cielo gris. La criatura que está junto a nosotros gruñe y rechina los dientes a una de esas cosas pálidas, que vuelve a deslizarse bajo la roca hasta que lo único que veo son sus ojos parpadeantes.

Los cuervos vuelan en círculos sobre nosotros, gritando. Nos guían fuera de la sima y se me acelera el pulso al llegar al brezal. Ahí, ante nosotros, está el Árbol de Todas las Almas.

Las criaturas de las Tierras Invernales se reúnen en las llanuras. Kartik me estruja la mano y siento cómo su miedo se une al mío. Tres muertos son resucitados: una mujer y dos hombres. Junto a mí, Kartik jadea. Tras las criaturas, montado en un magnífico corcel, está Amar.

—Cuanto mayores sean nuestros sacrificios, mayor será nuestro poder —brama mientras obligan a los muertos a arrodillarse ante el Árbol de Todas las Almas.

—¿Os ofrecéis voluntariamente por la mayor gloria? ¿Os sacrificáis por nuestra causa? —les pregunta Amar.

—Lo hacemos —responden hieráticos.

—Estas almas están preparadas —dice el hermano de Kartik.

Las parras se mueven como fustas, se enroscan alrededor de los cuellos de las víctimas y los arrojan como marionetas a la extensión que circunda el árbol. Amar desenfunda la espada de la vaina que pende en su costado. Se aleja cabalgando para regresar de inmediato y echar a correr en pos de los muertos, como un caballero en una justa.

En el brezal, las criaturas de las Tierras Invernales observan; algunas se encogen mientras otras corean su aprobación: «Sacrificio, sacrificio, sacrificio...».

Mientras contemplamos la escena horrorizados, la espada de Amar cae sobre los muertos. Kartik se sobresalta y me agarro con fuerza a su brazo. Su sangre gotea y las raíces la aceptan con avidez. Con un grito terrible, las almas de las víctimas son atraídas hasta el interior del enorme fresno. Ante nuestros ojos, éste crece aún más.

Sus impresionantes ramas se extienden en todas las direcciones como garras gigantescas. El cielo sangra.

Amar y los rastreadores ponen las manos en el tronco retorcido del árbol para absorber su poder, mientras el ejército de criaturas se limita a observar.

—Un día también vosotras os alimentaréis de él —grita un rastreador—. Después del sacrificio.

Las criaturas asienten.

—Sí, un día —responden creyendo firmemente en sus palabras.

—¡Nuestra causa es justa! —grita otro rastreador con sus vestiduras abiertas para mostrar los espíritus que aúllan en su interior.

—Al fin la libertad está a nuestro alcance —atruena Amar—. Ella ha puesto nuestro plan en marcha. Todas las piezas se han ensamblado. Cuando nos dé la orden, sacrificaremos a su gran sacerdotisa y ambos mundos, los reinos y el de los mortales, serán nuestros.

Las criaturas gritan y alzan los puños al imaginar su victoria.

Uno de los rastreadores olisquea el aire.

—Algo extraño sucede —aúlla—. ¡Percibo una presencia viva entre nosotros!

Gruñendo y chillando, las criaturas se giran las unas hacia las otras y se señalan con dedos acusadores. Una de las bestias salta a la espalda del otro a la par que grita «¡Traidor!» antes de clavarle los dientes en el cuello. Los rastreadores intentan controlar la situación, pero les resulta casi imposible hacerse oír por encima del alboroto.

—Kartik —susurro—, tenemos que irnos.

Todavía sigue mirando a su hermano maldito, con los ojos húmedos. No aguardo a que me responda. Rápidamente, lo alejo de la multitud y de la terrible visión en que Amar se ha convertido. Nos deslizamos con sigilo entre el gentío y evitamos como podemos los puñetazos que se lanzan los unos a los otros. Al llegar a la sima a través de la roca, oigo a Amar gritar órdenes en medio del caos. El cielo grita. Se sacrifica a otra alma y las criaturas se unen para vitorear.

Más criaturas sin piel reptan entre las rocas. Nos agarran de los tobillos con unas manos tan mañosas y veloces como un pez, y chillo. Durante un instante, mi grito retumba, y me inquieta que los otros lo hayan oído. Doy un puntapié a la mano de aquella cosa, que se escabulle en su escondite. Tiro de Kartik tan rápido como me es posible hasta llegar al bote.

—Gorgona, tenemos que irnos de aquí enseguida —digo.

—Como deseas, Su Excelencia.

Nos aleja de las Tierras Invernales. Le cuento lo que hemos visto aunque, por deferencia, omito la intervención de Amar. El cielo revuelto da paso al indiferente atardecer de las Tierras Fronterizas y luego al azul brillante de las Cuevas de los Suspiros y a la puesta de sol anaranjada del jardín.

Kartik no ha abierto la boca en todo el camino. Ha permanecido sentado en

cubierta, con las rodillas contra el pecho y la cabeza enterrada en las manos. No sé qué decirle. Hubiera preferido poder ahorrarme esa escena.

—Ella —digo y niego con la cabeza—. Ella ha puesto el plan en marcha.

—¿A qué te refieres? —pregunta la Gorgona.

Una furia desconocida brota de mi interior.

—Circe. Hace tiempo hizo un pacto con las criaturas, y pretendía hacerme creer que eso formaba parte del pasado, cuando en realidad ha intentado recuperar el poder. No estoy dispuesta a seguir siendo su marioneta.

—¿Adónde quieres que me dirija, Su Excelencia?

—Ve hasta Philon y la tribu del bosque. Explícales lo que ha sucedido y que esta noche haré un pacto con ellos. Regresaré con mis amigas y nos encontraremos en el Templo. Díselo también a los Intocables. Puede que aún los convenzamos.

—Como gustes.

—Gorgona —digo.

—¿Sí, Su Excelencia?

No sé cómo preguntarle lo que quiero saber.

—Si comparto la magia, si nos unimos a ellos, ¿acabará todo esto?

La Gorgona niega con la cabeza lentamente.

—No sabría decírtelo. Éstos son tiempos extraños. Nada es como antes. Se han decomisado todas las reglas y nadie sabe lo que sucederá.

Conduzco a Kartik por el sendero de las Tierras Fronterizas y a través del pasadizo. Atravesamos la puerta secreta y llegamos al césped de la academia. De las ventanas abiertas de la parte superior, oigo aplausos y murmullos. Nightwing presenta a la señorita Cecily Temple, que recitará el poema «La rosa de la batalla».

Todo es familiar y, sin embargo, nada parece igual. Kartik se niega a mirarme y yo desearía poder regresar al momento en que estábamos en las Cuevas de los Suspiros, con las manos en las piedras.

—Esa criatura que alimentaba al árbol con almas. Era mi hermano.

—Lo siento mucho. —Extiendo mis dedos hacia él pero no quiere que lo toque—.

Kartik.

—Le he fallado. He fracasado...

Me roza al pasar y echa a correr.

Aún estoy temblando cuando regreso al baile de máscaras. Un hombre vestido de arlequín me roza al pasar y me sobresalto.

—Cuánto lo lamento —dice y me obsequia con una sonrisa que parece demoníaca bajo esa horrible máscara.

Vuelvo a colarme en el salón de baile, donde las chicas llevan a cabo su recital. Veo a Felicity sentada junto a Ann, disfrazada de *lady Macbeth*.

—Tengo que hablar con vosotras dos enseguida —murmuro y se apresuran a seguirme hasta la biblioteca.

Ann voltea ociosamente un folletín: *Mabel: Una chica de la Escuela Newbury*. No me cabe ninguna duda de que va de lo mismo que las otras historias: una chica pobre pero decente es sometida a las crueles burlas de sus compañeras de escuela y es salvada por un pariente rico. Y luego todas las alumnas mezquinas se arrepienten de haberse burlado de ella. Pero Mabel (o Annabelle o Dorothy; son todas lo mismo) las perdona dulcemente, sin dedicarles jamás un mal pensamiento a ninguna de ellas y, al final, todas aprenden una valiosa lección.

Me gustaría arrojar esa basura al fuego.

—Venga, Gemma. Desembucha —me ordena Felicity—. Nos estamos perdiendo la fiesta.

—Las criaturas de las Tierras Invernales no se están extinguiendo. Tienen un ejército formado por unos mil miembros —les explico precipitadamente como haría un paciente de Bedlam—. Han estado sacrificando almas al árbol para hacerse con su poder, pero están esperando algo. A alguien. —Tomo aire—. Creo que se trata de Circe.

—Y ahora lo crees —dice Felicity.

Hago caso omiso de su pulla.

—Tenemos que ir a los reinos, devolver la daga a Eugenia y establecer la alianza...

—¿Quieres decir devolver la magia? —pregunta Ann.

—No es nuestra. Sólo se trata de un préstamo...

Felicity me interrumpe.

—¿Y qué hay de Pip? ¡Tenemos que decírselo!

—Fee, no podemos hacer eso. Si Pip es una de ellas...

—¡No lo es! Acabas de decir que es Circe. —Felicity entrecierra los ojos—. ¿Y cómo lo has averiguado, Gemma?

Es demasiado tarde para darme cuenta de mi insensatez.

—He ido a los reinos. Para ver.

—¿Sola? —inquiere Felicity.

—No. Con Kartik.

Ann me observa detenidamente.

—¿Lo has llevado hasta allí sin consultarnos?

—Tenía que mostrarle...

—¡Los reinos nos pertenecen a nosotras, no a él! —insiste Felicity—. Ayer mismo dijiste que no teníamos que ir a los reinos por separado. ¡Y resulta que vas tú sola!

—Sí y lo siento, pero se trata de un asunto muy distinto —intento justificarme, aunque incluso yo me doy cuenta de lo pobre que mi argumento resulta.

—¡Nos has mentido! —grita Felicity.

—¡Escúchame, por favor! ¿Quieres escucharme un momento? He pedido a la Gorgona que reúna a los Hajin y a la tribu del bosque en el Templo para que podamos compartir la magia con ellos. Tenemos que ir allí esta noche. ¿No lo ves?

—Lo único que veo es que te trae sin cuidado lo que piensen tus amigas ni lo que ellas quieran. —Ataviada con su disfraz, Felicity se asemeja a la dama guerrera. Sus ojos brillan dolidos—. Pip ya me advirtió que esto era lo que podía pasar.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué te dijo? —pregunto.

—¿Por qué tendría que contártelo? Pregúntaselo a Kartik. Compartes más confidencias con él que con tus amigas.

—Ahora estoy aquí, contigo, ¿no? —digo enfurecida.

—Ella me dijo que no querías compartir la magia. Que nunca quisiste hacerlo, no de la forma en que a ella le hubiera gustado —contesta Felicity.

—Eso no es verdad.

Sin embargo, tampoco puedo negar cuánto me ha complacido tener algo que los demás no poseen.

Felicity coge a Ann de la mano.

—Da igual —dice mientras se la lleva hacia la puerta—. Olvidas que podemos hacer lo que nos plazca. Podemos entrar en los reinos cuando queramos. Contigo o sin ti.

Atravieso las estancias como si tuviera fiebre. El salón de baile rebosa de alegres bailarines. No obstante, no estoy de humor para bailar. Mentalmente, veo a esas horribles criaturas y a Amar conduciendo a los muertos hacia el sacrificio. Veo el dolor en los ojos de Kartik. Me pregunto adónde habrá ido y cuándo regresará. Si es que regresa.

Los asistentes llenan la pista para iniciar una danza de complicados pasos de baile, pero los ejecutan sin equivocarse y les envidio, pues no tengo pasos que seguir en este viaje; debo encontrar mi propio camino. No puedo formar parte de esta colorida reunión de princesas y hadas, juglares y duendecillos, fantasmas e ilusiones. Estoy harta de las ilusiones. Necesito que alguien me escuche, que me ayude.

Mi padre. Podría explicárselo todo. Ha llegado el momento de la verdad. Corro de estancia en estancia, buscándolo. Fowlson merodea en un rincón. Me sonrío con sarcasmo.

—Juana de Arco. Acabó mal, ¿no?

—También tú puedes acabar mal —murmuro furiosa y sigo adelante.

Por fin veo a mi padre conversando con la señora Nightwing, Tom... y lord Denby. Me dirijo directamente al traidor.

—¿Qué hace aquí? —pregunto categórica.

—¡Gemma Doyle! —ladra mi padre—. Discúlpate.

—No lo haré. ¡Es un monstruo, padre!

El rostro de Tom se sonroja. Me mira como si quisiera asesinarme. Sin embargo, lord Denby se limita a echarse a reír.

—Eso es lo que sucede cuando a las mujeres se les cede el poder, viejo amigo. Se vuelven peligrosas.

Me llevo a mi padre hasta la salita y cierro la puerta. Padre se sienta en una silla. Saca de un bolsillo la pipa que le regalé en Navidad y una bolsita de tabaco.

—Me siento completamente decepcionado, Gemma.

«Decepcionado». Esa palabra se me clava en el corazón como un cuchillo.

—Sí, padre. Lo siento, pero es verdaderamente urgente. Se trata de algo que tiene que saber sobre mí. Sobre madre.

Se me acelera el pulso. Las palabras se me adhieren a la garganta y me arden. Podría tragármelas como si fueran una amarga píldora, como he hecho antes en tantas ocasiones. Sería lo más fácil. Pero no puedo. Vuelven a emerger de mi garganta y me atraganto con ellas al hacerlo.

—¿Y si le digo que madre no era lo que parecía? ¿Y si le digo que su verdadero nombre era Mary Dowd y que era miembro de una sociedad secreta de hechiceras?

—Diría que se trata de una pésima broma —contesta con voz lúgubre mientras llena la cazoleta de tabaco.

Niego con la cabeza.

—No es una broma. Es verdad. Madre asistió a Spence muchos años antes que yo. Ella provocó el incendio que quemó el ala este de la academia. Era miembro de una sociedad de magas llamada la Orden. Se educaron en Spence. Podía entrar en un mundo más allá de éste llamado los reinos. Es un lugar hermoso, padre. Aunque a veces resulta inquietante. Allí formaba parte de la magia. Y esa misma magia ahora me corre por las venas. Y por eso quieren matarme, para arrebatar me mi magia.

La sonrisa de padre se desvanece.

—Gemma, esa historia no es en absoluto divertida.

No puedo detenerme. Es como si todas las verdades que he mantenido en secreto tuvieran que ver la luz.

—No murió de forma accidental. Conoció a ese hombre en la India, a Amar. Él era su protector. Ellos intentaron protegerme de una hechicera homicida llamada

Circe.

Mi padre me observa con dureza, lo que me asusta, pero no me detengo. No puedo. Ahora no.

—La vi allí, en los reinos, después de que muriera. ¡Hablé con ella! Ella estaba preocupada por usted. Dijo...

—¡Ya he tenido bastante!

Las palabras de mi padre son pronunciadas en voz baja y contenida, un látigo a punto de fustigar.

—Es verdad —contesto tragándome las lágrimas—. ¡No hacía obras de caridad en los hospitales ni atendía a enfermos! Nunca lo hizo, papá, y usted lo sabía.

—Así es como deseo recordarla.

—Pero ¿no importa que en realidad no fuera así? ¿Nunca se preguntó por qué sabía tan poco de su pasado? ¿Por qué era tan misteriosa? ¿No se lo preguntó?

Se levanta y se dirige hacia la puerta.

—Esta conversación se ha acabado. Te disculparás ante lord Denby por tu grosería, Gemma.

Como una niña, corro junto a él para seguirle el paso.

—Lord Denby está metido en todo esto. Está de parte de los Rakshana y quiere reclutar a Tom para arrebatarme la magia. Él...

—Gemma —me advierte.

—Pero, papá —replico con la voz ahogada por el sollozo que no me atrevo a dejar salir—. No es mejor decir la verdad, saber...

—¡No quiero saber! —grita y me callo.

No quiere saber nada. Ni de Madre, ni de Tom ni de mí. Ni de él mismo.

—Gemma, cielo, olvidemos este disparate y volvamos a la fiesta, ¿de acuerdo?

Tose desgarradoramente en su pañuelo. Parece no poder recuperar la respiración. No obstante, el acceso de tos remite y la congestión de su rostro desaparece como una puesta de sol.

Soy incapaz de responder. Como si algo frío y duro me oprimiera el pecho. Todo el mundo cree que mi padre es un hombre encantador. Si sólo quisiera su encanto y no algo más profundo, sería una chica feliz. Deseo odiarlo por su encanto fácil. Quiero pero no puedo, puesto que es todo cuanto tengo. Y si tengo que hacerlo, le obligaré a abrir los ojos.

—Padre.

Antes de que pueda quejarse, lo agarro del brazo con fuerza y me uno a él. Sus ojos se abren de par en par. Intenta zafarse de mí. No puede quedarse conmigo, ni siquiera durante ese preciso instante. Y esa aseveración me hiere profundamente.

—Verá, padre. Sabrá la verdad aunque tenga que obligarlo a ver.

Cuanto más se debate, más magia tengo que liberar. Se lo muestro todo y percibo su temblor bajo mi mano y escucho sus negativas a gritos. De inmediato empiezo a saber de él. Sus secretos. Sus vanidades. Sus miedos. Su vida revolotea al pasar por

mi mente, una gruesa cinta sin bobina. Soy yo quien debería apartar la vista. Pero no puedo. Hay demasiada magia operando. He dejado de tener el control. Estamos imprudentemente unidos. Detecto la presencia del trozo de papel que guarda en el bolsillo, una dirección del este de Londres donde adquirir el opio que tanto ansía. Ha vuelto a empezar. Siento su pugna transformarse en resolución. Lo hará, y el ciclo comenzará una vez más.

La desesperación se abalanza sobre mí, brillante y afilada. Trago saliva y me obligo a no sentir. A no preocuparme. Pero no puedo. Sé que la magia no sana, pero eso no me impide intentarlo. Apartaré ese deseo de él y luego curaré a Tom de su atracción por los Rakshana, y volveremos a ser tan felices como antes.

Padre vuelve a gritar y, de repente, dejo de sentirlo. Mi mano está fría cuando lo toco. Interrumpo el contacto y mi padre cae al suelo, inmóvil. Tiene los ojos abiertos, la boca torcida y la respiración entrecortada.

—¡Padre! —exclamo, aunque está muy lejos de mí.

¿Qué he hecho?

Corro en busca de la señora Nightwing y de Tom.

—Es Padre —espeto—. Está en la salita.

Conmigo encabezando la marcha, regresamos a la estancia a toda prisa. Tom y la directora llevan a Padre hasta una silla. Su respiración aún es sibilante y en el labio inferior tiene una saliva sanguinolenta. Sus ojos me miran fijamente, acusadores.

—¿Qué demonios ha sucedido? —pregunta Tom.

No puedo responder. Quiero gritar pero estoy demasiado horrorizada.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta lord Denby, quien acaba de entrar.

—¡Aléjese de mi padre! —grito.

La magia ruge de nuevo en mi interior y tengo que emplear todas mis fuerzas para silenciarla.

—¡Gemma! —me reprende Tom.

—Está sobrecogida de dolor. Quizá deberíamos llevarla a su dormitorio —sugiere lord Denby y hace ademán de cogerme del brazo.

—¡No! ¡No me toque!

—Señorita Doyle... —empieza a decir la señora Nightwing pero no me quedo para oír el final de la frase.

Corro exasperada hacia la puerta secreta, y mientras me tambaleo por el pasadizo, juraría haber visto al hada de las Tierras Fronterizas, pero no puedo detenerme. La magia se filtra por mis poros. Me tiemblan las piernas, pero logro llegar a la cima de la montaña y al pozo de la eternidad donde está Circe.

—Asha, ¿ha venido la tribu del bosque?

—No los he visto —responde—. ¿Estás bien, Dama de la Esperanza?

«No. No estoy bien. Estoy enferma de odio».

—Prepárate. Puede que te necesite.

—Como digas, Dama de la Esperanza.

«Afronta tus miedos. Para eso está el pozo». Estoy lista. Y, después de esta noche, no tendré nada que temer.

La estancia es cálida. Bochornosa. El suelo está húmedo. El agua resbala de las diminutas grietas del pozo.

—Circe —llamo.

—Hola, Gemma —responde y mi nombre resuena en la cueva.

—Sé que has hecho un pacto con las criaturas de las Tierras Invernales. Durante todo este tiempo has estado confabulada con ellas. Pero ahora tengo la daga y pondré las cosas en su sitio.

Se hace el silencio, solamente roto por el sonido de los hilillos de agua al caer.

—¿Niegas que querías mi poder?

—Nunca lo he negado —contesta, y en su voz no hay nada que recuerde a su habitual y prudente murmullo—. ¿Dices que tienes la daga?

—Así es, se la devolveré a Eugenia y todas tus confabulaciones no habrán servido de nada —digo—. Wilhelmina Wyatt intentó advertirme. Vosotras dos estabais muy unidas, Brigid me lo contó. Y Wilhelmina le explicó al doctor Van Ripple que su hermana la había traicionado; «un monstruo». No puedo imaginar a nadie mejor que se adecue a esta descripción. Ella confiaba en ti —prosigo mientras lucho con la magia que chisporrotea en mi interior—. Como mi madre. Y como yo durante un tiempo. Aunque ya no.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Lo que debería haber hecho ya —contesto—. La tribu del bosque está en camino para hacer una alianza con los Hajin. Nos uniremos en el pozo. Devolveré la magia y la restituiré. Y tú morirás.

Un sonido ondulante, claro y fuerte, emerge del pozo. Movimiento. Una de las piedras se desprende de él y salpica un chorro de agua, a la que le sigue otra y otra y, entonces, como un leviatán de las profundidades, Circe emerge del pozo, sonrosada y viva.

—¿Cómo...?

—Ahora soy parte de este mundo, Gemma. Como tu amiga Pippa.

—Pero estabas atrapada... —digo con voz apagada.

—Te obligué a proporcionar la magia al pozo para poder salir de él. La usé para aflojar las piedras. Aunque, en realidad, la suerte ya estaba echada la primera vez que me obsequiaste con la magia por voluntad propia. Eso era cuanto necesitaba para ser libre.

Guardo la daga en la funda que llevo a la cintura para ponerla a salvo de su vista.

—Entonces, ¿por qué no hiciste eso antes?

—Necesitaba más magia —responde pasando por encima del muro de piedra derrumbado—. Y porque soy paciente. Es una recompensa por haber tenido que vivir una gran desilusión.

Doy un paso atrás.

—Tenía grandes esperanzas depositadas en ti, Gemma. Estás con el agua al cuello. Veré el Árbol de Todas las Almas por mí misma.

—No te lo permitiré —contesto con la magia chisporroteando en mi interior—. Ya he tenido bastante por esta noche.

Invoco la magia con todas mis fuerzas y Circe sale despedida hacia atrás y cae al suelo, desmadejada.

Se arrastra a gatas, jadeando.

—Eso ha estado bien.

Agito un brazo sobre las piedras del pozo y les ordeno arrojarse sobre ella. Las detiene a escasos centímetros de su rostro y éstas caen al suelo hechas pedazos.

—Tu poder es impresionante, Gemma. Cuánto me hubiera gustado compartir contigo una verdadera amistad —dice mientras damos vueltas la una alrededor de la otra.

—Tú eres incapaz de tener una verdadera amistad —espeto.

Alargo el brazo para coger una esquirra y ésta se transforma en serpiente bajo el tacto de Circe. La suelto rápidamente.

—No te limites a reaccionar, Gemma. Piensa. Por lo menos, la Orden tenía razón en eso.

—¡No me digas lo que tengo que hacer!

Convierto la serpiente de Circe en un látigo que lacera su espalda.

Aúlla de dolor y sus ojos se aceran.

—Veo que, después de todo, has hurgado en tus rincones oscuros.

—Deberías haberlo supuesto. Tú los pusiste ahí.

—No, yo sólo ayudé a que los vieras —afirma y la obligo a caer de rodillas bajo el taconazo de la magia.

—Gemma.

Oigo la voz de Kartik y, cuando me giro, está tirado en el suelo con el rostro cubierto de sangre.

Me olvido de Circe y corro hasta él.

—¿Te ha hecho esto? ¿Cómo...?

Se echa a reír.

—Cuidado.

Se desvanece ante mis ojos, una ilusión. Me giro y Circe libera su poder inmovilizándome contra la pared.

—También yo he hurgado en tus rincones oscuros, Gemma.

Trato de devolverle el golpe, pero cuando la magia sale de mí lo hace de forma descontrolada, pues se cierne sobre mí y me impide ver con claridad. Mi padre está de pie junto a Circe, sus ojos miran fijamente hacia el frente, en una mano sostiene una botella de láudano. Veo a Felicity, Pippa y Ann bailando en un corro, sin mí. A Tom bajo el influjo de lord Denby. Cierro los ojos para eliminar las visiones, pero los acontecimientos de la noche me superan. Me tiembla el cuerpo. Ni siquiera puedo

llamar a Asha. Soy incapaz de hacer nada, excepto someterme a Circe.

—Ésta no es una batalla que puedas ganar, Gemma. Me pertenece a mí. Voy a ir a las Tierras Invernales a acabar lo que empecé. Le daré recuerdos de tu parte a Eugenia Spence.

—Te mataré —susurro.

Una vez más intento convocar a la magia, y una vez más las visiones me dan vueltas por la cabeza. Circe saca la daga de su funda y, por un instante, sé que va a asesinarme con ella.

—Gracias por esto —murmura.

Circe me suelta y caigo al suelo, temblando. Se agacha junto a mí y me observa con una mirada cálida y una sonrisa triste.

—A veces desearía poder regresar y cambiar el curso de mi vida, haber tomado otras decisiones. Si lo hubiera hecho, quizá tú y yo hubiéramos encontrado a gente completamente distinta en otra vida. —Me acaricia el pelo con suavidad y soy incapaz de apartarme de sus caricias. No sé si por influjo de la magia o por la necesidad que siento de ellas—. Pero el pasado no puede cambiarse, y tenemos que cargar con el peso de nuestras decisiones y avanzar con ellas hacia delante, hacia lo desconocido. Sólo hacia allí podemos dirigirnos. ¿Recuerdas lo que te dije en la academia? Parece como si hubieran transcurrido siglos, ¿verdad?

En los rincones de la cueva veo aún a mi padre y a los demás. Me miran desaprobadoramente. Se rompen en fragmentos que se convierten en un nido de víboras.

—Si fuera tú, Gemma, sería más cuidadosa con la magia. La hemos compartido. Ha cambiado, los reinos han cambiado, y ahora es imposible saber lo que puedes conjurar. —Circe me besa suavemente en la mejilla—. Adiós, querida Gemma. No seas necia ni intentes ir detrás de mí. Esto no acabará bien.

Agita una mano por encima de mí y me zambullo en la fría oscuridad. Apenas soy consciente de pasar dando tumbos junto a Asha y los campos de amapolas, con el cuerpo ardiendo y la mente fuera de mí. Todo cuanto veo se asemeja a una sombra chinesca reflejada en la pared. Amar montado en su caballo blanco, una columna de espectros detrás de él ataviados con sus capas de almas estridentes. Me alejo tambaleando de esa imagen para caer en brazos de Simon.

—Baila conmigo, Gemma —insiste y me da vueltas hasta que me mareo y me desespero por que me suelte.

Lucho por liberarme y ahí delante está Pippa, que sostiene un conejo muerto entre las manos, con la boca manchada de sangre.

Junto a la puerta secreta, contemplo horrorizada cómo de las piedras desaparece hasta la última de todas esas mujeres veneradas, y los monumentos vacíos se cubren de matojos. Regreso a la fiesta y me tambaleo entre los juerguistas enmascarados. No me siento bien. Hay demasiada magia en mí.

—Escucho vuestros pensamientos —susurro a los invitados y sus máscaras no

pueden ocultar su confusión, su desdén.

Un cuervo sale volando por la ventana y, tan rápido como un parpadeo, se transforma en el saltimbanqui de elevada estatura que nos divirtió en el césped. Parpadeo y veo los ojos pintados con kohl y la flor tatuada en la piel de un Guerrero Amapola. Me sonrío abiertamente y se desvanece entre la multitud.

Desesperada, corro tras él y derramo el ponche de una señora en su vestido.

—Lo siento —farfullo.

Lo veo. Cota de malla. Túnica. Una máscara de plumas negras. Agarra a una dama del brazo, se la lleva del baile y entra al gran salón, donde los pierdo de vista a los dos. No están entre las hadas, los duendecillos ni las aves de rapiña aquí congregadas.

La columna palpita llena de vida. Una de las bestezuelas allí cerradas se libera e ilumina el hombro de Cecily al posarse en él. Veo sus ojos parpadear cuando la criatura le lame el cuello.

—¡Apártate! —grito mientras embisto contra ella.

—¡Eres realmente espantosa! —rezonga Cecily.

En el techo, la brillante criatura alada se lleva un dedo a los labios. Parpadeo un par de veces, pero ella sigue ahí.

—¡No es real! ¡Nada de esto lo es! ¡Ha sido ella quien me ha hecho esto!

Escucho mi propia risa —la enorme carcajada de una bruja— y me aterroriza. Hago ademán de coger la daga y recuerdo que ya no la tengo.

—Ella me la quitó —digo.

—Shhh —susurra el hada y me lleno de calor.

Me siento como si me hubiera emborrachado de un vino meloso. Me pesa la cabeza. Las palabras de los invitados se transforman en largas hebras de sonido aterciopelado demasiado afelpadas para oírlas. Sólo percibo los murmullos rasposos de las diminutas criaturas. Sus voces son tan afiladas como el pedernal contra la piedra, cada palabra se convierte en una chispa.

«Sacrificio, sacrificio, sacrificio».

—¡Dejadme en paz! —grito y los asistentes a la fiesta clavan la vista a la chica que ha perdido la cabeza.

—He oído decir que has tenido problemas esta noche, señorita —dice Fowlson.

Mi hermano, lord Denby, la abuela, McCleethy y Nightwing, Brigid; todos ellos están con él; la preocupación se refleja en sus rostros. O el odio. En este momento, me resulta difícil distinguirlo.

—Estoy bien —protesto.

¿Acaso no me lo advirtieron? «Es una embaucadora. Wilhelmina le tenía miedo... y ella no se asustaba con facilidad. Cuidado con el nacimiento de mayo».

Brigid me pone una mano en la frente.

—Pobrecita, está ardiendo.

—¿Dónde está mi padre? —pregunto con violencia.

—No te preocupes, querida. —La boca de Lord Denby se mueve bajo su máscara de zorro—. He mandado llamar a mi carruaje. Su hermano y yo lo acompañaremos hasta Londres, donde el doctor Hamilton podrá visitarlo en cuanto lleguemos.

—Váyase enseguida a la cama —ordena la señora Nightwing chascando la lengua.

Su mirada refleja verdadera preocupación y desearía poder contárselo todo.

Fowlson me sostiene por un lado mientras Brigid lo hace por el otro, y entre ambos me conducen hacia la escalera. Lord Denby rodea a Tom con un brazo como el padre que éste siempre quiso tener.

«Corre, Tom», pienso, pero las palabras fenecen en mi interior.

Apenas soy capaz de arrastrar los pies, así que Fowlson me lleva. Abajo, veo al Guerrero Amapola guiando a su hermosa dama hacia los bosques. Brigid me desviste y me tapa con la colcha como si fuera una niña. Me da un vaso de algo que me reconforta y adormece. No me salen las palabras.

Tropiezo con la ventana abierta. El aire es cálido y fragante con la llegada de la primavera, y aspiro profundamente, como si eso solo pudiera ayudarme. Veo más pájaros oscuros.

Algo blanco destella entre los árboles; creo ver a Pippa en el césped, caminando hacia Spence de la misma forma que cuando estaba viva. Es tan pálida como la luna, tan esquiva como la verdad. No, ella no está aquí. «Por favor, ayúdame», suplico, a pesar que no creo en un Dios de barba blanca que reparte justicia a los indignos y se apiada de los dignos. He visto a los malvados salir indemnes, al sufrimiento añadirse a más sufrimiento que soportar. Y si existe un Dios semejante, no creo que merezca su atención. Pero, en este preciso instante, mientras veo a mi querida amiga flotando en el césped de Spence como una estrella caída, quisiera creer en semejantes consuelos, puesto que estoy realmente atemorizada.

La cabeza me va a estallar. Me entierro bajo las sábanas y cierro los ojos con fuerza mientras escucho a mi corazón latir una advertencia en mi sangre. Contraataco de la única forma que sé. Me digo a mí misma que no es real.

«No eres real, Pippa Cross. No te estoy viendo; por lo tanto, no estás aquí». Sí. Bien. Muy bien. Si eso es una ilusión, he acabado con ella por esta noche.

—No te veo... —tarareo con los ojos todavía cerrados, lo que me hace reír y mi risa me aterroriza una vez más.

«Basta, Gemma, antes de que te vuelvas loca».

¿O ya lo estoy?

La cortina del sueño se alza y una cabalgata de sueños desfila por el escenario. Wilhelmina Wyatt recorriendo la pizarra con las manos. Mi padre riéndose feliz y mi padre en el suelo mirándome con ojos acusadores. La gente de Philon con sus ramas en ristre. El Templo ardiendo. El beso de Kartik. Los ojos azules y lechosos de Pippa.

Un ejército atronando por la arena negra y ósea de las Tierras Invernales. Subo las escaleras y me detengo ante el retrato de Eugenia Spence. Las parras de las Tierras Invernales se enredan con fuerza alrededor de las gargantas y los cadáveres de las almas perdidas dispuestas a ser sacrificadas. Sus rostros son cenicientos. Veo a Circe marchando entre ellas hacia el Árbol de Todas las Almas.

Me despierta un ruido. Hay algo en mi habitación. La ninfa brilla en mi esquina. Ha atrapado a un ratón, que se pasa de mano en mano con suavidad sin dejarlo escapar.

—¿Preocupada? —Su risa se asemeja a los huesos al astillarse—. Todo está en marcha. Ya no puedes detenerlo. El día del sacrificio ha llegado.

—¡Cállate!

Su murmullo me envuelve en una espiral. Balancea al ratón por la cola. Sus garras diminutas se abren aterrorizadas. Intenta incorporarse por sus propios medios.

—Durante tanto tiempo; hemos esperado durante tanto, tanto tiempo. Y ahora al fin seré libre y también todos nosotros. Para eso se hizo un pacto hace mucho tiempo. Un alma a cambio de otra.

Me tapo los oídos.

—¡Basta!

—Como quieras —contesta.

Abre la boca y muerde con fuerza el cuello del ratón.

Me despierto sobresaltada y con la frente cubierta de sudor. El camisón se me adhiere al cuerpo como si hubiera tenido fiebre. Dejo que los ojos se adapten a la profunda oscuridad y, cuando mi habitación adquiere su forma habitual, sé que esta vez estoy verdaderamente despierta. La lluvia golpea contra la ventana, y tengo el cuerpo dolorido. Me siento tan débil como un gatito recién nacido. No oigo los ronquidos de Ann.

—¿Ann? —la llamo.

No está en su cama, y presiento que ha ido a los reinos con Felicity.

Tengo que ir tras ellas. Tambaleando, bajo las escaleras y atravieso la cocina para dirigirme hacia el césped y la puerta secreta. Un golpe seco en la ventana me provoca un sobresalto. Está demasiado oscuro ahí afuera, y, para ser sincera, me da miedo mirar. Vuelvo a escuchar el golpeteo. La ventana se ha empañado. Pongo las manos en el cristal y echo un vistazo a la noche. Ithal pega la cara al vidrio y doy un respingo. ¡Ithal! Corro a abrir la puerta de la cocina. Está de pie en el umbral de la puerta, bajo la lluvia.

—¡Ithal! ¿Dónde has estado? —Me mira con rostro severo—. ¿Qué sucede?

—Se trata de Kartik. Lo han cogido. Tienes que salvarlo.

—¿Quién lo ha cogido?

—No hay tiempo que perder. Tenemos que irnos ya.

Pienso en Ann y en Felicity en el interior de los reinos.

—Tengo que...

Me entrega un trozo de tela empapada de la capa de Kartik. Ha sido marcada con la insignia de Rakshana. Fowlson.

—Llévame —le digo, puesto que si puedo llegar hasta Kartik, él podrá ayudarme con mis amigas.

Sigo a Ithal bajo la lluvia hasta el lugar donde espera *Freya*. Las piernas no me responden, y me tambaleo en un par de ocasiones. Las ojeras de Ithal son tan profundas que sus ojos parecen dos cavidades.

—¿Dónde has estado? —pregunto una vez más—. La Madre Elena estaba muy preocupada.

—Los hombres vinieron a por mí.

—¿Los hombres de Miller? ¡Tienes que decírselo al inspector Kent! No permitirá que esto quede impune —digo mientras me doy impulso para montar a *Freya*.

—Demasiado tarde. Debemos ir a buscarlo ahora.

Monta la yegua detrás de mí y siento su frialdad en mi espalda. Nos ponemos en marcha con una leve puntada a los flancos del animal. La lluvia me azota en las mejillas y me empapa el pelo mientras galopamos por los bosques y giramos a la izquierda en dirección al lago. La yegua se detiene de repente, sorprendida. Relincha con fuerza y avanza lentamente hasta el borde del agua como si hubiera percibido algo.

—*Freya, kele!* —ordena Ithal.

El animal se niega a seguir. Patea el suelo con el casco derecho y olisquea el borde del agua, como si buscara algo que hubiera perdido.

El gitano tira con fuerza de las riendas y *Freya* se aparta, acelerando la marcha hasta correr a galope tendido, lo que hace que el corazón me palpite al ritmo del galope de sus cascos contra la carretera. Siento el aliento de la noche contra el cuello. Tan sólo los relámpagos nos iluminan el camino.

Giramos al llegar al cementerio. El cielo se convierte en un latido furioso de luz y sonido. *Freya* zigzaguea entre las tumbas. Sus cascos se hunden en el barro, y me obliga a inclinarme peligrosamente cerca del borde afilado de una lápida. Grito y me aferro a la camisa de Ithal mientras él la endereza y la guía hacia un sendero cubierto de hierba, donde la yegua emprende un trote más cauteloso.

—¿Adónde vamos? —grito.

La tormenta arrecia. Me impide ver y tengo que bajar la cabeza para evitar que el agua me entre en mis ojos. Ithal me responde, pero no puedo oírle por encima del repiqueteo de la lluvia.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

Suena como el soniquete de una plegaria. No, entona un cántico. Las palabras vuelan al pasar tan rápidas como la lluvia a través del viento, llenándome de un temor glacial.

—Un sacrificio, un sacrificio, un sacrificio...

En mi mano, la camisa se convierte en serpientes. Grito y las serpientes se

convierten en cenizas. Delante de nosotros, un montículo de tierra se levanta a cada lado de una tumba abierta. Ithal guía directamente hasta la sepultura a *Freya*, que cada vez corre más aprisa. Le golpeo con los codos, pero no se detiene. Me tiro de la yegua haciendo acopio de todas mis fuerzas. Aterrizo de golpe en la tierra húmeda en el preciso momento que *Freya* relincha y cae en la tumba abierta. No oigo cómo impacta con el fondo.

Me esfuerzo por caminar, aunque siento pinchazos en los músculos al hacerlo. Mis piernas soportan mi peso, pero me duelen, y tengo un dolor intenso en la espalda y el brazo izquierdo. Tiritando, echo un vistazo alrededor de la lápida: la tierra está completamente compacta.

Contengo mi risa sollozante y deseo despertarme de nuevo en mi cama, pero no lo consigo.

«Despertarás pronto, Gemma —me digo a mí misma mientras cojeo por el oscuro cementerio—. Canta algo que te ayude a seguir. “Tuve una chi-chica en Lincoln-shire, vendía mejillones de un barril...”».

Paso por delante de una lápida. Esposa querida.

—Ven-vendía me-mejillones d-de u-un...

Se oye un trueno. Los dientes me castañean al escucharlo.

—D-de un ba-ba-barril...

Algo me bloquea el paso. Un relámpago rasga el cielo e ilumina a Ithal. Donde deberían estar sus ojos ahora hay dos cavidades negras.

—Sacrificio —dice.

No puedo moverme, no puedo pensar. Tengo las piernas congeladas de miedo. Intento convocar a la magia, pero estoy exhausta y asustada, y ésta no responde. Una voz retumba en mi cabeza: «Corre, corre, Gemma».

Huyo de él tan rápido como soy capaz y corro a través de un laberinto de lápidas mientras el cielo estalla en truenos. Por el rabillo del ojo veo a Ithal desaparecer tras un ángel de mármol y aparecer en el otro lado. Está ganando terreno. Tengo el camisón empapado. Se adhiere a mis debilitadas piernas, enlenteciendo mis andares con su peso. Tiro de él frenética y me lo subo hasta las rodillas para correr más deprisa. Ithal avanza detrás de mí, con paso seguro. Al llegar al lago, cada respiración se asemeja al borde afilado de una cuchilla lacerándome los pulmones.

Por fin la veo: alzándose tras los árboles se halla la silueta de Spence con sus serpenteantes y vistosas agujas. Hay algo extraño en ello. No sabría decir qué es. Todo cuanto puedo hacer es echarme a correr. La intensa luz de la luna se abre paso entre las nubes.

El tejado está vacío. Las gárgolas han desaparecido. Han desaparecido y siento la tierra deslizarse bajo mis pies. Ithal está cada vez más cerca, disminuyendo la distancia entre ambos, y tropiezo. Noto los pulmones a punto de estallar.

Algo aterriza detrás de mí, tan duro como una piedra al golpear contra el suelo. Todo mi cuerpo se hiela aterrorizado. Debería girarme para mirar, pero no puedo. Ni

siquiera soy capaz de respirar. Ruido de arañazos. Como garras sobre una piedra. Un gruñido grave procede de lo que sea que tengo detrás. «No te gires, Gemma. Si no te giras no se hará realidad. Cierra los ojos. Cuenta hasta diez. Uno. Dos. Tres». Hay luna llena. Una sombra aumenta de tamaño, mucho más grande que la mía en el sendero. Y luego unas alas enormes se despliegan.

Mi cabeza es tan ligera como un globo. Estoy a punto de desmayarme.

—Chica... en, en... Li-Li-Lincolnshire... mejillones... un barril...

Un sonoro alarido penetra en la noche. La gárgola emprende el vuelo y aterriza ante mí en el sendero con un estruendoso ruido seco, eliminando cualquier posibilidad de escapar. Caigo de rodillas al ver a la enorme bestia de piedra con forma de pájaro, imponente delante de mí. Su rostro es una horrorosa máscara viviente, su boca se despliega en una horripilante sonrisa, sus colmillos son tan largos como mis piernas. Sus garras están terroríficamente afiladas. Un grito muere en mi garganta. La bestia chilla mientras sus garras se me acercan y me agarran con fuerza por la cintura. La negrura se apodera de mí.

—Agárrate —me ordena la gárgola bruscamente con una voz cascada que me aterroriza de nuevo.

Me pega a su cuerpo y emprendemos el vuelo. Me sujeto con fuerza a sus garras amenazadoras. Hasta al cabo de un momento no me doy cuenta realmente de lo que sucede. La gárgola no desea lastimarme. Quiere protegerme. El cielo está lleno de bestias aladas. Chillan y gruñen. Los sonidos reverberan en mis oídos pero no me atrevo a tapármelos. La ráfaga de aire es fría al entrar en contacto con mi camisón sudado y mi piel húmeda. Tiritito al pasar por encima de las copas de los árboles y aterrizar suavemente en el tejado de Spence.

—No mires —me advierte.

No obstante, no puedo apartar la vista. Abajo, otras gárgolas han acorralado a Ithal. Le dan alcance y lo levantan del suelo para llevárselo volando hacia el lago.

—¿Qué van a hacer? —pregunto.

—Lo que deben —dice sin dar detalles y no me atrevo a preguntarle nada más.

—¿Qui-quién eres?

—Soy una guardiana de la noche —responde y acude a mi mente el dibujo Wilhelmina—. Hemos protegido a los de su especie durante siglos cuando el revestimiento entre los mundos no estaba precintado. Ahora el precinto se ha roto. La tierra ha sido hechizada de nuevo. Y temo que no podamos mantenerte a salvo de lo que se avecina.

El cielo se oscurece ante tantas alas. Por encima de mi cabeza, las gárgolas forman un círculo cuyas sombras se proyectan sobre mí. Descienden lentamente y aterrizan con tanta suavidad como los ángeles sobre el tejado. Se me acerca una gárgola con nariz de dragón.

—Ya está —gruñe—. Lo hemos devuelto a los muertos.

La gárgola que me ha salvado la vida asiente.

—No será el último que veremos. Regresarán de nuevo y con más ímpetu.

Una franja rosada se forma en el cielo por el este. Las gárgolas retoman sus puestos habituales en el borde del tejado. Cuando vuelvo a mirar se han convertido en piedra.

—Estoy soñando —susurro—. Todo esto no es más que un sueño.

La gárgola al mando extiende sus alas hasta que me rodea su oscuridad. Su voz es tan profunda como la de Matusalén.

—Sí, has estado durmiendo. Pero ya es hora de que despiertes.

Abro los ojos. El techo de mi cuarto adquiere forma. Escucho los suaves ronquidos de Ann. Estoy en mi habitación, como tiene que ser. Ya ha amanecido. Me incorporo en la cama y el cuerpo me duele por el esfuerzo. Un enorme clamor se eleva en los bosques. A medio vestir, las chicas abren las puertas de sus dormitorios para ver qué sucede. Entre la neblina de primera hora de la mañana, los gitanos se reúnen en el lago con sus candiles. Un grito de dolor emerge del grupo.

Ahora lo veo. Ithal flota en el agua boca abajo, ahogado. Por eso *Freya* se detuvo junto al lago, por eso parecía tan alterada. Sabía que su amo estaba muerto y que la criatura subida a su lomo era un muerto viviente, un mensajero infernal de las Tierras Invernales enviado para llevarme hasta ellas.

No. No, eso no ha sucedido. Lo he imaginado todo. O soñado. Un muerto no ha podido venir hasta aquí para llevarse. No he volado agarrada a una gárgola.

Alzo la cabeza para asegurarme. Las gárgolas descansan en el borde del tejado, ciegas y silenciosas. Vuelvo el rostro a ambos lados, pero siguen sin moverse. «Por supuesto que no. Son de piedra, tonta». Me río entre dientes, lo que llama la atención de los presentes, pues me estoy riendo mientras ellos sacan a un cadáver del lago.

Kartik también está allí, completamente recuperado, sin ninguna señal. Me mira preocupado.

Los hombres cubren a Ithal con una chaqueta.

—Debéis hacer una hoguera —dice la Madre Elena—. Tenéis que quemarlo. Hay que quemarlo todo.

Es sorprendente que, con un hombre ahogado en los bosques, la comidilla de la academia sea mi comportamiento en el baile, pero así es. Durante el desayuno, las chicas callan cuando paso delante de ellas; me siguen con la mirada como buitres a la espera de abalanzarse sobre la carroña. Me siento con las mayores, que guardan silencio. Es como si me hubiera convertido en la Parca, guadaña en ristre.

Escucho los cuchicheos de las chicas.

—Pregúntaselo.

—¡No, tú!

Cecily carraspea.

—¿Cómo te encuentras, Gemma? —me pregunta con fingida amabilidad—. He oído que has tenido mucha fiebre.

Me llevo a la boca una cucharada de gachas.

—¿Es eso verdad? —insiste Martha.

—No —respondo—. Me vi superada por un exceso de magia. Y por los secretos y mentiras que componen este lugar en la misma medida que las piedras y el cemento.

Abren la boca, sorprendidas, y luego se ríen con una risa tonta. Fee y Ann me miran alarmadas. Ya no tengo apetito. Me retiro de la mesa y salgo del comedor. La señora Nightwing levanta la vista pero no intenta detenerme, como si supiera que soy una causa perdida.

Felicity y Ann me visitan por la tarde. Su curiosidad respecto de mi locura ha vencido a su enfado. Felicity saca de su bolsillo una bolsa de caramelos.

—Toma. He pensado que te gustarían.

Dejo que se sienten en la cama, intacta.

—Fuisteis a los reinos anoche, ¿verdad?

Ann abre los ojos como platos. Me maravilla que pueda ser a la vez tan buena actriz y una pésima mentirosa.

—Sí —responde Felicity. Le agradezco su honestidad—. Estuvimos bailando y Ann cantó y me lo pasé tan bien que no me hubiera importado no volver. Ese lugar es el paraíso.

—No se puede vivir siempre en el paraíso —digo.

Felicity se guarda los caramelos en el bolsillo.

—Y tú no puedes mantenernos alejadas de los reinos —contesta, al tiempo que se levanta.

—Las cosas han cambiado. Circe tiene la daga —digo y les cuento todo lo que recuerdo de la noche pasada—. No puedo seguir conteniendo la magia por más

tiempo. Tenemos que hacer una alianza e ir tras Circe.

El rostro de Felicity se ensombrece.

—Nos prometiste que no devolveríamos la magia hasta nuestra presentación en sociedad. Prometiste ayudarme.

—Podrías marcharte de aquí con la magia suficiente...

—¡No podría! ¡Me atraparían! Por favor, Gemma —me ruega Felicity.

—Lo siento —contesto; trago saliva—. No hay otro remedio.

El apasionamiento de Felicity se enfría y su calma me resulta mucho más amenazadora que su rabia.

—Ya no tienes toda la magia para ti sola, Gemma —me recuerda—. Pip también tiene poder y es cada vez mayor. Y si tú no me ayudas, sé que ella lo hará.

—Fee... —grazno.

No me oye. Cruza la puerta con Ann pisándole los talones.

De repente la tarde se vuelve fría, como si el invierno hubiera arrojado una última bocanada antes de que el verano se aposente. El inspector Kent ha venido a hacer indagaciones sobre la muerte de Ithal. Sus hombres peinan los bosques en busca de pruebas que indiquen que se trata de un acto criminal, pero no encuentra ninguna. Los fantasmas no dejan pistas. Detienen al señor Miller en el *pub* y se lo llevan para interrogarlo, aunque él defiende su inocencia e insiste en que hay fantasmas en los bosques de Spence.

Kartik ha dejado su tarjeta de visita —la badana roja— en la hiedra que hay fueran en mi ventana junto a una nota: «Reúnete conmigo en la capilla».

Me deslizo en el interior de la capilla vacía y contemplo el ángel con la cabeza de la gorgona.

—Ya no tengo miedo. He comprendido que quieres protegerme.

—Ve y vence —contesta una voz profunda.

Doy un respingo. Kartik se asoma tras el púlpito.

—Perdona —se disculpa con una sonrisa avergonzada—. No pretendía asustarte.

Parece como si no hubiera dormido durante días. Menuda pareja hacemos, con las caras largas y ojerosas. Recorre el respaldo de un banco con el dedo.

—¿Recuerdas la primera vez que te sorprendí aquí?

—Por supuesto. Me asustaste al decirme que mantuviera las visiones alejadas de mi mente. Tendría que haberte escuchado. No era la más indicada para llevar adelante todo esto.

Se apoya contra el extremo del banco con los brazos cruzados en el pecho.

—No, eso no es verdad.

—No sabes lo que he hecho, ni siquiera te lo imaginas.

—¿Por qué no me lo cuentas?

Parece transcurrir una eternidad hasta que las palabras se deciden a recorrer las

ruinas que hay en mi interior. Aunque finalmente lo hacen y no omito nada. Se lo explico todo y él me escucha. Me da miedo que me odie por ello, pero cuando acabo de hablar se limita a asentir con la cabeza.

—Dime algo —susurro—. Por favor.

—La advertencia aludía al nacimiento de mayo. Y ahora ya sabemos lo que significa, supongo —dice después de pensarlo y sonrío, porque sé que eso quiere decir que me ha escuchado y que hemos progresado—. Iremos tras ella.

—Sí, pero si meto mucho más que un dedo del pie en la magia, temo unirme a Circe y a las Tierras Invernales y volverme tan loca como creí estarlo anoche.

—Más motivo para detenerla. Quizá todavía no haya cedido el poder de Eugenia al árbol. Puede que aún estemos a tiempo de salvar los reinos —afirma.

—¿Nosotros?

—No voy a salir corriendo otra vez. Ése no es mi destino.

Desliza una mano bajo mi barbilla y la levanta; lo beso primero.

—Pensaba que habías dejado de creer en el destino —le recuerdo.

—No he dejado de creer en ti.

A pesar de todo, sonrío. Más que nunca necesito confiar en sus palabras.

—¿Crees que...? —empiezo a preguntar pero no acabo la frase.

—¿Qué? —murmura en mi pelo; sus labios son cálidos.

—¿Crees que si tuviéramos que quedarnos en los reinos podríamos estar juntos?

—Éste es el mundo en que vivimos, Gemma, para mejor o peor. Disfruta de él lo que puedas —dice, y tiro de él hacia mí.

Después de semanas de emocionantes preparativos para el baile de máscaras, la academia se asemeja a un globo completamente desinflado. Han quitado los adornos. Han empaquetado los disfraces con tisúes y alcanfor, aunque algunas de las chicas más pequeñas se niegan a desprenderse de ellos tan pronto. Quieren ser princesas y hadas tanto tiempo como les sea posible.

Otras, a punto para la siguiente fiesta, agujonean a *mademoiselle* LeFarge para conocer todos los detalles de su inminente boda.

—¿Llevará diamantes? —pregunta Elizabeth.

Mademoiselle LeFarge se sonroja.

—Oh, Dios mío, no, son demasiados valiosos. Aunque me han regalado una gargantilla de perlas realmente preciosa para que la luzca ese día.

—¿Irán a Italia de luna de miel? ¿O a España? —pregunta Martha.

—Haremos un modesto viaje a Brighton —responde *mademoiselle* LeFarge y las chicas se sienten terriblemente decepcionadas.

Brigid me palmea en el hombro.

—La señora Nightwing quiere verte, señorita —dice compasiva, y me da miedo preguntarle la causa de tanta amabilidad.

—Sí, gracias —respondo y la sigo hasta la puerta de paño del santuario macizo y formal de nuestra directora.

La única nota de color está en una mesa esquinera, donde unas flores silvestres se desparraman por los bordes de un jarrón y dejan caer sus pétalos descuidadamente.

La señora Nightwing me señala una silla.

—¿Cómo se siente hoy, señorita Doyle?

—Más yo misma —respondo.

Cambia de lugar el abrecartas y el tintero y el corazón se me acelera.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido?

—Ha recibido un telegrama de su hermano —dice mientras me lo entrega.

PADRE MUY ENFERMO STOP ESPERARÉ TU TREN EN VICTORIA STOP TOM

Parpadeo para alejar las lágrimas. No tenía que haberlo presionado como lo hice en el baile de máscaras. No estaba preparado para descubrir la verdad, yo lo obligué a ello, y ahora temo haberle causado un daño del que no pueda recuperarse.

—Es culpa mía —digo arrojando la nota al escritorio.

—¡Tonterías! —ladra Nightwing, lo que necesitaba: un poco de viento fresco en la espalda—. Ordenaré a Brigid que la ayude con sus cosas. El señor Gus la acompañará a la estación de ferrocarril a primera hora de la mañana.

—Gracias —murmuro.

—Mis pensamientos están con usted, señorita Doyle.

Creo saber a qué se refiere.

Durante el largo trayecto hasta mi dormitorio, Ann corre tras de mí, sin aliento.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver su rostro alarmado.

—Es Felicity —jadea—. Intenté hacerla entrar en razón. No quiso escucharme.

—¿Qué quieres decir?

—Se ha ido a los reinos. Se ha ido para estar con Pip —dice con los ojos muy abiertos—. Para siempre.

Estamos de pie junto al ala este a medio construir. Las luciérnagas titilan en los árboles y tengo que mirar dos veces para asegurarme de que sólo se trata de esos insectos inofensivos. El pasadizo que conduce a los reinos me parece más frío que de costumbre y acelero el paso. En cuanto atravesamos la puerta que lleva a la colina, sé que algo no va bien. Todo es un poco más gris, como si la niebla de Londres hubiera llegado hasta aquí.

—¿Qué es ese olor? —pregunta Ann.

—Humo —respondo.

A lo lejos, una larga columna de humo negro lacera el cielo. Se eleva de la montaña que alberga el Templo y las Cuevas de los Suspiros donde viven los Hajin.

—¿Gemma? —dice Ann con los ojos como platos.

—¡Vamos! —grito.

Corremos hacia los campos de amapolas. Lluve una ceniza que nos cubre la piel con una fina capa de hollín gris plateado. Sin dejar de toser, pugnamos por subir la montaña. El sendero está cubierto de amapolas aplastadas. Ann casi tropieza con el cadáver de un Intocable. Y hay más. Sus cuerpos carbonizados cubren el camino que lleva al Templo en llamas. Asha sale dando traspiés de las ruinas humeantes.

—Dama de la Esperanza...

Se me cae encima y corro a depositarla en una roca donde el aire no está tan cargado de cenizas.

—¡Asha! Asha, ¿quién ha hecho esto? —espeto.

Se desploma con un acceso de tos. Su sari naranja chamuscado se ciñe alrededor de su cuerpo como el plumaje achicharrado de un ave imponente.

—¡Asha! —grito—. Cuéntamelo todo.

Clava su mirada en mis ojos. Su rostro está todo tiznado de negro.

—Fue... fue la tribu del bosque.

La Gorgona nos llama desde el río. Ann y yo llevamos a Asha hasta el barco y le damos agua, que se bebe como si fuera una mujer con una sed insaciable. Tiemblo de rabia. No puedo creer que Philon y la tribu del bosque hayan hecho una cosa semejante. Creía que eran pacíficos. Quizá, después de todo, la Orden tuviera razón y la magia no pueda ser compartida.

—Dime qué ocurrió —pregunto.

—Vinieron mientras dormíamos. Llegaron en tropel a la montaña. No tuvimos escapatoria. Uno de ellos arrojó una antorcha al Templo. «Esto es por Creostus», dijo. Y el Templo ardió.

—¿Así que fue en represalia?

Asha asiente y se limpia el rostro con la punta humedecida del sari.

—Le dije que nosotros no participamos en la matanza del centauro. Pero no me creyeron. Sus ojos evidenciaban que ya habían tomado una decisión. Querían la guerra, y nada les detuvo.

Se lleva unos dedos temblorosos a los labios mientras el Templo arde. Allí donde las llamas devoran los campos de amapolas, se elevan hermosas espirales de humo rojizo.

—Nunca hemos hecho preguntas. No es nuestra forma de obrar.

Rodeo sus hombros con mi brazo.

—Vuestra forma de obrar necesita cambiar, Asha. Ha llegado el momento de cuestionarlo todo.

Organizamos en filas a los Hajin, que se van pasando cubos de agua hasta extinguir todas las llamas que podemos.

—¿Por qué no curas esta enfermedad con la magia? —pregunta un pequeño Hajin.

—Me temo que, en estos momentos, no es la mejor solución —respondo mientras dirijo la mirada a las ruinas del Templo en llamas.

—Pero la magia lo arregla todo, ¿no es verdad? —insiste.

Soy consciente de que quiere creer desesperadamente, de cuánto desea que extienda una mano por su hogar destrozado y que lo erija de nuevo. Ojalá pudiera.

Niego con la cabeza y sigo pasando el agua por la fila.

—Ya no puede hacerse nada. El resto ya no depende de nosotros.

La Gorgona nos transporta a través del velo dorado hasta la isla natal de la tribu del bosque. Franquean la orilla formando una hilera siniestra, con sus lanzas y ballestas acabadas de hacer en ristre. La Gorgona nos mantiene a una distancia prudencial de la costa; lo bastante cerca para que me escuchen y lo bastante lejos para poder retroceder. Philon se desliza por el borde del agua. El abrigo de hojas de la criatura adquiere un matiz naranja, dorado y rojizo. El cuello alto de la prenda brilla sobre el alargado cuello de Philon.

—No eres bienvenida a este lugar, sacerdotisa —grita Philon.

—Vengo del Templo. ¡Tú lo has quemado!

Philon se yergue con porte imperial.

—Así es.

—¿Por qué? —pregunto, pues no puedo formular una pregunta más sincera.

—¡Ellos acabaron con la vida de uno de los nuestros! ¿Acaso nos recriminas que hagamos justicia?

—¿Y por eso habéis acabado con la vida de veinte de los suyos? ¿Es eso justicia?

Asha se pone en pie con dificultad. Se agarra a la barandilla del barco.

—Nosotros no matamos al centauro.

—Eso dices tú —atruena Philon—. Si no, entonces, ¿quién lo hizo?

—Busca dentro de ti para buscar la respuesta —replica Asha críticamente.

Neela nos arroja una piedra. Aterriza en el agua y salpica el lateral de la

embarcación.

—¡No queremos oír más mentiras! ¡Marchaos!

Arroja otra piedra y no me da por poco, pues cae en cubierta. Con un gesto impulsivo, cojo la piedra y siento su peso en la mano.

Asha me sujeta el brazo.

—La represalia es un perro que se muerde la cola.

Hay sabiduría en cuanto dice, pero yo lo que quiero es arrojar la piedra, y necesito recurrir a toda mi fuerza de voluntad para mantenerla bien sujeta en la palma de la mano.

—Philon, ¿te has parado a considerar cómo vamos a estrecharnos la mano y hacer una alianza después de quemar el Templo?

Se eleva un murmullo entre la tribu allí congregada. Por un instante, veo un atisbo de duda en los fríos ojos de Philon.

—Ya no es momento para alianzas. Tienes que dejar que la magia siga su propio curso. Ya veremos quién gana.

—Pero ¡necesito tu ayuda! ¡Las criaturas de las Tierras Invernales están confabulándose contra nosotros! Circe está en camino...

—¡Más mentiras! —grita Neela y la tribu del bosque se aparta.

—Vamos, Su Excelencia —dice la Gorgona—. Hemos hecho cuanto podía hacerse aquí.

Nos guía lejos de la orilla, pero hasta que no atravesamos el velo dorado no soy capaz de soltar la piedra que aún tengo en la mano. La arrojo al río, que atraviesa sin hacer ruido.

Ann me coge del brazo con el rostro sombrío.

—Tenemos que encontrar a Felicity.

Encontramos a Pippa y a las otras chicas en el castillo, bebiendo vino y jugando. Una luz oscura cierne a la capilla en una profunda penumbra. Bessie le arranca las alas a una libélula y Mae y ella se ríen al verla brincar en el suelo, desesperada por echarse a volar. Pippa está sentada en el trono, comiendo bayas de un cáliz de oro hasta que sus labios se transforman en una sobra azul oscura. Fuentes y copas de vino están repletas de fruta.

—¿Dónde está Fee? —pregunto—. ¿La habéis visto?

—Estoy aquí. —Felicity entra como si nada, equipada con su cota de malla de guerrera, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes—. ¿Qué queréis?

—Fee, no puedes quedarte aquí —digo.

Se sienta junto a Pip.

—¿Por qué no?

—En los reinos impera el caos. Las tribus están en guerra, han arrasado el Templo y Circe ha ido a las Tierras Invernales para reunirse con las criaturas.

—No nos ha llegado nada de eso hasta aquí —dice Pip señalando los muros de la capilla—. Así pues, ¿celebraremos otro baile esta noche?

—Pippa —digo, incrédula—. No podemos celebrar ninguna fiesta.

La risa de Pippa es ligera e infantil.

—Deja que las criaturas se las apañen entre ellas. No están a mi altura.

Se lleva una baya a la lengua y se chupa los dedos.

—Tiene razón —asiente Bessie—. La señorita Pippa la mantendrá al tanto.

Mae y ella observan a Pippa con una devoción imbatible y me entran ganas de tirarla del trono.

—¿Les contaste cómo llegaste hasta aquí? ¿Por qué no puedes cruzar?

Los ojos de Pippa centellean.

—¡Oh, Gemma, por favor!

Comparte una sonrisa con las chicas de la fábrica que se convierte en una ronda de risas que hacen que se me erice toda la piel.

—Ella me pidió que la ayudara a cruzar el río, pero no pudo seguir. Porque se quedó aquí demasiado tiempo. Porque comió bayas... —explico.

Le doy un manotazo a un cáliz y las gruesas bayas púrpura se desparraman por el suelo y son engullidas por las parras.

—¿Quieres decir cruzar? ¿Sin decírmelo? —pregunta Felicity en voz baja.

Pippa hace caso omiso de la ofensa de Fee. Clava sus ojos vacilantes en mí.

—¿Y ahora qué pasa? Fui salvada para cumplir un designio más alto.

Echo un vistazo a los rostros embelesados de las chicas. Wendy no está con ellas.

—¿Dónde está Wendy? —pregunto.

Veo un destello de miedo en los ojos de Mercy.

—Se fue —responde Pippa con frialdad.

«La próxima vez no será un conejo».

—¿También vas a decirme que se escapó de la jaula?

Pippa se encoge de hombros.

—Si eso te divierte...

—¡Dime dónde está! —grito y doy un manotazo contra el altar.

Pippa se lleva las manos a las caderas en una pose totalmente retadora.

—¿O qué?

—Pippa, basta —interviene Felicity.

—¿Ahora estás en su bando? —pregunta Pippa.

—Aquí no hay bandos —dice Ann—. ¿O sí?

—Ahora sí los hay —responde Pippa y la sangre me bombea más fuerte.

—Se llevó a Wendy a las Tierras Invernales —dice Mercy atropelladamente.

Bessie la abofetea con tanta fuerza en la boca que la tira al suelo.

—Eso es una maldita mentira, Mercy Paxton. ¡Retírala!

—A nadie le gustan los traidores, Mercy —la riñe Pippa.

La chica se encoge en el suelo. El castillo gime. Las parras están marchitas,

enfermas. Cuando se mueven parecen calcificarse. Una de ellas, tan dura como una piedra, repta por mi pie y a punto está de atraparlo. Me libero de ella de un tirón.

—Pippa —digo—, ¿qué has hecho?

—Lo que tú no harías. Pobre Gemma, siempre tan preocupada por su poder. Pues a mí no me preocupa.

—Pip, no habrás hecho un pacto con esas criaturas...

—¿Y qué si lo he hecho?

Felicity niega con la cabeza.

—No lo has hecho.

Pippa le acaricia el rostro suavemente.

—Me pidieron algo insignificante. Un sacrificio de algo que nadie echaría en falta. Les ofrecí ese estúpido conejo; eso es todo. ¡Y ya ves lo que nos han dado a cambio! —exclama y extiende los brazos, pero lo único que veo es un castillo derruido y asolado por las malas hierbas.

—Dime que no te la llevaste a las Tierras Invernales, que me equivoco al pensar lo contrario —le ruego.

—Te diré todo lo que quieras escuchar —contesta mientras se atiborra de bayas.

—¡Quiero la verdad!

Los ojos de Pip centellean. Sus dientes se han teñido de color negro azulado del zumo de las bayas.

—Ella. Era. Una. Carga.

Felicity se agarra el estómago.

—¡Oh, Dios!

—No, Fee, ya verás. Todo va a ser maravilloso. —Pippa sonrío coqueta a las otras—. ¿Debería deciros lo que el árbol me prometió? ¿Lo que vi después de hacer mi sacrificio? Vi cómo finalizaba el mandato de la Orden y daba comienzo algo nuevo —explica con la voz llena de asombro—. Sus días han concluido. Los nuestros están al alcance de la mano.

Las chicas se acercan y se sientan a sus pies, empujadas por la atracción de su certidumbre. Los rasgos de Pippa se convierten en una amalgama hipnótica del antes y después. Los pómulos delicados, la larga maraña de rizos negros y su delicada nariz siguen ahí. Sin embargo, sus ojos oscilan constantemente entre un violeta oscuro y un pavoroso blanco azulado rodeado por círculos oscuros. Ha adquirido una belleza nueva y salvaje; soy incapaz de apartar la vista de ella.

—Oí una voz susurrar dulcemente en mi cabeza: «Por ser tan especial, has sido elegida. Te encumbraré».

Esboza una radiante sonrisa acompañada de una risita. Un miedo frío se desliza por mi estómago.

—Yo soy la elegida. Yo soy el camino. Para seguirme tenéis que ser como yo.

Con dos dedos, Felicity gira suavemente el rostro de Pip hacia el suyo.

—Pip, ¿qué estás diciendo?

Pippa se libera de la caricia de Felicity y se acerca con resolución a Bessie. Le ofrece el cáliz de bayas.

—¿Me seguirías, Bessie?

—Sí, señorita —responde Bessie con voz ronca, y abre la boca obedientemente.

Sin apartar la mirada de Felicity, Pippa hace ademán de depositar una baya en la lengua anhelante de Bessie. Horrorizada, Felicity corre hacia ella, la agarra de la mano y logra que arroje la baya. Pippa la empuja y Felicity le devuelve un empujón más fuerte. Durante un instante, el rostro de Pip se contrae, pone los ojos en blanco y se le escapa un largo aullido semejante a una carcajada desquiciada. Sus extremidades se sacuden al caer al suelo, y su cuerpo se contrae en una danza de hermosa violencia.

—¡Pippa! —grita Felicity—. ¡Pippa!

Bessie y las chicas retroceden, asustadas. Finalmente, el ataque remite. Las manos agarrotadas de Pippa se relajan y yace en el suelo como una rama deforme. Poco a poco, Pip se sienta, respira con dificultad. Un hilillo de baba le cae por la boca; hay mugre en el pelo y en la parte del vestido donde se ha caído. Felicity la acuna.

—¿Qué-qué ha pasado? —se queja Pippa.

Intenta levantarse y se tambalea; sus piernas están tan débiles como las de un potro recién nacido.

—Shhh, has tenido un ataque —dice Felicity en voz baja mientras acompaña a Pip hasta el altar y la ayuda a sentarse.

A Pip le tiemblan los labios.

—No. Aquí no. Ahora no.

Extiende una mano hacia Bessie y le ofrece de nuevo una baya, pero Bessie se encoje ante su contacto. Las chicas de la fábrica se alejan de ella con el miedo reflejado en sus rostros.

—¡No! —gime Pip—. ¡Soy especial! ¡Soy la elegida! ¡No me abandonaréis!

Extiende las manos y nos envuelve un muro de fuego. El calor de las llamas me obliga a retroceder varios pasos. Esto no es un espectáculo de la linterna mágica, ni el truco de un ilusionista con la intención de asustar y entretener. Esto es real. Sea cual sea el poder que Pippa posee en su interior, tras su ataque epiléptico parece haberse convertido en algo nuevo y terrible.

Las chicas retroceden cada vez más, las llamas ensombrecen el terror y el sobrecogimiento de sus ojos, abiertos como platos. Una extraña sonrisa ilumina la cara redonda de Bessie, una mezcla de éxtasis y pavor. Caen de rodillas ante ella, entregada.

—¡Oh, señorita, has sido tocada por la mano de Dios!

De igual manera, Mae se postra ante ella.

—Sabía que nos liberarías de esos vampiros.

Hasta Mercy cae de rodillas, dominada por la fuerza del poder de Pippa.

—¡Lo hemos visto! ¡Todas lo hemos hecho! Ha sido un milagro. ¡Una auténtica

señal! —exclama Bessie con la pasión de los conversos.

—¿Una auténtica señal de qué? —pregunto.

—Es la prueba de que ella es la escogida, tal como ha dicho.

Las lágrimas resbalan por el rostro de Mae. Cree haber presenciado un milagro, y no puedo decir lo contrario.

Felicity agarra con fuerza a Pip del brazo.

—Ha sido un ataque. Tienes que decírselo.

Cuando Pip estaba viva también yo presencié uno de sus ataques epilépticos. La furia del mismo fue sobrecogedora, aunque nada comparado con éste.

Pippa extiende sus brazos.

—Os llevaré a la gloria. ¿Quién me seguirá?

—¡Tienes que decirles la verdad! —sisea Felicity.

—Cierra la boca —ordena Mae y en sus ojos veo una devoción capaz de matar.

—¡No des órdenes por mí! —espeta Pippa—. Todo el mundo da órdenes por mí.

Felicity la mira como si le hubiera golpeado con fuerza. Pip se deshace de ella y se pasea entre las chicas de la fábrica, quienes alzan las manos para tocarla. Pippa las bendice con una delicada imposición de manos y las chicas gritan de felicidad, deseosas de ser bendecidas. Pippa nos observa, con lágrimas en los ojos, y una sonrisa que es el vivo retrato de la inocencia.

—Así estaba dispuesto. ¡Todo estaba predestinado! Por eso no pude cruzar —dice—. ¿Cómo si no se explica por qué la magia ha crecido en mi interior?

—Pip —empiezo a decir, pero no acabo la frase; ¿y si después de todo tiene razón?

—Has tenido un ataque —dice Fee y niega con la cabeza.

—Fue una visión, ¡como las de Gemma! —grita Pippa.

Felicity abofetea a Pippa y Pip le devuelve la bofetada con la ferocidad de un animal acorralado.

—Te arrepentirás de esto.

Las chicas de la fábrica se echan encima de Felicity, de Ann y de mí, y nos sujetan los brazos a la espalda hasta que nos vemos obligadas a doblegarnos. Podría probar con la magia. Podría. Intento invocarla y veo a Circe mentalmente. De inmediato, jadeo en busca de aire, horrorizada y mareada.

—¡También yo he llegado a sentir eso, Gemma! —grita Pippa—. No vuelvas a intentarlo.

—Incrédulas —escupe Bessie y su saliva aterriza como una mancha desagradable en la mejilla de Fee.

Nos empujan afuera, sujetándonos con fuerza. Pip desata su furia con un nuevo círculo de fuego que hace que me ardan y me escuezan los ojos.

Si Pippa se ha coronado a sí misma como reina, es muy probable que Bessie se haya nombrado a sí misma segunda al mando.

—Señora Pippa, haremos todo cuanto desees. Será dicho y hecho.

—Durante toda la vida han dado órdenes por mí. Ahora seré yo quien las dé.

Nunca he visto a Felicity tan herida.

—No a mí —dice—. Nunca acataré una orden tuya.

—Oh, Fee.

La antigua Pippa sale a la superficie durante un instante, esperanzada e infantil. Tira de Felicity hacia ella. Algo incalificable pasa entre ellas, y luego los labios de Pip se funden con los de Fee en un beso profundo, como si la una se nutriera de la otra, con los dedos entrelazados en la cabellera la una de la otra. De repente, comprendo lo que siempre debo de haber sabido de ellas: sus conversaciones privadas, sus abrazos, la ternura de su amistad. Ese mero pensamiento hace que me sonroje hasta las orejas. ¿Cómo no he sido capaz de darme cuenta antes?

Felicity se aparta, con las mejillas ardiendo, aunque aún perdura en ella la violenta pasión de ese beso. Pip la agarra del brazo.

—¿Por qué siempre te acabas marchando? Siempre acabas dejándome.

—No es verdad —responde Felicity con una voz rasposa por el humo.

—¿No te das cuenta? Aquí seremos libres para hacer cuanto deseemos.

A Felicity le tiemblan los labios.

—Pero yo no puedo quedarme.

—Sí que puedes. Y sabes cómo.

Felicity niega con la cabeza.

—No puedo. Así no.

Pippa habla con un tono de voz bajo y mesurado.

—Dijiste que me querías. ¿Por qué no comes las bayas y te quedas conmigo?

—Lo haré —susurra Felicity—. Pero...

—¿Qué harás? —quiere saber Pippa—. ¿Por qué no lo dices?

—Lo... haré —responde Felicity con gran dificultad.

Pip suelta el brazo de Felicity. Sus ojos se llenan de lágrimas furiosas.

—Ha llegado el momento de tomar una decisión, Fee. O estás conmigo o contra mí.

Pippa abre la mano. Las bayas aguardan, gordezuelas y maduras. Apenas puedo respirar. El rostro de Felicity trasluce su tormento: su afecto y su orgullo enfrentados en una cruel batalla. Contempla las bayas durante largo rato, ni las acepta ni las rechaza, y advierto que su silencio es su respuesta. No canjeará una trampa por la otra.

Los ojos de Pippa están anegados en lágrimas. Cierra la mano sobre las bayas, apretándolas con tanta fuerza que el zumo negro azulado resbala por los nudillos hasta caer al suelo, y me asusta pensar lo que puede ser capaz de hacer con nosotras.

—Dejémoslas marchar. No necesitamos descreídas entre nosotras —dice al fin. Aparta las llamas para nosotras—. Id, pues. Marchaos.

La única salida es atravesar el fuego, y no hay certeza alguna de que Pippa no nos reducirá a cenizas al atravesarlo. Trago saliva y conduzco a Ann y a Felicity por el

pasillo de llamas.

Pippa canta en voz alta, furiosa.

—«Oh, tengo un amor, un verdadero, verdadero amor, y mi verdadero amor sigue aguardándome...».

Antes la consideraba una alegre y sencilla tonada, pero ahora me produce escalofríos. Es una canción desesperada. Una a una, las chicas se le unen, sus voces resuenan con mayor fuerza hasta que los sollozos de Fee quedan completamente ahogados por ellas. No me atrevo a mirar atrás hasta que atravesamos el muro de zarzas en el sendero que lleva al jardín. Cuando lo hago, Pippa y sus acólitas, tras las llamas, se asemejan a carbones incandescentes, a punto de convertirse en cenizas.

Felicity no nos habla. En cuanto regresamos a Spence, sube las escaleras a trompicones y agarrada a la barandilla como si fuera la última cosa que la atara a la tierra. Ann y yo no hablamos de lo sucedido. La noche parece dura y pesada y ninguna palabra puede aligerarla. Sólo cuando Ann se reúne con Cecily para bordar me decido a ir al dormitorio de Felicity. La encuentro tendida en la cama, tan quieta que temo que esté muerta.

—¿Por qué fuiste? —Su voz es una sombra de sí misma—. ¿Fuiste para ver a una degenerada? —Se vuelve hacia mí con el rostro manchado de lágrimas. En una mano aprieta el guante de Pippa—. Lo leo en tus ojos, Gemma. Vamos, dilo. Soy una degenerada. Mis afectos son antinaturales.

Abro la boca pero no encuentro las palabras adecuadas.

—¡Dilo! ¡Dime lo que deseas decirme, lo que todo el mundo sospecha!

—Nunca lo sospeché. De verdad.

Respira con dificultad. Le moquea la nariz. Algunos mechones se le han humedecido y se le adhieren a las mejillas. No volverá a mirarme a la cara.

—Pero ahora ya lo sabes y me desprecias por ello.

¿Es eso cierto? No. Lo que siento es un tanto confuso. Tengo preguntas que todavía no sé cómo formular: ¿siempre ha sido así? ¿Siente lo mismo por mí? Me he desvestido delante de ella. Ella ya me ha visto. Y yo la he visto a ella, me he fijado en su belleza. ¿Albergo esos sentimientos secretos por Felicity? ¿Soy igual que ella? Y si lo fuera, ¿cómo lo sabría?

Felicity se atraviesa en la cama y se atraganta con las lágrimas. Su cuerpo se estremece al sollozar. Extiendo una mano nerviosa y la toco, dejando que mi palma descansa en su espalda. Debería decir algo, pero estoy hecha un lío. Así que pronuncio las únicas palabras que me acuden a la mente.

—Volverás a enamorarte, Fee.

Felicity comprime el rostro contra la almohada y balancea la cabeza hacia adelante y atrás.

—No. No lo haré. No como ahora.

—Shhh...

—Nunca como ahora.

Se deja vencer por sus propios sollozos. Le sobrevienen en violentas oleadas. No hay nada que hacer excepto dejar que se desahogue. Al fin, la manera decrece. Se tumba junto a mí, sin fuerzas y llorosa, agotada por completo. Las largas sombras del anochecer trepan por las paredes y se acercan cada vez más. Poco a poco, se ciernen del todo sobre nosotras, sumiéndonos en un silencio propio de la noche. En la difusa penumbra del atardecer, no somos más que siluetas de nosotras mismas, reducidas a

nuestra propia esencia. Me tumbo junto a ella. Coge mis dedos con su palma húmeda. No me los suelta y yo no los retiro; al menos hemos avanzado algo. Seguimos acostadas, atadas la una a la otra por la frágil promesa de nuestros dedos mientras la noche se envalentona. Impertérrita, abre la boca y nos engulle enteras.

El tren echa humo mientras atraviesa la campiña de camino a Londres. He dejado la badana en la hiedra junto con una nota para Kartik en la que le explico lo sucedido a mi padre y le prometo regresar cuanto antes. También he dejado sendas notas a Felicity y a Ann. Descorazonada, paso del carruaje al tren y de éste a otro carruaje hasta que al fin diviso nuestra calle.

Nuestra casa de Belgravia está oscura y silenciosa. El doctor Hamilton ha acudido. Tom y él hablan entre susurros en el vestíbulo mientras la abuela y yo permanecemos sentadas en el salón, contemplando una lumbre innecesaria. La casa ya está desagradablemente caldeada, pero la abuela ha insistido en ello. En su mano, el pañuelo de mi padre, abierto del todo como una flor iracunda. En un campo de un blanco prístino hay una pequeña mancha de sangre.

Tom entra en silencio con los hombros hundidos. Cierra la puerta tras él y el silencio que se cierne sobre nosotros me resulta insoportable.

—¿Tom? —digo.

Se sienta junto al fuego.

—Tuberculosis. Apenas le quedan unos meses.

—¿Unos meses? —pregunto.

—Sí —responde Tom.

No es culpa mía. Es por la bebida y el láudano y el opio y su maldito rechazo a vivir. Su pena orgullosa. Yo creía que podría cambiarlo con ayuda de la magia, pero no puedo. La gente es lo que es, y no hay suficiente magia en el mundo para cambiar eso.

La abuela dobla el pañuelo de Padre una y otra vez, plegándolo en cuidadosos cuadrados que ocultan la mancha.

—Ese clima infernal de la India.

—No ha sido por el clima. No finja —digo.

Tom me advierte con la mirada.

La abuela prosigue con su parloteo.

—Le dije que regresara a Inglaterra. La India no es un lugar adecuado para un inglés. Hace demasiado calor...

Salto de la silla.

—¡No ha sido por el maldito tiempo!

Sorprendidos, guardan silencio. Debería callarme. Disculparme por mi arrebató. Reconciliarme. Maldecir el clima. Pero no puedo. Algo en mí se ha abierto camino y no puedo devolverlo a su lugar correspondiente.

—¿Sabíais que había vuelto a tomar láudano? ¿Que no podía dejarlo? ¿Que nuestras buenas intenciones nunca han sido ni remotamente tan poderosas como su

voluntad de morir?

—Gemma, por favor —replica Tom.

—No, Thomas. ¿Es ésta la vida que quieres para mí? ¿Ser como tú? ¿Que lleve los ojos vendados y hable de naderías y beba té aguado con personas que harían cualquier cosa por ocultar la verdad, sobre todo a sí mismos? Pues bien, ¡no lo haré! Y no volveré a mentir por ti nunca más.

La abuela presiona el pulgar contra el blanco puro del pañuelo doblado, apretándolo para que no se desdoble. De repente parece pequeña y frágil. Me avergüenza haber sido tan desconsiderada con ella y aún me avergüenza más odiarla por su fragilidad. Al salir hecha una furia de la habitación, escucho su voz, débil e insegura.

—Es por el clima.

Tom me alcanza en las escaleras y me lleva hasta la biblioteca. Los libros de Padre nos observan desde lo alto de sus estanterías.

—Gemma, eso ha sido muy desconsiderado de tu parte.

La sangre deja de bullirme y mi rabia es aplacada por el remordimiento, pero no le daré a Tom la satisfacción de averiguarlo. Cojo un libro de las estanterías de mi padre y, tras tomar asiento en una silla bastante incómoda, lo abro por la portada. *El infierno* de Dante Alighieri.

—La salud de Padre no es el único motivo por el que te he mandado llamar. Tu conducta en el baile fue... —La voz se le extingue—. Espantosa.

«No tienes ni idea, Tom». Paso la página, fingiendo un apasionante interés.

—Desde que llegamos a Inglaterra has tenido un comportamiento rebelde y difícil. Sólo se precisa una simple infracción, cierto tufillo a escándalo, para arruinar para siempre tu reputación y tus oportunidades en la vida.

La rabia se abre camino entre las constricciones de la vergüenza.

—Mi reputación —contesto fríamente—. ¿Eso es cuanto soy?

—La reputación de una mujer es su patrimonio, Gemma.

Paso una página con fuerza y ésta se rasga levemente.

—Eso es injusto.

Tom quita el tapón de un decantador de cristal y escancia un chorrito en un vaso.

—Así son las cosas. Puedes odiarme por hablarte así, pero ésa es la verdad. ¿Ya no recuerdas cómo murió nuestra madre? Aún estaría aquí y Padre no habría enfermado y nada de todo esto habría sucedido si ella se hubiera limitado a seguir las normas de la sociedad de su tiempo.

—Quizá le resultara imposible. Quizá no pudiera llevar un corsé tan apretado.

Quizá yo sea igual.

—Las reglas no tienen por qué gustarte. Pero es necesario mantenerse fiel a ellas. Eso es lo que caracteriza a la civilización. ¿Crees que estoy de acuerdo con todas las reglas del Hospital Bethlem o con todas las decisiones que toman mis superiores? ¿Crees que no preferiría hacer lo que me viniera en gana? —Da un sorbo a su bebida

espirituosa y hace una mueca al tragar—. No tenía ningún control sobre nuestra madre pero sí lo tengo sobre ti. No permitiré que sigas el mismo camino.

—¿No lo permitirás? —replico—. No creo que tengas voz ni voto en mi vida.

—Te equivocas en ese punto. Con nuestro padre enfermo, recae en mí la responsabilidad de ser tu tutor y, efectivamente, intento asumir mi papel con suma seriedad.

Un nuevo temor brota en mi interior. Durante todo este tiempo he estado preocupada por lo que podrían hacerme la Orden, los Rakshana y las criaturas de las Tierras Invernales. Y me había olvidado de los verdaderos problemas a los que tengo que enfrentarme aquí, en mi propio mundo.

—No volverás a Spence. Obviamente, la Academia Spence para señoritas ha sido un gran error. Te quedarás aquí hasta tu presentación en sociedad.

—Pero allí tengo a mis amigas...

Tom se gira hacia mí.

—La señorita Bradshaw, una mentirosa pelagatos, y la señorita Worthington, de dudosa virtud. Un elegante grupito de amigas. Aquí conocerás a la clase de chicas apropiadas.

Me pongo de pie.

—¿La clase apropiada? He conocido a montones de ellas, y te aseguro que son tan poco profundas como una taza de té. Y, en cuanto a mis amigas, tú no las conoces, así que te agradecería que no hablaras de ellas.

—Y yo te agradecería que bajaras la voz —sisea Tom mirando hacia la puerta.

«Sí, ya sé que no quieres que la servidumbre se entere de nuestros asuntos. No te gustaría que supieran que tengo una mente y una boca con la que hacerme escuchar».

—Entonces, ¿tan poco te importa tu propia familia? ¿Te trae sin cuidado que la señorita Bradshaw me pusiera en ridículo a mí, y también a ti, con su engaño?

—¡Su engaño! Tú sólo te interesaste por ella en cuanto oíste que tenía una fortuna.

Tom se escancia otro chorrito de licor.

—Un hombre de mi posición tiene que pensar en ese tipo de cosas.

—Ella te tenía en gran estima, ¡y tú fuiste mezquino con ella! ¿Acaso sólo las damas como yo, las privilegiadas, necesitamos que nos protejan, Thomas?

Sus ojos se abren como platos.

—¿Y por estar de su parte te pondrás en mi contra, en contra de tu propia sangre?

La sangre pesa más que el agua. Eso es lo que se dice. Pero, en realidad, muchas otras cosas pesan más.

Tom se encoge de hombros.

—Lo creas o no, Gemma, lo que me importa es tu bienestar —asegura.

—En ese caso, Thomas, deja que regrese a Spence.

Da un sorbo a su bebida.

—No. Seguiré los buenos consejos de lord Denby y te quedarás aquí, donde

pueda vigilarte.

Arrojo el libro a un lado.

—¡Lord Denby! ¡Lo sabía! Todo esto es obra de los Rakshana, ¿verdad? Todavía quieren tenerme controlada.

Tom me apunta con un dedo acusador.

—Ésa es exactamente la clase de comportamiento a la que me refiero. Escúchate a ti misma, ¡parloteando de cosas que carecen completamente de sentido!

—¿Niegas que te has unido a los Rakshana? Si es así, dime el nombre de tu club de caballeros.

—No tengo por qué contarte nada de eso. Es un club de caballeros, y tú no eres un caballero, aunque no dudo de que, si pudieras, también tú llevarías pantalones.

Decido hacer caso omiso de su pulla.

—¡Llevas el alfiler de los Rakshana! —digo y señalo la insignia que lleva en la solapa de una calavera con una espada.

—Gemma —gruñe Tom—, ¡no es más que un alfiler! No tiene nada de malévolo.

—No te creo.

Tom da vueltas a su vaso y el cristal biselado atrapa la luz y espectros de color danzan en la pared.

—Puedes creerme o no, pero ésa es la verdad.

—Entonces, ¿cómo se llama tu club?

La sonrisa sarcástica desaparece del rostro de mi hermano.

—Basta ya, Gemma. Eso es asunto mío.

Pertenece a los Rakshana. Estoy segura. Quieren tenerme prisionera hasta que entregue la magia, y han reclutado a mi hermano para llevar a cabo sus propósitos.

Tom se mete los puños en los bolsillos.

—Tú y yo, Gemma, tenemos que seguir adelante. No puedo permitirme el lujo de enamorarme. Tengo que hacer un buen casamiento. Y ahora también tengo que cuidar de ti. Es mi deber.

—Qué noble —refunfuño.

—Una bonita manera de darme las gracias.

—Si lo que quieres es sufrir, hazlo por tu propia voluntad y no en mi nombre. Ni en el de Padre ni en el de la abuela ni en el de nadie. Eres un médico excelente, Thomas. ¿Por qué no te basta con eso?

Tensa la mandíbula. Un infantil mechón de pelo le cae sobre los ojos, ensombreciéndolos.

—Porque no lo es —dice con un candor poco frecuente—. ¿Sólo esto y la esperanza de nada más? ¿Una apacible respetabilidad sin grandezas ni heroísmos, y solamente mi reputación como carta de recomendación? Ya lo ves, Gemma, no eres la única que no puede gobernar su propia vida.

Echa la cabeza hacia atrás y apura su vaso de licor. Es demasiado líquido y podría tener un acceso de tos, pero logra contenerlo. No verá la luz ni la menor muestra de

vulnerabilidad. Ni siquiera una tos.

Me alejo hasta la ventana. Hay un carruaje esperando fuera. No es el nuestro, pero lo reconozco. Las cortinas negras, la apariencia fúnebre. Arde una cerilla que alumbraba un cigarrillo. Fowlson.

Tom está a mi lado.

—Ah, mi cochero. Esta noche tengo un compromiso realmente importante, Gemma. Confío en que no quemarás la casa en mi ausencia.

—Tom —digo mientras le sigo escaleras abajo hasta el recibidor—, por favor, no vayas al club esta noche. Quédate aquí conmigo. ¡Podemos jugar a cartas!

Tom se echa a reír y se pone el abrigo.

—¡Cartas! ¡Qué emocionante!

—Muy bien. No tenemos por qué jugar a cartas. Quizá podríamos...

¿Qué? ¿Qué hemos compartido mi hermano y yo aparte de unos cuantos juegos en nuestra infancia? Es muy poco lo que nos mantiene unidos, aparte de una triste historia. Tom aún espera mi oferta, pero no tengo nada que ofrecerle.

—Pues, entonces, me voy.

Coge su sombrero, es muestra de estúpida afectación, y se estudia en el espejo que hay al lado de la puerta. Lo único que me queda es arriesgarme a decir la verdad.

—Tom, sé que al decirte esto te recordaré a unos de tus pacientes de Bedlam, pero, por favor, escúchame hasta el final. No debes ir a esa cita de esta noche. Creo que tu vida corre peligro. Sé que te has unido a los Rakshana... —Tom intenta replicar pero levanto la mano—. Lo sé. Los caballeros que conforman tu club no son lo que imaginas, Tom. Hace siglos que existen. No se puede confiar en ellos.

Tom duda durante unos segundos. Lo único que espero es haberle convencido. Estalla en carcajadas y aplaude.

—¡Bravo, Gemma! Sin duda, ésta es la mejor historieta que te has inventado. Creo que quien está en peligro no soy yo, sino *sir* Arthur Conan Doyle, puesto que tus relatos superan a los suyos en intriga y viles hazañas. —Lo agarro del brazo y se zafa de él—. ¡Cuidado con el abrigo! Mi sastre es un buen hombre pero también un carero.

—Tom, por favor. Tienes que creerme. No es una historieta. Ellos no te quieren a ti; me quieren a mí. Tengo algo que ellos quieren, algo por lo que harían cualquier cosa para obtenerlo. Y te están utilizando para llegar hasta mí.

Un terrible destello de dolor se refleja en los ojos de Tom.

—Eres igual que Padre, ¿no es así? Siempre estás dudando de mí. Después de todo, ¿por qué alguien querría a Thomas Doyle, quien no es más que una decepción constante para su padre?

—Yo no he dicho eso...

—No, pero lo piensas.

—No, te equivocas.

—Sí, siempre me equivoco. Ése es mi gran problema. Pero no esta noche. Esta

noche me convertiré en parte de algo más importante que yo. Y me lo pidieron ellos, Gemma. Ellos me querían a mí. No espero que te alegres por mí, pero al menos podrías permitirme disfrutar de mi felicidad.

—Tom... —le suplico mientras lo observo dirigirse hacia la puerta.

La criada la mantiene abierta y desvía los ojos de nuestra discusión.

—Y, por última vez, te repito que no sé qué significa todo ese asunto de los Rakshana. Jamás he oído hablar de ellos. —Se envuelve la bufanda al cuello con estilo—. Espero que pases una buena noche, Gemma. Y, por favor, mantente alejada de esos libros que devoras con tanto ahínco. Te están metiendo demasiadas historias fantásticas en la cabeza.

Tom baja a grandes zancadas el trayecto que hay hasta el carruaje. Fowlson le ofrece una mano al subir, pero su malvada sonrisa es sólo para mí.

El dormitorio de mi padre sólo está iluminado por la lamparilla que hay junto a su cama. Su respiración es irregular pero tranquila. El doctor Hamilton le ha dado morfina. Es extraño cómo una droga puede a la vez ser causa de tormento y alivio.

—Hola, cielo —me saluda con voz somnolienta.

—Hola, padre.

Me siento junto a su lado de la cama. Alarga una mano y se la cojo.

—El doctor Hamilton ha estado aquí —me explica.

—Sí, lo sé.

—Sí. —Cierra los ojos durante unos instantes y luego se despierta sobresaltado—. Creo... creo que he visto a ese tigre. El viejo amigo ha vuelto.

—No —digo en voz baja mientras me enjugo las mejillas—. No hay ningún tigre, papá.

Señala a la pared.

—¿No ves su sombra ahí? —Lo único que hay es la tenebrosa silueta del brazo levantado de mi padre—. Le disparé, ya lo sabes.

—No, padre —contesto.

Está tiritando. Le subo las sábanas hasta el cuello, pero vuelve a apartarlas de sí en su delirio.

—Estaba ahí fuera, ¿sabes? Yo no podía vivir... con esa amenaza. Creía haberlo matado, pero ha vuelto. Me ha encontrado.

Le seco la frente con un paño húmedo.

—Shhh.

Sus ojos encuentran los míos.

—Me estoy muriendo.

—No. Sólo necesita descansar.

Lágrimas calientes me resbalan ardiendo por las mejillas. ¿Por qué estamos obligados a mentir? ¿Por qué la verdad es tan luminosa que nuestras almas son incapaces de tolerarla?

—Descansar —murmura y cae en otro duermevela adulterado por las drogas—. El tigre se acerca...

Si yo fuera más valiente, si creyera que la verdad no nos cegaría para siempre, le preguntaría lo que tanto he anhelado preguntarle desde que mi madre murió: ¿por qué su dolor fue más poderoso que su amor? ¿Por qué no puede encontrar a este último en su interior para contraatacar?

¿Por qué no le basta con vivir por mí?

—Duerma, papá. Deje que esta noche el tigre se vaya.

Sola en mi habitación, ruego a Wilhelmina Wyatt que se me aparezca una vez más.

—Circe tiene la daga. Necesito tu ayuda —digo—. Por favor.

Pero no acude a mi llamada, así que me duermo y sueño.

Bajo la sombra de un árbol, la pequeña Mina Wyatt se sienta a dibujar el ala este de la academia, junto a la sombra de la boca de una gárgola. Sarah Rees-Toome le tapa el sol y Mina frunce el ceño. Sarah se acucilla a su lado.

—¿Qué ves cuando miras en la oscuridad, Mina?

Con timidez, Mina le muestra los dibujos que tiene escondidos en su libro. Rastreadores. Muertos. Las criaturas pálidas que viven en las rocas. Y, finalmente, el Árbol de Todas las Almas.

Con ternura, Sarah recorre los dedos por él.

—Es realmente poderoso, ¿verdad? Por eso no quieren que sepamos nada de él.

Mina echa un rápido vistazo a Eugenia Spence y a la señora Nightwing, que juegan al *croquet* en el césped. Asiente con la cabeza.

—¿Puedes enseñarme cómo llegar? —pregunta Sarah.

Wilhelmina niega con la cabeza.

—¿Por qué no?

«Se quedará contigo», garabatea.

De repente, estoy en el bosque de las Tierras Invernales donde los condenados penden de árboles yermos. Las parras los sujetan con fuerza del cuello; les cuelgan los pies. Uno de ellos se resiste y las ramas puntiagudas se le clavan en la carne para sujetarla.

—Ayúdame —suplica con un murmullo estrangulado.

La niebla se disipa y veo su rostro volverse gris.

Circe.

Llevo encerrada en nuestra casa de Londres dos insoportables días, sin poder ponerme en contacto con Kartik, Ann o Felicity. No sé qué sucede en los reinos y estoy enferma de preocupación. Sin embargo, cada vez que reúno el valor suficiente para convocar la magia, recuerdo la advertencia de Circe en cuanto a que la magia ha cambiado, la hemos compartido, y que podría haberse unido a algo oscuro e impredecible. Las esquinas de la habitación parecen crecer amenazadoramente y formar sombras que no soy capaz de controlar, así que empujo el poder hacia abajo, lo alejo cuanto puedo de mí y, temblando, me arrastro hasta la cama.

Sin ningún plan de escape a la vista, me resigno a llevar la vida de una joven dama mimada de la sociedad londinense mientras la abuela y yo vamos de visita. Bebemos té que, para mi gusto, es demasiado flojo y nunca está lo bastante caliente. Las señoras matan el tiempo con chismes y rumores. Eso es lo que tienen en lugar de libertad: tiempo y cotilleos. Sus vidas son insignificantes y prudentes. Yo no deseo vivir así. Quisiera marcarme mi propio camino. Expresar opiniones que pueden no ser educadas ni correctas pero que, no obstante, son mías. Y si me tienen que colgar por algo, quisiera sentir que voy a la horca por propia voluntad.

Paso las noches leyendo a mi padre. Su salud mejora levemente —es capaz de sentarse ante su escritorio en compañía de sus mapas y libros— pero no volverá a ser el mismo de antes. Se ha decidido que, después de mi presentación en sociedad, mi padre se establecerá en un lugar con un clima más cálido. Todos estamos de acuerdo en que eso le ayudará a recobrar la vitalidad. «Sol caliente y una atmósfera cálida, eso es lo que necesita», decimos con una sonrisa forzada. Lo que no nos atrevemos a decir se filtra por los cimientos de la casa hasta que parece susurrarnos la verdad a través de su silencio: «Se está muriendo. Se está muriendo. Se está muriendo».

Al tercer día, a punto de volverme loca de preocupación, la abuela anuncia que tenemos que asistir a una recepción al aire libre en honor de Lucy Fairchild. Insisto en que no me encuentro bien y que debería quedarme en casa —puesto que a lo mejor puedo escabullirme hasta la estación Victoria e ir en tren a la academia mientras ella está fuera—, pero la abuela no me hace ni caso, así que nos presentamos en los jardines de Mayfair, que están repletos de todo tipo de bellezas inimaginables.

Observo a Lucy, sentada sola en un banco, bajo un sauce. Con el corazón en un puño, me siento junto a ella. Y Lucy me ignora.

—Señorita Fairchild, yo... quisiera explicarle la conducta de Simon en el baile —digo.

Tiene la buena educación de sentarse completamente erguida. Controla su malhumor con tanto ahínco como hace con las riendas de su caballo.

—Siga.

—Puede que esa noche le pareciera que el señor Middleton se mostraba demasiado familiar conmigo, pero le aseguro que no fue así. En verdad, cuando mi carabina se ausentó unos instantes, un caballero que no conocía, y que había bebido demasiado, me hizo la corte hasta el punto de ser indecoroso.

«Créeme... por favor, créeme...».

—Naturalmente, como estaba sola, me asusté mucho —miento—. Pero, por suerte, el señor Middleton vio mi dilema y, como nuestras familias son viejas amigas, de inmediato tomó cartas en el asunto sin pensar en las consecuencias. Ésa es la clase de hombre que es. Pensé que usted debía conocer las verdaderas circunstancias antes de dictaminar sentencia.

Poco a poco, su rostro se muestra menos afligido. Un tímido atisbo de esperanza fuerza a sus labios a esbozar una sonrisa.

—Ayer me envió unas flores realmente hermosas. Y una ingeniosa caja de plata con un compartimiento secreto.

—Un lugar para guardar sus secretos —digo reprimiendo una sonrisa.

Sus ojos se iluminan.

—¡Eso es lo que dijo Simon! Me dijo que sin mí no es nada. —Se lleva una mano a la boca—. Quizá no debería de haberle contado a usted un sentimiento tan íntimo.

Me remuerde la conciencia al escuchar ese comentario y, sin embargo, no me remuerde tanto como debiera. Simon y Lucy son muy parecidos. Les gustan las cosas agradables y despreocupadas. Yo no soportaría semejante acuerdo, aunque sí parece adecuarse a ellos.

—Estuvo muy bien que hiciera eso —le aseguro.

Lucy juguetea con el broche que Simon le regaló, el que en una ocasión también me regaló a mí.

—Tengo entendido que ustedes dos estaban muy... unidos.

—Yo no era la chica más apropiada para él —contesto sorprendida, al darme cuenta de que no se trata de una mentira—. Me atrevería a decir que nunca lo he visto tan feliz como cuando está en su compañía. Espero que juntos logren encontrar la felicidad.

—Si es que lo perdono —dice sacando de nuevo su orgullo.

—Así es. Y eso depende únicamente de usted —respondo.

Y mi respuesta es mucho más cierta de lo que ella es consciente, ya que no puedo cambiar lo que ha sucedido. Ése es el camino que se halla detrás de nosotros y sólo podemos tomar el que tenemos delante.

Lucy se pone en pie. Nuestra charla ha concluido.

—Gracias, señorita Doyle. Ha sido muy amable de su parte al hablar conmigo.

No me extiende su mano al despedirse, aunque tampoco esperaba que lo hiciera.

—Y ha sido muy amable de su parte permitírmelo.

Por la noche, Tom vuelve a marcharse al club. Trato de convencerlo de lo contrario, pero se niega a hablar conmigo. La abuela está con sus amigas jugando al bacará. Así que me siento en mi habitación, sola, e intento urdir un plan para regresar a la academia y a los reinos.

—Gemma.

Estoy a punto de gritar cuando un hombre sale de detrás de mis cortinas y, al comprobar que se trata de Kartik, me siento desbordada de alegría.

—¿Cómo has conseguido venir hasta aquí?

—Cogí prestado un caballo de Spence —explica—. Bueno, en realidad lo robé. Como no volvías...

Cubro su boca con la mía y lo acallo con un beso.

Nos tendemos el uno junto al otro en la cama, con mi cabeza recostada en su pecho. Escucho cómo retumba su corazón, fuerte y seguro. Sus dedos trazan figuras en mi espalda. Su otra mano se entrelaza con la mía.

—No lo entiendo —digo y disfruto de la calidez de sus dedos que recorren mi columna vertebral arriba y abajo—. ¿Por qué no me ha indicado cómo salvar a Eugenia?

—¿Y si Wilhelmina hubiera estado ayudando a Circe? Tú misma dijiste que estaban muy unidas —sugiere Kartik mientras me besa la coronilla.

—¿Por qué traicionaría a la Orden y a Eugenia? —pregunto—. No tiene sentido. Nada de esto lo tiene. —Suspiro—. La llave contiene la verdad. Es una frase recurrente en mis sueños, en mis visiones, en el libro de Wilhelmina. Pero ¿qué significa?

—¿No había ninguna llave en la bolsa de cuero junto a la daga? —quiere saber Kartik.

—No. Yo creía que a lo mejor el libro era la llave. —Niego con la cabeza—. Pero no estoy segura de eso. Creo que...

Rememoro las imágenes que Wilhelmina dibujó en *Una historia de las sociedades secretas*. El objeto oculto. Los guardianes de la noche. La torre. Los he descifrado todos excepto uno: la estancia con el cuadro de los barcos.

—¿Sí? —me insta a continuar con una mano deambulando por mi pecho.

—Creo que podría tratarse de un lugar —respondo y alzo la cabeza para besarlo.

Se mueve para ponerse encima de mí y acepto el peso de su cuerpo. Sus manos se deslizan por mi torso y las mías presionan su amplia espalda. Su lengua lleva a cabo pequeñas incursiones en mi boca.

Alguien llama a la puerta. Presa del pánico, aparto a Kartik.

—¡Los cortinajes! —susurro.

Se oculta tras las cortinas mientras me doy prisa por arreglarme la ropa. Me tumbo en la cama con un libro en la mano.

—Adelante —grito y la señora Jones entra en el cuarto—. Buenas noches —
contesto mientras le doy la vuelta al libro que tenía boca abajo.

Noto las mejillas ardiendo. El corazón me late con fuerza en los oídos.

—Ha llegado un paquete para usted, señorita.

—¿Un paquete? ¿A estas horas?

—Sí, señorita. Un chico lo acaba de traer.

Me entrega una caja envuelta en papel marrón y atada toscamente con un cordel.
No hay ningún nombre escrito en ella ni la acompaña ninguna nota.

—Gracias —digo—. Creo que voy a acostarme. Estoy muy cansada.

—Como usted diga, señorita.

La puerta se cierra con un chasquido y echo el pestillo con un sonoro suspiro de
alivio.

Kartik se me acerca por detrás y me rodea la cintura con sus manos.

—Será mejor que la abras —dice y lo obedezco.

La caja contiene el ridículo sombrero de Tom y una nota.

Querida señorita Doyle: Usted posee algo de gran valor para nosotros. Y, ahora, también nosotros
poseemos algo de gran valor para usted.

Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo amistoso. No se deje llevar por la tentación de emplear
la magia contra nosotros. En caso contrario, y lo sabríamos enseguida, su hermano morirá. El señor
Fowlson está en la esquina. No lo haga esperar.

Los Rakshana tienen a Tom.

Los Rakshana quieren apoderarse de mi magia y, si se la niego, matarán a mi
hermano. ¿Y si intento recurrir a mi poder para salvar a Tom? Ya no puedo decir que
sea sólo mi poder, y puede que haga más mal que bien. Lo único de lo que dispongo
esta noche es de mi ingenio y, ahora mismo, me parece de muy poca ayuda. Sin
embargo, y de momento, es la única esperanza que me queda.

—Voy contigo —insiste Kartik.

—Harás que te maten —replico.

—Es un buen día para morir —contesta y el estómago me da un vuelco.

—No digas eso —respondo mientras pongo mis dedos en sus labios.

Kartik me besa los dedos y luego la boca.

—Voy contigo.

Fowlson me aguarda en su elegante carruaje. Lanza una moneda al aire y la caza al vuelo una y otra vez. Al verme llegar, atrapa la moneda en el brazo de un manotazo.

—Aggg, mira esto: cruz. Mala suerte, cielo.

Me abre la puerta del carruaje y veo a Kartik dirigirse a hurtadillas hacia la parte de atrás.

—Dime, Fowlson, ¿siempre haces lo que te ordenan? ¿Y para cuándo recompensarán todos tus esfuerzos? ¿O siempre será así: ellos participando del festín y tú haciendo el trabajo sucio?

—Me recompensaran en su momento —responde y se saca del bolsillo una venda.

—Sin duda es por ese motivo por el que estás aquí en lugar de sentado con ellos. Necesitaban un cochero.

—¡Cállate!

Me lanza una mirada iracunda, aunque hay un atisbo de duda en sus ojos, el primero que descubro en él.

—Te haré una oferta, Fowlson. Ayúdame, y te llevaré a los reinos.

Se echa a reír.

—En cuanto la magia sea nuestra, iré allí todas las veces que quiera. No, no creo que esta noche haga ningún trato contigo, cielo.

Me ata la venda alrededor de los ojos y la aprieta más de lo necesario. Me pasa una cuerda por las muñecas y la anuda a algo, creo que a la manija de la puerta.

—Para que no te vayas a ninguna parte —dice y se ríe hasta que le sobreviene un ataque de tos.

El carruaje se pone en marcha con una sacudida. Los cascos de los caballos golpean el pavimento a buen ritmo, y espero que Kartik esté bien agarrado.

No nos alejamos mucho. Los caballos se detienen. Los dedos de Fowlson se esfuerzan por aflojarme las ataduras pero no me quita la venda de los ojos. Me cubre la cabeza con una capucha.

—Por aquí —sisea Fowlson.

Se abre una puerta. Me arrastra hacia abajo y más abajo, me da una vuelta y otra, y, cuando me quita la venda, me hallo en una sala donde las velas rodean la periferia de la misma. Tom está sentado en una silla. Tiene las manos atadas y parece drogado. Un hombre encapuchado permanece en pie delante de él con un cuchillo en la garganta de mi hermano.

—¡Tom!

Corro hacia él y una voz retumba desde arriba.

—¡Deténgase!

Levanto la vista y veo una galería que recorre toda la estancia. Otros hombres encapuchados nos observan con los rostros ocultos.

—Si lo toca, morirá, señorita Doyle. Nuestro hombre es muy ágil con el cuchillo.

—Gemma, no te preocupes —farfulla Tom—. Es mi ini... ini...

—Iniciación —grita Kartik y se sitúa a mi lado—. Suspendedla.

—Hermano Kartik. Me habían asegurado que habías dejado de existir —grita una voz—. Señor Fowlson, responderá de ello.

El rostro de Fowlson palidece.

—Sí, milord.

—¡Suelte a mi hermano! —grito.

—Por supuesto, señora mía. En cuanto nos entregue la magia.

Dirijo la vista hacia Tom, indefenso bajo el cuchillo del verdugo.

—No puedo hacer eso —contesto.

Tom chilla cuando el cuchillo presiona sobre su cuello con más fuerza.

—Basta —dice con voz entrecortada.

—¡Por favor, necesito su ayuda! —exclamo—. Algo terrible está sucediendo en las Tierras Invernales. Todos nosotros estamos en peligro. Creo que esas criaturas intentan entrar en nuestro mundo.

La sala estalla en una risa educada. A mi lado, Fowlson se ríe más fuerte.

—¡He visto a Amar en los reinos! —grito—. En una ocasión también él fue uno de ustedes. Me advirtió de lo que se avecinaba. «Cuidado con el nacimiento de mayo», me dijo.

Las risas se disipan.

—¿Qué quería decir eso?

—No lo sé —respondo sin dejar de mirar a mi hermano. Tom parece volver en sí. Lo veo en sus ojos—. Creía que se refería al primero de mayo, pero ese día ya ha pasado. Podría tratarse de otro día...

Lord Denby emerge de las sombras.

—Desconozco qué clase de truco es éste, señorita Doyle, pero no le funcionará. —Baja un dedo y la figura encapuchada aprieta aún más el cuchillo contra la garganta de Tom—. Su hermano morirá.

—¿Y qué sucederá si lo mata? —pregunto—. ¿Qué poder negociador tendrá entonces?

—¡Su hermano morirá! —retumba su voz en la estancia.

De repente es como si una suerte de niebla se hubiera disipado y, por primera vez desde que esto empezó, lo veo todo con claridad. No me dejaré intimidar ni por ellos ni por nadie.

—Y entonces no tendrán nada —grito con voz segura y fuerte—. Nada que desproteja de mi poder. Y lo liberaré, señores, como una jauría infernal ¡si se atreven a tocarle un solo pelo de la cabeza!

Lord Denby mantiene su dedo en ristre a la espera. También aguarda el cuchillo

del verdugo. Durante un interminable intervalo, todos nos mantenemos en ascuas.

—Usted es una mujer. No lo hará.

Baja la mano y no me detengo a pensar. Invoco a la magia y el cuchillo se convierte en un globo que se desliza de la mano del verdugo.

—¡Tom, corre! —grito.

Tom se queda sentado, aturdido. Kartik lo agarra y lo arranca de la silla mientras mi cuerpo vibra por el poder que he contenido durante tanto tiempo. Sale de mí como una exhalación con un nuevo propósito. Nadie abre tanto los ojos como mi hermano cuando hago que el fuego trepe por las paredes. Los fantasmas se arremolinan chillando por encima de nuestras cabezas. No importa que sólo se trate de una ilusión; los presentes se la han creído.

—¡Basta! —exclama lord Denby y las llamas y los fantasmas desaparecen. Se tambalea hasta la barandilla—. Somos hombres razonables, señorita Doyle.

—No, no lo son. Y por eso voy a hablarle sin ambages, señor. No volverá a acercarse nunca más a mi familia, a no ser que quiera sufrir las consecuencias. ¿He sido clara?

—Bastante —responde boquiabierto.

—¿Qué hay de los reinos? —grita Kartik—. ¿Habéis olvidado que durante mucho tiempo hemos sido sus guardianes? ¿No vendréis con nosotros a las Tierras Invernales?

Los hombres murmuran entre ellos. Nadie se ofrece para emprender el arduo viaje.

—Muy bien —dice lord Denby—. Reuniré a unos cuantos soldados de a pie para ejecutar la tarea.

—¿Soldados de a pie? —pregunto.

Kartik se cruza de brazos.

—Hombres como Fowlson y yo. Hombres a quien nadie echará en falta.

—Sí, llévese consigo al señor Fowlson —contesta lord Denby como si sugiriera contratar a un sirviente—. Tiene buena mano con la navaja. Es usted un buen tipo, ¿verdad, Fowlson?

El señor Fowlson acepta el comentario como un golpe que no podrá devolver. Aprieta la mandíbula.

—Como se trata de mi elección, yo me llevaré conmigo al señor Fowlson. Nos entendemos el uno al otro. Y, por supuesto, tiene buena mano con la navaja —digo—. Desata a mi hermano, haz el favor.

Fowlson le afloja las cuerdas a Tom. Se carga al hombro el tambaleante cuerpo de mi hermano y nos encaminamos hacia la puerta.

—¡La venda! —ruge un hombre.

La arrojo al suelo.

—No la necesito. Si quiere llevarla usted, adelante.

—¡Gemma! ¿Qué demonios está pasando? ¿Qué has hecho? —exige saber mi

hermano, que empieza a atar cabos, por lo que hay que actuar de inmediato.

—Mantenedlo sujeto, ¿de acuerdo? —les pido a Kartik y Fowlson, quien sostiene con fuerza a Tom por los brazos.

—¡Basta! ¡Quitadme las manos de encima! —insiste, aunque está demasiado aturdido para luchar.

—Thomas —le digo y me quito los guantes—, esto te dolerá más a ti que a mí.

—¿El qué? —pregunta.

Le doy un buen puñetazo en plena boca y lo dejo inconsciente.

—Una chica difícil —me dice Fowlson mientras apuntala a mi hermano en el carruaje.

Me acomodo las faldas como es debido y tiro del guante por encima de mi mano dolorida.

—Jamás has conducido un carruaje con mi hermano en semejante estado, Fowlson. Confía en mí, me lo agradecerás.

Cuando Tom recupera el sentido —es decir, el poco que le queda—, nos sentamos cerca del dique. Las farolas arrojan círculos de luz al Támesis que se diluyen como pintura. Tom presenta un aspecto lamentable: el cuello de la camisa le sobresale como un hueso roto, y la pechera está salpicada de sangre. Sostiene un pañuelo húmedo contra su rostro magullado mientras me mira de soslayo. Cada vez que me topo con su mirada, aparta la vista rápidamente. Podría apelar a la magia para que me echara una mano, para borrar las huellas de esta noche y mis poderes de su mente, pero decido lo contrario. Estoy cansada de correr. De ocultar lo que soy para hacer felices a los demás. Dejaré que sepan mi verdad y, si eso es demasiado para ellos, al menos lo sabré.

Tom mueve la mandíbula con cautela.

—Ay.

—¿Está rota? —pregunto.

—No, sólo zuele —dice con el pañuelo en el sanguinolento labio inferior y con una mueca de dolor.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Habla de qué?

Me mira como un animalillo asustado.

—De lo que ha pasado.

Se quita el pañuelo de la boca.

—¿De qué quieres que hable? Me dieron éter, me llevaron a un escondite secreto, maniatado y amenazado de muerte. Luego mi hermana, la debutante, a quien suponía que en la escuela estaba aprendiendo a hacer reverencias, bordados y a pedir caracoles en francés, desata una fuerza como no había visto jamás y que no puede explicar ninguna mente racional ni las leyes de la ciencia. Me mandaré encerrar

mañana mismo. —Se queda mirando fijamente el río turbio que serpentea a través del corazón de Londres—. Todo eso era real, ¿verdad?

—Sí —contesto.

—Y tú no vas a...

Hace un gesto con la mano, como si agitara una varita, lo que supongo que significa «desatar las fuerzas mágicas para que me asusten».

—De momento, no.

Hace una mueca de dolor.

—¿Puedes hacer desaparecer esta jaqueca?

—No, lo siento —miento.

Se cubre la mejilla con el pañuelo humedecido y suspira.

—¿Cuánto tiempo hace que eres... así? —pregunta.

—¿Estás seguro de que quieres oírlo... todo? ¿Estás preparado para escuchar la verdad?

Tom reflexiona durante unos instantes y, cuando responde, su voz suena segura.

—Sí.

—Todo empezó el año pasado, el día de mi cumpleaños, el día en que Madre murió, aunque supongo que, en verdad, comenzó mucho antes...

Le hablo de mis poderes, de la Orden, los reinos y las Tierras Invernales. Lo único que no le confieso es que nuestra madre mató a la pequeña Carolina. Aunque no sé por qué. Quizás intuyo que aún no está preparado para conocer esa verdad en este momento. Y es posible que nunca lo esté. La gente sólo es capaz de vivir con una determinada dosis de honestidad. Sin embargo, en ocasiones también es capaz de sorprenderte. Así que le hablo a mi hermano como nunca había hecho antes, confiando en él, permitiendo que el río escuche mis confesiones de camino al mar.

—Es extraordinario —dice cuando termino y clava la vista en el suelo—. Así que, en realidad, te querían a ti y no a mí.

—Lo siento.

—No tiene mucha importancia. No me gustaba demasiado su oportuno —afirma, intentando ocultar su orgullo herido.

—Hay un lugar que te aceptaría si tú los aceptaras a ellos —le recuerdo—. Puede que no sea tu opción preferida, pero son hombres cabales que comparten tus mismos intereses, y puede que lleguen a gustarte más con el paso del tiempo. —Después, cambio de tema, le digo—: Tom, hay algo que debo saber. ¿Crees que podría haber provocado la enfermedad de Padre cuando intenté hacerle ver... con la magia...?

—Gemma, tiene tuberculosis, causada por su dolor y sus vicios. No ha sido culpa tuya.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Pero, y no me malinterpretes; eres bastante incordiante. —Se acaricia la dolorida mandíbula—. Y pegas como un hombre. Pero no has sido la causa de su enfermedad. Ha sido culpa suya.

Río abajo, la sirena de un barco emite un lúgubre sonido. Es lastimero y familiar, un aullido en la noche para quien se ha perdido y no sabe regresar.

Tom carraspea.

—Gemma, hay algo que necesito decirte.

—De acuerdo.

—Sé que adoras a Padre, pero no es el caballero blanco que imaginas que es. Ni nunca lo fue. En realidad, es encantador y cariñoso a su manera. Pero también es egoísta. Es un hombre limitado y decidido a provocar su propio final...

—Pero...

Tom me agarra las manos con las suyas y me las aprieta brevemente.

—Gemma, no puedes salvarlo. ¿Por qué no lo aceptas?

Veo mi reflejo en la superficie del Támesis. Mi rostro es una silueta aguada de contornos borrosos sin delimitar.

—Porque si lo hago —trago saliva una, dos, tres veces— también tendré que aceptar que estoy sola.

La sirena del barco ulula de nuevo mientras se escabulle hacia el mar. El reflejo de Tom aparece junto al mío, igual de incierto.

—Todos nosotros estamos solos en este mundo, Gemma —dice sin amargura—. Pero si la quieres, tendrás compañía.

—¿Vamos a quedarnos aquí toda la noche? —pregunta Fowlson a gritos.

Kartik y él están apoyados en el carruaje como un par de estoicos morillos a la espera de un fuego que vigilar.

Le ofrezco mi mano a Tom y lo ayudo a incorporarse.

—Y esa magia tuya... ¿Supongo que no podrás convertirme en barón o en conde o en algo parecido? Un ducado estaría bien. Nada demasiado ostentoso; bueno, a no ser que te tomes la molestia de hacerlo.

Le aparto el mechón rebelde de la frente.

—No tientes a la suerte.

—De acuerdo. —Sonríe y la herida del labio vuelve a abrirse—. ¡Ay!

—Thomas, a partir de ahora tengo la intención de vivir mi propia vida como considere adecuado y sin intromisiones —le digo mientras nos apresuramos hacia el carruaje.

—No te diré cómo tienes que vivirla. Pero no me conviertas en un tritón ni en un asno rebuznante o, Dios no lo permita, en un *tory*.

—Demasiado tarde. Ya eres un asno rebuznante.

—Dios, a partir de ahora no habrá quien te soporte. Estoy demasiado asustado para devolvértela —dice Tom.

—No sabes lo feliz que me hace escuchar eso, Thomas. —Fowlson se dispone a abrir la puerta del carruaje, pero me adelanto a él—. Puedo sola, gracias.

—¿Adónde vamos? —pregunta Tom, rozándome al pasar, mientras se acomoda en el interior del carruaje sin tener en cuenta al resto de nosotros.

Se ha restablecido el orden.

—A un lugar donde eres bien recibido —contesto—. Fowlson, llévanos a la Sociedad Hipocrática, por favor.

Fowlson se cruza de brazos y habla sin mirarme.

—¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me elegiste a mí?

—Porque me fío de ellos un poco menos que de ti. Y porque, según parece, creo en ti un poco más.

—Ellos no me hubieran dejado atrás —murmura Fowlson en voz baja.

Kartik hace un gesto de mofa.

—¿Te crees eso lo bastante como para apostarte todo lo que tienes? —pregunto—. No voy a consentir que vuelvan a amenazarme. No tienen ningún poder en mí. Ésta es tu oportunidad para ser un héroe, Fowlson. No me decepciones. No la decepciones a ella —digo significativamente.

—Nunca lo haría —contesta con la cabeza gacha.

De repente doy cuenta de que hasta Fowlson tiene su talón de Aquiles.

Al llegar a la Sociedad Hipocrática, Fowlson aporrea las puertas hasta que se abren.

—¿Qué es todo este escándalo? —exige saber un caballero de cabello cano con un montón de compatriotas pisándole los talones.

—Por favor, señores, se trata del señor Doyle. Necesitamos su ayuda.

Los caballeros se apartan a empujones entre una bruma de humo de puro. Acariciándose el rostro magullado, Tom se tambalea al salir del carruaje con la ayuda de Kartik y Fowlson, conmigo detrás.

—Doyle, viejo amigo. ¿Qué ha sucedido? —exclama el caballero canoso.

Tom se acaricia la mandíbula dolorida.

—Bueno, yo... yo...

—Cuando regresábamos de cenar, unos rufianes asaltaron nuestro carruaje —explico con los ojos muy abiertos—. Mi querido hermano nos salvó de quienes no hubieran dudado en lastimarnos.

—¿Eso... eso hice? —Tom gira rápidamente la cabeza en mi dirección. «No lo estropees», le ruego con la mirada—. ¡Eso es! Lo hice. Lamento mucho haberme retrasado.

Los hombres se dividen entre gritos y preguntas.

—¡No me diga! Una historia fantástica, ¿cómo sucedió? ¡Echemos un vistazo a esa mandíbula!

—No, no ha sido nada —tartamudea Tom.

Agarro aún más fuerte a Tom.

—No seas tan modesto, Thomas. Les hizo justicia él solo. Ni siquiera tuvieron una oportunidad contra un hombre tan valiente y honorable.

Y para poder acabar de decir todo esto he tenido que luchar con la risa que me

grita «¡Ja!» desde el estómago.

—Una espléndida demostración de coraje —dice uno de los caballeros.

Tom se queda parpadeando bajo la luz, como un perro viejo que carece de juicio para entrar y guarecerse de la lluvia.

—¿No te acuerdas, Thomas? Oh, querido. Me temo que el golpe que te han dado en la cabeza ha sido más grave de lo que pensábamos. Deberíamos llevarte directamente a casa para meterte en la cama y llamar al doctor Hamilton.

—El doctor Hamilton ya está aquí —dice el doctor Hamilton mientras sale al umbral, con una copa de coñac en la mano y un puro entre los dientes.

—¿Usted solo? —pregunta el hombre de pelo canoso.

Otro caballero, con unas gafas de gruesos cristales, palmea a Tom en la espalda.

—He aquí a un hombre bueno.

Un caballero más joven coge a Tom del otro brazo.

—Un *brandy* caliente es cuanto necesita para volver a ponerse en pie.

—Por supuesto. Me vendría muy bien, gracias —contesta Tom, intentando dar una apariencia avergonzada y orgullosa a la vez.

—Tiene que contarnos exactamente cómo ocurrió, amigo —dice el doctor Hamilton y acompaña a Tom al interior del club, pequeño aunque acogedor.

—Bien —empieza a decir mi hermano—, pues como esta noche teníamos prisa, mi chofer, tontamente, tomó un atajo cerca del puerto y nos perdimos. De repente, escuché unos gritos: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por favor, ayúdenme!».

—¡No me diga! —exclama con un jadeo un caballero.

—Conté tres... media docena de hombres de dudoso carácter, bandidos con ojos carentes de conciencia...

Veo que no soy la única dotada de imaginación. No obstante, esta noche dejaré que Tom se lleve toda la gloria por mucho que me moleste. Un amable caballero me garantiza que mi «heroico hermano» será bien atendido y estoy segura de que, después del relato de esta noche, tiene asegurado un puesto en esa sociedad.

—Tom —lo llamo de lejos—. Entonces, ¿Fowlson me llevará a Spence?

—¿Mmmmm? Sí, por supuesto. Vete a Spence. —Me dice adiós con la mano—. Oh, ¿Gemma?

Me doy la vuelta.

—Gracias. —Sonríe abiertamente y el labio vuelve a sangrarle una vez más—. ¡Ay!

Fowlson pone en marcha el carruaje. Kartik está sentado junto a mí. Avanzamos por Londres en todo su valor y gloria: los deshollinadores desfilando hacia sus casas con los rostros cubiertos de hollín al final de una dura jornada y las escobas balanceándose sobre sus hombros; los abogados con sus sombreros pulidamente cepillados; las mujeres con sus volantes y lazos. En las orillas del Támesis, los mendigos del lodo escudriñan las inmundicias y la mugre en busca de los tesoros que puedan ocultar: una moneda, un buen reloj, un peine extraviado, un poco de

reluciente buena suerte con que cambiar sus destinos.

—Cuidado con el nacimiento de mayo, cuidado con el nacimiento de mayo —canturreo—. ¿Cómo podía Circe estar al corriente de eso? Ella no sabía que llegaría hasta ella —digo en voz alta. Repito la frase unas cuantas veces más, le doy vueltas en la cabeza y se me ocurre una idea—. Un cumpleaños. La advertencia podría referirse a una fecha de nacimiento. ¿Cuándo es el cumpleaños de Amar?

—En julio —responde Kartik—. Y el tuyo es el veintiuno de junio.

—Gracias por recordármelo —digo.

—El primer día que nos conocimos.

—¿Cuándo es el tuyo? —pregunto y me doy cuenta de que no lo sé, de que nunca se lo he preguntado.

—El diez de noviembre —responde.

—Eso te descarta a ti también, ¿no? —contesto mientras me froto las sienes.

A lo lejos, oigo cómo se acercan las embarcaciones. Estamos cerca del puerto. El lugar me resulta familiar. Ya me lo pareció el día que Kartik y yo nos reunimos con Toby.

—«Contra los muelles del dolor» —digo al repetir un verso del poema de Yeats que encontré en el libro de Wilhelmina.

La ilustración que había frente al mismo: el cuadro de unos barcos en una pared. ¿Y si no se trataba de un cuadro sino de una ventana?

—¡Fowlson! —grito—. ¡Detén el carruaje!

—No creo que quiera hacer eso. Aquí no —grita inclinado hacia abajo.

—¿Por qué?

—Es un lugar tan peligroso como puedas imaginar. La Llave está llena de prostitutas, criminales, asesinos, adictos y tipos de baja estofa. La conozco bien. Es el sitio donde nací.

Siento un hormigueo en el estómago.

—¿Cómo lo has llamado?

Pronuncia el nombre enfáticamente, como si fuera una niña tonta.

—La llave. Y estás loca si crees que voy a dejar en este lugar un carruaje tan ostentoso.

—Esto no me gusta —murmura Fowlson entre dientes mientras se levanta el cuello del abrigo ante la pegajosa humedad que nos circunda a medida que caminamos a oscuras por los resbaladizos adoquines.

Sostiene en la palma de su mano la navaja automática como si fuera un talismán. El río emana un olor hediondo.

—¿Estás seguro de que este lugar se llama La Llave? —pregunto.

Las casas —si se pueden denominar así— son estrechas y están tan torcidas como los dientes de una mujer sin recursos.

—Así es como lo hemos llamado siempre. Al embarcadero y al puerto. La llave del río que se abre al mar. «Abajo en La Llave», decimos.

—Bien, gracias por la lección, Fowlson —farfulla Kartik.

—¿Qué quieres decir? —refunfuña Fowlson.

—Caballeros —interrumpo—, mantengamos la cabeza fría. Ya tendremos tiempo suficiente para jugar a quién es el gallo del gallinero. Espero.

Avanzamos por las calles oscuras que serpentean y giran. Tal como Fowlson ha advertido, hay tipos peligrosos moviéndose entre las sombras, y prefiero no acercarme demasiado.

—El edificio de Aduanas no está muy lejos de aquí —dice Fowlson.

—Brigid dijo que cuando Wilhelmina llegó a Londres, estuvo perdida durante una semana cerca de Aduanas. ¿Y si ese lugar le resultaba familiar? ¿Y si allí se sentía a salvo, aunque parezca mentira?

Doblamos por una esquina y otra, hasta llegar a unos cuantos edificios ruinosos que sobresalen de los viejos muelles. Oigo a los barcos gritarse los unos a los otros; hay una vista magnífica de las embarcaciones.

—Está allí —digo—. Lo reconozco por mis visiones. Vamos, Wilhelmina —susurro—, no me falles ahora.

Y, acto seguido, la veo ante mí ataviada con su vestido lavanda.

—¿La veis? —pregunto en voz baja.

—¿A quién? —pregunta Fowlson sujetando la navaja delante de él.

—Yo no —dice Kartik—. Pero tú sí. Te seguiremos.

Wilhelmina atraviesa la pared de un miserable bloque de pisos sólo adecuado para demolerlo.

—Aquí dentro —digo.

Fowlson retrocede.

—¿Estás loca?

—Sí, efectivamente, puede que esté loca, Fowlson —respondo—. Pero no lo sabré hasta que entre. Podéis seguirme o no.

Kartik le da una patada a la puerta podrida y entro la primera en el edificio putrefacto y abandonado. Está oscuro y huele a moho y a agua salada. Las ratas arañan las esquinas; el sonido de sus garras laboriosas me produce un escalofrío en la columna. Kartik está a mi lado, puñal en ristre.

—Maldita sea —masculla Fowlson entre dientes, aunque sé que tiene miedo.

Subimos por una escalera podrida. Un hombre más muerto que vivo yace inconsciente en lo alto de la misma. Huele a alcohol. Las paredes están desconchadas por la humedad y la podredumbre. Kartik avanza con cautela por el pasillo a oscuras, conmigo detrás. Pasamos por una puerta abierta y veo que hay bastantes personas tumbadas en su interior. Una mujer levanta la cabeza durante un instante antes de que su barbilla descansa de nuevo en su pecho. El hedor a orina y desperdicios flota en la estancia como un perfume asfixiante. Me asalta en la nariz y me atraganta hasta el punto de tener que obligarme a respirar por la boca si no quiero salir corriendo y gritando de ese lugar.

—Por favor, Wilhelmina —susurro.

La veo delante de mí, brillando en la oscuridad. Atraviesa la última puerta. Intento abrirla por la manija pero la herrumbre la mantiene cerrada. Kartik se abalanza contra ella para abrirla con el hombro, pero no cede.

—Apartaos —dice Fowlson. Con un breve movimiento, abre la navaja y forcejea con la cerradura hasta que la puerta cede un poco—. Dijo que era bueno con la navaja.

—Y lo eres, Fowlson. Gracias.

Empujo la puerta abierta; chirría como si estuviera enfadada por haberla despertado. La habitación está oscura. La única luz procede de un ventanuco desde donde se ve el Támesis y los barcos, lo que yo había confundido por un cuadro de barcas en la ilustración. No hay duda alguna: ésta es la estancia de mis visones.

—¿Qué es este lugar? —pregunta Fowlson, tosiendo contra la humedad de la estación.

—Ahora mismo vamos a averiguarlo —contesto—. ¿Tenéis cerillas?

Fowlson saca una cajita del bolsillo de su chaleco y me las da. Prendo una y, al resto de olores de la habitación, se añade el de sulfuro. La cerilla destella y, bajo el repentino resplandor, veo una mesa y un candil cubiertos de telarañas. Aún queda un cabo de vela. Lo enciendo, levanto el candil y el cuarto se llena de luz.

—¡Caracoles! —exclama Fowlson con un jadeo.

Las paredes. Están cubiertas de palabras. Y en medio de una hay un dibujo del Árbol de Todas las Almas, de cuyas ramas cuelgan cuerpos humanos.

Las marcas están descoloridas por el paso del tiempo y leo lo que puedo.

—«Veo en la oscuridad. Ella se ha convertido en el árbol. Son uno y lo mismo. Su noble poder se ha corrompido».

—«Ella nos ha engañado a todas —lee Kartik—. Un monstruo».

—«La más querida de todas nosotras, ya no es querida. Mi hermana se ha ido» —

leo. Observo el árbol—. Eugenia —susurro.

Fowlson se agolpa detrás de mí.

—Me estás diciendo que Eugenia Spence ahora es... ¿qué?

—«La Llave contiene la verdad». Eso es lo que dijo. Y estoy preparada para enfrentarme a ella. —Pongo las manos en las paredes e invoco a Wilhelmina—. Muéstramela.

El resplandor del candil aumenta, las paredes se caen y me encuentro en las Tierra Invernales la noche del incendio. Un fuerte viento sopla en la negra arena y la nieve. Un rastreador gigantesco cubierto con una capa negra y tan larga como la de la reina agarra con fuerza a Eugenia del brazo. Ella está de rodillas y le arroja su amuleto a mi madre.

—¡Tenéis que cerrar los reinos! ¡Id ahora! ¡Deprisa!

Obediente, mi madre arrastra a Sarah hacia el ala este, y Eugenia da comienzo a su hechizo para sellar los reinos.

El rastreador se cierne sobre ella.

—No te va a resultar tan fácil encerrarnos, sacerdotisa. Que reniegues de nosotros no significa que hayamos dejado de existir.

La golpea con fuerza en el rostro y Eugenia cae al suelo. Su sangre salpica en el hielo y la nieve como los pétalos de una amapola al marchitarse. Tiene miedo.

Otro rastreador se aproxima a ellos.

—¡Matémosla! —gruñe mostrando sus dientes afilados.

—¡Hazlo y tendremos su magia, pero no la magia del Templo! Aún no tenemos recursos en su mundo —replica el primer rastreador.

—No te sacrificaremos. Todavía no. Nos ayudarás a abrir una brecha en el otro mundo.

Eugenia se tambalea.

—No haré eso jamás. No me quebrantaréis. Mi lealtad es incuestionable.

—Todo lo que es incuestionable es más vulnerable aún. —El rastreador sonrío—. Al árbol.

La arrastran hasta el Árbol de Todas las Almas. No es ni mucho menos tan majestuoso como el árbol que he visto. Una de las criaturas de las Tierras Invernales le hace a Eugenia un corte en la mano. Ella grita de dolor y luego de terror al darse cuenta de lo que intentan hacerle. Sus gritos carecen de sentido. Las criaturas introducen la sangre de Eugenia en las raíces del Árbol de Todas las Almas y, al cabo de unos segundos, las ramas se entrecruzan por encima de sus piernas y trepan por su cuerpo.

—Cuando su sangre sea derramada tendrá que unirse al árbol.

Las raíces prosiguen su marcha, devorando a Eugenia; poco después, se convierte en parte del árbol y su alma se une a él.

—Dejadme ir, por favor —suplica con un susurro.

Veo a Eugenia atrapada en el interior del árbol, con la mente astillada tras el paso

de los años. Veo el primer día que pide a las criaturas un sacrificio y una diminuta grieta roja aparece en las turbulentas nubes de las Tierras Invernales.

Sobrecogidas, las criaturas se inclinan ante ella.

—Estamos perdidas y necesitamos un líder. Una madre. ¿Querrás ser tú quien nos guíe?

El árbol extiende sus ramas y envuelve entre ellas a las criaturas de las Tierras Invernales como si fueran brazos protectores. La voz de Eugenia fluye del árbol como una nana.

—Sí... sí...

La niebla se espesa. El árbol toma de nuevo la palabra.

—Alguien vine y tiene mucho poder. Ella nos dará lo que queremos.

—¡Derramaremos su sangre en el árbol! —atrona un rastreador entre vítores.

—Pero, primero, tengo que allanar el camino de nuestro regreso —dice el árbol.

La escena se desplaza al *music hall*. Wilhelmina Wyatt escribe en su pizarra: «Tenéis que restaurar el ala este y haceros de nuevo con los reinos. La Orden debe prevalecer».

Lágrimas de alegría anegan las mejillas de Wilhelmina al recibir el mensaje de su bien amada Eugenia. Se lo enseña McCleethy y el plan se pone en marcha. Pues, ¿cómo podría ignorar la Orden un mensaje de su estimada Eugenia?

Sin embargo, Wilhelmina puede ver en la oscuridad y, muy pronto, lo averigua. Estoy de nuevo en la habitación y observo a Wilhelmina garabatear su desesperado mensaje en las paredes. Y cuando la verdad empieza a resultarle una pesada carga, desliza la aguja bajo la piel y se hunde en la inconsciencia. La veo cómo intenta advertir a la Orden con cartas y súplicas, pero la cocaína y su miedo hacen que su inestabilidad se aún mayor; ella las atemoriza y ellas la rechazan. Y, cuando escribe su libro —la última y desesperada tentativa de llegar hasta ellas— la tildan de traidora y mentirosa.

Bajo el efecto de la droga, Wilhelmina hace el postrer esfuerzo. Ocupa la daga en la pizarra y se adentra en la noche fría. Su mente está crispada, y ve espectros —rastreadores y bestias— en cada esquina en sombras. Un carruaje avanza como una exhalación por la calle y, en su mente, se convierte en una fantasmagoría. Corre hasta el muelle, donde resbala, se golpea la cabeza en el embarcadero y cae al Támesis. Y cuando los ribereños vuelven a arrojar al agua su cuerpo sin vida, la envuelve la oscuridad que Wilhelmina tanto temía, aunque esta vez le trae sin cuidado. Lentamente, se hunde en sus profundidades y yo la sigo.

Me aparto de la visión con un sonoro gemido. Kartik está junto a mí, acariciándome el pelo. Parece preocupado.

—Llevas horas en trance. ¿Estás bien?

—Horas —repito.

Me duele la cabeza.

—¿Qué has visto?

—Necesito que me dé el aire. Necesito respirar —digo entre jadeos—. Salgamos de aquí.

En el muelle, el aire húmedo del río me golpea en la cara, y me recubro. Se lo explico todo.

—Nadie asesinó a Wilhelmina —digo mientras contemplo a lo lejos los barcos que se balancean en el agua—. Fue un accidente. Resbaló, se golpeó en la cabeza y se ahogó. Estúpida, estúpida —repito, refiriéndome también a mí misma, por dejar que todo esto se me haya escapado de las manos.

No, todavía no. Aún puedo detenerlo. Aún estoy a tiempo.

—Fowlson —digo—, tenemos que ir enseguida a Spence. ¿Cómo de rápido puedes conducirnos hasta allí?

Esboza una sonrisa de suficiencia.

—Tan rápido como quieras.

—Entonces, pongámonos en marcha —contesto.

Corremos hasta el carruaje, que aún está en el mismo sitio, gracias a Dios, y Fowlson nos conduce rápidamente hacia el este, hacia Spence.

—Amar trataba de advertirme —le digo a Kartik.

—Gemma, está perdido. No es necesario que...

—No, lo hizo. «Cuidado con el nacimiento de mayo». Se trataba de una fecha de nacimiento. Wilhelmina intentaba mostrarme la lápida. Eugenia Spence nació un seis de mayo. Eso es mañana.

Kartik mira la salida del sol a través de la ventanilla del carruaje.

—Eso es hoy.

Ya es de día cuando aparece ante la vista la academia, elevándose como un espejismo entre la tierra de color verde oscuro. Una tormenta se acerca desde el este. El viento es demoníaco y arranca las hojas de los árboles. A lo lejos, una sombra se sienta en el cielo como un gato apoyado en sus ancas y dispuesto a saltar. Las primeras gotas de lluvia ya han empezado a caer y dejan unas feas marcas húmedas en mi vestido.

No me detengo ni para quitarme los guantes. Me apresuro hacia la academia, en busca de Felicity y Ann. Les explico lo sucedido y les pido que me esperen. Después voy a buscar a la señora Nightwing. La encuentro en la cocina, instruyendo a Brigid en cuestiones domésticas.

—¡Señorita Doyle! No la esperábamos. ¿Cómo se encuentra su padre?

—Señora Nightwing, por favor, tengo que hablar con usted en el salón. Es muy urgente. También requiero la presencia de la señorita McCleethy.

La exigencia de mi tono de voz obliga a la señora Nightwing a prestarme toda su atención. Ni siquiera me reprende por mi falta de modales. Poco después, entra en el salón con la señorita McCleethy a remolque. McCleethy palidece al ver a Fowlson.

—Señor Fowlson... Qué sorpresa.

—Sahirah. Tienes que escucharla —dice.

—Lo sé todo acerca del plan secreto para reconstruir el ala este y entrar de nuevo en los reinos. El plan que Eugenia Spence le encomendó —le espeto.

La señorita McCleethy se sienta como si se lo hubieran ordenado. Su rostro evidencia una expresión conmocionada.

—Le dije que si levantaba la torreta, lograría conectarla con la puerta secreta y entrar de nuevo en los reinos. Sin embargo, yo ya la he abierto.

La señorita McCleethy abre los ojos como platos. La mirada de la señora Nightwing va de McCleethy a mí, y luego la dirige a Kartik y a Fowlson, como si esperara que alguien le proporcionara algún tipo de explicación.

—No importa que yo entrara primero; el plan era un engaño. Eugenia la traicionó. «Ella es una embaucadora», eso es lo que dijo Wilhelmina. Intentó advertirla, pero usted creía que era ella la mentirosa —continúo mientras me paseo ante la chimenea—. Eugenia siempre estuvo confabulada con las criaturas. Al restaurar el ala este, el precinto entre los dos mundos se rompió, y mi magia le dio poder. Ella no pretendía proporcionarle la manera de entrar en los reinos; lo que quería era proporcionar a esas criaturas el acceso a nuestro mundo.

La señora Nightwing ahoga un grito.

—No es posible.

—Wilhelmina intentó explicármelo. Se apareció en mis visiones. Tanto ella como Amar me dijeron que tuviera cuidado en el nacimiento de mayo; yo creía que se

trataba del uno de mayo, pero lo que ella quería advertirme era de alguien que había nacido en mayo. Se refería a Eugenia Spence. Eugenia la traicionó. Nos ha traicionado a todas. Puede que piensen que soy una lunática, pero les estoy diciendo la verdad.

La señora Nightwing se comporta como si la hubiera abofeteado. El miedo atenaza su rostro.

—¿Intenta sugerir que Eugenia Spence, la más grande sacerdotisa que la Orden ha tenido jamás, traicionó a sus propias hermanas?

La señorita McCleethy me observa con mirada asesina. Le he arrebatado a su dios y está dispuesta a matarme por ello.

—¿Por qué razón haría algo semejante? —pregunta la señora Nightwing.

Respiro hondo para calmarme.

—Hay un lugar en las Tierras Invernales..., el Árbol de Todas las Almas. ¿Han oído hablar de él?

—Yo he oído hablar de él, sí. Es una leyenda, un mito —espeta la señorita McCleethy—. Las criaturas no tienen una fuente de poder propia. Por eso han intentado hacerse con la magia del Templo...

—¡Escúcheme, por favor, se lo suplico! Está equivocada. Ellas...

—¡Eugenia en persona nos dijo que ese árbol no era real! —insiste la señorita McCleethy.

—¡Porque le tenía miedo! —grito—. Por eso quemé los dibujos de Wilhelmina. Por eso negaba su existencia. Pero ¡le aseguro que sí es real! Lo he visto.

—Ha estado en las Tierras Invernales —susurra la señora Nightwing, más pálida que la cera.

La expresión de la señorita McCleethy es de auténtica furia.

—¡Estúpida! ¡Niña estúpida!

—Quizá si la Orden no hubiera temido a las Tierras Invernales, si no hubiera prohibido su acceso durante todos estos años, ¡sabría más sobre ellas!

—Sabemos todo lo que debemos saber de las Tierras Invernales y esas nauseabundas criaturas: tienen que ser sometidas o destruidas.

—No las destruirán jamás. No es posible. Las criaturas alimentan al árbol con almas, con las almas de los muertos y de los vivos. Vienen a nuestro mundo a través de la puerta secreta y se los llevan. Eso es lo que les ocurrió a los hombres de Miller, a los saltimbanquis, a Ithal. ¡Se hicieron con ellos! Esas horribles criaturas que vi... Y pensar que creía que me había vuelto loca... Eugenia me dijo que ustedes me harían ver cosas, ilusiones, que me llevarían a pensar que estaba loca, y yo la creí.

—¡Está usted loca! —gruñe la señorita McCleethy alzando la voz.

Fowlson extiende una mano.

—Sahirah, y si...

Los ojos de ella centellean.

—No.

Y Fowlson, el matón, se calla como antaño hizo el chico asustado en la cocina de su madre.

—¡Eugenia Spence fue el miembro más leal que jamás tuvo la Orden! Y usted no es más que la hija de quien estuvo a punto de acabar con su vida. ¿Por qué debería creerla?

Sus palabras me hieren, pero no tengo tiempo para pensar en ello.

—Porque le estoy diciendo la verdad. Cuando Eugenia se sacrificó a sí misma por Sarah y Mary, ellas ofrecieron su alma a su dios, al árbol. Ella se convirtió en parte de él, su poder se unió al suyo. Y, con el transcurso del tiempo, se han convertido en algo nuevo, en algo tremendamente poderoso. Ella ya no es lo que era. No es la Eugenia que usted conoció.

—Sahirah, dijiste que no sería peligroso —murmura la señora Nightwing.

—Lillian: se ha inventado esa historia. ¡Es ridículo! ¡Eugenia Spence!

—¿Tan desesperada está por tener razón, por no admitir ninguna fisura, que sería capaz de ignorar mi advertencia? —pregunto.

—Señorita Doyle, ¿por qué no admite la verdad, que no desea compartir el poder, y que haría cualquier cosa para conservarlo? —McCleethy se vuelve hacia Fowlson—. ¿Cómo puedes creerla?

Fowlson baja la mirada y da vueltas a su sombrero entre las manos.

La mirada de la señorita McCleethy es heladora.

—Le dimos la oportunidad de que se uniera a nosotras, señorita Doyle. Y la rechazó. ¿Acaso cree que una niña va a retrasar nuestros planes?

No es una pregunta que espere respuesta, así que no digo nada.

—Nuestros planes continuarán con o sin usted.

—Por favor —digo con voz ronca—. Por favor, créame. Ellas necesitan mi magia para completar su plan. Quieren sacrificarme hoy, seis de mayo, el cumpleaños de Eugenia. Tenemos que encontrar la manera de detenerlas.

—Ya he oído bastante —dice la señorita McCleethy mientras se pone en pie.

Un destello de preocupación se refleja en el rostro de Nightwing.

—Quizá, nosotras...

—Lillian, recuerda cuál es tu lugar.

La puerta se cierra detrás de McCleethy sin apenas hacer ruido.

Jamás he escuchado a nadie hablar de semejante forma a la señora Nightwing. Espero a que me diga que me puedo marchar, a que vuelva a ser la misma señora Nightwing de siempre: imperiosa, dominante, sin equivocarse jamás.

—Sahirah... —dice Fowlson mientras se levanta y sigue a su amada afuera.

Los oigo discutir al otro lado de la puerta entre acalorados murmullos; los de la señorita McCleethy son duros y rápidos y los de Fowlson lentos y a la defensiva.

—Yo no soy de la Orden —explica la señora Nightwing a Kartik y a mí—. Mi poder nunca fructificó, ¿saben? Se desvaneció al cabo de unos pocos meses. No estaba destinada a proseguir. Abandoné Spence para vivir alejada de la Orden y

poderme casar. Y cuando también su poder se desvaneció, vine aquí a ayudar en todo lo que yo pudiera. Elegí llevar una vida de servicio. No es ninguna deshonra. —Se pone en pie—. Las mujeres han peleado y han muerto por preservar la santidad de los reinos. Quizá tendría usted que ceder un poco.

Las faldas de la señora Nightwing se agitan con rigidez por el suelo, y luego Kartik y yo nos quedamos solos. Muy pronto la mañana abrirá paso poco a poco a la tarde. Llegará el atardecer y luego la noche.

Felicity y Ann entran a toda prisa, sin aliento.

—Estábamos escuchando junto a la puerta —explica Ann—. Antes de que McCleethy nos echara de ahí.

—Entonces ya sabréis que no me creen. Creen que estoy loca, que soy una mentirosa como Wilhelmina Wyatt —digo—. Tendremos que apañármolas solas.

Felicity me pone una mano en el hombro.

—Quizás estés equivocada respecto de este asunto, Gemma.

Por una vez, sinceramente espero estarlo, puesto que, si vienen, no sé cómo las detendré.

La lluvia escupe su ira contra nuestra ventana. El viento es un aullido persistente, una animal que suplica que lo dejen entrar a pasar la noche. Felicity y Ann han comenzado a jugar con desgana a las pulgas para mantener los nervios a raya. Golpean los discos de colores entre sí, pero ninguna de las dos consigue puntuar. Afuera, por delante y por detrás, Kartik y Fowlson siguen vigilando. La señorita McCleethy está furiosa respecto a mi petición, pero la señora Nightwing insiste y me alegro de ello. Me gustaría que el inspector Kent estuviera aquí, pero se ha llevado a *mademoiselle* LeFarge a Londres para visitar a su familia.

Echo un vistazo por la ventana al viento iracundo. Mi té permanece sin tocar. Estoy demasiado angustiada por tomármelo. Brigid está sentada en el sillón orejero junto al fuego, entreteniendo a las chicas más jóvenes con historias que éstas devoran mientras suplican más y más.

—¿Has visto alguna vez un duendecillo, Brigid? —pregunta una niña.

—Ajá —contesta Brigid muy seria.

—Yo también he visto duendecillos —dice otra niña de oscuros tirabuzones y con los ojos abiertos como platos.

Brigid se echa a reír como una tía indulgente.

—¿Ah, sí, cariño? ¿Te estaban robando los zapatos o te quitaban las galletas?

—No. Los vi anoche en césped de atrás.

Se me eriza el vello de los brazos tan rápidamente como una bola de fuego.

Brigid frunce el ceño.

—Estás diciendo tonterías.

—¡No son tonterías! —insiste la pequeña—. Los vi anoche desde mi ventana. Me pidieron que fuera a jugar con ellos.

Trago saliva.

—¿Cómo eran?

Brigid le hace cosquillas a la niña.

—¡Oh, vamos! ¡Estás contando cuentos a la vieja Brigid!

El rostro de la señora Nightwing refleja auténtico miedo. Incluso la señorita McCleethy escucha con interés.

—Lo prometo —dice la pequeña muy seria—. Por mi vida que los vi; eran jinetes con capas negras. Sus pobres caballos tenían frío y estaban pálidos. Me invitaron a bajar y a cabalgar con ellos, pero yo estaba demasiado asustada.

Ann me agarra de la mano con fuerza. Siento su miedo latiéndole bajo la piel.

La voz de la señora Nightwing da muestras de estar cada vez más alarmada.

—¿Dice que eso fue anoche, Sally?

—Lillian —advierte la señorita McCleethy, pero la señora Nightwing la ignora.

La niña asiente vehementemente.

—Les acompañaba uno de los saltimbanquis. El alto, el que era un poco raro. Dijeron que volverían esta noche.

El viento aúlla y hace tintinear mi taza en su platillo.

—¿Sahirah? —dice la señora Nightwing con el rostro ceniciento.

La señorita McCleethy no permitirá que la noticia se extienda como un reguero de pólvora entre las chicas; la extinguirá, igual que hizo Eugenia mucho tiempo atrás.

—Escúcheme, Sally. Fue un sueño. Sólo eso. Un mal sueño.

La niña niega con la cabeza.

—¡Fue real! Los vi.

—No, no los viste —dice Brigid—. Los sueños son así de extraños.

—Supongo que puede que fuera un sueño —contesta la pequeña.

La han hecho dudar, y así es como se hace; así es como empezamos a dudar de lo que sabemos que es verdad.

—Está noche se tomará un buen vaso de leche tibia y ningún sueño la incomodará —le asegura la señorita McCleethy—. Y ahora Brigid tiene que ir a la cocina a cumplir con sus obligaciones.

Entre protestas de las chicas por que les cuente sólo una historia más, Brigid se apresura a salir del gran salón.

—¿Gemma? —pregunta Ann con la voz encogida por el miedo.

—A fin de cuentas, no creo que esté equivocada —susurro—. Estoy segura de que las criaturas de las Tierras Invernales están aquí. Creo que han vuelto.

La señora Nightwing me lleva aparte.

—Siempre he sido leal y he cumplido las órdenes encomendadas. Sin embargo, me temo que tenga razón respecto de la puerta, señorita Doyle. Éstas son mis alumnas, y debo tomar las medidas necesarias. —Se da ligeros toques en el cuello con su pañuelo—. No las dejaremos entrar.

—¿Se han ido ya los gitanos? —pregunto.

—Esta mañana estaban recogiendo todo para macharse —responde la directora—. Pero no sé si se han ido o no.

—Que Kartik vaya al campamento en busca de la Madre Elena —digo—. Puede que ella sepa lo que hay que hacer.

Poco después, Kartik ayuda a una frágil y ansiosa Madre Elena a entrar en la cocina.

—La señal debe hacerse con sangre —explica—. Tenemos que darnos prisa.

—No quiero escuchar ni una palabra —gruñe Fowlson.

—Intenta ayudarnos, hermano —contesta Kartik.

Fowlson se pavonea hacia adelante, con una mueca de desprecio, y saca a la luz su antiguo yo.

—Yo no soy tu hermano. Soy un auténtico representante de los Rakshana..., no un traidor.

—Querrás decir un auténtico matón —le devuelve la pulla Kartik.
Fowlson da un paso al frente hasta que Kartik y él están cara a cara.

—Debería acabar lo que empecé contigo.

—Cuando quieras —espeta Kartik.

Me interpongo entre ellos.

—Caballeros, si logramos sobrevivir a esta noche, tendréis tiempo de sobra para vuestro minicombate de boxeo. Ahora hay asuntos más importantes que atender que vosotros dos lanzándoos miradas de odio el uno al otro; así que dejemos nuestras diferencias a un lado.

Se echan atrás, pero no sin que antes Fowlson logre ser el último en replicar.

—Aquí soy yo quien está al mando.

—Basta, Hugo —le reprende la señorita McCleethy.

—¿Hugo? —pregunto con los ojos como platos.

Veo la incipiente sonrisa que esbozan los labios de Kartik.

El rostro de Fowlson se ensombrece.

—Me prometiste que no me llamarías así.

—Vienen los muertos. Vienen, vienen... —murmura la Madre Elena recordándonos la terrible tarea que tenemos entre manos.

—¿Cómo los mantendremos alejados? —pregunto.

—Señalad las puertas y ventanas —contesta—. Aun así no bastará.

—Es imposible señalar todas las puertas y ventanas —digo.

—Haremos lo que podamos —asegura Kartik.

La Madre Elena nos manda mezclar sangre de pollo y cenizas, que luego vierte en cuencos que reparte, uno a cada uno. Cuando se abren las puertas del gran salón, salimos rápidamente con gesto decidido. Las chicas ahogan un grito al ver a la Madre Elena y a Kartik con nosotras, fascinadas por la vieja gitana que habla sola y por el joven atractivo y prohibido que la acompaña.

—¿Qué sucede? —pregunta Felicity.

Ann echa un vistazo al cuenco con sangre y cenizas que llevo en las manos.

—¿Qué es eso?

—Protección —respondo y se lo entrego—. Haz lo que la Madre Elena diga.

Nos dispersamos a lo largo de los lados del gran salón, moviéndonos rápidamente de ventana en ventana para comprobar los pestillos. La Madre Elena introduce un dedo en una pequeña tetera de metal. Se da tanta prisa como puede pintando las ventanas con cenizas sanguinolentas, yendo de una de otra. La señora Nightwing, Ann, Felicity, Kartik y yo hacemos otro tanto. Con una mano, Brigid introduce diminutas ramitas de serbal entre los alféizares y, con la otra, se agarra con fuerza a su cruz.

Las chicas las miran con fascinación morbosa.

—Brigid, ¿qué haces? —pregunta una joven ataviada con una larga cinta rosa en el pelo.

—Lo que no te importa, cielo —responde.

—Pero Brigid...

—Es un juego —digo con optimismo.

Brigid y yo intercambiamos miradas.

Las chicas aplauden excitadas.

—¿Qué clase de juego?

—Esta noche, fingiremos que vienen los duendes. Y para mantenerlos alejados, tenemos que señalar todas las puertas y ventanas —respondo.

Brigid no dice nada pero tiene los ojos abiertos como platos. Las chicas gritan enfervorizadas. También ellas quieren jugar.

—¿Qué es eso? —pregunta Elizabeth echando un vistazo a la tetera y arrugando la nariz—. Parece sangre.

Martha y Cecily fruncen la nariz.

—Realmente señora Nightwing, esto es muy poco cristiano —dice Cecily con desdén.

Las más pequeñas están embelesadas y gritan:

—¡Dejadme mirar! ¡Dejadme mirar!

—No sean ridículas —las regaña la señora Nightwing—. No es más que jerez y melaza.

—Pues no huele ni a melaza ni a jerez —refunfuña Elizabeth.

Brigid vierte la mezcla infecta en tacitas.

—Vamos, ayudaremos todas.

Las chicas cogen las tazas con poca convicción. Huelen la mezcla y se apartan con la nariz y los labios fruncidos. Pero, obedientes, pintan señales en una ventana y, de inmediato, se convierte en una alegre competición para ver quién hace señales en más ventanas. Se ríen y se empujan para quitarse el sitio. No así Brigid, cuya frente se perla de sudor y se la seca con la mano.

Con la ayuda de todas, sellamos y marcamos todas las puertas y ventanas. Ahora todo cuanto nos resta por hacer es esperar. El atardecer da paso rápidamente a la noche. Los rosas y azules del día adquieren primero una tonalidad grisácea y luego índigo. No puedo hacer que la luz no desaparezca. No puedo contener la oscuridad. Echamos un vistazo afuera, a la intensa noche. Las luces de Spence nos ocultan las sombras de los bosques.

El aire está tan quieto como la muerte. Hace calor y tengo la piel húmeda. Me aparto el cuello del vestido. A las nueve en punto las chicas más jóvenes ya se han cansado de esperar a que aparezcan los duendes. Bostezan, pero Brigid les dice que tenemos que seguir juntas en el gran salón hasta después de medianoche —también eso es parte del juego— y ellas aceptan quedarse. Las mayores comparten miradas desaprobadoras por el hecho de estar entre gitanos. Cuchichean por encima de sus labores de costura, a las que dan pequeñas puntadas para acompañar su pequeña charla. Estoy alerta y preocupada. Cualquier sonido, cualquier movimiento me

aterroriza. ¿Son ellos? ¿Han venido a por nosotros? Pero no, sólo se trata del crujido de una tabla del suelo, del siseo de una lámpara de gas.

La señora Nightwing tiene un libro entre las manos, pero no lee ni una sola palabra. Sus ojos revolotean de las puertas a las ventanas mientras observa y espera. Felicity y Ann juegan al *whist* en la tienda de Felicity; estoy demasiado alterada para unirme a ellas. En vez de eso, sostengo la mano de la Madre Elena sin dejar de mirar el reloj que hay sobre la repisa de la chimenea como si pudiera adivinar el futuro a través de él. Diez en punto. Y cuarto. Y cuarto. Y media. ¿Acabará este día sin incidentes? ¿Me he equivocado una vez más?

El segundero avanza. En mis oídos suena como los disparos de un cañón. Tres *boom*, dos *boom*, uno. A las once, la mayoría de las chicas se han quedado dormidas. Kartik y Fowlson siguen vigilando las puertas cerradas sin apartar la vista excepto para, de tanto en tanto, lanzarse el uno al otro miradas de odio. Junto a mí, la Madre Elena cae lentamente en un sueño irregular.

Las que aún estamos despiertas, nos sentamos erguidas, alertas ante el peligro. La señora Nightwing deja el libro en la punta de la mesa. Brigid se aferra a las cuentas de su rosario. Sus labios se mueven en una plegaria silenciosa. Los minutos suenan al pasar. Cinco, diez, quince. Nada. Afuera, la oscuridad permanece inmóvil, imperturbable. Las once y media en punto. Sólo queda media hora para que acabe el día. Empiezo a notar peso en mis párpados. Me quedo dormida bajo el hechizo del sueño. El rítmico sonido del reloj me facilita el descanso. Clic. Clic. Cli...

Silencio.

Mis ojos se abren de repente. El reloj de la repisa se ha detenido. El gran salón está tan silencioso como una tumba. Kartik desenfunda su puñal.

—¿Qué pasa? —susurra Brigid.

La señorita McCleethy la manda callar.

Yo también los oigo: débiles sonidos de caballos afuera, en el césped. El áspero graznido de un cuervo. El color desaparece del rostro de la señora Nightwing. La Madre Elena se despierta. Me agarra la mano con fuerza.

—Han venido —dice.

La estancia permanece en un silencio sobrenatural. Tengo el labio superior perlado de sudor. Lo seco con una mano temblorosa.

—No pueden entrar —susurra Brigid—. Hemos marcado todas y cada una de las puertas y ventanas con un sello protector.

—Tienen un gran poder y no se detendrán hasta obtener lo que desean —dice la Madre Elena sin dejar de mirarme.

—No saquemos conclusiones precipitadas —interviene la señorita McCleethy—. Un caballo. Un cuervo. Puede que no sea nada.

—Prometiste que aquí no habría peligro alguno —dice una vez más la señora Nightwing, casi para ella misma.

—No estoy segura de que haya peligro alguno, excepto para lo sucedido en la mente de la señorita Doyle.

Vuelvo a escuchar afuera los sonidos de caballos inquietos, de pájaros.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede? —pregunta Elizabeth medio dormida.

—Señora Nightwing, ¿podemos irnos ya a la cama, por favor? —pregunta una de las chicas.

—¡Shhh! —dice la señora Nightwing—. Nuestro juego no acaba hasta después de medianoche.

—Señor Fowlson, ¿puede ir a mirar? —pregunta la señorita McCleethy.

Asiente y el señor Fowlson echa un vistazo detrás de los cortinajes. Da media vuelta y niega con la cabeza.

—Nada.

Brigid suspira aliviada. Hace demasiado calor en la habitación.

—No nos moveremos de esta sala hasta después de medianoche —susurra la señora Nightwing—. Para asegurarnos. Después... —Calla y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta Felicity.

La señora Nightwing está mirando la columna que hay en medio del salón.

—Se... se ha movido.

El corazón se me acelera. Instintivamente, retrocedo. El siseo de la lámpara se hace más fuerte. Las llamas tiemblan en su jaula de cristal como si también ellas tuvieran miedo. Las observamos con atención, en busca de algún sonido que las delate. Escucho la cadencia irregular de nuestra respiración. Los arañazos de las ramas contra los vidrios. El siseo y el estallido de las lámparas, que conforman una extraña sinfonía de terror.

Ante nuestros ojos, las criaturas de la columna se estiran y empujan hacia fuera sus siluetas de piedra.

Brigid tiene los ojos completamente abiertos, horrorizados.

—Dios del cielo...

La ninfa es la primera en liberarse. Cae al suelo con un sonoro plop, como un insecto recién nacido. Sin embargo, logra levantarse rápidamente.

—Hola, queridos —sisea—. Es la hora del sacrificio.

Las otras empiezan a liberarse; un puño aquí, una pezuña allí. Sus murmullos se transforman en un coro escalofriante:

—Es la hora del sacrificio, sacrificio, sacrificio...

La estancia se ilumina hasta tal punto que me duelen los ojos. Dentro de las lámparas las llamas se expanden. Presionan contra el cristal y lamen sus paredes. Con un gran rugido, las lámparas explotan y una lluvia de cristales nos llueve encima. Las chicas se despiertan con gritos. Las llamas desnudas parpadean furiosas a lo largo de las paredes y nos hacen asemejarnos a las apariciones del espectáculo de la linterna mágica. Sin embargo, lo que veo salir de la columna no es ninguna ilusión. Las criaturas ya no están aprisionadas allí. Adquieren forma en la habitación, siseando y riendo.

—Nuestro sacrificio...

—¡Señora Nightwing! —gritan dos niñas cuando un sátiro hace ademán de agarrarlas y falla por poco.

—¡Corred! ¡Corred hacia mí! —grita la señora Nightwing por encima del estrépito, y las pequeñas se precipitan hacia ella.

—¡Maldita sea! —exclama Fowlson sobrecogido mientras una horrible bestia alada desciende en picado sobre la estancia.

—¡Hugo! ¡Las niñas! —chilla la señorita McCleethy.

De inmediato, Fowlson atrapa a las dos niñas que están más cerca de él y las empuja contra las puertas macizas del gran salón para alejarlas de la columna.

Kartik me agarra de la mano y me aparta en el preciso instante en que la ninfa intenta atraparme. Cojo el atizador de la chimenea y lo uso a modo de espada para alejarla. Brigid reza el rosario en voz alta mientras empuja a las chicas hasta llevarlas a la relativa seguridad del vestíbulo.

—¡Gemma! ¡Vamos!

Felicity y Ann me hacen señas desde el vestíbulo. Kartik y yo aún tenemos que atravesar todo el salón. Él tiene su puñal en la mano y yo, el atizador.

—¡Gemma, a tu derecha! —grita.

Me giro a la izquierda y la bestia alada me agarra del pelo con sus garras.

—¡Ahhh! —chillo.

Me doy la vuelta rápidamente y le clavo el atizador. Malherida, retrocede y Kartik me arrastra hasta las puertas. Al traspasarlas, las cerramos de golpe con ayuda del peso de nuestros cuerpos.

Ann coge un paraguas de un paraguero y lo introduce entre las manijas de las puertas. Yo meto el atizador por el otro lado.

—Dije... a tu derecha —dice Kartik jadeando.

—Santa María, madre de Dios —farfulla Brigid.

La mayoría de las niñas se agarran a sus faldas. Lloran y se quejan y dicen que no quieren volver a jugar a ese juego nunca más.

—Vamos, vamos —dice Brigid tratando de ofrecer un consuelo inexistente.

Cecily, Martha y Elizabeth se encogen de miedo y sus gritos se unen en un largo lamento.

—¡Gemma! ¡Usa tu magia! ¡Entrégnosla para luchar contra ellas! —ruega Felicity.

—¡No! —aúlla la Madre Elena—. No debe. Ahora ya no se puede confiar en su magia. No hay equilibrio con la oscuridad. No hay equilibrio. —Se pincha un dedo y usa su sangre para marcar la puerta—. No aguantará mucho pero al menos nos dará más tiempo.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Ann.

—Seguir juntos y seguir con vida —responde Kartik.

El vestíbulo está a oscuras. Todas las lámparas se han apagado. La señora Nightwing y la señorita McCleethy encienden dos candiles; sus sombras alargadas danzan endemoniadamente en las paredes.

—La capilla. Allí tendríamos que estar seguros —dice la señora Nightwing mientras observa dudosa las puertas.

Jamás la he visto tan asustada.

—No deberíamos salir de aquí —responde Kartik—. Eso es lo que quieren. Podrían estar esperándonos.

Las chicas se estremecen y protestan mientras se apiñan las unas contra las otras en busca de protección.

—¿Qué está pasando? —pregunta Cecily entre lágrimas.

La señora Nightwing responde con el mismo tono de voz que emplea cuando nos ordena que nos pongamos los abrigos y comamos nabos.

—Es parte de nuestro juego de duendes —dice.

—Ya no quiero jugar —lloriquea Elizabeth.

—Vamos, vamos. Tiene que ser valiente. Sólo es un simple juego, la más valiente tendrá un premio —dice nuestra directora.

La señora Nightwing no es una mentirosa nata, pero a veces una mala mentira es mejor que no tener nada a lo que agarrarse. Las asustadas chicas quieren creerla. Lo sé por sus rápidos asentimientos de cabeza.

Las criaturas encerradas en el salón empiezan a golpear las puertas y las chicas vuelven a gritar. A través de la madera comienzan a verse unos dientes afilados; se han puesto manos a la obra y están astillando un lado de la puerta.

—No podemos quedarnos aquí con esas cosas —le digo a Kartik y a Nightwing.

—¡Seguidme a la capilla, chicas! —dice la señorita McCleethy haciéndose con el

mando.

—¡Espere! —exclama Kartik inútilmente.

Se produce otra sacudida en el interior del salón y las chicas echan a correr hacia la señorita McCleethy. Se cogen de la mano de Brigid y Fowlson. Tras formar una fila serpenteante, siguen a la señorita McCleethy como si fuera el flautista de Hamelín, y mis amigos y yo vamos en pos de ella.

He atravesado el césped de la academia y los bosques cientos de veces, pero nunca me han parecido tan estremecedores como ahora, con una sola luz procedente del candil de la señora Nightwing y nuestro debilitado valor para alumbrar el camino. El aire es tan calmo que resulta sofocante. Desearía que mi madre estuviera aquí. Me gustaría que Eugenia hubiera solucionado todo esto hace veinticinco años. Quisiera que nada de esto hubiera sucedido. Desearía que su peso no hubiera recaído en mí después de tan estrepitoso fracaso.

Al llegar a los bosques mi temor se acrecienta. Una delgada capa de escarcha cubre la tierra. Las flores están marchitas, asfixiadas en sus propios tallos. Bajo la tenue luz se distingue nuestro aliento.

—Tengo frío —dice una de las chicas y Brigid la hace callar.

Kartik levanta una mano. Contenemos la respiración y escuchamos.

—¿Qué pasa? —susurra Fowlson.

Kartik hace un gesto de cabeza hacia una arboleda. Las sombras se mueven. Tanteo con la mano, en busca de un tronco de un árbol, y se me cubre de escarcha. Se escucha un resoplido detrás del árbol. Desvío la vista hacia el sonido. La nariz de un caballo asoma tras el elevado abeto. Sus fosas nasales expelen vapor. Hay algo extraño en ese animal. Es como si pudiera verle los huesos brillándole bajo la piel. Se mueve hacia adelante y distingo la débil silueta de su jinete. Un hombre ataviado con una vaporosa capa con capucha. Se mueve hacia mí y ahogo un grito. No le veo la cara, sólo la boca y el atisbo de sus dientes afilados. Me señala con un dedo huesudo.

—El sacrificio...

El caballo se encabrita y sus cascos están peligrosamente cerca de mi cabeza y grito con todas mis fuerzas.

El grito de la señora Nightwing lacera la noche.

—¡A la capilla! ¡Vamos! ¡Vamos!

El rastreador aúlla con rabia cuando la señora Nightwing le arroja el candil. La vela se apaga, y la repentina oscuridad se vuelve confusa.

—¡Gemma!

Noto en la muñeca la mano de Felicity, fuerte y segura, empujándome hacia delante. La señora Nightwing no puede seguir nuestro ritmo. Nos suplica que sigamos sin ella, pero nos negamos a dejarla atrás. Felicity y yo la cogemos de los brazos y tiramos de ella como podemos. Hay medio kilómetro hasta la capilla.

Quinientos metros sin un lugar donde ocultarnos. La niebla se levanta. Sería muy fácil perderse.

Más jinetes parecen salir de la nada. Atronan detrás de nosotras, avanzando como rayos entre los árboles a lomos de caballos que no son de este mundo. Ann grita mientras los cascos de una de las bestias están a punto de pisotearla. Acorraladas, nos precipitamos hacia la izquierda, pero ellos toman el mismo camino.

Se escuchan unos gritos desde arriba. Levanto la vista y veo cómo descienden las gárgolas. Los jinetes chillan y se cubren la cara. Una de las gárgolas cae y un jinete la pisotea. La identifico como la majestuosa gárgola que me salvó de Ithal.

—Ésta es nuestra batalla. ¡Corre!

La gárgola señala una brecha en la niebla y el camino que lleva a la capilla. No perdemos tiempo. Felicity, Ann y yo empujamos las puertas de la capilla y todos se precipitan dentro detrás de nosotras. La señora Nightwing se deja caer en el último banco, jadeando para recuperar el aliento.

—Cerrad... cerrad las puertas —tartamudeo.

La capilla se oscurece y escucho cómo alguien echa el cerrojo.

La señorita McCleethy corre junto a Nightwing.

—Lillian, ¿estás bien?

—Las chicas —dice la señora Nightwing mientras pugna por ponerse en pie—. ¿Están todas a salvo?

Cecily se nos acerca.

—Señora Nightwing, ¿qué está pasando? —pregunta con los ojos muy abiertos y la voz temblorosa.

—No se desmorone —consigue decir la señora Nightwing sin atisbo alguno de su acostumbrada impasibilidad—. Venga. Vaya a ver cómo están las más pequeñas.

Obediente, Cecily hace lo que se le pide. Lo que sea para ignorar el creciente pánico, puesto que nada es lo que parece. Puesto que tiene derecho a estar asustada. Pues nunca volverá a sentirse segura.

Los gritos y los chillidos atraviesan los cristales de las ventanas. No sé qué sucede ahí afuera, ni quién gana.

La señorita McCleethy se sienta junto a Nightwing en el banco con la cabeza entre las manos.

—¿Cómo puede haber sucedido esto?

—Se lo dije. Eugenia se ha convertido en parte del Árbol de Todas las Almas. Ahora forma parte de las Tierras Invernales —digo.

La señorita McCleethy niega con la cabeza.

—Creía que me estaba volviendo loca —prosigo.

—Lucharán. Vendrán muchos más —farfulla la Madre Elena—. Ahora ya no estamos a salvo.

—Mis chicas —murmura la señora Nightwing—. Tengo que proteger a mis chicas.

—Tiene que haber alguna esperanza —dice Ann.

Felicity me mira, me suplica con los ojos que diga algo que mejore la situación, que acabe con todo esto.

Afuera, los alaridos de los rastreadores se mezclan con los gruñidos de las gárgolas; los gritos de la muerte de un bando o de los dos, resulta difícil de distinguir. Las chicas se abrazan las unas a las otras. Algunas lloran, otras se mecen. Están petrificadas.

—Tenemos que zanjar esta situación. Debemos ir a las Tierras Invernales —digo.

Kartik se aleja de la puerta.

—No puedes ir a los reinos con todas las criaturas deseando darte caza.

—Tampoco aquí está a salvo —dice Nightwing—. Esto debe acabar.

—Yo me encargaré de ello —prosigo—. Pero voy a necesitar ayuda. La puerta secreta está al otro lado del césped, tras los bosques. Y, sea como sea, tenemos que llegar hasta allí.

Felicity da vueltas a mi alrededor.

—¡Estás completamente loca! ¡Es imposible ir en esa dirección!

—¡No podemos dedicarnos a esperar!

—Quizá las gárgolas nos protejan —dice Ann.

Kartik se pone junto a mí.

—Iré contigo.

La señorita McCleethy se pone de pie.

—La orden desterró a los Rakshana de los reinos. ¡No pude dejarlos entrar!

—Ya lo ha hecho —respondo, señalando a Kartik con un gesto.

McCleethy niega con la cabeza, incrédula.

—Extraordinario. ¿Hay algo que todavía no haya sido capaz de estropear, señorita Doyle? Nuestras reglas lo tienen terminantemente prohibido...

—¿No lo entiende? ¡Ya no hay reglas que valgan! ¡A partir de ahora haré lo que crea conveniente! —siseo.

Mis palabras reverberan en el interior de la capilla y provocan gritos ahogados e indignados entre las otras chicas.

—Me gustaría señalar que ya no soy un miembro de los Rakshana —añade Kartik—. Y, de hecho, la señorita Doyle puede hacer lo que crea conveniente.

Felicity me coge de la mano.

—Yo también voy contigo.

—Y yo —dice Ann cogiéndome de la otra mano.

—Yo la acompañaré en presentación de la Orden —afirma la señorita McCleethy.

—De acuerdo, está bien, no me voy a quedar aquí de brazos cruzados —dice Fowlson.

—Alguien tiene que quedarse y proteger a Lillian y a las chicas —se queja la señorita McCleethy.

La señora Nightwing se yergue con firmeza y se pone bien la falda. Observa a las

chicas apiñadas.

—Me mantendré firme. La Madre Elena marcará las puertas cuando os vayáis y no volveremos a abrirlas de nuevo hasta mañana.

—Dispone de cierta protección en caso de que la necesite —digo.

La señora Nightwing sigue mi mirada hacia las vidrieras de las ventanas, donde el guerrero sostiene la cabeza de la gorgona.

—¿Las ventanas? —grita Cecily tras oír mi advertencia a la directora.

—Ya lo verás —respondo.

Cecily se encoge en el suelo y se agarra con fuerza a Martha y Elizabeth.

—¿Qué veremos? ¡No quiero ver nada más! —Las lágrimas le resbalan por la cara y se mezclan con los mocos que le caen de la nariz—. Todo esto es culpa tuya, Gemma Doyle. Si sobrevivimos, nada volverá a ser como antes —dice atragantándose.

—Lo sé —le digo en voz baja—. Lo siento.

—Te odio —gimotea.

—También lo sé.

Otro grito lacera la noche, repiquetea en las ventanas y las chicas chillan como gallinas aterrorizadas. La batalla entre las gárgolas y los jinetes es virulenta.

La señora Nightwing se levanta dando tumbos. El misal le tiembla entre las manos.

—Vamos, chicas, cojan sus misales. Cantemos —ordena.

—Oh, señora Nightwing —lloriquea Elizabeth—. ¿Cómo vamos a cantar?

—¡Nos comerán vivas! —se lamenta también Martha.

—¡Tonterías! —grita la señora Nightwing por encima de estruendo—. Aquí estamos completamente a salvo. Somos inglesas y espero que se comporten como tales. No quiero más lágrimas. Cantemos.

La voz profunda de la señora Nightwing retumba por la capilla; sus notas son trémulas. Resuenan en los bosques gritos horribles, así que canta más alto. Brigid se le une y, enseguida, las chicas hacen lo que se les ha pedido; sus voces aterrorizadas conforman una cuña temporal contra en horror de fuera.

La expresión de Kartik es adusta.

—¿Estás preparada?

Asiento y trago saliva. Felicity, Ann, Fowlson y la señorita McCleethy van detrás de mí. Un grupo de seis contra un ejército. Prefiero no pensar en ello o me faltará valor.

Kartik abre una rendija de la puerta y nos deslizamos con sigilo en la noche. La Madre Elena ordena a Kartik que levante la mano. Le pincha en un dedo.

—Marca la puerta desde fuera —le aconseja—. Yo te marcaré desde dentro. No fracaséis.

Las puertas de la capilla se cierran tras nosotros, y Kartik pasa el dedo por la puerta. Espero que eso funcione. La niebla blanco grisácea es espesa; blanquea los

bosques. No llevamos candiles por miedo a que las criaturas vean nuestra luz, así que avanzamos de memoria. Los gritos de los jinetes y los feroces aullidos de las gárgolas en batalla flotan entre la niebla de tal manera que nos es imposible saber dónde están: si cerca o lejos, si detrás o delante. Todo lo que sabemos es que caminamos hacia el combate.

Sorteamos los bosques sin incidentes, pero aún tenemos que cruzar el césped. El corazón me late deprisa y con fuerza. El miedo alumbra mi mente con una claridad que nunca antes había sentido; cada uno de mis músculos es un resorte empujado hacia abajo, dispuesto a liberarse. Kartik levanta un dedo y ladea la cabeza para escuchar mejor.

—Por aquí —susurra.

Rápidamente lo seguimos, intentando no perdernos de vista los unos a los otros bajo la densa niebla. Los aullidos se oyen más cerca. A mi derecha, veo el destello de un ala de piedra, el atisbo de un bazo esquelético. Una gárgola se abalanza en picado por encima de mi cabeza hacia la batalla; me sobresalta al descender. Tan sólo he vuelto el rostro un instante, pero ha bastado para perder a los demás. El pánico se apodera de mí. ¿Corro hacia la izquierda, a la derecha, hacia delante? «Vamos, Gemma. Actúa con rapidez». Me precipito hacia la niebla, empujándola y moviendo las manos con desesperación, como si así pudiera disiparla. Escucho leves sonidos ahogados —sollozos entre dientes— y me doy cuenta de que proceden de mí, pero soy incapaz de acallarlos.

Una gárgola está enzarzada en una lucha feroz con uno de los espantosos jinetes. La gárgola le aventaja y el jinete cae de rodillas. Sofoco un grito al ver su horripilante rostro espectral, de los ojos negros y rojizos. La gárgola se gira para mirarme y, en ese preciso instante, la criatura de las Tierras Invernales aprovecha la ocasión. Con un ademán cruel y feroz, saja el estómago de la gárgola con sus garras afiladas como cuchillas. La gárgola se tambalea hacia mí y mi capa se mancha con su sangre.

—Ve a las Tierras Invernales —jadea—. Derrota al Árbol de Todas las Almas. Es la única solución.

La gigantesca bestia de piedra cae a mis pies. El jinete abre la boca y grita, lacerando la noche con una llamada a las armas.

Cegada, corro hacia adelante. Estoy tan ebria de miedo que no oigo mis propios chillidos, mis gritos pidiendo a los otros que corran. He perdido el norte.

—¡Gemma! ¡Gemma!

Es la voz de Felicity.

—¡Felicity! —la llamo.

—¡Gemma, aquí!

Una mano se distingue en la niebla y me agarro a su calidez. Felicity me abrazaba. Nos arrastramos la una a la otra. Llegamos las primeras a la torreta. Fowlson, McCleethy, Ann y Kartik llegan poco después.

—Aquí está —jadeo—. La puerta secreta.

—Adelante —dice McCleethy resollando.

Extiendo la mano y veo al cuervo. Su graznido es como un aullido del infierno. Una advertencia. Un grito de guerra. Al cabo de unos segundos, hay una docena de temibles aves. Se transforman ante mis ojos aterrorizados y se convierten en los saltimbanquis que nos visitaron. No obstante, es sólo un disfraz. Sé quiénes son: los Guerreros Amapola.

El más alto se quita el sombrero y hace una profunda reverencia y, cuando se yergue, veo los círculos oscuros que circundan sus ojos y los tatuajes de amapolas que le cubren los brazos.

—Hola, cielo. Qué noche tan preciosa para nuestro sacrificio.

Las alas negras y lustrosos de las otras aves brillan con luz trémula y se convierten en horripilantes caballeros; me estremezco al pensar en la catedral desvencijada que llaman hogar y en los juegos perversos que les gusta jugar con sus víctimas.

—¿Vais a alguna parte, mmmm? —pregunta el más alto, sonriendo abiertamente como si fuera la máscara de la muerte.

Sus uñas mugrientas son tan largas como garras.

—Yo... yo... —tartamudeo.

Kartik tiene el puñal en la mano, pero eso no basta para vencer a esos individuos.

—Demonios —jadea Fowlson—. ¿De qué foso del infierno ha salido esto?

La señorita McCleethy se sitúa entre el Guerrero Amapola y yo. Me envuelve con un brazo como el de una madre, pero lo único que consigue es que las repulsivas criaturas se carcajeen.

—No funcionará, señora mía —gruñe el que sólo tiene tres dientes.

—¡Señoras y caballeros! —exclama un Guerrero Amapola como un presentador—. Esta noche podrán disfrutar de un espectáculo realmente impresionante. La historia de una doncella sacrificada por una noble causa: asegurar la libertad de las Tierras Invernales y conceder el poder a sus habitantes. Y abrir para siempre los límites entre los dos mundos. ¿Es que nadie salvará a esta hermosa doncella? —Su sonrisa se transforma en salvaje—. No. Creo que esta noche, no. Puesto que el argumento ya está escrito y ella tiene que representar su propio papel.

—¡Corred! —grito.

Tan rápido como puedo, corro hacia la escuela con los otros detrás. Los Guerreros Amapola nos persiguen y se convierten en cuervos que van en pos de nosotros. Nos caemos al atravesar la puerta de la cocina, señalada con una débil marca de sangre, y nos desplomamos en el suelo, jadeando.

—¿Estamos todos? Gemma, ¿estás herida? —pregunta Kartik.

—¿Qué diablos eran esas cosas? —pregunta Fowlson.

—Guerrero Amapola —digo—. Te aseguro que no te gustaría jugar con ellos.

—Ellos... ellos lo saben. Vienen a por nosotros —dice Ann.

—¿Cómo vamos a llegar ahora hasta la puerta? —se lamenta Felicity.

La luz de la cocina es débil pero, aun así, puedo ver el miedo reflejado en los ojos de la señorita McCleethy. Las alas de un cuervo golpean la ventana e indican nuestro paradero a los demás.

—No podemos quedarnos aquí —digo—. Si llegamos hasta la torreta, seremos capaces de escabullirnos por allí.

Al otro lado de la puerta, el largo vestíbulo está a oscuras y se muestra amenazador. Algo podría permanecer oculto al final del mismo. Cualquiera cosa. Kartik desenvaina su puñal. La señorita McCleethy encabeza la marcha con Kartik y Fowlson detrás. Felicity y Ann, cogidas con fuerza de la mano, les siguen. Yo voy la última, y me doy la vuelta cada pocos pasos para echar un vistazo a la oscuridad.

Atravesamos el vestíbulo sin incidentes. Sin embargo, para llegar hasta las escaleras tendremos que pasar por el gran salón y junto a sus nuevos habitantes liberados. Una puerta sigue cerrada, pero la otra está abierta. No sé cómo vamos a evitar que nos vean. Nos pegamos a la pared y escuchamos.

Kartik hace un gesto de asentimiento hacia las escaleras. La señorita McCleethy se acerca hasta ella sigilosamente, con el resto de nosotros detrás. Encorvados, emprendemos el ascenso. A través de las barras de las barandillas veo a las criaturas alborotando en el gran vestíbulo. El suelo está lleno de cristales de las lámparas, relleno de almohada y de páginas arrancadas de libros. Arrancan los pañuelos de la tienda de Felicity y los hacen jirones. Es una escena horrible. No obstante, no hay tiempo para lamentaciones. Tenemos que alcanzar cuanto antes la seguridad de los reinos que, aunque no sean verdaderamente seguros, al menos sí pueden proporcionarnos un respiro.

En el ala este, abandonamos toda precaución y entramos dando tumbos. Subimos hasta la torreta a medio construir, oculta tras la piedra sin labrar. Al otro lado del césped, veo a los jinetes desplegarse hacia fuera y bloquear cualquier intento de escapatoria. Llaman al Guerrero Amapola que vigila la puerta secreta.

—Están dentro —grita alegremente.

—Entonces están atrapados —murmura iracundo uno de los rastreadores.

Cabalgan hacia la puerta de la cocina que nosotros hemos abierto hace poco. Enseguida nos encontrará. Y traerá a los otros. Estamos totalmente acorralados.

—Gemma —dice Felicity con los ojos enloquecidos por el miedo.

Se escucha un chirrido procedente de la entrada del ala este. Nos esperan al otro lado de la puerta.

Kartik me agarra de la mano y me la estruja. Fowlson y la señorita McCleethy también se dan la mano.

—No dejaré que te coja, Shahirah —le asegura él.

Escucho la respiración de Ann y percibo su miedo.

—Me gustaría tener mi espada —susurra Felicity y después pronuncia una oración en voz baja—. Pippa, Pippa, Pippa...

—Coged mis manos —les digo.

Kartik se muestra confundido.

—Qué...

—¡Coged mis manos o no iremos!

—No emplee la magia ahora, señorita Doyle. No creo que sea una decisión prudente —advierte la señorita McCleethy.

—No tenemos elección —respondo—. Quiero intentar que la puerta aparezca.

—Pero si no has sido capaz de hacerlo en todos estos meses —dice Ann.

—Pues ha llegado la hora de volverlo a intentar —respondo.

Los gritos procedentes del césped nos hacen estremecer.

—¿Y si no puedes? —susurra Felicity.

Niego con la cabeza.

—Ahora no puedo pensar en eso. Necesito la ayuda de todos vosotros. Poned vuestras manos en la mía —digo. Cuando siento el peso de todas las manos, cierro los ojos y me concentro; aúno mi necesidad a mi propósito—. Pensemos en una puerta de luz.

Escucho el chirrido de las puertas del ala este. Los graznidos por encima de nuestras cabezas mientras los cuervos baten las alas cerca de nosotros.

Nos han encontrado. «Determinación, Gemma. La puerta de la luz, la puerta de la luz, la puerta de la luz».

De inmediato empiezo a sentir un hormigueo familiar. Al principio no es más que un goteo vacilante que se convierte en un zumbido y luego en un traqueteo vertiginoso que hace que cada parte de mi cuerpo se reanime. Tal es su fuerza que su cálido aliento me aparta el pelo de la cara.

Abro los ojos y ahí está la puerta de luz, esperándonos.

—Lo has conseguido, Gemma —dice Felicity, aliviada.

—No hay tiempo para felicitaciones —respondo—. ¡Vamos!

Abro la puerta y la atravesamos corriendo en tropel en el instante en que los rastreadores traspasan las puertas del ala este. Sus aullidos me hielan la sangre.

—¡Gemma! —exclama Ann.

—¡Ciérrate! —invoco la magia una vez más y, gracias a Dios, no me falla.

Mientras la puerta de luz desaparece, lo último que veo es al jinete ataviado con su larga toga hecha jirones que muestra sus dientes al proferir un gruñido escalofriante.

—Púdrete en el infierno, bestia miserable —jadeo.

—Ya está en el infierno. Y nosotros tenemos que evitar que el infierno se nos acerque aún más —responde Kartik tirando de mí.

Nos adentramos en los reinos tan rápido como nos es posible.

—No tenemos mucho tiempo. Ellos entrarán por el otro lado. Debemos ir al jardín y encontrar a la Gorgona —digo mientras trato de recuperar el aliento; me arden los pulmones.

—¡Espera! —exclama Kartik—. No sabemos lo que encontraremos allí. Quizá

debería adelantarme y echar un vistazo.

—De acuerdo —respondo.

Quisiera seguir adelante, pero lo que dice es verdad y apenas puedo respirar. Los corsés no están hechos para correr.

—Iré contigo, amigo —dice Fowlson mirando maravillado a su alrededor.

A regañadientes, Kartik asiente, y los dos salen corriendo.

Exhaustas y malhumoradas, nos sentamos y esperamos, ocultas al abrigo de una gran roca. Ann no se aparta del consuelo que le proporciona estar junto a Felicity. Es un débil confort, pero es lo que ella ansía. Harta de la persecución, me acomodo en el suelo y me dedico a contemplar el sangrante horizonte.

—¿Por qué no nos dijo que había visto esas cosas? —pregunta McCleethy sin aliento.

Se trata de una pregunta retórica. Ya sabe por qué. Su cabello oscuro se ha medio liberado de su recogido. Vuela libre por el azote del viento.

—Creamos el orden a partir del caos. Creamos la belleza y dimos forma a la historia. Mantuvimos la magia de los reinos a salvo, a nuestro alcance. ¿Cómo se ha podido llegar a esto?

—Usted no la han mantenido a salvo. La han utilizado en su provecho.

Niega con su cabeza desestimando esa idea.

—Gemma, todavía puede usar el poder para hacer el bien. Con nuestra ayuda...

—¿Y qué han hecho para mejorar la suerte de los demás? —pregunto—. Ustedes se llaman hermanas las unas a las otras, pero ¿acaso no lo somos todas? La costurera que se estropea la vista para proporcionar el sustento a sus hijos. Las sufragistas que luchan para conseguir el voto. Las chicas más jóvenes que yo que piden un salario digno, y cuyas condiciones laborales son tan deplorables que se vieron encerradas en una fábrica en llamas. También ellas podrían beneficiarse de su preciosa ayuda.

Mantiene la cabeza erguida.

—Lo hubiéramos hecho. A su debido momento.

Resoplo indignada.

—Es desalentador ser mujer en cualquier mundo. ¿Qué bien nos proporciona nuestro poder si tenemos que mantenerlo en secreto?

—¿Acaso prefiere las manifestaciones osadas a la ilusión?

—Sí.

La señorita McCleethy suspira.

—Tenemos que dar forma a los derroteros de esa lucha. Pero primero debemos afianzar nuestro poder en los reinos.

—¡Jamás habrá aquí seguridad! Mire donde mire, algo nuevo sale de debajo de las mismas piedras para hacerse con el poder. Nadie recuerda de dónde salió la magia ni por qué; ¡sólo quieren hacerse de ella! Estoy hasta de todo eso, harta hasta el tuétano, ¿me oye?

—Sí —responde solemnemente—. Y, sin embargo, cuesta mucho abandonarlo,

¿verdad?

Tiene razón. Incluso ahora, sabiendo lo que sé y después de ver lo que he visto, aún lo quiero.

La señorita McCleethy me coge del brazo y me observa con dureza.

—Gemma, tiene que salvaguardar la magia cueste lo que cueste. Ésa es nuestra única preocupación. Son muchos los que han luchado y muerto para protegerla a lo largo de los años.

Niego con la cabeza.

—¿Y dónde está el fin de todo esto?

Los hombres regresan de su viaje de reconocimiento. El rostro de Kartik refleja una expresión sombría.

—Han estado en el jardín.

—¿Qué quieres decir?

—Ha desaparecido —contesta.

Avanzamos por un jardín que ha dejado de ser frondoso y familiar. El olor a tierra quemada nos da la bienvenida. Los árboles han arduo hasta convertirse en cenizas. Las flores han sido pisoteadas en el cieno. El arco de plata que llevaba a la gruta ha sido destruido y arrancado de la tierra. El columpio que construí con hilo de plata cuelga hecho jirones.

Las lágrimas anegan los ojos de la señorita McCleethy.

—Soñaba con verlo de nuevo. Pero no así.

Fowlson le pasa un brazo por los hombros.

—¿Qué está pasando? —pregunta Ann acunando un puñado de flores rotas.

—¡Su Excelencia!

La Gorgona aparece en el río. Está viva e ilesa. Nunca me he alegrado de verla tanto.

Fowlson da un paso atrás.

—¿Qué diablos es eso?

—Una amiga —contesto y echo a correr hacia el río—. Gorgona, ¿puedes explicarnos qué sucede? ¿Qué ha visto?

Las serpientes de su cabello sisean y se retuercen.

—Locura —responde la Gorgona—. Todo esto es una locura.

—Entonces, ¿es la guerra? —pregunta la señorita McCleethy.

—Guerra —escupe la Gorgona—. Así es como lo llaman para conferirle la ilusión de honor y ley. Es el caos. Locura y sangre y el hambre por ganar. Siempre ha sido así y siempre lo será.

—Gorgona, tenemos que llegar al Árbol de Todas las Almas. Queremos destruirlo. ¿Hay algún camino seguro hasta las Tierras Invernales?

—En estos momentos no hay ningún lugar seguro, Su Excelencia. Pero de todas formas os llevaré río abajo.

Embarcamos. Hoy el río no canta con dulzura. Simplemente, no canta. Algunos lugares han escapado de los estragos de las criaturas de las Tierras Invernales. Otros no han tenido tanta suerte. En esos sitios, han dejado temibles tarjetas de visita: púas con banderas sangrientas, recordatorios de que no tendrán piedad.

Al pasar por las Cuevas de los Suspiros, muchos Hajin nos observan desde sus escondites. Asha me saluda con la mano desde la orilla.

—¡Gorgona, por allí! —grito.

Nos acercamos a la orilla y la Gorgona baja la pasarela para que Asha pueda subir a bordo.

—Están en todas partes —dice Asha—. Temo que también hayan llegado hasta la tribu del bosque.

—¿Qué es eso? —pregunta Kartik a medida que nos acercamos al velo dorado que oculta de la vista a la tribu del bosque.

Unas nubes negras se extienden por el río como una cicatriz.

—Humo —respondo y los latidos de mi corazón se me aceleran.

Nos agazapamos en la barcaza, con las manos en la boca y la nariz, y aun así el aire denso y oscuro nos provoca arcadas. Hasta el velo ha quedado obstruido, y esparce sobre nuestros cuerpos un hollín de motas doradas. Entonces, lo veo: el hermoso bosque está en llamas. Las cabañas arden y humean. Las llamas devastan los árboles hasta tal punto que parecen brotar de ellos ramas rojas y naranjas. Muchos miembros de la tribu del bosque están atrapados. Gritan sin saber muy bien hacia dónde ir. Las madres corren en busca de agua con sus hijos llorando entre sus brazos. Los centauros galopan en pos de aquellos que han quedado atrás, los recogen y los suben a sus lomos mientras huyen para salvar la vida.

—No pueden ver —dice Kartik tosiendo—. El humo es demasiado denso. Están confundidos.

—¡Tenemos que ayudarlos! —grito mientras intento mantenerme de pie.

El calor es intenso. Jadeando, me devuelvo de nuevo al suelo del barco.

—¡No, tenemos que llegar a las Tierras Invernales y talar el árbol! —chilla la señorita McCleethy—. Es nuestra única esperanza.

—¡No podemos dejarlos así! —aúllo.

Y, mientras grito, una chispa caprichosa se posa en mi falda y me obliga a manotearla histéricamente hasta que logro apagarla.

Oigo un chapoteo. Es Asha. Ha abandonado la embarcación y atraviesa el agua caminando hacia la orilla. Las cenizas son muy densas, pero no les presta atención.

—¡Aquí! —grita y agita los brazos para que puedan verla a través del humo.

La tribu del bosque corre hacia ella y la seguridad del río.

Incluso bajo la espesa capa de humo son capaces de encontrar sus pequeños botes. Suben a ellos y reman hacia el centro del río para alejarse de las ruinas de su antaño hermoso hogar.

Philon cabalga hasta el borde del agua y la Gorgona nos acerca a él.

—Las criaturas de las Tierras Invernales están en camino. Se acercan deprisa y sin detenerse.

—¿Cómo de grande es su ejército? —pregunta Kartik.

—Quizá sean unos mil —responde Philon—. Y tienen un guerrero con la fuerza de diez.

Kartik da una patada al suelo.

—Amar.

Fowlson entrecierra los ojos.

—¿Amar está luchando para esas criaturas? Le haré picadillo.

—No —dice Kartik.

—Ya no es uno de los nuestros, hermano. Deja de preocuparte por él —sugiere

Fowlson casi en tono amistoso.

Asha saca un cuerpo del río. La criatura está malherida; vomita agua mientras la depositamos en el barco de la Gorgona. Es Neela.

—Déjame en paz —espeta con voz ronca al ver las manos de Asha en sus brazos.

La criatura transforma su cuerpo de color violeta oscuro en el de Asha, el mío, el de Creustus y otra vez en el suyo sin esfuerzo alguno. Es como si su cuerpo no pudiera controlar esa función.

La voz de Asha es firme.

—Fuiste tú quien mató al centauro, ¿no es verdad?

Neela escupe agua.

—No sé de qué me hablas. Mentirosa.

Los ojos de Philon resplandecen al comprender.

Asha no cede.

—Pusiste la amapola de los Hajin en su mano para hacernos pasar por culpables.

Esta vez Neela no intenta negarlo.

—¿Y qué?

—¿Por qué lo hiciste? —exige saber Philon.

Las llamas del bosque arrojan sombras sobre los pronunciados rasgos de ese rostro extraordinario.

—Necesitábamos un motivo para ir a la guerra. No hubierais acudido sin ninguno.

—¿Así que inventaste un propósito?

—¡No lo inventé! ¡Siempre ha habido un propósito! ¿Cuánto tiempo hemos vivido sin la magia? ¿Cuánto tiempo hubieras dejado transcurrir a pesar de que nos la seguían negando? Ellas la tienen toda. ¡Y los repulsivos Intocables estaban por encima de nosotros! Pero tú no les hubieras atacado. Siempre has sido débil, Philon.

Los ojos de Philon centellean.

—¿Hasta tal punto la deseabas hasta que tuviste que matar a uno de los nuestros?

Neela se esfuerza por incorporarse.

—El progreso tiene un precio —contesta desafiante.

—Y éste ha sido demasiado elevado, Neela.

—¿Un centauro por el gobierno de los reinos? Un precio barato a pagar.

—Tendríamos que haber estado aleta ante el verdadero peligro y no ir en pos de las sombras. Nos hemos quedado sin hogar. Muchos de los nuestros han muerto. Nuestra integridad ha quedado destruido. Al menos antes teníamos todo eso.

Neela no parece estar arrepentida.

—Hice lo que consideré necesario.

—Sí —dice Philon gravemente—. Como yo voy a hacer ahora.

Neela se convulsiona y tiritita; sus labios se vuelven tan livianos como la piel de las uvas.

—Ha sufrido una conmoción terrible —digo—. Alguien debería de quedarse con

ella.

—Dejémosla morir —dice Philon.

—No —respondo—. No podemos consentirlo.

—Yo me quedaré con ella —dice Asha ofreciéndose voluntaria.

—¿Y si los Hajin asesinan a Neela? —pregunta uno de los centauros.

La respuesta de Philon es tan fría como sus ojos glaciares.

—Entonces, ése será el precio que pague por sus crímenes.

Observo a Asha para que me confirme que no lastimará a Neela, pero su rostro no trasluce emoción alguna.

—Me quedaré con la transformista —repite.

—¿La salvaguardarás, Asha? —pregunto.

Se produce un silencio momentáneo. Inclina la cabeza.

—Tienes mi palabra.

Dejo salir por la boca el aire que he estado conteniendo.

—Cuidaré de ella aunque no lo desee —añade mientras el reflejo de unas llamas naranja danzan en sus ojos oscuros—. Y cuando tomes tu decisión, Dama de la Esperanza, a nosotros, los Intocables, nos gustaría poder opinar al respecto. Hemos permanecido en silencio demasiado tiempo.

Reunimos a los nuestros aunque son pocos, puede que cuarenta en total. Philon y la tribu del bosque cogen todas las armas que tienen. No son muchas —una ballesta, dos docenas de lanzas con cuchillas en la punta de cada una de ellas, escudos y espadas—. Es como intentar destruir el Parlamento con un dedal de pólvora. Me gustaría haber traído conmigo la daga.

—¿Cuál es nuestra mejor ruta de aproximación? —pregunto.

—Ellos cabalgan hacia las Tierras Fronterizas —dice Philon.

Felicity ahoga un grito.

—Pip.

—No puedes salvarla —responde Kartik.

—No me digas lo que no puedo hacer —espeta Felicity.

Me la llevo aparte. Nos quedamos junto al tramo de agua donde aún flotan dos pequeños botes.

—Felicity, tenemos que llegar a las Tierras Invernales cuanto antes. Podremos ir a ver a Pippa después.

—Pero ¡para entonces puede que sea demasiado tarde! Ella no sabe lo que se le viene encima —suplica Felicity—. ¡Tenemos que avisarla!

—Pippa querida —repite Ann.

Pienso en el jardín quemado, en las banderas sangrientas que hemos visto clavadas en la orilla, la tribu del bosque dejando su hogar. Haría cualquier cosa por ahorrar a Pip semejante destino. Pero correríamos un gran peligro. Las criaturas de

las Tierras Invernales podrían estar esperándonos allí. Y, por lo que sé, Pippa se ha unido a ellas.

—Lo siento —respondo mientras me alejo.

—¡Eres cruel! —me grita Felicity.

Se echa a llorar. Sé que he hecho lo correcto pero no podría sentirme peor; supongo que también esto forma parte de todo lo que estar al mando implica.

Marcho junto a Philon, la tribu del bosque y los Hajin, dispuestos a entablar batalla. Transportan las armas al barco. Un Intocable se echa a su espalda deformada una aljaba de flechas y una criatura del bosque le ayuda a colocárselo. Los centauros ofrecen sus lomos a quienes quieran cabalgar.

Ann corre hacia mí sin aliento.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Me ha pedido que no te lo diga, pero tengo que hacerlo. Se trata de Felicity. Ha ido a avisar a Pippa.

Uno de los botes pequeños ha desaparecido.

—Tenemos que ir a buscarla —digo.

—No podemos —advierte Kartik, pero ya me he puesto en marcha.

—No perderé a Fee. La necesitamos. La necesito —declaro.

—La acompañaré —anuncia la señorita McCleethy.

—Yo también —dice Ann.

Kartik niega con la cabeza.

—Estáis locas si creéis que os voy a dejar ir sin mí.

—Sí, estoy loca. Pero hace tiempo que lo sabes —contesto. Hace además de protestar y lo silencio con un repentino beso—. Confía en mí.

A regañadientes, me deja ir, y las tres nos marchamos en el bote que queda. Kartik se queda en la orilla, mientras nos observa alejarnos en el río. Con el humo y las llamas extinguiéndose detrás de él, parece levemente irreal: un espectro, la imagen parpadeante de un espectáculo de la linterna mágica, una estrella caída, un instante perdurable.

Siento la imperiosa necesidad de dar marcha atrás y correr hacia él. Pero la corriente nos atrapa y, tras ponernos en movimiento, nos lleva hacia las Tierras Fronterizas y lo que sea que allí nos aguarda.

El cielo sangra por encima de las Tierras Invernales. Arroja una luz espeluznante a las Tierras Fronterizas y se transforma en las tonalidades de un hematoma. A lo lejos, el castillo se acurruca en su toga de parras, como una mano pálida oculta en los pliegues de un vestido. Me alivia comprobar que aún está intacto.

—¿Ves a Fee por alguna parte? —susurro.

—No —responde Ann—. No veo a nadie.

Con cuidado, apartamos las espinas del muro de zarzas y nos deslizamos dentro. La señorita McCleethy lo abarca todo con una mirada nerviosa.

—¿Habéis estado aquí?

Asiento.

—Qué lugar tan lúgubre —comenta con un estremecimiento.

—Durante un tiempo fue un sitio alegre —dice Ann con tristeza.

Avanzamos deprisa y en silencio por el bosque teñido de azul. Casi todas las bayas parecen haber sido arrancadas de las ramas, y las que quedan cuelgan de matas enfermizas, olvidadas. A su paso, los gusanos devoran la fruta abandonada. Se me revuelve el estómago.

«¡Huu-uu! ¡Huu-uu!».

—¿Qué ha sido eso? —pregunta con un jadeo la señorita McCleethy.

—No se mueva —murmuro.

Nos quedamos tan quietas como estatuas. De nuevo se escucha la llamada.

«¡Huu-uu! ¡Huu-uu!».

—Salid, salid, de donde sea que estéis —se oye decir a Pip.

Sale de detrás de un árbol y rápidamente la flanquean Bessie, Mae, Mercy y otras chicas que no había visto antes. Se despliegan a su alrededor como soldados con antorchas en la mano. Es como si se me hubiera escapado todo el aire de los pulmones. Me veo obligada a mantener las manos a la espalda, fuera de la vista, para ocultar mi temblor. Se ha pintado la cara con el zumo negro azulado de las bayas. También las otras llevan marcas similares que proporcionan a sus rostros una apariencia esquelética.

A la luz del fuego, los ojos de Pip cambian de un tono a otro, del violeta al blanco; una invitación al miedo.

—Hola, Gemma. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Es... estoy buscando a Fee —digo.

Frunce el ceño juguetonamente.

—La habéis perdido, ¿verdad? Tch-tch, Gemma. Que descuidada. Bueno, supongo que habréis venido a echar un vistazo. Seguidme.

Pippa nos acompaña a su castillo como una reina conquistadora. Todavía resulta

encantadora. La magia está a su servicio; sin embargo, por lo que veo, no ha compartido mucha con sus discípulas, quienes trotan detrás de ella, andrajosas y hechas jirones, con la piel gris y estropeada.

—Bessie —empiezo a decir, pero me da un brusco empujón.

—Sigue caminando.

El castillo está tan descuidado como el bosque. Las parras trepan libremente por las paredes y cubren las balaustradas de las que cuelgan como garras verdes. Las serpientes se ensartan entre su musgosa exuberancia.

—¿Dónde está Felicity? —pregunto de nuevo.

—Paciencia, paciencia —canturrea Pippa mientras alinea cálices de bayas a lo largo del altar.

Bessie sonrío con sarcasmo mientras evalúa a la señorita McCleethy.

—¿Quién es ésa? ¿Su madre?

—Soy la señorita McCleethy, una profesora de la Academia Spence —responde McCleethy.

Pip aplaude y se ríe con una risa tonta.

—Señorita McCleethy. Usted es quien ha metido en este lío a Gemma. No me cause a mí ningún problema.

—Le causaré bastantes problemas si no nos dice enseguida dónde se encuentra la señorita Worthington —insiste la señorita McCleethy.

—No haga eso —le advierto.

—Necesita mano dura —susurra.

—Está por encima de todo eso —exhorta Ann en voz baja.

—¡Chitón! —exclama Pippa—. Éste es mi castillo. Soy la reina de este lugar. Y yo impongo las reglas.

Mae coge un racimo de bayas y Pippa niega con la cabeza.

—Mae, ya sabes que son para el ritual. Primero hay que consagrarlas.

—Sí, señorita.

Mae sonrío, aparentemente feliz por ser amonestada por su diosa.

—¡Felicity! —grito—. ¡Fee!

Los muros del castillo crujen y gruñen como si fueran a caérsenos encima. Una parra se agarra a mi bota y tiro del calzado para liberarme.

—Está en la torre —dice Mae—. Por su seguridad.

—Pip —suplica Ann—, tienes que dejarla ir. Las criaturas de las Tierras Invernales están en camino.

—No, Ann, también tú no —se queja Pippa chasqueando la lengua.

—Pip... —empieza a decir Ann.

—Todo cuanto necesito es ofrecer un sacrificio. Probé con Wendy, pero su ceguera la convirtió en una ofrenda de poco valor. Y luego volvisteis y lo supe... Supe que era el destino; ¿no lo veis?

La señorita McCleethy se pone delante de mí:

—No puedes sacrificarla a ella. Sacrifícame a mí.

—¿Qué está haciendo? —pregunto.

—Gemma —susurra la señorita McCleethy—, suceda lo que suceda, tiene que vencer el miedo y salvaguardar la magia.

«Suceda lo que suceda». No me gusta cómo suena eso.

—A veces debemos hacer sacrificios para obtener un bien mayor —dice—. Prométame que mantendrá la magia a salvo.

—Lo prometo —contesto, pero no me gusta.

Pippa me arroja hacia atrás con la fuerza de su magia. Desprevenida, caigo al suelo dolorida. Las chicas empujan la cabeza de la señorita McCleethy hacia adelante y dejan su cuello a la vista.

—¡No!

Tambaleándome, me pongo en pie y, antes de que pueda invocar la magia, Pippa libera la suya. En esta ocasión, caigo al suelo con gran estrépito, como si fuera un juguete. La señorita McCleethy cierra los ojos con fuerza; su boca dibuja una fina línea de resolución. La hoja de la espada se alza.

—Proteja la mag... —grita en el preciso instante en que la espada desciende con la velocidad del rayo.

Junto a mí, Ann no deja de gritar; sus desesperados chillidos se mezclan con los gritos exultantes de la pandilla hasta que resulta imposible decir dónde acaban unos y empiezan los otros. Tengo ganas de vomitar. Respiro entrecortadamente y las lágrimas me horadan los ojos. Ann se sienta anonadada y deja de gritar; conmocionada, guarda silencio.

Con un suspiro almibarado, las parras serpentean hacia adelante y reclaman el decapitado cuerpo de la señorita McCleethy. Las chicas se arrodillan con las manos juntas, como si rezaran. Pippa está de pie ante ellas, detrás del altar. Eleva un cáliz por encima de su cabeza y lo vuelve a bajar, murmurando palabras que no puedo oír. Coge una baya grande de la copa y la deposita con suavidad en las palmas anhelantes de Bessie. Lenta y solemnemente, desciende por la fila, entregando una baya a cada una de las chicas que están inclinadas ante ella.

—¿Quién es el camino? —brama.

—¡La señora Pippa! —responden todas al unísono—. Ella es la elegida.

—¿Cuál es nuestra misión?

—Comer las bayas y quedarnos en el paraíso.

—Amen —responde.

Como si fueran una, las chicas se llevan las bayas a la boca y las engullen.

Pip se gira hacia nosotras con los brazos extendidos y la boca abierta en una sonrisa delirante.

—Siento lo de vuestra profesora, pero no hubiera podido unirse a nosotras. Sin embargo, confío en vosotras. Al fin y al cabo, habéis vuelto. Pero tenéis que ser como nosotras, queridas. Quienes me sigan tienen que comer las bayas.

Por fin logro que me salga la voz.

—Pip, por favor, escucha. Las criaturas de las Tierras Invernales quieren apoderarse de los reinos. Si me matas, no podré luchar contra ellas.

Bessie sube los escalones que llevan a la torre y regresa con una combativa Felicity, que da patadas y alaridos. Intenta morder a Bessie y ésta la golpea con fuerza.

—¡Oh, Fee! Estás aquí. Qué alegría —dice Pippa mientras Fee la observa horrorizada.

Pippa se aproxima tranquilamente hacia nosotras y nos deposita las bayas en las manos. Le da a Ann un beso en la frente.

—Ann, cariño, ¿por qué tiemblas tanto? ¿Tienes frío?

—S-sí —murmura Ann. Los labios le tiemblan de puro terror—. Frío.

—¿Lo crees, cariño? ¿Crees que soy la elegida?

—Sí —asiente Ann sollozando.

—¿Y te comerás las bayas? ¿Aceptarás mi bendición?

—Si realmente fueras la elegida, no necesitarías intimidar a tus fieles —digo.

Si voy a morir no me iré sin hacerme escuchar.

Pippa me acaricia el pelo.

—Nunca me has gustado demasiado, Gemma. Creo que eres una celosa.

—Piensa lo que quieras. Estamos en peligro. Todas nosotras. Las criaturas de las Tierras Invernales quieren gobernar los reinos. Ya han matado a muchos de las tribus. Avanzan sin piedad y se llevan consigo las almas de quienes no se unen a ellos.

Pip se encoge de hombros.

—No he oído nada.

—Las criaturas se encaminan hacia aquí. Si me sacrifican en el Árbol de Todas las Almas, tendrán todo el poder del Templo y regirán los reinos.

—¡No pueden regir los reinos! —Se echa a reír—. No pueden porque yo soy la elegida. Yo tengo la magia. Crece en mí. ¡El árbol me lo explicó! Si ellos estuvieran conspirando, lo sabría.

—Tú no lo sabes todo, Pippa —respondo.

Acerca su rostro al mío hasta que lo tengo a escasos centímetros. Aún tiene los labios manchados del púrpura de las bayas. El aliento le huele a vinagre.

—Mientes. —Una leve sonrisa le aflora a los labios—. ¿Por qué no usas la magia en mi contra?

—Porque no quiero hacer eso —contesto con voz entrecortada.

El rostro de Pippa se ilumina.

—La has perdido, ¿verdad?

—No, no la he...

—Por eso no puedes detenerme, ¡porque yo soy la elegida! —atruena Pippa.

Bessie me agarra con fuerza del brazo.

—¡Probémosla con los descreídos! ¡Llevémoslas a las Tierras Invernales!

—¡No! —grito.

Pippa aplaude.

—¡Ése es un plan espléndido! ¡Oh, sí; vayamos!

Felicity coge a Pip de la mano.

—Pippa, si me como las bayas, si me quedo contigo, ¿dejarás que se marchen?

—¡Felicity! —exclamo.

Niega con la cabeza y me ofrece la más diminuta de las sonrisas.

—¿Lo harás? ¿Las dejarás marchar?

Una chispa de reconocimiento brilla en los ojos de Pip, como si estuviera recordando su sueño preferido. Se inclina hacia adelante, su cabello negro entretejido en las hebras rubias de Felicity, un tapiz de luz y oscuridad. Con dulzura, Pippa besa a Fee en la frente.

—No —responde rudamente.

—Pip, no lo entiendes; te lastimarán —implora Felicity, pero Pippa está más allá de cualquier tipo de raciocinio.

—¡Soy más poderosa que ellas! No me asustan. ¡Soy el camino! ¡Soy la única! Bessie, necesitamos otra voluntaria —ordena Pippa.

Me arrancan del asiento y me suben al altar, donde me aterroriza encontrar el mismo destino que la señorita McCleethy. Pippa me mete más bayas en las manos.

—Come, pues yo soy el camino.

Las bayas me manchan la palma de la mano. Dije que salvaguardaría la magia, pero no tengo elección: tengo que usarla. Debemos liberarnos.

Invoco con fuerza a mi poder y éste surge de mí con vigor renovado. Pippa inmoviliza sus brazos con los míos y nos enzarzamos en una lucha. La magia parece nueva, fuerte y terrorífica. Tengo un sabor metálico en la boca. Es como si mi sangre no estuviera bajo mi control. Bombea a destiempo y me recorre las venas mientras tiemblo. Percibo todo lo que hay dentro de Pippa: la rabia, el miedo, el deseo, el anhelo. También sé que ella siente lo que hay en mí. Encuentro su herida secreta, Felicity, y una infinita tristeza le cubre el rostro.

—Suéltame —grita con voz ronca—. Suéltame.

—Sólo si nos dejáis marchar —respondo.

Libera todo su poder y éste me arroja contra el muro del castillo y caigo al suelo, desmadejada.

—¡Basta! —exclamo.

Cuando logro liberarme, ella cae de rodillas. Noto cómo la magia vuelve a mí y no me atrevo a actuar sin todos mis sentidos. Tengo que dominar mi poder y, en ese preciso instante, Pippa libera el suyo y me clava contra la pared, donde las parras empiezan a entrecruzarse por mis manos y pies.

—¡Pippa! —grita Felicity.

Pero en estos momentos, a Pip nada le importa.

—¡Yo soy el camino! —exclama.

Felicity hace oscilar la hoja de su espada contra Pippa, y la golpea con ella. La magia pierde toda su fuerza.

—¿Fee? —dice Pip con los ojos como platos.

Contempla la profunda herida de su brazo, la sangre que resbala por las parras aterciopeladas. Con un gemido estremecedor, el castillo se tambalea y se sacude hasta que nos caemos las unas encima de las otras.

—¿Qué sucede? —pregunta a gritos Mae Sutter.

Las parras se mueven como látigos y se agarran a cuanto está a su alcance. Se produce un ensordecedor bramido cuando las antiguas piedras empiezan a desmoronarse. Corremos hacia las puertas, arracimadas por el pánico, tratando de evitar los cascotes que se nos caen encima.

—¡Pip! —grita Felicity—. ¡Pip, sal de ahí!

Sin embargo, una terrible alegría ilumina el rostro de Pip. Eleva los brazos al cielo.

—¡No hay nada que temer! ¡Soy el camino!

—¡Pip, Pip! —aúlla Felicity mientras tiro de ella.

Observamos, impotentes, cómo las parras encarnizadas localizan a Pippa y la derriban con fuerza.

—¡No! —exclama—. ¡Yo soy el camino!

Llueven piedras del cielo y, poco después, el gran castillo se viene abajo y entierra a Pippa bajo sus muros derruidos, silenciándola para siempre.

Felicity, Ann y yo escapamos por poco. Jadeando, nos tendemos en la hierba mientras el castillo vuelve a hundirse en la tierra, que reclama lo que le pertenece; Pippa se hunde con él. Bessie y Mae han escapado, al igual que algunas más. Mercy ha quedado sepultada junto a Pippa.

Las chicas contemplan el lugar donde Pippa había estado poco antes.

Mae sonríe entre lágrimas.

—Ella quería que fuera así —dice completamente extasiada—. ¿No lo veis? Se ha sacrificado a sí misma. Por nosotras.

Bessie niega con la cabeza.

—No.

Mae se agarra las faldas.

—Tenemos que seguir haciendo lo que ella nos mandó hacer. Tenemos que comernos las bayas. Seguir sus dictados. Y ella regresará. Reza conmigo, Bessie.

Bessie se la quita de encima.

—No lo haré. Se ha acabado, Mae. Levántate.

—Ella era la elegida —insiste Mae.

—No, te equivocas —digo—. Sólo era una chica.

Mae no lo considera así. Coge las bayas a puñados y las engulle mientras pronuncia el nombre de Pippa como una plegaria cada vez que se come una. Se agarra con fuerza a su creencia; no quiere reconocer que ha sido engañada, que ha

sido abandonada aquí, que está sola, sin nadie que la guíe excepto su propio corazón.

Bessie echa a correr detrás de mí.

—¿Puedo ir?

Asiento. Es una camorrista, y puede que necesitemos una.

Alcanzo a Felicity.

—Fee... —la llamo.

Se limpia la nariz en la manga y aparta la cara de mí.

—No.

Debería dejarla en paz, pero no puedo.

—Desapareció durante algún tiempo. Y fuiste la única fuerza que impidió que se transformase completamente. Eso es magia. Puede que la más poderosa que haya visto jamás.

La Gorgona no ha esperado a que regresemos. Zarpó después de que nos marcháramos y ahora nos aguarda en el río. Kartik echa un vistazo al rostro manchado de lágrimas de Felicity y la deja tranquila. Bessie y él se evalúan mutuamente, y ella se dirige al barco sin pronunciar palabra.

—Se ha acabado —le digo—. Gorgona, llévanos a las Tierras Invernales.

Fowlson se me acerca enseguida.

—¡Espera! ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está Sahirah?

—Lo siento —respondo en voz baja.

Tengo miedo de que se ponga a gritar. A aullar. A maldecirnos. A golpear algo. Sin embargo, se deja caer en silencio en la cubierta del barco con la cabeza entre las manos, lo que resulta mucho peor.

—¿Qué podemos hacer? —pregunto a Kartik con un susurro.

—Dejarlo en paz.

La Gorgona nos conduce por el río. Unos pequeños fuegos arden sobre el agua, resplandecientes en sus incensarios. Las llamas brincan y crepitan y nos amenazan con su calor. El viento sopla y su asfixiante ceniza nos salpica. Es como entrar en la boca del infierno.

Un relámpago palpita tras las nubes rojas, serpenteantes y revueltas que cubren las Tierras Invernales.

—Estamos cerca —dice la Gorgona.

Ann ahoga un grito con una mano en la boca. Tiene la vista clavada en el agua, donde el cuerpo sin vida de alguna alma desafortunada pasa flotando boca abajo. Se balancea durante un instante, lúgubre recordatorio de nuestra tarea, y después se lo lleva la corriente. Sin embargo, permanecerá para siempre en mi memoria. El resto de nosotros guarda silencio. Abandonamos las Tierras Fronterizas y entramos en las Tierras Invernales; ya no hay vuelta atrás.

La Gorgona atraca con cautela en la laguna donde vimos por vez primera al ejército de la muerte. Hay hogueras en las cimas de los escarpados acantilados. No quiero saber quién las ha encendido ni qué se ha usado como combustible. La tribu del bosque y los Hajin han llevado sus embarcaciones a tierra. Philon dirige sus ojos acerados hacia los acantilados en busca de algo.

—¿Por dónde se llega al árbol? —pregunta la criatura mientras se carga al hombro un hacha resplandeciente.

—Hay un pasadizo por allí —contesto.

—¿Dónde está la profesora? —quiere saber Philon.

—Perdimos a la señorita McCleethy en las Tierras Fronterizas —respondo.

Fowlson se ha quitado el cinturón. Afila su navaja contra la piel en movimientos cada vez más rápidos.

—Me temo que eso sea sólo el principio —contesta Philon.

Con las armas en la mano, nuestra andrajosa cuadrilla se encamina hacia el estrecho pasadizo que conduce al corazón de las Tierras Invernales. Suplico a la Gorgona por última vez.

—Me gustaría que te unieras a nosotros. Podrías sernos de gran utilidad.

—No puedo ser digna de confianza —insiste.

Me inclino más cerca de ella de lo que nunca había hecho, como si fuera a abrazarla. Una de las serpientes me roza la muñeca y no la aparto. Agita su lengua y avanza hacia mí.

—Confío en ti.

—Porque no me conoces.

—Gorgona, por favor...

Sus ojos reflejan dolor y los cierra para ocultarlo.

—No puedo, Su Excelencia. Esperaré tu regreso.

—Si es que regreso —digo—. Nos superan en número y mi magia es impredecible.

—Si fracasas todos estaremos perdidos. Destruye el árbol. Ésa es la única alternativa.

—¿Viene con nosotros? —pregunta Ann cuando los alcanzo.

—No —respondo.

Philon contempla el despiadado paisaje: las nubes veteadas de rojo, el implacable pasillo que hay delante. Un viento duro y frío nos arroja a la cara arena granulosa.

—Lástima. Su fortaleza guerrera nos hubiera sido de gran ayuda.

Nos agolpamos en el estrecho cañón. Una criatura mañosa y pálida desliza su mano viscosa desde detrás de una rosa, y tengo que poner una mano en la boca de Ann para silenciar su grito.

—Sigue caminando —susurro.

Kartik vuelve a apiñarse bajo los escalafones.

—Gemma, no creo que debamos salir como hicimos antes. Estaremos expuestos. Hay un pequeño túnel que lleva hasta un saliente situado tras los acantilados. Es estrecho, no es fácil, pero desde allí podremos vigilarlos y estaremos protegidos.

—De acuerdo —digo—. Encabeza la marcha.

Nos arrastramos por un saliente despedazado con un pronunciado desnivel que conduce al vacío. La sangre me bombea con fuerza, por lo que mantengo la vista enfocada en el hacha resplandeciente de Philon, justo delante de mí. Por fin, salimos del túnel a empujones; Kartik tenía razón: hay un punto tras el acantilado donde podemos ocultarnos.

—¿Has oído eso? —pregunta Kartik.

A lo lejos se oyen unos tambores que resuenan en las montañas.

—Iré a ver —dice Kartik.

Trepa a gatas por la escarpada montaña, como si hubiera nacido para ello. Asoma la cabeza por encima del borde del acantilado y luego se da prisa en bajar.

—Se están concentrando en el brezal.

—¿Cuántos son? —pregunta Philon.

El rostro de Kartik se ensombrece.

—Demasiados para contarlos.

El redoble de los tambores me resuena en los huesos. Me llena la cabeza hasta que creo volverme loca. Sería más fácil no ver cuántos son, no mirar el horror que representan ni saber. Sin embargo, tengo que saber. Tengo que saber.

Me agarro fuerte a la roca para incorporarme y echar un vistazo por encima de los desnivelados peñascos que nos protegen por ahora.

Kartik no mentía. El ejército de las Tierras Invernales es numeroso y terrorífico. Por delante avanzan los rastreadores, envueltos en una nube de capas negras que ondean abiertas y muestran las almas que llevan atrapadas en su interior. Incluso a esa distancia puedo ver el destello de sus dientes aserrados. Sobresalen por encima de los demás, pues miden casi dos metros de alto. Los Guerreros Amapola, ataviados con sus enmarañadas cotas de malla, se transforman en enormes cuervos negros y sobrevuelan los campos. Graznan con una escalofriante persistencia; se elevan cada vez más hasta que un remiendo del cielo se convierte en una imagen borrosa negra y el aire cruje con sus chillidos. Ruego por que no vuelen en nuestra dirección y descubran nuestro escondrijo. Detrás de ellos hay un ejército de espíritus corruptos: los muertos vivientes. Sus ojos están hundidos y cegados o son como los inquietantes ojos blanco azulados de Pippa. Los siguen sin rechistar. Y, en medio, está el árbol, más alto, más poderoso que la última vez que lo vi. Sus ramas se extienden en todas las direcciones. Juro que puedo ver a las almas resbalar por debajo de su corteza como si fueran sangre. Sé que en su oscuro corazón se oculta Eugenia Spence.

Los tambores resuenan con un ritmo ensordecedor.

—¿Cómo vamos a luchar contra ellos? —pregunta Ann y siento su miedo en mi corazón.

—Mirad, aquí abajo —dice Felicity.

Uno de los Guerreros Amapola lleva a Wendy a rastras. Camina dando traspiés, exhausta, pero al menos está incólume. Comer esas bayas la ha condenado a vivir aquí, pero hay que salvarla de ser sacrificada. El Guerrero Amapola le lame la mejilla y Wendy retrocede. No soporto verla encadenada a semejante bestia.

Cesan los tambores y el silencio es aún más terrorífico.

—¿Qué están tramando? —pregunta Fowlson, navaja en mano.

—No lo sé —respondo.

El árbol habla:

—¿Habéis traído el sacrificio?

—Ella está aquí, en algún sitio —responde el rastreador.

—Hace mucho que te espero —murmura el árbol con la misma voz que me atrajo la primera vez—. ¿Me conoces? ¿Sabes lo que podríamos hacer juntos? ¿Que podríamos gobernar este mundo y el otro? Únete a mí...

Sus palabras me envuelven.

—Gemma... ven a mí...

Es mi madre. Mi madre de pie en ese campo, ataviada con su vestido azul; sus brazos esperan abrazarme.

—Madre —susurro.

Kartik me coge de la cara y la acerca a la suya.

—Eso no es tu madre, Gemma. Ya lo sabes.

—Sí lo sé.

Vuelvo a mirar y la imagen parpadea como un cuadro pintado con gas y fuego.

—Pueden hacernos ver lo que quieran que veamos y hacernos creer lo que sea —me recuerda una Hajin de ojos marrón oscuro.

—¿Cómo vamos a combatirlos? —pregunta un centauro—. ¡Cojamos la magia de la sacerdotisa!

—No —dice Philon sin dejar de mirarme—. Si recurrimos a la magia ahora, seguramente el árbol lo detectará y temo lo que eso pueda significar.

Fowlson lo mira con dureza.

—Tenemos que llegar a ese árbol, compañero. Hay que talarlo.

—Sí, ése es nuestro propósito —dice Felicity, que ha recuperado su espada y está deseando usarla.

Entre nuestro contingente surge una pequeña disputa. Nadie se pone de acuerdo en el plan a seguir. Abajo en el llano, veo a esos espectros horribles y el árbol que contiene el alma de Eugenia. También percibo la presencia de mi madre, de Circe, la señorita McCleethy, Pippa, Amar... y tantos nombres. Tantas pérdidas.

—Siglos de lucha y ¿para qué? —pregunto—. Esto tiene que acabar hoy. No puedo seguir viviendo con miedo. He maldecido este poder. Lo he disfrutado y despilfarrado. Y también lo he ocultado. Ahora tengo que intentar esgrimirlo de forma correcta, darle una finalidad, y espero que baste con eso.

Un centauro empieza a hablar pero Philon lo acalla levantando un dedo.

—El doctor Van Ripple me dijo que las ilusiones funcionan porque la gente quiere creer en ellas. Pues muy bien. Démosles lo que quieren —digo.

Philon entrecierra los ojos.

—¿Cuál es tu plan?

—Buscan a la elegida. ¿Y si ella está en todas partes a la vez? ¿Y si puedo reflejar mi imagen en el saliente de esta montaña y mucho más allá? Me verán en cada recodo. Y ¿cómo van a sacrificar a alguien que no existe?

Philon se acaricia sus delgados labios con una mano, pensativo.

—Inteligente pero arriesgado, sacerdotisa. ¿Y si nos descubren?

—Sólo necesitamos el tiempo suficiente para desconcentrarlos mientras nos acercamos al árbol y lo derribamos.

—¿Y qué hay de la daga? —pregunta Felicity.

—Déjame eso a mí —respondo.

—¿Cómo sabemos que acabaremos con todo esto talando el árbol? —pregunta un centauro.

—No lo sabemos —contesto—. Pero es lo mejor que tenemos si todos están de acuerdo.

Se produce un general gesto de asentimiento acompañado de síes.

—Fowlson, Felicity, vosotros encabezaréis el ataque. Ann —digo mirando su valiente rostro—, intenta liberar a Wendy del horrible Guerrero Amapola.

—¿Y yo? —pregunta Kartik.

«Tu quédate conmigo».

—Alguien tendrá que estar pendiente de Amar. Es muy poderoso —digo apesadumbrada.

—Gemma, vamos a estar luchando codo con codo —responde, y sé que está pensando en su sueño.

—Sólo fue un sueño —digo y trago saliva mientras espero que diga su respuesta, como una broma que podamos mantener cuando esto acabe, pero se limita a asentir, lo que hace que aumente mi miedo.

—¿Y si después de todo te encuentran? —pregunta Philon.

«Moriré aquí. Mi alma se perderá para siempre en las Tierras Invernales. Los reinos y nuestro mundo serán gobernados por las criaturas de las Tierras Invernales».

—No intentéis salvarme. Llegad hasta el árbol. Taladlo. No sé si es un buen plan o no. Pero algo tenemos que hacer. Y sólo juntos podemos llevarlo a cabo.

Extiendo una mano. La espera se me hace el momento más largo de mi vida. Kartik pone su mano en la mía. Felicity y Ann lo imitan rápidamente. A continuación, les siguen los largos dedos de Philon. Bessie y Fowlson. Los Hajin. Los centauros. La tribu del bosque. Mano sobre mano, nos unimos al unísono, hasta el último de todos nosotros. Me esfuerzo por concentrarme para alejar todos los pensamientos excepto los míos. Sería sencillo que se entrometieran los pensamientos de las criaturas de las Tierras Invernales, que el árbol se deslizara en mi mente. Siento cómo la magia fluye de mi interior hasta los otros, uno a uno. Cuando abro los ojos, es como estar en la sala de los espejos de un parque de atracciones. Mire a donde mire, todos somos iguales. Todos los presentes tienen mi rostro. ¿Cómo podrán encontrar a la elegida si todos lo somos ahora?

—No hay tiempo para reconsideraciones —digo—. Nos descubrirán de un momento a otro. No dejemos que nos pillen desprevenidos.

Los tambores resuenan de nuevo. La sangre se me agolpa en los oídos. Nos desplegamos a lo largo de las cimas de los acantilados. Abajo, los horribles rastreadores señalan y gritan. Corren a las armas y nosotros hacemos lo mismo.

Corremos hacia el campo. Se desenvainan espadas. El restallido del acero contra el acero hace que un escalofrío me suba por la espalda. Desde los acantilados, los centauros arrojan una lluvia de flechas. Una flecha me pasa silbando y halla su objetivo en un espectro peligrosamente cercano.

—¡Ahhhhhhhh!

Un intenso grito de guerra escinde el aire. Veo a uno de los nuestros blandiendo una espada como si hubiera nacido para ello y sé que bajo esa ilusión late el corazón de mi amiga Felicity.

Apenas creo lo que ven mis ojos. Con paso furioso se acerca a nosotros la Gorgona, con una espada en cada una de sus cuatro manos. Se tambalea al caminar, pues no está acostumbrada a sentir el peso de sus piernas después de tanto tiempo sin usarlas. Pero no importa. Constituye una figura magnífica y terrible, una giganta verde dando golpes a diestra y siniestra. Las serpientes de encima de su cabeza se retuercen y sisean.

—Si queréis batalla la tendréis. Soy la última de mi estirpe. No me dejaré morir sin luchar —grita por encima del estrépito.

Es una imagen digna de contemplar en toda su gloria. Las serpientes se mueven histéricas en su cabeza. Me siento tan sobrecogida por su majestuosidad como aterrorizada por su terrible poder. Algunas criaturas se quedan de piedra al verla; a otras las reduce con la fuerza de su espada. Es como si no nos oyera ni nos viera. Está completamente concentrada en la batalla, tanto que alza su espada contra uno de nosotros por error.

—¡Gorgona! —grito.

De inmediato se gira hacia mí. Y, oh, esa horrible resolución en sus ojos amarillos ahora que es libre. Es un horror del que no puedo apartar la vista. Me siento caer bajo el hechizo aterrador de la Gorgona. Mis pies se endurecen hasta volverse de piedra. No puedo moverme. El mundo se aleja girando sobre sí mismo. Los sonidos de la batalla desaparecen. Sólo escucho el seductor siseo de la Gorgona.

—Mírame, mírame, a mí, a mí, mira y asómbrate...

La piedra repta por mi sangre.

—Gorgona —digo con voz ahogada, aunque no sé si me oye o no.

—Mírame, mírame...

No puedo respirar.

Las serpientes sisean salvajemente. Los ojos de la Gorgona dejan de parecer sedientos de sangre. Se abren de par en par, horrorizados.

—¡No mires, Su Excelencia! —aúlla la Gorgona—. ¡Cierra los ojos!

A pesar de la fuerza que he perdido, lo hago. De inmediato se interrumpe el trance. Mis extremidades se aflojan aliviadas y caigo al suelo jadeando.

La Gorgona me ayuda a ponerme en pie.

—No vuelvas a mirarme, pues no soy quien crees conocer. Ahora soy una guerrera. Protégete a ti misma. ¿Lo has entendido?

Asiento furiosamente.

—Podría haberte matado —dice temblando.

—Pero no lo has hecho —jadeo.

Escucho un lamento. Uno de los nuestros ha caído. De forma accidental, un espectro ha derramado sangre. La falsa Gemma cae a tierra.

—¡Estúpido! —grita Amar—. ¡Si viertes su sangre aquí, no podremos apoderarnos de su alma!

El cuerpo que yace en el suelo deja de ser una ilusión de mí misma. La magia titila y se desvanece. Mi rostro es reemplazado por el rostro de una Hajin. Sus ojos oscuros los observan fijamente.

La criatura aúlla de rabia.

—¡Nos han engañado! ¡Ésta no es la elegida!

—Encuéntrala. A la verdadera.

—¡Aquí! —exclama uno de los nuestros.

—No, soy yo. ¡Yo soy la elegida! —grita otro desde el campo de batalla.

—Soy la que buscáis —se oye decir a otra voz.

—¡Nos están confundiendo! ¿Cómo podemos estar seguros si usan la magia de los reinos en contra de nosotros? —gritan las criaturas.

—¡Es esa de la roca! —exclama un Guerrero Amapola.

—¡No, te digo que es esa que está cerca de mí!

Estamos por todas partes, y la situación les sobrepasa hasta tal punto que se enfrentan los unos a los otros.

—¿Por qué deberíais luchar por la gloria del árbol? ¿O por la de los rastreadores? Os dejarán morir y se apoderarán de toda la magia. El árbol os gobernará como hizo la Orden —grito por encima del estruendo.

Las criaturas apenas me miran, pero me escuchan.

—Seguiréis siendo esclavos del poder de alguien más. ¿De verdad creéis que lo compartirán con vosotros? —pregunta a gritos uno de los nuestros.

Amar se abre a paso a lomos de su corcel.

—¡No los escuchéis! ¡Son unos embaucadores!

Una criatura esquelética con largas alas de polilla hechas jirones agita su lanza por encima de la cabeza.

—¿Por qué deberíamos darle el poder a ellos cuando podemos quedárnoslo?

—¿Qué nos ofreces? —pregunta otro hombre, con la piel tan gris como la lluvia.

—¡Silencio! —Los rastreadores abren sus horripilantes capas para mostrar las almas que aúllan en su interior—. Veis lo que queremos que veáis.

Las criaturas de las Tierras Invernales se encogen y vuelven a caer bajo el hechizo de sus líderes.

—Ella emplea su encantamiento en contra de nosotros. Encontrad a la chica, a la verdadera —dice el árbol—. No les permitáis que os engañen. Ella será la única a quien intenten proteger.

Un rastreador se acerca corriendo a la Gorgona, que lo detiene con una mirada y la criatura cae en trance. La espada se alza en lo alto. Aúlla al descender y el rastreador cae como un vástago bajo una fuerte tormenta. Lo que sea que sale de él, alguna fuerza de su interior, abandona su cuerpo formando espirales como una tormenta de arena y se introducen en el Árbol de Todas las Almas. El árbol lo acepta con un grito terrible. Con un fuerte crujido, las ramas se extienden más lejos y más largas; las raíces se hunden todavía más en el páramo helado. El árbol resplandece con energía renovada.

—¡Gorgona! —exclamo por encima de la lluvia de flechas y los gritos de batalla—. ¡Tenemos que parar!

—¿Por qué? —pregunta sin atreverse a mirarme.

—Cuantos más matamos más fuerte se hace el árbol. ¡Aloja a las almas! No los estamos derrotando; ¡los estamos fortaleciendo!

Examino el campo de batalla y observo a Kartik mientras huye de su hermano. Es el Kartik liberado de su disfraz, con sus rizos oscuros enmarcándole el rostro como la melena de un león. Corre con elegancia y con fuerza. Miro alrededor y alcanzo a ver brevemente que la ilusión empieza a desvanecerse en Felicity y Philon. ¡La magia no está aguantando! En cuestión de minutos se descubrirá nuestro plan, me encontrarán y después...

Escucho el grito de Philon. Un rastreador ha herido a la alta y elegante criatura. El hacha yace a un lado. No hay tiempo para pensar. Tengo que llegar hasta el árbol.

Me levanto las faldas, corro tan rápido como me es posible y me apodero del hacha. Estoy a punto de caer en el hielo y la sangre, pero no aflojo el paso. Corro directamente hacia el árbol.

—¡Ya viene! —aúlla el árbol.

Sus raíces se extienden, se enredan en mis tobillos y me tiran al suelo con fuerza. El hacha se me escapa de la mano y aterriza fuera de mi alcance.

—Gemma...

Miro hacia arriba. Por encima de mi cabeza, en el laberinto de ramas del árbol, Circe está envuelta en una crisálida de ramas, enredaderas y puntiagudas ortigas. Tiene el rostro gris, y su boca hinchada está cubierta de ampollas. En las manos se halla la daga.

—Gemma —me llama con voz ahogada—. Tienes que... acabarlo...

Las ramas se ciñen alrededor de su cuello, cercenando su advertencia, pero no antes de que arroje la daga al suelo. Escarbo entre las gruesas raíces para encontrarla.

—Gemma, ¿quieres renunciar a todo esto? ¿Para qué? ¿A qué volverás cuando acabes conmigo? —entona el árbol—. ¿A una ordenada vida anodina? ¿Sin nada de especial? ¿Sin nada de nada?

—Seré diferente —respondo.

—Eso es lo que dicen todos. —El árbol se echa a reír amargamente—. Y luego su magia mengua cada vez más. Crecen y se alejan. Sus sueños se desvanecen al igual

que su hermosura. Cambian. Y, cuando finalmente reconocen que era esto lo que querían, es demasiado tarde para ellos. No pueden volver. ¿Será ése tu destino?

—N-no —contesto y me aparto de la daga en las parras.

—¡Gemma!

Kartik me llama pero no puedo apartar la mirada del árbol ni puedo dejar de escucharlo.

—Quédate conmigo —dice suavemente—. Como ahora, para siempre. Joven. Hermosa. Floreciente. Ellos te venerarán.

—¡Gemma! —oigo decir a Felicity.

—Quédate conmigo...

—Sí —respondo.

Extiendo una mano anhelante hacia el árbol pues él me comprende. Apoyo la palma en la corteza y, de repente, todo se desvanece. Sólo estamos el árbol y yo. Veo a Eugenia Spence ante él, majestuosa y segura. Busco a mis amigos, pero se han ido.

—Entrégate a mí, Gemma, y nunca volverás a estar sola. Serás venerada. Adorada. Amada. Pero tienes que entregarte a mí; un sacrificio voluntario.

Las lágrimas me resbalan por el rostro.

—Sí —murmuro.

—Gemma, no escuches —dice Circe con voz ronca.

Durante un breve instante, dejo de ver a Eugenia; sólo veo el árbol, la sangre que bombea bajo su pálida piel, los cuerpos de los muertos que cuelgan de él como campanas de viento.

Ahogo un grito; Eugenia se halla de nuevo ante mí.

—Sí, esto es lo que deseas, Gemma. Inténtalo cuanto quieras, pero no lograrás destruir esa parte de ti. La soledad del yo que aguarda bajo los peldaños de tu alma. Siempre presente, por mucho que te esfuerces en librarte de él. Te comprendo. De verdad. Quédate conmigo y nunca volverás a estar sola.

—No escuches... a esa... zorra —grazna Circe y las parras se ciñen aún más a su cuello.

—No, se equivoca —digo a Eugenia como si acabara de despertar de un largo sueño—. Es usted quien no puede matar a esa parte de usted misma. Y tampoco puede aceptarla.

—No sé a qué te refieres —responde con incertidumbre por vez primera.

—Por eso lograron atraparla. Sabían cuál era su temor.

—¿Y cuál es, si puede saberse?

—Su orgullo. No creía que pudiera tener las mismas cualidades que las criaturas.

—Yo no soy como ellas. Yo soy su esperanza. Su sostén.

—No. Eso es lo que se dice a sí misma. Por eso Circe me pidió que buscara mis rincones oscuros. Si no lo hubiera hecho, me hubieran cogido desprevenida.

Circe se echa a reír, una risa astillada que halla una brecha bajo mi piel.

—¿Y qué me dices de ti, Gemma? —ronronea Eugenia—. ¿Has «buscado» en ti

misma, tal como afirmas?

—He hecho cosas de las que no me siento orgullosa. He cometido errores — contesto en un tono de voz cada vez más elevado mientras mis dedos buscan la daga de nuevo—. Pero también he hecho cosas buenas.

—Y, sin embargo, sigues estando sola. Tantos intentos y todavía te sientes al margen, mirando desde el otro lado de la ventana. Temerosa de lograr lo que quieres de verdad porque ¿y si, después de todo, no basta con eso? ¿Y si lo obtienes y aun así te sientes sola y al margen? Es mucho mejor rodearte de añoranza. Anhelos. Desazones. Pobre Gemma. No encajas en ningún lugar, ¿verdad? Pobre Gemma, completamente sola.

Es como si me hubiera asestado un golpe en pleno corazón. Me tiembla la mano.

—Yo... yo...

—Gemma, no estás sola —jadea Circe y mi mano toca algo metálico.

—No. No lo estoy. Soy como todos los que habitan en este estúpido, maldito y asombroso mundo. Soy imperfecta. Insoportablemente. Pero optimista. Y aún soy yo. —Ya la tengo. Segura y fuerte en mi puño—. Sé cuál es su juego. Sé la verdad.

De un salto me pongo de pie y, de repente, la ilusión que Eugenia ha modelado se ha roto. Veo el campo de batalla plagado de sangre y combates. Se oye el sonido metálico del acero contra el acero, gritos de venganza, miedo, protagonismo y ansia de poder, desesperación, auténtico valor y rectitud despiadada; y todo ello difuminado en un terrible estruendo que ahoga todas las voces, los corazones y las esperanzas.

—Bien hecho, Gemma —dice Eugenia—. Efectivamente, eres muy poderosa. Es una lástima que no vivas lo suficiente para cometer más espléndidos errores.

Empuño la daga.

—De acuerdo. Acabemos esto de la manera adecuada.

Las numerosas ramas del árbol se extienden y gimen. Su superficie se enturbia de almas devoradas. Intento ver con claridad, pero no se trata de una ilusión, sino de una realidad terrorífica, y caigo hacia atrás cuando el árbol se alza aún más, y se abalanza sobre mí.

—Gemma, hazlo —gime Circe, agónica.

Conmino a toda la magia de la que dispongo y la canalizo a través de la daga.

—¡Libero a las almas aquí atrapadas! ¡Quedáis liberadas!

Cierro los ojos e intento hundir la daga en el árbol. Una rama me la arranca de la mano. Con un grito ahogado, la veo caer. El árbol chilla y aúlla captando la atención de todos los presentes en el campo de batalla.

—¡Que se derrame su sangre! —ordena el árbol.

—¡Gemma! —exclama Kartik y detecto alarma en su voz.

Amar viene a por mí. Espolea a su caballo para que corra aún más. Pugno por liberarme del abrazo del árbol y me precipito hacia la daga, que ha quedado fuera de mi alcance. Durante unos instantes el tiempo se ralentiza. El rugido de la batalla se

reduce a un zumbido. Sólo se oyen los cascos del caballo que acompañan su ritmo al bombeo de mi sangre en los oídos. Veo a Kartik, cuya mirada trasluce una férrea determinación: correr en pos de su hermano. Y luego el mundo gira en el tiempo.

Las raíces me ponen la zancadilla. Caigo al suelo. Jadeando, me arrastro hacia la daga, pero Amar es más rápido.

—¡No! —grita Kartik.

Siento un dolor agudo en el costado. Miro hacia abajo y ahí está la daga; la sangre se extiende por mi blusa blanca en una mancha cada vez más grande.

—¡Gemma! —grita Felicity.

La veo correr hacia mí con Ann detrás.

Me tambaleo hacia delante y, al llegar al árbol, me arranco la daga del costado con un grito angustiado.

—Yo... libero... a estas almas —repito en un susurro.

Clavo la daga en el árbol y éste aúlla de dolor. Las almas se escapan de su corteza y salen a empujones por las ramas como hojas de fuego y, después, desaparecen.

Parpadeo. La tierra se ondula. El cuerpo me tiembla hasta que no puedo detenerlo. Estoy atrapada en el abrazo del árbol. Lo último que oigo al caer contra las ramas que me acunan es a Kartik gritando mi nombre.

La niebla es espesa y acogedora. Besa mi enfebrecida piel con frescura, como los amorosos labios de una madre. No puedo ver lo que hay adelante. Igual que en mis sueños. Ahora un destello amarillo saja la niebla gris. Algo se acerca. El destello procede de un candil que cuelga de un largo palo, y éste se halla sujeto a una barcaza engalanada con flores de loto. Han venido las Tres y han venido a por mí. En la niebla, detrás de mí, oigo una voz familiar: «Gemma, Gemma». Se me acerca con un suave susurro, y deseo volver a ella, pero las mujeres me llaman por señas y voy a su encuentro. Sus movimientos son lentos, como si hicieran un gran esfuerzo. También los míos lo son. Mis pies parecen hundirse en el lodo a cada paso que doy; sin embargo, cada vez estoy más cerca.

Abordo la barcaza. Asienten. La anciana toma la palabra.

—Ha llegado tu hora. Tienes que tomar una decisión.

Abre la mano y aparecen unas cuantas bayas de color púrpura, mucho más oscuras que las que comía Pip. Descansan en el hueco de su palma, brillantes como piedras preciosas.

—Cómete las bayas y te transportaremos a la gloria. Recházalas, y tendrás que regresar a lo que sea que te aguarda. En cuanto te decidas, no habrá marcha atrás.

Durante un instante, escucho a mis amigas llamarme, pero parecen estar muy lejos, como si pudiera correr y correr en pos de ellas sin alcanzarlas jamás.

—Gemma.

Oigo de nuevo a Circe detrás de mí. Ha perdido su antigua palidez grisácea. Tiene el mismo aspecto que el primer día que la vi en la academia, cuando era la señorita Moore, la profesora que amé.

—Has hecho bien —me dice.

—Tú sabías que Eugenia se había transformado en el árbol, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y querías salvarme? —pregunto esperanzada.

Me sonrío con tristeza.

—No te hagas ilusiones respecto a mí, Gemma. Primero quería salvarme a mí misma. Segundo, tener el poder. Y tú estabas en un lejano tercer puesto.

—Pero al menos estaba en tercer lugar —respondo.

—Sí —afirma con una risita—. En tercer lugar.

—Gracias —digo—. Me has salvado.

—No. Tú te has salvado. Yo sólo ayudé un poco.

—¿Qué será de ti ahora? —pregunto.

No me responde.

—Vagará eternamente entre esta neblina —contesta la bruja.

La elección está ante mí, en su palma. Los gritos de mis amigas se debilitan en la niebla. Cojo una baya gruesa y me la llevo a la lengua; la saboreo. No es ácida. Al contrario, noto un dulzor placentero y luego nada. Es el sabor del olvido. Del sueño y los sueños de los que no se despierta. No volver a anhelar ni a desear, nunca jamás luchar, lastimar, amar o desear. Y entiendo que eso es lo que verdaderamente significa perder tu alma.

Mi boca se entumece con su dulzor. La baya se asienta en mi lengua.

Felicity con varas de oro en los brazos. La voz de Ann, fuerte y firme. La Gorgona marchando a través del campo de batalla.

Todo habrá acabado en cuanto me trague la baya. Eso es todo. Tragarme la baya y con ella todas las dificultades, las preocupaciones, las esperanzas. Qué fácil sería hacer eso.

Kartik. Lo dejé en el árbol. El árbol. Yo tenía que hacer algo allí.

Tan fácil, tanto...

Kartik.

Con un terrible esfuerzo, escupo la baya y me atraganto cuando intento que mi lengua se libere de su empalagoso entumecimiento. Me duele el cuerpo como si hubiera estado empujando una roca colina arriba, pero ahora me he librado de ella.

—Lo siento. No puedo ir con vosotras. Ahora no. Pero quiero hacer una petición, ¿puedo?

—Si lo deseas —dice la bruja.

—Sí. Me gustaría ofrecer mi lugar a otra —respondo sin dejar de mirar a Circe.

—¿Me lo darías? —pregunta.

—Me has salvado la vida. De algo tiene que servir.

—Sabes que detesto los sacrificios —replica.

—Lo sé, pero no permitiré que deambules en la niebla. Es demasiado peligroso.

Me sonrío.

—Has hecho muy bien, Gemma. —Se vuelve hacia las Tres—. Acepto.

Circe sube a bordo de la barcaza.

La bruja me hace un gesto de asentimiento.

—Has tomado una decisión. Y ahora no hay vuelta atrás. Tendrás que aceptar cuanto te suceda.

—Sí, lo sé.

—Te deseamos suerte. No volveremos a encontrarnos.

Me interno en la orilla envuelta en una turbia niebla mientras las doncellas empujan la percha contra el fondo del río y avanzan lentamente entre la niebla; Circe se refugia entre las sombras. Me muevo poco a poco hasta que mis piernas recuerdan cómo caminar con rapidez y luego echo a correr. Corro con todas mis fuerzas, abriéndome paso entre la neblina con zancadas ávidas y resueltas hasta que parezco volar. Percibo la dureza de las ramas a mi espalda, un dolor lacerante en el costado. Me lo aprieto con una mano y, cuando la retiro, está empapada de sangre.

Regreso de nuevo a la tierra congelada de las Tierras Invernales.

—Kartik. ¡Kartik!

Mi voz es áspera y débil. La poca magia que me queda se debilita.

Sus ojos se abren de par en par, alarmados.

—¡Gemma! No te muevas. Si tu sangre cae en el suelo de las Tierras Invernales...

—Lo sé.

Con gran esfuerzo, clavo la daga hasta la empuñadura y retrocedo para alejarme de la maraña de raíces del árbol. Me llevo una mano a la herida y la sangre me resbala por ella. El árbol se balancea en precario. Las criaturas de las Tierras Invernales aúllan al ver su herida mortal. Con un estrepitoso crujido, se abre por la mitad y la magia que contiene se desangra.

—¡Alejaos! —grita la Gorgona, pero no lo suficientemente rápido.

Todo el poder del árbol se derrama en Kartik. Su cuerpo recibe la magia como si lo golpearan cientos de veces. Cae al suelo y me temo que lo haya matado.

—¡Kartik! —exclamo.

Lentamente, se tambalea y se pone en pie; sin embargo, ya no es Kartik. Es otra cosa, un ser estampado en sombras y luz, sus ojos oscilan del marrón a un terrorífico blanco azulado. Es tan brillante que los ojos me duelen al mirarlo. Todo el poder del árbol —la magia de las Tierras Invernales— ahora se halla dentro de él, y desconozco qué significa eso.

—¡Kartik!

Extiendo una mano para alcanzarlo y mi sangre se vierte en el suelo helado.

—¡Revive! —grita un rastreador ante los gritos de los otros.

Las raíces laceradas del árbol cobran vida. Se retuercen entre mis tobillos y me suben por las espinillas. Chillo e intento alejarme, pero me están devorando.

—No lo hemos matado —jadeo—. ¿Por qué?

—No puede ser asesinado —atruena Amar—. Sólo puede ser modificado.

Felicity y Ann corren a liberar las raíces mientras Fowlson las corta a hachazos, pero los nuevos brotes son muy fuertes.

—Te dije que nos la traerías, hermano. Que serías la causa de su muerte —dice Amar con tristeza.

Kartik destella, rebosante de poder.

—Dijiste que me dejara guiar por mi corazón —le dice a Amar y un resto del antiguo Amar, lo que sea que aún quede de él, lo escucha.

—Eso hice, hermano. ¿Me darás la paz?

—Te la daré.

Tan veloz como un tigre, Kartik se apodera de la espada de Amar, éste alza los brazos y Kartik se la clava. Amar emite un profundo aullido. La luz es penetrante y luego deja de existir. Kartik pone sus manos en mi costado. La magia destella al cobrar vida y los dos brillamos con la luz y nos oscurecemos con las sombras. Su

fuerza se vierte en mí hasta que la magia de las Tierras Invernales se mezcla con la del Templo. Y, durante un breve instante, nos hallamos en una unión perfecta. Lo siento dentro de mí y él me siente dentro de él. Oigo sus pensamientos; sé lo que guarda su corazón, lo que quiere hacer.

—No —digo.

Intento liberarme pero él me sujeta con fuerza.

—Sí, es la única solución.

—¡No lo permitiré!

Kartik me acerca a él.

—La deuda debe pagarse. Y a ti el mundo te necesita. He aguardado toda mi vida a tener un rumbo a donde dirigirme. Desconocía cuál era mi lugar. Ahora ya lo sé.

Niego con la cabeza. Las lágrimas me arden en mis frías mejillas.

—No.

Me sonrío con tristeza.

—Ahora sé cuál es mi destino.

—¿Y cuál es?

—Éste.

Me empuja hacia él y me besa. Sus labios son cálidos. Me estrecha con fuerza entre sus brazos. Las raíces suspiran y liberan mi cintura; la herida de mi costado ha sanado.

—Kartik —grito mientras beso sus mejillas—. Me deja ir.

—Eso está bien —responde.

Emite un leve grito. Su espalda se arquea y cada músculo de su cuerpo se contrae.

—¡Atrás! —chilla la Gorgona con una mirada heladora.

—¡Demonios! —exclama Bessie sobrecogida.

La magia se aferra a Kartik, y ahora me doy cuenta de lo que ha hecho. Ha permitido que el árbol lo reclame a modo de intercambio. Ann y Felicity intentan cogermelo. Fowlson trata de retenerme, pero escapo de él.

Es demasiado tarde para invertir la magia. Las Tierras Invernales han aceptado el trato de Kartik.

—Si pudiera volver atrás... enmendarlo... —digo entre sollozos.

—Nunca hay vuelta atrás, Gemma. Tienes que ir hacia delante. Labrarte tu propio futuro —responde Kartik.

Me besa suavemente en los labios y le devuelvo el beso hasta que las parras se enroscan alrededor de su cuello y sus labios se enfrían. El último sonido que oigo de él es mi nombre pronunciado suavemente.

—Gemma.

El árbol lo acepta. Se ha ido. Sólo permanece su voz, y mi nombre resuena en el viento.

El rastreador me señala.

—¡Ella aún tiene la magia del Templo! ¡Aún podemos apoderarnos de ella!

Los alejo de mí con la fuerza de mi poder.

—¿Para eso habéis luchado? ¿Y matado? ¿Qué no haríais para atesorar o salvaguardar? Nunca más —digo; en los labios aún conservo la calidez del beso de Kartik—. La magia estaba destinada a ser compartida. ¡Ninguno de vosotros se apoderará de ella! ¡Devolveré la magia a la tierra! —Pongo las manos en la tierra agrietada—. Devuelvo esta magia a los reinos y también a las Tierras Invernales para que pueda ser compartida de forma ecuánime entre las tribus.

Los rastreadores chillan y aúllan como si fueran presa del dolor.

Las almas que han capturado pugnan en mi interior por emprender su camino, a donde quiera que nos dirijamos a partir de ahora. Percibo su paso. Es como el descenso de una atracción de feria. Cuando se marchan, no queda nadie para liderar a los otros, a los muertos. Miran asombrados, ya no están seguros de lo que ha sucedido ni de lo que sucederá.

Las pálidas criaturas que se ocultan en las hendiduras y las grietas de las Tierras Invernales se acercan reptando. El calor del árbol funde un pequeño charco de hielo en su base. Finos brotes de hierba pugnan por salir a la tierra nueva. Los toco y son tan suaves como los dedos de Kartik en mi brazo.

Algo en mí se resquebraja. Las lágrimas resbalan por mi rostro. Así que hago lo que ansío hacer. Me tiendo sobre la floreciente hierba y me echo a llorar.

ACTO V

Mañana

Tienes que ser el cambio que quieres ver en el mundo.

MAHATHMA GANDHI

La señora Nightwing nos espera en la capilla, donde acuna el cuerpo de la Madre Elena.

—¿Las criaturas? —pregunta Ann afónica de tanto haber gritado.

La señora Nightwing niega con la cabeza.

—El corazón. No cayó delante de ellas. Por lo menos, algo es algo.

La señora Nightwing nos cuenta al pasar: Felicity, Ann, Fowlson y yo.

—¿Sahirah...? —murmura—. Y...

Hago un gesto de negación. Ella baja la mirada y nadie dice nada más.

Las chicas de la academia están sentadas y acurrucadas las unas contra otras. Sus ojos están muy abiertos y asustados. Lo que han presenciado esta noche está más allá de los bailes, las reverencias y los sonetos.

La señora Nightwing pone una mano en mi hombro.

—No puedo decirles nada más. Lo han visto y están asustadas.

—Deberían saberlo.

¿Es mi voz la que suena tan insensible?

—No pueden saber lo que ha pasado.

Quiere que use la magia que me queda y que borre de sus mentes todos los recuerdos de esta noche. Para que olviden y continúen como antes. En el mundo siempre habrá Cecilys, Marthas y Elizabeths, incapaces de soportar el peso de la verdad. Beberán su té. Sopesarán sus palabras. Llevarán sombreros para protegerse del sol. Comprimirán sus mentes en corsés para que ningún pensamiento errante se escape y arruine la anodina ilusión que tienen de sí mismas ni el mundo que a ellas les gusta.

Olvidar es un lujo. Nadie vendrá a llevarse las cosas que quisiera no haber visto, las cosas que quisiera no haber conocido. Tendré que vivir con ellas.

Me zafo de ella.

—¿Por qué debería hacerlo?

De todas maneras, lo hago. En cuento me aseguro que las chicas están dormidas, me cuelo en sus dormitorios, uno a uno, y pongo mis manos en sus ceños fruncidos por la preocupación ante todo lo que han presenciado. Las observo mientras sus frentes se relajan y se convierten en suaves lienzos en blanco bajo mis dedos. Es una forma de sanar y me sorprende lo mucho que me alivia hacerlo. Cuando se despierten, recordarán un extraño sueño de magia y sangre y curiosas criaturas y quizás hasta a una profesora a quien conocían y cuyo nombre que no aflorará a sus labios. Puede que, durante unos instantes, se esfuercen por recordar, pero entonces se dirán que si

sólo era un sueño es mucho mejor olvidarlo.

He hecho lo que la señora Nightwing dijo que debería hacer. Sin embargo, no elimino todos sus recuerdos. Los dejo con un leve indicio de esta noche: la duda. Un sentimiento de que quizás hay algo más. No es más que una semilla. Y no puedo saber si ésta se convertirá en algo de mayor utilidad.

Cuando llega el momento de hacerle una visita a Brigid la encuentro despierta en su pequeña habitación.

—Estoy bien, cielo. Me trae sin cuidado olvidar, si da lo mismo —dice.

Ya no han hojas de serbal en su ventana.

Hay un antiguo proverbio tribal que escuché una vez en la India. Si deseamos ver correctamente tenemos que derramar nuestras lágrimas para despejar el camino.

Lloro durante días.

La señora Nightwing no me obliga a bajar y no permite que nadie, ni siquiera Fee ni Ann, me visite. Me trae la comida en una bandeja, la deposita en mi mesa, en mi oscurecida habitación, y se marcha sin decir palabra. Sólo escucho el crujido de su polisón mientras camina por los viejos suelos de madera, de un lado a otro. A veces, cuando me despierto a primera hora de la mañana, me siento como si emergiera de un largo y extraño sueño. La luz aterciopelada suaviza las esquinas de mi habitación y la baña de posibilidades. En ese momento bendito, espero un día como cualquier otro: estudiaré francés, me reiré con las amigas. Veré a Kartik cruzando el césped y sonriéndome con calidez. Y, cuando comienzo a creer que todo está bien, se produce un cambio sutil en la luz. La estancia adquiere su verdadera forma. Pugno por volver a esa bendita ignorancia, pero es demasiado tarde. El dolor sordo de la verdad me pesa en el alma y tira de ella hacia abajo. Y me quedo completamente despierta.

La mañana de nuestra partida es un día de primavera tan hermoso como hacía tiempo que no veía.

Cuando al fin llega la hora de las despedidas, Felicity, Ann y yo permanecemos dubitativas en el césped delantero; nuestros ojos buscan el polvo del camino que indica la llegada del carruaje. La señora Nightwing le pone bien a Ann el cuello de su abrigo, se asegura de que el alfiler de mi sombrero está bien puesto y que la maleta de Felicity está bien cerrada.

No presto atención a nada de eso. Estoy entumecida.

—Bueno —dice la señora Nightwing por decimoctava vez en media hora—. ¿Llevan pañuelos suficientes? A una dama nunca pueden faltarle los pañuelos.

La misma Nightwing de siempre, a pesar de los horrores que sucedan; en este momento me complace su entereza, de donde sea que surja.

—Sí, gracias, señora Nightwing —dice Ann.

—Ah, bien, bien.

Felicity le ha regalado a Ann sus pendientes de granates. Y yo, el elefante de marfil que me traje de la India.

—Leeremos sobre tus admiradores en la prensa —dice Felicity.

—Sólo soy una de las chicas alegres —nos recuerda Ann—. Hay otras más.

—Sí, bueno. Todos tenemos que empezar por algo —dice la señora Nightwing con un chasquido de lengua.

—He escrito a mis primos y les he dicho que no esperen que vuelva —dice Ann—. Están terriblemente enfadados.

—En cuanto te conviertas en la sensación de los escenarios londinenses, te pedirán entradas a gritos y les contarán a todo el mundo que te conocen —le asegura Felicity, y Ann sonrío. Felicity se gira hacia mí—. Supongo que la próxima vez que nos veamos seremos unas auténticas damas.

—Supongo —respondo.

Y ya no tenemos nada más que decirnos.

Un grito se extiende entre las niñas apiñadas en el césped. El carruaje se acerca. Casi se pisotean las unas a las otras por ser las primeras en dar la noticia.

—Basta —se queja Felicity y se mete en el carruaje para alejarse del gentío.

Se ata con cuerdas el baúl de Ann. Nos abrazamos y no nos separamos durante un tiempo interminable. Finalmente sube los peldaños del carruaje que la llevará a la estación de tren que la conducirá a Londres y al Gaiety Theatre.

—Adiós —grita mientras me despide con la mano desde la ventanilla abierta del carruaje—. ¡Hasta mañana y mañana y mañana!

Levanto la mano con un medio saludo y, ella asiente; dejamos que, de momento,

eso baste como despedida.

Dentro de unas cuantas horas estaré de vuelta en Londres, en la casa de mi abuela, preparándome para el vertiginoso torbellino de bailes y fiestas que constituyen la temporada social. El sábado tendré que hacer mi reverencia ante la reina y mi presentación en sociedad en presencia de mi familia y amigos. Habrá una cena y baile. Llevaré un precioso vestido blanco y plumas de avestruz en el pelo.

Y no podría traerme más sin cuidado.

Ha llegado el carruaje que nos llevará al palacio de Saint James. Ni siquiera esta noche nuestra ama de llaves puede ocultar su excitación. Por primera vez me mira a mí en lugar de dirigir su mirada a mi alrededor.

—Estás realmente preciosa, señorita.

—Gracias —digo.

La costurera acaba de dar los últimos toques a mi vestido. Luzco un recogido en lo alto de la cabeza, coronado con una tiara y tres plumas de avestruz. Llevo unos guantes blancos y largos que me llegan hasta la parte superior de los brazos. Y mi padre me ha regalado mis primeros diamantes auténticos, engastados en una delicada gargantilla que brilla contra mi piel como gotas de rocío.

—Preciosa, preciosa —no deja de decir la abuela hasta que le presentan la factura, momento en que sus ojos se agrandan—. ¿Cómo diantres consentí en que tuviera todas esas rosas y abalorios? Se me debe de haber ido la cabeza.

Tom me da un beso en la mejilla.

—Estas maravillosa, Gem. ¿Estás preparada para emprender ese largo camino?

Asiento.

—Eso creo. Y eso espero.

Tengo mariposas en el estómago.

Padre me ofrece su brazo. Aún está delicado de salud, pero se muestra encantador.

—La señorita Gemma Doyle de Belgravia, supongo.

—Sí —contesto y deposito una mano en la suya, con el brazo en el ángulo apropiado respecto a mi cuerpo, como me han enseñado—. Si usted lo dice...

Guardamos nuestro turno en el cortejo, con las otras jóvenes y sus padres. Estamos nerviosas como pimpollos. La una se cerciora de que la cola de su vestido no es ofensivamente larga. La otra se agarra tan fuerte al brazo de su padre que temo que lo deje inútil. Aún no he visto a Felicity pero me gustaría hacerlo. Estiramos el cuello para atisbar a la reina sentada en su trono. El corazón me late muy deprisa. «Tranquila, Gemma, tranquila. Respira».

Avanzamos unos atroces centímetros, el cortesano llama a las chicas por su nombre de una en una a lo largo del cortejo. Una joven se tambalea levemente al hacer su reverencia y la anécdota corre de boca en boca a lo largo de la fila entre murmullos aterrorizados. Ninguna de nosotras quiere llamar la atención.

—Valor —dice Padre con un beso.

Espero mi turno de quedarme a solas en la cámara del Palacio Saint James. Las puertas se abren. Al final de una larga alfombra roja se halla sentada la mujer más importante del mundo, Su Majestad, la reina Victoria. Sus sedas negras y su encaje

blanco le confieren un aspecto severo. No obstante, su corona brilla con tanta intensidad que no puedo apartar la vista de ella. Voy a ser presentada ante la reina Victoria. Procederé ante ella como una joven y regresaré como una mujer. Tal es el poder de esta ceremonia.

Me siento como si me fuera a desmayar. Oh, voy a enfermar. «Tonterías y naderías, Gemma. Te has enfrentado a cosas peores. Mantente erguida. Espalda recta, barbilla levantada. No es más que una mujer». Por supuesto que lo es —una mujer que resulta ser la reina y que tiene mi futuro en sus sarmentosas manos—. Voy a enfermar. Lo sé. Caeré de bruces y viviré el resto de mis días, desgraciados y extraños, en una ermita del sur de Inglaterra, acompañada por catorce gatos de diferentes tamaños y color. Y cuando sea vieja y me atreva a salir, aún escucharé a la gente murmurar: «Por ahí va... la que se cayó...».

El cortesano pronuncia mi nombre en voz alta y clara:

—¡Señorita Gemma Doyle!

Emprendo el recorrido más largo de mi vida. Contengo la respiración mientras avanzo por el tramo de alfombra, que parece alargarse con cada paso que doy. A lo lejos, Su Majestad parece un monumento solemne de carne y hueso. El parecido con sus retratos resulta asombroso. Por fin llega hasta ella. Es el momento que tanto he deseado y temido. Con toda la elegancia que puedo reunir, desciendo el cuerpo como un suflé que se hunde dentro de sí mismo. Me inclino ante mi reina. No me atrevo ni a respirar. Después noto su palmada firme en mi hombro, conminándome a levantarme. Lentamente, retrocedo ante su presencia y ocupo mi puesto entre las jóvenes que acaban de convertirse en mujeres.

He hecho lo que se esperaba de mí. He reverenciado a mi reina y he hecho mi presentación en sociedad. Es lo que he ansiado durante años. Así que, ¿por qué me siento tan insatisfecha? Todo el mundo está contento. No tienen ningún problema. Y puede que sea eso: qué terrible es no tener preocupaciones, ni anhelos. No encajo entre ellos. Siento profundamente y quiero demasiado. En cuanto a jaulas, ésta es una dorada, pero no viviré bien ni en ésta ni en ninguna otra, por ese motivo.

De repente, lord Denby se halla a mi lado.

—Felicidades —dice—. Por su presentación en sociedad y por ese otro asunto. Según Fowlson, estuvo magnífica.

—Gracias —contesto mientras doy un sorbito a mi primera copa de champán.

Las burbujas me hacen cosquillas en la nariz.

Lord Denby baja la voz.

—También tengo entendido que ha devuelto la magia a la tierra y que ahora es un recurso del que todos disponen.

—Es cierto.

—¿Y cómo puede estar segura de que ése ha sido el camino correcto, que no

acabarán dándole un mal uso? —pregunta.

—No puedo estarlo —respondo.

Su expresión horrorizada es rápidamente reemplazada por una de engreimiento.

—Entonces, ¿por qué no me permite que la ayude en todo esto? Podríamos ser socios en esto; usted y yo, juntos.

Le entrego mi copa medio vacía.

—No. Usted no comprende los fundamentos de una asociación de verdad, señor. Por eso nunca seremos amigos, lord Denby. Al menos, en cuanto a ese punto, sí estoy segura.

—Me gustaría bailar con mi hermana, si me hace el favor, lord Denby —dice Tom con una brillante sonrisa y una mirada heladora.

—Por supuesto, viejo amigo. Aquí tenemos a un buen hombre —dice lord Denby y apura mi copa de champán, que es lo único que obtendrá de mí.

—¿Estás bien? Qué asno más insufrible —me comenta Tom mientras damos una vuelta en la pista de baile—. Y pensar que antes lo admiraba.

—Intenté advertirte —digo.

—¿Va a ser éste uno de esos espantosos momentos «Ya te lo dije»?

—No —prometo—. ¿Y ya has conocido a tu futura esposa?

Tom arquea las cejas.

—He conocido a unas cuantas prometedoras candidatas para el cargo de señora de Thomas Doyle. Por supuesto, tienen que encontrarme encantador y profundamente irresistible. Supongo que no querrás ayudarme en la búsqueda con un poco de...

—Me temo que no. Tendrás que correr el riesgo.

Me hace girar con más fuerza.

—No eres nada divertida, Gemma.

Entrada la noche, me acerco a mi padre antes de que se escabulla con los otros caballeros en busca de *brandy*.

—Padre, me gustaría hablar con usted, si me hace el favor. En privado.

Durante unos instantes me mira con recelo, aunque enseguida parece olvidar su aprensión. No recuerda lo sucedido la última vez que tuvimos una charla, la noche de la fiesta de Spence. No he necesitado la magia para borrarle ese recuerdo; se lo ha negado a sí mismo.

Nos hundimos en una salita de estar cuyos cortinajes huelen a humo de puro rancio. Hay unas cuantas cosas de las que podríamos hablar con franqueza en ese momento: su deterioro físico, las batallas que he presenciado, los amigos que he perdido. Pero no hablaremos de nada de ello. Nunca habrá nada más aparte de esto, y supongo que ahora la única diferencia es que lo sé. Tengo que seleccionar mis batallas, y ésta es la única que he elegido.

—Padre —empiezo a decir en voz temblorosa—. Sólo le pido que me deje hablar.

—Ése es un tono un tanto ominoso —dice con un guiño, intentando alegrar mi humor.

Qué fácil sería olvidar todo lo que quiero decir. «Valor, Gemma».

—Le estoy muy agradecida por esta velada. Gracias.

—De nada, querida mía...

—Sí, gracias... pero no asistiré a ninguna otra fiesta. No deseo continuar con la temporada social.

Las cejas de mi padre se unen consternadas.

—¿No? ¿Y por qué? ¿Acaso no se te ha dado lo mejor de lo mejor?

—Sí, y estoy muy agradecida por todo ello —respondo con el corazón martilleándome en las costillas.

—Entonces, ¿qué es esa tontería?

—Lo sé. Carece de sentido. Apenas soy capaz de entenderlo yo misma.

—Entonces será mejor que hablemos de ello otro día —dice y hace ademán de levantarse.

En cuanto lo haga la conversación habrá concluido. No habrá otro día. Lo sé. Lo conozco.

Pongo una mano en la suya.

—Por favor, papá. Usted dijo que me dejaría hablar.

Se sienta a regañadientes, pero ya ha perdido todo interés. Mueve nerviosamente su reloj. Tengo poco tiempo para exponer mi caso. Podría sentarme a sus pies como cuando era pequeña, dejar que me acariciara el pelo. Antes nos resultaba reconfortante. Pero ahora no hay tiempo para eso, y ya no soy una niña. Cojo la silla que hay enfrente de él.

—Lo que quiero decir es que no imagino esta vida para mí. Fiestas y bailes interminables, cotilleos... No quiero pasarme los días encogiéndome para caber en este mundo estrecho. No puedo hablar con su bocado en mi boca.

—Los miras con malos ojos.

—No deseo lastimar a nadie.

Padre suspira, irritado.

—No te entiendo.

Se abre una puerta. La música y las charlas del baile importunan nuestro silencio hasta que, afortunadamente, la puerta vuelve a cerrarse y la fiesta se convierte en un murmullo al otro lado de la misma. Las lágrimas me escuecen los ojos. Trago saliva.

—No le pido que lo entienda, Padre. Le pido que lo acepte.

—Aceptar qué.

«A mí. Aceptarme a mí, papá».

—Mi decisión de vivir mi propia vida como crea conveniente.

El silencio es tan grande que, de repente, quiero retractarme. «Lo siento, sólo ha sido una broma pesada. Me gustaría otro vestido nuevo, por favor».

Padre carraspea.

—Eso no es tan fácil como haces que parezca.

—Lo sé. Sé que cometeré equivocaciones terribles, Padre...

—El mundo no perdona los errores con tanta rapidez, hija mía.

Su voz suena triste y amarga.

—Pues si el mundo no me perdona —digo en voz baja— tendré que aprender a perdonarme a mí misma.

Asiente comprensivo.

—¿Y cuando te cases? ¿Tienes intención de casarte?

Pienso en Kartik y las lágrimas amenazan con salir a la superficie.

—Conoceré a alguien algún día, como mi madre le conoció a usted.

—Eres muy parecida a ella —dice y, por vez primera, mi rostro no se contrae en una mueca de dolor.

Se levanta y pasea por la habitación con las manos a la espalda. No sé lo que sucederá. ¿Me concederá mi deseo? ¿Me dirá que soy una estúpida e insoportable y me condenará a regresar al salón de baile con sus remolinos de satén y sus abanicos? ¿Es allí adonde pertenezco? ¿Lo lamentaré mañana? Padre está de pie ante el enorme retrato de una dama adusta. Está sentada con las manos en el regazo y una expresión ilegible en el rostro, como si no esperara nada, y es muy probable que acabe por entenderlo.

—¿Te he contado alguna vez la historia del tigre? —pregunta.

—Sí, Padre. Lo ha hecho.

—No te lo conté todo. No te he hablado del día que le disparé.

Recuerdo el día en que estaba en su dormitorio bajo los efectos de la morfina. Creía que no eran más que divagaciones. Ésa no es la historia que conozco, y me asusta conocer el nuevo relato. No espera a que le conteste. Quiere contarlo. Me ha escuchado; ahora me toca a mí escucharle.

—El tigre se había marchado. No volvió a merodear por los alrededores. Pero yo estaba obsesionado. El tigre se nos había acercado mucho, ya lo sabes. Había dejado de sentirme seguro. Contraté al mejor rastreador de Bombay. Lo buscamos durante días y le seguimos la pista hasta las montañas. Lo encontramos bebiendo agua de un pequeño abrevadero. Alzó la vista pero no nos atacó. No sólo no nos prestó atención, sino que siguió bebiendo. «*Sahib*, vámonos —me dijo el muchacho—. Este tigre no tiene intención de lastimarlo». Por supuesto, tenía razón. Pero ya habíamos hecho todo ese trayecto. Y tenía un arma en la mano. El tigre estaba ante nosotros. Le apunté, disparé y lo dejé muerto en el acto. Vendí su piel por una fortuna a un hombre en Bombay, y él me dijo que yo era un valiente. Pero no fue el valor lo que me llevó hasta allí; fue el miedo.

Tamborilea los dedos en la repisa de la chimenea ante el retrato del rostro adusto.

—No podía vivir con esa amenaza. No podía vivir sabiendo que el tigre estaba ahí fuera, vagabundeando libremente. Pero tú —dice con una sonrisa triste y orgullosa a la vez—, tú te has enfrentado al tigre y has sobrevivido.

Tiene un acceso de tos, y su pecho sube y baja con el esfuerzo. Se saca un pañuelo del bolsillo y se limpia la boca al instante; después vuelve a guardarse el trozo de tela, para que no vea la mancha con que seguramente lo ha embadurnado.

—Ha llegado el momento de que me enfrente a mi tigre, que lo mire a los ojos y vea quién de los dos sobrevivirá. Regresaré a la India. El futuro es tuyo para que le des forma. Prepararé a tu abuela para el consiguiente escándalo.

—Gracias, papá.

—Sí, bueno —responde—. Y ahora, si no te importa, me gustaría bailar con mi hija con motivo de su presentación en sociedad.

Me ofrece su brazo y se lo acepto.

—Me complacería mucho.

Nos introducimos en el enorme círculo continuo de bailarinas. Algunas abandonan la pista de baile, cansadas pero volátiles; otras acaban de llegar. Están deseosas de lucir su nuevo estatus de damas, que las alardeen por ello y las lisonjeen hasta que ellas mismas se vean con ojos nuevos. Los padres sonríen a sus hijas mientras las consideran flores perfectas necesitadas de su protección, mientras las madres las vigilan desde los márgenes, seguras de que ese momento es obra de ellas. Creamos las ilusiones que necesitamos para seguir adelante. Y, un día, cuando ya no nos deslumbren ni nos reconforten, las derribaremos, ladrillo a ladrillo, aunque sean brillantes, hasta que no nos quede más que la luz reluciente de nuestra honestidad. La luz es liberadora. Necesaria. Terrorífica. Nos quedamos de pie ante ella desnudos y vacíos. Y cuando nuestros ojos no pueden soportarla más, construimos una nueva ilusión que nos proteja de su implacable verdad.

Pero ¡las chicas! Sus ojos arden por el sueño enfebrecido de aquello en lo que pueden convertirse. Se dicen a ellas mismas que esto es el principio de todo. ¿Y quién soy yo para llevarles la contraria?

—¡Gemma! ¡Gemma!

Felicity se abre paso entre la multitud, con su disgustada carabina esforzándose por alcanzarla mientras las matronas nos observan con desaprobación. Sólo ha transcurrido una hora desde su presentación en sociedad y ya los tiene a todos dando vueltas como peonzas. Y, por primera vez en muchos días, sonrío.

—¡Gemma! —dice Felicity al llegar donde estoy. Sus palabras se atropellan las unas a las otras en un torrente de excitación—. ¡Estás preciosa! ¿Qué opinas de mi vestido? Elizabeth se tambaleó un poco al hacer su reverencia, ¿la viste? La reina estaba esplendorosa, ¿verdad? Y yo estaba aterrada. ¿Y tú?

—Del todo —digo—. Creía que iba a desmayarme.

—¿Has recibido el telegrama de Ann? —pregunta Felicity.

Esta misma mañana he recibido un telegrama encantador de Ann para desearme suerte. Rezaba lo siguiente:

LOS ENSAYOS SON ESPLÉNDIDOS STOP
EL GAIETY ES EMOCIONANTE STOP

—Sí —contesto—. Debe de haberse gastado su próximo sueldo en él.

—Cuando la temporada finalice, acompañaré a mi madre y a Polly a París, y me quedaré allí.

—¿Y qué hay de Horace Markham? —pregunto recelosa.

—Bueno —empieza a contar—, fui a verlo. Por mí misma. Y le dije que no lo amaba y que no quería casarme con él y que sería la esposa ideal para un pescadero. ¿Y sabes lo que me contestó?

Niego con la cabeza.

—Dijo que tampoco él quería casarse conmigo —dice con los ojos muy abiertos—. ¿Te lo imaginas? Me molestó bastante.

Me río, y es mi primera risa. Me hace sentir rara y estoy a punto de llorar.

—Entonces, París. ¿Qué haréis allí?

—Vamos, Gemma —dice como si yo no supiera nada y nunca fuera a saberlo—. Es el lugar donde viven todos los bohemios. Ahora que ya dispongo de mi herencia, puedo dedicarme a pintar y vivir en una buhardilla. O quizá sea la modelo de un artista —afirma mientras se deleita en lo escandaloso que eso suena. Su voz se convierte en un susurro—. He oído que hay otras chicas como yo. Puede que vuelva a amar.

—Serás el ídolo de París —le digo.

Me brinda su mayor sonrisa.

—¡Vente con nosotras! ¡Podríamos tener una estancia muy divertida todas juntas!

—Creo que me gustaría ir a Estados Unidos —respondo mientras la idea adquiere forma a medida que hablo—. Iré a Nueva York.

—¡Eso es fantástico!

—Sí —le digo animándome ante la perspectiva—. Lo es, ¿verdad?

Felicity me agarra del brazo con fuerza.

—No sé si te habrás enterado de la noticia, pero te la contaré antes que nadie lo haga. La señorita Fairchild ha aceptado la propuesta de matrimonio de Simon. Están prometidos.

Asiento.

—Es como tenía que ser. Les deseo mucha felicidad.

—Pues yo les deseo suerte. Recuerda mis palabras, Simon se quedará calvo y engordará como Fezziwig^[11] antes de cumplir los treinta —dice, y se echa a reír.

Da comienzo una nueva pieza de baile que extiende una ola de alborozo entre la multitud. La pista se llena cuando una animada melodía reaviva la fiesta. Cogidas de la mano, juntas ante una aglomeración de sedas y flores, Felicity y yo vemos a los bailarines moverse al unísono. Dan vueltas como la tierra sobre su eje, resistiendo a la noche, esperando la llegada del sol.

Felicity me aprieta la mano, y percibo un levísimo indicio de la magia de los

reinos que palpita en ella.

—Bueno, Gemma, sobrevivimos.

—Sí —digo devolviéndole el apretón—. Hemos sobrevivido.

El viernes, Thomas y yo acompañamos a Padre a Bristol, donde aguarda el barco de Su Majestad la reina, el *Victoria*, dispuesto a llevarle a su hogar de la India. El puerto está inundado de viajeros bien vestidos —hombres ataviados con elegantes trajes, damas con sombreros de ala ancha para protegerse del poco frecuente sol inglés, que hoy se han visto obligadas a llevarlos pues éste brilla alegremente—. En las plataformas hay troncos apilados y atados con cuerdas, franqueados para otros destinos. Testamento de que la vida es un constante palpitar, que late en todas partes a la vez, y de que nosotros no somos más que una pequeña parte de su flujo y reflujo. Me pregunto dónde estará Ann en este momento. Quizá se encuentre en el centro del escenario del Gaiety, dispuesta a emprender un camino donde nada es cierto y donde puede ser quien desee. Me gustaría mucho verla en su nueva vida.

Mi padre ha hablado con la abuela sobre mi decisión. Está escandalizada, por supuesto, pero ya está hecho. Iré a la universidad. Después, recibiré una modesta pensión con que vivir, administrada por Tom, quien ha hecho cuanto ha podido para convencer a la abuela de que no acabaré en la calle. Sin embargo, si de verdad deseo ser independiente, tendré que trabajar. Algo inaudito. Un estigma. No obstante, me entusiasma la perspectiva de tener mis propios objetivos y ganarme mi manutención. En todo caso, es el precio de mi libertad, así que ésa es la solución.

Padre lleva puesto su traje blanco preferido. Parece que no le quede tan ajustado como debería; está demasiado delgado. De todas maneras, aún conserva una apariencia elegante. Estamos en el muelle, despidiéndonos, mientras la gente nos empuja al pasar como una ráfaga alborotada.

—Que tenga un buen viaje, padre —dice Thomas.

Padre y él se estrechan las manos torpemente.

—Gracias, Thomas —contesta mi padre tosiendo. Tiene que aguardar a que el ataque de tos remita para volver a recuperar la voz—. Te veré en navidades.

Tom tiene la vista clavada en sus pies.

—Sí. Desde luego. En navidades.

Abrazo a mi padre. Me retiene durante un instante más largo del acostumbrado, y noto sus costillas.

—Gracias por venir a despedirte de mí, cielo.

—Le escribiré —digo, intentando no echarme a llorar.

Me suelta con una sonrisa.

—En ese caso esperaré impaciente tus cartas.

La sirena del barco aúlla su aviso. Los camareros alzan la voz, llamando a los pasajeros por última vez para que embarquen. Padre sube por la pasarela y avanza lentamente hacia el borde de la embarcación entre la multitud de viajeros que se

despiden con la mano. Se mantiene erguido, las manos en las barandillas, el rostro hacia adelante. El sol, esa gran linterna mágica, arroja su luz ilusoria, captando la faz de mi padre de tal manera que no veo sus arrugas, ni su palidez ni su tristeza. No veo la sombra de lo que se aposentará en las cavidades de sus ojos y diluirá lentamente los ángulos de sus mejillas. Aún no estoy preparada para renunciar a algunas ilusiones.

Cuando el barco se pone en marcha y zarpa hacia el mar deslumbrante, lo veo como me gustaría verlo: sano, fuerte y feliz; su sonrisa, una reluciente y brillante promesa de nuevos días, sin que importe lo que éstos traigan consigo.

La boda de *mademoiselle* LeFarge tiene lugar el último viernes de mayo. Regreso un día antes, un jueves, y llevo mi baúl a mi antigua habitación. Los árboles se han cubierto de hojas hasta tal punto que, desde aquí, no puedo ver el lago ni el varadero. Un indicio de color parpadea en la hiedra que hay bajo mi ventana. La abro de par en par y alargo la mano. Es un trozo de tela roja. La señal de Kartik. La arranco de la hiedra y me la guardo en la cinturilla de la falda.

Una nueva cuadrilla de hombres trabaja duro en el ala este. La torreta se perfila esplendorosa. Ha dejado de ser una sajadura en el paisaje, aunque no está concluida. Se halla a medio camino, y he llegado a sentir una suerte de parentesco con ella. La puerta a los reinos está cerrada, lo que nos proporcionará tiempo suficiente para pensar, para hacer balance. Cuando regrese de la universidad, nosotros —las tribus de los reinos, mis amigas, Fowlson, Nightwing y yo, y todos los que quieran tener voz— trabajaremos juntos para forjar una suerte de constitución, un documento y un gobierno para dirigir los reinos.

En cuanto a mí, no me preocupa que la puerta se haya cerrado. Según parece, al igual que mi rebelde cabello pelirrojo o mi piel proclive a las pecas, mi habilidad para entrar en los reinos forma parte de mí. Así que, este último jueves de mayo, me siento en mi antigua cama de la academia y hago que la puerta de luz aparezca.

Los reinos no son el lugar intimidatorio que recuerdo de mis primeros días aquí; ni tampoco son un lugar que dé miedo. Son el sitio al que he ido a aprender, y quisiera saber más de ellos.

La Gorgona está en el jardín, devolviendo a su antiguo emplazamiento el arco de plata que conduce a la gruta. Ha sufrido daños pero no está inservible.

—Su Excelencia —me llama—. Una mano de más sería muy bien recibida.

—Por supuesto —contesto mientras tiro del otro lado.

Empujamos hasta que el arco se asienta en la tierra. Bascula durante un instante y luego se mantiene derecho.

—Quisiera ver a Philon —digo.

—Mis piernas están débiles después de tantos años de encierro —contesta y se apoya en un árbol para sostenerse—. Pero mi espíritu es fuerte. Vamos, te llevaré.

Me guía hasta el río y al bote que ha sido su prisión durante siglos.

—No —contesto retrocediendo—. No puedo pedirte que de nuevo este barco fantasmal y tú seáis uno.

Arquea una ceja.

—Sólo quiero llevarte.

—Está bien —contesto avergonzada—. Adelante.

La Gorgona coge el timón como un experto capitán y dirige el rumbo hacia el hogar de la tribu del bosque. Atravesamos la neblina dorada y dejo que me moje con sus motas semejantes a joyas. Algunas también se asientan en la Gorgona, que se sacude para liberarse de ellas. La orilla aparece ante nosotras. No es tan verde como antes. Ha sido mucho el daño causado por las criaturas. Los árboles calcinados se mantienen en pie como cerillas larguiruchas y la tierra parece tan dura como el cuero. Muchas tribus se han marchado. Sin embargo, los niños aún ríen y juegan a lo largo de la orilla. Sus ánimos no decaen así como así.

Muchos de ellos se acercan a la Gorgona con timidez. Sienten curiosidad por la gigante verde que camina por su hogar a grandes zancadas. La Gorgona se vuelve hacia ellos como una flecha y deja que sus serpientes siseen y chasqueen la lengua. Los niños echan a correr entre gritos, con una mezcla de temor y placer.

—¿Era eso necesario? —pregunto.

—Te lo dije. No tengo instinto maternal.

Encontramos a Philon supervisando la estructura de las cabañas. Pero no sólo la tribu del bosque levanta vigas y amantilla tejados. Está codo con codo junto a los Intocables, las ninfas y muchos transformistas. Bessie Timmons acarrea agua, fuerte y segura. Una transformista la sigue, admirando su fuerza. Incluso veo a una de las criaturas de las Tierras Invernales cubriendo los tejados con brea brillante. En el bosque hay almas de todas clases; todas las criaturas imaginables, y también mortales. Asha ofrece agua a la Gorgona, que se la bebe y le devuelve el vaso para que le dé más.

—¡Sacerdotisa! —Philon me saluda con un apretón de manos—. ¿Has venido para ocupar tu lugar entre nosotros?

—No —respondo—. Sólo he venido a despedirme temporalmente.

—¿Cuándo regresarás?

Niego con la cabeza.

—Aún no lo sé. Ha llegado la hora de que ocupe mi lugar en el mundo, en mi mundo. Voy a ir a Nueva York.

—Pero tú formas parte de los reinos —me recuerda Philon.

—Y siempre serán una parte de mí. Encárgate de todo. Tenemos mucho de que discutir cuando vuelva.

—¿Qué te hace pensar que discutiremos?

Le dedico una mirada de complicidad.

—Tenemos que discutir sobre los reinos. No me hago ilusiones de que nuestra conversación se desarrolle de forma amistosa.

—Muchas tribus nos han escuchado. También ellas se sentarán con nosotros — dice Philon.

—Bien.

Philon quita unas cuantas hojas quemadas y sopla en ellas. Forman una espiral y revolotean hasta crear la imagen del Árbol de Todas las Almas. La ilusión apenas dura unos instantes.

—La magia se halla de nuevo en la tierra. Con el tiempo ésta volverá a centuplicarse.

Asiento.

—Quizás alguna vez vayamos a visitarte a tu mundo. Le vendría bien un poco de magia.

—Me gustaría —contesto—. Pero si lo haces tendrás que portarte bien. No podrás usar a los mortales como juguetes.

Los labios de Philon se distorsionan en una sonrisa enigmática.

—¿Nos perseguirías si lo hiciéramos?

—Por supuesto que lo haría —digo y asiento con la cabeza.

La criatura extiende una mano.

—Entonces sigamos siendo amigos.

—Sí, amigos.

La Gorgona me acompaña hasta las Tierras Fronterizas.

—Lo siento, pero a partir de aquí seguiré sola —digo.

—Como quieras —contesta con una inclinación.

Las serpientes bailan en su cabeza en una alegre aureola. No intenta seguirme pero tampoco se marcha. Me permite que la abandone. Al llegar a las Tierras Invernales dejo de verla, pero aún siento su presencia.

Unos brotes diminutos han nacido de las ramas del árbol. Sus colores desafiantes pugnan por aflorar a la superficie a través de su corteza nudosa. El árbol florece de nuevo. La tierra no es como antes. Ahora es extraña, nueva y desconocida. Palpita con una magia distinta, fruto de pérdida y la desesperación, del amor y la esperanza.

Apoyo la mejilla contra el Árbol de Todas las Almas. Bajo la corteza, su corazón late firme y fuerte contra mi oído. Paso los brazos alrededor del árbol hasta donde éstos me alcanzan. Allí donde mis lágrimas caen, la corteza despide un brillo plateado.

Tímidamente, la pequeña Wendy se me acerca. Ha logrado sobrevivir. Está pálida y delgada y tiene los dientes todavía más puntiagudos.

—Es bonito —dice mientras admira la majestuosidad del árbol con los dedos.

Me aparto de él, secándome los ojos.

—Sí, lo es.

—A veces, cuando el viento sopla entre las hojas, suena como si pronunciara su nombre, señorita. Como un suspiro —dice—. El sonido más hermoso que he escuchado jamás.

Una suave brisa agita las ramas y lo oigo, suave y bajo, una oración murmurada —«Gem-ma, Gem-ma»— y luego las hojas se inclinan y unos dedos delicados acarician mis frías mejillas.

—Wendy, me temo que no puedo ayudarte a cruzar el río puesto que has comido bayas. Tendrás que quedarte en los reinos —le explico.

—Sí, señorita —responde, su voz no denota tristeza—. Bessie y yo nos queremos aquí e intentaremos sacar esto adelante. ¿Puedo enseñarle algo? —pregunta Wendy.

Me coge de la mano y me lleva hasta el valle donde hace poco tuvo lugar nuestra batalla. Entre la nieve helada crecen unas plantas inesperadas. Sus raíces están profundamente enterradas en el hielo; y siguen creciendo a su pesar.

—Dígame lo que ve —me pide.

—Unos brotes espléndidos que crecen inhiestos. Como una temprana primavera —contesto—. ¿Los has plantado tú?

Niega con la cabeza.

—Sólo he plantado ésta —afirma mientras toca una planta alta de hojas gruesas, panas y rojizas—. Puse las manos en el suelo y sentí como si la magia estuviera aquí, esperando. Me concentré en ello y brotó. Así es como agarró, y el resto prosiguió por sí solo. Es un comienzo, ¿verdad?

—Sí —respondo.

El valle se extiende a lo lejos, una mezcla de color y hielo. La tierra lacerada pugna por renacer. Es un comienzo fantástico.

Un hombre se me acerca tímidamente, con el sombrero en la mano. Su terror se evidencia en sus piernas temblorosas y en sus ojos inquietos.

—Le ruego me disculpe, señorita, pero me han dicho que usted es la única que puede ayudarme a cruzar al otro mundo.

—¿Quién le dijo eso?

Sus ojos se abren de par en par.

—Una criatura temible ;con la cabeza llena de serpientes!

—No tiene que asustarse de ella —respondo. Lo cojo de la mano y lo acompaño hacia el río—. Es tan mansa como un gatito. Probablemente le lamería la mano si tuviera ocasión de hacerlo.

—No me pareció tan inofensiva —murmura con un estremecimiento.

—Bueno, las cosas no son siempre lo que parecen, señor; tenemos que aprender a juzgar por nosotros mismos.

Los que necesitan mi ayuda salen de todas partes: uno quiere decir a su mujer que la ama, como no pudo hacer en vida; otra se lamenta por una disputa que tuvo con su hermana, una rencilla que mantuvo con ella hasta el final de sus días; incluso otra más, una chica de unos dieciocho años, está asustada por no ser capaz de alejarse de su pasado.

Se agarra con fuerza a mi brazo.

—¿Es verdad lo que he oído, que no tengo que cruzar? ¿Que hay un lugar donde puedo seguir viviendo?

Sus ojos están abiertos como platos, y en ellos se refleja una esperanza avivada por el miedo.

—Es verdad —respondo—. Pero no sin pagar antes un precio por ello. Como todo.

—Pero ¿en qué me transformaré si cruzo el río?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—¡Oh! ¿Me dirá qué camino tengo que tomar? Por favor.

—No puedo elegir por ti. Es una decisión que debes tomar tú sola.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Es demasiado duro.

—Sí, lo es —contesto y le sostengo la mano, pues es la única magia que me queda.

Al final escoge marcharse si yo la acompaño hasta el río en la barcaza tripulada por la Gorgona. Es mi primer viaje de esta clase, y mi corazón late con fuerza. Quiero saber lo que hay más allá de lo que ya conozco. Cuanto más nos acercamos a la orilla, más brillante se vuelve, hasta el punto que tengo que apartar la mirada. Sólo escucho un suspiro de entendimiento de la chica. Noto que la barcaza es más ligera y sé que se ha ido.

Mi corazón es más fuerte cuando regresamos. Los suaves lametones de la corriente del río no son más que los nombres susurrados de los que se han perdido: mi madre, Amar, Carolina, la Madre Elena, la señorita Moore, la señorita McCleethy y una parte de mí misma que no recuperaré.

Kartik. Parpadeo con fuerza para evitar verter las lágrimas que pugnan por salir.

—¿Por qué todo ha de tener un final? —pregunto en voz baja.

—Nuestros días están contados en el Libro de los Días, Su Excelencia —murmura la Gorgona a medida que el jardín aparece ante nosotras con mayor nitidez—. Eso es lo que les confiere dulzura y un propósito.

Cuando regreso al jardín, una suave brisa sopla entre el olivar. Huele a mirra. La Madre Elena se acerca; su medallón brilla contra su blusa blanca.

—Quisiera ver a mi Carolina —dice.

—La está esperando al otro lado del río —contesto.

La Madre Elena me sonríe.

—Has hecho bien.

Me pone una mano en la mejilla y dice algo en romaní que no entiendo.

— Es eso una bendición?

—Sólo es un dicho: «A aquellos que ven, el mundo espera».

La barcaza avanza con lentitud, dispuesta a llevar a la Madre Elena al otro lado del río. Canta una canción de cuna. La luz crece y la cubre con su resplandor hasta que no distingo dónde acaba la luz y dónde empieza ella. Después desaparece.

«A aquellos que ven, el mundo espera». Parece mucho más que un dicho. Y quizá lo sea.

Quizá sea una esperanza.

Tengo que esperar un rato para poder hablar con la señora Nightwing. Cuando pasan cinco minutos de las tres, se abre la puerta de su habitación y me permite entrar en su sanctasanctórum. Recuerdo el primer día que llegue a la academia, vestida de luto, perdida y desconsolada, sin una amiga en el mundo. Cuántas cosas han sucedido desde entonces.

La señora Nightwing cruza las manos en su escritorio y me observa por encima de sus gafas.

—¿Quería hablar conmigo, señorita Doyle?

La buena de Nightwing, tan constante como Inglaterra.

—Sí.

—Bueno, espero que sea breve. Pues tengo dos profesoras que sustituir, ahora que *mademoiselle* LeFarge está a punto de casarse y que la señorita McCleethy... ahora que Sahirah... —Su voz se acalla, está parpadeando y tiene los ojos enrojecidos.

—Lo siento —digo.

Cierra los ojos durante un breve instante y los labios le tiemblan levemente. Después, como una nube oscura que sólo amenaza lluvia, se le pasa.

—¿Qué es lo que quería, señorita Doyle?

—Le estaría profundamente agradecida si me ayudara en cuanto al asunto de los reinos —digo, enderezándome.

Sus mejillas se sonrojan con un rubor auténtico.

—No veo qué tipo de ayuda puedo ofrecerle al respecto.

—Necesito que me ayude a conservar la puerta y a vigilarla, sobre todo cuando me marche.

—Sí, por supuesto —dice y asiente con la cabeza.

Carraspeo antes de proseguir.

—Y aún hay algo más que podría hacer. Se trata de la academia y de las chicas. —Levanta una ceja como si hubiera deparado con un tiro—. Podría educarlas de verdad. Podría enseñarles a pensar por ellas mismas.

La señora Nightwing no mueve ni un músculo, excepto los ojos, que entrecierra hasta que se transforman en dos rajitas recelosas.

—Estará de broma, ¿no?

—Al contrario, nunca he hablado más en serio.

—Sus madres estarían encantadas de oír eso —farfulla—. No me cabe duda de que saldrían de aquí en estampida.

Doy un puñetazo en el escritorio que asusta a la taza de té de la señora Nightwing y a la propia señora Nightwing.

—¿Por qué las mujeres no tenemos los mismo privilegios que los hombres? ¿Por

qué nos vigilamos tan severamente, minándonos las unas a las otras con comentarios mordaces o reprimiéndonos ante la grandeza de las cosas con un arnés de miedo, vergüenza y deseo? ¿Qué podemos pedir cuando somos incapaces de respetarnos a nosotras mismas?

»He visto cómo unas cuantas chicas lo han hecho, señora Nightwing. Pueden contener a todo un ejército si es preciso, así que, por favor se lo pido, no me diga que no es posible. Un nuevo siglo amanece. Seguramente podríamos prescindir de unos cuantos dechados en pro de más libros y mayores ideas.

La señora Nightwing está tan quieta que me da miedo que se le haya detenido el corazón con mi arrebató. Su habitual voz imperativa no es más que un chillido.

—Todas mis chicas se irían a la academia de la señorita Pennington.

—No —suspiro—. No lo harán. Sólo las bobas van a Penny.

—Qué descortés es usted, señorita Doyle —dice la señora Nightwing y chasquea la lengua. Deposita la taza de té con precisión matemática en el correspondiente hueco del platillo—. ¿Y usted? Renunciará a su temporada social para acudir a una universidad en Estados Unidos. ¿Está verdaderamente preparada para darle la espalda a todos esos privilegios y a ese poder?

Pienso en todas esas damas ataviadas con rígidos trajes de noche y sonrisas forzadas, ahogando el hambre con té tibio, esforzándose por encajar en un mundo tan estrecho, aterrorizadas de que se les caigan las anteojeras y les muestren lo que han elegido obviar.

—El privilegio no siempre implica poder, ¿verdad?

La señora Nightwing asiente lentamente.

—Le ofrezco cualquier tipo de ayuda en los reinos. Cuente con ello. Y, en cuanto al otro asunto, requiere mayor reflexión de la que le pueda conceder en este momento. El sol aún reina en el cielo, y tengo una escuela llena de chicas que precisan de mis enseñanzas y atenciones. También yo tengo mis obligaciones. ¿Hay algún otro asunto que tratar, o eso es todo por hoy?

—Eso es todo. Gracias por su amabilidad, señora Nightwing.

—Lillian —responde, tan bajo que casi no la oigo.

—Gracias..., Lillian —contesto mientras saboreo su nombre en mi lengua como un *curry* exótico.

—No hay de qué, Gemma. —Revuelve algunos papeles de su escritorio y los pone debajo de una caja de plata, sólo para levantarla de nuevo y volver a reordenarlos—. ¿Aún está aquí?

—Perdón —digo y me levanto rápidamente.

Me precipito hacia la puerta y casi tiro una silla.

—¿Qué es lo que dijo de la academia de la señorita Pennington? —pregunta.

—¿Que sólo las bobas van a Penny?

Asiente.

—Sí, ésa era la frase. Bien. Que tenga un buen día.

—Lo mismo digo.

No levanta la vista ni me mira al salir. No estoy más que a unos pasos de la estancia de la señora Nightwing cuando la oigo repetirse a sí misma: «Sólo las bobas van a Penny». Y a la frase le sigue un extraño sonido, que empieza en voz baja y termina en voz alta. Una carcajada. No, una carcajada no... una risilla entre dientes. Una risa llena de buen humor y alegremente traviesa, prueba de que nunca perdemos a nuestra niña interior, con independencia del tipo de mujer en que nos convertimos.

El día siguiente amanece de color de rosa, optimista y azucarado, y se transforma en un glorioso día de finales de primavera. Los ondulados campos verdes que hay en la parte de atrás de la academia renacen con jacintos reventones y flores de color amarillo brillante. El aire se perfuma con las lilas y las rosas. La fragancia es celestial. Me cosquillea en la nariz y me despeja la cabeza. Las nubes avanzan perezosamente en el horizonte azul. No creo que haya visto jamás un paisaje semejante, ni siquiera en los reinos. *Mademoiselle* LeFarge tendrá un día de boda espléndido.

Falta más de media hora para la boda, y Felicity y yo la dedicamos a pasear por los jardines, recogiendo juntas por última vez flores silvestres. Me habla de unos pantalones que jura que causan sensación en París.

—Piensa en ello, Gemma; no volver a llevar enaguas ni corsé, nunca jamás. Eso es la libertad —dice sacudiendo una margarita por el tallo para dar más énfasis a sus últimas palabras.

Arranco una rosa de su frondoso nido y la deposito con cuidado en mi bolsa.

—Serás la comidilla de la ciudad; eso seguro.

Se encoge de hombros.

—Pues que hablen. Es mi vida no la suya. Ahora tengo mi herencia y, con el tiempo y mi influencia, las mujeres con pantalones irán a la moda.

No soy lo bastante valiente para quitarme mis faldas todavía, pero sé que Felicity llevará pantalones con aplomo. Con una sonrisa maliciosa, coge su bolsa y me arroja un puñado de flores. Para no dejarme vencer, le arrojo unas cuantas a ella. Toma represalias y, enseguida, es la guerra.

—¿Te portarás bien? —pregunto riendo, una risa auténtica.

—Sólo si tú lo haces —dice Felicity entre risas, mientras reúne más de un puñado de flores.

—¡Tregua! —exclamo.

—Tregua.

Estamos cubiertas de flores pero nuestras bolsas están casi vacías. Intentamos recuperar las que podemos. Las flores están arrugadas pero huelen la mar de bien. Arranco una rosa pisoteada de la tierra y la sostengo junto a mi boca.

—Vive —murmuro y florece con un majestuoso color rosa en mi mano.

Felicity sonríe satisfecha.

—Sabes que no resistir , Gemma. Las flores mueren. Es lo que suelen hacer.

Asiento.

—Pero no enseguida.

En la colina, las campanas de la iglesia repican y nos llaman a nuestras obligaciones. Felicity se sacude las manchas de la falda con un rápido movimiento de ambas manos.

—Malditas bodas —masculla.

—Oh, alégrate.  Qu  tal estoy?

Apenas me echa un vistazo.

—Como la señora Nightwing. Eso es lo que pasa cuando una se hace amiga suya.

—Encantadora —digo con un suspiro.

Felicity me quita un pétalo del pelo. Levanta la cabeza y me examina. La comisura de su boca se alza levemente.

—Te pareces exactamente a Gemma Doyle.

Me lo tomo como un cumplido.

—Gracias.

— Vamos? —pregunta ofreciéndome su brazo.

Entrelazo el mío con el suyo, lo siento firme y seguro.

—Vamos.

Es una boda encantadora y sencilla. *Mademoiselle* LeFarge est  resplandeciente con un vestido de crepé azul zafiro. Las chicas habíamos esperado ver un traje de novia digno de una reina —lleno de cintas y lazos y una cola tan larga como el Támesis—, pero *mademoiselle* LeFarge insistió en que una mujer de su edad y posición social no debe darse postín. Y, finalmente, ha demostrado tener razón. Su vestido es perfecto, y el inspector le sonríe como si fuera la única mujer de la tierra. Pronuncian sus votos, y el reverendo Waite nos ordena levantarnos.

—Damas y caballeros, les presento al señor y la señora Stanton Hornsby Kent.

—No s  por qué ella tiene que prescindir de su apellido —refunfuña Felicity.

De repente, el órgano hace un gorgorito desafinado del himno recesional que ahoga sus palabras.

Seguimos a la feliz pareja fuera de la capilla hasta el carruaje que la señora Nightwing les ha proporcionado. Brigid se suena con fuerza en su pañuelo.

—Siempre lloro en las bodas —dice lloriqueando—.  No est  encantadora?

Le damos la razón.

El inspector y su flamante esposa no escapan ind mnes. Con risas y gritos de « Buena suerte! » echamos a volar nuestras flores de azahar. Reciben un baño de un dulce olor a flores. El carruaje los lleva sendero abajo y los conduce lejos de la capilla; corremos tras ellos mientras arrojamos los pétalos al viento y los vemos al flotar con la primera promesa embriagadora del verano.

El sol me calienta la espalda. El polvo que levantan las ruedas del carruaje gira en

el camino mientras algunas niñas aún intentan seguirlo. Tengo las manos cubiertas de la penetrante fragancia de las flores de azahar. Todo esto me recuerda que, en este momento, no estoy entre dos mundos. Estoy en éste, bien aposentada, en un sendero cubierto de polvo que serpentea entre los jardines de flores y los bosques hasta la cima de la colina y de nuevo hasta los caminos que llevan a la gente allá donde tengan que ir.

Y, de momento, no deseo estar en ningún otro lugar.

El viaje a Estados Unidos no resulta placentero.

Los vientos soplan con demasiada fuerza. El barco y mi estómago son abofeteados por olas que ni siquiera mi magia puede aplacar. Se me recuerda que hay límites a mi poder, y algunas circunstancias tienen que soportarse con tanta elegancia como se pueda mostrar, aunque eso signifique pasar muchos días en abyecta desgracia, agarrada a una perla como un salvavidas. Pero, al fin, los mares se calman. Soy capaz de tomarme la más sabrosa taza de caldo que jamás he probado. Por fin, las gaviotas revolotean en el aire en círculos perezosos, lo que indica que ya estamos cerca de la costa. Como todos los demás, me precipito a cubierta para captar un atisbo de futuro.

Oh, Nueva York. Es la ciudad más maravillosa, deliciosamente desparramada y llena de una energía que percibo desde aquí. Hasta sus mismos edificios parecen estar vivos. No están ordenados ni cuidados como en Mayfair; antes bien, parecen retazos desemparejados de argamasa, ladrillo y humanidad empujándose los unos a los otros en un extraño y glorioso ritmo sincopado, un ritmo al que anhelo unirme.

Los padres se suben a los hombros a sus hijas ataviadas con pichis y a sus hijos vestidos de marineros para que tengan la mejor perspectiva. Una niña empequeñecida por una enorme cinta de pelo señala excitada al frente.

—¡Papá! ¡Mira!

Allí, en el puerto de la ciudad tiznado de vapor y humo, está la visión más extraordinaria de todas: una gran dama cubierta de cobre con una antorcha en una mano y un libro en la otra. No es una estadista ni una diosa ni una heroína de guerra la que nos da la bienvenida a este nuevo mundo. No es más que una mujer normal y corriente alumbrando el camino; una dama que nos ofrece la libertad de perseguir nuestros sueños si tenemos el valor de emprenderlos.

Cuando sueño, sueño con él.

Desde hace muchas noches se me aparece y me saluda con la mano desde la lejana orilla, como si esperara pacientemente mi llegada. No pronuncia palabra alguna, pero su sonrisa lo dice todo. «¿Cómo estás? Te he echado de menos. Sí, todo va bien. No te preocupes».

Donde él se halla, los árboles están florecientes y brillan con flores de todos los colores imaginables. Algunos trozos de tierra aún están chamuscados y cubiertos de rocas. Hay pequeñas parcelas secas y yermas donde puede que no vuelva a brotar nada. Es imposible saberlo. Pero en otros lugares, diminutos brotes de hierba se esfuerzan por abrirse camino. Una capa de tierra negra y fértil pule la superficie. La

tierra se sana a sí misma.

Kartik coge una ramita y la clava en el suelo blando y nuevo. Está haciendo algo, pero aún no sé de qué se trata. Las nubes se desplazan. Los rayos del sol asoman entre ellas y ahora ya puedo ver lo que hace. Es un símbolo: dos manos entrelazadas, rodeadas por un círculo perfecto y continuo. Amor. El día se libera. Lo baña todo con una luz intensa. Kartik desaparece de mi vista.

«No —grito—. Vuelve».

«Estoy aquí», contesta.

No puedo verle. Hay demasiada luz.

«No puedes impedir el avance de la luz, Gemma. Estoy aquí. Confía en mí».

El agua se extiende más allá de la orilla, borrando su contorno hasta que no queda nada. Pero lo veo. Sé que está ahí. Y cuando me despierto, el sol de la mañana tiñe de blanco mi habitación. La luz es tan brillante que me lastima los ojos. Sin embargo, no me atrevo a cerrarlos. No lo haré. Al contrario, intento adaptarlos al amanecer, y dejo que las lágrimas caigan por su propio peso, porque ya ha amanecido; ha amanecido y me queda mucho por ver.



LIBBA BRAY (Alabama, EE. UU., 1964) es una escritora de novelas para jóvenes. De padre predicador y madre profesora, vivió en Texas hasta los 26 años. Después se mudó a Nueva York, donde actualmente vive con su marido y su hijo.

Cuando tenía 18 años, Bray tuvo un serio accidente de coche y fue sometida a trece cirugías en seis años para reconstruir su cara. Su ojo izquierdo es artificial debido a este accidente. Se licenció en Teatro en la Universidad de Austin en Texas. Su primer trabajo fue en el departamento de publicidad de *Penguin Putnam*, seguido de tres años en *Spier*, una agencia publicitaria especializada en libros.

Bray fue animada a escribir una novela juvenil por su marido Barry Goldblatt, un agente literario de libros infantiles, y Ginee Seo, una editora de *Simon & Schuster*. Después de esto, usando un pseudónimo, escribió tres libros para *17th Street Press* (una editorial de novela rosa). En 2003 publicó su primera novela, *La orden de la Academia Spence*, primer libro de la trilogía *El círculo secreto*. Los tres tomos de la serie fueron *bestsellers* del *New York Times*. En julio de 2006, *Icon Productions* anunció la adaptación al cine del primer libro.

Bray es amiga de escritoras famosas de novela fantástica juvenil, como Holly Black y Cassandra Clare. Todas ellas están representadas por su marido.

Notas

[1] En Inglaterra, la festividad del día de los Inocentes, llamada *All Fools' Day*, se celebra el 1 de abril. (N. de la t.) <<

[2] En el folclore inglés, la reina Mab es la reina de la magia y la hechicería. (*N. de la t.*) <<

[3] *Gibson Girl*, immortalizada por el ilustrador Charles Dana Gibson, personificaba el ideal femenino norteamericano durante la década de 1890. (N. de la t.) <<

[4] Punch y su mujer, Judy, formaban parte de un espectáculo popular y humorístico de marionetas. (N. de la t). (*N. de la t.*) <<

[5] Los Eloi son una de las razas poshumanas que aparecen en la novela de H. G. Wells *La máquina del tiempo*. (N. de la t.) <<

[6] Organización fundada en 1883 por simpatizantes socialistas. (*N. de la t.*) <<

[7] Famoso campanario de Londres. (*N. de la t.*) <<

[8] «Salud», en alemán. (*N. de la t.*) <<

[9] El *seppuku* es el término culto para referirse al haraquiri, vocablo este último que los japoneses consideran vulgar y hasta grotesco. (*N. de la t.*) <<

[10] Florence Nightingale (1820-1910), enfermera italiana y reformadora del sistema sanitario; se la considera la creadora de la enfermería moderna. <<

[11] Personaje de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens. (N. de la t.) <<